SPOTA

19a. EDICIÓN
95.000
EJEMPLARES
VENDIDOS

EL PRIMER DIA

grijalbo

ך
כ
ם
ל
מ
ן
נ
ס
ע
ף
פ
ץ
צ
ק
ר
ש
ת

"...y los que están sentados en las tinieblas y sufren del terrible mal de la memoria".

Juan Marsé

"Yo estoy aquí para contar la historia."

Pablo Neruda

"Fue pronto un presente y ya es un pasado."

José Ortega y Gasset

"Porque los actos son nuestro símbolo."

Jorge Luis Borges

"Nada hay que sea de una sola pieza en este mundo. Todo es un mosaico."

Balzac

"Quiero morir sin que haya quedado oculta una sola de mis acciones."

Juan José Arreola

"...el arte de saber creer en las mentiras".

Carlos Fuentes

"No sólo tenemos plata: tenemos mando, y eso cuenta."

María Montefiore Toledo

"¿Tiene acaso la política algo que ver con la moral?"

Maurice Joly

"El tiempo sólo es tardanza
de lo que está por venir."

Martín Fierro

I

Los RETRATOS de la víspera, con del gusto de Armandina, debieron haber sido arrancados en cuanto el Poder dejó de ser suyo –a partir, supuso, del primer minuto de ese día desapacible por el viento del huracán que desde la madrugada azotaba las costas orientales. "Ayer todavía estaban", y los recordó, mientras volvía de Palacio a Las Arcas con su mujer, en los muros de los edificios, sobre los grandes paneles en los que se anuncian bancos y cervecerías, fábricas de pan y embotelladoras de refrescos. Los buscó undeando en los mástiles de plazas públicas y jardines municipales. Tampoco los halló en los amarillos postes del alumbrado que definían los meandros de la Vía Rápida de Superficie Presidente Gómez-Anda por la que avanzaba, sin descubierta de motociclistas ni retaguardia de sedanes negros con guardaespaldas, el antiguo *Mercedes* blanco de don Aurelio. "No espero mucho para empezar a joderme, el hijo de puta", y dentro de la boca oyó el rechinido de sus muelas falsas.

Los habían cerrado después de la medianoche, y algo más tarde, entre la luz lechosa de lo que aún no era día, unas manos ("Mandadas por él, si no, ¿por quién?"), pintaron con estarcidores sobre muros, fachadas y vidrieras de bancos y almacenes las enormes letras rojas

AGA
ASESINO-LADRÓN

que lo ofendían, y que procuraban ignorar, apenados y molestos como si a ellos les fueran dichas, el mayor Pilo Fraga, el único ayudante militar que le habían permitido retener, y el chofer Julio Ortiz, a su servicio desde la época, vieja ya en el tiempo, en que él trabajó en la DIE. Dirección de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior; esas tenaces letras

ASESINO-LADRÓN
AGA

que le salían al paso, no importaba hacia donde mirara; que cruzaban delante de él en los costados de los autobuses; que se alejaban calle abajo, siempre:

AGA
ASESINO-LADRÓN

sangrando en los tranvías; frescas en los cristales de algunos taxis; en el parabrisas de un colectivo; chorreantes, pero legibles, en el flanco de un transporte escolar –y recordó, ¿cómo evitarlo?, aquellos días difíciles, silenciosos como ese, que siguieron a la matanza de mayo cuando se convenció que no se puede gobernar y padecer remordimientos y dejó de importarle que la borrascosa base estudiantil lo llamara asesino; días de tropas en las calles; de tanques antimotines patrullando el campus universitario; de persecusiones y abusivos cateos, en los que lo acusaban de ser cruel y soberbio, pero en los que nadie todavía alzaba la voz para gritarle ladrón; y luego de abandonar la Vía Rápida Gómez-Anda y de recorrer por cinco minutos la Diagonal César Darío, el chofer obedeció la señal de

alto en el crucero con O'Higgins, donde la muchacha de la camiseta deportiva y el ceñido pantalón de mezclilla azul, se acercó al *Mercedes* y sin mirar a los que iban dentro metió por la ventanilla entreabierta uno de los papeles que estaba repartiendo; una hoja, blanda por efecto de la lluvia, en la que ocupaban su lugar, nítidas, las palabras redondas:

AURELIO GÓMEZ-ANDA
ASESINO-LADRÓN
¡CÁRCEL!

–Déme eso, mayor . . .

Pilo Fraga pretendió una desobediencia:

–Es basura, señor.

Hacia arriba la palma, en el anular la alianza de oro, la flaca mano firme de Gómez-Anda reposó sobre el borde afelpado del respaldo:

–Mayor . . .

Dejó don Aurelio que sus ojos recorrieran las palabras. De nuevo (¿cuántas veces ya desde que El Señor levantó el índice para empezar a ofenderlo en la Cámara, esa mañana?) una espuma de saliva se le hizo amarga en la boca. Buscó para sus hombros el apoyo del respaldo. "Eso no se le hace a un amigo, a uno del oficio." Empezó a doblar el papel que le había entregado la muchacha. "De haberme reconocido, ¿qué habría hecho?, ¿organizar mi linchamiento con los otros vagos que andan con ella distribuyendo su porquería". Apretó con rabia lo que era ya el volante: un acordeón no mayor que el timbre postal de cinco pesos con el retrato de Armandina que el entonces ministro de Comunicaciones, Jorge Avellaneda Jáuregui, hizo emitir el año anterior cuando buscaba el apoyo, decisivo, de la Primera Dama para lograr que Gómez-Anda lo designara su heredero a la Presidencia de la República.

Vacía de vehículos y transeúntes, pardas de lluvia y encharcadas en algunos tramos, las calles del barrio al que volvía luego de diez años, le parecían feas, menos alegres y coloridas de como recordaba que eran en aquellos tiempos jubilosos de hacía una década cuando rebosaban de multitudes que iban a vitorearlo. Esta mañana de cellisca no había nadie esperándolo, aplaudiéndolo, festejándolo con música de charangas, ni puestos de frituras, ni mantas tendidas de acera a acera, con lemas políticos del Partido Unificador Revolucionario, o frases espigadas de sus discursos como candidato en campaña o como Presidente Electo. Habían silencio y puertas cerradas, indiferencia y una anciana atenta a que terminara de pujar sobre un parche de césped el perro chihuahua, esquelético y friolento, que llevaba atado al extremo de una cadena invisible de tan fina. Había, rezumadas también por los poros de los muros, las palabras que venían atacándolo desde que abandonó el recinto parlamentario:

AGA
ASESINO-LADRÓN

Pensó en Armandina, en la mujer que llevaba casi treinta años con él, y le gustó que a esa hora estuviese ya en Puerto Gardenia, con los Servín, y no sabí, padeciendo, como su marido, la cólera de leer la reperida infamia. "Cuando vuelva, la habrán borrado. No sufrirá la pobre esta vergüenza..."

A lo lejos, por encima de los álamos que cercaban la ancha avenida que antes fue la modesta calle de Becerra, reconoció el templo de San Tadeo, con su torre única de sillares rosados que él miraba siempre, por las mañanas, al abrir la ventanita para airear el cuarto de baño de su casa. "Ya estamos aquí", susurró. Como si lo creyera dormido, el mayor Pilo Fraga se volvió levemente en el asiento,

junto al chofer Quiroz, y dijo:

–Llegamos, señor.

–Hmmm.

La casa de Becerra 82 (o, llanamente: *Becerra*: clave de políticos y funcionarios, periodistas y gendarmes, para aludir en otro tiempo, a la residencia particular de los Gómez-Anda) era, pensó ahora que volvía a verla después de tantos años, un trozo de merengue abandonado en el centro del espacio que fue parque de estacionamiento para los autos o camiones de quienes iban a vitorearlo y también jardín puesto al cuidado de inabordables Guardias de Asalto que impedían su uso al público. "Menos que un merengue: una blanca caca de mosca". Varios muchachos chapoteaban en un prado pateando una pelota de futbol. Furtiva, en la mano el fulgor de unas tijeras, una mujer saqueaba las rosaledas. ¿Dónde estaban los soldados a cargo de su permanente seguridad?

–No se ve a ninguno, señor...

–Averigüe, mayor, si también a ellos les ordenaron retirarse.

Experimentó un ligero desasosiego. Sin tropa allí, ¿quién le otorgaría la protección armada a que estaba acostumbrado y a la que tenían derecho su casa, su familia y su persona? "Una estupidez mía fue haber permitido que Videgaray hiciera lo que hizo", y admitió igualmente, como cada vez que pensaba en ello, que no haberse opuesto a ese capricho de Armandina había sido si no el más grave, sí su primer abuso de autoridad.

¿QUIZÁ Fermín Palermo no fuera ajeno al interés que Armandina demostraba por obtener de su marido la autorización que para protegerlo le pedía Alfonso Videgaray.

–¿Quieres decir, Alfonso, que te propones tirar todas esas casas?

–Así es, Aurelio... San Tadeo es un zoco... Se trata de abrir espacios... De desahogar esa parte de nuestra ciudad... De enmendar los errores urbanísticos que se cometieron aquí hace, ¿qué?, veinticinco, treinta años... Es forzoso iniciar las obras...

El alcalde Videgaray, que no había alcanzado la presidencia porque Tito Livio Gómez de Lara había preferido que lo sucediera su sobrino Aurelio, buscaba permanecer en el Ayuntamiento un periodo más –el tercero consecutivo. Para conseguirlo debía mantenerse en cordiales términos con Gómez-Anda y, en especial, con quienes tanto influían sobre él: Armandina, su esposa, y Fermín Palermo, su sombra de confianza: el que recibía sus confidencias; con el que tramaba, se decía, sus más secretas decisiones. Debía, aún, vencer la última terquedad de ese hombre, seco y desconfiado, que ignoraba mucho sobre la mayoría de las cosas y a quien asustaba, así lo dijo, destruir prácticamente todo un barrio de la capital.

–Me pregunto, ¿dónde piensas meter a los que van a ser desalojados, Alfonso?

Sonrió al alcalde. Su conocimiento de los hombres, de los hombres de Poder especialmente, le permitía conjeturar que esas objeciones, esas preguntas titubeantes que había estado haciéndole, eran las últimas que Gómez-Anda le planteaba para darle oportunidad de que lo convenciera. "Busca ser forzado a decidir; tener una excusa, si algo resulta mal, por haber decidido".

Mientras caminaba el centenar de pasos que por recomendación del doctor Monter estaba obligado a recorrer cada hora desde que se recuperó del infarto el año anterior, el candidato escuchó la respuesta de Alfonso Videgaray; una respuesta de sonrisas y guiños amables:

–Se les acomodará a todos en el Centro Habitacional Presidente Tito Livio Gómez de Lara que estamos por inaugurar... Se les pagará generosamente por sus propiedades... Se les dará ocasión de realizar el Negocio-de-sus-Vidas: dinero en efectivo, al riguroso contado, y un chalet... ¿Podrán rehusarse...?

Lo hicieron. De algún modo, pese a la discreción con que Gómez-Anda ordenó que se procediera, llegó a las esquinas el rumor que Videgaray El Arbitrario se disponía a derruir la mitad de San Tadeo para realizar allí otra de sus delirantes obras de ornato con el obvio propósito de halagar al futuro Presidente de la República, ahora el más distinguido miembro de esa comunidad fundada hacía seis lustros por el gobierno de la metrópoli para beneficio de sus empleados: un barrio tranquilo, de modesta clase media, cuyas calles ostentaban nombres de añejos caudillos de la burocracia nacional, al que de pronto el Ayuntamiento remozaba a mucho costo pintando fachadas, tapando agujeros del pavimento, reponiendo las lámparas que faltaban en los cruceros, y protegía llenándolo de policías y patrullas, detectives y cuidacoches, porque en él habitaba el candidato del PUR.

Tres días había hecho esperar don Aurelio a la comisión de vecinos que solicitó audiencia privada en Becerra 82 para hablar con él. En el jardincito, junto a la cochera para un solo automóvil, recibió a los seis hombres y a la viuda Carrillo. Amable, pero severo, les pidió que fueran menos vagos, "más específicos, señores", en sus planteamientos. En la sala lo aguardaban los industriales de Nueva Castilla que Miguel Rebul, Director Ejecutivo del Grupo Olid, había llevado a que conversaran con él.

–¿Expropiación? ¿Expulsión en masa, dicen...?

–Exactamente, señor Gómez-Anda...

–Como ustedes, vivo aquí y, a la fecha, no he recibido notificación al respecto...

–Ya hay ingenieros y topógrafos de Videgaray haciendo mediciones...

–Han empezado a racionarnos el agua...

–Durante horas, por las noches, cortan la luz en los condominios...

–Se nos presiona, señor, para que nos vayamos...

–Quieren pagarnos con migajas...

Señaló la viuda Carrillo:

–Su esposa, don Aurelio, podrá informarle... Ella anda con esos individuos...

Los labios de Gómez-Anda, delgados como navajas paralelas, se despegaron apenas:

–Me traen, señores, quejas que deben exponer en el Ayuntamiento...

–Usted, señor, podría ayudarnos intercediendo ante don Alfonso...

Heladamente Gómez-Anda miró a Rogelio Luján, que encabezaba al grupo:

–El señor Videgaray no discute sus asuntos conmigo, ni tiene por qué hacerlo... Ignoro, pues, si proyecta realizar las obras de que ustedes hablan para mejorar un poco, que bien lo necesita, esta parte de la ciudad...

Se retiraron, furiosos. La Junta de Vecinos, reunida en pleno, acordó redactar una protesta. Ningún periódico se avino a recibirla. Las radiodifusoras se rehusaron también. Resolvió, entonces, comprar espacio para insertar la carta abierta que enviaba al presidente Gómez de Lara. Leído el texto por los gerentes de los diarios, fue rechazado.

Dos semanas después, mientras millares de peones se aplicaban a desmontar casas, edificios, comercios, escuelas, almacenes y la terminal oriente de autobuses, don Aurelio Gómez-Anda y su esposa Armandina, sus edecanes y protectores, salían, entre el estrépito de los derrumbes y el estruendo de las perforadoras neumáticas, los gritos de los capataces y los remolinos de polvo, para iniciar la segunda etapa de su gira electoral. Siete meses más tarde, cuando volvieron, Becerra 82 ocupaba el centro de un inmenso jardín.

–Y ha crecido un poco, también... –le hizo notar, maliciosa y sonriente, Armandina.

–¿Crecido?

Con modestia informó Videgaray:

–Así es, Aurelio...

Añadió Armandina:

–Como sobraba terreno, mi señor, le agregamos unos metros al nuestro; le construimos algo allá arriba, y le hicimos, mírelos, cuatro frentes con su buena banda.

En los lados, y en la parte posterior de la casa, había sido reproducida la fachada principal de estuco y piedra labrada, a la manera californiano. Se le había donado de un tercer piso con nuevas ventanas, y de una puerta, al norte, para que la usaran los ayudantes, choferes, recaderos, soldados, agentes de seguridad y demás miembros de la servidumbre, cada día más numerosa, que el Partido pagaba.

–Hmmm... –Gómez-Anda reprobaba que su propiedad, originalmente levantada sobre un lote de diez metros de frente por catorce de fondo, como todos los del barrio de San Fadeo, hubiera crecido tan desmesuradamente; prefirió, sin embargo, no decirlo. ¿Para qué estropear, con su comentario agrio, una alegría de Armandina, que había pasado meses felices siguiendo todos los días el progreso de las obras, y, luego, dirigiendo al numeroso personal que a sus órdenes comisionó el Ayuntamiento?

Se despidió el alcalde. A paso lento, Gómez-Anda y Armandina recorrieron la grama nueva del jardín. Como siempre, ella vestía un traje típico del noroeste esa mañana. Con sandalias, era un geme más alta que él.

–¿No me pregunta, mi señor, cuánto nos costó todo esto?

–¿Cuánto?

–Nada, don Aurelio... Todo lo pagó el gobierno. ¿Estupendo, verdad?

Por la noche llegó Fermín Palermo a conversar con él,

a solas, en el despacho privado que contaba ahora con salida directa al jardín. En el muro del sur, la fotografía autógrafa de don Tito Livio. "A mi querido sobrino, y leal colaborador, Aurelio. Con Afecto". Trasmitidas por Fermín, recibió las habilillas de la ciudad: los nuevos chistes; los chismes en uso. Supo de las inquietudes de los políticos; escuchó, aprobando unos, rechazando el resto, los ruegos de audiencia que le formulaban los que buscaban acercarse a él y convertirse en las herramientas de su poder.

Pasadas las doce, luego de dos copas más de coñac, se despidió Palermo. Gómez-Anda lo acompañó a la puerta de la calle. Arriba, la noche era clara; alrededor, fresca, y el aire olía a yerba tierna. Sólo había silencio, y sombras discretas vigilando. Se estaba bien así, allí, reconoció, sin pandillas de muchachos alborotores; sin radios de vecinos a todo volumen; sin autos que pasarán; ni autobuses estruendosos.

–En casa, ahora, quedó idealmente situada . . .

–Sin embargo, me siento expuesto a la curiosidad de todos, aislado . . . Un poco, Fermín, como pulga bajo un vidrio de aumento . . .

–Te veré temprano . . .

Alto, sólido, ya empezando a estar grueso, Fermín Palermo, que de joven había sido esbelto y gracioso bailarín de tangos y foxtrots, resopló al meterse en el *Olid-Special* de siete asientos, que desapareció en la oscuridad.)

buscó las almidonadas puntas del cuello de la camisa y luego el nudo de la invariable corbata negra. Seguían en orden, alineados. Sobre el lado izquierdo del pecho apoyó la mano lampiña y con pecas. A través de la tela de algodón egipcio eran firmes, regulares, los latidos. Se mantenía un poco por abajo del que hubiera sido su peso normal, dócil a la estricta dieta que le impusieron los cardiólogos de la Policlínica Olid para reducir el riesgo de un nuevo ataque. Sin la banda presidencial protegiéndolo sentía hallarse indefenso y desnudo, no ser él. En la bolsa interior de la chaqueta, sus dedos tocaron la seda antigua, olorosa a cedro y a benjuí, en la que Armandina bordó con hilo de oro el escudo nacional para que él la recibiera posteriormente de don Tito Livio, en un día como ése, diez años antes. "Linda ceremonia aquella". Sus dedos se perdían gozosos, como entre los de una mujer, en los pliegues de la seda tricolor que no debía usar ya, pues el poder que simbolizaba era de otro; pero nadie, ni *Ese Señor*, iba a impedirle que lo llevara así, cerca de su cuerpo, como un talismán.

–El Poder ya de otro . . . –Cuando el mayor Fraga se volvió rápidamente y preguntó:

–¿Decía, señor? –se dio cuenta Gómez-Anda que las palabras de su pensamiento habían ocupado, para expresarse, su boca.

–Nada, mayor. Nada . . .

Recordó que muchas veces, en los tiempos lejanos en que se iniciaba en la política al amparo de aquel Aquiles Venegua, le había preocupado el temor de que no le alcanzara la vida para llegar a las alturas donde se encuentra el Poder verdadero. Hoy, que acababa de cederlo, lamentaba que el suyo no hubiera sido lo suficientemente grande o perdurable para llenar con él los años que le quedaban. "Sólo diez en la Presidencia, ¿no son muy pocos para quien se ha preparado a fin de merecerla y ejercerla?"

Alzó la tapa del descansabrazos derecho y sacó el espejo. Se asomó a él y le pareció hallarse frente al retrato suyo que vigiló las oficinas del país, las importantes y las modestas, del primero al último de los días de su mandato. Seguía estando bien peinado, pero un polen de

caspa le blanqueaba los hombros. De su rostro, y eso le envaneció, no desaparecía aún el gesto de autoridad que le daba carácter. "Ahora, a descansar; a reponernos un poco de la joda". Devolvió el espejo al estuche, junto al peine, el cepillo, los pañuelos de papel, y el frasco de Agua de Colonia. Proseguía la llovizna. Recordó a Víctor Ávila Puig. "Nuestro señor Presidente, ya". En alto el índice, fijos en él los ojos acusadores. "¿Por qué saliste de la página escrita y echar sobre mí esas palabras con las que me reprochas haberte entregado, según tú, un país en ruinas? ¿por qué no tener en cuenta que también a ti, dentro de cinco años, dentro de diez si los duras, te ofenderá del mismo modo, culpándote de todas las calamidades, el ingrato que te verás obligado a escoger para que ocupe tu lugar, eh?" El dedo siempre en alto, violenta la exposición, la gruesa vena al centro de la frente. "La política, mejor dicho: el Poder, trastorna a los sensatos y ensoberbece a los pendejos". Sufrió un par de hipos. Frunció después. "De preguntarme si don Víctor es más lo uno que lo otro, te diría que no lo sé; que será cuestión de darle unos días al tiempo para acabar de averiguarlo..."

Esperaba hallar, velando su retorno, algo más que ese solitario sujeto de traje oscuro, de pie junto al mustio automóvil azul. ¿Dónde estaban los hombres y las mujeres que él había hecho ricos y poderosos en los diez años que terminaron para siempre esa mañana? ¿dónde, los ochocientos miembros del Congreso que a él, sólo a él, le debían lo que eran? ¿dónde, los gobernadores y los caciques que entronizó en las provincias a sabiendas de que haciéndolo participaba de su desprestigio y ponía en conflicto sus palabras con sus actos? ¿dónde, los militares cuya lealtad se aseguró sobornándolos con disputadas concesiones y codiciados contratos? ¿a quién adulaban en ese momento, con el énfasis con que a él lo habían adulado lustros, los líderes de los campesinos, los obreros y

los burócratas? ¿frente a quién gestionaban nuevos negocios personales y mayores prerrogativas para sus otras empresas, los magnates de la prensa escrita que se proclamaba independiente y crítica? ¿por qué no colmaban el estacionamiento, con sus limosinas y los coches de sus guardianes, los contratistas, industriales, banqueros y comerciantes a los que tantos miles de millones dio a ganar en los ciento veinte felices meses de su Administración?; y los hábiles para justificar, en aulas y periódicos, igual sus excesos que sus disparates a cambio de empleos, viajes o becas, ¿por qué no acudían, flexibles las espaldas, a recibirlo? ¿por qué, señor, sólo un desconocido que lo miraba de lejos, sin decidirse a abordarlo, le entregaba su aplauso humilde?

–¿Lo conoce, mayor?

–Negativo, señor.

Y también allí, en su casa, sobre la piedra que alguna vez fue ira de volcán, pintadas a toscos brochazos, las letras-sangre, las palabras-grito, lo esperaban, mortificando su conciencia:

AGA
ASESINO - LADRÓN

Un hervor de cólera fue subiéndole rápidamente hasta la rendija de los labios –la lividez que se movió apenas para que salieran las dos sílabas:

–Ma-yor...

–Señor...

–Eso... Ven eso, Fraga...

–Sí, señor...

–Quítelo... ¡Quítelo! –y pensó en algunas de las sangres de las que se sabía deudor, y en varias de las vidas que ordenó interrumpir. "Cabrones". Los que habían guardado su voz, precavidamente, todos esos años, la sacaban

ése, el día mismo en que había perdido su poder, para hacerle recordar que el odio seguía vivo en las memorias.

Se hará, señor.

–Vea si no pararon más, alrededor...

Revisaremos, señor.

Lentamente, un hombre que se cubría con un chaquetón verde-oliva y que llevaba un forro de hule en el sombrero, entreabrió la portecita lateral. Quizá ignoraba que en ese automóvil llegaba El Patrón, al que servía desde hacía años, pero al que nunca había visto en persona. Al tener que dar la víspera el acaecer de sus últimas pertenencias, La Doña se había hecho antes de ese: "Que nadie entre, ni los soldados ya, hasta que El Señor Presidente llegue", y él obedecía.

–¿Qué espera ése que no abre? –gruñó don Aurelio.

Pilo Fraga bajó el cristal de su ventanilla. Llamó:

Tú, ¡abre!... Es El Señor Presidente. ¡Abre ya!

Desconfiado, la protuberancia de un pistolón en la cintura, se acercó unos pasos. Se inclinó para mirar al que le hablaba de tal modo.

–Diga...

–Es el Presidente... ¡Abre!

Siguió así, inclinado, espiándolos, incrédulo. ¿El Presidente, ese viejecito sin carne como los esqueletos bailarines de noviembre? El Señor de la Doña, tan guapota ella, ¿esa insignificancia acartonada, tiesa, que iba en el asiento de atrás? ¿No dicen que El Amo Grande anda siempre rodeado de gente que le grita vivas y le da sonrisas?

Baje usted, mayor, y acabemos...

Ni Gómez-Anda ni Quiroz pudieron escuchar lo que Pilo Fraga, todo él cordones amarillos y galones de colores en el uniforme de oficial del Estado Mayor Presidencial, le decía al renuente hombre del chaquetón, ni tampoco lo que éste, zafándose, rezongaba. Lo vieron, sí, empellarlo con autoridad hacia la puerta más angosta. Un momento después la del garage, muy ancha, fue abierta.

Julio Quiroz guió precavidamente para no raspar, por un mal cálculo, la pintura blanca del *Mercedes* que apenas la semana anterior les había sido devuelto de Alemania, donde lo reconstruyeron. Acostumbrado a las de Los Arcos, la puerta le pareció demasiada estrecha, y muy reducido el espacio que bajo la arcada de tres columnas ocuparan los dos autos. "Si el *Ford* que le van a comprar a la señora es grande como éste, uno va a tener que estar siempre al sol y dormir al sereno". Frenó sin sacudidas. No se movió. No debía hacerlo en tanto don Aurelio permaneciera en el coche. Recta la espalda, las manos inmóviles sobre las rodillas, la vista al frente y embalsamado, pensó Quiroz, mirándolo de reojo en el espejito, El Señor aguardaba a que Fraga acudiera a abrir, desde afuera, la portezuela que él, con solo apoyar la izquierda en la manija, podía abrir desde dentro, aguardaba, porque no deseaba, menos que nunca ese primer día, interrumpir la mínima ruina de respeto que merecía la investidura. "El Presidente, carajo, es el Presidente". En posición de firmes, el mayor Fraga vio descender a Gómez-Anda con la majestad republicana de costumbre y, mirando siempre hacia adelante y algo hacia arriba, remontar pausado los cuatro peldaños de piedra. Se detuvo entonces en el umbral de la puerta de vidrios de colores y arabescos de hierro pintados de negro.

–Ocúpese, mayor, de que sean retiradas de la banda esas majaderías... No se aleje: podría necesitarlo, y en cuanto don Fermín llegue, hágalo pasar.

Siempre erguido, parsimonioso el andar como si penetrara un día de señalada ceremonia, en el lujosísimo Salón de los Heroes, en Palacio, o en la Cámara para recibir el homenaje unánime del Poder Legislativo, Aurelio Gómez-Anda, a quien nadie llamaría más El Señor-de-Los-Arcos, avanzó por el modesto recibidor que tres me-

tros más allá se convertía en la sala principal de su casa. Su casa, y con ella para siempre.

EL HOMBRE del Maximófil había ordenado a su mujer que llevara agua, jabón, escobetas y lo necesario para remover de la barda las palabras pintadas de ella. "Con aceite o algo parecido", pensó Pilo Fraga, y Julio Quiroz: "Sólo con gasolina o thinner podrán quitarlas".

–¿Vieron quién lo hizo?

–No, señor... Los soldados se fueron como a las once, y no había letras pintadas. Seguro vinieron a pegarlas después de que nos dormimos pasada la una.

No pudo averiguar más el mayor. La mujer apareció con los baldes, un cepillo de cerdas metálicas y cuatro o cinco pastillas de jabón común.

–Esto no va a servir –dijo Quiroz. Blando y amarillo, el jabón quedaba embarrado en las rugosidades de la piedra. –Gasolina, ¿no tienen?

–No, señor.

Fraga dispuso:

–Sacala del coche...

–¿Leña o detergente?

Las manos en los bolsillos, el guardacasa ordenó nuevamente a la mujer:

–Ve y busca.

HABÍA VIVIDO en ella treinta y nueve meses y, sin embargo, ahora que volvía experimentaba la sensación de verla por primera vez. Miraba así, gris, abandonada, casi en penumbra, envejecida, decrépita por el desuso, lo deprimió. "Después de *aquello*, de las comodidades y de la amplitud de Los Arcos, ¡esto! La Dona no va a soportar vivir aquí."

Según recordaba, en alguna parte, próximo al despacho, había un cuarto de baño. "El de las visitas, don Aurelio, porque el nuestro, el grande, quedará arriba, entre las dos recámaras", decidió Armandina la noche en que ensayaron por primera vez, con caricias torpes y mucha ilusión, el trazo del plano de la que sería, con un crédito de la Mutualidad, la casa propia que tantísimo tiempo les habían anhelado. Desde la Cámara, estos meandros: Armandina deseaba que fuera "antiguo, colonial, mi señor", el estilo, y él accedió. "Si así la quiere, así será." La primera de las tres puertas idénticas que abrió, corrediza, pertenecía a un clóset. Lo ocupaban una aspiradora, algunas escobas, varios trozos de yerga, una cubeta de plástico, blanca. La del medio, simple elemento decorativo, estaba amurallada al muro. La última daba paso a un cuchitril que olía a insecticida y a aceite rancio. A tientas buscó el interruptor de la luz. No lo encontró. Sin cerrar la puerta, pasó todo a orinar. Después, trató de funcionar el mecanismo que dejaba correr el agua. La descarga fue lenta y ruidosa. Como si tuviera un gargajo atravesado. Había también en lo alto, un ventanuco para la ventilación. Procuró abrirlo. Enmohecida, la palanca no funcionó. "¡Puah!"

Señor...

Junto a la puerta, con una tarjeta en la mano, esperaba el mayor Fraga.

–¿Sí?

Esta persona ruega a usted que la reciba sola un momento.

Gómez-Anda, sin montarse los quevedos, pretendió leer el nombre impreso y el recado manoseado que estaba escrito de las letras de molde. Extendió el brazo hasta que pudo distinguir las palabras: FRANCISCO MARÍN GRAJALES. (Pfff.) "¡Quisiera tener el honor, y el placer de saludarte hoy...!"

El mismo... El nombre, Francisco Marín Grajales, no

ncanzaba a adquirir un rostro en su memoria. Que lo hiciera, dedujo, significaba que tenía confianza, o motivos, para hacerlo.

–Es el señor que estaba afuera ahora cuando llegamos –apuntó el mayor.

Iba a rehusarse, pero

–Además de él, ¿hay alguien esperando?

–No, señor...

–Bien. Hágalo pasar. Pero adviértale que estoy muy ocupado y que sólo se quedará el minuto que pide.

Entró en el despacho, escaso y austero como una celda. Estaba más aseado que la sala y un poco menos que el baño. Se estremeció. Irónico. Le agradaba que el último de los días de su mandato hubiera sido cálido y luminoso y que el primero de Avila Puig fuera así: opaco, glacial, triste. "Un aviso, señor, de lo que nos espera con don Víctor." Le pareció que allí el aire olía a viejo, a lo que no ha sido renovado, refrescado, durante meses. La puerta al jardín estaba trancada. "La puñetera pintura" resopló, tratando de abrirla. Sólo consiguió que cediera unos centímetros. "Habrá que poner todo esto en condiciones de servir." Miró el marchito verdor que era el jardín: los dos o tres árboles le parecieron raídos como la hiedra que ralamente trepaba sostenida por alambres, y el arbusto, ¿una camelia?, muerto en una de las grandes ollas de barro que Armandina usaba para sembrar las flores de su agrado. Pese a los metros que al jardín le añadió Vidagaray cuando remodeló San Tadeo, no había lugar para que ramonearan, como en las treinta hectáreas del parque de Los Arcos, los ciervos de cola blanca y ramificada cornamenta, para que retozaran sus perros innumerables, o para que hicieran sus gracias frente a él, que las alimentaba y protegía, las ardillas. En tan avaro espacio ¿podían desplegar sus plumajes los pavorreales, caminar los tucanes indolentes, las guacamayas o los cisnes? ¿Detrás de qué

estatua de David o de Venus, de la Victoria o de Antínoo, se recataría al verlo, si todavía conservara algunos a su servicio, el discreto protector responsable esa fecha, de la seguridad presidencial? "¡Puah...."

Fiel a sus manías, colocó al lado izquierdo del escritorio de madera el teléfono de La Red y a la derecha el otro, negro, de servicio comercial. Armandina había traído también el tarro de cerveza que él utilizaba como depósito para sus plumas, lápices y bolígrafos. Para que don Aurelio la tuviera siempre bajo el cristal, "como allá", colocó la foto que más le gustaba de cuantas a ella le hubieran tomado jamás. Pues El Señor lo pediría, no olvidó el calendario de la Lotería Nacional en el que marcaba ciertas fechas, recordaba otras o consultaba el santoral. En cambio, no pudo sacar de Los Arcos el mueble que más hubiera deseado obsequiarle a su esposo: la gran mesa sobre la que había trabajado diez años. "Es necesario, señora, una orden de los jefes", dijo quien lo era de la Intendencia y que a los Gómez-Ande debía el empleo. "Hasta mañana, don Gaspar, El Señor Presidente Gómez Ande sigue siendo el Jefe del Ejecutivo. ¿No le basta su firma?" "Obedezco órdenes, señora. La mesa sólo puede salir de aquí si lo autorizan el Presidente Ávila Puig o La Primera Dama". Enfurruñada, se marchó Armandina. "Le mandaré hacer una igual para que no la extrañe..."

Prefirió recibir a Francisco Marín Grajales, CPT, en la sala principal. Admitido en el despacho, pensó, hablar con él en tan mezquino lugar, le mermaría autoridad. Dimensión. Salió. La luz, ahora, se embellecía con los colores que tomaba, al pasar a través de ellos, de los cristales del ventanal que seguía la curva de la escalera. Sobre la chimenea de piedra azul-verdosa, le sonreía, vestida con un traje ceremonial de las princesas de la tribu Lauapu, la juvenil Armandina pintada por Araujo en fechas antiguas. Sentado ya en una butaca con respaldo de cuero, vio en-

tonces a quién lo esperaba. Si el nombre no había sacudido sus recuerdos, la cara que se le mostraba, sí... Paco de Paula Marín, su compañero cuando laboraba como interventor sanitario en el Matadero Municipal. Paco Marín, que lo ayudó a conseguir una *plaza* en la subdirección A. de Censos y Estadística. El mismo Francisco Marín Granados, cabal y siempre generoso, que lo ampara en otra de sus más largas cesantías consiguiendo para él, sin que pagara sobornos a los jefes que lo exigían, trabajo eventual en el Ministerio de Aguas y Suelos. El Contador Público Titulado de Paula Marín, hombre de su edad, que en Minas y Petróleo, como Director del Administrativo, supo ser jefe espléndido.

Jefe no, Aurelio, amigo sinceramente...

Se abrazaron. Marín era tan flaco, le pareció a Gómez-Anda, como él le parecía serlo a Marín. Quedaron sin hablar unos segundos. De Paula Marín seguía usando, como cuando se conocieron de jóvenes, corbata de moño oscura, negra o azul, y botines de una pieza, sucios de barro y lluvia esa mañana. Se miraban. Sin verse en diez años, los que transcurrieron desde el día en que él lo llamó a Palacio Nacional y le dio un empleo, ¿qué había quedado entre ellos? "Está igual que entonces, Paco", reconoció don Aurelio. "La presidencia se lo comió", lamentó el CPT. ¿Por qué no encontraban la palabra que sacara del silencio las que deseaban decirse?

–Y bien, Paco querido, ¿qué has hecho todo este tiempo?

Trabajar. Servirte, con mi modesto esfuerzo, donde me pusiste... Un poco tarde, sí, pero hoy he venido a darte las gracias por tu confianza... Estos diez años en Bienestar Social fueron decisivos para mí... Siempre cumplí con mi responsabilidad. Nunca estuve en desacuerdo con mi conciencia. En todos los casos hice lo que creí justo, y saqué a flote a mi familia, gracias a Dios y a ti...

...Porque debes saber, Aurelio, que estaba ahogándome, en verdad apurado, cuando me tendiste tu mano...

–¿Todo bien, ahora? ¿No más apuros económicos asegurado el porvenir, Paco?

–Misión cumplida, Aurelio...

–Eso es, Paco. Misión Cumplida... Entonces, ¿te resultó bueno el empleo, eh?

Francisco de Paula Marín Granados lo observó con algo de curiosidad. Por efecto de la luz había un resplandor, una especie de halo granate, como de santo, en torno a la cabeza de Gómez-Anda.

Buen empleo, sí, y el mejor sueldo que había tenido...

–Sobrado de oportunidades, que, supongo, aprovechaste...

Tuve esa suerte, Aurelio... Oportunidad de tener amigos de tratar mucha gente y poder servirla... Oportunidades, en fin, de hacer algo, poquito si quieres pero muy de corazón, por nuestro país...

Quiere decir, Paco, además de tu sueldo, ¿no tenías ingresos, digamos, especiales... el porcentaje que acostumbran recibir de los proveedores los jefes de Compras, eh?...

–Oh, no, Aurelio.

¿No?

–Absolutamente, no... Mi mano entró limpia y limpia salió del Ministerio... Jamás hubo a mis méritos debidos. Le hablaba con respeto, con cierto inocultable orgullo. Me enviaste a esa Dirección a cobrar a los que en ella medraban. No a robar. De haberlo hecho, Aurelio, te habría traicionado, y eso, ¡nunca! Primero muerto que defraudar tu confianza...

Pensativamente, Gómez Anda frunció el ceño y luego enarcó la derecha, la ceja del asombro. Iba a decir algo

cuando, con tal violencia que los sobresaltó, escucharon el repique del teléfono.

–Mayor... Mayor Fraga... –gritó.

¿Quieres que vaya a buscarlo?

–Que venga el... ¡Fraga! –El teléfono sonaba no solamente en el despacho sino también allí, cerca, en alguna parte de la sala. "¿Dónde coños estará la extensión?" Tropezándose con los muebles, Gómez-Ancla la buscó en dos o tres sitios, sin hallarla.

–En el piano, Aurelio –apuntó el CPT Mario Grajales.

Allí estaba, tras el florero con dalias de papel, sobre el piano de cola cubierto con un mantón de Manila, de los que tanto le agradaban a Armandina. Don Aurelio arrancó el auricular.

–Gómez-Ancla –dijo seco, en tono autoritario que usaba en los días en que aun reina al país al alcance de su voz.

Otra voz, que don Aurelio reconoció porque era casi idéntica a la suya, pronunció el nombre innecesario.

–Aquí, Tito Livio.

¿Qué gusto, señor... ¿Cómo va esa salud hoy...?

Pasándola, ¿y tú?

–Muy bien, don Tito. Mucho trabajo. Recibiendo gente, amigos. Como siempre...

Mucho tuvo el ex-Presidente que radicaba en una blanca mansión en Nueva Castilla desde que él, cinco años antes, al iniciar su segundo período de gobierno, luego del referendum le permitió retornar a la república. Fundada en el respeto mutuo, la amistad entre ambos era buena, aunque no cordial como lo fue la mayor parte de los años que convivieron. Solo una vez se habían vuelto a ver: la noche que don Tito Livio lo buscó en Los Arcos para agradecerle, humilde, que le hubiese permitido dimitir su cargo de Visitador General de Embajadas con que encubrió el exilio al que lo envió por el mundo. Unas

semanas más tarde, padeció un ataque a las coronarias. Mientras convalecía lo postró el aneurisma. Desde entonces vegetaba en una silla de ruedas.

–Vi la ceremonia por televisión... El Caballero Ávila viene muy bravo, Aurelio... Lo que dijo, ¿no lo crees así?, es como para empezar a preocuparse.

–Siempre habla demasiado... Recuerde su verborrea durante la campaña.

Percibió una nueva tos y la risita de Gómez de Lara.

–El país no sabe lo mucho que gana cuando tiene en Palacio a un pendejo quieto y callado... Las palabras de El Señor traían mucha cola, ¡y ese dedo, Aurelio, ese dedo! Se te veía en la cara que estabas pasando un rato amargo, ¿eh?

El tono zumbón de don Tito Livio empezaba a irritar a Gómez-Ancla. "El viejo está feliz de que Ávila Puig me dijera lo que él, si tuviera cojones, hubiera querido decirme... Como todos, goza viendo a don Víctor pegarme de patadas, echar lodo sobre mi nombre y mi gobierno. Pero no me afectan sus ladridos. Será la Historia, no mis contemporáneos, la que me juzgue. ¿Por qué me acusa de la ruina del país? ¿por qué habla de pobreza, y aun de miseria, si hice que corriera el dinero para que todos se beneficiaran con la prosperidad que fundé?"

–Así fue, señor...

El tono de la voz de Gómez de Lara se hizo, luego, más amable.

Ahora que va a sobrarte el tiempo, ¿por qué no vienes unos días a descansar acá? Ya que estamos los dos fuera de la política, muchas cosas podrán al fin ser habladas entre nosotros...

–Cierto, don Tito.

–Cosas, Aurelio, de las que ya es hora platicar...

–Es hora, sí... Le prometo ir a visitarlo, señor.

–No tardes mucho, si quieres encontrarme

vivo . Apúrate Aurelio... y en la risa de su tío, corta y sin brillo, creyó Gomez-Anda percibir una cierta intención burlona y macabra.

Francisco de Paula Marín Granados, CPT, procuraba desentenderse de la conversación. Prefería rozar vagamente los muebles rústicos, los objetos de artesanía sobre mesas y repisas, las sogas, espuelas, panoplias, machetes, carabinas, cuchillos de caza que colgaban de los muros por todos los lados. Las tejamanil de barro de encima en la chimenea. Los troncos no eran de madera, aunque lo parecían, sino imitaciones de plástico, igual que las brazas que fingían estar ardiendo entre la ceniza), y las varas trazadas de luna, tejidas por los indios de Sierra Azul, que cubrían el piso. Había tomado de la bolsa de su saco una caja envuelta en papel de plata con un moño guinda. La colocó a un lado de su pierna. Gomez-Anda terminó su diálogo con don Tito Livio y, ya árido y tenso, volvió a sentarse.

–Bonita tu casa, Aurelio –Dijo Marín, por decir algo.

–Gracias ... ¿Así que no aprovechaste tu paso por el Ministerio para asegurar tus días?

¡No, señor...!

Sonrió tristemente, ¿quizá sólo aburridamente?, el señor Gomez-Anda ¿Por qué el funcionario, así no sea hombre de poder, ha de ajustar su conducta oficial al patrón que rige la moral privada? ¿Acaso Marín Grajales evitó con su intransigencia, su rosudez y su desconfianza, que siguieran haciéndose negocios en el Ministerio cuyas adquisiciones él controlaba? ¿No le sostuvo en su cargo para darle oportunidad de asegurar el futuro económico de varias generaciones de Marines? Cuando dejó de recibir quejas en su contra (de los parientes de Armandina, de Fermín Palermo a nombre de sus amigos, y de Teresa López, del de sus socios), ¿no supuso que al fin Paco Marín había entrado en razón y había empezado a vivir y a dejar

que los otros también vivieran beneficiándose con la plaza que a bocabrones llegaba a sus manos? Pensó: "A espera a los malvados como son. Desconfía de los estúpidos: terminarán perjudicándote".

–¿Nunca entendiste, Paco Marín querido, que te di ese empleo, y en él te conservé a pesar de las presiones, porque deseaba que te hicieras rico?

Marín abrió la boca, como si fuera a bostezar. Dijo, parpadeando:

Creí que...

–Creíste mal, Paco. Desperdiciaste tu tiempo ... Te creo que no ganaste dinero con negocios, pero, dime, ¿alguien va a creerlo como yo? ¿alguien metería la mano en la lumbre para probar tu honradez? ¿alguien te respaldaría? ¡Paco, Paco...!

–Si tú hubieras sido más claro conmigo, Aurelio ... Si me hubieras dicho, yo...

Se levantó Gomez-Anda. Alineó las solapas de su chaqueta negra. Se tocó el nudo de la corbata. Serenamente expresó:

–Hay cosas, Paco, que no tienen que ser dichas, sólo entendidas ... Basta tener limpio el culo, ¿eh?

Llovía apreciadamente en el jardín, en el patrón, en el estacionamiento. Hacia el oeste se deslavaba la torre de San Tadeo. Hubiera podido decirle a Francisco Marín Grajales que permaneciera con él mientras amainaba el aguacero, pero no lo hizo. Le ofreció la mano. Antes de tomarla para despedirse el CPT Marín le entregó el paquete a Gomez-Anda.

–Un recuerdo, Aurelio. Nada que valga la pena.

Gómez-Anda retiró el listón y rasgó la envoltura. De lino, negra y tejida como las que siempre usaba, era la corbata que su compañero en Censos y Estadística le había decidido a regalar.

–Gracias... –Su leve emoción era auténtica.

Dr. Paula Grajales le tendió los brazos. Sus cuerpos se encontraron nuevamente.

–Gracias a ti por recibirme, Aurelio... Si lo permites, me gustaría traerte a tus hijos para que los conozcas... Uno es economista. El otro me resultó contador... Para ellos, como lo es para mí, será un verdadero honor estar contigo unos minutos...

–Cuando lo desees, traelos.

–Me marcho ahora, Aurelio. Estás muy ocupado...

Se moría, pensó, y después, así que lo veía correr entre la lluvia y salir a la calle por la puerta a medio cerrar. Hay tontos que no merecen que uno los ayude, y el buen Paco es uno de ellos. Vio acercarse, con un capote de soldado sobre los hombros, al mayor Pilo Fraga.

–Mayor... ¿Borraron eso?

–Estamos haciéndolo...

–¿Hay gente esperándome?

–Ninguna, señor...

2

Gómez-Anda, que consumía veinte y a veces treinta tazas de fuerte café negro entre la hora de abandonar la cama ("El Señor Presidente ha de levantarse antes que ninguno, doctor Ávila") y la de volver a ella en el principio de la madrugada ("y acostarse mas tarde que todos, don Víctor"), decidió prepararse una –la primera que beber a desde que salió de Los Arcos a las diez brumosas para dirigirse al recinto del Congreso, luego del desayuno de silencios y suspiros que compartió con Armandina y con Fermín Palermo en el mísero lugar donde tomaban sus alimentos: un cuartito enjalbegado en el que apenas cabían y que formaban parte, como el *living* y las dos alcobas, el baño y la cocina, de la que había sido casa de los caballerangos, y en la que habían resuelto por instalarse cuando abandonaron la residencia para que en ella pudieran trabajar los arquitectos y decoradores de Isabel Veros, esposa del futuro Jefe del Ejecutivo Federal.

Como en la sala y en el despacho, también había frío y una intensa pestilencia a barniz en el comedor. Aunque apenas hubieran sido usados, los muebles le parecieron viejos, deplorables. "Viejos, no, si están casi nuevos –rozó con la palma de la mano la cubierta de la mesa; demoró sus dedos en el terciopelo topacio del respaldo de las sillas; tocó las guirnaldas talladas en las puertecitas del aparador–. Lo que pasa es que son de otra moda", como lo eran el frutero de porcelana del que desbordaba, entre naranjas, tangerinas y ciruelas de cera, un racimo de uvas

polvorientas, y la ancha lámpara con pantalla de pergamino que descendía del centro de una jicara de madera laqueada por los indios de Acamil, y el reloj de pie en el que la hora de algún año de los de ayer había quedado indecisa entre dos de los números romanos que contrastaban el negro intenso de su esmalte con la blancura verdinada de la catatula. A un lado de la cabecera, como allá en Los Arcos, halló Gomez-Anda sobre el taburete mandado hacer para soportarlo, el maletín de piel sin brillo dentro del que Armandina guardaba el tocacintas portatil y los cuarenta y dos casseres en los que habían sido recogidos el pensamiento político de Don Aurelio y la voz que lo expresaba: grabaciones esas (los siete mejores discursos de su campaña como candidato, y los treinta y cinco que alcanzó a decir como Presidente) que La Doña gustaba insertar en el reproductor para que El Señor y ella, si pasaban la velada a solas, evocaran jornadas gloriosas, o los invitados a comer o a cenar, en familia y en confianza, se ilustraran con tanta sabiduría.

(–¿Qué discurso de mi señor prefieren: el de Pedernales o el del río Lam? –preguntaba, indecisa.

–El que usted quiera, Doña –respondían sonrientes para dejarla en libertad, como era costumbre, de decidir.

–Siendo así, pondré el que dijo en Aconcagua el día que inició su gira electoral, y que hoy amaneció con ganas de volver a oír...)

Sobre la plancha de marmol del aparador encontró las dos estufas a gas que había usado, durante años, en Palacio y en Los Arcos, las idénticas marmitas de peltre, el frasco de cristal con los granos de anís, el estuche con las seis tazas de porcelana china y la cucharilla de plata. Todo eso había sido llevado allí, la tarde anterior, por Armandina y los elementos de la Guardia Presidencial que la ayudaron en la mudanza, pero no el café. Tan organizada, ¿habría olvidado su mujer traerlo? Pensó un reproche: "También

las listas y eneó sus nombres en sus casas", y le proporciono una postergación. El trauma del cambio le ha trastornado los nervios a la pobre". Procedió a buscar.

En el último de los cajones encontró una bolsa de papel opaca ante la suciedad de manchas de grasa. "Café molido El Gran Visir". ¿Cuantos años llevaría allí? Rompió la tarjeta engomada. Dentro, había una sustancia pegajosa y, la poco, endurecida. Olía a café muy levemente, pero más a la [illegible] La Doña, en todos los muebles cuando se mudaron a Los Arcos. "¡Puah...!

Pensó: "Tal vez los porteros en la cocina". Empujó la puerta de resorte y aspiró un sorpresivo olor a caldo. Sobre la llama de uno de los cuatro quemadores de la estufa, en la olla de aluminio cascada de abolladuras, flotaban, feos como si hubieran sido vomitados, trozos de carne pellejuda, patatas sin pelar, granos blancos ¿maíz, alubias, garbanzas? "Puah!" En reposo sobre una caja de cartón, el gato gordo, blanco y negro, lo miró un momento con sus mansos ojos verdes antes de volver a dormirse.

Abrió más alacenas y exploró sus interiores. En una le pareció escuchar un rumor de cucarachas que huían entre vasos, platos y botes de conservas. "¿Donde carajos guardará esta gente su café?" Quizá no lo acostumbraran, tal vez no les alcanzara lo que les pagaba la Caja Chica de la Presidencia para comprar o ahora que, según decían, había aumentado más de seis veces el costo de la vida.

El refrigerador (¿sería el mismo que fue pagando a plazos como todo lo que había en la casa?) exhibía dos o tres lamparones de mugre roñosa en la puerta con desconchaduras. "Armandina sí que va a sospechar por *aquello*" –y *aquello*, eran las cocinas grandes como establos, los congeladores capaces de almacenar cincuenta *animales* de las más finas y tiernas reses del país, las despensas en las que resultaba difícil almacenar lo que por cientos, por miles,

por arrobas o toneladas, llegaba a la casa presidencial en diario flujo inagotable.

Dentro de una tina de bañaba totalmente impropia, colocada bajo el calentador del agua, se enfriaban entre pedruzcos de hielo, las doce botellas de champaña francesa que Armando Inda había enviado para que don Aurelio pudiera brindar con quienes fueran a velarlo esa, su primer día fuera del poder. Se inclinó para removerlas. "Ojalá alcancen para todos."

Regresó a la sala. En el corvo pasillo era muy acusado el olor a humedad. Al apoyarse en la pared, su mano recogió un polvito. "Salitre". Lo molió entre los dedos. "Habrá que arreglar también eso." Tropezó con algo abandonado en la oscuridad, una caja de cartón asegurada con cuerdas. "Todo andará patas arriba durante años. Armando no va a necesitar meses para poner orden en este desastre." Lo estremeció un escalofrío. "Como no vaya a resfriarme ahora". Sus pasos lo llevaron a la puerta.

-Mayor Fraga... Julio... -Su grito no logró penetrar la lluvia. Si los comercios de la ciudad habían cerrado por lo especial del día, ¿tenía caso, al menos mientras no escampaba, que su ayudante o el chofer fueran a buscar donde comprar café, un café, pensó, que no sería de la calidad que él prefería, ni habría sido molido tanto como él demandaba que lo fuera el suyo?

Sentía en la planta de los pies el rigor del frío, como si fueran de hielo y no de mármol artificial las partes del piso que no alcanzaban a cubrir las mantas de colores sobre las que caminaba para no entumecerse. Las manos bien adentro de los bolsillos del pantalón, pegados los codos al cuerpo, le daba a veces como si estuviese a la intemperie. ¿Dónde habría escondido Armandina su abrigo de pelo de camello? Subir en su busca al segundo piso, o al tercero, le parecía inútil. Recordó la chimenea. Bastaría encender una clavija para conseguir calor. "Nada funciona hoy en esta casa de mierda". O no había energía eléctrica o algo andaba mal en la parrilla de gruesas espirales que debían arder al rojo blanco en cuestión de segundos. Se encontró de pie, sofocado, un rápido pulsar en las sienes, y, nuevamente, con ganas de orinar. "Estos riñones, Manuel; estos jodidos riñones míos, doctor Monter."

La lluvia también golpeaba los cristales, adormecedoramente, aquella tarde en Bugambilia en la que fue alcanzado por la inspiración del genio, pero, ¡qué lluvia tan linda, tan limpia esa!

COMO SIEMPRE, Fermín Palermo le ganó fácilmente por once carambolas de ventaja. Gómez-Anda había jugado sin interés, sólo para hacer tiempo. Se lavó en la rofaina las manos manchadas por el azul de la tiza y para secarlas prefirió usar su propio pañuelo y no la toalla, gris de lo sucia, colgada de un clavo junto al espejo en cuyo marco se hacía propaganda a la Cervecería Old S. A. Procedió a peinarse.

-¿Vas con Isaura?

-Sí. -De la percha descolgó el sombrero y el paraguas que el padre Monroy le había traído de Italia. Se ajustó el nudo de la corbata y salió del billar que ostentaba, como la ferretería y el mejor hotel de Bugambilia, el apellido de su fundador, don José María Palermo.

Ir a *la visita* era una costumbre que cada tarde, a las cinco puntualmente cumplía Aurelio Gómez-Anda. A últimas fechas lo incomodaba frecuentar la casa de Isaura. "Incomodarme, no; me deprime verla así de enferma, así de consumida". Fermín Palermo le había preguntado:

-¿Para qué quieres casarte con ella, si nunca tiene un hijo bueno?

-La pedí. Me la dieron. No sería correcto de mi parte, ahora, desdecirme...

Con la franqueza a que lo autorizaba una amistad que se inició entre ellos cuando eran niños y el padre de Aurelio, don Hesiquio Gómez Turrent, le llevaba *los libros* de sus tres negocios a don José María, Fermín Palermo le hizo una broma que, apenas dicha, a él mismo le pareció injusta

Lo que buscas, Aurelio, es un pretexto para andar siempre de luto... Isaura no te va a durar mucho...

–Yo haré que se ponga bien

Para la boda eligieron un día de fines de octubre, época en que el clima de Bugambilia es benigno y los cuerpos toleran mejor su compañía Pero antes, luego de unas semanas de aparente convalecencia, la salud de Isaura volvió a desmejorarse Las medicinas, ya no eficaces, cesaron de servirle. La piel se le puso seca y su mirada dejó de ser clara. En tren la llevaron a la capital de la provincia. El médico del Seguro Social que la examinó prefirió no comprometerse. Su diagnóstico fue vago Recomendó reposo y alimentación para la enfermita. Comprensivas, la madre de Isaura y la tía Edwiges, dos serratos antiguos en ese momento solemne, ofrecieron a Gómez-Anda la oportunidad de rescatar su palabra de matrimonio. Él rehusó romper el compromiso, aplazando indefinidamente

Fermín Palermo consideró que ésa era una decisión estúpida de Aurelio al que muchos (el padre Monroy, don Aquiles Veragua, el señor Mendizabal, don Adolfo Martorell, Marciano Pacheco, jefe de los gendarmes de Bugambilia y estimable carambolista) consideraban no solo "un buen muchacho", sino un "excelente joven", por sus probadas cualidades, su cabeza firme, su dedicación al trabajo en la Alcaldía y la madura seriedad, "de persona instruida", con que hacía todo

Un inesperado problema demandó la presencia urgente del padre Monroy en el templo de Nuestra Señora

de las Nubes. Lamentaba mucho ("en verdad, creánme"), tener que abandonar la mesa en la que jugaba dominó, desde el mediodía, llevando como compañero a don Aquiles Veragua, con los señores Almaraz y Yepes.

Vaya tranquilo, padre... Usted, a lo suyo –dijo el señor Veragua, y los tres españoles, que deseaba acabar el juego para discutir con él lo relativo a la compra de todo el aguardiente que destilara en sus alambiques legales en el curso de los próximos cinco años, expresaron a su vez

–Vaya y que no sea nada serio...

–Lo esperaremos, padre Monroy.

El padre Monroy no estaba muy seguro de volver pronto, por más que fuera de su interés, y de su provecho, hallarse presente cuando Aquiles Veragua y los españoles llegaran al acuerdo de negocios que desde tan lejos habían ido a buscar allí.

–Para que complezca el *cuarto* –sugirió– ¿por qué no manda traer al joven Aurelio? Es un cerebro ese muchacho, usted lo sabe, don Aquiles.

Diez años antes, el policía que Veragua usaba como recadero y guardaespaldas, fue a buscar a Gómez-Anda al lugar donde, a esa hora de la tarde, estaba seguro de encontrarlo, la casa de Isaura Rojas. Su presencia interrumpió un larguísimo silencio vigilado por la madre y por la tía.

Manda don Aquiles, joven Aurelio, que comparezca usted a casa del padre Monroy

–¿Para qué me quiere...? ¿Lo sabes?

–Pa'que pegue con él, joven Aurelio... Está muy cabreado porque pierde ya como once mil pesos, y el padre Monroy acaba de irse a llevar unos Santos Óleos...

Afanosas y rápidas, las miradas bajas y los pies veloces, el ama de llaves y las tres sobrinas jovencitas que ahora

tenía a su cargo el padre Monroy en su casa jouto al río, llevaron mas bocadillos y emparedados para que *picaran* pues no habían comido, el alcalde y los dos señores que fumaban puros, escupían gordos salivazos y bufaban a cada rato: "Co'jo", "joder", "que le den por el culo", al golpear la mesa con las fichas y sin que le merecieran respeto el lugar donde estaban o la sotana del dueño.

Él es Aurelio, mi secretario —lo presentó Veragua.

Gómez-Anda, para servirles...

Alertados por el olor del chorizo y de los quesos, del jamón serrano y de las butifarras, los dos grandes perros daneses, altos y fuertes como erales, empezaron a acosar a Veragua y a morderse, jadeando, entre las piernas de las mujeres y las botas de los hombres.

—Siéntate, y a jugar...—fue la orden que el alcalde de Bucarelia dio a quien era, mas que su mecanógrafo en el ayuntamiento, su asistente siempre al día, el moderador de sus arrebatos y el encubridor de sus indiscreciones.

Sí, señor.

La suerte de Veragua conoció un sorprendente cambio favorable desde el momento en que el joven Aurelio revolvió las fichas y empezó a jugar. Hacia las siete de la tarde, muy alta todavía la luz en el cielo de vidrio, Severino Yepez, que tenía prisa por asegurar el trato con el alcalde y volver esa misma noche a Nueva Antequera, propuso que fuera la última ronda la que se disponían a iniciar.

—Ya es hora, don Aquiles, de hablar del negocio, que de juego estuvo bien...

Lorenzo Almaraz, al que una rebelde almorrana molestaba si permanecía demasiado tiempo sobre ella, propuso —y su socio Yepez estuvo, como siempre, conforme:

—Y para no alargar más esto, vayа todo a doble o nada...—trato que Aquiles Veragua no desdeñó, si ganaba, recuperaría los seis mil pesos que aún le llevaban de ventaja, de perder, no perdería más de lo que estaba perdiendo cuando Gómez-Anda reemplazó a Monroy.

Entre guasas y tercios, tragos al pico y mordidas a los emparedados, avanzó la partida. Empatados a 90 puntos, ésa sería, para unos o para otros, la jugada decisiva. Buen jugador, Aquiles Veragua se dio cuenta, y por eso levantó las cejas y frunció los labios, que al joven Aurelio se le había quedado rezagada, a causa de un descuido imperdonable, esa ficha temible: negra de cinco, que era la seis-doble. Favorecidos por las blancas, Almaraz y Yepez intentarían, conjeturó, el cierre fulminante.

Esto como que se ha acabado...—dijo Yepez.

Fue en ese momento cuando Aurelio Gómez-Anda, diría las veces que narró la anécdota, recibió "la inspiración del genio". Invisible de lo rápida, su mano, experta para realizar pulcras mecanografías, metió dentro de su emparedado mucho la ficha con los doce puntos de derrote y disimuladamente (en sus ojos la mirada cómplice de Aquiles Veragua), permutó que el dados que rodaba sobre su mesa se lo zampara.

—...porque se cierra a blancos —completó Almaraz mostrando sus fichas.

Ya no tan abrumados por la seis doble, Veragua y Gómez-Anda se libraron de perder. Cejijuntos, mirándose, Almaraz y Yepez cavilaban cómo pudieron el alcalde o el tierno jovencito del traje negro escamotearles, en sus narices, la ficha que era de triunfo para ellos. Tampoco se explicaban, si ninguno de los dos había retirado las manos de la mesa, donde la habían podido ocultar.

A medida que iba colocando las veintisiete piezas dentro de la caja de madera taraceada, comentó Veragua, sonriente y malicioso:

Perder doce mil pesos, ¿qué importa don Lorenzo amigo Yepez, si voy a hacerlos ganar millones

Los escaparon hacia el despacho en el que el padre Monroy acostumbraba discutir los asuntos parroquiales y le recibían gustosos la confesión secreta. Se despidió cortés de Gómez-Anda

–Hasta mañana, don Aquiles.

–Muy bien, muchachito –el gordo se entregó una sonrisa– te veré temprano.

En una esquina del jardín, el perro danés se acuclilló y tras fuerte vomitona arrojó contra algún objeto estacionario el semen de la garganta. Luego le dio una nueva vuelta al sujeto, y de una serie de estornudos, volvió a rabiar hacia el frente. La mancha longuiforme cubriendo apenas los calcañales pringados. "Ojalá no venga que mañana", pensó Aurelio. Era temprano aún. Llegaría a tiempo de merendar con Laura.

Desde 1821 La Sirena, la Emperadora del Agrado atesoraba recuerdos y dichos memorables de Buganvilia que creían ya los siete, pero en que mandaba Laborde en persona. El primer turno de día, y antes de que recomenzaran los recios golpes de sol, cuando los que el capitán Naranjo amontonaba, desde anoche, en la puerta, que su hija ya se disponía a cruzar el río para arribar a las orillas del puerto, traían la leche. La vecindad, a quien la aguardaban presurosas, y, desde la madrugada, cantaroneras cargadas con mercaderías. –¿Oyes, Anita? Escucha, ¿crees escuchar, que llamaban a la puerta el chanco que estaba en la Casa de Pensión de Estefanía Roca.

–Don Aquiles trae mano el vino, oyen Aurelio y todo parece ya casi a medio –informó el cabo Matías– El padre Monroy le manda pedir que vaya a ver si va procurar sus-tancia.

–¿Dónde está? –Con La Negra Lupe –No del todo despierto, Gómez-Anda empezó a vestirse.

–En la iglesia.

–El padre de qué?

–Hijo, el joven Aurelio. Como quien volar.

–Ve a casa.

–Lo que oyes volar.

–Vamos, pues...

Cuando Gómez-Anda y el cabo Matías [illegible] la torre, ya muchedumbre [illegible] de ella, y rotamente la nueva del Ayuntamiento.

–Llega usted tarde joven Aurelio. ¡El Juez Aquiles ya se nos fue...! –dijo Marciano Pacheco; su rostro un espejo de consternación.

–¿A dónde?

–Pa'arriba... –y señaló las torres del templo.

Sudoroso y escandalizado, suelto el alzacuellos, se acercó el padre Monroy. Le sangraba el labio inferior quizá porque se lo había mordido a causa del nerviosismo.

–Que terrible cosa, Aurelio... Don Aquiles se nos ha vuelto loco. Ah, Muracci: ¡va a matarse...!

La muchedumbre ensanchó un leeee

–Esto ya no tiene remedio –expresó Marciano Pacheco.

Del asombro pasó al grito en el momento en que don Aquiles flexionó un poco las rodillas para proporcionarse el impulso inicial que demandaba su improbable vuelo, y se lanzó al vacío sin más apoyo que el aliceo, poderoso pero inútil, de los animales.

–Para madre ...–se le escapó al cabo Matías.

–Querer volar sin alas es matarse a pechugazos... –manifestó, filosófico, don Carlos Fierro.

Malherido levantaron al señor Veragua. Las frondas de los árboles entre las que se hundió antes de estrellarse sobre las baldosas del atrio, amortiguaron considerablemente el choque. Los médicos de Buganvilia, temerosos del descrédito que conocerían si no acertaban a sanar a su alcalde, optaron por delegar la responsabilidad del diagnóstico y, de ser posible, del tratamiento, en sus colegas más influyentes de Nueva Antequera. El informe de ésos fue desconsolador para el gobernador Nicolás Donatello y para la esposa de don Aquiles.

–Vivirá, pero será casi imposible que recupere el movimiento de las piernas.

Más directo fue el de los cuatro *brujos*, los mejores de la provincia, convocados para examinarlo.

–Quedó descuadrilado, y eso ya no tiene composición.

En esos meses de la invalidez de Aquiles Veragua, Aurelio Gómez-Anda se convirtió en el hombre más solicitado de Buganvilia. "Los puestos públicos son para ganar amigos, antes que dinero", solía decirle, y también: "En la vida, ni mujeres feas ni amigos pendejos", don Adolfo Martorell que de boticario pasó a ser alcalde en una época olvidada; hombre sentencioso cuyas prédicas unos llegaban a influirlo. "Ayuda y suma, para luego ser ayudado" y se ocupó, con discreción y elegancia, de acercarse a todos

los que más en el futuro que en el presente, pudieran darle la mano.

–Hay alguien interesado en... –Fermín Palermo demandó del joven Aurelio un servicio personal, urgente, para el forastero que había conocido en el hotel–. Tiene prisa y pagará lo que se le pida por conseguirlo...

Gómez-Anda averiguó de qué se trataba: un permiso para instalar varios juegos mecánicos en una feria de Guarabitos, cabecera municipal de Camarena.

–Esas licencias se conceden gratuitamente. No vamos a pedirle ni aceptarle nada... Puede venir cuando guste.

–Si él quiere darte algo, no lo desairemos...

El que dijo ser promotor de espectáculos populares (en realidad, un investigador especial que recorría la provincia descubriendo funcionarios menores que se enriquecían en los municipios mediante la venta de licencias o la solicitud de dádivas) mostró en gratificar, "con un boletito para que se tome un café, mi amigo" a quien lo había atendido con gentileza y rapidez, y se marchó.

Dos semanas más tarde llegó a Buganvilia, de paso a la Sierra, el gobernador Nicolás Donatello. Como de costumbre fue a saludar, y a tomar la copa con él, a don Aquiles Veragua, cuyo mandato, como el de todos los alcaldes de Nueva Antequera, llegaba a su fin.

Le hacía compañía, tallando el naipe, el padre Monroy. Con Donatello iba el "Investigador Especial", Eugenio Martorena. Algo que se dijo desfavorable para el joven Aurelio desagradó al padre Monroy y lastimó, porque sabía que era una calumnia, al señor Veragua.

–Tengo pruebas, y testigos además, de que recibe dinero... Mandalo llamar.

Cuando llegó a casa de Veragua, Gómez-Anda reconoció a Eugenio Martorena y comprendió que algo andaba mal para él. Entregó sus confusos saludos, y sin re-

[illegible] se sentó a la mesa, el gobernador produjo [illegible] y sus palabras, Fermín, llévaban lumbre: quemaban de solo oírlas".

–Aquí el señor Montorena, que es inspector de toda mi confianza, me ha dicho, joven Gómez-Arcila, que está usted robando mucho en la alcaldía.

Duro apenas es silencio en el que se formó la respuesta. Su sangre en la cara angulosa, firme la voz y limpios de temor los ojos. Aurelio Gómez-Arcila respondió:

–A mí también me han dicho, señor Gobernador, que usted está robando mucho y yo, naturalmente, no lo he creído...

Fue estruendosa la carcajada de Nicolás Donatello, al que le gustaban las buenas bromas y que creería capaz de [illegible] como [illegible] y [illegible], sonoros, los cuatro [illegible] de Aquiles Veragua [illegible] festejó el comentario del padre Monroy:

–¿No le había dicho, señor gobernador, que nuestro joven Aurelio es todo un cerebro...?

La idea le había estado bullendo todo el tiempo que llevaba a cargo de los asuntos de Bogavila, pero fue esa mañana cuando llegó a considerar como cierta la [illegible] candidatura [illegible] que [illegible], que le gustaría sucederse en sí mismo. Veragua: "¿Quién mejor que yo, si él ha dicho que no buscará la reelección?". Por la mañana, Isabel [illegible] con ruego unas palabras [illegible], que le apagaron un poco el suyo:

Deberías buscar un trabajo seguro, Aurelio. –Había amanecido más pálida y delgada, más débil, que la víspera. Se desplazaba por la cocina lentamente–. La política no es para ti. Tu carácter no se presta, me parece... ¿Por qué no hablas con el señor Rubio, de la Empacadora...?

El padre Monroy, en cambio, encontró "magnífico, Aurelio" que se le hubiera ocurrido tal idea. Del mismo modo que él, de codos sobre el mostrador del depósito de

Cervecería Cruz de Mayo, don Carlos Fierro:

La gente, Aurelio, te quiere y te respeta. Eres de aquí. Contigo de candidato, el Partido no podrá perder contra los perseguidos de Acción Republicana.

A las siete, luego de su trabajo en el Ayuntamiento, se detuvo en la botica para jugar, como de costumbre, una partida de ajedrez con don Adolfo Montorell. Los rumores habían llegado a su mostrador. Movió un caballo, mientras preguntaba:

–¿Así que ya estás en campaña...?

–Considerando parecéres, don Adolfo... Usted, ¿no considera que estoy capacitado para...?

–Lo estás demostrando, Aurelio... ¿Has hablado de esto con Veragua? Él debe ser el primero en...

–Saliendo iré a verlo...

Poco antes de las nueve abordó al señor Veragua en casa de la señora Paquita. Debido a la humedad, dijo, le dolían las rodillas. Otro de los nietos estaba enfermo y con sus gritos dificultaba el diálogo. Terminando el *parte de novedades* que había ido a rendirle, Gómez-Arcila planteó:

Desde hace unos días, don Aquiles, algunas personas amigas suyas y mías, como el padre Monroy, don Adolfo Montorell, el señor Fierro, por ejemplo, han estado animándome para que trate de ganar el Ayuntamiento, y evite así que el Partido nos imponga uno de fuera, ahora que ha declarado usted que se retira a la vida privada... A todas ellas les he dicho que, como institucional que soy, me disciplinaré a la decisión de mi superior, que es usted... No moveré un dedo, señor, si usted ha pensado en alguien más; y procuraré servirle con el entusiasmo con que sirvo a usted... Sin embargo, don Aquiles, estoy seguro de poder ser un leal, un digno sucesor si...

Lo misma pienso.

–El continuador de su obra.

–¿Quién mejor que tú...?

--Y principalmente, señor, su amigo, agradecido amigo, y defensor, con mi vida de ser necesario, de su buen nombre de la limpieza de su apellido...

Veragua le ofreció las dos manos y le sacudió, emocionada, las suyas de pronto frías.

-Que lo harás, estoy seguro, Aurelio... -Le sonrió después, y quizá dijeran verdad sus palabras-. No es por venderte el favor, pero ya había pensado proponerte como mi candidato único al compadre Donatello. "Te estima, me debe favores, y si mucho me equivoco o él también va a pensar como yo que tú eres la mejor opción para Buganvilia... Le hablaré mañana temprano.

Antes de volver a su casa pasó en el billar. Fermín Palermo no estaría jugando y era aún demasiado temprano para que estuviese en el burdel. Se asomó a la ferretería. Lo encontró allí, atareado en los libros de cuentas.

-Si eso dijo Veragua, ¡estupendo!

-Lo que necesites, tres mil, cinco mil, ¡lo que sea!, te lo doy.

-No podrás pagártelos, Fermín. No tan pronto como quisiera.

-Cuando estés arriba me encargaré de cobrártelos...

Hombre de súbitos desplantes, Palermo tiró de uno de los cajones del escritorio de costura y echó entre él y Gómez-Anda, cuatro mazos de papel moneda, envueltos todavía, que había sacado esa mañana del banco para entregarlos, al día siguiente, al cobrador de quien lo abastecía de clavos, alambre, bujías y cornillos.

-Te daré un recibo, Fermín... -Aurelio había abierto la pluma fuente y buscaba una hoja de papel.

-¿Recibo? No hay ni nunca papeles entre nosotros, Aurelio. Tu palabra y mi palabra. Nuestra confianza, ¿qué más...?

Isaura lo escuchó tristemente, mientras lo veía beber café. Estaba muy fatigada, luego de un día de trajín a solas en la casa. Lo único que deseaba era tenderse y dormir. Para ahorrarle preocupaciones, ella tan propensa a padecerlas, él prefirió no mencionar que se había comprometido en una cuantiosa deuda con Fermín Palermo. No era que hiciese calor: se hallaba en tensión y el sueño no llegaba. A oscuras buscó la botella de coñac que reservaba para las visitas y salió al porche a beber un trago a pico. "Como dice don Adolfo, cuando uno va a pedir un favor nunca debe llegar con las manos vacías". Recordó que el placer mayor de Donatello eran los caballos. Le gustaba criarlos, venderlos y coleccionarlos en sus extensas cuadras. ¿No era una buena, una inteligente medida comprarle uno y obsequiárselo? Los párpados empezaron a cerrársele. Alcanzó a pensar: "Sueña tus sueños, pero antes vuelos".

Al mediodía conoció un derroche de entusiasmo cuando el señor Veragua le informó: "Al compadre Donatello le gustó la idea de que te apoyáramos a ti, Aurelio, y me dio a entender que te empujará fuerte con el Delegado". Palermo opinó que era una magnífica decisión la de regalarle un caballo a quien estaba en condiciones de llevarlo a la alcaldía. El señor Marzorelli le recomendó "no esperar demasiado" de las promesas del gobernador. "Entregarle un animal personalmente, Aurelio, te dará oportunidad de saber, por la forma en que te mire, por el modo en que te da la mano o te hable delante de otros, si los hay presentes, en qué estima te tiene..."

En un camioncito que aportó la Ferretería Palermo, Gómez-Anda viajó a la capital para comprar el potro. A las once llegaba a la Casa Grande de la finca "Tres Marías" situada a sesenta kilómetros de Nueva Amsterdam, ya en territorio de la vecina provincia de Albucema. "Las tierras que sean tuyas debes tenerlas donde la controlgen-

cia pronta que pueda afectarte, no as pongas en peligro" explicaba Donatello a quienes se admiraban de que en su comarca bajo su mando no existiese un palmo de terreno, una casa o un edificio, a nombre suyo, de su mujer, de sus queridas, o de sus hijos.

Entre musicas y repetido reventar de cohetones, porque había jolgorio desde el amanecer, encontró a don Nicolás donde se dijeron que estaría, vigilando los hombres del asado, avivando la alegría de las guitarras. Dos o tres gordos *cerdos* se doraban al fuego; otros tantos estaban siendo [illegible] a los machos que habían ido, y se [illegible] llegaba [illegible] a presentarle respetos, [illegible] y pedirle consejos sobre el rector de [illegible] y políticas en Nueva Antequera.

—Don Nicolás, señor gobernador, perdone [illegible] la molestia de mi desmesurada amistad, pero [illegible] permitirme traerle este modesto presente personal: este pollo [illegible] gala, será de su entero gusto.

El gobernador [illegible] con la mano a distancia y [illegible] por sus fuertes guardaespaldas, [illegible] gobernador Donatello examinó gozosamente al joven palomino que en el anca lucía el estampado hierro *de la casa*, la N con la D entrelazada; lo examinó con la misma codicia con la que veía los ranchos o las mujeres que eran, de pronto, de su antojo. Le sobó la piel.

—Bonita es verdad, me gusta.

Nicolás Donatello se [illegible] una sola vez [illegible] sobre el labio bajo [illegible] cuando [illegible] obra, relamiéndose [illegible] las grandes ocasiones. Alzó un brazo y uno de los que le custodiaban la vida acudió.

—Llévenlo a guardar [illegible] que le sea agua.

Gumersindo Ávila algo [illegible] vía, consideró [illegible] era de urgencia [illegible] al gobernador de Nueva Antequera por [illegible] se hallaba al [illegible] sin haber sido avisado. Muchos estaban ya [illegible], si no se apresuraba, prontito le [illegible] Nicolás Donatello o, al menos, le [illegible]

exponerle con libertad cual era su aspiración.

—He venido, señor, porque supongo que hay corrientes de simpatía y de apoyo popular que favorecen mi eventual candidatura al ayuntamiento de Bugamvilla.

—Eso mismo me ha dicho nuestro amigo Venegas, y, por mi parte, se que ello es cierto... Me complace, joven amigo, que tantas personas de valía se expresen del modo que lo hacen cuando a usted se refiere.

Si tengo suerte, señor, de verme favorecido con su ayuda, yo...

Los que empezaban a impacientarse por el excesivo [illegible] [illegible] su Revolución estaban [illegible] el Señor Gobernador [illegible] y [illegible] del trago negro y [illegible] que habían jugado [illegible] y [illegible] trago, se animaron al ver que [illegible] Nicolás [illegible] estaban [illegible] de [illegible] y, como [illegible] estuvieran [illegible] [illegible] establecido [illegible] de [illegible] [illegible] [illegible] con [illegible] cabeza, [illegible] [illegible] los [illegible] de la fiesta.

—... y por todo eso, joven Ávila, me resulta imposible, aunque quisiera, impulsar por ahora su candidatura... El delegado de nuestro partido trajo ya la lista de quienes serán postulados... Por esta vez, no se puede. Reservese para la diputación federal... Recuerde que hay dos compañías de [illegible] Por el momento [illegible] a aguantar.

Cuando [illegible] Gumersindo Ávila volvió a Bugamvilla [illegible] sobre [illegible] en el estómago una [illegible] sabor a [illegible] entrañas [illegible] [illegible] [illegible] anunciaba. Fue a [illegible] de La Negra [illegible] en busca de Fermín Palomino.

[illegible] y el muy [illegible] de pena [illegible] de [illegible] no [illegible] [illegible] el caballo y luego [illegible]

La próxima será [illegible] verás. Ahora [illegible] un trago.

La noticia de que no sería Aurelio Gómez-Anda sino otro el candidato que el Partido Unificador Revolucionario postularía como alcalde en Buganvilia (contra el de Acción Republicana opositor de la derecha recalcitrante como siempre se le reprochaba) encendió al padre Monroy y dejó todavía más deprimido de lo que a últimas fechas estaba a don Aquiles Veragua. "El golpe no va contra Aurelio, sino contra mí. Tanto servir al Partido para que ahora me nieguen un favor..."

Ese Homero Astudillo que nos impone Donatello es lo peor de todos, cabrón padre Monroy... Un raza. ¡Si lo sabré yo!

Lo era. Veragua y Astudillo habían sido socios en otra época. Con menos malicia entonces de la que llegaría a alcanzar, Aquiles no se dio cuenta de las artimañas que Astudillo utilizaba para mermarle sus ganancias. Cuando reventó el gran escándalo de la quiebra, y se supo del asesinato del coronel Manrique y de patolero que lo cuidaba, se culpó de todo al diputado local Veragua. Se hizo necesaria la intervención urgente del senador Nicolás Donatello para que su protegido no pisara la cárcel. No pudo evitar, en cambio, que su crédito quedara maltrecho y que así continuara algún tiempo.

—Además, lo he averiguado, Homero Astudillo no es de aquí sino de Rinconada.

—Eso es lo que menos importa, padre... Ya que nos quiere su joven Aurelio, no podemos permitir ya más que Nicolás, por muy compadre nuestro que sea, nos imponga a Homero... Algo había que hacer...

Luego de una corta reflexión, arriesgó un plan el padre Monroy:

—¿Por qué no ayudar al joven Aurelio a que busque la alcaldía como candidato "independiente"? Con él, dentro o fuera del PUR, ganaríamos el Ayuntamiento.

TAL VEZ PORQUE llevaba vista mucha vida desde ese mostrador, de espaldas a los hermosos tarros de porcelana donde atesoraba ungüentos y sustancias de nombres misteriosos y mágicas virtudes, el señor Martorell no dejó correr torrentosamente su entusiasmo, como lo habían hecho otros por la tarde. Escuchó la dilatada explicación que le hacía Gómez-Anda y comprendió los motivos de su cautela. Cuando Aurelio terminó de hablar, don Adolfo retuvo su comentario, como si estuviese decidiendo qué movimiento sobre el tablero aconsejaban la astucia y la prudencia.

—Es razonable que a don Aquiles Veragua, a Fermín Palermo, a don Carlos Fierro, el padre Monroy, les desagrade que el Partido castigue a Buganvilia con un alcalde como será Homero Astudillo... Lo que me parece absurdo, Aurelio, es que te dejes equivocar por ellos. Jénar de humo y de tonterías la cabeza... ¿Qué bustas jugando como candidato independiente?

Por un momento, la piel de las mejillas cetrinas de Aurelio Gómez-Anda se puso muy tensa, casi traslúcida, como si los pómulos fueran a brotarle desenvainándola. La voz con la que le dio la respuesta le pareció a Martorell amenazadora.

—Busco ganar, don Adolfo... ¿Qué más podría buscar si estoy seguro de tener a toda Buganvilia conmigo?... Si el gobernador piensa que voy a perder, aun compitiendo fuera del Partido, ¡ya verá que no...!

Fue largo entonces también, el silencio dentro del que se recogió el propietario de la Farmacia Martorell. Muy claras, las palabras que dijo después.

—En política, Aurelio, no se gana ni se pierde. Sólo es cuestión de saber esperar... Esperar a que llegue tu tiempo. No olvides nunca que únicamente por el camino de la disciplina y del silencio, del silencio, ¡shhhh!, es como se llega al Poder en nuestro país... Tampoco dejes

fuera de tu cabeza esto: [illegible] se consigue desde adentro, estando adentro. Ahora tú decides...

Esa noche, antes de informar sobre lo ocurrido al padre Monroy, a Fermín Palermo y a don Carlos Tacuara, que habían iniciado labores de proselitismo en su favor en el Interior de don Aquiles Veragua, Aurelio Gómez-Ando le decía a su mujer que había resuelto comprometerse en la aventura que le proponían. Cenó con buen apetito y en sus ojos cada tanto más opacos asomaba, al volver a

Me lo dijo así, Aurelia. Mucho tiempo sin saber. Cuando te lleve el otro día lo que tú necesitas: buscarte un trabajo seguro.

Sentado en el borde de la cama, las manos colgando entre las rodillas, Gómez-Ando pensó de madrugada, mientras buscaba unas buenas palabras que decir por la mañana a quienes ese día iban a fundar el primer comité aurelista, que quizá fuera nuevo razón. Buscar un cambio [illegible] no meterían más en esto, tan amenable como es la política...")

TOSKO, discreto detrás de él, Pilo Fraga:

—¿Necesita algo, señor?

Nada, mayor. ¿Terminaron?

Todavía no, señor.

—Puede retirarse, mayor.

YA ERA TIEMPO de que hubiera llegado Fermín Palermo, pensó, guardando el reloj de tapas de oro en el bolsillo izquierdo del chaleco. Lo había visto abandonar, con Armandina, el palco de honor de la Cámara mientras, arriba y abajo, puestos todos en pie, los que asistían a la ceremonia que acababa de concluir, pobremente para Ávila Puig, melancólicamente para él, aclamaban con vivas y aplausos las ásperas palabras reprobatorias con que lo había golpeado el nuevo mandatario. Muy pálida, sólo sostenida por el orgullo de su voluntad, "grande señora hasta el último momento", Armandina Gómez-Ando no quiso permanecer más en un lugar que ahora le parecía ingrato, y frente a hombres y mujeres que no se ocultaban más para serlo.

Arrastrando un poco los pies, don Aurelio se dirigió al despacho. Quizá por lo exiguo de sus dimensiones, la soledad allí le resultaba más tolerable que en la sala, tan grande, o en el comedor, tan ominoso. "Desde que por fin se resignó a aceptar que todo había terminado para nosotros y que *ellos* vendrían a apropiarse, y a disfrutar, de lo que había sido nuestro diez años, la pobre de La Doña empezó a marchitarse." A causa de un desajuste de la puerta, se filtraba un hilo de lluvia. Tiró de la manija y cesó de llover. "Se le fue el color de la cara y la alegría del cuerpo. Ya no era, en los últimos días, la misma que había sido antes." La recordaba, caídos los hombros como si estuviera enferma, caminando sin garbo, por los corredo-

ros, asomándose al interior de las alcobas, suspicaz temiendo que se produzca inevitable le impidiera el sosiego. Por las noches bastaba el ardor y con él permanecía hasta que Asunción iba a buscarla, y juntos, tomados por la cintura, volvían en silencio a la casa, mientras se abrumaban en cavilaciones desesperadas. Qué valiosos ex-votos ofrecería al Señor de los Milagros el pretendido de sus hijas a cambio del milagro improbable que sus ruegos acompañados de lágrimas imploraban en la penumbra de la capilla donde se encontraba arrodillada.

—Todavía no perdamos las cosas como son, Armandina —trataba de tranquilizarse.

—Oh, Manolito, ¡si eso fuera tan fácil...!

Desgracia le sobrará... Deberías tener fe. Que los brujos se hayan abierto de La Orta.

Ay... Pobres criaturas, pobrecitos mis nietos que se quedarán desamparados.

Cómo Asunción amaba a sus hijos. Era y sería la madre de ese momento. Y su mirada elevada alrededor de sus pupilas que se entrecerraban le daba el aspecto de estar concentrada en un rezo desconocido.

Sería mejor hablar con los de la casa, rogarles...

¿Con quién?

Yo sugeriría... El Señor Presidente me aconseja, visto lo inesperado que nos ha sucedido, una recomendación de recogimiento en la casa.

A la Asunción le parecía que el deseo del doctor Máscaret merecía ser tomada en cuenta. Armandina estaba agotada. Ha envejecido en estos meses. Se ha desplomado. Hablaba en voz tan baja que había que oírla una sola vez. Pensaba... Le dolían los tobillos. Se está consumiendo rápidamente.

Manuel tiene razón. ¿Por qué no se unos días a Puerto Cabello, con los Serra? Después de que todo pase, eh?

—¿Vendría usted conmigo, mi señora?

—Ya debo permanecer... Algo podría ofrecerse a don Víctor.

—¿Mantiene usted a ese señor?

—Necesitaría que en lo urgente, en lo que toma su paso. Y ella exige un poco de tiempo, unos meses.

—Si el marqués consultara algo, seguro usted podría disponer de Guacuna en una hora... —dijo Monter.

—Al Presidente de la República hay que saberlo tratar, debe hacérsele esperar.

El doctor Manuel Monter hacía la visita con la que acababan, a las seis con merienda de la mañana, la puntual rutina de su día —después de que la señora, antes pobre madrugadora, hubiera recorrido una milla por los recomendados caminitos del parque de Los Arcos y completado sobre la grama de Bermuda los ejercicios gimnásticos que a su edad la mantenían esbelta, fuerte, con el ánimo siempre a tono— y después también de que el presidente Gómez Anda, fuera de la cama una hora antes que su mujer, hubiera leído detenidamente los periódicos, oído radios, oído favorables los numerosos reportes y análisis que en secretos mensajes le llevaban los mensajeros de Marco Tulio Camarrosa. Monter, interior apretaba los sucesos de una labor perpetua de decenas de miles de policías, soplones investigadores, escuchas, que le permitían conocer al segundo el estado de salud de nuestro tirano" y reflexionaba: Qué sorpresa se llevaría de tener información...

Pensando a veces, de la Asunción se recomendaba que empezara a apreciarla a vivir como era. Resolvió:

—Difícil cosa, Manuel. Difícil cosa me parece. Que lo que ha sido pueda acostumbrarse a no ser ya?

A Manuel Monter, medio de los Gómez-Anda desde hacía una veintena de años, le preocupaba el sentimiento

cada día más acusado, de La Primera Dama. Armando se empeñaba en vivir esos meses [illegible] hasta la Asunción de su mujer [illegible] mientras los dos hijos que [illegible] como si quisiera hacer todo, nuevamente, desde el principio. Empezó a medicinarla. Como apenas, con desgano, tragaba de peso incontenible. Hubo una semana en que se compuso como si [illegible] que en privado, en trance de [illegible] ideas. Por costumbre fácil, su habitual [illegible] horas, tarajoso, inmaculado. Con los Arce la compostura sus agudezas y [illegible] Aceptaba. Nada, nada ya, podría evitarlo". "¿Por qué, mi suegro?" "Hay un plazo y estamos acercándonos a él". "Si dios [illegible] con su reloj". "Hemos puesto todo en ello, pero nada puede, por desgracia, [illegible]". "Ay, mi señor" así como [illegible] Arce [illegible] Desde [illegible] recordaba los [illegible] hasta [illegible] Aurelio [illegible] Cámara y en [illegible] Terrero [illegible] Sola de la Cámara y en [illegible] Terrero [illegible] Aeropuerto. "Mañana buenos días, señor Presidente". Gobierno, en el que [illegible] Gobierno.

[illegible] de La Red [illegible] se [illegible] una [illegible] para [illegible] [illegible] [illegible]

herramienta para protegerse". ¿Algo mejor que un periódico, que una revista, donde decir mi verdad en mis propios términos?" Ahora entendía por qué Alfonso Videgaray, con los más ricos de sus amigos, habían comprado, valiéndose de rezagos, la mayoría de las acciones de *Monitor*, un semanario de amplia circulación nacional y probada influencia. "Para joderme. ¿Para qué si no?" Cuando Camarrosa lo puso al tanto de ello, había sonreído: "¿El jefe Alfonso, periodista? Lo que nos faltaba..." Ministro del Interior que había servido ya a tres Presidentes, Marco Tulio solo alzó una ceja.

Gómez-Anda volvió a incorporarse, pero el teléfono había sido anulado. "Desde aquí me llamo La Doña ayer, a Los Arcos, cuando llegó con [illegible] alumno". Los dedos se le habían puesto quebraditos. Sopló un poco de vaho en sus yemas. La tem[illegible]ra debía haberse abatido considerablemente porque los tobillos, y sobre todo las rodillas, le dolían ahora más. Para que los cosquilleos que ya sentía en los talones no ocuparan del todo sus piernas, se levantó.

Ya empezaron, ya empezaron", y seguía lamentando no haber atendido el consejo que le había dado varias veces reiterado Josafat Armengol, cercano colaborador suyo varios años y sí, en[illegible]bre, haber preferido la opinión de Fermín Palermo:

–¿Para qué quieres controlar diarios en la capital y en las provincias, Aurelio? ¿para qué más quebraderos de cabeza...? Comprar los que sugiere Armengol no me parece una idea buena... Tal vez lo que él busque sea ganarse unos millones en la operación...

–La prensa dispone de un enorme poder...

–Lo que tú, como Presidente, le permites que tenga, Aurelio. Cuando algún periódico llega a molestarte más de lo que estás dispuesto a tolerar, ¿no basta un cinbrazo rayo, o un recado que Josafat les lleva al director o al gerente, para que deje de chuparte la sangre?

–Videgaray es dueño ahora, bajo cuerda, de *Monitor*. Pronto empezará a atacarnos.

–No lo hará, Aurelio... Sabe, pues ha sido de los nuestros, que al primer pinchazo que le dé, se le hace a su revista lo que él le hizo a las que se atrevieron a criticar su actuación pública...

–Josafat, y creo que tiene razón, considera que debemos disponer de algún periódico para *después*, Fermín...

Fermín Palermo lo había interrumpido, luego del apresurado sorbo a la copa de coñac:

–Dime, Aurelio, recordando lo que hemos hecho, ¿quién que no esté loco se atreve en nuestro país a enfrentarse al Presidente desde las páginas de una publicación? ¿No es el Presidente, a fin de cuentas, aunque no alardee de ello, el Director General de la prensa nacional; el que da abasto, según lo dicte a su mandato sea, de cuantiosas dádivas y de anuncios? ¿No es el Presidente el que condona adeudos y concede canonjías a los industriales del periodismo? Tú, dueño de un diario, o de una revista como ahora Videgaray, ¿desafiarías la autoridad del Primer Magistrado? Si lo hicieras, ¿cuántas veces podrías repetir el golpe, Aurelio?

Así que discurría entre los muebles y los bultos dispersos por la sala, recordaba Gómez-Anda que en los meses finales de su administración, la prensa, que tanto recibió de él en sus diez años, se había convertido en caja de resonancia de rencorosas campañas de mentiras y rumores, y permitía que ocuparan sus páginas crueles ferocidades, injustos análisis y malvados comentarios como el que hizo en *Monitor*, ese marica mugroso, Manuel Urruti, al que el candidato Ávila Puig expulsó de su tren, luego que un guardia le dio una paliza, al principio de la gira electoral. Todo él caspa en los hombros y mal aliento, escribió Urruti:

–Y no resulta descabellado suponer que su Tata Lu-

vio Gómez de Lara escogió para que lo sucediera en la Presidencia al Ministro que con mayor entusiasmo aprobó siempre la política-de-mano-dura con que justificó los bárbaros actos represivos (matanzas de estudiantes; persecusión de obreros; secuestro de campesinos) que pusieron a sus países bajo la dominación de Alfredo Gómez-Ayala a su vez debía seleccionar a un heredero que estuviese dispuesto, por compromiso de gratitud, a rusticar sus garrafales pifias, el escandaloso derroche que hizo de los recursos del país, la monstruosa corrupción que permitió, el cinico nepotismo que fomentó y su insensata procividad a endeudarnos, y comprometernos, más allá de lo razonable. Así, el favorecido resultó ser un ministro, un tecnócrata, también responsable de la crisis gravísima que ya contemplamos . . "

Esa prensa, "que no será más leal con don Víctor de lo que lo fue conmigo", se había puesto al servicio de los que él calificaba de ser "los más bastardos intereses del país", en un afán, apenas encubierto, "y sin duda inspirado por Ávila Puga y sus consejeros", de atribuirle a él, a sus disparates y desaciertos, la culpa por la situación de ruina, desconfianza y temor sobre la seguridad política y económica de la república. "¿Cómo propalar que las cosas no marchan bien, si hemos hecho grandes inversiones para que campos y fábricas produzcan más? Son miopes, torpes o de mala fe, los incapaces de comprender la magnitud de mi obra, el sacrificio personal que ha significado para mí." En la prensa, sin excluir a la que le era adicta, se le hicieron chistes dolorosísimos a él y a La Doña; se les satirizó en caricaturas que dé lo ingeniosas hirían; se elaboró el inventario de sus errores. "La prensa de aquí, tan corrupta, no me quiere ni me entiende. La del extranjero, en cambio, sabe valorar justamente mi tarea. ¿Acaso los grandes diarios de Nueva York y México, Londres y Tokio, París y Bonn, no han dedicado profusos artículos y

suplementos íntegros a difundir la transcendencia histórica de mi quehacer? Los más influyentes editorialistas, columnistas y escritores políticos de Francia y Norteamérica, ¿no han sido repetidamente huéspedes de un gobierno?" Esos elogios abrumadoramente ¿perdían [illegible] por el hecho de haber sido pagados, a cargo de la hacienda pública, a tanto la línea agata?

A la presunta hetaira [illegible] le bastó oír el nombre del teléfono. "¿Dónde anda Fraga que no lo atiende?" Apresuró su marcación y fue a contestar. La voz que recibía su oído era la bronca voz de Teresa López, antigua estrella de la danza vernácula y desde hacía algún tiempo, su nominada amante.

Al señor, y a no ese [illegible] que Arcadio [illegible] también usaba esa fórmula de respeto, "mi señor", para hablarle.

-Bien, bien . . . ¿Se enoja?

-Muy triste, mi señor, por las cosas infames que ese ingrato dijo contra usted . . .

-Eso no tiene importancia, Teresita. No la tiene.

-Espero no ser indiscreta llamándolo a él, don Aurelio . . .

-De ninguna manera.

. . .pero no aguantaba más pegado al teléfono, esperando que usted me hablara.

-He tenido tanta gente que . . .

-Marat fue muy amable dándome ese número, mi señor. ¿Hice mal en pedírselo?

-Nada de lo que usted hace está mal, Teresa.

-Ah, mi señor . ¡Es usted un amor . . .!

¿Cuánto hacía que [illegible] con esa mujer, apenas de la mitad de su edad, a la que había conocido personalmente la noche en que se incubaba, con

la [illegible] de la Reina, la verbena p[illegible]
[illegible] de la Plaza [illegible] Armas y el baile de gala en el Casino. Las
[illegible] variadas [illegible] los [illegible] la Feria Nacional de la Vanidad
[illegible] [illegible] [illegible] desde hace [illegible] siglo, a la
[illegible] [illegible] [illegible] [

Era una mujer aparatosa, pensó Gómez-Anda al ver entrar, llevada de la mano por el Ministro de Informaciones y Turismo. Tan alta como Armandina y de indudable personalidad. Conservaba sobre el rostro la máscara de maquillaje. Iba metida dentro de un abrigo de zorros grises. Zabala hizo las presentaciones. Teresa López flexionó levemente la rodilla.

Es un honor, señor Presidente.

–Gracias –farfulló él, y se sintió ridículo, así, en pijamas y cobertores, vistiendo un pijama de franela azul. Luego, abochornado y confuso cuando Teresa López dejó los ojos en las espumas y en la copa de la que don Aurelio había bebido un sorbo solamente. "Va a pensar de mí que soy un borracho solitario o un hipócrita que en público prefiere, para cuidar su imagen de ciudadano abstemio, agua mineral y los jugos de fruta".

Zabala presentó una consulta con el gobernador Jaramillo y se marchó rápidamente. Gómez-Anda palpó una súbita angustia como aquellas que estuvieron atenazándole varios meses la inminencia de un serio desorden cardíaco. Cohibido, no sabía si levantarse de la cama y permanecer en ella frente a la sonrisa ancha y la mirada tenaz de esa mujer que había perdido la timidez y que se movía por la alcoba como si estuviese acostumbrada a frecuentar, a deshoras y en secreto, habitaciones de políticos.

Se ve usted mucho más joven, señor Presidente, que en las fotografías.

–Gracias por creerlo así...

Teresa López se quitó el abrigo y dejó que cayera sobre la alfombra. Vestía un traje de dos piezas, como una oficinista. Se plantó frente a él, las manos en jarras, mirándolo. Gómez-Anda se resolvió, al fin, a salir de la cama y al hacerlo, ella descubrió que El Primero de los Ciudadanos del País usaba calzones de lana para que sus pier-

nas no tuvieran frío por la noche.

Don Aurelio se inclinó a recoger el abrigo y lo entregó a Teresa López. "Estas cosas toman tiempo", pensó él, y pensó también que la mujer le agradaba. "No es cuestión, por tanto, de llevarla a la cama precisamente hoy". Ella parecía estar desconcertada. ¿Había hecho algo que molestara a El Señor? ¿Estaba expulsándola de su recámara?

–Es muy tarde ya, señorita Lopez, y está haciendo frío. ¿Me permite?

De manos de *La Pelos* el señor Gómez-Anda tomó el abrigo y se ofreció a colocárselo sobre los hombros.

–Gracias, señor Presidente... –Le agradeció la elegancia con que estaba echándola de allí, la finura con que trataba el respeto con que se dirigía a ella, al hablarle. Otro me hubiera sacado a patadas, como a una puta.

–Me gusta mucho la forma en que habla, señorita Lopez. La gracia con que lo hace.

–Oh, señor Presidente.

Gomez-Anda abrió la puerta. Llamó a Pío Fraga, ayudante de guardia:

–Haga el favor, capitán, de ordenar que la señorita Lopez sea llevada a su hotel... Disponga también, a partir de esta noche, un servicio de seguridad para ella, ¿eh?

–Afirmativo, señor Presidente.

Sentó siempre, aunque ya no distante ni temeroso como hacía unos minutos, don Aurelio dejó entre las dos de Teresa Lopez su mano huesuda, hámeda a pesar del aplomo con que procedía, y helada.

–¿No le molesta que empecemos a conocerla, eh?

–Oh, señor.

Cerró la puerta. "No está mal", pensó, sentándose en la orilla de la cama, alcanzando la copa. "Nada mal está Teresita López". Bebió un trago. "Tiene mancha la mujer, eso se ve". Volvió a beber. "Una ropa así, muy cornada, con la que no se pierde el tiempo, es lo que conviene". Con el

ulcemo sorbe agua el whisky. Ya es hora que El Jefe se
Fresnos amiga una amiga los presta a

Llegaron como el propio Gómez Arcos cantó
se encontraba alrededor de las parejas como general Cubo
con Montes el consejero privado de Joaquín Ar
compañía hizo los arreglos para que don Aurelio y Teres
Lope se reunieran en el mismo sitio en la cena. Sobre
pero en la mesa del comedor se encontraba en la Isla Fe
tres y en la mesa de investigaciones y cabe
ellos por dicha razón sentados, en la mesa de los
cena de bienvenida de Unión a representantes de la Sociedad Li
empresarios de la industria del Mueble de Madrid y el Jefe P
mismo Gómez Arcos, acompañado por sus correspondientes cónyu
se sentó a la mesa de honor. Sobre las 8:45 horas comenzó la cena
de bienvenida con la llegada de los primeros invitados
puntual de todos ellos el Presidente de la
Republica, Manuel Azaña, que empezó
pasó a la mesa de honor.

Volvamos a nuestra amiga Teresa, que en los momentos
nos que el empresario Manuel Lozano
saga. El gran Jefe Armengol, acompañado por su querida
segunda esposa, por sus dos hijos y sus nueras, llegaron
acordado en la mesa del Presidente. Los Armengol ocupaban
hijos y nueras a la izquierda de El Señor. ¡Menuda
nuestra querida amiga Teresa! Tenía a su derecha
un sitio reservado para Manuel Lozano, que llegó
Después por el otro lado de la mesa se encontraban
vino sin parar. Los amantes de los vinos de la Rioja
Azaña. Los amantes de los vinos de Armenga y
Cataluña, en la mesa de la derecha.

nas alarmando a las parejas que hasta ahí habían llegado
dajes en busca de una pieza de mármol. Teresa se
traído papas fritas y pistachos. Teresita Cubo le gustaba
Me encantan dijo Aurelio a su pareja. Cuando
de las bolsas celebran que las contienen. Ella agradeció
mosa y procedió a comer una bolsa de patatas. He
tado también de nestlé recuerdo cuando
mucho más cómodo. Se acaba de
vas a encontrar con cientos por todos partes esperando
con Ah, exclamó Volvió a sonreír complacida
cida Gómez Arcos. Cuentan que
haga que dos tuvo el Jefe Orden, el entonces
dentro del año el Presidente hasta
tras de poder una pequeña
nal fueron las mismas de
ellas, por si Teresa la nueva
dero de unas semillas que Teresa
¿Unas granos de anís dijo
Hay quien
la manera de
desde la Guerra
se encontraba
Estuvo
impulsivo
nos sobre
candose
como
rosa
desde hacía
gran
dedos
pantalones
aburrirla, amiga
Todo

usted en esa guerra, don Aurelio?" Gómez-Anda, aumentando el pulso, se humedecía la lengua con un poco de café. Miró hacia la claridad lejana del crepúsculo. Se tocó el cuello de la camisa y luego el nudo de la corbata. Con la punta de la lengua presionó la placa metálica de su cerrada dura postiza. Carraspeó y, con voz calma, procedió a enumerar recuerdos e invenciones.

Una noche, luego de otro de sus largos paseos solitarios por las afueras de Caracas a Palermo le confesó: "Fermín, tengo novia. Una real señora, créeme". "¿Quieres decir que te has enamorado, Aurelio?" Cauto, pues no tenía por qué comprometer del todo su palabra, dijo Gómez-Anda: "Sí, creo", y recordó que desde su encaprichamiento por Armandina, veintitantos años atrás, no había vuelto a poseerse de ninguna de las mujeres que conoció porque pensaba, no merecían que él perdiera su tiempo en [illegible] "Me siento como un joven", Fermín, contento de todavía poder cortejar a una muchacha". Asintió Palermo, cuyo gusto por las mujeres nunca decayó. El mismo gozaba con frecuencia, media docena de veces al año, de la alegría que rezumaban esos días. El Señor. "Siendo así, debes prepararte, Aurelio. Estar en buena condición física". "Lo estoy, Fermín. Manuelito Mosner me ha hecho varios exámenes y me encuentra perfecto. A nuestra edad no puede uno ni pensar que lo está". Y por primera vez, don Aurelio oyó hablar de cierta maravillosa cura que devolvía aun a los más gastados y mustios el vigor indomable de la piel descocada. La serva Mariano, Aurelio, pregúntale a tus amigas [illegible] Ya verás cómo te las mejora en un periquete". Rió Aurelio Olid, partía Josafat Armengol para adquirir en los remotos valles del Sudeste Asiático donde se produce una tonelada de la materia prima de la cual que antes pesaba Teresa.

Otra tarde, semanas después, Palermo recibió de don Aurelio una sorprendente confidencia. "Debo decirte, sin embargo, que entre nosotros no hay, humo, no ha pasado nada todavía". "¿Nada, después de meses?" "Nada." "¿Qué esperas, Aurelio? Estás mechonado, tonificado, rejuvenecido". "Las cosas, cuando deben ser, no antes. No es fácil para el Presidente-de-la-República, para un Presidente como yo, serio, respetuoso de las formas y del procedimiento, enredarse con una mujer y llevarla a un hotel, como podrías hacerlo tú, o el ayudante de guardia, si no tuvieras tu propia casa, o una garçonnière", y le habló, como si estuviera quejándose, de lo prisionero que sentía ser de sus servicios de seguridad y lo fastidioso que le resultaba ya, "por mucho que a Teresa le divierta", vagabundear a escondidas por Lomas del Pinar, seguido por una cauda de automóviles llenos de pistoleros. Fermín: "No los lleves, si te molestan". "Fermín, Fermín: sin ellos no voy solo ni al excusado". "Josafat podría..." "Y tampoco es cuestión de acostarme con ella en el asiento de atrás del automóvil". Retumbó la carcajada de Palermo en las falsas vigas del techo de ese lugar de Los Arcos, que en época de Tío Livio Gómez de Lara había sido un salón de estilo francés Luis XV y que ahora imitaba, por gusto de Armandina, una crepe. "Si no tener donde hacerlo es tu problema, mi casa es tuya. Usala cuando quieras. Ventajas de ser soltero, señor Presidente".

Fue muy tierna y comprensiva con don Aurelio, en sus primeras citas, Teresa López Hussey. Era natural, decía, que un caballero abrumado por enormes responsabilidades como las suyas tomara su tiempo, y aun pasara sus trabajos, para demostrarle fogosamente su admiración. "Lo amo, mi señor, y me gusta usted mucho. Eso es lo que importa. En cuanto esté más tranquilo, y me tenga confianza, ya verá..." De lo que también empezaba a exasperarse era de la obligada clandestinidad de sus encuentros con Teresa y del excesivo número de personas que

deban ser avisadas de cuándo iban a producirse "por razones de seguridad, señor Presidente, debemos saber fechas y horas. Usted comprenderá" Resolvió no volver a casa de Palermo. Le dijo "Sería mejor que Teresita tenga la suya propia. De favor se pido que le busques una grande, cómoda, que pueda gustarle". Palermo examinó los archivos de su compañía de bienes raíces y encontró una, algo costosa, como la que don Aurelio deseaba. La tarde del sábado, ellos dos solos fueron a visitarla. El lugar le pareció inmejorable a Gómez-Anda: el tamaño, perfecto, y adecuado el precio, que escuchó sin [illegible] sorpresa. Le hizo [illegible] a su santa Teresita. Que la propiedad, y los papeles del notario, estén listos y arreglados para entonces. Será mi regalo"

El contratista Mario Menchaca desayunó en Los Arcos, invitado por don Aurelio, el domingo. Pasearon un rato por el jardín y mientras el Señor derramaba migajas de pan para que las picorearan las palomas y permitía que los nervios se aquietaran u buscar en sus manos el azúcar que nunca les negaba Menchaca escuchó "y por ello, amigo Menchaca, hemos resuelto que sea su empresa la que ejecute la obra civil de ese espléndido proyecto del señor Ministro de la Producción, ingeniero Ícaro Larrauri, que habrá de ser el más grande, en su género, de esta parte de América". "Ya lo creo que lo será: la Acería Gómez-Anda" "No apruebo que lleve mi nombre, todavía" Llegaron al estanque de oscuras aguas heladas y las carpas recogieron de la superficie el alimento que en una bolsita de plástico les llevaba su protector. "Como usted sabe, amigo Menchaca, el contrato de la obra es codicia[illegible] Ya estamos [illegible] asesorando con Presidencia, para ver qué parte de él nos llevamos" Se miraron, como si pensará en voz alta o hablara para sí, apuntó don Aurelio: "Se han llevado todas, don Mario". "¿Todas? ¿Todo el

contrato, señor?" Gómez-Anda lo tomó por el brazo y siguieron caminando. "El que ha ganado usted, es el contrato de obra civil más importante que haya recibido nunca una sola compañía constructora". "Así es, señor Presidente" "Al decidir que sea para la suya, ingeniero Menchaca, lo hemos hecho pensando que a los amigos, cuando uno está en condiciones de hacerlo, hay que favorecerlos generosamente para que nos ayuden a favorecer a otros amigos [illegible]." El Presidente se detuvo a admirar, como siempre, la rosa casi negra que constituía el lujo mayor de ese jardín extraordinario. Menchaca encontró, tan oscuras como los pétalos del ejemplar que don Aurelio examinaba, sus últimas palabras. "Estoy a sus órdenes, señor Presidente", fue lo único que le pareció indicado expresar en ese momento; pensó: "¿para quién será la gran tajada, la mitad de las ganancias: Annandina, Palermo, él directamente?" Suspiró Gómez-Anda dejando delicadamente en libertad a la flor: "Hemos calculado, amigo Menchaca, que no sería demasiado sacrificio o quebranto, para quien va a beneficiarse con tan abultado contrato, destinar parte, mínima parte, de ese seguro beneficio para adquirir la modesta propiedad que haría feliz a una persona de nuestra muy particular estimación; propiedad, permítame aclararlo, que costaría menos, sus muebles y un par de buenos autos incluidos, que lo que representaría ese acostumbrado porcentaje que indebidamente demandan para sí los funcionarios ambiciosos y ambiciosos que se valen de sus cargos, sobre todo cuando son Ministros, para acrecentar sus ilegítimas fortunas". "Lo que usted diga, señor" Gómez-Anda le dio una palmadita en la espalda "Muéstese mañana, querido don Mario, y [illegible] con nuestro mutuo amigo Palermo [illegible]. Él le explicará lo que deseamos que se haga. Ah: un último ruego, discreción y rapidez". "Cuente con ello". "En unos días más, amigo Menchaca, estaremos firmando los documentos para

construir la Acería, ceremonia que habremos de publicitar adecuadamente, ¿eh?"

CALIDA, PERO no suave como la que lo arrullaba en las horas de reposo que seguían a las del amor, continuaba en su oído la palabra de Teresa López, la voz de su indignación.

—Porque echarle en cara a usted tantas cosas, mi señor, es no tener madre...

Teresa, compórtese...

—... madre, abuela o lo que sea, señor... El muy hijo de puta es el que menos derecho a criticarlo tiene, porque lo que es, ¿o ya se le olvidó?, se lo debe a usted...

—Le agradeceré, Tereputa, que se calme...

—Permítame, don Aurelio. Permítame. Lo que debió haber hecho ese hombre era callarse, no empezar mordiendo la mano del que lo hizo ser alguien...

Gómez-Anda había empezado a preocuparse. Teresa López estaba comprometiendo. ¿Quiénes se ocuparían de grabar en el Cuarto de Radio de Los Arcos, o en los estudios del Ministerio del Interior, esa conversación? Si no existía ya, ¿inaugurarían con ella un *Dossier Gómez-Anda* en el que irían acumulándose, al correr del tiempo, palabras embarazosas, comentarios ofensivos, opiniones [illegible]? Así como el acostumbrar hacerlo durante sus diez años en la Casa del Gobierno, ¿iniciaría esa noche Ávila Puga a [illegible] recluirse a escuchar lo que sobre él decían sus enemigos y lo que para infamarlo, ridiculizarlo, censurarlo, también decían sus amigos, ignorando tal vez que cada sílaba quedaba registrada y guardada, en espera de que El Señor decidiera qué uso, público o privado, debía darse a esos materiales? Como lo sirvió a él en misiones secretas, ¿serviría a *don* Víctor el ingeniero Trinidad Apodaca, a cuyo cuidado confío establecer el Sistema

Servicio Especial de Información —una red de control sobre teléfonos, casas y vehículos, entre cuya malla, según tuvo pruebas en varias ocasiones, andaba el paradero

HOMBRE NOCTURNO, Trinidad Apodaca vivía en las tinieblas de estudios de grabación remotamente numerados. No, durante [illegible] sobre la calle [illegible] solar. No se ausentaba nunca de sus Cuartos de Radio —el de Palacio, el de Los Arcos. Se ignoraban pormenores de su vida privada, si alguno tenía. Responsable de las comunicaciones de don Aurelio, solo aceptaba una amistad pública, la de Marco Tulio Cimarrosa, que lo recomendó para el empleo. Como Gómez-Anda, vestía de negro y era magro de carnes. Hablaba apenas. Por las noches se reunía con

¿Qué [illegible] tarde y [illegible] señor?

Algo, señor Presidente, era la respuesta invariable. Algunos [illegible] es.

Don Aurelio [illegible] la [illegible] agradecía al peluquero el silbón del peluquero el ángulo que le permitía disfrutar de ese reposo. Graduaba la intensidad del sonido en los audífonos que Apodaca se encargaba de colocarle, y cerraba los ojos.

[illegible] a veces durante [illegible] resultaba más provechoso para don Aurelio, que perder el tiempo en la sala de proyección, aburriéndose con las películas hechas en el país o con los ordinarios documentales sobre temas operísticos que Armandina, tan aficionada a ellos, se hacía remitir por conducto de los embajadores desde los lugares donde aún se escuchaba en público el bel canto. En el Cuarto de Radio conocía, dichas sin mentiras [illegible] la verdad. Todos hablan, y todos los oigo, no cuando ellos lo solicitan, sino cuando yo lo deseo"

Los anónimos técnicos del SEI, los hombres invisibles que gobernaba Apodaca, el más invisible de ellos, eran los oídos con los que el Presidente escuchaba lo que se decía de él, lo que los dueños del Gran Dinero tenían que resentir de él, lo que sus Ministros, aun los más cercanos, fraguaban contra él o urdían en su personal beneficio. Nunca quiso Gómez-Ayala averiguar en detalle cuántas *intervenciones* lo servían a través de Apodaca, ni lo que costaba al Erario terrenal con sus muy crecidos sueldos a los, seguramente, miles de espías que recogían, clasificaban, seleccionaban, escribían, copiaban y preservaban en casseties y bobinas innumerables los millones de diálogos que eran captados cada año en las estaciones automáticas de grabación. "Quizá yo no vea todo, ni sepa todo, Fermín, pero sí te garantizo que lo oigo todo". Así, cada noche cerraba los ojos, y empezaba a llenarse de comentarios, críticas, injurias, chistes, chismes, rumores o crueles juegos de palabras.)

MENGUABA su cólera y Teresa López volvía a ser, ella misma ante los demás, lo mansa que le gustaba parecer ante él.

–La Doña, ¿cómo sigue de sus nervios?

–Mal, la pobre. "¿Cómo no amar a una querida con la que se pueden discutir los achaques de la esposa y los problemas de la casa, Fermín?"

–¿La mandó a la playa, mi señor?

–Por unos días.

–En la tele se veía muy cansada, vieja, dura ya... Vieja no, mi señor, sólo triste.

–El descanso la mejorará bastante...

–Usted, mi señor, ¿no va a salir?

–Tengo cosas que hacer aquí, Teresita. Muchas cosas, como siempre.

–Cuídese para mí, don Aurelio...

–Estoy haciéndolo... Mañana, ¿la veré?

–Y esa pregunta, mi señor? ¿Por qué no hoy...?

–Tengo en casa llena de gente que viene y se va... ¿Le gustaría que cenáramos juntos?

–Usted sabe que sí...

–Podría llevar pollos rostizados, pasteles árabes, quesos frutas...

Fue como una bolita de cristal botando y rebotando sobre una superficie dura la risa de Teresa López que recogió don Aurelio.

–Tan lindo, tan amable siempre, usted... Pero no es necesario que traiga nada... Yo voy a guisarle mañana las cosas que le gustan, ¿sí?, que le gustan y no le hacen daño...

–Llegaremos a eso de las dos...

–Mi casa y mi tiempo suyos son...

–Algo más, Teresita... No se vaya de la boca cuando hable. Alguien podría estar escuchando...

Había una sonrisa en los labios de Gómez Ayala cuando colgó la bocina. Pensó que habría podido pedirle que le llevara, y le hacía llegar con algún sirviente, un poco de café. "Mejor que no. Cada quien en su casa, y todos en paz". Con su gracejo, sus palabrotas aprendidas en las correrías de la vida, la vehemencia de un temperamento que le daba relieve a su actividad profesional, Teresa había conseguido como siempre llevar un poco de brillo a su ánimo, tan menguado ese mediodía húmedo y turbio. Se sintió agradecido. "¿Feliz, Fermín? ¿Preguntas si soy feliz en la situación en que ahora me encuentro?" "¿Lo eres, Aurelio?" "¿Podría dejar de serlo, con una esposa como Armandina y con una novia como Teresa?"

Abrió uno de los cajones del escritorio. Estaba casi lleno de relojes de pulso, sueltos o en cajas finas, muy finos, extraordinariamente caros. Son los lentes de resul-

taba difícil leer las marcas. E[illegible] que os reconocíamos
[illegible] a los sectarios [illegible] en voz
[illegible] para recibir [illegible] Del chaleco [illegible] de la
modestia [illegible], pero [illegible] [illegible] pasado
[illegible] en el Mo[illegible] que [illegible] aprendió pa
[illegible] a [illegible] [illegible] Bo[illegible] el
[illegible] [illegible] [illegible] [

4

Se colocaba los quevedos claros para estudiar los muchos papeles que contenía la carpeta marcada DOCUMENTOS CASA BECERRA, cuando se anunció, con dos golpecitos en la jamba de la puerta, el mayor Pilo Fraga.

-Pregunta el señor Roberto Saldaña si puede usted recibirlo.

-Hágalo pasar...

En el recuerdo compuso don Aurelio la imagen que correspondía al nombre. A cargo de Roberto Saldaña estaba la muy influyente columna política del diario *La Nota*. Se decía que Saldaña recababa algunas de sus mejores informaciones de labios de Gómez-Anda. Era cierto: el Ejecutivo le hacía llegar, escritas por él en tarjetas amarillas, las notas que deseaba ver publicadas bajo la firma de ese periodista al que tantos temían por la agudeza de sus juicios y lo corrosivo de su humor. Lo utilizaba, cuando era necesario, para moderar a los propensos a excederse y fustigar a quienes se rezagaban en la que llamaba, con majestuosa solemnidad, "infatigable marcha del diario quehacer patriótico"

Era un hombre alto, Roberto Saldaña, y bien parecido en sus treinta y cinco años. Llevaba una pequeña grabadora que dejó sobre el escritorio antes de ofrecer su abrazo a Gómez-Anda. Charlaron unos minutos, y a las preguntas del columnista: "¿Cuáles son sus planes? ¿es verdad que sale de viaje al extranjero? ¿ha venido mucha gente a verlo?", respondió lo adecuado don Aurelio.

Luego de una pausa Saldaña inquirió con malicia

Después de lo que hoy dijo en la Cámara ¿considera usted que el doctor Ávila Puig sigue siendo su amigo?

Sereno el gesto, la mano ahora sobre el pecho del mismo modo que la colocaba para saludar a la bandera o al hacer guardia, una vez al año, ante la Columna de los Héroes Patrios, Gómez Anda adelantó un poco la mandíbula. Como pedruzcos fueron cayendo sus palabras:

–El Presidente no tiene amigos, sólo colaboradores. Es incurrir en pecado de vanidad afirmar, incluso suponer, que uno es amigo, que fue o sigue siendo amigo, del Jefe del Estado... El señor Presidente únicamente tiene los amigos que él, él, compañero Saldaña, elige

–¿Y la gratitud señor...?

La mano de don Aurelio cazó al aire, con un movimiento enérgico pero no brusco, la palabra de Roberto Saldaña

La gratitud, ese imposible...

–Usted, señor, ha sido siempre agradecido amigo de sus amigos. No puede negarse

¿Lo han sido ellos conmigo?

¿Consideró al doctor Ávila Puig entre sus amigos alguna vez?

–El doctor Ávila Puig fue, en su área de actividad, un muy competente funcionario.

–Si le preguntara, señor, ¿acertó usted al seleccionar al Ministro de Industrias y Desarrollo para que lo sucediera en la Presidencia?, ¿cuál sería su respuesta?

Algo como una sonrisa apareció en la boca de don Aurelio:

–Sería "Si acerté". –Volvió a sonreír con la ambigüedad que confunde a tantos–. El Presidente no se equivoca en sus decisiones, amigo Saldaña. Los que se equivocan son los hombres que él selecciona.

–¿Por eso fue dejado en estos diez años a tantos ministros a la orilla del camino, por decirlo así?

Por eso, Saldaña... Hay que ajustar siempre nuestro paso al del que manda.

Sonó el teléfono y Gómez Anda permitió que lo hiciera cuatro o cinco veces, frente a la mirada interrogadora, impaciente, del columnista. Temía que el anónimo interlocutor, el que lo tenía ladrón y asesino, estuviese aguardando escuchar su voz para oírlo. La mano ya sobre la bocina, preguntó Saldaña:

–¿Contesto, señor?

No.

Cesó en ese momento, igual de súbitamente como se había iniciado, el apremio del timbre. Por unos segundos se miraron, ya sin palabras. Algo de [illegible] se había cancelado entre ellos. Esa [illegible] esa [illegible] deseo mío? Advirtió don Aurelio que era una grabadora la que Saldaña había [illegible] para captar fielmente su voz. Estaba seguro de no haber visto que la operaba. Saldaña interpretó lo que parecía ser un temor en los ojos de Gómez-Anda.

–Quisiera, señor, que escuchara la grabación que le hice a don Eduardo Ávila. Después de la ceremonia lo llamé a Nueva Castilla, y me dijo... ¿Puedo? –colocó el índice sobre el botón de arranque.

–Hmmm...

Con admirable fidelidad "como si el viejo rollito estuviera aquí", se escuchaban las voces del ex Presidente Gómez de Lara y la de quien, con los rumores de una apresurada redacción en seguida [illegible] a ser agobiado.

Ahora que ha terminado su gestión, ¿qué opina usted, señor Gómez de Lara, del gobierno del Presidente Gómez-Anda?"

No creo, ejem, que esa lo [illegible] por que yo El Fuco [illegible], que la verdad [illegible] el país nos juzgará por lo que hicimos, no por lo que quisimos hacer. Todo queda allí,

en espera de que se le recuerde ..

"¿Dirá usted, don Tito Livio, que el señor Gómez-Anda es un político de talento ..?

Rapida fue la respuesta que llegó a la cima después de la visita

"Claro que don Aurelio es un político de talento, de muchísimo talento, y ya demostró que es enormemente más inteligente que yo

Algo confundido insistió Saldaña:

"¿En qué sentido debemos entender eso, señor?"

"En el sentido de que mi sobrino Aurelio supo escoger con más acierto que yo a su heredero ..."

Aplastó Roberto Saldaña la tecla azul y las voces cesaron.

–¿Qué le parece, señor, lo que don Tito dijo?

–El señor Gómez de Lara es capaz de todo, con tal de que se le crea ingenioso ...

–Tanto veneno de don Tito, ¿podría atribuirse a que no le perdona que lo haya puesto usted fuera del país más de cinco años ...?

Neutralmente dijo Gómez-Anda:

–Podría ser ...

(LAS RELACIONES entre el señor Gómez de Lara y el Presidente Gómez-Anda, que habían ido agriándose poco a poco, conocieron su crisis definitiva la mañana en que don Aurelio decidió cumplir una promesa formulada en su campaña electoral y recuperar, por medio de un Decreto que su firma avalaría, los millones de hectáreas de fértiles tierras propiedad de la Nación, que en la comarca de Buenaventura usufructuaban desde que el generalísimo Sereno Marchand ocupó el poder los hijos y los nietos de los que fueron sus compañeros de armas, y algunos funcionarios y políticos de fortunas e influencia definidas

El más sorprendido por esa decisión, tan inesperada, que el Presidente tomaba, fue Plinio Salamanca, Ministro de Aguas y Suelos, agrónomo y banquero en otro tiempo, devoto colaborador de don Tito Livio. Con el ceño fruncido, lo escuchó decir:

–Hemos convocado a los medios de difusión para anunciar este mediodía que el Poder Ejecutivo ha resuelto ..

Salamanca, que era concuño de Macabeo Serna, el más poderoso de los terratenientes de Buenaventura, lo atajó con cierta insolencia que Gómez-Anda apuntó no percibir

Si me permite, señor Presidente, estamos obrando con demasiada precipitación. Los estudios sobre Buenaventura no han sido terminados y

Endureciendo el gesto, dijo el Presidente:

–Sesenta, sesenta años, ¿no son suficientes para saber si procede o no la toma de esta medida? .. La Suprema Corte ha emitido su opinión, y en ella se basará el Poder Ejecutivo para ..

–Debemos tener en cuenta, señor Presidente, los factores de índole política ... A la gente de allá no puede tratarsele de ese modo .. El Partido ..

La voz de Gómez-Anda, que se había puesto de pie tras el escritorio, que había apoyado los puños sobre él, que lo miraba intensamente, retumbó como un petardo en la caverna que era, en ese momento, el despacho presidencial en Palacio

–Olvídese de la política y cumpla mis instrucciones, ingeniero ... Buenos días ...

Eran los primeros meses de su Administración y, como lo había comentado la noche anterior con Fermín Palermo, Gómez-Anda, no obstante su larga práctica, estaba apenas conociendo los secretos del oficio del poder.

–Porque eso es la Presidencia, Fermín: un oficio, con

sus reglas. Un oficio que todos pueden enseñarte, que tienes que aprender tú solo, y únicamente cuando estás arriba. Sus libertades son muchas, también lo son sus limitaciones. Si eres verdaderamente fuerte puedes *marginarlas* de esas limitaciones. Ahí *arriba* empieza la dictadura.

–¿Te asusta llegar a ella?

–No... Pero aún no estoy en condiciones de alcanzarla.

–¿Por qué? El Poder es tuyo...

–El gobierno, sí; el Poder todavía no... Se les confunde, pero Gobierno y Poder son cosas diferentes. Eso estoy aprendiendo...

El Presidente de la República, o sea: no es el dueño de Poder.

De parte de Poder, sí. Pero no del resto...

–¿El resto? –Palermo, resoplando porque seguía sobrado de peso, movió su gran cuerpo en la butaca que ocupaba. "¡Qué muebles tan incómodos está teniendo Armandina en esta casa!"

–La parte que importa, la que te da la autoridad para todos los demás. Eso, Fermín, es lo que has que recordar para ser un verdadero presidente: el que manda.

Don Aurelio empezó a moverse, arriba, abajo, por la silla mayor de la residencia de Los Arcos. Pasaba la media noche y la cena a la que Armandina los acompañó había sido ligera: rebanadas de jamón rabio, un poco de queso y, para El Señor, la jarra de vino que le traía.

–Eres tú el que manda. Lo sabe bien la gente...

Lo encaró Gómez-Ando.

–La gente cree que mando yo... La realidad es otra: la influencia de don Tito Livio es evidente, alumnos. Mis órdenes, ¿no son consultadas con él por los ministros, mis asesores?

–Por algunos, quizá...

–Por casi todos, Fermín... ¿Cuántos miembros del Gabinete, de las empresas paraestatales, me deben gratitud y lealtad a mí, y cuántos a él?

–Tuviste que aceptarlo.

–Muchas cosas hay que aceptar para llegar hasta aquí. Disciplina, obediencia, lealtad le debes al que te ayudó.

–Así debe ser. Así se espera que sea.

Pero a lealtad, el agradecimiento personal, a veces por limitar la dignidad y, en el caso que nos ocupa, la independencia. Cuando esa independencia se ve amenazada, Fermín, es hora de avisar quién es el que manda... Pronto sabrá la República que sólo hay un presidente, yo.

Fermín le encontró en los ojos la fiereza y en los labios la palidez que en ellos aparecía cuando había tomado una seria decisión.

–Me parece bien...

–Voy a expropiar Buenaventura.

Palermo prefirió guardar sus palabras. Expropiar Buenaventura, a lo que no aun César Duro se había atrevido, equivalía a desafiar a un grupo de hombres poderosísimos y arriesgarse a su incalculable venganza, a su abierta hostilidad, a su porfiada cólera. Buenaventura, en cuyo valle vivían los veinte o treinta clanes que en ella vivían, era más que una región del noroeste, una Segunda República, país extranjero, tierra sagrada, donde aunque dependiente del Centro se regía de acuerdo a sus propias leyes y procedía invariablemente conforme a lo que era bueno para sus intereses. Los de Buenaventura no eran, como los de Nueva Castilla, grandes industriales o sagaces banqueros tampoco, como los de La Plata, ávidos empresarios que tomaban ventaja de los alivios fiscales que se les ofrecían: eran, acaso, campesinos y, sobre todo, administradores de las gigantescas plantas hidroeléctricas que diversos gobiernos, dictatoriales o revolucionarios, les habían cons-

truido para aprovechar el ímpetu de sus muchos mos
generar el ruido que luego vendrían a recoger de capuche
a la Nación.

Pensé que hacerlo era simplemente promesa de can
tidad.

Al vez, en su momento, lo fue. Ahora es decisión de
Presidente.

-Habrá que echarle huevos, Aurelio... -Se alegró de
no haber hecho todavía ninguna inversión en la zona de
Buenaventura.

-Quiero saber si le tengo. Saber, Fermín, si se tiene
cosas.

Continuó paseándose. Hacía calor y el Presidente co-
rrió la puerta vidriera. Del parque subió a la sala una brisa
cargada de olor a menta y jazmín, a grama tierna y rosas
criollas. Gómez-Anda se sintió tonificado, limpio y, de
pronto, fuerte. ¿Podía no decidirse? Había estado medi-
tando, en sus repetidas noches de insomnio, sobre la ne-
cesidad de anular, de una vez para siempre, el poderío de
los barones de Buenaventura. Si otros generalísimos y
otros presidentes, sin excluir a su tío Gómez de Las,
habían podido convivir con ellos y, en cierta forma, de
ellos recibir amparo y apoyo económico y político, a cam-
bio de lo que llamaban *manga ancha*: tolerancia a sus abu-
sos, aprobación de sus excesos, él no estaba dispuesto a
hacerlo. "Tomar el riesgo. Ellos o yo, sin medios tonos.
Ciertas cosas hay que intentarlas, cueste lo que cueste.
Son las pruebas a que uno, si ha puesto las nalgas en la silla
del Poder, debe someterse para averiguar si verdadera-
mente merece ese Poder..."

-Los tienes. Sabrás.

-Voy a hacerlo, Fermín. He tomado providencias...

Desconfiaba de la discreción de Radamés del Valle, el
Ministro de Guerra y Defensa que su tío Tito Livio le
obligó a aceptar y prefería la probada lealtad y la destreza

política de su amigo, el vice-ministro, general Teodoro
Gómez. Por medio de él había averiguado que las Fuerzas
Armadas, cuyos sueldos acababa de mejorar abundante-
mente, no apoyarían, en caso de que se les invitara a ello,
ninguna asonada contra el gobierno del señor Gómez
Anda. "De su fidelidad, sobre todo ahora que ganan lo
que nunca, puede usted estar seguro, señor Presidente."
"¿Aunque los generales adictos a don Tito Livio y a Del
Valle las empujaran a la traición?" "Las relaciones entre
don Tito Livio y el Ejército no fueron buenas, señor. Diría
yo, ni siquiera que fueron tirantes, inestables. Algunos
generales, es cierto, pueden verse vinculados a él por
lo que debe darse por comprometidas en una acción antigo-
bernamental. Son ya demasiado ricos, señor. Un Instituto
Armado como el nuestro es algo más, me parece, que sus
generales. La oficialidad tan reprimida en sus anhelos de
ascenso por esos jefes; esa oficialidad que con usted en la
Presidencia alienta esperanzas de mejoría, no secundará
ninguna intentona."

Consultados tratadistas y expertos en cuestiones rela-
tivas a la tenencia de la tierra, vistos viejos libros y exami-
nadas tesis modernas, Gómez-Anda descartó sus últimas
dudas, las que lo inhibían aun para tomar la decisión ex-
trema. "No se expropia, porque nada pertenece a esas
gentes de Buenaventura que ocupan tierras que nunca
han sido suyas, tierras que voy a reintegrar al patrimonio
nacional. Las obras que en ellas han sido construidas, ¿no
son, en último análisis, propiedad del pueblo? Las plantas
hidroeléctricas, los sistemas de riego, los caminos que
convierten a Buenaventura en una de las regiones mejor
comunicadas del país, ¿acaso no fueron creados con fon-
dos públicos?"

La noche anterior aceptó lo que durante meses había
estado rehusándose a admitir. "Parte del gran poder que
don Tito Livio todavía conserva, proviene, como casi la

rotundidad de nuestra energía eléctrica, de la zona de Bu
naventura. Lo apoyan y lo usan las ventas, tienen fun
del mismo modo que en ellas se apoya para seguir
como sus aduladores dicen, el Guía-de-la-Revolución
"sobre va a ser cuenta el
a
rogativas, del lado del fuerte, del lado del vencedo
Cuando vean que tengo más dura la mano que
estarán
Pero,
quien
Be
comp
dad y son
brir
Ad
dad
mues
desear
hu
Cuando
pañar
rían
gi
Ba
ta
ra
ra
ra

dentro de unas horas sería una más de las pruebas en las que había ido endureciendo su carácter, dándole consistencia a su voluntad de poder. "O él o yo, carajo". El súbito espasmo en lo profundo del pecho lo obligó a abrir la boca, a fingir un bostezo, para respirar. "Si eso me falta..." Recordó el olor de una botica; los bellos tarros alineados en los anaqueles; una posible jugada sobre la reina del tablero de ajedrez; su nublado y el temor a quedar en desventaja frente a un jugador astuto como era don Adolfo Mantorell. Recordó una de sus frases: "Si empieza uno temiéndole miedo al fracaso, terminará temiéndole también al éxito, porque entonces sí tiene uno mucho qué perder". La mano delgadita del viejo hombre que fue alcalde fugaz en Bugaw la aprovechó un descuido del joven Aurelio. "Todos tus actos ajústalos siempre a un plan, nada de dejarlos a la-buena-de-Dios". Le ganó la partida y fue a preparar un sinapismo que urgía.

Don Aurelio Gómez Anda, Presidente Constitucional de la República, sólo comentó.

–Esperar... Esperar, Fermín, a que sea mañana y ver si podemos lanzar ese toro...

penetró en Palacio Nacional, con ostentoso estrépito de bocinas, por la Puerta Mariana reservada sólo para el uso del Presidente. En el Patio de Honor, la Guardia le rindió el homenaje del saludo de armas como todos los días de sus diez años. No usó el ascensor para alcanzar el primer nivel. Pero el gesto, turbia la mirada de hacía, remontó los ciento diecinueve escalones de mármol de Carrara, gastados por el tiempo, que a principios del XVIII mandó instalar el último de los virreyes, don Jaime Torrellardona y Capurruso. Ya con muchos siguiéndolo, avanzó a lo largo del corredor oriente. Como las de una escuadra de fusilamiento, resonaban en las salas que iba recorriendo

sin mirar a nadie, sin contestar saludos o reverencias, sonrisas y palabras de bienvenida, las pisadas del señor Tito Livio Gómez de Lara y de sus ayudantes, guardaespaldas y secretarios. Los enormes espejos traídos de Francia por el dictador Iturribarría multiplicaban sus imágenes, y los quince o veinte parecían ser cientos.

Ninguna puerta detenía su marcha. Ningún ujier estorbaba su rápido avance. Ningún salamero burócrata se le ponía por delante para preguntarle qué había ido a buscar allí, con tal ostentación, a tales horas. Siempre sin mirar a nadie, sin responder a quienes le hablaban, dejó atrás la Sala de la Virreina, la Sala de los Insurgentes, la Sala de la Reforma, tan hermosa con su cardumen de vitrales de prismas.

En el umbral de la Secretaría lo aguardaba, traje gris y mirada errática tras los espejuelos sin aro, confesano y sonriente, Marcelo Septién, que había sido secretario auxiliar suyo y que era ahora el Particular de su sobrino.

–Señor Presidente, buenas noches...

Gruñó un "Buenas" don Tito Livio y luego:

–¿Con quién está?

–En acuerdo.

–Vengo a verlo.

–Le avisaré, si me permite un minuto.

–Deje. Entraré yo.

–Señor...

¿Cómo decirle que ya no tenía derecho a entrar, sin aviso ni autorización, en el despacho del Presidente de la República? ¿Cómo hacerse recordar que habiendo sido todo todo allí, Padre y Dios, no era ya nadie, y que estaba obligado a sujetarse a ciertas normas de cortesía y procedimiento, entre las cuales pedir audiencia, consultar si podía ser recibido y cuándo, contaba la primera?

En la cabecera, Gómez-Anda. A la izquierda, Marco Tulio Cimarrosa, del Interior, Plinio Salamanca, de Apuntes

y Suelos y Hermenegildo Labrador, de Finanzas, al lado derecho de la pulida mesa de Consejos Administrativos Barias de Comunicaciones Federales Tomás Vallado Fájer, de Minas y Petróleo y Nicolino Carrillo, de Industrias y Desarrollo. Ante el secretario con carpetas diversas y, en el centro, sujetos con anchas bandas de hule, paquetes con centenares, quizá millones, de telegramas, la mayoría firmados por ciudadanos de Buenaventura censurando la presunta desviación, el impopularísimo acuerdo tomado por el Ejecutivo Federal esa mañana. Por términos generales, según Carranza, el país había recibido bien la noticia, y estaba por la decisión presidencial, "una primera, señor, que se supone tomada libremente por usted" apuntó. Serán Labrador porque su asesoría intuía la medida tendría escasas repercusiones desfavorables en la Bolsa local y ninguna en el extranjero. El peso, sano entonces, mantendría su paridad en relación al dólar. Nicolás Carrillo había consultado a industriales y comerciantes y estos apoyaban al Presidente, sobre todo desde que se les hizo conocer su intención de reducir, en un futuro cercano, las elevadas tarifas que ahora cobraban a los hidroeléctricas de Buenaventura. Vallado Fájer se limitó a decir que ya era tiempo de que las gentes "de allá" entendieran que nadie, por rico que sea o poderoso que se sienta, puede vivir al margen del interés nacional. Para nadie que don Aurelio conociera a fondo podía pasar desapercibida la postura del Presidente. Por eso Saavedra prefería callar.

–He de informarles, señores, que el Comité Ejecutivo Nacional me ha anunciado que los Sectores que componen nuestro Partido Unificador Revolucionario preparan la celebración de un gran acto de masas como muestra de solidaridad con la política del Ejecutivo. Tal acto se efectuará, a la brevedad posible, en la Plaza Mayor.

Todos, entonces, aplaudieron. En ese momento, tan violentamente como si la hubieran atacado a cuchillazos, se abrió la alta puerta de caoba que comunicaba la Pantalla con la Sala de Consejos. Flaco y colérico, seguido siempre por los que habían ido a esperarlo al Aeropuerto "Machovio Borges" y por los que a ellos se sumaron en Palacio, irrumpió don Tito Leví. Saludó apenas a quienes al verlo entrar se levantaron con rumor de sillas arrastradas, en expresiones de sorpresa. Sólo tres permanecieron en sus asientos: el Presidente de la República, el Ministro del Interior y, porque su ciática le impedía realizar esfuerzos o movimientos rápidos, Tomás Vallado Fájer. Nadie se ocupó de cerrar y las demás personas invitadas arrojándose, el recinto donde laboraba con sus ministros El Señor del Gran Poder.

Tito Leví Gómez de Lara, alertado por el sol de la mañana que todavía no era de anunciar, cuando recibió el mensaje urgente de Plinio Salamanca, estaba quemándole la reja piel de napa, miró a todos, como si los barriera, y encaró de frente y retador, a Gómez Anda.

–Vengo a que me digas, Aurelio, en qué carajo Artículo constitucional te basaste para hacer las expropiaciones, reivindicaciones o como coños quieras llamarlas, de Buenaventura.

Inmediatamente, como si la orden le hubiera sido dada, los curiosos dejaron de hablar, murmurar o producir ruidos, y el despacho del Consejo, con sus paneles de encino, sus libreros llenos del piso al techo de sabios textos, sus relojes franceses y rusos con bases de labrado bronce y carátulas de esmalte o malaquita, sus cortinas de brocado y sus alfombras persas, se llenó de silencio, también de temor y, lo sabían, lo sentían todos, de ansiedad.

No pestañeó Gómez-Anda. Lo vieron levantarse len-

tamente, crecer, diríase. Lo vieron abotonarse la chaqueta y llevar su mano izquierda al nudo de la corbata. Lo vieron poner sus ojos sin expresión en los redondos ojos de su tío. De su boca, recogieron las palabras:

Para decidir la reivindicación de los recursos de Buenaventura, el Poder Ejecutivo-A-Mi-Cargo se ha basado, señor Gómez de Lara, en el mismo precepto constitucional, "mis huevos", en que se basó usted para enviar al destierro a su antecesor el señor Presidente Procopio Moreno...

Se alzaron, entre los que se apretujaban más atrás, murmullos y risitas, no tanto por el énfasis con que el Presidente había dicho, "¡mis huevos!", sino por lo que de amenazador para don Tito Livio existía en la alusión a Procopio Moreno, de quien recibió la Presidencia y a quien, cuando lo fatigaron sus reiteradas intromisiones en los asuntos del Estado, despachó al exilio donde habría de morir. Quienes se hallaban próximos a la mesa, los que miraban al tío y luego al sobrino, a éste y enseguida a aquél, no reían ni cuchicheaban, aguardaban la respuesta de Gómez de Lara.

Antes le oyera, respiró profundamente don Tito Livio. De su rostro desaparecieron la mueca de cólera y la tensión. Grande y blanda, amable y quizá divertida, fue su sonrisa, y amistosa la mirada que entregó a Gómez-Anda.

–Siendo así, todo queda claro, Aurelio... Bien [illegible] me mantendré, después, a cada uno de los Ministros, amigos suyos todos, obligados en gratitud con él, la mayoría. Luego. –Señor Presidente, señores, no interrumpo más... Sigan trabajando... Hasta luego...

Se disponía a retirarse entre la doble valla que sus acompañantes habían abierto, cuando (voz que no le conocían aún a la que el país se acostumbraría pronto) lo llamó la orden de don Aurelio:

–Le agradeceré que me busque en Los Arcos, esta

noche, a las once, señor Gómez de Lara...

Sorprendido, aceptó Tito Livio.

–Allí estaré, señor Presidente.

Cuando volvían a sentarse, para reanudar los comentarios, Marco Tulio Cumarroza pensó, y tal vez lo mismo pensaran los otros, que al fin volvía la República a tener sólo un Presidente.

GÓMEZ-ANDA lo hizo esperar casi dos horas en el despacho privado, contiguo al suyo, el "Salón Perla", lo llamarían después, donde ordenó que lo instalaran apenas llegó, a las once menos cinco antes de las once. Desahogo de papeles su escritorio, le sacó punta a los lápices, leyó las ediciones de los diarios nocturnos y asistió a la proyección, ese día dedicado casi todo al Tema Buenaventura, del programa noticioso de Jacinto Quiedo, por Radio TV-Oiid9. Cerca de la una de la madrugada pidió al oficial de guardia que hiciera pasar al señor Gómez de Lara.

No le ofreció excusas por haberlo tenido incomunicado tanto tiempo, o por no haberlo recibido antes, a la hora prometida. Tampoco lo invitó a que ocupara la silla de acuerdo. De pie, se lo entregó a su visitante.

–El Ejecutivo-A-Mi-Cargo ha resuelto, en atención a sus méritos y probadas capacidades, nombrarlo a usted Visitador General de Embajadas con sueldo de Ministro de Estado y rango de Embajador Extraordinario y Plenipotenciario. Éste es su nombramiento. –Le entregó una hoja del grueso papel de lino que usaba El Presidente. No más de una docena de líneas había escritas en ella. La tinta verde de la firma ponía una mancha de color en la blancura–. Agradecerá usted, señor embajador, se entreviste a primera hora con el Canciller Espinosa Carrillo para recibir sus instrucciones...

Largamente se miraron a los ojos. Tito Livio abatió

primero los suyos, recordando que el Tratado no debía ser leído por nadie y reconociendo en su insolencia [illegible] "¿Que hubo en el Presidente que a la República no le agradara siempre y embajadas a [illegible] Servicio Diplomático para presumir a los amigos, sobornar a los periodistas, [illegible] sus opositores.

–Lo veré temprano, señor Presidente [illegible] cuentas pactas por la [illegible].

Don Antonio prefirió ignorar la ironía con que había hablado su ex Tres Leyes.

–Estará usted cansado, señor Gómez de Laredo, y querrá usted retirarse... [illegible] por favor. Yo aún tengo trabajo que despachar... Buenas noches.

Ni lo acompañó a la puerta ni respondió con una reverencia que antes de salir le hizo su ex Colegio antes de dejarlo. Al verse a parte de esa noche, porque cinco años y tres meses permaneció Gómez de Laredo [illegible] por el extranjero, sin [illegible] para retornar a la República, con la promesa de que sería por breve tiempo. Sus gestiones, no obstante aun [illegible] para retornar a la República, con la promesa de que sería por breve tiempo. Sus gestiones, no obstante la calidad de sus padrinos, no prosperaron y fue necesario que el [illegible] para Ciudad de México [illegible] sobre el arbitrio del [illegible] padre para [illegible] de los trastornos que terminaron postrándolo para que El Supremo [illegible] engañara su pensamiento. La [illegible] Nueva Castilla [illegible] se retiró a vivir, y a recordar, en la [illegible] que le obsequió el Grupo Old. Saltaron [illegible] Algunas veces, ya [illegible] el final de su [illegible], el Presidente Gómez-Anda lo llamaba por teléfono jamás para consultarle asuntos de Gobierno. Sólo para interesarse por su salud.]

[illegible] habían cesado de llover. En el cielo bajo y plomizo, Gómez-Anda adivinaba la claridad. Más

arriba del nublado se escuchaba, semejante al de un lienzo al rasgarse, el sonido que un jet iba dejando.

–¿Ha pensado, señor, escribir sus *Memorias*?

Lacónica fue su risa. Entre sus libros predilectos había leído, en los años en que disponía de mucho tiempo para leer, los de *Memorias, Correspondencias* o *Diarios*, de los grandes personajes de la Historia. Para conocer sus vidas, conocer sus motivaciones, compartir sus pensamientos, equivalía para él a vivir la vida misma de sus vidas.

–Memorias... Saldaña.

–Mucho tendría usted que contar, señor...

–Hmmm... –¿Que había sido su vida, ya larga? "Un montón de leyes, informes de gobierno. Discursos. Eso. Quizá [illegible] que [illegible] prosperara. Por no haber aprendido a confiar en nadie, o por no haber encontrado a nadie que mereciera bendecirla. ¿Quién, si no a él dejaba escrita, iba a aprovechar su sabiduría?

–Si usted quisiera, yo podría ayudarlo a tomar notas, señor. Muchos periodistas [illegible] los leyeran [illegible] que usted escribiera.

–No estoy muy seguro de eso, Saldaña –dijo, secretón, halagado.

–Como Maestro-de-la-Política, señor, como Sabio-Hombre Político que es usted –apuntó Saldaña y él, pensó, "Que alivio estar solo, sin aduladores rodeado de sumisos que no se atreven a poner en duda la verdad de sus palabras. La infalibilidad del Presidente. Hoy que ya no llevo sobre el pecho el Tricolor de La Investidura, seguiré siendo para ellos El Hombre a quien se reconoce el talento y la calidad de genio y hombre de Estado al que se debe obediencia, reverencia y que consideran sabio y viejo porque [illegible] mandar años, cuidado, que nada sabe de nada y a quien hay que pelotear más por sus muchísimos errores que por sus pequeños aciertos?"

–Sería cuestión de pensarlo, Saldaña... –"Si no aveni-

cara mis mentiras, ¿qué tendría que recordar? Si no inventara mis recuerdos, ¿de qué podría vivir?"

Saldaña lo tomó por el brazo. Ahora que Gómez-Anda no era más el Presidente de la República, podía permitirse familiaridades como ésa. Lo sacudió con simpatía

–Hágalo, don Aurelio... Permítanos saber un poquito de lo tantísimo que usted sabe... Vaya escribiendo lo que se le ocurra, lo que le pase por la cabeza. Luego lo organizaremos...

–Hmmm... –asentía Gómez-Anda. Escribir notas, dejar en el papel frases sueltas o meros juegos de palabras; recoger en tarjetas, que luego guardaría en cajas innumerables, breves textos propios o ajenos, era una costumbre antigua en él. Releerlos le permitía saber cuáles habían sido sus gustos, sus inquietudes, sus opiniones y preferencias, sobre determinados temas en la época en que fueron hechas.

–O, si lo prefiere, vendría a platicar con usted, a grabar lo que platicáramos

–Lo pensaré, Saldaña. Permita que me quite de encima tanto trabajo como tengo pendiente, tanta gente que me presiona para que la reciba. Usted entiende... –prometía seguro de que no lo haría. Pensó: "Todavía hay demasiados cabrones vivos... Debo esperar a que se mueran para que yo pueda escribir con libertad todo lo que he visto, oído, hecho o mandado hacer. Todo lo que recuerdo o invento. Así, no corro el riesgo de tener que dar disculpas, barajar explicaciones, rectificar"

Sería formidable que escribiera usted, señor...

Para que salgan bien, las cosas deben ser hechas sin prisa, a conciencia, ¿verdad? –¿Se acostumbraría a la modestia del silencio, al silencio de esa soledad de la que estaba apenas usando el primer día?

Había pasado ya junto al *Mercedes* blanco y se acercaban a la puerta cochera cuando un poderoso ruido, que parecía originarse bajo sus pies, muy adentro de la tierra, cubrió las palabras de su diálogo, casi al mismo tiempo que una trepidación de terremoto desconcertaba más a Gómez-Anda que a Saldaña y lo hacía detenerse

¿Qué fue eso...?

Un camión seguramente, señor

Desconfiado, como si temiera una emboscada, don Aurelio insistió en que el columnista de *La Hora* saliera antes que él. Lo hizo luego, con renuencia. Alcanzó a mirar, ya a un centenar de metros, el gran trailer color plata que se alejaba manchando con remolinos de humo negro el aire turbio de ese momento. Al llegar a la arboleda de San Tadeo viró a la izquierda al tiempo que largaba, a manera de advertencia o despedida, tres enérgicos silbatazos. Pero no era el único que usaba la avenida, antes solitaria, como pista de carreras. Como si todos los de la ciudad hubieran sido enviados a ella, la ocupaban ahora autobuses del servicio urbano, motocicletas, coches particulares, jeeps de reparto, taxis y colectivos, cuyos conductores tomaban la vía de Becerra, no interrumpida por cruceros o semáforos, para ahorrarse el largo rodeo a que las restricciones del Ayuntamiento, que la mantenía prohibida al tráfico de vehículos, los obligaron tantos años. La Avenida Becerra había vuelto a formar parte del sistema vial de la metrópoli y quienes la usaban ese mediodía quizá pensaran que estaban recuperando lo que era suyo, pero cuyo disfrute siempre les fue impedido.

Movía la cabeza Gómez-Anda, y Saldaña no supo si por el estruendo de los autos o desatentando al comprender que las autoridades de la ciudad no habían tampoco demorado mucho para empezar a negarle la cortesía que significaba evitarle las molestias del ruido y del ajetreo; y no únicamente la avenida Becerra había sido abierta ya a la libre circulación, lo descubriría luego también las otras

tres que limitaban la casa, aislándola dejándola perdida en el centro de un espacio que era cruzado, de sur a norte, de este a oeste, por numerosas rutas de maquinas que ensordecían con sus bocinas, sus tubos de escape, y el zumbido insoportable de sus motores. Pensó "Armandina, con sus nervios tan sensibles, no podrá vivir aquí"

Roberto Saldaña no quiso comenzar con don Aurelio (porque ya lo había hecho con ellos al llegar), la ronda de tumbona en que se ocupaban el mayor Pilo Fraga, el chofer Ortiz, el hombre del chaquetón y la mujer que frotaba con una gruesa escobeta, sin conseguir borrarlas, a lo más disminuir muy levemente la intensidad de su color las palabras pintadas en la barda

AGA
LADRÓN - ASESINO

Le ofrecio su mano a Gomez-Anda y recibió la de ex-Presidente, fría como si fuera artificial

–Vendré a verlo pronto, señor .

–Cuando guste, Saldaña . . . Ah: que lo hablado hoy, entre nosotros quede, ¿eh?

Quedará, señor

Como casi todos los periodistas influyentes que escribían de política para los políticos, Roberto Saldaña también se hacía acompañar de media docena de agentes de seguridad, dos de los cuales viajaban con él en su lujosísimo auto sport y los otros cuatro en un *Olds-GT* negro. Con una muy leve de su mano izquierda, don Aurelio respondió a la despedida que desde el interior de su coche le enviaba el reportero que centenares de veces dio asilo en su columna a las secretas colaboraciones del Presidente Gomez-Anda.

El mayor Fraga tendió un *puente* cuando El Señor se acercó a ellos:

–Ni con jabón, ni con detergente, tampoco con gasolina ha sido posible borrar eso .

¡Puah!

Se me ocurre que cubriéndolo con pintura del mismo color

–Pues hágalo

Lo malo, señor, es que en la casa no tenemos, ni donde comprarla tampoco .

– Puáh!

NO LO HABÍA visto en, calculo, por lo menos once años y sin embargo, como si la noche anterior hubiera sido la última que jugaron ajedrez, de pie, frente al kiosco, en sus labios encontré fresco el nombre, y también el afectuoso apodo, del anciano cubierto con el impermeable de paseo trasluciendo que lo esperaba junto a la puerta, gorra en mano, a la llovizna dejando su pelo blanco y abundante. Como de oro lucían en el pecho de la chaqueta de gruesa tela azul las siglas amarillas UNVOD: Unión Nacional de Voceadores de Diarios, que a don Aurelio Gomez-Anda tenía por Presidente Vitalicio

–¿Que haciendo por aquí, Profesor don Alejo? –y le ofrecí su mano.

–Como siempre, Jefe Aurelio, trabajando, trabajando no queda otra. –La mano de Alejo Esparza, a quien llamaban Profesor porque lo parecía y porque desde muy joven jugaba ajedrez, encontró la de Gomez-Anda. El contacto fue rapido, efusivo

Esa vida, ¿como va?

–Viviendola, señor Presidente, como viene . .

Había cambiado apenas. Un poquito nada mas, pensó Gómez-Anda, el tiempo se había inscrito alrededor de los ojos claros, ¿zarcos?, de Alejo Esparza y, apenas, en su ceño. No había redondo su estatura ni lampiño sus

lumbres. Lo estimaba y, de cuando pescaban juntos las noches de otros años, le debía pláticas largas y momentos agradables. A menudo, en las tardes de remos, hacían partidas de la Guerra Religiosa, o Guerra Santa, del 36. Gómez-Anda, con un libro de cuentas en la mano. Esparza, con un fusil.

–¿Siguen jugando, profesor?

Seguimos, señor Presidente, y esperándolo también.

Iré a verlo una noche de estas. Los amigos, ¿cómo están?

Bien, los que nos quedan. Algunos se han ido de aquí, o se han muerto... Otros han llegado, hay veces, señor, que tenemos hasta seis tableros.

Oh.

Lo conoció algún día de la primera semana que empezó a vivir en la casa de Becerra 82. El expendio de periódicos del señor Esparza ocupaba la esquina sur del crucero. Por las mañanas y por las noches, don Alejo cruzaba la calle para entregar personalmente los dos diarios matutinos y los dos nocturnos que El Jefe Aurelio acostumbraba leer, camino a la oficina, o al volver de ella. Sus ingresos quizá fueran mayores si atendiera un poco más su negocio, o si concediera una poca de menos atención al ajedrez.

A los amigos, señor, les daría usted un alegrón acompañándonos.

–¿Sigue con sus partidas simultáneas, amigo Esparza?

–Sigo, señor, pero ya de sólo cuatro tableros. Mas, me cansan la cabeza y los ojos.

Los sábados por la tarde, y los domingos desde el mediodía hasta pasada la medianoche, el kiosco de don Alejo Esparza era obligado centro de coincidencia de quienes, jóvenes o mayores, iban a comentar el futbol, discutir las noticias, leer periódicos y revistas gratuitamente y, sobre todo, a trabarse en jornadas interminables

de juego. Gómez-Anda participaba en ellas, y que ya fuera pulsero de talla, Ministro, personaje de rango, parecía importar poco a esa chusma de peluqueros, vendedores de billetes de lotería, taxistas, lustradores de zapatos, mecánicos, vulcanizadores de llantas, electricistas o empleados de comercio, que de pie, algunos, o en bancos de madera similares a los que usan los ordeñadores de vacas, se abismaban en complicadas estrategias dejando correr las horas en el silencio de su inmovilidad. No pocas noches de la semana, luego de la merienda y antes del insomnio, el sobrino de don Tito Livio salía a caminar por las callecitas del barrio, a perderse en la penumbra de la arboleda de San Isidro y hacer una escala, "para ver cómo andan las cosas", en el expendio. Raramente se rehusaba a una partida y, más raramente aún, se le veía perder.

Pero una mañana llegó Videgaray con sus ideas de remodelación y sus destructoras máquinas y el barrio, tan antiguo que databa de la época de la Colonia, perdió señorío y paz, carácter y tradición. Desapareció, entre otras cosas, el crucero y con él la tlapalería *La Lima de Oro*, la panadería de Ramón León, la casa de belleza *Matilde* y *Sansón* y el taller del zapatero Buenrostro. Porque así lo dictaba la nueva disciplina de Ayuntamiento no había lugar para un kiosco de periódicos ni para quienes, con luz de sol o claridad de alumbrado público, jugaban ajedrez y hacían tertulia con Alejo Esparza y sus amigos.

–¿Dónde está ahora, profesor?

Allá, donde siempre... Quiero decir, donde nos arrinconó el Gobierno cuando arreglaron esto, señor Presidente. Dos cuadras más arriba y a la derecha...

–Lo veré por allí, pronto...

Con gusto lo esperaremos, señor. Y quiero decirle que desde que llegó usted a Presidente, siempre hemos tenido una fotografía suya en mi negocio.

Gracias, amigo Esparza.

¿Qué agradece? Lo tenemos allí porque es amigo, porque lo queremos... Y déjeme decirle algo, frente a su retrato, no se habla mal de usted.

–¿Hablaban mal de mí, don Aleto?

–De usted, no... Del Gobierno, a veces sí, señor Presidente.

–Bien, bien... Ahora, si me permite...

Aleto Esparza le entregó los periódicos. Eran cuatro. Gómez-Anda no se ocupó de leer los titulares ni de mirar las fotografías, de Ávila Puig casi todas, que ocupaban las primeras páginas.

–Quisiera saber, señor Presidente –Esparza pareció titubear, apenarse. Dio motivo a que don Aurelio, alzada una ceja y extrañado el gesto, inquiriera:

–¿Que...?

–¿Me va a pagar los periódicos y las revistas de la señora por semana, como antes, o prefiere que sea por mes? A mí, señor, lo mismo me da...

Don Aurelio Gómez-Anda, Presidente Constitucional de la República durante los últimos diez años, demostró estar muy sorprendido, tal vez por creer que pagar los periódicos y las revistas que Esparza iba a llevarse a casa. ¿Pagar, él? Fue inaudita su respuesta.

–Ahora, no lo sé... Póngase de acuerdo con mi ayudante, el mayor Fraga... Con permiso...

–Propio, señor Presidente... Lo estaremos esperando, Jefe Aurelio...

Después del trueno que ahogó el rumor de los vehículos lloviendo por la avenida Becerra en torrenciales avalanchas y que hizo vibrar en la pared el retrato del ex-Presidente Gómez de Lara, la lluvia se reanudó nerviosa y algunas gotas, colándose por la ventana, alcanzaron el escritorio sobre el que don Aurelio Gómez-Anda puso la punta de la nariz, la lengua ocupada en mover y remover la prótesis superior hacia adentras y se preguntaba, por lo abultadas que resultaban: "¿Cómo carajos voy a ganar tanto dinero cada mes?"

–¡Puah...

Encendió la luz del techo y luego, porque le pareció insuficiente, también la vieja lámpara de tres focos. "Demasiado derroche. Nada de más despilfarros", y volvió a apagarla. Mucho cuidado con que Alicia Cuesta se vaya con los precios por las nubes...". De codos sobre el escritorio, metida la cabeza entre las manos. El golpe de la lluvia se hizo más intenso. "Éstos que hoy empiezan son tiempos pedidos. Cuidado. El señor en su discurso dijo algo de empezar a sacar de la bolsa y de nada me sirve en el banco, ¿cuántas veces va en la mañana?, apremió al ángel de lo que se acumulaba en la vereda. Monedas de vieja. ¿Por qué no llamar a los amigos, a los protegidos que desde ese día ocupaban cargos importantes en el Gobierno de Ávila Puig y ofrecerles la oportunidad de servirlo un poco, a él que los había servido tanto? ¿Qué puede significar para Plutarco Cantú, para Pepe Medina

Albert, a quienes don Víctor ha hecho Ministros, pagar a nuestros choferes, a los criados y jardineros de Teresa López, a las escoltas que deberé contratar para que nos cuiden? ¿Se quedaría pobre el Partido Unificador Revolucionario si su nuevo director, Otoniel Douglas, distrajera cada mes unos pocos miles de pesos para retribuir a mi secretario Septién, muy enfermo, y cubrir ciertos gastos inevitables de esta y de mi otra casa". Se levantó para ir al cuarto de baño. "Noé, Plutarco, El Jefe Otoniel ¿serán racanos al grado de negarse a suministrar la gasolina y los lubricantes, las llantas y las atenciones mecánicas que nuestros coches, y los de Teresita, necesiten?" Dos o tres truenos sacudieron una de las espuelas colgadas en la pared. "Bastaría que pusieran en su lista de empleados a esos treinta o cuarenta que nos urgen, y los comisionaran, por tiempo indefinido, cumpliendo tareas especiales del Ministerio o del Director, donde me hacen falta. ¿No sirve uno así a los amigos?"

Cuatro o cinco relámpagos iluminaron la sala y alcanzaron con sus livideces el cuarto de baño donde Gómez-Anda lavaba, en el agua del grifo, la punta de sus dedos. Así estuviese a cubierto, las tormentas eléctricas lo atemorizaban y lo ponían de mal humor. Fermín Palermo, canijo, ya debía estar allí, haciéndole compañía como siempre. Que los otros no hayan llegado todavía, pase. Pero él, ¡puah!" Era posible que a causa de lo irregular del tiempo, el avión de la Presidencia se encontrara aun en el aeropuerto. "Llamar a don Fermín. Quiero hablar con él", le pareció haber dicho en voz alta. "No, en voz alta no. Lo pensó solamente. De haber hablado, ya estarían tres ayudantes y cinco secretarios operando sus walkie-talkies o comunicándose por teléfono con la torre de control". Tuvo un leve hipo. "Lo que pasa, señor Presidente Gómez-Anda, es que ya nadie le adivina el pensamiento como antes

De vuelta en el despacho, Gómez-Anda limpió los cristales de sus lentes de lectura con el revés de la corbata negra, y procedió a examinar los papeles que hacían voluminoso [illegible] SESENTOS CASA DE ESPERA. Recibos de contribuciones [illegible] ayuntamiento [illegible] notas de pago de licencias oficiales para construir. Relación de gastos hechos por el ingeniero civil que la edificó y, sujetos por un grueso clip, varios rectángulos azules con la leyenda: *Mutualidad de Trabajadores al Servicio del Estado*, sellos, firmas, números y la fecha de, se aplicó a descifrarla, trece años antes.

Lentamente hizo pasar bajo el pulgar humedecido con saliva esos papeles. Cada uno amparaba el pago mensual que debió hacer a la *Mutualidad* para rediMir, en un plazo no mayor de tres lustros, el crédito hipotecario que le había concedido para que pudiera construir su casa. Dos cantidades (abono al capital, una; intereses, la otra) informaban del total saldado puntualmente (los contó, ciento, treinta y uno, treinta y dos, treinta y tres meses). Buscó más de esos papeles azules. No los había. Lo preocupó de pronto una sospecha. Lo angustió después una zozobra. Terminó sofocándolo una certeza.

–Putamadre..., Ahora sí van a apretarme...–se escuchó decir, como si frente a él, recibiendo sus confidencias, estuviera Palermo.

El último de esos recibos llevaba la fecha del mes de octubre de doce años antes. Nueve días más tarde, ¿por eso lo olvidaría? las *corrientes democráticas* y el Partido lo designó su candidato a la Presidencia y yo ya no volví a ocuparse de seguir pagando la hipoteca, ni la *Mutualidad*, manejada por políticos, de apremiarme con sus cobradores. Así, me he convertido en deudor moroso... Pues don Víctor demostró ya que viene a patearme el culo, ¿te das cuenta, Fermín, cómo van a ponernos los periódicos cuando se enteren de esto?"

Hizo cuentas y el resultado fue una suma considerable, por los recargos moratorios. "Pagar no es problema. Lo grave es que van a convertir esto en problema porque usarán la involuntaria omisión para echarle mierda a mi nombre". Resopló: "Armandina, Armandina, ¿por qué no me dijiste a tiempo que debíamos tanto a la *Mutualidad*? ¿Por qué, señora, solo se preocupó usted de hacerme cancelar los compromisos que tenían con el Gobierno Federal sus parientes, sus amigos, sus aliados y demás protegidos? Por presión suya, para no verla furiosa contra mí, ¿no ordené que se concedieran como subsidio a sus socios los cientos de millones en créditos oficiales que les dio para inversiones en los balnearios de Sotavento, Los Manatíes, Costa Linda y Tortuguitas? ¿Por qué, señora pendeja, se le olvidó a usted lo principal, lo suyo y lo mío, *ojo*?, ¿porque comparado con *lo otro*, es una bicoca, algo por lo que no vale la pena preocuparse? Y ahora, cuando se me echan encima, ¿cómo voy a escurrir el bulto, eh?"

No podía, como lo hubiera hecho aun el día anterior, tomar el teléfono y ordenar al director de la *Mutualidad* que se condonara, por acuerdo del señor presidente de la república en base a las facultades que le concede el artículo tal y cual, el adeudo que el C. Aurelio Gómez Anda, CM 3107/003-919172-C, tenía con esa agencia, cuyo capital de trabajo aportaba, por medio de suculentas partidas, el Gobierno Federal. Habían cambiado ya los guías políticos del país y ahora la *Mutualidad* estaba a cargo de Menelao Toussaint, un líder de los burócratas, amigo de Alfonso Videgaray, al que él castigó, por grandes motivos personal, "porque era alzado y fanfarrón, mujeriego y boquirrojo", a mitad de los años que desempeñó la Primera Magistratura. Un Menelao Toussaint, "ensoberbecido y triunfalista, seguramente", al que Ávila Puig exhuma del olvido como a tantos otros que

don Aurelio desestimaba, para incorporarlo a su equipo de trabajo. Toussaint, que lo rehuyó en la Cámara al llegar y que le volvió groseramente la espalda al marcharse, ¿se apresuraría a desacreditarlo en público, a llamarlo rufián, tramposo, impuesto? Ser el Presidente, El Primero de los Trabajadores al Servicio del Estado, ¿lo autorizaba a no cubrir las mensualidades estipuladas en el contrato de hipoteca?; otro de sus abusos de autoridad ¿no fue ese –valerse de su cargo para defraudar a la *Mutualidad* durante más de ciento veinte meses; a esa *Mutualidad* implacable que sanciona con rigor a quien falla rescatar tres recibos consecutivos? Dijo, fuerte, suspirando

–Toussaint va a joderme, solo por lucirse. . . Es tan vanidoso Menelao que si le clavan un plumero en el anca se cree pavorreal . . .

Ahora muy urgentemente necesitaba comunicarse con quienes, por ocupar cargos de importancia en el nuevo Gobierno, o por disponer de influencia política (Oroquel Douglas, el que la tenía mayor, o los senadores y vice-ministros que a él le debían su inclusión en el Congreso o en el Gabinete) se hallaban en condiciones de ayudarlo a frustrar cualquier maniobra, presente o futura, que para dañarlo estuviese urdiendo Menelao Toussaint, o alguien de mayor rango. "Vale precaverse. Ganar el tiempo que me hace falta para poner en orden este asunto y pagar lo que debo sin mucho jaleo". Cruzó la sala, un poco en penumbra. De la cocina llegaba el olor a grasa de caldo. Abrió la puerta

–Mayor Fraga . . . –demandó.

Con el chofer Julio Orta, el mayor Filo Fraga se encontraba en el interior del *Mercedes*, fumando, en espera de que la lluvia aflojara lo suficiente para poder continuar el lavado de la barda. Le pareció escuchar el grito pero no alcanzó a ver a don Aurelio a causa de los cristales empañados.

–¿Es el viejo?

–Creo que sí...

Dejó el cigarro en el cenicero y salió rapidamente del automóvil. Mas amenazador que nocturno, Gómez-Anda, las manos a la espalda, ocupaba el hueco de la puerta. Lo recibió con ojos severos. Nunca antes, en los años que lo recordaba a su servicio, se le había mostrado así. Pilo Fraga, con el nudo de la corbata flojo, suelto varios botones del chaquetín, en desorden los cordones amarillos del Estado Mayor Presidencial. "También se está relajando en él, carajo, el respeto que me debe."

Mayor –volvió a la sala, seguido por Fraga– ¿Qué pasa con usted, mayor? Lo he llamado muchas veces y usted, en balde.

Apretó las mandíbulas Pilo Fraga, diplomado con honores en la Escuela Superior de Guerra. La vista al frente, tensos los músculos del cuello ("al Señor Presidente se le pueden aguantar las majaderías; no a este viejo neurasténico"), juntos los talones de las botas, respondió:

Perdón, señor. No lo escuché.

Mando en el coche, menos... Ahora ocúpese de localizar inmediatamente donde están –alzó el puño derecho y, al pronunciar cada nombre, iba mostrándole a partir del pulgar, un dedo– Ormiel Douglas, Medina-Albert, Plutarco Canto...

Ahora, señor.

Murmurando cosas que quizá solo él entendía, gacho siempre la cabeza, Gómez-Anda volvió al despacho. El mayor Pilo Fraga localizó en su agenda de números privados, y secretos, los de Douglas, Canto y Medina-Albert. "De parte del señor Presidente Gómez-Anda..."

Dudó. ¿Leer los periódicos que le había entregado Aleo Esparza o seguir hurgando en los cajones del escritorio? "Meter la mano en ellos es como meterla en la oscuridad del pasado". En el fondo del que abrió al azar, sus dedos encontraron uno de las muchas carpetas forradas de cuero con las siglas del Ministerio de la Propiedad Nacional y el escudo patrio en relieve que llevaba a su *Acuerdo* semanal con don Tito Livio Gómez de Lara. Contenía recortes, amarillos de viejos algunos. El mas grande era un *Minuteru Político*, del "*Diario*", con la lista de los cinco personajes, ministros casi todos, que mayores probabilidades tenían, en esa fecha de doce años antes, de ser postulados a la Presidencia por el Partido Unificador Revolucionario. Su nombre no figuraba en ella. Reconoció la letra de su mano: la paloma verde con la que había señalado a su propio favorito: su amigo Alfonso Videgaray, alcalde en la capital. Los otros cuatro: Teodoro Batrón Mandujano, Cupertino Ortiz Fuentes, Juan Livingston Fernández, Arcimiro Abad, que fueron populares o poderosos en su día, ¿donde estaban? Archivados en el olvido: ricos todos, sí, pero en el retiro, "donde uno se va muriendo un poco cada hora". Videgaray mismo, ¿era algo mas que un recuerdo? "Todos tenemos derecho a equivocarnos, señor, menos el que juega contra ti por la Presidencia y la pierde; *él*, a su casa".

EL PRESIDENTE Tito Livio interrumpió la metódica firma de los documentos que a su aprobación sometía el Ministro de la Propiedad Nacional. Como pocas veces, mucho le molestaba esa tarde el forúnculo que se negaba a dejarse extirpar. Se levantó y empezó a caminar por el despacho. Dijo de pronto, los ojos en la ventana de la Plaza Mayor:

Me han llegado informes, Aurelio, de que hay amigos tuyos que realizan trabajos en favor de tu candidatura a la presidencia...

El Ministro Gomez-Anda tartamudea su verdad:

–No lo sé, señor Presidente.

–Los hay, y se dice sus nombres.

Yo no autorizo a nadie, ni permito que

–También sé eso, y aprecio tu disciplina. Fuera del Partido, nada, y no al legado de [illegible] que el Partido haga su selección. . . Propalados por no se quién, corren por ahí, de boca en boca, cuatro o cinco nombres de amigos nuestros que aspiran a ocupar la Presidencia.

–Así es, señor . . . –y Gomez Anda los repitió, mientras su tío Tito Livio, que los había puesto a circular, asentía.

–En efecto, Aurelio . . . Uno de ellos será el que venga a trabajar aquí.

¿Videgaray?

–Él, o cualquiera de los otros cuatro. Nadie me reniega oportunidad, Aurelio. Por eso me sorprendió oír que tú andabas picando piedra, como dicen.

–Yo no, señor . . .

–Tus amigos, entonces.

–Nada hago yo, señor Presidente, y menos eso sin consultarlo con usted.

Juntas las manos en el centro del pecho, los labios apoyados en los índices, hablaba reflexivamente el señor Gomez de Lara.

También tú hubieras podido figurar en esa lista, pero . .

–¿Yo? –hubo una cierta incontrolada ansiedad en la expresión del Ministro.

–Tú . . . Luego de meditarlo muy a conciencia, decidí que desde el punto de vista político no era aconsejable que te incluyéramos . . . En primer lugar, obstáculo mayúsculo, somos parientes, miembros, aunque en segundo grado, de una misma familia. . ¿Cómo nos pondría La

Oposición!, ¿qué no dirían nuestros propios compañeros de Partido al acusarnos de nepotismo, que ha sido siempre funesto para la economía de nuestro país?

–Tuvo usted razón, señor.

–Item más . . Tu salud, Aurelio. . Hace un año padeciste un grave infarto y eso, se quiera o no, lo deja a uno en desventaja . . ¿Postular candidato a un hombre, no muy joven aún, cuyo corazón puede volver a fallar en cualquier momento? La Presidencia consume a los más vigorosos; ahora, Aurelio, la comparo con una lámpara de Aladino: pides, y te da todo, pero demanda mucho. A un convaleciente, y lo serás todos los años que le queden a tu cuerpo, lo primero que le exigiría sería la vida . . Estarás de acuerdo, el país no puede padecer la zozobra de preguntarse noche y día: "¿a qué horas se le ocurrirá reventar al Presidente"? . . . Enfermo como eres, debemos descartarte . .

–Mis últimos estudios en Cardiología, señor.

El presidente le indica, mostrándole la palma de la mano derecha, que calle.

–Los Grupos de Presión están ejerciendo, no tienes idea de con qué intensidad, en favor de algunos de los otros, porque así conviene a sus intereses. Parecen inclinarse un poco, aunque no claramente todavía, hacia Videgaray . . .

Es un zorro.

–Esos Grupos, que me pegan casi por cualquier cosa que haga o deje de hacer, se encargarían de infamarte apenas sonáramos tu nombre; apenas sospecharían que un Gomez, sobrino, podría suceder a un Gomez, tío . .

Don Tito Livio, aliviado un poco de la molestia, volvió a su silla. La ocupó cuidadosamente.

–Eso, señor Presidente, me parece injusto . . .

Gomez de Lara lo miraba derechamente.

–Quisiera que me dijeras la verdad, Aurelio.

Ahora que sabes mis razones, ¿estás molesto conmigo porque no quise incluirte en la lista, darte la oportunidad de figurar?

Algo cortada la voz, respondió el Ministro de la Propiedad Nacional:

—¿Por qué habría de estarlo, señor, si jamás, créame, ha sido mi ambición llegar a donde usted está? Y si llegare, por obra de un milagro, a ser candidato...

—En política hay decisiones, selecciones, no milagros, Aurelio.

—...o por una decisión o selección, usted, solo usted, sería el responsable. Conozco mis limitaciones y sé que he llegado, con su ayuda de toda la vida, al puesto más alto que alcanzaré en mi carrera... Se lo digo sinceramente.

Tito Livio Gómez de Lara volvió a tomar la pluma abandonada y la dejó correr, mientras prodigaba los trazos enérgicos y rudos de su rúbrica, sobre varios *acuerdos* más. Luego, olvidada la vista en el último, murmuró:

—En estos niveles ejercido, el Poder es un vicio, Aurelio, y un castigo también... Duele mucho renunciar a aquél y más lastima sufrir éste... Has hecho una bonita carrera... Discreto y eficiente como eres, con indudable vocación para el servicio público, la tuya durará largamente si sabes conservarte en los límites de la prudencia...

—Gracias, señor... Para que mi bonita carrera conozca otro progreso, ¿no me diría, don Tito, a cuál de los cinco debo ir a felicitar...? —dijo Gómez-Anda y sonrió.

Sonriendo también, al tiempo que le devolvía los papeles, respondió el Presidente:

—Yo mismo no lo sé, Aurelio... Cuando *los cervantes* acaben de unificarse, serás el primero en conocer El Nombre: el primero es llevarte tu apoyo a El Hombre...

—Gracias, señor...

La sobrina, ¿tan guapota como siempre? Mis saludos a ella.

—De su parte, señor.

Gómez-Anda colocó dentro de la carpeta los documentos que el Presidente de la República acababa de hacer importantes con su firma. Pensó que no debía volver esa tarde al Ministerio. "Una cosa queda en claro: los nombres definitivos son los de la lista que se ha publicado. La Presidencia, como don Tito ha dicho, quedará entre uno de ellos cinco. Para no equivocarme, ¿por qué no ir a saludar, hoy mismo, a cada uno?"

Lo que nunca antes había hecho, don Tito Livio lo tomó por el brazo para acercarlo a la puerta. Dijo como si se disculpara —y Gómez-Anda supuso que eso hacía:

—A veces, Aurelio, resulta muy duro sacrificar a los que uno estima y que merecerían mejor suerte... Pero, ¡qué quieres!, así es esto de La Política.

—Lo es, Señor.

Todavía antes de abrir, le colocó las manos en los hombros.

—Usted, ánimo... Nada se ha perdido...

Hosco, el mayor Fraga informó desde la puerta:

—Ninguno está en su casa, señor... Los tres llegaron y salieron luego. Don Otoniel fue a Los Arcos, me dijo su señora...

¿Qué esperar? Llámelo allá.

—Lo hice... Pero me indicaron que está en acuerdo con El Señor Presidente... Le dejé recado con el capitán Hugo para que se comunicara acá...

Bien. Puede retirarse.

Don Aurelio se ajustó los lentes y siguió examinando papeles. Había más recortes de periódico, sin importan-

cia le parecían ahora, cartas personales, que le [illegible] reflejan un programa del Palacio de las Bellas Artes: *Traviata*, de Verdi, cantada por María Cristiani y Aldo Berutti-Conti. GRAN FUNCIÓN DE GALA A BENEFICIO DE LAS GUARDERÍAS INFANTILES DEL MINISTERIO DE LA PROPIEDAD NACIONAL. Primero en la lista de los nombres de quienes iban a ocupar el escenario, el de Armando Ramírez de Arellano. Una fotografía en la que sonreía decidida, en el centro de ese abanico de estrellas que iban a cantar a pesar de todo *La traviata* por sus artistas que esa noche hacían imposible tan mala representación. Hallada también dentro de un sobre amarillo con el escudo tricolor del PLR y el siguiente superior izquierdo, el retrato de un apretado grupo de personas.

El gran cabrón", pensó, y los celos le taponaron la boca del estómago. "Si algo duele es que estás vivo y hubo de ser por error". Siempre que recordaba a Ramírez de Arellano pensaba en Armando la Tenia Luna de Hermoso, por sus ojos verdes y el brillo de oro en su engarce. Pero la cara de la cantante de la Orquesta de Gonzalo Arcos lo confundía en ese momento de pasado menos. Le recomendó con el que era su empleado civil pegatornil, el mayor José Dolores Beltrán De Guzmán. Montes escribió la investigadora Andrés Ortiz Reina en alguna de sus obras sobre las revoluciones y sus legendarios jefes. Decían de él que era un bárbaro arcabuz.

Entre los muchos que habían posado junto a Galvarino Montes para esa fotografía tomada la mañana en que se hizo cargo de la cofradía del Partido Único Revolucionario encontró, quizá compañero con la Dirección de la Fábrica Nacional de Armamento Militar, en la que habría de ganar los primeros de los muchos millones que ahorró en un par de décadas, se hallaban, según

iba descubriéndolos, el general Marcelino Ku, ya viejo entonces, y muy jóvenes, Plutarco Cano, Alfonso Valdepeñas, Emilio Cánovas, Hermes Campodónico, Otoniel Douglas. Encontró su propia cara, la de un tímido Aurelio Gómez-Arcos, en la segunda fila, a espaldas del alegre mantador de la matanza de Carmona, a quien serviría ya no como pagador civil, sino como secretario y recadero, y de quien iba a recibir unas semanas después de esa instantánea jubilosa, las primeras oportunidades de actuar en política.

(EL PRESIDENTE Patrocinio Pineda Wells, aprobó sin discusión lo que Galvarino Montes proponía. "Ya es tiempo, señor, de romper el monopolio de poder que ejercen los grandes sindicatos y que llevemos a dirigir la Federación Nacional de Empleados del Gobierno al líder de un sindicato modesto, aunque probadamente revolucionario y pinedista, como es el de la Fábrica de Armas. Puedo garantizarle, señor, que la candidatura de Sacramento Báez va a ser muy bien recibida. Gracias, señor, por la confianza que me demuestra". "¿Cuándo convocará a los delegados de provincia para efectuar la Convención, general?" "Despacharé los primeros telegramas hoy mismo, señor". "Debe hacer transparentemente el juego democrático, general". "Lucharé, señor". Galvarino Montes tenía motivos para sentirse satisfecho. Sacramento Báez era manejable porque carecía de fuerza política. De su docilidad y blando carácter abundaban pruebas. A través de él manejaría la poderosísima FENEGE entonces casi medio millón de burócratas, que mucho pesaría "en la balanza de las decisiones", se decía, cuando llegara el momento de seleccionar al sucesor de Pineda Wells. ¿Por qué no él mismo, popular divisionario, pieza clave del Partido?

Montes había resuelto que tres de sus jóvenes colaboradores ocuparan la tribuna, durante la Convención interna de la FENIG, para proponer a un candidato y hacer su panegírico. Videgaray subrayaría los méritos del veterano Anselmo de la Garma, líder en Aguas y Suelos; Plutarco Canto, los de "Chema" Contreras, de Construcciones Federales, y Aurelio Gómez-Anda, los de Sacramento Báez, que resultaría elegido por los miembros de la asamblea.

–Échenle sal y pimienta a cada uno para que todos queden contentos –los instruyó, antes de inaugurar la convención de los empleados del Gobierno en el Auditorio Cesar Daza, y retomar en su elevador *privado* a su despacho, once pisos más arriba.

Como había recomendado el general, Canto y Videgaray le pusieron sal-y-pimienta a su trabajo oratorio. Los candidatos por ellos propuestos obtuvieron muchas palmas, muchas porras y también unos pocos silbidos. La intervención de Gómez-Anda fue mesurada. Habló en tono menor porque su voz no daba para más.

–... Y eso es poco, compañeros: Sacramento Báez es garantía de honestidad... laboriosidad, inteligencia y capacidad de servicio... Sacramento Báez, con el voto de ustedes, está llamando a ser un digno guía de quienes aportan su diario esfuerzo desde las oficinas públicas al engrandecimiento del país... Sacramento Báez... –y continuaba enumerando virtudes del humbrecito desdibujado, vestido con un traje café-rojizo, al que sólo aplaudían con cierto entusiasmo los muy escasos compañeros suyos que ocupaban las localidades superiores, en Sacramento Báez, perviso, que, avisado ya de que él resultaría electo por unanimidad, sobaba y resobaba las frases con las que debía agradecer "tan señalada distinción".

EN EL DESPACHO particular del general Galvarma Montes sonó el timbre del teléfono gris.

–Buenos días, general... –El director del PUR reconoció instantáneamente la voz:

–Buenos días, señor Presidente...

–Sacramento Báez, ¿ha sido elegido ya por la asamblea?

–Ahora están, señor, presentando las candidaturas de los miembros de la terna. Alrededor del mediodía los cuentos coincidirán y...

–Bien, general... Debemos hacer un cambio.

–¿Cambio, señor?

–He estado pensando, general, que una persona como Sacramento Báez, que sólo representa a un sindicato pequeño, no es por ahora la más idónea para dirigir la FENIG.

El líder obrero Heriberto Andonegui, a quien Galvarma Montes recibía en audiencia particular cuando se lo pedía La Red, fingía desentenderse del diálogo, no advertir que el jerarca mayor del Partido se arañaba a uñeteadas la piel de pulgar e índice. Escuchó su voz helada.

–Si así lo ordena usted, así se hará, señor...

–Habré de agradecérselo, general.

GÓMEZ ANDA consideró que había dicho lo necesario, y un poco más, para justificar por qué Sacramento Báez no desempeñaría lo que para los trabajadores del Gobierno Federal representaban los extraordinarios compañeros De la Garma y Contreras. Debía recibir la aprobación unánime de las delegaciones, y se aprestaba a culminar su discurso cuando el sosavo vio acercarse rápidamente a Plutarco Canto. Suspendió por un segundo su palabra. Sobre la mesa de los micrófonos, Canto dejó una tarjeta. Alcanzó a descifrar el nerviosísimo garabato: "Orden del

general. Sarramento cancelado. Va Crisóstomo Corráez a Limpia y Transporte."

Para darse algo de tiempo y encontrar nuevos adjetivos con que proponer a Crisostomo Corraez, ahora que todos sabían que llevaba los votos contados en su escaño, Sarramento Baez, se apresuró Gomez Ania a beber de su misma agua que habían usado Cantú y Villegas. Acercándola hacia el vaso notó cuánto le temblaba la mano. Prefirió no arriesgarse a derramarla. Con la boca seca esa mañana supo que es amargo el sabor del miedo. Nublada la vista como si acabara de llorar, tuvo que apoyarse en los antiguos, sordo y sin aliento permaneció, ante la asamblea de pronto silenciosa, paralizado por los efectos del estupor, la parálisis del pensamiento y la abochornadora angustia de no estar.

A cabo no fueron más de cinco o tres segundos los que pasaste tragando gordo Aurelio, ¿verdad? Alfonso Gomez Ania sintió que recuperaba la voz y luego oyó a su voz tener sobre los que iban al paso de meta del Auditorio César Daco.

–Pues bien, compañeros. Como les he dicho, Sarramento Baez es un digno líder, un hombre honrado y limpio, un auténtico revolucionario. Difícil será encontrar a alguien que lo supere en calidad y calidad de méritos.

Seguros de que la votación de los delegados favorecería abrumadoramente a Sacramento Baez, los otros dos miembros de la terna propuesta, esos Corraez y De la Garma, con dilatada experiencia en tales maniobras políticas, casi encabezaron una porra que resultó, dos días después, en honor del ganador. Corraez ocuparía la Secretaría de Trabajo y Conflictos, y De la Garma, la de Finanzas, en el nuevo Comité Nacional Ejecutivo de la FENEC, según convino con el general Montes.

Dejó Gomez-Ania que se aplacara el entusiasmo de

la asamblea y luego continuó, sin ya ningún esfuerzo, con esa misma energía que había dado todo de sí cada vez que alguien se acordaba de los años.

Sin embargo, compañeros delegados, les pido que hagan un recuento imposible: quiero que se pongan en los zapatos de cualquiera de ustedes y me digan qué fue lo que hizo Sacramento Baez. Quiero que me digan por qué fue un gran Sacramento Baez. Yo les ayudaré, amigos delegados. Hace poco más de cuatro años Crisóstomo Corraez abandonó el cargo que ostentaba en el Comité Nacional de Aprovechamiento de Recursos Naturales y luego el vicepresidente de la República, el general Gustavo Montes, esperaba que le dimitiera.

Nunca pudo aclararse por qué Jesús, el presidente Partenio Pérez de la Vega, favoreció a Crisóstomo Corraez, que esa mañana empezaba a ser personaje de dos niveles en la política nacional. El general Montes no se atrevía a preguntárselo y el jefe del Estado mayor presidencial consideraba ese tema un gran misterio. Pérez de la Vega nunca supo lo sabía todo y se dejaba llevar por Nereo Lopez Rodríguez, quien había regresado de España y que veía desde fines de los años cuarenta como un gran peligro frente al ambicioso Corraez.)

sus pecados, que parecía haber en Montes una ternura que el contacto con el lápiz de hacer cuentas y la pluma de firmar decretos no pudieron atrofiar. Lo había visto con los años. Hasta en las peores de todas las antiguas que se le parecían cuando fallaba historias había visto también, asegurábase con una sonrisa, viejas esquelas con la decencia para atesorar la memoria de amigos colaboradores y personas estimadas en su tiempo. Encontrar en ellas nombres importantes o prohibidos, algunos que Armand calificaba de sombríos. No es para ale-

grarse. Doña, saber que uno sigue vivo?"

Notó, al tocarse el nudo de la corbata, que la uña del anular derecho se le había mellado. Del cinto, donde lo llevaba siempre, retiró el manojo cromoso en el que figuraban, reunidos en una argolla, muchas llaves, un destapador de botellas (de los que regalaba una fábrica de gaseosas treinta años antes de hacer propaganda a sus productos), un cabador y una navajita, de cachas rojas, con lima y tijeras, mondadientes y sacabuzón, que fue retirada del cadaver de un tal Sentumento Solis, coronel que figuró entre las bajas de los rebeldes perdidosos en el combate de La Vaina.

No era desdeñable la sugestion de Roberto Saldana, pensó. Escribir sus *Memorias*, o algo que se le pareciera, le serviría igual para recordar, esto es: para volver a ser ("¿no somos acaso nuestros recuerdos?") que para ocupar el tiempo que ahora le sobraría. "Cuando llega uno a viejo debe anotar lo que de joven tuvo suerte de vivir". Quedó arreglada esa una. Empezó a recortarse otra. Estar vivo, como le oí decir a don Adolfo Martorell, es recordar que se tuvo un pasado y que se guarda algo de vida todavía para después". Suspendió por un momento el vaivén de la lima. "¿Quedó siquiera una mediana biografía mía? La que hay, hecha por encargo, es detestable", y asumió que le hubiera gustado ordenar la redacción de una en la que Aurelio Gomez-Ando apareciera no como fue sino como hubiese preferido ser. "Pude llegar a viejo. Ahora necesito sobrevivir a mi pasado. ¿De qué sirve esta vida mía si no pongo en el papel lo que he vivido, contado por mí, el mejor de mis testigos?" Siguió moderando el tamaño y la forma de la uña del meñique. "El problema de los que vivieron bien la vida pero que no la escribieron, es que al morirse se llevaron sus recuerdos. ¿Quién los aprovecha si no quisieron compartirlos?" Con un soplo hizo volar el polvillo que había

caído sobre su chaqueta. "¿Morirse uno dejando su pasado expuesto a la diatriba, a la calumnia, a la infamia de los envidiosos y los historiadores...? Hay que hacerlo. Anotarlo todo para que no lo falseen, para que no acabe de olvidarse. Juntar esos pedacitos de tiempo que son lo que fuimos. Decir lo que debe ser dicho. Explicar los por que de ciertas cosas que se hicieron. Llevar luz a lo que pareció entonces, y sigue pareciendo ahora, oscuro, innecesario. Escribirlo, carajo..."

El recorte correspondía a la edición del matutino *Universo* de un trece de julio. "Nueve años y medio, ya". Eran los meses primeros de su mandato. "Los de la prueba: esos que aprovechas los que pueden hacerlo para medir al Presidente. De cómo respondas a sus presiones y sujetas de sus trampas dependerá tu suerte. Si no vas a varas porque eres manso, harán de ti cera y pabilo: te negarán su temor y su obediencia, se burlarán de ti y enturbiarán tu trabajo. Debes convencerlos pronto, de modo que todos lo sepan y lo vean, que contigo no se juega; que es tuya, solo tuya y de nadie mas, la única autoridad". Con algun acto espectacular, de violencia si es necesario, conviene definir tempranamente tu estilo personal y el de tu gobierno...

Gomez-Ando extendió ante sí, el titular a ocho columnas.

MUNDACA DESAFIA AL GOBIERNO FEDERAL

EL PRESIDENTE descargo su puño de ira sobre los periodicos que daban a conocer, con visibles *cabezas* principales o cautelosos *remitidos*, la ultima hazaña de Blas Mundaca, un desafiado agitador que llevaba años sembrando sobre cuatro o cinco de las ricas provincias agrícolas del sur, sin que nadie se atreviera a cerrarle el paso o a contarle la

vida, por mucho que fueran grandes sus propelías y bárbaros los métodos que usaba para intimidar hacendados y comuneros, industriales y transportistas de esa región. Se le habían abierto procesos, pero jamás conoció el castigo de la cárcel. Bandolero, según unos, era para otros el bravo que comparte con el pobre lo que se hace pagar por el rico, una especie de reformador social que "predica doctrinas en las que quizá crea, pero que no alcanza a comprender, lo que origina la constante confusión de sus ideas; el estado de contradicción mental en que por lo general se encuentra", como se expresaba en algunas de los centenares de páginas de la abultada biblioteca que se llevaba el Ministerio del Interior –crónica de sus andanzas, pormenor de sus actos y de sus palabras. Alguna vez, el Presidente Nicomedes Espinosa pretendió castigarlo, remitiéndole a las salinas de la Isla Penal del Mar Pacífico. Lo hizo llevar a su presencia para reprenderlo. Hablaron a solas y al cabo de una hora de conversar con él se convirtió en su amigo y protector; amistad, amparo, simpatía y aun aprecio público que no le negaron los mandatarios que vinieron después: Telesforo Reinoso, Procopio Moreno, Tito Livio Gómez de Lara.

–Conmigo, el hijodelagranputa se jode . . .–El puño de Gómez-Anda volvió a estallar sobre los recortes–. Se acabó la coherencia . . .

Como adormilado, pero siempre alerta y receptivo, manifestó Marco Tulio Cimarrosa, que había sido llamado con apremio a Palacio Nacional:

Se girará orden de aprehensión.

No más impunidad . . . No más hacerse de la vista gorda. El chantaje, ¡al carajo!

Abogado, Marco Tulio Cimarrosa opinó que diez o veinte de los procesos que jamás prosperaron contra Mundaca, porque gobernadores y presidentes exigieron que se les olvidara, podrían ser actualizados con sólo que

El Señor lo ordenara. "Como a los otros, también a Gómez-Anda lo ayudó Blas, en el sur, durante su campaña electoral. ¿No aportó él, aunque gratificados con dineros del Partido, los más veraces contingentes aurelistas? ¿No se alojó en su finca de Camponaro y se bautizó a un hijo de la querida que tiene en Torrenteras? ¿Quién si no don Aurelio dijo que Blas Mundaca era un "revolucionario pensante [illegible] gran valor de campesinos" y un "dignísimo sucesor del Padre de la Reforma Agraria"? Ante los cuarenta y cinco mil pesetas que acarreó Blas para que lo aplaudieran el último de los días que pasó en su comarca, ¿acaso Gómez-Anda no abrazó a Mundaca y lo colmó de elogios?"

–El procurador de la República . . .

A su manera, así se hará, Marco Tulio . . Dejemos al Procurador fuera de esto.

Nieto e hijo de peones, peón él mismo, Blas Mundaca muy joven organizó en la zona de Ballester las primeras uniones de trabajadores agropecuarios y entró en conflicto con los administradores y los dueños de las haciendas y las fábricas en las que eran industrializados algunos productos de la región. Se le amenazó sin éxito, se le halagó sin resultado y, por último, se le llamó a parlamentar. Fue entonces cuando conoció la importancia de su fuerza. Entre pactos y buen licor se establecieron las bases del acuerdo. El dinero empezó a manar abundantemente para él y los hombres que representaba. Creció con su poder su influencia y en un lustro todo lo que se llama *El Sur* pagaba tributo a Mundaca. El Organizador a cambio de no padecer problemas como los padecían los demás: invasiones de tierras, incendios de almacenes, malogro de cosechas, envenenamiento de pozos y abrevaderos y, en casos extremos, atentados personales, secuestros y asesinatos. Astuto, "como buen indio ladino que es", Blas Mundaca respetó escrupulosamente las

propiedades del Gobierno y las de quienes de él formaban parte funcionarios y políticos que con amistad le daban amparo al tiempo que de él lo recibían.

–Lo dejaremos, señor...

No me explico qué mosca le ha picado a Mundaca para hacer lo que está haciendo. Somos amigos.

Para el escribano público. Fue amigo de Gómez-Anda candidato... Ahora va a ponerle precio y cobrones a su amistad con Gómez-Anda Presidente.

Pretender que le paguemos, ¿insolito? ¿Tributo por cada árbol que se corte o industrialice en el Aserradero Nacional de San Esteban ¿no es una pendejada, Marco Tulio? Tirotear nuestros camiones y matarnos cinco hombres, ¿fue o no su gran error?

Sí, señor.

UNA NOCHE de ajedrez en Buganvilia escuché producirse a don Adolfo Marrone un comentario que nunca olvidaré y que esa madrugada mientras esperaba a que brotaran agua para el primer baño recordé. La mejor de las armas en el hombre de Poder es la buena memoria. Sin ella, en largo plazo pocos saben hacerla. El sí. No eran sino las cinco y media y por la Red Radio al general Teodoro Gómez. Antes de ocupar el vicealmirantazgo de Guerra y Defensa, Teodoro Gómez había sido miembro, con el grado de coronel, de la judicatura militar y en tal carácter le había correspondido conocer de un incidente en el que se había amenazado por amenazas proferidas contra el violador y presunto asesino de su hermana, en tal capital y Asunto Negro Matías siete años atrás. En persona, don Adolfo había ordenado al coronel Gómez que no se insistiera mucho en el caso y ampoco se ahondara más en el asunto. "Así se hará, señor" había dicho entonces Teodoro Gómez y el legajo encontró su sitio en el archivo.

En la memoria de Gómez-Anda permanecía lo esencial. Una maestrita, Alicia Macías, pasaba los seis meses de su servicio social obligatorio en una comunidad de la provincia de La Paz enseñando a leer y escribir a los hijos de los trabajadores de la planta en la que se producían engranes para maquinaria industrial a partir del serrín solidificado. En esa planta, que operaba con capital mayoritario del Gobierno, se ofreció una comida a Blas Mundaca y Alicia Macías lo encontró agradable, guapo y muy atractivo, quizá porque hablaba con galanura y su risa era blanca y abierta. Bailó con ella más que con ninguna de las otras muchachas y bailando bailando se dijo que por nada merecía ser algo más que profesora rural. Cuando Mundaca y los suyos se marcharon, con ellos se fue a Alicia Macías, no se supo si por su voluntad o, como llegó a murmurarse, a la fuerza secuestrada. Enterado de su desaparición, que no podía atribuirse plenamente a Don Blas, la buscó el hermano. Meses después, de Alicia encontrarían una tumba, una jorobita de lodo seco que ninguna cruz señalaba en el camposanto de La Cañada. El párroco de la capilla le informó que había sido una verdadera desgracia que la muchacha hubiese muerto, como don Blas Mundaca dijo, en un accidente. "No me pregunte dónde ni de qué clase, señor, porque no sabría que responderle." Asaltada, Macías percibió una sospecha y decidió confirmarla. Algún amigo de la partida militar, en respuesta a sus dudas, aceptó que sí era probable que Mundaca hubiera matado a Alicia del mismo modo que había matado, según las malas lenguas, a otras antes. "Y si no él, tal vez la ordenó su mujer, más celosa, capitán, mientras más vieja y gorda" Macías hizo gestiones y consiguió que su Comandante lo comisionara en el cuartel de Alamitos, descubrió que Mundaca tenía casa nueva, muchacha nueva, en un barrio de la cercana Salvatierra. Averiguó la dirección y a verla se dedicó sus días

de permiso. Un atardecer, sin su escolta de hombres con armas, en compañía solo de su chofer, llegó Mundaca a un guayno. Lo había visto allí docenas de veces, pero nunca tan desprotegido. Macías cruzó la calle y le cortó el paso. Le exigió aclaraciones. ¿De qué había hablado Alcina? ¿por qué, o por orden de quién, no existían actas de defunción ni documento legal alguno en que se alegara el accidente? Mundaca no refrenó su altanería ni disimuló su cólera. La mano que buscaba la pistola no alcanzó a llegar a la empuñadura de concha nácar porque un disparo del chofer lo puso en tierra con un pulmón perforado y en el pecho, un agujero por el que cabía un puño. Se le siguió juicio a Macías, "por amenazas a un civil inerme", sí recuerdo. Cuando estuvo en condiciones de abandonar la cama del hospital militar de Salvatierra, donde convalecía en calidad de detenido, fue trasladado a la septentrional península desértica de Antoquia, "para evitar que la población lo mate, capitán". Ganó grados, y, teniente coronel ya, a su cargo quedaban labores de patrullaje en una dilatada región inhóspita por fuera, pero muy rica por la sal de sus minas. Había hecho pan de algún modo y vivía, al parecer, en paz. "¿Es un hombre temible Macías, general?" "Un oficial en servicio activo, siempre lo está, señor Presidente". Gracias, general".

A LA PERSONA que estaba respondiendo por el teléfono privado le dijo el Presidente Gómez-Anda concisas instrucciones:

–Hemos resuelto, general, que sea el teniente coronel Austroberto Macías Serafín el oficial que se ocupe de aprehender a la mayor brevedad posible al ciudadano Blas Mundaca Granaldo y de presentarlo a la autoridad correspondiente... Le habré de agradecer, general, que le comunique sus instrucciones.

Colgó. Marco Tulio Cisneros, que se había levantado, no supo qué general, ¿Radamés del Valle, Teodoro Gómez, Angelico Ballerrama, también conocido como El Ejecutor?, cumpliría las instrucciones del Presidente. No necesitaba, en cambio, esforzarse mucho para adivinar cuáles serían.

¿Algo más, señor?

–Encárguese de preparar, personalmente, los boletines que mañana entregaremos a nuestros amigos de la prensa... Sugiera a los señores directores de los diarios del país que en sus editoriales de pasado mañana se aplauda al gobierno la toma de Medidas Enérgicas como la que no hemos visto obligados a... Habrá que evitar que los gacetilleros empiecen a sacralizar la figura de un fascinoroso como Mundaca, ¿no?

SIGILOSA, TRANSPORTADA en dos grandes máquinas de la Fuerza Aérea y, luego, para el recorrido por tierra, en cuatro autobuses del Ejército, la tropa a las órdenes del teniente coronel Macías tendió el cerco de tanques ametralladoras, lanzallamas y morteros. Ni los perros de la medianoche ladraron sus alarmas. Blanca y de una sola planta, ancha, la casa parecía indefensa.

–Cuando usted lo ordene, mi teniente coronel...

Podía haber dicho "ahora", o "dentro de cinco minutos", pero, atento a la carátula fosforescente del reloj, lo pensó, el teniente coronel Austroberto Macías Serafín prefirió aguardar a que fueran las 21:00. Lo habían hecho venir, en un jet especial, desde Antioquia. Por teléfono, el vice-Ministro de la Guerra le había dicho que Blas Mundaca debía ser presentado a las autoridades judiciales de Salvatierra "vivo... de ser posible". Él había preguntado: ¿De resistirse...?", y el general Teodoro Gómez le había respondido: "A su criterio queda decidir, Macías".

Exactamente a las 24:00 se desgranó el fuego al que ninguna otra fusilería contestó. A las 0:15 dispuso Macías suspender la fusilería, la silbante acometida de los matazalamas, el bombardeo ruidoso y exacto de los morteros. Precavido, permitió que el tiempo corriera un cuarto de hora más. Luego, despachó una avanzadilla a que explorara las ruinas.

El silencio y el humo del incendio que se iniciaba en una tropa llena de pasturá, confirmaron el exterminio de Blas Mundaca, de su esposa Estelvina, de sus nueve hijos, de los once miembros de su temible escolta, y de un anciano. Fueron hallados en diversas habitaciones, y dos en el corral: los cadáveres de cinco mujeres: quizá las cocineras y sirvientas.

Con la tropa viajaba un abogado de la Procuraduría de Salvatierra y otro adscrito a la Comandancia de la Cuadragésima Segunda Zona Militar. Dijeron:

–Hay que levantar el acta.

El teniente coronel Macías fue a sentarse al carro comando en el que había llegado. Muy descompuesto lo vería el chofer, porque le preguntó:

–¿Se siente mal, señor?

–No, sargento. Solo cansado...

Cerró los ojos. Sentía náuseas y ganas de buscar un lugar donde bajarse los pantalones. Las pantorrillas estaban temblándole. Respiraba lenta, dificultosamente. Se repuso, al cabo. No era tarde, apenas la una de la mañana, pero sentía sueño y, de pronto, a manera de alivio, una gran lasitud ahora que había podido cumplir la promesa de venganza que estuvo dormida años en el tiempo, pero nunca olvidada en su memoria.

ANTES DE QUE fueran las siete de la mañana, Gómez-Anda recibió en Los Arcos a los generales Del Valle y Tenorio

Gómez. El Ministro de Guerra y Defensa le mostró copia del *parte* que a la Superioridad rendía el teniente coronel Ausencio Macías. Del vice Ministro recibió la del *acta* que se levantó en el lugar del sacrificio. Una y otra las abandonó sobre la mesa.

Muy lamentable que el amigo Blas Mundaca haya resuelto enfrentarse a elementos de nuestro Glorioso Instituto-Armado, ¿No les parece?

–Así es, señor Presidente.

DESPUÉS, cuando a solas bebía café y hojeaba los periódicos, el doctor Astrain reflexionó que una poca de sangre derramada a tiempo ahorra mucha, después. El procedimiento es lo que cuenta. En este caso procedimos pulcramente, esto es correctamente, como el Hombre-de-Poder debe hacerlo. Taza en mano se asomó al jardín. El torpe de Blas abusó de mi confianza, y quiso probarme. Ahora sabe ya como se gasta el bajarreto. Cerró la puerta de cristales. Respiró la frescura de los pinos, del césped húmedo. En la luz inventaban arcoíris los surtidores automáticos con que estaban siendo regados algunos sectores del parque. "Ni ahora ni nunca, madre podrá acusarme jamás de haber decretado la muerte de Mundaca. No pronuncié sentencia, ni dije cómo hacerlo. ¿Por qué Macías para deshacerlo?, ¿y por qué no...?")

PUSO A UN lado, doblez sobre doblez, como estuvo tantos años, el recorte de *Universo*. Volvió a tomar el retrato del grupo. Mirar al general Galvarino Montes lo lastimaba todavía. ¿Por qué no destruía la vieja foto de los reos del mismo modo que por ellos destruyó a Montes?

Claro y cercano, dijera que frente a la casa, escuchó en ese momento el frenazo de un automóvil.

Mucho lo alegró, al verlo descender del taxi, no haberse equivocado. "Estaba seguro que sería de los primeros en venir a saludarme hoy, del mismo modo que fue siempre de los últimos en molestarme pidiéndome algo." Recordaba haber leído que se le describía así: "Bajo de estatura, enteco, moreno, su energía parece hallarse en desacuerdo con su fragilidad física. Lo más viejo en él resulta ser, por gris, su cabello. Tiene la piel cetrina, joven, con algunas quebraduras al lado de los ojos. Se dice que es vegetariano y que solo usa hierbas para curarse." Era que bajo despues, con las bolsas de cáñamo y los paquetes era un tipo alto, quizá mulato. "El guardaespaldas, supuso". Vestía chaqueta de fustán. Llevaba sombrero de paño. Gómez-Anda salió a recibir a Quinun Asturias, líder nacional de la Cooperativa de Cañeros Libres.

Lo encontró junto al *Mercedes*, bajo la bóveda que lo protegía de la llovizna ya muy tenue, esperando que el mayor Pilo Fraga lo anunciara. Don Aurelio le abrió los brazos.

Quinun Asturias, querido amigo, bienvenido. Hágame el favor de pasar.

Ceremonioso, quizá incomodo en ese traje gris tela, que acostumbraba usar, para los calores de su región camisa ligera, pantalones de dril, sandalias sin calcetines, Asturias le tendía la mano porque el respeto, el sugar tierra acusada hombría suya, no permitían otras confianzas. Gómez-Anda, pensando en la propia, tiene esa

mano, lo metió en el abrazo. "Como su río Tuto Livio, también él, su ropa y su aliento, huelen a viento"

–Gracias, señor Presidente...

Se apartaron. Alzó don Aurelio el índice. Buscó una sonrisa que ofrecerle

–Ex. Quintín... Ya sólo eso: ex.

–Para sus amigos usted seguirá siendo Ex-Señor-Presidente-Gómez-Anda

–Se agradece, Quintín.

Le señalaba el camino hacia la salida. Tras ellos, silencioso y arisco, sin aceptar la ayuda del mayor Fraga, marchaba el del fusión

En la sala Quintín Asturias ordenó:

–Deja eso ahí... –y el hombre del tejano y la considerable robustez colocó las bolsas y los bultos, sobre una de las mesas y se marchó, con Pilo Fraga muy cerca, cuando Asturias dijo –Espéreme afuera...

Gómez-Anda lo invitaba a sentarse

–¿Tomará algo, Quintín?, ¿una copita de champaña...?

–Le agradezco, señor, pero no ahora... He venido a estar un rato con usted, y a traerle esto...

Fue presentando a la curiosidad de Gómez-Anda las piezas de Camembert y Pont l'Evêque, de las queserías que la Cooperativa operaba en Ciudad Darío, los espesos filetes cortados a gusto de don Aurelio, de las reses que engordaban en sus ranchos ganaderos; los tarros de conservas fabricados en su Empacadora de frutas; los cuatro frascos de la apreciada jalea real de sus apiarios; las dos botellas de la *Crema de Ron* producida en sus destilerías y que en la etiqueta ostentaban, escrita en inglés, francés, alemán y castellano, la leyenda *Calidad de Exportación*.

–No debió haberse molestado ese día, Asturias.

–Ni hoy ni nunca ha sido molestia nuestra, o enviarle, algunas de las cosas que hacemos por allá... Y si me lo

permite, señor Presidente, seguiremos haciéndolo... Lo que antes le mandábamos a Los Arcos cada mes, lo recibirá usted aquí, o a donde usted ordene...

Gracias, amigo Quintín...

–Y lo dicho, señor, vale para doña Teresita...

–Oh... –y don Aurelio comprendió que se había emocionado

Para descubrirlo al final, Asturias había mantenido encapuchado el mayor de los paquetes, el que con precauciones manejaron, primero, el guardaespaldas, y después él. Muy lentamente levantó el lienzo que ocultaba lo que resultó ser un vitrolero. Cuando quedó del todo a la vista, Asturias buscó un asombro en el rostro de don Aurelio, el inevitable fulgor de la gula en sus ojos, la sonrisa agradecida que apareció en su boca.

–¿Le gusta, señor Presidente?

–Quintín, ¡por favor!

Gómez-Anda destapó el vitrolero y ávidamente inhaló para que nada se desperdiciara, aspiró el olor del escabeche de camarón que nadie guisaba con más sapidez que las treguetas mujeres de la costa que a la Cooperativa de Cañeros Libres debía ahora su extraordinaria prosperidad; escabeche de camarón, uno de los principales entre sus platillos favoritos, que todos los años, en su natalicio, con huapangueros y bailarines, le hacía llegar a Los Arcos, en docenas de frascos aún más grandes, con el tributo adicional de los quesos y las frutas; la carne y los mariscos, el ron y el néctar de la reina, el hombre al que cuando no lo conocía quiso destruir porque le resultaban intolerables su rebeldía y su independencia y del que terminó siendo amigo al darse cuenta que haría de él un enemigo antes que un subordinado; el Quintín Asturias "de cojones muy enteros", como lo definió cierta noche para información de Avila Puga que se disponía a iniciar su campaña electoral y al que era necesario instruir sobre

quiénes eran, y cómo esperaban ser tratadas por él, algunas personas, políticas o no, que conocería sobre la marcha) que no pocas veces a lo largo de los últimos diez años libró contra El Señor Presidente cerradas oposiciones y fragorosas luchas verbales, defendiendo de los caprichos y de los atropellos del Poder Ejecutivo, y de los socios o protegidos de Armandina, los intereses y aun las vidas de los camaradas cañeros que le habían entregado su confianza porque no dudaban de su lealtad.

–Lo prepararon, como siempre, al gusto de su paladar.

Don Aurelio tapó avaramente el vitriolero. Se le había rebalsado en la boca la saliva. Esa fragancia a hierbas de olor y a vinagre, a fino aceite y a los misteriosos ingredientes que distinguían el estabeche de Ciudad Dorada le habían perturbado la tranquilidad de su estómago, le hacían sentir hambre por primera vez en el día.

–Gracias, nuevamente...

¿Qué agradece, señor?

Su amistad, Quintín.

–La merece usted, señor. Por eso resulta poca la que pueda uno darle... A los muchachos de la Cooperativa les gustaría tenerlo unos días por allá, señor Presidente... Lo llevaríamos de pesca, a cazar, a donde usted quisiera... Conocería usted la finquita que hemos comprado para regalársela en recuerdo del muelle que hizo usted el favor de construirnos... Nada grande, señor: apenas cien hectáreas, pero, eso sí, de tierras superiores... En fin, señor: para usted lo mejor de lo nuestro: buen mar, buen sol, buen marisco... ¿Irá, señor?

–Con gusto, en cuanto me desocupe...

Miró Quintín Asturias su reloj de pulso, el único de sus lujos, reloj de hombre que desciende a las profundidades oceánicas. Estaban aún en tiempo. El Presidente Avila Puga lo había invitado a comer con él, en Los Arcos.

Ahora, señor, debo irme... Con lo ocupado que es usted no quiero abusar de su tiempo.

Para usted, el mío no tiene límite, Quintín.

Asturias aguardó a que los ojos de Gómez-Anda tocaran los suyos cuando sus manos se encontraron en el rápido apretón de la despedida.

Cuando usted y yo nos amistemos, señor Presidente, le dije que podía contar conmigo para lo que fuera... Hoy, le repito, considéreme su amigo más que nunca y sepa que para servirlo estoy.

A solas nuevamente, Gómez-Anda se preguntó por qué, cuando pudo, no fue más amigo de hombres como Quintín Asturias y menos cómplice de ladrones y rufianes como Francisco "Pancho" Tadeo o el agrónomo Dante Guyoso.

Hablar mal en el despacho poco de todos los de la casa era el único lugar en que se encontraba menos a disgusto. Sonó un par de veces el teléfono y, como hacía una hora, don Aurelio se puso en tensión. ¿Volverían a ofenderlo con anónimos amorales? Cesaron los timbrazos y lentamente se le fue serenando la inquietud. ¿Cuánto durará el acoso? ¿Hasta qué extremos será capaz de llegar de señor? Sí, pensó, mandarla recorriendola, recontando, escenas y detalles, ¿por qué no había querido nunca romper la fotografía del general Galvarino Montes? ¿Necesitaba de ella para no olvidar la imagen del hombre al que se aplicó a destruir? Después: "Menuda cosa que uno pueda olvidar con solo echarle tiempo a los recuerdos."

(PERMÍN PALERMO recobró el valor que necesitaba para interrogar al Presidente Gómez-Anda sobre algo que sin duda le repugnaba: un tema que siempre, a veces bruscamente, rehuía tratar.

El general Montes ha estado a verme también hoy. Me ha preguntado: ¿Por qué me castiga Aurelio de esta manera? Ha vuelto a pedirme ayuda, si con desesperación, pues supone que la lumbre le niega, que no recibas cinco minutos, cinco solamente... Supone que alguien a quien no escuchas, intriga en su contra. Te ruega que le des la oportunidad de aclarar cuentos, si alguno hay entre ustedes.

Duda la broma tremendo como siempre que tal se cuenta le hería la memoria. «Recuerdo le ese hombre, el sonido de su nombre» el Primer Mandatario de oír contar los pasos sobre la alfombra de su despacho en Palacio.

—Nada hay que aclarar. Nada tenemos que decirnos.

Montes cree que sí. Por eso insiste.

—Que se vaya. Dile. El Presidente Gómez-Anda quiere que se pida la general.

—Aurelio se razonable. Perm teme que...

El Presidente de la República se le plantó a cinco pasos de distancia. Tenía descompuesta la expresión. Dijo acodo el nombre de la vez.

—¿Cómo tratarías Herminia al cabrón que quiso emputecer a tu esposa, eh?

Herminia Palermo, que por primera vez oía decir al Presidente esas palabras que había escuchado ya en otros labios, no pudo aportar una réplica a su sugerencia desafío de su mirada. Entre ellos dos, que todo lo compartían desde muchachos, se erigía un secreto, algo de lo que no hablaban, a lo que no aludía nunca: las circunstancias en que Gómez-Anda y Armandina se conocieron. Las circunstancias reales, como las otras ya las conozco. Dejó Aurelio volver a su silla. Apoyó la cabeza en el respaldo de cuero verde. Se le escuchó respirar con fuerza, suspirar, al fin.

GALVARINO MONTES había aparecido, brevemente, en la puerta del privado. Pues el día era caluroso, llevaba abierto el cuello de la chaqueta.

—Gómez.

—Señor.

Unos cinco minutos antes, Gómez-Anda le había entregado por la extensión la llamada de la mujer que se anunció como "una amiga, Norma Alhelí", con el acento de alguna provincia del sur, inconfundible había dicho. El general me pidió que le hablara a esa hora, secretario. Desde que le sirvo como secretario, ¿cuántas veces había escuchado palabras parecidas? ¿a cuántas mujeres jóvenes casi siempre insoportablemente bellas o astutas había tenido allí en la antesala, en espera de que se les autorizara a pasar a la oficina de Galvarino Montes el tarambana inagotable que se había convertido, por lo generoso de sus regalos y lo alegre de sus bacanales, en figura popular suma entre los elementos de la farándula capitalina? ¿a cuántas aplanadas sedientes, ignoradas consortes, no había llevado Gómez-Anda en el alcahuete al restorán *Cabot* donde el director de la Fábrica Nacional de Armamento Militar disponía de una suntuosa teoteca? ¿cuántas más, ávidas de su dinero o con urgencia de ayuda, aparecían sin aviso con la esperanza de que el general las recibiera?

Le entregó una tarjeta en la que había, garabateado por su mano, un nombre, el de Norma Alhelí, y una dirección.

—Llévala al *Cabot* y entretenla en lo que llego.

Cuatro o cinco veces en el curso del mes acompañó Aurelio Gómez-Anda a Norma Alhelí. Impuntual por costumbre, Montes recalaba en *Cabot* a media tarde, y eso les permitía conversar e ir descubriendo que simpatizaban porque entre ellos casi no había diferencias y sí afinidades. "Si es una putilla como las otras amigas del

desde el estreno del sainete. Quería ser cantante de ópera. Había cenado con Montes en una noche en la que el artista la presentaría con personajes relevantes del Palacio de las Bellas Artes. A Norma Alheli le parecía que el joven Gómez-Anda era lento y aburrido. Le agradaba su generosidad, hablaba de hacerla triunfar, pero que le regalara un libro con las *Rimas* de Becquer se puso a llorar en el restaurante de emoción. Ese amanecer despertó pensando en el lujo y la seguridad de su cuarto de casa de lujo en el hotel, sumo por primera vez desde que lo conocía una primera sensación de tranquilidad y un rastro de vergüenza al preguntarse con qué rigor la juzgaría quien como Arnoldo Gómez-Anda, lenta apreciador de la belleza, pasaba más de trabajo para llegar a la cama. Pero la vuelta a la desnudez y a la cita terminaron de acostarse con Galvarino Montes. Que el secretario particular padeciera cada cuando la relación de su jefe con una mujer que era la más reciente de sus amigas, ¿significaba que él había desarrollado enamoriscándose de un imposible?

La mañana. Galvarino Montes salió del cuarto con el general y se escuchó unos un paquete envuelto con una lona de hule rojo, y lo colocó ante Gómez-Anda.

—Te mando esta flor para que le entregas esto a la señora, y le avisas que se largue de la casa antes de las cinco el domingo porque el lunes voy a necesitarla. Dile también que si para entonces no se ha ido, mandaré que la echen de un pase...

Florida era el nombre de una propiedad en la esquina arbolada del barrio de La Lucha, en la cual Galvarino Montes venía viviendo desde que la sacó del cabaret *Flores*, en una maniobra bizarra de sobreponerse de los grandes senos y las rotundas nalgas. Como a la artista a ella también le encantaba el vals, los automóviles y carreras de caballos, pero le pesaba igual que a las demás la libertad de salir sin chaperón o recibir visitas que él no aprobara.

—¿Algo más, general?

—No.

Cumplir esos frecuentes encargos merecía cabal a Gómez-Anda. ¿Por qué no era el general más amable con las mujeres cuando deseaba deshacerse de ellas? ¿por qué vejarlas como a la artista del cine, a la que mandó golpear sólo porque ella se atrevió a reclamar la propiedad del penthouse del que era rechazada? La alta señora cubana a la que ahora le pagaba especial atención como única explicación a los billetes nuevos, a los miles de pesos, que le llevaba. Esa ambigüedad de "entonces la casa, "a más tardar el domingo", ¿significaba que el lunes iba a ocuparla Norma. Recordaría su orgullo esa vez de la primera vez que deseó poder matar a Galvarino Montes.

El miércoles terminó Norma Alheli de instalarse en la casa de Florida. Gómez-Anda le ayudó en los quehaceres de la mudanza. En cierto momento ella quiso iniciar una explicación, pero él no le dio oportunidad. Uno y otra se comportaban confusamente. Por la noche hubo fiesta. Con sus lujosas queridas y sus grandes uniformes, sus pistoleros y sus asistentes, según pertenecieran o no a la milicia, a partir de las nueve empezaron a llegar los amigos del general: oficiales, políticos, funcionarios, proveedores, hombres de negocios. La calle fue cerrada al tráfico con el apoyo de dos patrullas policíacas y cada hora, en la hora, nuevos mariachis aparecían para relevar a los que habían estado amenizando el ágape de los sesenta invitados anteriores. Servían el cena y el vino simultáneamente a las viandas. Enferma de antojos, alguna de las mujeres fue retirada de allí. La vieron vomitarse antes de abordar la limusina del Ministro Espartaco Alcocer. Como si el bullicio no bastase para ahuyentar a los malos sueños que había nueva inquietaba en la residencia de tres pisos y arboleda y jardín, Galvarino Montes mandó traer de su coche una metralleta y, buscando un lejano farol, acribilló los altos

fi llajes con varias estruendosas descargas. Para no ser menos, los invitados que portaban arma ti rotearon también el aire nocturno.

Gómez-Anda permaneció de guardia en el sedan blindado del general. Prefería estar allí, o caminando de calle arriba y calle abajo a pesar del frío, y no en el interior de la casa, en un rincón de la sala, en el jardín, con pasteleros y asistentes, o, como un criado, en la cocina, entre grupos de meseros y retumbantes de los mozos, intoxicado por el humo de puros y cigarros, ensordecido por la música que algunos, ebrios ya, aprovechaban para bailar.

Los primeros se marcharon a eso de las dos y media de la madrugada. Los últimos cerca ya de las cinco. El general, que le había dicho: "No te me vayas por si te necesito, Gómez", leyó la cama pasadas las seis. Se durmió por unos minutos la ventana de la alcoba matrimonial. "Se están vistiendo", y la furia de los celos le descompasó la respiración al secretario. Se apagó la luz en los cristales y poco después, el capote de vicuña sobre los hombros, abierta la guerrera, apareció en la puerta del jardín el divisionario Galvarino Montes Scott. Gruñó un "buenos días, jóvenes" y luego:

–Al vapor... –bostezando.

Menos de seis meses duró la relación de Montes con Norma Abeli. Si durante los dos primeros el general dormía casi todas las noches en la casa de Florida, a partir del tercero sus visitas escasearon y se suspendieron por completo a principios del quinto. Le constaba a Gómez-Anda que Montes no tenía enredos con una nueva mujer. ¿Estaría harto, el que era impaciente y voluble, de que ella le recordara a cada momento su promesa de ayudarle a cantar en la Ópera de Bellas Artes? Una mañana, luego de almorzar en Los Arcos con el Presidente, el Director de la Fábrica Nacional de Armamento Militar, dijo a su secretario:

–Si llama la señora de Florida, niegame... Si viene, correla... En estos días debe uno cuidarse, Gómez.

–Y ya a solas se puso a pensar en la espléndida oportunidad que para él significaría convertirse en Director del Partido Unificador Revolucionario.

Ella lo buscó varias veces por teléfono en los días de esa semana y en algunos de la siguiente. Para Gómez-Anda resultaba cada vez más difícil inventar mentiras que no lo parecieran. "El general salió a acuerdo"; "El general está abajo, en el departamento de Producción", "El general sigue en junta..." Una noche, ya tarde, cuando se retiraba de la oficina, recogió la que habrá de ser la última insistencia de Norma Abeli.

–Sólo quiero hablar con él, dígaselo así, para informarle que le dejo su casa... He encontrado el trabajo que buscaba y...

Trató el de disuadirla. Terminar de ese modo con el general resultaría riesgoso para ella, la expondría a su rencor y a su persecución. Le cerraría sus caminos; usaría las influencias que no ahuzó en conseguirle un empleo en la Ópera, para hacer que le quitaran el que ya tenía. Él, que las echaba a voluntad, la retendría ahora por capricho. Mas de cuarenta minutos manejó Gómez-Anda sus argumentos, sin convencerla. Sólo consiguió una promesa: seguiría en la casa de Florida uno o dos días más, los que a él le llevaría, dijo, "preparar al señor" y obtener de él permiso, licencia, para que Norma pudiera abandonarlo.

Esa noche durmió mal Gómez-Anda. ¿Que venganzas rudas Galvarino Montes contra la mujer que se arriesgaba a dejarlo? Bebió bastante y al amanecer se sintió muy deprimido. Temprano fue a casa del general. Estaba en cama, con gripe, y por orden del médico allí debería permanecer, mínimo, veinticuatro horas más. Un ayudante lo llevó a la alcoba. Una talla del Sagrado Corazón,

rodeada de flores y lámparas votivas, ocupaba uno de los rincones. Miró sobre el buró, entre tazas con posos de café, la botella de *Martell*, la caja de pañuelos desechables, y goteros, frascos con medicamentos, la cartera y la pluma fuente.

–¿Cómo se siente, general?

Del catre, Gómez. Con el cuerpo cornudo. ¿Qué me traes?

Luego de los informes de rutina (que sintetizaba para no impacientarlo) mencionó, pues no tenía por qué ocultar algo que quizá ya le habían comunicado sus escuchas al general, que la señora Norma había hablado con él largamente por teléfono la noche anterior.

–En suma, le pido que sea tan amable de permitirle unas palabras...

Galvarino Montes arrugó en ese la nariz. Para reaccionar, abrió un estornudo. Al no conseguirlo gimió, apretados los ojos, un brillo acerado en el labio superior. Gangueaba al decir:

–A propósito... Ve a buscarla, Gómez, y del modo que mejor le parezca, quítamela de encima... No quiero saber más de esa... Llévale un diamante, un collar, como cosa mía, Gómez, que no se exponga a un susto trayendo de verme... Dame eso...

Señaló al maletín de cuero, parecido a uno de médico, que estaba sobre la silla entre prendas de ropa, periódicos y una fornitura. Gómez-Anda miró, en el muro, una fotografía: el general Montes, vistiendo uniforme de gala, posaba con su esposa, una morena robusta vestida de novia, el mismo día de su boda.

–Sí, señor... –dijo, un súbito temblor en las piernas. Increíble le parecía la forma en que Montes, estaba concediéndole a Norma Alberti la libertad que le hubiera negado de habérsela pedido ella.

En el maletín, que el general abrió ante él, había una

pistola reglamentaria y varios fajos de billetes de banco, nuevos, limpios. Rompió la faja de uno de los de mil pesos. Cuando consideró que bajo su pulgar había pasado una buena parte de ellos, miró a Gómez-Anda:

–Esto, para ella... Y dile que le fue bien...

Sí, señor.

Gómez-Anda guardó el dinero en la bolsa interior de su saco negro. Rudamente, dos veces estornudó el general Montes, sentado en la cama, sin afeitar y quejumbroso, y luego se sonó con los dedos a la manera del cuartel.

Ah qué mal estoy, Gómez...

Discreto, el secretario particular fingió que no veía al general limpiarse la nuca entre los pliegues de la frazada verde oliva.

¿Le pido, recibo a la señora Norma?

–¿Para qué, Gómez? Dasela y que se muera.

POR LAS NOCHES, al fin de la función, Gómez-Anda la aguardaba en la *Puerta de Artistas* del Palacio de las Bellas Artes. Armandina, ya no más Norma Alberti, era sólo una voz en el coro numeroso, pero no perdía la esperanza de llegar, con mucho estudio y una poca de suerte, a ser estrella de la Ópera. "Lo importante es que ya estoy adentro, don Aurelio, sin ayuda de nadie, sin deberle nada a nadie". Así es, Armandina. Sin deberle nada a nadie... Invitaba, siempre. Las cenas en [illegible] a ella se permitía para mantenerse en peso: un té de Ceylán y una ensalada de lechuga que no engordaba y le aseguraba el sueño. Por las mañanas, pagándolo con el dinero de Montes, que rechazó en principio y que terminó aceptando por consejo de Gómez-Anda, se proporcionaba un lujo, como ya llamaba: dos horas diarias de vocalización con el maestro Velardi, que en sus días mozos había can-

tado, decía, en La Scala. Quizá nunca lo hizo, pero justificaba con esa fama el importe de sus honorarios. Esa madrugada rompieron la rutina.

–Quiero que me lleve, don Aurelio, a comer pan con chinos.

Buscaron un café. Mientras cruzaban un jardín para alcanzar el que habían visto en la acera norte, él le tomó la mano. Nunca antes lo había hecho y, uno y otra sorprendidos, dejaron de caminar. Ella recordó lo que dos tardes antes le había dicho la mujer que lava las camas los miércoles, en la casa de pensión. Recordó sus palabras y lo que auguraban. Desde su inmovilidad el bronce académico de un Neptuno parecía mirarlos.

–Armandina... –dijo él, en voz muy baja, como si estuviera a solas, tan suavemente como la nombraba al evocarla.

¿Sí?

–¿Desearía casarse conmigo?

Ella no escuchó lo que él añadió después. Entendió que "el hombre bueno que era un buen hombre" al que había aludido la carromancíana, era Gómez-Anda. Los dedos de sus manos aún enlazados, más alto que él, de pronto confusa, preguntó a su vez.

–Usted, don Aurelio, ¿quiere casarse conmigo?

Con intención que ella comprendió, dijo él.

Sí... Con Armandina, sí... Poco puedo ofrecerle, pero ese poco será suyo, legítimo, sin condiciones. Usted dirá.

Gracias, don Aurelio...

–Si desea seguir cantando, no me opondría... Sólo quiero, Armandina, y tenga siempre eso en su mente, hacerla feliz.

Ella se emocionó mucho y le besó la frente. A cambio, Aurelio Gómez-Anda le buscó la mano y le dejó en la palma el roce de sus labios secos y temblorosos.

Nueve días más tarde ocuparon el departamento que él había alquilado para ambos. Como todos los años, en el mes de octubre la Compañía Nacional de Ópera inició su gira por las provincias. Armandina prefirió renunciar a su puesto en el coro. Más importante le pareció seguir cerca de un hombre modesto, algo gris y tímido, generoso y amable, al que respetaba y, lo admitió al tomar sin remordimiento la decisión de cancelar su carrera de artista empezaba a amar.

–Por eso, mi señor, prefiero quedarme... Usted me hace más falta que mi carrera, que lo que llama 'mi futuro'.

Se inclinó él, y como si fuera la de su madre, le besó la mano.

Gracias, Doña.

EN EL PRIMER día. Sobre el pecho orgulloso, como escudo invulnerable, el símbolo de su poder. Aún conservaba en los oídos el eco de las ovaciones en el Congreso, los gritos de la multitud lanzando vivas a su paso; las recientes estampidas del cañón que en la Plaza Mayor celebraron su llegada al Palacio Nacional. Sin haberse detenido siquiera un minuto en el que sería su despacho los diez años por venir, el presidente Gómez-Anda recibió las parabienes en la ceremonia de salutación oficial. Él besamanos, con la que se iniciaban en el Salón de Embajadores, sus tareas como Jefe del Gobierno.

–Mucho gusto... Gracias por venir... –iba repitiendo mecánicamente, una sonrisa fija en el rostro, al recibir y al despedir al diplomático, al funcionario, al político, al hombre o la mujer particulares que de algún modo habían alcanzado a llegar hasta él.

Pocos, algunos amigos o conocidos, permanecían más de diez o quince segundos con él. Esos pocos se atrevían

a establecer un breve diálogo, a solicitar "en nombre de" algún favor, a hablar sobre un negocio, abrir una audiencia, o a recordarle: "Estuvimos con usted desde el principio, señor. No se olvide de nosotros". Aunque ya cientos de personajes importantes, algunos de relevante importancia, habían entregado sus manos y sus palabras a don Aurelio, ninguno se había atrevido, como este hombre de gran voz y de buen cuerpo, a tenderle los brazos y a rozarlos en la forma que lo hizo para que los presentes advirtieran que ambos eran el Primer Mandatario y el general Galvarino Montes, poderosísimo contratista de obras públicas.

Rozó el brazo derecho. Gómez-Anda no permitió que Montes lo envolviera. El Jefe del Ceremonial, que se encargaba de presentar a las personas, lo escuchó decir: "Mucho gusto", o "Gracias por venir", como a todos, sino muy secamente, como a nadie.

—Buenas tardes, general.

—Felicidades, Aurelio... No pude acompañarte durante la campaña porque estuve enfermo un tiempo, pero aquí me tienes ahora a tus órdenes.

—Hmmm... El Presidente, desagradable el gesto, se desinteresaba. Lo veían mirar, sin esconder su impaciencia, hacia la fila cuyo avance estaba impidiendo Galvarino Montes.

—Tenemos qué hablar pronto, Aurelio...

—Te mandaré llamar, general.

—Iré a buscarte un día de estos a Los Arcos. Hay papeles que debes conocer.

—Hmmm...

—Saludos a Norma...

El Presidente de la República lo apartó y la fila que se extendía sinuosa a lo largo de docenas de salones en Palacio, que bajaba por la escalera monumental, que cruzaba los dos patios y que se perdía entre los cientos de miles que le daban cuerpo a la multitud agolpada en la

Plaza Mayor, se puso nuevamente en marcha dejando tras de sí, al avanzar, el apoco rumor de sus pies arrastrándose.

ALQUILANDO, al siguiente día, que el general Galvarino Montes era un hombre bien visto en el Palacio, contador público, en pocas horas Lola Lavín Gómez de Lara contaba a todo aquel que la hizo desgastar con ser de la Constructora Gal-Mont de la que era, y de su importancia mayormente que se dijera, sobre el prestigio y activo protector. Montes de un modo o de otro guardaba en la antesala. Lo que había de durar no amontonaba entretenerse en prometedores coqueteos y sería tan breve que tampoco tenía caso que se molestara en sentarse. Pero como por mucho horario sabía, Gómez-Anda había

—Tengo entendido que en la Constructora Gal-Mont se lleva doble contabilidad... La real, y la que examina el Ministerio de Finanzas. ¿Va a negarlo?

Aurelio, como si temiera ser castigado por el mismo en una práctica casi favorecida por los hombres de las empresas, el contador público titulado Mario Mendoza se puso

—No podría, señor Presidente... Es la costumbre de nuestras libros, cuentas duplicadas... pero [illegible] por colaboradores de la Compañía se ve obligado a

Le ordenó callar Gómez-Anda con el movimiento de sus dos manos:

Lo sé, y no le [illegible] Quiero, señor Mendoza, tener una copia de sus libros contables con números al día. Encuéntrela usted que persona ordenar, oficial mente, la auditoría de los documentos que no se trata de eso. El Presidente Gómez Anda sabía cómo ejercer el poder como es debido, al acecho de lo que le hará su amigo, don Mario. ¿En cuánto tiempo calcula tener los papeles

les que me interesan?

–En una semana a lo más, señor Presidente.

Lo espero aquí, pues, en una semana. ¿Sí? –Lo de a la puerta, ahora amable, casi zalamero. Él mismo, "co su mano de pajaro", pensó el contador, hizo bajar el b brado picaporte de bronce. –No me falle amigo Mo chaca, y total discreción

Menchaca se encontraba en un predicamento. Ac que modesto, y con limitado acceso directo a él, era colaborador de don Tito Livio Gómez de Laza: en qu vigilaba que se hiciera buen uso de sus cuantiosos inver sos en la Constructora. Lo que el sobrino don Aurelio pedía hacer, chocaba con ciertos principios morales q había observado siempre escrupulosamente ¿Como ra cionar a don Tito Livio, al que tantos favores debía, en tregando a Gómez-Anda papeles comprometedores q podían ser usados para perjudicarlo? Pasó la noche c claro, agobiado igual por la duda que por el temor. "¿Y si es una trampa que El Señor me tiende para probar qu tan leal le soy ahora al que se fue? Al entregarle copias los Libros, ¿no quedaré a sus ojos como un judas? Por otra parte, si informo a don Tito lo que don Aurel quiere y a causa de mi indiscreción se arma un problem entre ellos dos, ¿como voy a quedar yo?" Debía de decirse. "Como dicen por ahí, con cinismo pero con razón al lado del Presidente, hasta la ignominia... A Él he que servirlo en los términos que exige. Decirle lo que quiere que se le diga Hacer lo que ordena . Si lo de jamos insatisfecho puede uno esperar el premio de su amistad.. y bastante mas

El mismo día, Gomez-Anda celebró acuerdo con los Ministros de Finanzas, Construcciones Federales y del Interior. A Hermenegildo Labrador le dijo

–En base a la documentación que le dí, proceda contra la Constructora Gal-Mont. Hay que empezar a sanear eso...

–Don Tito Livio me ha preguntado si es verdad, como se rumora, que..

Si insiste en preguntar más, manéjelo como crea...

–Es difícil evitar que no salga invotucrado..

Por respeto, dejemoslo fuera. A los demás, ¡sean quienes sean! y con el pulgar extendido señaló al piso

Andrómaco Bátis, Ministro de Construcciones Federales, constructor también y contratista que llevaba años trabajando para el Gobierno, escuchó, ya más tranquilo, la concisa instrucción que le daba el Presidente

–A Constructora Gal-Mont, ni un clavo... Esa compañía ha dejado de figurar en la lista de las aprobadas por el Gobierno Federal... Suspenda las obras que tenga en proceso, y que otras empresas las concluyan... Suspenda los pagos hasta que la situación de Montes y socios sea clarificada por los auditores de Finanzas...

Andrómaco Bátis había llegado al acuerdo intranquilo de temores Sus informantes le habían hecho saber que el general Gustavino Montes, antiguo jefe y viejo amigo de Gomez-Anda, se ufanaba de tener ya al sobrino Gómez-Anda, como tuvo al tío Tito Livio, en su nómina de socios y que los mejores, los más abundantes contratos que daría la nueva Administración, le serían adjudicados a Gal-Mont. ¿Para confirmar esos alardes de influencia lo habría llamado con tal apremio El Señor? Se iba aclarado y feliz. Con el general Montes fuera de competencia, "muerto, como si dijeramos, pues, ¿qué contratista vive si *de-muy-arriba* le ordenan no darle ni un clavo?", y sin haber recibido consigna de favorecer a determinada persona, "ni aun al Grupo Olid", ¿quién si no él, y su propia constructora resultarían beneficiados?

Con el Ministro del Interior, el Presidente Gomez Arda fue menos específico.

–De veinte años a la fecha quiero información sobre [illegible] Marco Tulio. Lo que hizo antes no me importa o lo necesario.

Frío y lejano, como si estuviera pensando siempre en otra cosa, en distantes infamias en crímenes de otro tiempo (¿puede algún día apagarse la memoria de un Ministro del Interior?), comentó Cimarrosa.

–Lo más agitado de la vida del general Montes, ocurrió antes, señor Presidente... Si buscáramos en tiempo más atrás...

Ahora temeroso, y quizá arrepentido de estar hablando de eso con Marco Tulio Cimarrosa, lo interrumpió.

–Sólo me interesan sus últimos veinte años. Específicamente, sus actividades políticas en ese lapso. Tengo entendido que en ciertas épocas, Montes ha subvencionado grupos de presión, bandas de extremistas, y que llegó incluso a pensar en una insurrección...

Así es, señor.

–Habrá que apretarlo, Marco Tulio...

Acostumbrado a recibir órdenes y a nunca pedir explicaciones a las del Presidente, el Ministro Cimarrosa recogió las de don Aurelio y se guardó las suyas. "Tantos años han pasado desde *aquello*, y todavía no lo olvida ni se lo perdona", pensó, ambiguo aun para sí mismo.

Ya para retirarse a Los Arcos por la noche (en esas primeras semanas de su gobierno, don Aurelio creía que un Presidente de la República lo es más, a los ojos del país, si despacha en Palacio), eligió a Marcelo Septién, su secretario particular.

–No vamos a recibir nunca, nunca, ni aquí ni en ninguna parte, al general Galvarino Montes, o a personas que él nos envíe, o que vengan a tratar asuntos relacionados con él o sus negocios... Nada queremos saber de ese individuo que no es de nuestra simpatía, ¿eh?

CUANDO EL ULTIMO de sus contratos con el Gobierno Federal le fue anulado en los cuatro primeros meses de la Administración Gomez-Arda, y castigada su Constructora con varias severas multas, después que le fueron suspendidos los pagos por trabajos ya realizados y de que docenas de auditores del Ministerio de Finanzas invadieron sus oficinas para revisar libros, desenterrar secretas contabilidades y exigir aclaraciones que no estaba en su mano darles porque se perjudicaría gravemente y dañaría a terceros; seguro de que se le espiaba noche y día por órdenes de algún enconado enemigo tan poderoso que usaba elementos de la Seguridad del Estado para vigilar sus pasos y sus palabras; confirmado, por confidencias de los amigos que tenía en "los altos círculos", su temor de que existía el propósito de arruinarlo; molesto porque don Tito Livio se rehusaba a interceder por él ante los Ministros que tanto lo hostilizaban, Galvarino Montes quiso forzar una entrevista con el único capaz de suspender el acoso y ayudarlo a salir de sus apuros. Los telegramas que envió a Palacio o a Los Arcos no merecieron respuesta. Tampoco, los que dirigió a La Primera Dama. Por último, recurrió a un ardid que en política a veces resultaba ser eficaz: publicar, en una plana de cada diario de la capital, una súplica de audiencia. Los Directores solicitaron el Visto Bueno del Presidente. ¿Debían imprimirla o rechazarla? Asombro de todos, don Aurelio aprobó que se le diera curso.

–Que gaste su plata, pues tiene mucha...

–¿Por qué no lo recibes, Aurelio, y...?

–Hay cosas, Fermín... Ciertas cosas...

Tampoco hubo respuesta para esos ruegos. Los

acreedores de Montes, que eran muchos, se negaban a renegociar con él y exigían el pago de los millones que les adeudaba. En el mercado interno de capitales, cundió el rumor de que Galvarino Montes y su Constructora se declararían de una hora a otra en quiebra. En las pocas obras que aún tenía el general en proceso de construcción, los peones desplegaron las banderas de la Huelga. Roberto Saldaña, y otros columnistas políticos, contribuían con sus revelaciones al descrédito de un "amenazado revolucionario (?) que por ambición ha llegado a convertirse en un capitalista de la peor especie, en un explotador de los trabajadores; en una vergüenza tanto para el Instituto Armado del que fue divisionario, como para la Sociedad Nacional de Constructores a las que pertenece como vice-Presidente", como escribía en *Vigilia*, matutino de la izquierda antigobiernista, Manuel Pacheco.

Una noche, la esposa de Galvarino Montes abordó a las puertas del Palacio de las Bellas Artes, al que llegaba para asistir a un concierto de música de cámara, a la Primera Dama de la República.

–Recurro a usted, señora, buscando su ayuda... Mi esposo, el general Montes, está muy enfermo, muy postrado por toda esta persecución en su contra... Hablar con el señor Presidente, de quien es tan amigo, le permitiría explicarse... Hago esto, señora, porque sé que usted me comprenderá. ¿Que no haría una por el hombre con el que ha pasado toda la vida? Un hombre como el general que ha sido siempre honrado y bueno, que jamás le ha hecho daño a nadie... Que

Armandina de Gómez-Anda, esplendorosa en su traje ceremonial de princesa Lakopú, se protegió el cuello con un tápalo de lana ligera color fuscia tejido para ella por las indígenas artesanas de Salamanca. Hacía algo de frío y temía enronquecer. El ayudante militar mantuvo abierta la portezuela del automóvil. Los hombres de la seguridad cuidaban la suya haciendo retroceder a los curiosos agrupados en la acera y en el arroyo. Dijo, sin color en la voz:

–Quisiera poder intervenir, pero no puedo, señora... Si su esposo necesita hablar con El Señor Presidente, yo le recomendaría que solicitara audiencia por los canales adecuados... Ahora, si me permite...

ESA MAÑANA, entre los informes que le remitía el Ministerio del Interior, recibió el Presidente Gómez-Anda el original de la "Nueva Carta a la Opinión Pública" que el general Galvarino Montes Scott había escrito antes de dispararse un balazo de .45 en el paladar. Alisando la página por los bordes como si le asqueara tocarla, don Aurelio la leyó, vigilado por los ojos inquisitivos de Cimarrosa. En alguna parte se le mencionaba: "... con su acoso, con su maldad y su soberbia, este hecho rencoroso e ingrato que es Aurelio Gómez-Anda, me ha empujado a tomar la decisión extrema, la última posible para un soldado, para un hombre de honor. Único responsable de mi muerte, ¡él!" La devolvió a Marco Tulio. ¿Para qué ordenar que la destruyera si ya seguramente tendría copia de ella en su nutrido archivo particular?

Integra al expediente de Montes.

–Sí, señor.

Habrá que preparar un boletín explicando las razones por las cuales el general se vio obligado a quitarse la vida, ¿eh?

–Ésta podría ser la razón, señor... –y le entregó otro pliego, con el sello oficial de la Procuraduría.

Leyó de prisa Gómez-Anda los párrafos espesamente escritos a máquina. Se trataba del resultado de la autopsia que en el Servicio Médico Legal le había sido practi-

cada a un individuo, de sexo masculino, de 94 kilogramos de peso, y 1 89 mts. de estatura, que en vida respondio al nombre de . Al llegar a la linea subrayada, la de mayor importancia en el documento don Aureli retrocedio un par de renglones para entender, sin dejar espacio a la duda, lo que ahí había sido anotado.

–¿Cancer? ¿Eso tenia ...? La luz temprana brillaba blanqueandolos todos, en los quevedos de don Aurelio.

Muy avanzado ya, se me ha dicho . En opinion de los medicos le quedaban al general unas pocas semanas de vida

Suspiró don Aurelio, dejando los lentes sobre la mesa. No sentia pesar por que hubiese muerto Galvarino Montes. Tampoco sentía responsabilidad moral por su suicidio. "Estaba enfermo. Por eso se mató. Lo otro, la supuesta persecución, fue su pretexto". Se hizo una pregunta: ¿Con él, moriá el recuerdo de *aquello*?" Dijo

–Es una buena razon, su enfermedad .. Publicaremos Marco Tulio . El suicidio le ahorro muchos sufrimientos al final de su vida ... Habrá que enviarle a la viuda y a la familia, un mensaje personal de condolencia... ¿Quiere representarme en la guardia de la capilla ardiente y, después, en el funeral ..?

–Con gusto, señor Presidente .)

POR UN MOMENTO estuvo decidido a romper la vieja fotografia, pero no lo hizo. "Que un hombre se mate perseguido por uno, ¿basta para que con él muera el rencor que uno le tiene?" La colocó sobre los otros papeles y cerró la carpeta señalada DOCUMENTOS CASA BECERRA. Más adelante, cuando estuviese de humor para ocuparse en ello el tiempo, continuaria examinando el resto de lo que contenia. "Primero habrá que arreglar eso de los pagos a la Mutualidad ..."

HABIA HUIDO, con mucho de cobarde, los cuatro vespertinos, y todos destinaban el espacio que no invadian los repetidos mensajes de felicitación al nuevo gobierno, a trascribir los párrafos mas virulentos del agresivo discurso con que Ávila Puig fustigó desde la tribuna del Congreso, sin nombrarlo nunca como El-Primero-de-Todos, pero si reiteradamente señalándolo con su índice acusador, a los responsables "del bandidaje administrativo", de "la corrupción moral" y de "la espantosa bancarrota económica" que agobiaban a la República. Entre tantas que lo hirieron, una frase calo en Gonzez-Anda: "Visto como están las cosas, quiero que todos sepan que en los cinco años que nos aguardan seré, mas que Presidente, el medico de esta quiebra que es el país que se me entrega" –y su puno iba golpeando el aire de los micrófonos para que sus palabras tuvieron mas enfasis y no fueran ahogadas por los aplausos que ya subían.

–¡Puáh! Canalla ... "y se tanto daño al país, ¿por que no admites que tú tambien, durante la mitad de esos diez años calamitosos que hoy describes, hiciste lo nuvo para ayudarme a joderlo? Cuando comería los errores por los que hoy me recriminas, ¿por qué no tuviste el valor de alzarte en el Consejo de Ministros y decirme: "Señor Presidente, está usted equivocado. Por favor no cometa mas pendejadas"? ¿Por qué, don Victor, te metiste como todos los otros la lengua en el culo y te cuidaste de usarla

...o ordenaba proponer o ejecutaba un desacierto? ¿Te oí decir alguna vez que renunciabas a tu cargo en el Gabinete para no seguir siendo cómplice de mis estupideces, solapador de mis abusos de poder, aval de mis latrocinios? ¿Acaso tu palabra contradijo, siquiera una ocasión, a la mía? Si yo, como hoy gritas, fui El Mayor de los Rufianes, el protector de parientes y queridas, el saco de lisonjas y gestos, ¿por qué durante mi campaña electoral declaraste tantas veces que aspirabas a ser mi digno sucesor mío en la Presidencia? ¿Imitador de mis atropellos y crímenes, de los actos infames que me atribuyes y que comprenden desde el fraude electoral, de quien podrías ser muestra hasta el relajamiento de autoridad que ha resentido la República en mi década."

Puso los ojos, que no se ayudaban ya con los lentes, sobre los titulares principales:

FIN A LA CORRUPCIÓN.
La Noche

LUIS ECHEVERRÍA, PEPE DEL GOBIERNO,
PROMETE EL PRESIDENTE ÁVILA PUIG
Novedades

LA HONRADEZ
HA LLEGADO
VA A PALACIO
Verdad

CAE EL ÁCIDO A LOS CULPABLES DEL DESASTRE,
ANUNCIA EL NUEVO MANDATARIO
Se castigará a los responsables de los crímenes contra la economía, no importa que tan influyentes sean"
El Mexicano

Algo semejante, aunque en tono muy mesurado publicó la Prensa Nacional el mismo día de diez años atrás en que él asumió la Presidencia en una escueta ceremonia en la que no hubo clamoreos ni tampoco recriminaciones. "Eran otros tiempos, señor, y sobre todo Otros Hombres" Como si compartieran la misma voz, los diarios de entonces señalaron que con Aureo Gómez-Anda se iniciaba un lustro "de claridad para el país" y que era de esperarse que su Gobierno, "gracias a la innegable capacidad personal como administrador de quien está ahora al frente de la Administración", realizara en unos pocos meses "el milagro de poner en orden nuestras finanzas, aumentando la producción de alimentos y materias básicas, reestructurando la economía", mantechas por la incompetencia "de algunos malos colaboradores del Mandatario que se va" y "sobre todo, el de rescatar para el Régimen la confianza que el pueblo ha retirado a sus gobernantes" Recordaba, como si fueran dichas en su honor esa mañana frases asiadas. Con Gomez-Anda, paradigma de honradez, todo cambiará para bien" "Luego de escuchar su enjundioso mensaje, podemos augurar que en el ayer quedan las jornadas oscuras pues un optimista mañana se anuncia". "Confiemos: empieza El Nuevo Futuro a partir de hoy"

Dejo en desorden los periódicos Resopló: "¿Cuantos de mis retratos seguirán adornando mañana las oficinas públicas del país? Dios, semanas, ¿cuántos transcurrirán antes que el Señor ordene al Banco Central sacar del circulante los billetes de cincuenta pesos y las monedas de plata de veinte en las que aparezco?"

[A LA CEREMONIA en la Cámara, con la que don Aureo iniciaba su segundo periodo como Presidente Constitucional siguieron, para el pueblo, la diversión de los es-

espectáculos gratuitos en la plaza de toros, en el estadio de fútbol, en el parque de pelota, en el hipódromo, en los teatros y los cines; y para los dignatarios extranjeros invitados a los actos oficiales, los miembros del Cuerpo Diplomático, los comandantes militares, los gobernadores, los nuevos ministros y sus familias y los amigos de la Primera Pareja, unos cuatro mil en total, sin contar periodistas, locutores, fotógrafos y guardias de seguridad —una parrillada en los jardines extensísimos de Los Arcos. Músicas traídas de todas las provincias, y bailarines folklóricos de las siete regiones aportaban sonido y color a la inmensidad y estío de la noche, el aspecto y la fragancia de las verdes hogueras en mesas sin cubiertas con manteles de papel de china. Aquí, se dice que fue el senador mexicano Atayáuil Baldemar, preguntó a qué hora servían el coctel de whisky y ese señor nacional *mezcal* del que con tanto había hablado y se le informó que en la Residencia Presidencial nadie estaba autorizado hasta más allá de las ocho y media para ofrecer bebidas alcohólicas, fuesen amables como la cerveza o poderosas como el ron o la ginebra. Continuaban, aprendería el legislador legado de tantos, los que en otros momentos sarcásticos que recibían en Aurelia y más a sus espaldas Armando Imaz de Luna el ayudante del período sino Augusto Mayo del Cid, estaban los años hipócritas de los rogos de frutas y el agua mineral.

En torno al Presidente, fuerte y rejuvenecido como no lo había sido desde hacía varios años, que era renovado cada diez minutos para dar oportunidad a que todos conversaran con él, quienes por muy especiales deferencias de los Gómez-Anda gozaban del derecho de encontrarse allí, frente, es que ya tenían algo cumplido en los Ministerios, o negociado o consumado *de primera*, o cargo en el Partido o puesto de responsabilidad en la banca oficial o en las innumerables empresas del Estado. In-

quietos, los que para esa segunda etapa del regimen solo contaban con esperanzas o imprecisas promesas. Desanimados, viéndose en situación de miseria, los que no sabían como, o no se atrevían a, decirle a El Hombre que de su generoso almuerzo dependía el futuro de sus vidas. El que había sido servidor público todos sus años, comprendería lo catastrofico que resultaba para quien lo es por convicción y aficion, quedarse *fuera* de la nómina gubernamental. A unos y a otros, ya medidos, pesados, valuados o devaluados, les concedía don Aurelio palmaditas y sonrisas, guiños de inteligencia y murmullos confidenciales: "Ya veremos". "Tengame paciencia". "Cuando encuentre algo digno de usted, lo llamare". "Mis amigos, mi gente, conmigo". "Déme un tiempecito y..." de un grupo pasaba a otro, ya formado, ansioso, esperándolo; diez, quince personas, con las palabras listas y dispuesta la alegría para recibirlo, hacerlo suyo y conmemorar lo solemne que había sido la ceremonia en la Cámara y lo linda que estaba resultando la parrillada, lo hermosa que lucía la tarde y lo tranquila que seguía siendo la República porque él había accedido a dirigirla cinco años mas, y así hasta que, con el anuncio de un mudo carraspeo, alguien osaba plantear su ruego ansioso: "Si me permite, señor, yo quisiera que usted supiera, que yo, bueno, no se como..."

Algunos, como don Isabel Rosales, *El Chuleta Viejo*, y sus hijos Refugio, Chema, Lupito y Tacho, altos y silenciosos, amancherados y hoscos, que habían enviado las carnes y el carbon de encino que alimentaba los asadores; los dulces hechos por las monjas y las frutas de sus huertos, iban a consolidar a la vista de todos, como lo hacían cada año en el aniversario de esa fecha, con el cariñoso abrazo que les devolvía El-Señor-Presidente, la influencia política de que disfrutaron desde hacía décadas en Santa Clara, la provincia del reseco norte-centro

del país que dirigían como si fuera una hacienda propia.

El Chabelo Viejo, al que se atribuían matanzas antiguas y atrocidades recientes, era amigo de don Aurelio desde los días de la Cruzada, amistad tan suya que no menguó nunca, aunque dejaron de verse mucho tiempo, y que revivió cuando el Partido Unificador Revolucionario, con un revés que a todos tomó por sorpresa, y especialmente a los políticos, hizo saber al país que sería su candidato a la Presidencia no otro que el Ministro de la Propiedad Nacional, el hombre que esa tarde, en compañía de tantos amigos e invitados, iniciaba un nuevo lustro de gobierno.

–¿Cuándo nos hará don Aurelio el honor de visitarnos en Santa Clara?

–Pronto, señor gobernador. Pronto.

Compartía con Fermín Palermo su otro brazo el señor Rosales, que era tan corpulento como él y aficionado a los mismos pasatiempos: las mujeres, el juego, los caballos. Para no estorbar a *los viejos*, los cuatro *Chabelos chicos* recularon unos pasos. También, los guardias que los acompañaban desde *la tarde*.

–Lleve con usted, señor, a don Fermín.

–Fermín, muchacho, está muy gordo; se ha vuelto flojo y mujeriego.

Con ellos se reunió, morena y hermosa en su traje de encaje blanco bordado para tan ocasión por las mujeres de la Casa, La Primera Dama. Llevaba en las manos, a manera de ofrenda, un plato de la apreciada cerámica de Jacome y en él, multicolores y apetecibles, unas golosinas de coco y leche quemada, con pasas y almendras. En labios de don Aurelio dejó, coqueta, un confite de pétalo, y probó a los *Chabelos* y a Fermín que se sirvieran.

–La carne que nos mandó, ¡hummm!, maravillosa, don Isabel... –dijo.

–Aguarde a que en marzo le llegue, comadre, la que le estamos engordando.

Un nuevo grupo, cada minuto más asistido, esperaba turno. Poco a poco, tal vez sin proponérselo, había ido acercándose y se encontraba, de hecho, reunido ya con Gómez-Anda, Armandina, Fermín y los Rosales.

–Sería bueno, don Isabel, que dejáramos a los señores saludar al Presidente.

–Sí, sí.

Fermín Palermo apartó de sus hijos, aunque no de sus guardaespaldas que lo cubrieron inmediatamente, al gobernador de Santa Clara:

–Quiero hablar con usted, don Chabelo. Aquí mismo, usted y yo solos.

Iban, en grupo, zigzagueando entre invitados y meseros, perros dálmatas y policías de seguridad, rumbo a la residencia privada del Presidente de la República. Al llegar a la ancha escalera de diez peldaños, donde acostumbraba posar Gómez-Anda cuando se tomaba fotografías de las comisiones a las que recibía en su despacho de la planta baja, don Isabel Rosales pronunció:

–Quítense.

Nadie los siguió. Hijos y protectores obedecieron: de pronto, dirase, huérfanos desamparados, ¿no? ellos también.

–Se trata de algo serio, don Chabelo...

Cruzaron el vestíbulo. Remontaron la escalera monumental. Sortearon por varios pasillos. ¿Quién abría las puertas que se veían obligados a trasponer?, ¿en qué penumbras vigilaban sus pasos los encargados de amparar a los habitantes de la mansión, decorada como si fuera la Casa Grande, La Casa-del-Amo, de una de esas enormes haciendas que tanto codiciaban aún, lustros después de consumada "la gesta revolucionaria", los campesinos sin tierra?

–Usted dirá, don Fermín.

En una puerta negra, quizá de hierro, terminaba el corredor. Alguna vez, recordó Isabel Rosales, había estado allí. Enfermo de gripa, el Señor Presidente de entonces lo había recibido en su alcoba. Las paredes no eran como ahora blancas, ni tampoco había vigas simuladas en los techos. Había, sí, cuadros de paisajes y en un ángulo un pedestal con el busto en marmol de un caballero mangudo. Eso recordó.

Ah, duerme El Señor...—dijo Palermo, como si estuviese confirmando sus recuerdos, cuando pasaban frente a la puerta inmediatamente anterior a la pintada de negro.

—Oh...

Palermo golpeó con el grueso anillo del meñique izquierdo, y la puerta se abrió instantáneamente. Entraron. Nadie estaba allí para recibirlos. *El Chabelo Viejo* recogió un olor desacostumbrado para él: a sustancias químicas y miasmas agazapadas en la penumbra.

Por acá, don Isabel.

Palermo, que parecía conocer bien el lugar, que se tropezaba con los que parecían ser muebles, y que quizá no lo fueran, lo condujo a través de ese amplio y tibio a un aposento más reducido, y fresco. Le indicó que ocupara la butaca que el gobernador de Santa Clara buscaba a ventas, dearas y debajo de él.

A juicio, que había estado siempre observando todo en la oscuridad, se movió, saliendo de una sombra para meterse en otra, cuando Fermín Palermo dijo:

—¿Listos, ingeniero...?

—Listos, señor...

Se acostumbraban los ojos de Isabel Rosales a esa penumbra. Lo primero que vio fue la elevada silla de peluquero. Después, semejantes a luciérnagas, dispersos y remotos, los puntitos de luz. Escuchó un *click* y luego:

Los dejo ahora, don Fermín.

—Gracias, ingeniero.

Trinidad Apodaca, director del SPI, se desvaneció en el silencio de esa umbela que para comodidad de don Aurelio era su Cuarto de Radio. "El que tiene la información tiene el poder", pensaba Gómez-Arcos y procuraba saber, *antes*, siempre un poco más que *los otros*.

La maquina que había puesto en marcha sus exactos mecanismos empezó a producir una voz —la de un hombre que al hablar se expresaba con el mismo acento, un poco cansado, de don Isabel; la voz joven, juguetona, de alguien que él trajo de Santa Clara, un par de años antes, para dejarlo al servicio de su amigo don Aurelio.

—¿Mi sobrino Rosalio?

—Sí... ¿Comprende ahora, don Chabelo, por qué sólo usted y yo debíamos oír esto...?

Durante unos diez minutos, *El Chabelo Viejo* estuvo escuchando los comentarios irrespetuosos, los sucios juegos de palabras, las insinuaciones con las que el teniente de caballería Rosalio Peraza Rosales, hijo de su primo hermano, el coronel Saturnino Peraza Angulo (q.e.p.d.), ofendía tanto al señor Gómez-Arcos, cuya menguada virilidad le proporcionaba material para la burla, como a su esposa. Grabadas en fechas y lugares diversos frases como... y pues don Aurelio ya no puede [illegible] ella en la cama. La Señora anda tras de mi como perra" [illegible] claro que el no sabe, pero ¿qué puede decir? Siempre la ha dejado hacer su voluntad, en esto y en todo", y "...¿dinero? Además de eso, a La Dona voy a sacarle mis ascensos. Pronto, ya me veás de coronel", aparecían en la cinta entre otras en las que demandaba regalos a cambio de servicios: conseguir audiencias, los más repetidos o contratos, los mas productivos, o...

—¿Para qué seguir oyendo más a ese muchacho, cuala gradecido caboón?

Cesó de funcionar la máquina y de hacer el recuento de sus jactancias la voz del teniente Rosalio Peraza. Don Isabel sentía alivio de estar a oscuras. Después de oír esa ¿podría ofrecerle a Fermín Palermo, sin padecer vergüenza, su mirada, su rostro?

–Habrá que hacer algo, don Isabel.

Naturalmente que sí

Rosales percibió un rumor discreto tras de sí, como si alguien, con pasos de sombra, hubiera entrado. Escuchó después, en el tono con que se habla en el confesonario, la voz de Fermín.

–Terminamos ya, muchacho.

Esa mañana oscura y sin rostro que era Trinidad Apodaca operó la maquina nuevamente, descerró sus sensibles *cabezas* magnéticas; recuperó el rollo de cinta. Lo colocó en una caja y entregó ésta, como dos que a menos se entienden en su ceguera, a Palermo

–¿Quiere oír algo más, señor?

Es todo gracias. ¿Nos vamos, don Isabel?

Rosales se despojó de la oscuridad. Si la oscuridad agradeció su "Gracias, señor", él no lo supo. Iba aturdido. También, temeroso. La imprudencia de su estúpido sobrino podría revertirse sobre él, culpable de haberlo recomendado para servir a La Señora, convertido en víctima de la violenta venganza presidencial. "Muchachito pendejo... Si de veras las hizo uno, de esas cosas no se habla, no se cuentan y menos por teléfono . Volvían al jardín. Palermo, con la caja en un bolsillo. El gobernador de Santa Clara, mordiéndose las guías del bigote blanco, pensativo.

–¿Sabe El Señor esto?

–Si lo supiera, el teniente ya estaría en otra parte.

Y con razón

Habría que llevárselo de aquí sin ruido, don Isabel.

Pensativo, asintió *El Chivato* Rosales.

los pocos que habían sido invitados a quedarse, "unas reducidas personalidades de las diversas disciplinas del Hacer Nacional", escribió Josafat Armengol en el boletín que aparecería por la mañana en los periódicos del país, aplaudieron ruidosamente cuando el señor Gómez-Anda y Armandina, el Ministro de Finanzas y Rigoberto Chavarría O'Dwyer, gobernador del Banco Central, el Canciller Valdegaray, y el Ministro de Educación y Cultura, Jesús de Jesús, del brazo de María Zabala, su colega de Información y Turismo, aparecieron en la sala mayor de la residencia.

El gobernador Enrique Gavilán, con el rostro puesto y mojadas de sudor las axilas de su chaqueta de cuero, propuso, adulón.

–¡Viva Aurelio Gómez-Anda! ... –y los presentes respondieron con otros vivas igual de estruendosos.

El grupo de cuerdas de la Orquesta de Cámara interrumpió el *adagio* de Albinoni cuando una marcha, que alguien había llevado a la estancia contigua, se lanzó con unos *Diana* ensordecedores

Correspondió a Hermenegildo Labrador, en su carácter de responsable de las finanzas nacionales, tomar la palabra. Dijo que un acontecimiento como el que estaban celebrando, "el inicio de una nueva, renovada y vigorosa Administración Gómez-Anda", merecía que se le conmemorara de un modo "no sólo adecuado, señor Presidente, sino público. ¿Cuál mejor, parecía interrogar al mandatario, a su esposa Armandina, a los ministros, a los gobernadores, a cuantos componían la concurrencia, que entregar al pueblo, para que estuviera siempre en directo contacto con ella, la imagen "idealizada, convertida en símbolo", del hombre al que ese pueblo reconocía como gobernante íntegro, eficaz administrador y cariñoso amigo?

Se escuchó, rotundo y norteño, al fondo de la sala, el

vezarron del gobernador Ayala Santana

—Sr, señor [illegible] y nuevamente la estridencia de las damas

Un poco inclinada la cabeza, mirando la punta de sus zapatos y, a veces, de reojo el busto generoso y las piernas [illegible] de Berta Samaniego de Marat Zabala, Presidente Gomez Anda escuchaba esa enumeración de elogios que empezaba ya a fatigarlo. Resopló para que Labrador advirtiera su impaciencia y abreviara. Le hizo señas con cierta galantura y entregó la palabra a Roque Chaverria O'Dwyer, que desde hacía cinco minutos la pedía para acudir al relevo.

—Y por las razones que nos ha expuesto el maestro Labrador [illegible] y por otras que sería largo y además ocioso enumerar ahora, el Banco Central, con la cara más alegre y el aplauso de los miembros de su Consejo de Administración resolvió, señor Presidente, retirar los cuarenta billetes de cincuenta pesos y las nuevas monedas de plata de veinte con la efigie de patricio que nos gobierna, que nos entrega a la luz que ilumina nuestro diario vivir, ¡don Aurelio Gomez-Anda!

Damas y aplausos, vivas y una porra a la que aportaron sus voces los gobernadores suramos que componemos el llamado Grupo-de-Los Seis, retumbaron largo rato en los salones de Los Arces y se perdieron todos los resplandores de las luces que los iluminaban entre las frondas, las estatuas y las fuentes del parque. Cuando volvió a restablecerse el silencio, cuatro o cinco minutos después, un temblo Gomez-Anda a quien Armandina había besado delante de todos, y al que Enrique Gavilán había saludado en un sorpresivo abrazo aprovechándose de que la escena estaba siendo recogida por las cámaras de los noticieros, sonrió y soltó un

—Gracias —con la voz quebrada.

Confusamente, el maestro Labrador y Chaverra O'Dwyer [illegible] se acercaron al estuche de terciopelo purpura que un secretario sostenía abierto en señal de respeto, ante ellos.

Tembloroso, Gomez-Anda tomó la moneda, grande, pesadísima, troquelada. Le gustó su peso. La plata siempre le había parecido un metal noble. Para examinarla mejor se colocó los anteojos de montura dorada y a su luz [illegible] Admiró el trabajo de los artistas que habían diseñado tan admirable pieza. Se detuvo en el cuando, al mirar la otra cara, encontró el perfil de alguien que mucho se parecía a él.

—¿Le gusta, mi señor? —le dijo [illegible] Armando.

Gracias [illegible] pensó para sí, aunque sabía seguro que Armandina era la responsable de este homenaje. En todo el país había avenidas, calles, viaductos, estadios, museos, presas, aeropuertos y ciudades con el nombre de Gomez Anda, parques públicos y plazas cívicas y cantinas también, pero ni siquiera [illegible] había sido acuñada una moneda. Ahora la tenía en sus manos, la veía en esas sonoras redajas de plata que serían atesoradas; que figurarían, tanto como él en el Libro de la Historia, en museos y colecciones. En la literatura nacional y en los catálogos de los numismatas ¿llegaría a hablarse de los *Aurelios* como se habla de los *Luises* y los *Napoleones*? "Se acabarán los tiempos pero no *dilos*."

Le hubiera gustado conservarla así, sencillamente, como si fuera la única acuñada, en su mano de pronto humorada, pero la devolvió al estuche de terciopelo. De Hermenegildo Labrador recibió después el billete azul de cincuenta pesos, y una lupa grande, redonda, de grueso mango negro y, lo notó al acercarla al dorso de su mano señalada por las pecas de la vejez, muy poderosa.

—¿Quiere usted [illegible] sonreírle la nueva, señor Presidente? —El maestro [illegible] de Chaverra [illegible] a Gomez Anda, al valet que aparecía en silencio

al centro, como si se hubieran olvidado de imprimir algo en él.

Al encontrar la distancia que sus ojos requerían para el enfoque y colocar el billete en el ángulo adecuado, el señor Gómez-Ancla descubrió, revelados por efecto de la luz, los finos rasgos hasta entonces invisibles de otra imagen que copaba, de la suya, el severo gesto, y de la del Padre de la Independencia Nacional, la bondad.

Conmovida ella también, participando de la alegría que su esposo no disimulaba, Armandina de Gómez-Ancla le buscó el brazo, le oprimió con ternura el lugar donde debía estar el músculo y le proporcionó un gozo más.

-Cuando el billete esté un poco usadito, el retrato del Señor Presidente quedará siempre a la vista... -explicó, pues le costaba.

Sonrió zalamero el gobernador del Banco Central:

-En efecto, señor Presidente... Vea, señor.

Con la punzilla del tapicero procedió a llenar de tenues rayaduras lo blanco de otro billete idéntico que había aportado Hermenegildo Labrador, y a medida que lo hacía iban brotando, como del fondo de la Historia, pensó don Aurelio vanidosamente, las líneas claras y nítidas que lo dibujaban.

Solemne, cuando Chavarría O'Dwyer terminó, Labrador elaboró una frase que don Aurelio agradeció con una sonrisa:

-El pueblo que lo quiere, se lo aprenderá ahora de memoria, señor Presidente... Lo tendrá en sus manos y lo tendrá también en sus ojos...

Para no ser menos, Chavarría O'Dwyer añadió su propio halago.

-¿Quién que ha sido gobernante aposentó no ha ilustrado las monedas de su Patria, señor?

-Gracias, señores...

Empezaron los murmullos. Se escucharon acordes de una vals. Totalmente fuera de lugar, recumbió atrás una carcajada. Con una inclinación, Armandina respondió a la pregunta que le presentaba Labrador:

-¿Ahora?

-Sí, ahora.

El Ministro de Finanzas levantó la mano por encima de su cabeza y movió los dedos. Rápidamente acudieron dos secretarios más. Uno, llevaba el cofrecito rústico, obra indudable de los maestros carpinteros de Taray. El otro, una laqueada charola de madera. En aquel, había varios fajos de los nuevos billetes de cincuenta pesos. En ésta, abundaban los *Aurelios*.

-Como recuerdo de este maravilloso día, ¿quisiera el señor Presidente entregar uno de cada uno a nuestros amigos invitados?

-Con gusto, señora...

-Oh, mi señor don Aurelio... -y en nuevo impulso de felicidad le dejó otro beso en la mejilla.

Josafat Armengol, el consejero privado adjunto que se había mantenido cerca de ella, interpretó la señal que la Primera Dama le enviaba en ese momento y trasmitió la suya, que era una orden, a quien, en el salón que seguía a ese, dirigía a los miembros de la murga. Un clarín se escuchó, demandando silencio. Conseguido, Armengol anunció casi a gritos, pues era bajito y su voz carecía de potencia.

-Atención, todos... Por favor, señoras y señores formen una fila para despedirse del señor Presidente y de Doña Armandina y para recibir de ellos, a manera de imperecible souvenir, un *Aurelio* de plata y un billete de la nueva emisión...

Un poco atropelladamente, como si temieran que no hubiese para todos, obedecieron los invitados. Antes que se iniciara el desfile de diplomáticos, funcionarios, cor-

tratistas, escritores, propietarios de periódicos, caredr
cos, preguntó el Presidente a Labrador cuándo serán
puestos a circular el papel moneda y los *Aurelios*.

–Cuando usted ordene, señor.

Intervino Chavarría O'Dwyer:

–Mañana, si lo desea.

Aprobó Gómez-Anda:

–Está bien: mañana...

La primera mano que se tendió codiciosa a él, fue l
a la hermana de Enrique Gaviño.

AHORA QUE las represalias del descrédito se habían en
cado contra él, con las injurias en los muros y las insulta
en la prensa, don Aurelio Gómez-Anda comprendió que
había sido una oportuna precaución de su parte, y no un
mera acto de vanidad como en cierto momento pudo pa
recerle, encargar a hombres como Tolomeo Gaviño con la
ribundo antigobiernista, que del Gobierno recibía sus
mejores encargos, estuviese en prisión o en el exilio
para que pintara al óleo el retrato suyo que tenía derecho
a figurar, con los de quienes habían ejercido El Supremo
Poder desde el advenimiento de la República, en la fa
mosa, y ya histórica, Sala de los Presidentes. Acierto de
Armandina fue, a su vez, convencerlo de que antes de
marcharse para siempre de Palacio Nacional lo dejara co
locado en su sitio, a la derecha de su antecesor, Tito Li
vio Gómez de Lara:

–Ese señor Ávila, ahora ya lo conoce, es muy capaz
de no ordenar que sea pintado, o de que no se le ponga,
si no lo hace usted mismo, donde le corresponde –había
dicho ella, una noche en Los Arcos, mientras él sonreía.

Es capaz, sí... –había dicho a su vez, recordando
que él también, por rencores parecidos a los que en ese

contra ya sentía el Presidente Electo, se había negado
unos años a comisionar a propio Tolomeo Gaviño el
retrato de su tío.

–¿Quiere, don Aurelio, que lo haga buscar?

–Sé donde está.

–¿Lo tiene otra vez en la cárcel?

–Ahora trabaja en La Plata, para nuestro amigo el go
bernador Campanaris...

–Pídaselo prestado... Nos queda poco más de un
mes aquí, mi señor, y no podemos desperdiciar el
tiempo... Hágalo venir mañana mismo...

Luego de un corto vuelo de cuarenta minutos, el he
licóptero azul y rojo de la Presidencia, aparecía sobre
Los Arcos a las cinco y media puntuales de la tarde. Ga
viño encontraba al Presidente en la terraza. Cumplido el
rito de las cortesías, iniciaba su trabajo. Hablaba apenas y
don Aurelio respetaba su silencio. A las nueve, rojas y
azules sus luces de nuevas, la máquina superaba la altura
de los árboles y retornaba a La Plata. Ni una sola vez
había intentado Gómez-Anda asomarse a la tela que los
experimentados pinceles de Gaviño iban cubriendo. Se
reservaba para verla terminada. Armandina, en cambio,
examinaba cada noche los progresos. Encontraba "mara
villoso" el parecido y "notable" la fuerza de la expresión.

Dos días antes del último que don Aurelio Gómez-
Anda viviría como Presidente de la República, recibió
de retirarlo Tolomeo Gaviño. A El Señor le gustó el
trabajo del artista, y le agradeció secretamente que le
hubiera concedido el beneficio de una poca de juventud
y de cierta discreta apostura. Esa noche Gaviño aceptó
quedarse a cenar con don Aurelio y su esposa en la casita
de los caballerangos que ocupaban en Los Arcos. Los
grandes frescos que en La Plata estaba pintando para ma
mar el trabajo político-administrativo y cultural del go
bernador Campanaris, podían esperar unas horas.

La tarde siguiente, don Aurelio acudió a Palacio Nacional. Pasó varias horas, la mayoría de ellas solo, en su despacho. Revisó los cajones de su escritorio, el cuarto de baño, el privado en el que a veces gustaba recostarse. Llamó por la Red a Teresa López y conversó con ella hasta que no tuvo más palabras que decirle. Había oscurecido y la ciudad encendía las luces de su fiesta. Gómez-Anda deseaba que esa noche la capital del país fuera un dilatado lago de luciérnagas. "Mucho brillo, la noche vuelta día, y un retrato, el que más le gusta a Armandina, ondeando en torres y postes o fijo en las carteleras de anuncios y en las paredes de los edificios". En el cielo ningún mal tiempo de la costa amenazaba. Localizó la Osa Mayor.

Invitado por el Ejecutivo, la Primera Dama llegó a Palacio a las nueve. Su edecán, guiado por Pilo Fraga, llevó la pintura ya enmarcada a la Sala de los Presidentes. También subió Zaragoza, el fotógrafo oficial. Con la solemnidad que era en él famosa cuando develaba monumentos o izaba la bandera en la Plaza Mayor el Día de la Independencia Nacional, Gómez-Anda retiró el papel manila que protegía el cuadro, colgado ya en su sitio, junto al de don Tomás Lavín.

Armandina aplaudió suavemente. Fue inevitable que Gómez-Anda se emocionara también. Tal vez sus lágrimas se confundieron en el abrazo. Recuperada la compostura, don Aurelio se hizo fotografiar, solo, primero con su esposa después, al pie del cuadro. Pidió luego a Zaragoza que imprimiera algunas placas de conjunto, con la obra de Tovar y de Teresa en primer término.

De una cosa estaba ahora segura: el retrato del C. Aurelio Gómez-Anda ocupaba ya el sitio que le correspondía en la Sala de los Presidentes. Prefirió no volver a su despacho. Juntos, Armandina y él comenzaron el camino del elevador por el que había subido y bajado, sin faltar ninguno si no se hallaba de viaje, todos los días de la década que esa noche concluía para ellos.

Poco después de que terminaron su café y las rosquillas de canela que preparó Armandina, llegó Fermín Palermo. Inquieto, quizá incómodo, parecía estar cumpliendo un compromiso, "como el amigo que se asoma a casa del compadre enfermo para averiguar qué tan grave está y no hallarse presente cuando expire", y por eso no fue posible que prosperara como siempre la conversación. Dejó a medias su vaso de *cointreau* y anunció que se marchaba. Tenía gente en casa esperándolo y llevaba remiso. Por sus repetidos suspiros, por ese aire de ausencia que le cruzaba el rostro, por la luz de lágrimas que de pronto aparecía en sus ojos, era difícil no advertir cuánto sentía Armandina que a su vida feliz en Los Arcos, así fuese en el cucurucú de los caballerangos, sólo le quedaran unas horas. Al pasar junto a ella, Palermo le puso una mano en el hombro, y le dejó una palabra de consuelo:

–Ánimo.

Don Aurelio decidió acompañarlo a su automóvil. No tenían, ya, qué decirse. Los temas se negaban y también las palabras para encontrarlos. Así, lentamente, ajenos uno al otro, los dos desconocidos que habían sido amigos toda la vida, cruzaron un prado y tomaron por una calleja asfaltada. Dijo entonces Gómez-Anda, con cierta timidez, o quizá con temor, como si no fuera en tal momento lo único que le preocupara:

–¿Se sabe ya oficialmente quiénes estarán en el Gabinete?

–No. ¿Te lo ha hecho saber Ávila Puig a ti?

–Hasta el momento, no... He oído que está llamando mucha gente nueva... A la de experiencia, por lo visto, la deja a un lado... Bisoño él, ¿vemos los otros, qué va a resultar de eso, Fermín?

–Conservará, es seguro, a algunos de los cuyos
drómaco Batis, por ejemplo

–Es probable que también a Cimarrosa. ¿Que P
dente se atrevería a removerlo del Ministerio del In
rior?

–Marat Zaban da por descontado que...

–Tch... Zabalita es un fantasioso... Se me dice
don Víctor y Zabalita han estado reuniéndose... A
atribuyo que no haya venido a saludarme, ni ayer ni
como todos los días...

Era nuevo, sin duda, ese enorme, vistoso auto
que aguardaba a Fermín Palermo, y muy abundante
guardia personal –la que acudió a abrir la portezue
iluminar con lámparas de pilas el suelo para que no
a tropezar; la que salió a su encuentro con el abrigo
mano. "A él lo cuidan ya más pistoleros que a
pénso, y también al advertir que su presencia no re
simulaba como antes. "Será porque mañana dejo de
Presidente". Palermo le entregaba los brazos, desga
dose:

–Llegaré temprano...

–Estaré esperándote...

Armandina no tenía ánimo para leer y él ningún
teres por la televisión. Sosos le parecían los progra
poco atractivo, esa noche, su favorito, el noticiero
cisco Olmedo. Ni una sola vez, en el curso de la pri
media hora, el comentarista aludió, como era costu
que lo hiciera, ni al señor Presidente Gómez-Anda,
su señora esposa. La Noticia era Ávila Puig –lo que
hecho, lo que había dicho, lo que el pueblo esperaba
hiciera y dijera en el futuro.

El nombre de la cabeza de un hospital, el comercio
y el universitario, coincidían al decir que el discurso
pronunciara mañana al asumir la Presidencia de la R
blica marcaría la pauta de lo que sería la Administra

del doctor Ávila Puig... La inmensa mayoría de las personas entrevistadas hoy por nuestros reporteros y corresponsales han concedido igualmente al serles preguntado: ¿qué es lo que más esperan ustedes del nuevo Presidente? Han dicho: "Esperamos cambios. Esperamos prosperidad. Esperamos honradez..."

Molesto, Gómez-Anda apagó el televisor y dijo que sería bueno "estirar las piernas". ¿Querría acompañarlo Armandina a caminar por el jardín? Ella dijo que la amenazaba dolor de cabeza y que prefería no arriesgarse a un enfriamiento si salía *al sereno*.

–Camine usted, mi señor, para que pueda dormir bien. Tengo todavía algunos baúles que empacar, papeles que romper...

Gómez-Anda llegó al estanque de las carpas y permaneció a su borde, sin pensamientos y de pie, un tiempo. Volvió a caminar. Cerca y discreta, percibía la vigilancia de los guardias nocturnos, y escuchaba los ruidos que a su paso iban dejando sobre la grama o en los senderos de arena rojiza las criaturas del parque: los ciervos, las ardillas tal vez, aunque ya era muy tarde, los pavorreales. "Armandina, la pobre; ella sí que va a sentir la pérdida de todo esto". Siempre las manos a la espalda, inclinada la cabeza, remontó la suave cuesta que conducía a la Casa Presidencial. Electricistas del Estado Mayor terminaban de instalar los reflectores que esa noche suntuosa iluminarían terrazas y fachadas para darle esplendor al sarao de la celebración. Grupos de operarios lavaban los pisos, lavaban vidrios, lustraban metales, pulían maderas. "Las últimas prisas; los toques finales para que el nuevo inquilino encuentre todo a la orden. Diez años antes había sido igual. El que llegaba era el otro, el que se iba... Seguía en su Tierra Leve pensativo y sonriente, como ya lo hay, entonces... Cerca Presidente Prado, por Morro... no había sido así. Ni le cabía en la

Jefatura del Gobierno, ni tampoco le dolió nada entregarla. "Él no amaba el Poder, por eso. No lo gozó porque no lo conoció a fondo".

Exactamente seis meses antes de que aquél concluyera su mandato, Candelario Moreno preguntó a Rosaura, su esposa:

—¿Cuántos sirvientes tenemos aquí?

Ella hizo cálculos y llevó la cuenta con los dedos:

—Veintidós, Pro.

—¿Cuántos tenemos en nuestra casa?

—Cuatro.

—Despide a diecinueve, a razón de tres cada semana.

—Como ordenes.

Días después, al término de su acuerdo con el jefe del Estado Mayor Presidencial, ordenó:

—A partir de mañana, general, dispondrá usted que la banda no ejecute más los compases del Himno Nacional con que me recibe, cuando llego, y me despide, cuando salgo, de Palacio o de aquí... Dispondrá igualmente que mi cuerpo de ayudantes militares sea reducido a la cuarta parte.

El General Inchera pareció no comprender las sorprendentes disposiciones de don Procopio, celoso como pocos de las formas, devoto como nadie del reglamento que se somete el ceremonial, reacio a cuanto significara cambio en la costumbre, variación en el método y preguntó a su vez:

—¿Podría saber, señor Presidente, a causa de qué motivos modifica usted el procedimiento?

Se aclaró la garganta el Primer Mandatario. Dijo:

—Mi señora esposa y yo, general, deseamos irnos acostumbrando a la idea de que ésto va acabarse pronto. No queremos extrañarlo tanto, después. ¿Me

Le hubiera gustado asomarse al interior de la Residencia Presidencial y ver qué modificaciones le habían

hecho los Ávila Puig, con qué clase de muebles habían llenado salas, salones, comedores, alcobas, cuartos de estar. Respetuoso del derecho de los demás, prefirió no hacerlo. Si ya una vez, por imprudente, había sido expulsada Armandina de Los (nuevos) Arcos no quería él tomar el riesgo de que algún majadero le pidiera salir de ese, un lugar privado, particular, ajeno, al que no tenía permiso de entrar.

Directamente, a través de la puerta de cristales que comunicaba con el jardín, el señor Gómez-Anda entró en un sitio que todavía consideraba suyo: su despacho —ese lugar secreto, hermético, donde tomó para bien o para mal la mayoría de las decisiones que afectaron, una década, al país y a sus hombres. Encendió luces: todas, en aras de que no tenía ya por qué ahorrarle a la Nación el valor de la poca electricidad que consumieran. Porque habían retirado la gran mesa de trabajo para arrumbarla en alguna bodega, o convertirla en leña, el lugar le pareció más grande, más ancho, del todo deshabitado. En un rincón halló el caballete que durante meses soportó el mapa de la República en el que iba trazando con alfileres de colores lo que ante Plutarco Canto, director entonces del Partido Unificador Revolucionario, llamó la Geografía de la Ingratitud: "Cada alfiler, un discurso ofensivo contra mí; contra mis actos de gobierno, pedido por Don Víctor". Un escritorio común, de lámina gris y cubierta negra, había sido puesto frente a una silla vulgar, de alto respaldo reclinable, igual a la que usaría un gerente de fábrica, pero que se convertía en La Silla del Poder por el solo hecho de que el Presidente la ocupara. En los cajones del mueble sin usar había polvo y cerrojos, y en uno de ellos la etiqueta con el número de serie y una rúbrica.

Se recargó en el respaldo capitonado. Apoyó las manos, como si se dispusiera a levantar vuelo, en las puntas

de los descansabrazos. Miró el candil de prismas. Pens
"Para sentar las nalgas en esta silla hay que tener
nes, y más todavía para usarla, como yo, diez años

Tal vez la de resolverse a iniciar el proceso de
saldría El Sucesor fue la decisión más difícil, también
más dolorosa, la más largamente postergada, de cuan
hubo de tomar allí una noche de silencio como esa, una
noche de total soledad. "Año y medio antes, por esas
fechas fue

En noches de sueño elusivo en amaneceres cansados
de insomnio, en las horas muertas en que a nadie se
oía tomaba llamadas, la acosaba la misma pregunta; le
raba por dentro, produciéndole dolor en el estómago
acidez en el corazón, sequedad en la boca, la pavor
del enigma: "¿Quién?" ¿Cuál de los hombres que le
bían ayudado a administrar el país merecía que él lo
signara heredero de su poder?, ¿cuál era digno de ocu
esa silla y continuar su obra?, ¿a cuál de todos ellos, d
estos cabrones que conozco por dentro mejor de lo que
ellos mismos se conocen", confiarle la República -la m
querida, y amada, de sus propiedades? ¿Por qué unos
había uno mejor aquella, en el que se concentraban las dos
de sagacidad por la madurez moral y experiencia pr
tica, que a él lo distinguían? Muy difícil encontrar
igual en tan buena como uno" A lo día decidió romper
tradición. Fermín Fuentes comentó:

¿Es necesario hacerlo como dices?

Necesario, no. Conveniente

Soltar a varios presuntos pre candidatos originará
desorden y lo sabes

El ideal democrático, Fermín

La puta, Aurelio A mí no con eso Dos o tr
hombres flotando por ahí, el acabose

¿Por qué no cuatro o cinco
mas, si nos parece

Se formarían tantos grupos, facciones, tendencia

como prospectos pusieras a circular . . . Estaríamos dedicados a la especulación . . .

–Poco daño haría, Fermín . . . Especulación la hay siempre, sin a sabiendas de que El Presidente, lo que no es cierto, o el Partido, lo que tampoco lo es del todo, van a escoger dentro de cierto secreto a un solo hombre con vamos en el cuerdo le damos mayor animación al proceso que se avecina

–Todos se dedicarían a hacer política personal

–¿Hacen otra cosa nuestros ministros desde que llegan a Gabinete? Los que se sienten, ¿como dicen ahora?, presidenciables, ¿no invierten mucho tiempo, y mas dinero del Estado, en fabricarse un nombre en inventarse una personalidad, con los ojos siempre puestos en el futuro . por si acaso el Presidente se fija en ellos y les dice, suponen que así es, "tú serás"?

–¿Que ganaría, don Aurelio, creando tal confusión? Porque confusión habrá cuando los políticos vean que los 'elegibles' son varios, y no, como es costumbre, sólo uno

Remus Gómez-Arada la respuesta el tiempo que llevó levantar la taza de porcelana china, aspirar el aroma del café recién colado y tomar su borde porque estaba demasiado caliente con los labios. Abrió después las cejas dos largas arrugas se trazaron de una sien a la otra.

Tiempo ¿Te parece poco?

Un silencio frase aquí, un aparente les
creían allí una inmensa decepción público, a la vista otros objetivos aquí un riesgo tal ante la prensa mundial de dicho al parecer sin que viniera al caso así, poco a poco, a sesgo siempre siempre de modo que lo que hiciera o dijera pudiese ser interpretado de cien formas diversas y ninguna verdadera, el señor Gómez-Arada fue alejando al correr las semanas, a

cada uno de aquellos de sus ministros que sentían ser merecedores de recibir el honor de ser sucesores supo: continuadores de su "magna obra" material; albaceas de su "invaluable legado espiritual", como habría de comentar el Candidez Espinosa Carrillo después que don Aurelio, en el curso de un acuerdo, le dio a entender que el Próximo-Presidente-de-la-República debía ser alguien en "quien sean consustanciales, Anselmo querido, el nacionalismo más acendrado y el internacionalismo más cosmopolita"

Como lo suponía Gómez-Anda los analistas de la política nacional, proclamaron que

-Sentando un provechoso precedente, Gómez-Anda ha abierto, ahora sí verdaderamente, el juego democrático

De este modo da oportunidad a que los corrientes de la sumisión, por este o aquel presunto, afloren libremente y sin misterios

-Al manifestarse, el pueblo, y el Partido en el Poder, estarán en condiciones de elegir al Mejor-Entre-Los-Hombres Posibles

Don Aurelio leía y releía, y a veces, ante esa ceguera ante la manifiesta incapacidad de reflexión que con tales comentarios demostraban editorialistas y columnistas, ensayistas y politólogos, murmuraba,

-Idiotas

Cuando ya de boca-en-boca andaban los nombres de Espinosa Carrillo, Andrómaco Bátis, Jorge Avellaneda Jauregui y, más ruidosamente, los del popular alcalde Alfonso Videgaray y de Marat Zabala, cuando se elaboraban las más descaradas especulaciones y la "Familia Revolucionaria", escindida, fraccionada, pulverizada y siempre, desconcertada, no sabía a qué rumor hacer caso, a qué buen consejo obedecer, a qué fidedigna información-confidencial creerle, Fermín Palermo, para

orientarse a sí mismo (pues de ello dependía su fuerza y de su fuerza política su influencia que no conocía mengua) sondeó al Presidente mientras, después de comer, caminaban por el jardín.

-El sucesor, ¿será uno de ellos?

-No necesariamente . Los grupos, Fermín, lo vemos ya, están definiéndose; tomando su nivel las aguas. Los bandos son claros, más claros cada día ... Sabemos con quienes contamos, con quiénes no, y por que... Cabrán nuestras fuerzas...

Parece, sólo parece, Aurelio, o la gente eso cree al menos, que Marat Zabala va en punta... Gasta el dinero a diarios comprando voluntades, amigos con poder Ablandando enemigos.

-¿Acaso lo ignoro, Fermín? . . Como puede ser Zabala, puede no ser. . De muchos factores, sobre los que no siempre tiene control El Señor Presidente, depende la selección del sucesor . Te llevas a la cama un nombre por ejemplo. Duermes con él, pero al despertar te encuentras con que es otro el nombre que te ronda por la cabeza... Y a mediodía ese nombre ya no está en ti, y alguien en quien no habías pensado se te mete y te da vueltas y más vueltas... y estás seguro de que ese sí es el mejor de todos, el perfecto, y vas al baño, y te sientas, y estás en eso, cuando, ¡zas!, ¡coño, por que no me acordé antes de él?, y entre ceja y ceja ya tienes otro nombre que supera a los anteriores... Eso, Fermín, es lo que me está pasando ... Si me preguntaras quién será mi candidato te diría: no lo sé O te diría: espera a que yo mismo lo sepa...

Palermo, que había aprendido a tratar de entender lo que no decía Gómez-Anda, se marchó de Los Arcos con la absoluta convicción de que el Presidente terminaría decidiéndose por Marat Zabala, cuya popularidad como Maestro de Información y Turismo era equiparable a la

de Antonia Videgaray. De los dos, Zabala, al que conoce en el país al que ven cada día en los noticieros. Enrique agarra el periódico y empieza también a mirar las páginas de sociedad. Les dedica una a la portada de las revistas. ¿No se considera Antonia una hechura suya, como lo son Sara, Amalia, Rodrigo y Pedro? Desde luego que sí. Debajo de las fotos de Armendáriz y yo bailando con el joven Maraz algunas muy ducales alegorías. De las fotos más actuales, una fiel compañera de Armandáriz, a punto de llegar más lejos de la ópera, a las señoras de Zabala a bordo de los yates de su admirado, charlando con Zabala. La Primera Dama con la esposa de Zabala. Lo que importa es saber interpretar a Aurelio Alcocer como uno de los misterios, muy bien estudiados, cuando se encuentre conmigo. Para mí, que ya está calentándole Maraz su silla.

Desde su automóvil, por la Red, se comunica al Ministerio de Comunicaciones y Transportes con Maraz Zabala. Maraz se encuentra en su recámara, ya sin reservas, se apoya. Los ojos le pesan como plomo. Responde Maraz Zabala lo que Germán Palacios le dicta.

El comunicado de El Señor. Debe comentar con algún amigo de máxima importancia. Llegaré en diez minutos.

Siete minutos más tarde, Maraz Zabala cumple lo acordado con El Señor en Palacio Nacional. Pocos preámbulos. Sabe para que el Presidente los resolviera pedir pasar, pues sí que necesita consultar con don Aurelio antes de pedir su consejo. Sin embargo, como en otras ocasiones, por nada en todo el Maraz de Zabala, y Enrique guardaba para su semanaria entrevista con Gómez Anda algunos asuntos, casi todos de importancia que El Jefe del Ejecutivo discutiría con él y le ordenaba como debían cursar, teniendo siempre presente *La Patria, el Bien de la República*.

La turma de cena y escasa la charla. Por instrucciones de Gómez Anda, su consejero privado, don José Jesús Arriengal, había estado citando que todos los ministros se mencionara muy poco, en columnas y artículos periodísticos el nombre de Maraz Zabala. Asi lo hacían Zabala se inquieto. Sin testigos, habló con Germán Palacios. No hay por que preocuparse. Maraz [illegible] de esta cuando. Evita que te juzgue. Que te juzgue Dios que te ha sacado del lodo. No le cedo [illegible] sombra, en lo fresco para [illegible]. Respecto Zabala la he sondeado, y nada. No ove, [illegible] ces o discreto, que es. Si alto dices porque considera que no ha llegado el momento. Aunque Maraz [illegible] don Aurelio [illegible] en nuestra política para [illegible] iste más. El Presidente, [illegible] rubia verde [illegible] los acontecimientos. [illegible] haga romeoto.

Me han dicho, Zabalita, que de [illegible] ha hecho [illegible] negocios en su casa, en su oficina, en [illegible] echar.

Así es, señor, y me apena decirlo. Cuando [illegible] llega a ofrecerme amistad. Sus [illegible], y es [illegible] deber ponerlo en su conocimiento, han estado visitando [illegible] dad de personajes que [illegible] mucho [illegible] camente.

¡Ah, sí! Don Gómez Anda que [illegible] ba hasta la punta de su nariz, luego mira por encima de ellos el rostro moreno y simpático, juvenil en sus cuarenta y tantos años muy bien [illegible] Maraz.

Así es, señor Presidente. [illegible] han ido el general Espinosa de Capitán Andrade, el banquero [illegible] Los industriales de Sotavento. Los gobernadores Tamayo de Peluco, Pavel Rivera, Ayala Santana. Los magnates petroleros han estado a verme. Los directivos de la Cámara Hotelera. Asi

tulo particular, la Asociación de Contratistas de Obras Públicas . Esos, señor.

–¿A que han ido, Zabalita?

–Señor ... –El Ministro de Información y Turismo demostró por primera vez ante Gómez-Anda haber perdido ese famoso aplomo suyo que confundían con él mismo quienes no lo conocían bien. Sintió palidecer. Hablaba con torpeza –Me han ofrecido su apoyo político y ayuda económica, en el supuesto caso que usted... Hablo, señor, a ponerse a mis órdenes para cuando.

Hizo reposar don Aurelio nuevamente sus quevedos en la ternilla. Rematado la firma. Como si lo divirtiera hacerlo, trazaba su nombre en la página original y también, aunque no era necesario, en cada una de las siete copias. Luego de un silencio, y antes de volver a alzar hacia el Ministro sus ojos burlones, indagó.

–¿No te han visitado, el senador Andonegui... El gordo Gorraez ... Isaías Sanjuán Cosme Vargas?

No, señor Presidente

Fue entonces cuando lo miró de frente, como a la retata –una sonrisa en la boca

–Qué extraño, Zabalita, porque a esos buenos amigos míos también se los he mandado yo!

EN ESE MISMO despacho, esa noche vacío y desolado como un cuarto de hotel que se abandona; por diez años vivo, cálido y hermoso a causa de los frecuentes cambios de mobiliario y decoración que le hacía Annamarina (que solo respetaba su silla y su mesa de trabajo) escuchó a Miguel Rebul proponerle el nombre de Víctor Ávila Puig, Ministro de Industrias y Desarrollo, para que fuera incluido en La Lista de posibles precandidatos a la Presidencia de la República que luego, como si fuera halago propio, difundiría Jacinto Olmedo en su programa noti-

cioso de alcance nacional.

–¿Nuestro doctorcito Ávila Puig, amigo Rebul?

–Es un buen elemento, me parece.

–Lo es, ciertamente. Más le ve usted tamaños para aspirar a la Primera Magistratura, eh?

–Si los tiene, señor, lo decidirá usted ... – y la sonrisa enfermiza le abrió a Rebul por un instante los labios, que humedeció después con la mezcla de leche y coñac que estaba bebiendo, que siempre bebía por prescripción médica para que el color de la úlcera no le marcizara demasiado el estómago.

La noche de su encuentro con el Director General Ejecutivo del Grupo Ortiz faltaban once días para que expirara el plazo máximo de que disponían los partidos políticos del país para registrar ante la Comisión Nacional Electoral, a quienes serían sus candidatos a la Presidencia. Como siempre había sido Acción Republicana en la extrema derecha de la oposición el único que había revelado sus intenciones del personaje a que postularía, no otro que su Director Nacional. Mobrey Peral, catedrático universitario, aguerrido político a varias veces ya diputado federal. El Partido Revolucionario en el Poder callaba, aunque ello significara concederle cierta relativa ventaja a su adversario porque el señor Gómez Anda no terminaba de cavilar y mientras no lo hiciera, los Sectores campesino, obrero y popular, que componían la base del P. R. no estarían en condiciones de manifestarse en favor del hombre que enarbolara en los días del futuro la bandera de los ideales revolucionarios. No preocupaba a nadie que tampoco hubieran presentado a los suyos los otros dos grupos que participan en los procesos electorales: el Nacionalista Revolucionario, a cargo de Víctor Parres Jacobo, y el Democrático Social ista, que regenteaba Isidro Domínguez Mendoza, pues era costumbre que uno y otro adhirieran

[illegible] de [illegible] de quien participara [illegible] candidatura. "Se juega así a la segura: no se [illegible] con el Presidente y se obtienen subsidios y posiciones para el quinquenio". ¿Cuáles? Modestas si se quiere, pero no despreciables: [illegible] en el Congreso, curules en las legislaturas de provincia. Contamos [illegible] que acepta. El Señor cree que se [illegible] con un par de senadurías y alguna gubernatura. Cuando [illegible] tiempo había escrito Partes en una mesa redonda elevada, y lo había apreciado en todo. Domínguez

Con [illegible] a *Asuntos de Interés Público* que se [illegible] usted externó, el doctor Ávila Puig parece [illegible] por [illegible] a causa de sus méritos personales y profesionales. Pero, me pregunto, ¿bastarán esos méritos para que pensemos en él y le concedamos [illegible] en un [illegible] con la oportunidad de ganar las elecciones y alcanzar la [illegible]?

Cortésmente, Miguel Rebu [illegible] a hacer con el dedo y cómo sobre la servilleta. Hizo que el bolígrafo [illegible] escribiera con la tinta que manchó la [illegible] en [illegible] sobre el [illegible] los dedos [illegible] tres veces sin [illegible] nada. Había esperado su comentario, [illegible] atenta de don Aurelio:

–Veamos, señor Presidente: si me permite decirlo [illegible] modo. No se trata que el doctor Ávila Puig [illegible] candidato, sino el candidato que el Partido presente. Se [illegible] únicamente de que su nombre aparezca en la lista para [illegible].

–¿Le parece que le falta equilibrio, amigo [illegible] Nuguez?

–Los [illegible] nombres que me ha hecho usted el favor de [illegible] corresponden a otros tantos [illegible] para [illegible].

–El Presidente ha [illegible] ser un político [illegible] el sector de [illegible].

–El Sector Empresarial que [illegible] tal no [illegible] oficialmente parte del [illegible] pero [illegible] que siempre [illegible] se [illegible] en [illegible], [illegible] muy [illegible] a esos prestigiosos [illegible] gustaría [illegible] que sin dejar de ser revolucionario [illegible] representara [illegible] al menos, lo comprende.

–Hombre –dijo Aurelio le [illegible] las reflexiones de Rebu– [illegible] de [illegible] sus métodos", de previas consultas con aquellos a nombre de los cuales [illegible] mencionados, se [illegible].

–Nuestros excelentes [illegible] de la Lassa, [illegible], del [illegible] de los [illegible]. Los que hacen posible su [illegible] productiva y [illegible] en marcha al país, aplaudirían una [illegible] de esa [illegible] con La Lassa a un [illegible] al que [illegible], al que trato y respeto, servir a [illegible], para que el Gobierno, por ese solo hecho, [illegible] algunos puntos de la confianza de [illegible].

Asintió [illegible] Ávila pero sus palabras, [illegible] Rebu parecían [illegible].

Sin [illegible], a [illegible] Sector Empresarial que no [illegible] el Ministro Ávila Puig le [illegible] muy [illegible]. Lo Empresarios [illegible] conflictos, [illegible], con [illegible], [illegible] y [illegible]. ¿Considera que sería [illegible] para el [illegible] con el país su [illegible] que [illegible] [illegible]?

–Creo que [illegible] Presidente [illegible] [illegible] a Ávila [illegible] a exponer las cosas, sin [illegible] área para que el Sector Empresarial [illegible] que también se toma en [illegible] a un [illegible] que, por su formación profesional y por lo que [illegible] antes de que usted lo [illegible] al Servicio Público, [illegible].

Dejó la [illegible] Gómez-Ávila y procedió a pasear de un [illegible] a otro el [illegible]. Hablaba casi siempre

le espaldas a Miguel Rebul.

–De la vida privada el doctor Ávila Puig, ¿qué me cuenta? Tampoco es muy regular en estos días... Se me ha dicho que está bebiendo un poquitín en exceso... Me han llegado rumores de divorcio... No ignorará usted, que es su amigo y por quien tuvimos el gusto de entrar amistad con el, que nuestro Ministro de Industria y Desarrollo sostiene, digamos, una relación extraconyugal con cierta joven, de ascendencia extranjera, alemana, que fue alumna suya en la Universidad y con la que tiene una hija de ya, creo, veinte meses...

Se permitió una sonrisa Miguel Rebul. Era uno de los pocos en el país que podían hacerlo sin temor a una reprobación del Presidente o a una mueca de cólera por lo que de burla, o desafío a su opinión, hubiera en ello. Se llevantó también, entre los dedos la taza con leche helada y coñac francés.

–Ni usted ni yo, señor, nos asustamos de nada. ¿Quién en este país nuestro no tiene, o ha tenido, una mujer... otra casa? Que un hombre como el doctor Ávila Puig

Gómez-Anda se había detenido ante él. Le sonrió cuando le levantó la mano para callarlo amablemente:

–Claro, claro don Miguel. ¿Estamos usted y yo limpios para tirar la primera piedra? ¿Lo está alguien, digame? Naturalmente, afortunadamente diría yo, que no... Pero la situación es distinta. A usted no lo daña la crítica ajena, tampoco a mí... Pero resultaría destructivo para el doctor Ávila Puig, a estas alturas de su corta carrera de funcionario mayor, que se propalara... y se propalaría inevitablemente... cuan disparejo es su modo de vivir... Todos cometemos adulterio, pero todos nos indigna que nuestros gobernantes sean adúlteros. Contradicciones, amigo Rebul, de la humana naturaleza...

Lo tomó por el brazo y juntos ahora los dos, hombro con hombro, semejantes en estatura y no muy diferentes en talla, reanudaron el ir y venir. Gómez-Anda encontró "razonable" y "legítimo" por lo demás que el Sector Particular expresándose por quién mejor lo representaba, quisiera que un Ministro al que se tenía alguna figuración en La Lista, para "balancearla", como apuntó, otra vez, Rebul. Le pareció excesivo, sin embargo, que el Sector alentara siquiera la esperanza de que fuese Ávila Puig el candidato a El Sucesor, El Futuro Presidente. Añadir su nombre a La Lista (que harían pública para terminar de confundir a todos y ganar así el último tiempo que todavía le tomaría decidirse por alguno de sus colaboradores) no significaba compromiso ni en lo personal con Miguel Rebul y su poderosísimo Grupo, "tan fundamental de la economía de la República", ni en lo general con el resto de los diligentes que sin duda le habían encomendado la gestión que esa noche había ido a realizar a Los Arcos.

–Eso, señor, se entiende claramente...

–Porque no quiero, don Miguel, que haya entre nosotros malentendidos. La inclusión del doctor Ávila Puig en La Lista forma parte, puntualicemos así, de una estrategia política... No se adquiere compromiso de ninguna especie.

–Así es, señor Presidente.

–Habrá que hacérselo saber a él...

–En su momento, señor...

–¿Quién no ha sido comparsa alguna vez, querido Miguel?

–Casi siempre lo somos, don Aurelio.

–Mas bien que mal, supongo, resultará para nuestro doctor Ávila Puig ver su nombre proyectado a semejantes alturas... Ojalá no se nos maree.

–Estoy seguro de que no lo hará.

[illegible] que se nos antoja que estamos cuando Arpa [illegible] que se [illegible] cuando se [illegible] estudio [illegible] esta un hecho para [illegible] Si desea en verdad hacer carrera en la política, debe [illegible] un buen principio [illegible] sería peligroso [illegible] tocara ser el [illegible] que [illegible] [illegible] que pasó [illegible]. Si no viera en [illegible] de correr ese peligro, [illegible] amigo Rebul [illegible] manera [illegible] de ser Avila Puig [illegible] candidato [illegible] Recuerde que en nuestro país en la política [illegible] planeta, se hace una [illegible] y se [illegible] [illegible] [illegible]

mi país, cuando un gobernante considera que ha llegado la hora de tomar una decisión trascendental como esa, consulta a los dirigentes de su Partido, pone a un lado simpatías y animadversiones y procede conforme a lo que exigen Los Sagrados-Intereses-de-la Patria, y el Bien Común". El hombre había oído decir, en cierta ocasión, que en la Nación a cargo de don Aurelio los candidatos a lo que fuesen, eran elegidos "según le amanece el hígado al Jefe del Ejecutivo", y él "para hacer luz sobre el malentendido", y para anular tan perjudicial patraña [illegible] que la "selección de un candidato a la Presidencia es el resultado de un largo, complejo, en ocasiones borroso proceso de auscultación y no, como los ignorantes, o mal informados, propalan, de un capricho personal, de un arrebato pasional..." Había verdad y algo de mentira en lo que declaró, hubo de reconocerlo. "Casi siempre le hacemos más daños al pueblo diciéndole toda la verdad que un buen embuste", pensó.

Sí, de su gusto dependería a cuál de los miembros de La Rasa favorecería? Hizo el balance de méritos y de fallas de cada uno. Para el último de la lista, el más adicto a él, al que le velaba el pensamiento y lo apoyaba (del mismo modo que él había apoyado a su no Tito Livio en su día) en todo. Sus envidiosos colegas de gabinete ¿no lo apodaban, crueles y sardónicos, El Apóstol Amado? Es, no duda cabe, el mejor. Apenas en sus tempranos cuarenta, Mario no ha desarrollado todas sus cualidades, su inmenso potencial político. Hechura mía, es hábil, tenaz, duro cuando debe serlo; dúctil, de fina sagacidad. El mejor, sí, el más leal, el más sumiso como Armandina dice, pero..." Se detuvo ahí, reteniéndose a pronunciar frente a sí mismo la palabra definitiva. Zabala. Ya no, como siempre, afectuoso, paternal, Zabalita, sólo, secamente, "Zabala".

Se fue a la cama, cruzando salas y salones en penumbra, largos corredores silenciosos; subiendo escaleras y descifrando la ruta de los pasillos. No estaba de humor para visitar su Cuarto de Radio. Llenó con whisky hasta el borde la copa que sacó del buró. Revolcó muchas horas su inquietud. "Con tantos como se han aliado con o gobernadores: generales, contratistas, comandantes militares, traficantes, senadores, diputados, líderes, ministros y demás funcionarios, ¿cuánto tiempo más duraría la vigencia de mi poder, mi autoridad presidencial, luego que le dijera al ya desde hoy poderoso Mario Zabala: He resuelto que tú seas mi sucesor?" Volvía a su cabeza la obsesión. "Hacer cambiar las cosas. Meter a las Fuerzas Armadas en esto. Usarlas en mi beneficio. Crear un estado de violencia que..." Así una y otra vez. "Comprendo que el general Teodoro Gómez no fue lo suficientemente hábil y no supo explicar con claridad mis propósitos... Cada nuevo Presidente que llega es un enigma. Llega a experimentar. Llega a equivocarse. Llega a modificar lo establecido... El Ejército se inquieta con los cambios, sus miembros se agotan cada cinco, cada diez años... Estoy seguro que Jefes y Oficiales preferirían que tales cambios fueran muy espaciados, para que entre uno y otro transcurrieran períodos de paz y de prosperidad, como éste que vivimos... He sido, lo dicen todos: la prensa nacional, la prensa extranjera, un buen mandatario, un Presidente ejemplar... La República ha prosperado y nadie se queja... Basta ver nuestras ciudades, tan limpias, nuestras obras públicas, tan útiles... Disponemos de crédito sin límite... Fácil nos resulta renegociar periódicamente nuestra deuda externa... Sólo dicen que nos acercamos al colapso, a la crisis económica de muy graves consecuencias, con devaluación de la moneda, pérdida de mercados internacionales y crisis causada por el desempleo, los catastrofistas de siempre, los profetas del desastre; los poquísimos que no se han be-

señalado con los dones de la Administración. . . Vivir y dejar vivir: mi lema. . . A esos cabrones ¿cuándo se les da gusto? Si austeros, nos censuran. Si generosos en los gastos, nos agreden. . . Digo todo esto ahora, tal como se lo dije al general Gómez para que se lo hiciera saber a la joven oficialidad del celoso Guardián de las Instituciones, a fin de que estuviera consciente de lo peligroso que en estos momentos resulta mudar de caballo a mitad de la corriente, como expresan los mocheros, y de lo prudente que será retener como Jefe del Gobierno, asistido por un competente equipo de nuestros mejor preparados militares, a quien ha sabido conducir con pulso seguro la nave de la Patria. ¿Cómo llamar a lo que no será un Golpe-de-Estado, sino apenas una modificación a los sistemas, un retoque a la Constitución Política que nos rige? ¿No lo hubiera el joven nos puso el ejemplo? Una revolución en Palacio organizada por el Gobierno, ¿algo insólito? De prosperar esto, prolongaríamos un poco nuestra personal y desinteresada entrega. . . Cinco, diez años más, ¿qué son para un país?, ¿y qué no son para una vida?" Se encontró sentado en la cama, sudoroso: el pelo húmedo en las sienes chorreantes; un amargo sabor a whisky y a miedo en la boca. "Ojalá no me haya meado", pensó. Tocar seca y tibia la sábana bajo el, lo tranquilizó. Fue al baño. "El mejor, el olvidado, es. . . parece ser. . . Marat Zabala. . . Sigo preguntándome sin embargo, si es el hombre que necesita el país"

Lo sacudió el trueno que retumbó distante sobre el cielo de la ciudad. Apareció el mayor Pío Fraga, pardo de cansancio el rostro.

¿Está usted bien, señor Presidente?

–Sí, mayor. ¿Por qué no va a dormir? Mañana nos jugamos un día agudo.

–Más lo será para usted, señor Presidente.

Debo revisar papeles, mayor. . . Puede retirarse.

–Le traje un paraguas, señor. Ha empezado a llover. La señora Armandina está esperándolo, señor.

–Dígale que ahora iré.

A solas, el Presidente Gómez-Ancla se puso a mirar el despacho del poder. "Ahora parece la oficina de un hombre de negocios: la de un ejecutivo del Grupo Oh! no la de un jefe de Gobierno". Lo recorrió por última vez. Sus dedos tocaron la madera de los muros, el borde flamante de los muebles que olían a cuero nuevo, las cortinas espesas, oscuras, que ocultaban el jardín, bien distintas a las de ligera gasa blanca que le hacía colgar Armandina. ¡Y ese horrible estandarte gris, de lamina color cenizo! Decidió proporcionarse una última alegría, gozar todavía de la incomparable sensación de ser dueño de la autoridad. Como en los días aquellos (pero su sonrisa, lo supo, no fue alegre).

Fue llamando a cada uno de los ministros que habían sido colaboradores suyos. En casa de Marat Zabala le dijeron que "el señor y la señora salieron a cenar, con amigos". A cada uno, soñoliento, sorprendido, asustado, según, le entregó un "hasta luego" y unas palabras de gratitud. A todos les recordó, como si pudieran olvidarlo:

–Mañana, puntuales, a las diez, en la Cámara.

–Sí, señor Presidente.

Hermosas palabras: "Sí, señor Presidente". Las dijo para escucharlas una vez más, antes de hacer la última llamada.

–Sí, ¿el Presidente Gómez-Ancla.

Una voz a la que no entorpecía el sueño, una voz en vela a la que tampoco asustaba saber de quién era la del interlocutor, dijo simplemente, cortés sí, aunque sin emoción o alegría, sin asombro, tampoco.

–Digo usted.

3

–Quiero hablar con el doctor Ávila Puig...

–El-Señor-Presidente-Ávila-Puig ... se ha retirado a descansar, y no podemos molestarlo

¿Para qué insistir? ¿Para qué exponerse a una negativa, a una ofensa, incluso?

–Bien... Haga usted el favor de informarle, cuando despierte, que he llamado...

–Sí, señor .

Devolvió la bocina de La Red a su lugar. Un calor ardiente le fue subiendo desde la mano y a través del brazo y del cuello, a la cara. Se oyó decir, rabioso: "El señor Presidente Ávila Puig", y padeció la cólera de confirmar que Ese Hombre le había arrebatado algo que le pertenecía a él. "El señor Presidente Ávila Puig"

Puah

La lluvia había cercado el cielo. "Hay tormenta en la costa." Brillaba, cupida y fina, fría también, al contraluz de los bancos de reflectores. Se protegió con el paraguas que le había llevado Pilo Fraga. "Buen hombre, leal, el mayor ."

Armandina cabeceaba su fatiga cuando él volvió. Dejó abierto el paraguas en el comedor. "Es de mal fario, pero..." Sentía mojados los tobillos, los tubos del pantalón. "Carajada sería llegar a la ceremonia con gripa" Ella lo había esperado en la blanca mecedora con respaldo y asiento de bejuco tejido, para mostrarle la obra que bordaba: la insignia nacional sobre la banda del poder que le cedería por la mañana a Víctor Ávila Puig.

–La suya, la nuestra, la de hace diez años, se quedará con usted, mi señor... Que Ese Hombre lleve esta

Amorosamente le pellizcó la mejilla y luego le besó el pelo. Armandina buscó con su mano la que Gómez-Anda había colocado sobre su hombro izquierdo. Cerró los ojos. Lo que parecía ser una lágrima le llegó al mentón.)

NO ESTABA SEGURO, pero tenía la impresión, por ciertos ruidos, por el rumor de movimiento que percibía, de que habían llegado nuevos visitantes.

8

De la cocinera procedían las altas voces y las carcajadas que lo distrajeron. ¿Ya, Fermín?, ¿o Tomás Vallado Fajer, que prometió no demorarse mucho? Mansa, la buena negra lustrando las plantas, el muro y el pasto del jardín. "Para este frío, mejor que champaña sería ofrecerles café". Como si se dispusiera a hablar en público, se despejó la garganta con un carraspeo y salió del despacho, rápido el paso por si ya lo aguardaban, para recibir a los que habían llegado.

Quien entraba en la sala en el momento en que él lo hacía también por el extremo opuesto era el general Martín Leal Garnica, Jefe del Estado Mayor Presidencial los diez años de la Administración Gómez-Anda y, antes, de su ayudantía militar en el ministerio de la Propiedad Nacional. Alegres de risas, quizá porque acababa de referirles algo gracioso, lo escoltaban, uno a cada lado, el mayor Pilo Fraga y el chofer Julio Ortiz, que enmudecieron al ver aparecer a don Aurelio, una figura casi transparente, visible apenas en el contraluz del ventanal.

Quédese, señor Presidente.

Pase, general...

Que recordara, era la primera vez que veía con ropas sport, de civil, a este hombre alto y atlético, con el pelo casi blanco aunque apenas en junio hubiese cumplido los cincuenta, excelente jugador de polo, figuró de joven en el Seleccionado Nacional. Dos horas antes, vistiendo uno

de sus lujosos uniformes, el general Leal Garnica lo había acompañado a la ceremonia en la que entregó el gobierno al doctor Ávila Puig. Como en todos los actos públicos a los que don Aurelio asistió, o en los que participó dentro o fuera de la ciudad o del país, Leal Garnica permaneció a su espalda, inmóvil como un retrato, y alerta. ¿Hubo alguno entre sus edecanes que supiera leerle el pensamiento mejor que él?

–¿Como lo va tratando la vida, señor?

Bien, general

Lo que no había hecho nunca en los ya veinte años que llevaba de conocerlo; lo que no se atrevió a hacer después que El Señor lo honró llevando a la pila bautismal de la capilla de Los Arcos al penúltimo de sus hijos (al que nombró Aurelio, como constancia de respeto y amistad a su nuevo compadre); de un modo que a Gómez-Anda le pareció chocante por confianzudo, "como si este cabrón no recordara que siempre habrá superiores y subordinados", Leal Garnica le ofreció los brazos y entre ellos lo retuvo mientras le palmeaba la espalda y los riñones

–Quiero que sepa, señor, que tiene en mí a un amigo. Juntos estuvimos en las buenas, y vamos a seguir así también ahora, en las malas

–Gracias... –Don Aurelio consiguió liberarse de la efusión del general, cuyo aliento olía a licor, y miró a Fraga y al chofer, testigos de la escena. Los increpó –¿Se les ofrece algo?

–No, señor... –dijo Fraga.

–Pues, entonces sigan ocupándose de

–Sí, señor

Rápidamente Fraga abandonó la sala, unos pasos atrás de Ortiz. Tenía la impresión de que el señor Gómez-Anda se había puesto de mal humor: ¿porque había hecho pasar a Leal Garnica sin anunciarlo?, ¿porque lo molestaron sus fuertes risas? (¿como no reírse con esos, los tres últimos chistes nuevos contra Gómez-Anda y Armandina, que les contó el general?) 'Ya mañana tendrás que buscarte a otro que te aguante, viejo grosero'

–No hay buenas ni malas, general...

–Me refiero, señor, a que ahora que ya estamos fuera. Es decir... –y Leal Garnica, que jugaba bien al polo se enredó en una complicada explicación durante la cual manejó, sin que viniera al caso, le parecía a Gómez-Anda, términos como amistad, cariño, lealtad, y que hizo culminar con lo que pretendía ser un halago y resultó una impertinencia:

–Es una palabra, señor, he venido a decirle que siendo como somos compadres, debemos ayudarnos uno al otro darnos la mano a la hora de los apuros... La mía, ya sabe, es suya

–Gracias, general... –Como si estuviera sucia, la rozó brevemente Gómez-Anda

Sin que don Aurelio lo hubiese invitado a hacerlo, el general ocupó una de las butacas. Quizás había sido su jefe entrelazó las manos por la espalda y, ladeada la cabeza, lo miró interrogativamente. Leal Garnica produjo algún comentario relativo a que nada, al parecer, según veía, había cambiado en esa casa, en la que trabajó muchos meses con él y de la que salieron para ocupar Palacio y Los Arcos. ¿No sentía 'raro' volver a ella?, ¿no extrañaba', por ejemplo, los espacios abiertos, las comodidades de la mansión presidencial?

–Porque debe ser duro volver a *esto* después de haber vivido *aquello*, ¿verdad?

Todo depende, general

Gómez-Anda se apoyó sobre el piano de cola cubierto por el mantón de Manila que la esposa de un embajador de las Filipinas le obsequió a La Primera Dama. Levantó la cubierta del teclado. ¿Cuántos años hacía que

a la princesa con sus deslices para obtener algo más confidencial de las dos o tres únicas melodías que la Doña le enseñó a tocar mecánicamente?

Por fin podrá usted descansar ahora, don Aurelio.

-Igual usted...-Apenas he dejado de ser El Señor Presidente de la República y ya también este se olvida de su viaje lo que pienso. Si todavía supiera, o quisiera hacerlo, estaría largándose, que es lo único que me interesa que se vaya".

Ya se marchará pronto, seguro. ¿De cuántos años de levantarse antes del alba y de acostarse al amanecer

-Ahora, ¿cuáles son sus planes, general?

-En cuanto pueda, dar una vueltecita por Europa. ¿Con la familia...?

-Sí, claro. Con la familia... -respondió, confuso

[illegible] más discreto que otros miembros de la Administración, Martín Leal Garnica no había incurrido aún en excesos como los que le dieron fama de rufián, antes de adquirir la de filántropo y protector de las artes, el divisionario Wenceslao de la Paz, que poseía una casa de veraneo en cada playa de la República y mantenía una amante en cada barrio de la ciudad; que usaba los aviones de la Fuerza Aérea para recoger en el extranjero cuanto a los suyos se les ocurría comprar allí, y los helicópteros de la Presidencia como si fueran taxis. Según algunos periódicos del Ministerio del Interior, Leal Garnica había tenido suerte en sus negocios y su fortuna, aunque presumiese de ella, era inmensa.

-A la sombra, Aurelio; aprovechándose de tu nombre y de su influencia, el general sigue lucrándose de gran tamaño. ¡Córrela! Es peligroso dejarlo.

Estaba [illegible] el señor Gómez Ancla había hablado antes de comentar

-Que haga negocios no es peligroso, Fermín... Que se lleve algo de su dinero a depositar en Suiza, en Mexico o en España tampoco lo es; lo que, como otros jefes del Estado Mayor, haya adquirido la manía de comprar rascacielos de oficinas... Peligroso es que anden por ahí, muchos, tipos sobrados de ambición y que además, además, codicien el Poder por la riqueza que proporciona... A esos, para seguridad de todos, debemos darles la Riqueza, toda la que quieran, para que dejen en paz al Poder... Discreción es lo único que hay que exigirles... Por lo que yo sé, hasta ahora Leal Garnica, a quien sigues sin querer, la ha tenido...

Cerré los ojos y, desperezándome, volví a bostezar. "Yo mismo, ¿no he hecho de ser discreto la norma fundamental de mi conducta privada? De cada una de las grandes empresas que le he autorizado a formar en estos años, Miguel Rebul, sin yo pedirlo o siquiera insinuarlo, ha reservado para mí, según me ha dicho, un buen paquete de acciones. ¿Le he preguntado alguna vez cuál es, hoy, el monto de esas reservas particulares que me administra y de cuyas utilidades no tenga prisa por beneficiarme? A Fermín, que es como un hermano, ¿le he pedido cuentas de la parte que legítimamente me pertenece de los negocios a que se dedica desde que llegamos a Palacio? ¿Conozco acaso a cuánto asciende lo que Armandina ha conseguido ahorrar para nuestros días viejos con sus muchos negocios? ¿Sé a nombre de quién tenemos quedo registrado lo que tiene, pero de lo que nunca me habla...? Por todo eso, ¿vale la pena sancionar a Leal Garnica, convirtiéndolo en un escándalo para obligarlo a renunciar a su cargo y convertirlo en un resentido, en un enemigo más? La cordura recomienda respetarle lo que ya posee, para así disponer siempre de su persona o de su obediencia... Aunque no necesariamente debe coincidir lo que hago con lo que digo, ¿cómo reprendería a

es uno de los míos?")

–Buena idea, general, llevarse de paseo a la familia... La familia unida, dura. ¿Verdad?

–Así es, señor... Gómez-Ancla advirtió que el general parecía haberse turbado sensiblemente. Como si de pronto tuviera prisa por marcharse, dejó el asiento. "O tal vez no quiere que le suelte uno de mis sermones moralizadores, eh." –Ahora, si me lo permite, debo irme...

Al abrir la puerta se llenaron del húmedo olor del prado, de la frescura tolerable de la llovizna.

Supe por ahí, hace unas semanas, cierto chisme y no quise creerlo, general...

–¿Chismes, señor...?

–Que se divorciaba usted de la comadre Sarita porque andaba entusiasmado con una pollona... Eso me contaron, general.

–Señor, permítame explicarle... –El rostro bronceado del general Martín Leal Garnica se desplomó instantáneamente. Una como burbuja de saliva algodonosa le reventó, blanca, en la comisura derecha de la boca. Sus labios vacilaban.

Prosiguió don Aurelio, elevada una ceja:

–Llegaron a la exageración de decirme, general, que para conseguir su libertad tuvo usted que darle a doña Sara –quién sabe cuántos edificios y un montón bárbaro de millones... Eso dijeron y yo les rebatí: "Un hombre honesto como me consta que es el general Leal Garnica, ¿pudo comprar su divorcio con tantísimo dinero, si lo que ganó en su cargo de Jefe del Estado Mayor Presidencial apenas le alcanzaba para vivir con el decoro social adecuado a un colaborador de su jerarquía, ¿eh?". Eso les dije a los que intrigaban contra usted, y creo que les dije bien, ¿verdad?

–Sí, señor.

Me hubiese [illegible] mucho, general, saber que entre

la comadre Sarita y usted existían diferencias... Ahora veo que no las tienen... Bien, general. Los suyos están esperándolo y no quiero retenerlo más... Salúdelos de mi parte, y antes de emprender su viaje nos gustaría, a doña Amandina y a mí, tener el placer de tomar un café, aquí, con Sarita y con usted, ¿sí?

–Vendremos pronto, señor...

De prisa, sin volverse a mirarlo, seguro de que seguía en el mismo sitio donde muy formalmente se dieron la mano al despedirse, cruzó la cochera el general Leal Garnica y salió de la casa. Tuvo un hipo Gómez-Ancla. "¿Será tan pendejo Martín como para suponer que me ha engañado negando lo de su divorcio? ¿Lo habría negado si le hubiese dicho yo el nombre del abogado que hizo las negociaciones y mencionado la suma que le pagó a Sara, y las propiedades que escrituró en favor de ella y de sus cuatro muchachos? ¿Qué cara habría puesto el buen general de haberle informado que estoy al tanto de que esa noche, a las once y media, en el avión directo a Madrid, volará con su amiguita? ¿Olvidó que todo lo sé, por insignificante que sea o parezca: una compraventa o la compra, con dinero del Estado Mayor, hace once días, a nombre de *ella*, de ese par de pasajes a España?"

Al salir del cuartito de baño, con las manos ateridas y una punzante molestia en las rodillas, experimentó el apremio de beber algo que lo entonara. A falta de café, ¿por qué no un trago? Los que hicieron la mudanza, ¿dónde habrían puesto el maletín que lo acompañaba en sus viajes, no el de los medicamentos y los objetos de aseo personal, sino el otro, el que más celosamente cuidaba el edecán de Leal Garnica, porque rebosaba de fajos de billetes de a mil y servía de escondrijo a la licorera llena del whisky escocés que se permitía beber por las noches, ya para acostarse, a fin de aliviar de fatigas a su corazón durante el sueño? Lo buscó entre las cajas apila-

das, detrás de los muebles y en los rincones. "¡Puah!" Recordó las botellas de champaña que se enfriaban en una tina de lámina, en la cocina. "Champaña, no... Ya el estómago e irrita el riñón. La acidez me mata" Mu apropiado para esta hora. Figuróse el [illegible] le parecía la *Crema de Ron* que le llevó Quintín Ase [illegible]

Fue a la cocina a buscar en qué servirla. En el trasero encontró vasos de vidrio corriente, estirados, de diversos tamaños y colores, algunos con melladuras en el borde. ¿Que habría sido de las copas conaquerras que servían en la casa? Olvidada sobre un quemador de la estufa, la olla de aluminio producía un ruido extraño, una especie de chirrido. Se acercó a investigar. "¡Puah!" El líquido pardusco, ¿caldo o agua con jabón?, era ya tan escaso que apenas ocupaba el fondo. Apagó la hornilla. "Gente no descuidada..." Escuchó, amortiguado por el espesor de la puerta de vaivén el timbre del teléfono –y nuevamente la aprensión lo turmudó. ¿Los injuriadores otra vez?

Regresó a la sala cuando los cascabeleos cesaron. Recordó entonces que muy pocos de sus amigos, o de los que no solo debían recordar que estaban en deuda con él, se habían ocupado siquiera de saludarlo por teléfono. "Ya volverán" La ración de ron fabricado por la Cooperativa Nacional de Cañeros Libres, le pareció escasa, y la aumentó considerablemente. "En cuanto necesiten algo de mí, una poca de mi ayuda estarán aquí... Si no los conociere"

Era bueno el ron. Al segundo sorbo se sintió ocupado por un remoto calor. Se había puesto a caminar el vaso en la mano, la otra guardada en el pecho, entre los espacios libres que había en la sala. Tal estrechez lo sofocaba. El olor a polvo viejo, a pintura, a humedad estaba mareándolo. "Será mejor no desempacar nada. Aguantaré

un poco, o largaremos a un hotel, mientras encontramos otra casa donde vivir... Aquí será imposible para Armandina... ¿Como andará todo de revuelto allá arriba?"

El frío empezaba a resultarle tolerable. Se le habían calentado los dedos y sentía menos tensa la piel de la frente. Se movió hacia la derecha y tocó [illegible] "La casa es una nevera, carajo, y voy a coger pulmonía ¿Habrá traído Armandina sus pijamas de franela y sus calcetines para dormir?" De pie [illegible] sobre el teclado amarillento. Acaso porque las tarareaba bajito, fue sacando las frases iniciales del Himno Nacional. "¡Con qué emoción lo cantó siempre Armandina en su honor! ¡Qué arte y sentimiento le puso el día que lo grabó en Los Arcos para que cada niño del país tuviera una copia en casa desde [illegible] ¡Y que modesta que se [illegible] señora mi Dona, al no permitir que se supiera que ella había sido la solista"

Detuvo sentarse en el escabel. Puso el vaso sobre el piano y con el aliento le dio calor a sus dedos. Fuerte y claro persistía, llegaba de la calle, como el de una [illegible] tenaz, el rumor de [illegible] que producían los camiones del Ayuntamiento al [illegible], a intervalos regulares de dos minutos [illegible] le traían [illegible] los hilos de alambre de púas de uno de los que quedaban cerrando el parque de San Isidro [illegible] para que [illegible] disfrutara. "Las injurias, primero; ahora, el ruido, venir a plantarme en las narices el nombre de su madre ¡Puah" Bebió, enérgico, un sorbo. "¿Llegará El Señor don Víctor a desearme tanto como yo deseé al tío Tito Livio cuando descubrí por qué razón me escogió para ser el heredero de su gobierno? ¿No hasta [illegible] con [illegible] nos enfurece, saber que se nos ha preferido, no por ser los mejores, los más capaces, los más leales, sino por más débiles, los más pendejos y por ello, los más manejables?"

IGUAL que la semana anterior, el presidente Tito Livio Gómez de Lara interrumpió la firma de los documentos luego de haber hecho correr la pluma al calce del séptimo que ese día le había llevado, para recabar su aprobación, el Ministro de la Propiedad Nacional. Abandonó los anteojos sobre el escritorio y suspiró, como si alguna fatiga lo cansara. Se recargó en el respaldo de cabra de la silla giratoria y escuchó a Gómez-Anda exponer la acuciosa minuta de su viaje. Lo escuchó después decir de modo casual, como si no tuviera mayor importancia:

Anoche, ya muy tarde, los Sectores que componen nuestro Partido, en mi casa, sus voceros y secretarios, se pronunciaron por la persona a la que habrán de postular como candidato a la Presidencia... Amables, apenas tomada su decisión fueron a mi casa a informarme... Al conocer el nombre de quien ocupará mi cargo a su tiempo, me alegré, Aurelio, porque su elección, y los arreglos que para llegar a ella barajaron, coincidían de pe a pa con los míos.

Alerta, "echando cara a no ponerse nervioso si va uno a recibir, del señor Presidente, una valiosísima confidencia", se inclinó hacia él:

—¿Tienen ya al Hombre, señor?

Desde esta madrugada.

—¿Puede saberse quién es?

Don Tito Livio no atendió a la pregunta. La cabeza echada un poco hacia atrás y la mirada escudriñando, como si no los hubiera visto mil veces, los artesonados del techo, prosiguió:

—No siempre, tú lo sabes, es posible lograr que los intereses del Partido sean los mismos que los intereses políticos del Presidente... Cuando hay diferencias de apreciación, puntos de vista irreconciliables, choque de ideologías, ocurren los regateos, el estira y afloja entre los grupos, y entre el Mandatario y los Sectores...

—¿Los hubo ahora, señor?

—Escasos, sí, pero los hubo... Nada de importancia. Decía: en esos tironeos, los grupos exhiben su fuerza y pulsan la de los otros, la del Presidente incluida... En ocasiones, desgastándose entre sí, pasan meses... Eso es el rejuego del juego político, la sustancia de las especulaciones, la causa de los rumores que desorientan y terminan, lo que es mucho muy grave, dividiendo a la Familia Revolucionaria.

Empezaba Gómez-Anda a impacientarse. "Chochea ya don Tito Livio, pierde el hilo del tema... Se abandona a palabrerías inútiles... ¿Creerá que he olvidado lo que innecesariamente está recordándome? ¿Supone que, después de tantos años en esto, ignoro lo que es la lucha interna en el Partido y lo que cada Sector busca obtener?"

—Eso es inevitable, señor... Cada grupo, cada político, cada bloque, atiende ante todo a su conveniencia.

Habrás visto que los rumores y las especulaciones son, ahora, el pan-de-cada-día, como ocurre siempre que el País se apresta a elegir un candidato presidencial... Todo mundo habla, propone, analiza, discute, como si con ello fuera a influir en quienes toman la Decisión... Para sorpresa de los que creen saberlo todo, y para tranquilidad del país, que ahora podrá dedicarse a trabajar, El-Hombre-del-Hombre será pronto conocido... Un hombre bien visto por los que tienen voz en el Partido, un hombre al que le corresponderá unificar a los dispersos, restablecer el equilibrio y restañar las heridas que entre nosotros nos hemos causado... Eso, Aurelio, será lo que primero hagas: devolverle su cohesión al Partido...

—¿Yo, señor?

—Tú, Aurelio Gómez-Anda, Futuro-Presidente-Constitucional-de-la-República... Tú serás mi sucesor.

Lo único que a Gómez-Anda se le ocurrió hacer en ese instante, "lo único, Fermín, porque me quedé anonadado, sordo, de pronto sin recordar quién era yo y qué estaba haciendo allí; sin darme cuenta de lo que para mí significaban las palabras que don Tito acababa de decirme", fue sonreír, una sonrisa a medias desplegada que se le quedó en los labios secos. Lo único también que acertó a decir, si dije algo más no lo recuerdo, Anacleto fue

–Gracias, señor... –y se puso en pie, rígido.

–Siéntate, carajo, que todavía no acabo... –ordenó con impaciencia el Presidente.

Gómez-Anda obedeció, "la última vez, Fermín que iba a permitirle al Viejo hablarme así, y aceptar sus gestos", y procedió, estuviesen firmados o no, a ordenar los papeles que había sobre el escritorio

–Sí, señor

–Hemos decidido, Aurelio, que la Convención del Partido se efectúe el sábado y que sea el Sector Popular el que re postule...

–Sí, señor...

El anudamiento empezaba a sofocar a Gómez-Anda, ahora que empezaba también a comprender el valor de la revelación que le había hecho Gómez de Lara. "¿Puede un político escuchar en su vida palabras más grandes, más importantes, que las que don Tito acaba de pronunciar? ¿Puedes esperar algo mejor que la Presidencia de tu país, si la ambición es lo tuyo, si sabes emprendedora de ella? El es quien te regala la oferta y luego la ansiedad se transforma en descargas incontenibles de saliva

–Estamos seguros, el Partido y yo, de haber acertado en la selección entre tú, el Héroe de Nuestros Hombres, el más Disciplinado e Institucional, el más Competente y el más Leal a la Autoridad... Como amigo tuyo como padre político de tu familia, mucho gusto me da, Aurelio, la querido, que tan feliz coincidencia suceda...

Se levantó Gómez de Lara y se fundió en un abrazo largo y apretado, un abrazo de sacudones y efusivos manoseos en los hombros, con el hijo de su primo hermano, Evodio Gómez Rojas, con su respetuoso amigo de toda la vida, con su discreto y eficiente Ministro de la Propiedad Nacional, con el hombre que más odiaba, por lo menos en ese instante. El apellido tan mezclado en el poder y que le garantizaría el disfrute sin sobresaltos de sus incalculables bienes.

Gracias, señor Presidente.

Gómez de Lara volvió a ocupar su silla. Don Aurelio permanecía de pie. Al rojo vivo, la cabeza con una multitud de preguntas, la misma de antes, la de hacía apenas tres minutos. Pero ahora, cuando se suponía que debía ser pequeño, el que empezaba a crecer era el hombre mantenido en importancia, ahora que el decir "Tú serás mi sucesor", había alcanzado el máximo de su poder político –un poder que a partir de ese momento había empezado a dejar de ser suyo para que lo hiciera, acaso por última y mayor muestra de sometimiento que le exigían, los cachorros, cuando se disponían a golpearlo.

–¿Contento, Aurelio?

–¿Como el cuerdo, don Tito? Y también, confieso, sorprendido

–¿Por qué?

Gómez de Lara había sacado de la gaveta del escritorio del cual se había levantado los papeles mecanografiados sobre los que reposaban los dos dedos índices de una mano, y algunas observaciones a esas notas, breves, habían convertido en la hoja oficial, y definitiva, la parte de ellas que le concernía llenar

Hace una semana, don Tito, algún miembro prominente del sector popular se le acercó, más discreto que de costumbre, y le dijo que el Presidente de la República

¿Quieras serlo, Aurelio?

¿Qué político no sueña, don Tito, con llegar a ser Presidente de su país?

–Tú lo serás.

Frente a él coloco el vaso con *mezcal* y propuso "Salud", pero Gómez Arcos no respondió con otro "Salud" sino que probó el licor como si quisiera hacerle comprender que a partir de ese día, las decisiones, beber o no, sentarse o seguir como estaba le correspondería tomarlas a él.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

Las que quieras.

Si hace una semana, según sus palabras, era yo inelegible, entre otras razones porque había quedado desacreditado a causa de mi intimidad y, sobre todo, porque soy pariente suyo, ¿por qué ahora resulta que El-Hombre-del-Parrullo sería yo?

Lo serás porque eres el mayor de todos, Aurelio. Era correcto, hasta el día que hablamos, lo que de él se decía: de un gobernante enternizo del mismo modo que jamás conseguirá la confianza popular quien ha sido ayudado, protegido o impuesto por un pariente poderoso, pues se teme, en ocasiones con razón, que a cambio de tal ayuda pretenda que empiecen a medrar, o que sigan haciéndolo, los que a su familia pertenecen. ¿Verdad?

–Sí.

En el curso de una semana muchas cosas suelen suceder. Opiniones se modifican. Convicciones se modifican. Conveniencias políticas se producen. Coyunturas favorables se presentan. Eso ha ocurrido, Aurelio. Y, estando de tu salud no resulte ser, como temíamos, un impedimento serio. Celebramos consultas con los médicos de la Policlínica. Oímos lo que nos dijeron y contrastamos sus respuestas con otros a los que invitamos a examinar los electrocardiogramas de control a los que prudentemente sigues sometiéndote. Los resultados fueron tranquilizadores. Por otra parte, el cargo de nepotismo es relativo, lo sabrás mejor que nadie. ¿Que te apellides Gómez y que seamos muy cercanos y nexo de sangre nos relacione, bastaban para que te desacreditáramos, para que al convertir tu carrera despeñáramos a un maduro, a un verdadero profesional del arte de la política y de la gestión de la administración?

Bebió dos o tres sorbos sorbitos. Saboreó ruidosamente el *mezcal*. Sonrió.

Hace una semana, don Tito, cuando hablé usted conmigo sobre la sucesión, todavía dudaba que fuera yo su candidato.

–En efecto, Aurelio. Desde hace muchos meses, unos años, creía yo observarte, seguir tus pasos y tus más estudiados e inadvertidos crecer. Saber de tus errores y aciertos en ellos crearte. Llegará el momento en que deberás hacerlo tú también: tener bajo vigilancia a aquellos que hayan de sucederte a ellos, siempre inquietos y acechados por la Presidencia.

Si ahora ya resulta la sucesión a mi favor, ¿por qué no me lo dice usted, señor Presidente?

–La discreción, Aurelio.

No es vanagloria, don Tito, pero nunca pecó de indiscreto. Menos hubiera traicionado su confidencia.

Es inexplicable, Aurelio, que la confidencia te hubiera traicionado a ti. Eres hermético como una tumba, me consta, mas, ¿por qué tienes control sobre tus gestos, sobre el tono de tus palabras, sobre la tuerza, reversible y muy ensalzada, que habrías sacado de aquí después de abrir tu alma?

Sí, comprendo, señor.

¿Has visto cuánta gente hormiguea en los corredores de Palacio, en los jardines de Los Arcos?

–Cada uno de los que se hacen viejos en antesala rondando mi casa, anda en busca de claves, de indicios que le permitan descubrir, antes que los demás, cuál de los posibles sucesores del Presidente este todo él pudo, a luchado como un colipavo, después de hablar con don Tito Livio... Una sonrisa puede traicionarlo y un gesto inoportuno, arruinar el secreto... Entonces, Aurelio, todos le caen encima, lo acosan, le estorban... Por eso fue que nuestro prudente Primer Mandatario le ocultara a su muy querido colaborador y sobrino Aurelio que a cabo de semanas de cavilaciones, de noches enteras sin dormir preguntándose: "¿será el mejor? ¿no iré a cometer una grave equivocación irreparable?, ¿de él, puedo esperar el mismo cariño y respeto que yo le profeso?", había aclarado las dudas que pudiera aún tener y resuelto en su favor el trance, históricamente de amargas imprevidencias de la sucesión Presidencial... Hace seis días ¿tanto que había accedido que el post fuera para él? Sin embargo, aún no terminaba de renacer cientos veces de [illegible] cuando [illegible] la [illegible] Nava [illegible] la [illegible] que [illegible] al expulsarse de las fuerzas. Debía [illegible] que el [illegible] a los presidentes con [illegible] a los [illegible] que [illegible] cuando [illegible] a [illegible] que [illegible] a [illegible] En esas [illegible] Habías visto que [illegible] todos, corriendo de un Ministerio a otro, llevando apoyo y su irrisoria lealtad convenenciera a los que poco a poco iba señalando como posibles, probables, seguros [illegible] Y el Bueno, El Verdadero [illegible] En [illegible] a [illegible] le [illegible] algo [illegible]

Triste no, señor Presidente. Sólo conforme.

El Presidente tomó el vaso de *mez-cal* que Gómez-Ando no había tocado, ese Gómez-Ando ya menos pálido pero aún semblanteado. Un reguero de gotas manchó la pulimentada superficie de madera y arrugó uno de los Acuerdos que [illegible] "Cordial" todo aquerdo, lo secó don Tito Livio. Bebió de nuevo.

–Otras cosas quería saber de ti.

–¿Cuáles, don Tito?

–Como reaccionarías después del desencanto. Cómo sería Aurelio Gómez-Ando en la adversidad. Qué tanto, y hasta cuánto aguantaría la presión, porque debes recordar, Aurelio, que sólo cuando presionas a un hombre conoces su verdadero carácter, su temple, si lo tiene; o sus debilidades...

–¿Qué opinión le mereció su sobrino, señor?

–Buena. Tan buena que aquí estás, frente a mí, ofreciéndome decirme: "La felicito, señor Presidente don Aurelio Gómez Ando. Sabia y buena decisión". –Apuró el resto del *mez-cal*. Se [illegible] unos segundos. Volvió a cerrar el Gómez-Ando [illegible] su pluma a cabeza [illegible] Era la primera vez [illegible] en la cara [illegible] Presidente. Preocupación [illegible] Algo [illegible] más que aprensión. Aurelio quería ser [illegible] llegar al poder sin [illegible] compromiso. Libre. No atado a [illegible] Seguro [illegible] sus [illegible] Cuando estés sentado aquí sabrás [illegible] gobernar sin libertad.

ESA NOCHE, luego que se marcharon los miembros del Comité Ejecutivo Nacional del PUR que extraoficialmente habían ido a saludarlo y a felicitarlo por la decisión del Presidente, pues [illegible] a [illegible]

zado a hacerlo? Fermín Paterno le confirmó con su comentario lo que él ya sospechaba.

–Pero de que llegas a la Presidencia sin comprometerte en nada, es un cuento de Juan Pueblo. Al mostrar con ello, el viejo marrullero estaba haciéndole comprender lo que tu amigo confirmaría en el curso de horas después: que no podría olvidarse de nosotros, bramar contra el...

¿Qué puede exigirme que no haya dado? Dinero, influencia, posiciones para los amigos en el Gobierno?

Poder... Eso le dije, más o menos, al pensar:

El poder del Presidente es, sin duda, indiscutible.

Buscará compartirlo contigo, Aurelio, a través de los ministerios, de los senadores y diputados, de los gobernadores y comandantes militares que te ayudaron a llegar. O sea, el Señor te heredará a los suyos, a los que no quisiste dejar desamparados, a los que plantan cerca de ti para que no te olviden y, de ser necesario, te impidan hacer lo que quieres en el momento oportuno.

–Aceptamos, a pesar de los gastos que prevemos que nos producirá, porque pagaremos. Entonces... Tiempo de sobra este hasta el día en que nos comprometamos en combinaciones de poder y apostar...

A cortar cabezas.

Las que sean, pero no antes.

Los pactos políticos deben ser cumplidos.

Lo serán.

¿Todas menos, Aurelio, que llegas sin equipo? ¿Con el personal de que dispondrás es el mismo que hoy sirve a...?

Fermín, el hábil para ordenarnos la gente cabeza

pesa. Es que una de sus muchas pieles el cabal para ese y el hueso de menta para su privacidad, y de que otra deje en el desprecio las tazas y el café que beberían con la sobra

como habían comido, el general Marcelino Ku, viejo guerrero de hazañas legendarias y personaje mayor del escalafón político del país, anunció al señor Gómez-Toledo que había resuelto jugarse cuando pusiera el pie y de ser necesario, ¿como que no, caramba?, también el cuerpo y el alma, a su favor.

–¿A mi favor, general Ku?

–Al suyo, don Aurelio. Hace tiempo me gusta usted para que sea nuestro próximo Presidente.

¿Yo, general? Eso es imposible.

Por qué, si usted es más listo que muchos pendejos que sí han llegado?

–La oportunidad histórica, general. Otros, con mucho dinero y poder, han robado sus candidaturas y van muy adelante. Cualquiera de ellos sería...

–Corazonada o no, don Aurelio. El Candidato resultará ser usted.

Faltaban aún muchos meses para que llegara el día en que don Tuto Isvio debía anunciar a los dirigentes del Partido Unificador Revolucionario que a su vez ha de nominarán a los líderes de los Sectores, el hombre de quien iba a ser postulado Candidato-Oficial a la Presidencia, y ya cuatro o cinco ministros y, sobre todo, el poderoso y popular alcalde metropolitano Alfonso Vi... departamentales se ocupaban de concertar alianzas con Los Grupos de Poder: coaliciones sindicales, sociedades burocráticas, fraternidades financieras, pactos agrarios, bloques de gobernadores, camarillas legislativas, con el propósito de presionar al Primer Mandatario y obligarlo a concesiones muy a la vista en el momento de tomar La Decisión Final. Sin recursos para costearse una campaña de propaganda personal en la prensa o en la radio, a cargo de un Ministerio tan político como el de la Propiedad Nacional, poco conocido por el público y apenas por los líderes, obreros, militares y funcionarios que componían el cu-

culo de amigos de Gómez de Lara, don Aurelio sabía que la jefatura del Gobierno, así la coalitura, no le sería entregada jamás por su tío. ¿A él, un hombrecito sin relieve, confiarle La-Superior Responsabilidad de ser su heredero? Le enfurecería, sin embargo, descubrir que el menos un general de fama e influencias en las Fuerzas Armadas, ese Marcelino Ku que durante semanas lo había perseguido para que comiera con él en su casa, lo prefiriese entre tantos para ser su carta de triunfo. Lo que indica que el tal Marcelino no pregona ahora a voces lo que se hace la polinca aquí"

Si la causa de un milagro no escogiera el Partido, ¿que, general?

Soy su amigo don Aurelio, y le serviría lealmente.

He oído decir que su candidato es, o era, el señor Videgaray.

¿Ese? ¡Nunca!

Fueron adversarios. Durante el largo período de la Guerra Santa, atizada por los obispos contra el Gobierno Federal, que ensangrentó a la República en la década de los años treinta. Después, al asociarse en ciertas empresas, cimentaron la amistad y la amistad que habría de unirlos hondos y prósperos varios lustros hasta que terminaron —el todo a causa de un negocio o de comentarios que Marcelino Ku oyó. La tierra más productora del mundo. Alfonso compramos a centavos el metro y lo revendemos a miles de pesos... Y que Videgaray se llegó a murmurarse realizó él solo para su personal beneficio. No satisfacieron al vencedor de la batalla de Atlanos las tardías explicaciones que le entregaba El Señor Alcalde, y el afecto de otros tiempos devino en quina. "Aunque en ello me gaste todo lo que tengo, hasta lo imposible haré para acabarlo".

—Hay otros, general, con mayores probabilidades que yo.

—Puede que los haya, don Aurelio; pero, como ya le dije, me gusta usted, y por usted ¡a morir!

Los había, sí, y algunos eran amigos o conocidos suyos; desde luego más amigos y mejor conocidos que don Aurelio Gómez-Anda al que había tratado escasamente, de más joven, en Kalimanda. "Para estas fechas esos eran ya muy comprometidos, muy enredados con tantos como los rondan. En cambio, Gómez Anda era soltero, necesitado de ayuda, sin gente... Entenderse con él sería fácil, y mucho lo que uno puede sacarle. Es jugar 'a la chica' como dice mi compadre Amadeo Vera... ¿Y qué? Si el caballo gana, grande es la paga... Para jugar a la polinca hay que comprar billete como para jugar a la Lotería. ¿Que no atinaste? Casi nada perdes. ¿Que te sacó premio y sí? Pues amigo a rumiar con fe. Mi Premio Mayor puede llamarse Gómez-Anda"

Hacia el final de la segunda taza de café, cuando ya la luz de la cantina empezaba a emporcar en las ventanas, el Ministro de la Propiedad Nacional decidió llevar hasta el extremo del compromiso, ese juego de imposibles.

—Suponiendo que el señor Gómez-Anda resultara seleccionado por el Partido y alcanzara la Presidencia de la República, ¿qué esperaría de él, su amigo, el señor general Marcelino Ku?

Nunca supuso don Marcelino, bravo entre los bravos, que exigiera tal acopio del valor, tanta firmeza en la voz, responder a esa pregunta. De pronto asustado, el que no sabía los ojos ante nadie, "ni ante el sol siquiera", escondió su mirada y confesó:

—Primero, lo que más vale: su amistad.

—No es necesario pedir lo que ya se tiene, general.

—Después, señor, el grandísimo honor de ser su Ministro de Guerra y Defensa... Tengo algunas buenas ideas que...

Gómez-Anda consideró que ése era el momento

justo para terminar la sobremesa larguísima y ya largos. Sentía muy sucia, con restos de comida, la dentadura postiza. En los ojos de Marcelino Ku había inquietud. Pedir el Ministerio de la Guerra ¿no sería demasiado? Aunque, ¿podía conformarse con menos un divisionario de su renombre?

Le colocó el Ministro la mano izquierda en los alamares del hombro derecho. Se estremeció con Marcelino fuerte, entero, vivaz, animoso a los setenta años. Se miraron. Era bueno, como pesaba, qué amabilísimo lo sucedía, insinuándole de algún modo misterioso: afecto, confianza, amistad. Dijo Gómez-Anda, "Con voz de jefe. De Señor Presidente, así se la oí, Amadeo":

–Honor será para la Nación entregar a un Soldado-Tan-Soldado, a un Hombre-Tan-Hombre como el general don Marcelino Ku, la custodia de las Instituciones, y para Aurelio Gómez-Anda que un amigo llegara a ocupar cargo de tal importancia...

–Gracias, mi señor Presidente.

Se abrazaron. ¿Cuántos años de su dilatada vida había aguardado Marcelino Ku escuchar palabras semejantes?

Sin embargo, general... Primero, debemos conseguir que Nuestro Partido recuerde que existimos. Después, hacernos merecedores de Su confianza... y por último, lo que más cuenta: recibir la Superior Aprobación del Señor Presidente, don Tito Livio...

–Todo eso, don Aurelio, le llegará... Yo y mis amigos del Ejército y de la política, empezaremos a trabajar por usted desde hoy mismo... Créame, señor: pocas veces me han fallado por eso sigo vivo... Más le pienso y más me da, aquí en el pecho, que usted será...

Ya en la puerta de la casa, luego que Ku remató el tratamiento de "Hasta pronto, señor Presidente" para despedirlo, Gómez-Anda le concedió el que quizá ambicionara el.

Seguiremos viéndonos, señor Ministro... Buenas Noches... Despídame de sus mercedes...

pocos de los cercanos colaboradores del Presidente fueron más populares, por su bonhomía y capacidad de servicio, que Marcelino Ku, a cuyo cargo quedaron ciertas delicadas pesquisas confidenciales en el curso de la campaña electoral, pocos más seguros que el de obtener un puesto en el Gabinete que ya organizaba, con evidentes intromisiones de su tío Tito Livio, el señor Gómez-Anda. ¿Cuál mejor, para hombre de su experiencia, que el de Ministro de Guerra y Defensa, que de hecho estaba ya desempeñando al coordinar los trabajos del equipo de jóvenes oficiales y variados técnicos que se ocupaban de preparar el programa de modernización de las Fuerzas Armadas prometido por don Aurelio?, ¿acaso el brigadier Teodoro Gómez, el amigo militar más cercano al ex-Ministro de la Propiedad Nacional, no cortejaba a don Marcelino con el tacto que merece quien tendrá bajo su mando al Ejército? El futuro Primer Mandatario, ¿no distinguía a Ku en público, y lo trataba en privado con afecto y respeto?

Pero un día trascendió un rumor:

–Gómez-Anda y el general Ku han empezado a tener dificultades, porque éste quiere meter su cuchara en todas las ollas... –al que siguió otro:

–Cada día que pasa se agrian más las relaciones entre ellos... –y luego uno más:

–Dueño del Ejército, el viejo Ku, que soñó alguna vez con ser Presidente, le daría un susto al Gobierno... Cuestión de tiempo...

Josafat Armengol, a cargo de las relaciones públicas de don Aurelio, procuró detener la murmuración. Desayunó, comió, cenó, bebió copas y se fue de juerga con

los columnistas que la propalaban, como si se hubiesen puesto de acuerdo. La amistad entre el Presidente Electo y el famoso divisionario no conocía cuarteaduras: a fuera ella [illegible], fuerás [illegible] y [illegible]. Los rumores procedían de "los emboscados que nunca faltan" y que sólo se ocupan de "confundir por igual a lectores y a políticos"; y para demostrar con hechos lo que postulaban sus palabras, Josafat convenció al señor Gomez-Anda que en compañía de Ku asistiera a la tradicional Corrida de la Cruz Roja, cuenta que en la plaza vería, el más aficionado a toros, al futuro Presidente.

Esa aparición pública de ambos surtió el efecto calculado. Cesaron los [illegible] y nadie se ocupó de averiguar otros. Los "de adentro" (secretarios y consejeros, coordinadores y ayudantes) sabían, sin embargo, que existía cierta tirantez entre Gomez-Anda y don Marcelino, porque este [illegible] procedía como si fuera suyo el Ministerio. La verdad es esa, la que terminaría por enemistar a don Aurelio, ocurrió días antes de que asumiera el Gobierno. Pidió la lista de los funcionarios civiles que se habían servido ordenarle a la Secretaría de Hacienda [illegible] de aquí a marzo, los muchos meses que le [illegible] como ciudadano a la Presidencia de la República. Deseaba precisamente cumplir con el deseo de formar parte de las Fuerzas Armadas. El [illegible] Martín Leal Carrera propuso [illegible] nombres. Una tarde efectuó el llevó a analizar en la sala de Banderas [illegible], los nombramientos de cada uno. Gomez-Anda acordó que se prepararan los papeles necesarios para que esas personas ingresaran al Ejército empezando el Regular y Palacio Nacional. La misma noche el general Marcelino Ku alzó su [illegible] Señor [illegible] me ha dicho don Aurelio, que usted [illegible] convertir en oficiales a varios ayudantes civiles. [illegible] Es verdad?

Lo es, general.

Por el prestigio del Ejército, no los incorpore a él,

señor. Mejor déjelos fuera.

–Nos han servido lealmente, general. Merecen la oportunidad de seguir haciéndolo, ahora ya dentro del Instituto Armado.

–Si desea ayudar a esos gauleiters, matones y alcahuetes, ¡y perdone la franqueza, señor!, déles dinero, déles negocios, déles lo que usted quiera, pero no les regale grados... Los grados, don Aurelio, se ganan en batalla o paciente y duramente en el cuartel, no así... Por favor, piénselo... A la oficialidad le sabrá mal que premie de tal modo a esos individuos... Tenga usted en cuenta, señor, lo que significa la moral del soldado, y el orgullo con que ostenta los símbolos de su rango. Esto se lo dice uno que desde muy abajo, desde que de muchacho lo agarró la leva hasta la fecha, ha sido leal a su Ejército y ha ganado a pulso sus insignias.

Hosril le pidió el gesto [illegible] de la [illegible] en que ya no lo escuchaba. Gomez-Anda lo dejó hablar [illegible] terminó de [illegible].

–Enterado, general Ku.

–Entonces, señor, ¿se anularán esos nombramientos?

–Estudiaremos el asunto, general. Buenas noches.

–Que descanse, señor.

Le tendió la mano, despidiéndose. Fríamente. Gomez-Anda le dio la suya.

CUANDO llegaba para desayunar con el Presidente de la República, don Aurelio Gomez-Anda vio partir de la residencia de Los Arcos detrás de sus cuatro motocicletas y delante de su coche-escolta, el largo automóvil verdeolivo del general Ku. ¿Habría oído a menos? Propenso a ver-con-los-oídos, esto es, a creer en chismes, ¿estaría el tío de malas contra él y a favor de las demandas de un militar a que estimaba y cuyas [illegible] había [illegible]

parta, celoso como era de la fatua de las reuberancias y el respeto burocrático a las formas?

–Temprano llegó el general Ku, don Tito.

–Como ya está viejo, duerme poco. A las seis y cuarto me anunciaron que solicitaba audiencia urgente.

–¿Vino a despedirse de usted, señor Presidente?

–Más bien –sonrió, divertido, los labios negruzcos a causa del chocolate que estaba sopeando y que no notaba aún de ellos con la servilleta–; más bien, vino a contarme como había evitado que al Cuerpo de Oficiales se colaran, esa palabra uso, colaran varios elementos indeseables.

Miembros de mi servicio de seguridad

que pueden ser buenos pistoleros y duchos guardaespaldas, pero que carecen de méritos morales para vestir el uniforme y lucir un grado.

Luego de un silencio, que se prolongó mientras apuraba con la cucharilla la nata que se había formado sobre el chocolate de su propia taza, don Aurelio inquirió –hasta la voz, humilde casi:

¿Cuál es su opinión, señor ...?

La rosquilla sabor anís en viaje a su boca, repuso Tito Livio Gómez de Lara:

El Presidente de la República toma invariablemente las decisiones que estima correctas. Si a alguien no le gustan, ¡largo! ... Si has decidido dar de alta en las Fuerzas Armadas a esos elementos, adelante ... Al que demande de ti una explicación, sean el Santo Papa o el general Marcelino Ku, mándalo a aprender una poca de obediencia. Esta regla aplícala a todo, Aurelio ... Si permites que tus ministros, gobernadores y amigos, o el pueblo mismo, se sueltan opinando sobre todo y se atreven a cuestionar tus actos personales o los de tu Administración, vivirás a la defensiva y casi siempre en peligro de que acaben levantándose contra tu autoridad ...

–Nada en concreto he prometido al general Ku ...

–Bien hecho ... Nunca seas del todo claro en lo que dices, y menos aún en lo que prometes ... Para no verte obligado a cumplir lo que has ofrecido, conviene siempre una pequeña dosis de ambigüedad ... Ser ambiguo no es ser hipócrita, solo inteligente. Que tus palabras puedan, a voluntad tuya, ser interpretadas de modo diverso, ¿eh?

–He procurado aprender eso de usted, señor Presidente.

Don Tito Livio procedió a escarbarse los dientes y las piezas molares, con un largo palillo de marfil. Asintió, y luego:

–El ejercicio del Poder te permitirá acumular otras enseñanzas. Por ejemplo: hazle saber al pueblo con frecuencia que estás haciendo un buen gobierno. Repítelo, repítelo, repítelo, y si lo repites con suficiente convicción, acabará por creerlo. Adquirirás fama de eficaz administrador ... Haz lo que te venga en gana, pero guarda las apariencias ... ¡Qué frecuentemente olvidan esta sencilla fórmula nuestros políticuros ...! Permite que todos discutan todo, menos tus actos. Date la impresión de que te agrada, y por eso la estimulas, la libertad de las ideas. No limites lo que llamamos La Libertad, pero nunca dejes de moderarla, pues hay quienes suponen, dudosos, que no tiene límites ... La política, eso lo sabes ya, es algo sagrado ... Cuida que los de fuera no metan mano en ella ... Demuestra desde el principio que tu Gobierno tiene carácter, perfil, decisión, línea ... Un presidente sin mano dura invita al desorden y a que se le falte al respeto ... Si eres blando con él, este pueblo nuestro terminará desbocándose, relajándose, desprendose a sí mismo ... Ten presente que prefiere tener a un dictador y no a un franciscano en Palacio ... A quienes te han servido bien, págales lo más que puedas, déjalos contentos, dales cosas que no quieran perder si

[illegible] de la oficina. De tiempo en tiempo [illegible] a tomar [illegible] un trago. Que no se sentaran demasiado seguros [illegible]. No serían todos, quizá tan [illegible] como quisieran, pero los manzanillas [illegible] juntos.

—Sí, señor. Gracias por sus consejos, dijo Tejo.

—Bueno, Aurelio, no es ceder experiencia. Le [illegible] que vacunarse para conseguirla, lo que quiere decir [illegible] las más experimentadas llegan a ser de vejo [illegible] de [illegible]. Y con la [illegible] de ruso se [illegible] una cornisa.

—Sí, don Luis.

—Sí, ya el paso hacia la puerta principal de la casa. En algún punto alguien [illegible] a [illegible]. Borrosas [illegible], [illegible] y pequeños [illegible] se adivinaban esfumándose a través de las cortinas los que aguardaban en el jardín a que aparecieran, [illegible] en el brazo del [illegible]. El señor Gómez [illegible] al Presidente Electo —sobre todo ese. Al [illegible] del vestíbulo cuando [illegible] de guardia se adelantaba a abrir, don Tejo [illegible] Aurelio se detuvo [illegible]. Dígame aquí [illegible] en la oficina.

Marcelino Ku va a ser una [illegible] molesta para [illegible] [illegible] en equipo. Todavía no es un anciano. Ya ves [illegible] empezado a retobarse. Para Guerra y Defensa creo yo, necesitas alguien que se [illegible] con sentido [illegible] y sobre todo, que obedezca sus [illegible] sin [illegible]. Consulta al general Rabunes del Valle.

Muy ligeramente.

—Buen [illegible] señor Organizador. Organizador [illegible] de pensado para llevarlo a Guerra y Defensa, era el general Teodoro Gómez. Leal amigo nuestro, entusiasta.

Para su [illegible] Teodoro Gómez [illegible] hermano [illegible]. Es apenas [illegible]. Del Valle es un respetado [illegible] militar [illegible] de [illegible] y [illegible] [illegible] [illegible]

–Un presidente, Aurelio, da órdenes, no explicaciones; que no se te olvide... Y, a propósito de olvidos: ya casi no recordaba... ¿Sabes por qué te invité a desayunar con tal urgencia?

–Dígamelo usted, señor.

Volvieron a detenerse. Un largo corredor con arcos al lado izquierdo penetraba profundamente en esa parte de la casa. Proseguían, rítmicos y claros, los pelotazos en el frontón invisible. "¿Cómo pelotazos si el frontón no existe, si su espacio lo destinó a lo que será salón de música de Armandina?"

–Quise que vinieras, Aurelio, para decirte que eres un redomado burro...

–¡Señor!

–... y que por serlo estás a punto de meterme, y de meterme, en un lío, en un follón tan gordo, pero tan gordo, que podría, en puridad legal, determinar la anulación del proceso electoral que culminó con su elección.

Pálido de pronto y furioso por la forma en que Gómez de Lara estaba hablándole, el Presidente Electo Gómez-Anda exigió saber.

–¿Por qué?

–¿Conoces la Constitución Política de la República? ¿La has leído con curiosidad?

–La conozco y la he leído, no sólo curiosidad, sino con atención...

–Pues no parece... La hemos violado gravemente, Aurelio... ¡No quiero pensar lo que haría, lo que diría Acción Republicana si se enterara de lo que yo anoche, por casualidad, me enteré!

–¿Que pueden decir que no nos lo hayan dicho ya?

Le negó Tito Livio la respuesta directa. En cambio:

–Si conocieras a fondo la Constitución del país que voy a entregarte; y si, además, fuera tu memoria tan buena como dicen que es, sabrías, Aurelio, que no tienes derecho a ocupar la Presidencia en las condiciones actuales... Milton Peralta Garibay te haría pedazos si lo supiera y si, sabiéndolo, exigiera, como es su derecho, la intervención del Poder Judicial...

–¿Si supiera qué, señor Presidente?

–Que no estás casado con tu mujer, Aurelio. Eso.

–¿Eso?

–¿Te parece poco? Dice El Libro que para ser electo presidente constitucional de este país, quien aspire a serlo deberá: uno) haber nacido en territorio nacional y ser hijo de padre y madre también nacidos en él; dos) contar con más de treinta y cinco años de edad y no estar impedido mentalmente para el desempeño del cargo; y, tres) que es donde te va a doler: estar casado, ¡tener esposa, Aurelio!, legítimamente reconocida por la ley, el día de la elección... Y hasta donde yo sé, la sobrina Armandina y tú viven juntos, en unión libre, amancebados, pero no son marido y mujer porque no los ha matrimoniado ningún juez civil.

–¿Y?

–Esa situación debe ser remediada, inmediatamente. He resuelto, Aurelio, que hoy mismo te cases con Armandina...

No supo Gómez-Anda si largar la risa o indignarse ¿Legalizar su durable relación con Armandina haría de él un mejor gobernante, un más hábil político, un hombre más justo? Le parecía desproporcionado el temor de Tito Livio. ¿Cambiaría el orden de las cosas que el partido perdidoso, Acción Republicana y su caudillo nacional, Milton Peralta Garibay, organizaran alharaca en base a tan leve infracción? Quizá sesenta años atrás, cuando El Libro fue escrito, discutido, enmendado y aprobado por el Constituyente, era mal visto que el Primer Mandatario del país fuera soltero; por ello, presumiblemente poco

seria, frívolo o enamoradizo. "Como si tener esposa le cambiara el modo de ser, las aficiones o las inclinaciones, a los hombres. Seguir exigiendo el cumplimiento de ul requisito, ahora, luego de tantos cambios en la conducta social y moral del individuo, ¿no es una niñería, una exigencia igual de ridícula que de absurda, Fermín?"

Si las elecciones fueron hace cinco meses, si la violacion al precepto constitucional se cometió entonces, ¿qué remediaría que nos casáramos hoy Armandina y yo ...?

–Tu, cásate... Los detalles de la ceremonia han sido arreglados ya... Armandina está avisada... Mandé por ella hace un rato... Se unió a Nogales... El juez Espronceda los acompañará... Los testigos salieron temprano... Armandina quiere que luego oficie un cura...

No... Nada de curas, señor... Usted conoce mis ideas...

–Y tú debes conocer a tu mujer. Aurelio. Dale ese gusto; cásate también por la iglesia... El cura que los oficiará no es un cura cualquiera. Es amigo tuyo y mío. El obispo Mendoza Ledo, progresista si los hay, está encantado de poder servirte... Ahora que lo veas, repítele lo que por teléfono le dije anoche: en cuanto me desocupe, iré a tomarme una botellita de vino con él... Son las nueve y media... A la una, a las dos de la tarde estaré de vuelta... Así que: ¡felicidades...!

–Gracias, señor...

UN HELICÓPTERO Ond-27, sin ningún signo de identificación, los condujo en veintiocho minutos de placido vuelo, desde Los Arcos hasta los alrededores de la ciudad de Nogales, en el sur. El juez Espronceda y Mendoza Ledo, El Obispo Rojo, decidieron que la doble ceremonia se efectuara en un mismo sitio: la capillita de La Inmaculada, en la aldehuela de San Onesimo. En la sacristía, cubierta y olorosa a incienso, Espronceda leyó el "Contrato Matrimonial" y los declaró unidos ante la ley. Firmaron como testigos, por parte del novio, Marco Tulio Cimarrosa, Ministro del Interior y el coronel Leal Garruco; por la novia, el religioso, doctor en teología, y el capitán Pito Braga. Armandina, que vestía el traje nupcial de las novias de la Costa Baja, y se adornaba el pelo con florecitas de azahar conseguidas de suerte, se permitió la inofensiva mentira de restarle un lustro a su verdadera edad.

En el acta, manuscrita sobre una página que dejaron en blanco los químicos enviados por Cimarrosa a retirar de madrugada un libro viejo del Juzgado Civil, se acreditó que la boda había tenido lugar, en Nogales, veinticuatro años antes. Precavido, Cimarrosa se incautó del grueso tomo, sucio de tiempo.

Durante la muy breve boda religiosa, Armandina se conmovió tanto que se puso a llorar. ¿No era ésa la primera vez que se casaba? Recordó a sus padres que hubieran sido mirando a su niña vestida de blanco ante el altar. Durante el vuelo de retorno, la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, pensó, con alivio, que jamás volvería a padecer el remordimiento de vivir en pecado mortal con don Aurelio.

¿DE QUIEN SERÍA la voz que estaba escuchando...?

9

Todo aquello volvió a su memoria cuando Marat Zabala (de sus ministros, el más cercano en amistad, al que pudo haber señalado sucesor suyo a la Presidencia, pero al que desechó porque no siempre ha de elegirse el mejor hombre, o al discípulo preferido, sino al que conviene, grupo, siempre de algún modo luciendo más joven de lo que era, alto, gallardo, "absolutamente irresistible", como Armandina y la mayoría de las mujeres lo consideraban) le ofreció, con la sonrisa, los brazos abiertos: "Se escuchó algo así como un seco disparo de arma de fuego. Rápidísimas miradas buscaron la mesa de Zabala, donde parecía haberse producido la explosión. Hacia allí miró también el doctor Ávila Puig. Recordaría a Marat Zabala, con sus bomberos de sus amigos, el brazo en alto y en la mano una chorreante botella de champaña surgida de no se sabía dónde. Sería esa la última imagen de Marat que aprehenderían sus ojos. No olvidaría, en cambio, esas aislados, muy serenos, figuras de cera a las que nadie hacía caso, faraónicos, trajeados de negro, tristes y sin hablarse, los dos viejos: Vallado Fájer y el Presidente Gómez-Anda, aguardaban inmutables en sus sillas, y quizá admitiendo que el Poder comenzaba a ser de otros, a que la bambalola se calmara un poco".

–Lo veo muy bien, señor Presidente

–Algo cansado, Marat... –Le pareció impropio un mimo de "Zabalita" como de costumbre.

Fueron dificiles para usted estos últimos meses
Para todos tambien
–Logramos alcanzar la orilla, señor
Con esfuerzos Marat Lo sabes [illegible] Doble mas que nos hicieron; celadas que nos tendieron Caos para hacernos daño... Desconfianza a traves de la [illegible]
–¿Quien se acuerda ya de eso...?
–Yo, Marat Yo recuerdo
Usted ha cumplido, y cumplido como el mejor Lo sabemos todos.
Lo que hoy se sabe, mañana se ignora ¿No ha aprendido que en este pais nuestro, el unico Presidente Creador, Justo, Patriota, Sabio y Visionario que ha existido en la Historia Nacional es el que esta de turno? ¿No se nos dijo en estos diez años que solo Cesar Dario y Aurelio Gómez-Anda hicieron cosas que valia la pena mencionar?
Su obra, senor Presidente, ahi queda no puede ser borrada [illegible] negada, menos todavia, superada
Complacida, como en los tiempos en que la relación de Marat, para con él era la de un hijo con el padre al que admira, el señor Gómez-Anda recomendo:
–Modera tus palabras, Marat
–Digo lo que creo, lo que siento y me enorgullece haber colaborado con usted en estos trabajos.
Le apremio el duro biceps de hombre que desde mucho tiempo, en la soledad del gimnasio, al meticuloso cuidado de su cuerpo; de hombre que ha convertido en pasion el ejercicio fisico
–Se agradece tu amistad, Marat ... –La guio hacia el sofá. Suavemente, lo depositó en él. Semeja estar recapacitando, después de tantos meses de encubierto rencor. Por un momento, le dejo la mano sobre el hombro –[illegible] ¿Sigues?

Si, señor ...
–¿Ron... champaña? Porque hay champaña para los amigos, Zabalita
–Siendo así, champaña, señor ... –Se levanto rápidamente al ver que Gomez-Anda empezaba a llevar el silencio de sus pasos lentos hacia la cocina –No se moleste, don Aurelio. La traeré yo ¿Donde está?
–En el hielo ...
Le agradaba, se habia agrado siempre desde que lo conoció en el inicio de su carrera política, en años ya lejanos, la compañia de Marat Zabala. Ninguno de sus ministros, así fueran los más favorecidos, habia sido más leal que él Con ninguno habia contado más cabalmente que con él en todas las crisis que agobiaron a su Administración. ¿No fue Zabala el único que aprobó su acuerdo de asesinar a la fuerza matar para ocupar universidades, normales y tecnológicos aquel verano sangriento de alborotos estudiantiles y pedreas en las calles –la primera "prueba de fuego" a que sometieron a su gobierno? ¿Quién si no Zabala apoyó con invariable fidelidad órdenes y decisiones que otros, desbandolo por el solo hecho de no opinar como El criticaron e incluso impugnaron? ¿Hubo en el Gabinete un colaborador más "aurelista" que el esposo de Bertha Samamego, la amiga predilecta de doña Armandina? Pero, desde que decidio que fuera Ávila Puig y no Zabala el depositario de su Poder, coincida en público o en privado con su Ministro de Información y Turismo, lo cubria "Como si lo hubiera engañado estafado o puesto en ridículo, así me siento con el. Como un fallero, tambien Nunca me pidio las explicaciones que yo no me considere obligado a darle ¿Le dije alguna vez que él iba a ser mi sucesor? ¿por que no se entienden con claridad, en su momento, las palabras que el Presidente pronuncia? ¿Por que a mijo, Zabala y todos los demás han de interpretarlas se-

gun fes comment? A Marat no lo equivoqué diciendole "Tu seras, Zabalita". Si alguna culpa admito en todo esto, es haberle permitido que lo creyera. Yo mismo, mientras no necesite otra alternativa, ¿no le conservé en el primerísimo lugar de mi preferencia? Si a él le dolió ser descartado, igual me lastimó a mí tener que dejarlo de Lado".

Padecieron quebranto las relaciones entre los Gomez-Ando y los Zabala Samaniego. Por algún amenato de Bertha, que ya había hecho planes "para el futuro", las señoras dejaron de frecuentarse. No se les volvió a ver juntas, como íntimas amigas, como constantes socias de negocios que eran, en la Ópera, en las salas de concierto, o en semanarias sesiones de rejido que los jueves, convocadas por Armandina, celebraban las monteras en los jardines de Los Arcos o en los de las enormes residencias de sus maridos, cuatro o cinco animadas horas de chismorreo que al anochecer culminaban con una merienda al aire libre, danzas regionales, música folklórica y, si el tiempo era placido, con algún ocasional desfile de modas. El desayuno de los domingos, preámbulo al *open-house* en el Hogar Presidencial (las esposas de los miembros del Gabinete acompañaban a la de El Jefe del Ejecutivo a la discreta misa de ocho y media en su capilla privada) dejó de contar con la aposura de Marat y el atractivo de su dama, la linda estrella del cine de hacía solo unos años. Para ponerse fuera del alcance del fastidioso don Aurelio, Zabala y su mujer inventaron viajes de trabajo al extranjero y dilatadas jiras de inspección a los balnearios del interior. "En esos días, estaba enojado conmigo por despecho y desencanto ... Pudimos haber aclarado malentendidos, pero él, rehuyendome, escondiendose, no me dio oportunidad. ... Tampoco, al parecer, entendió que para compensarlo le autorice los cuatro o cinco locos proyectos de nuevos desarrollos turisti-

os que tenía yo en suspenso y que le permitieron embolsarse algunas veintenas de millones de pesos que, supongo, no le vinieron mal. ... Demostró que aun en su retiro seguía siendo un político hábil al cultivar que muchos se alejaron de nuestras desavenencias, no hubieran motivo de escisión, objeto de chistes y de equívocas murmuraciones. Y manifestar que les pesaba estar ajenos y que añoraba ya más a Gómez-Ando que al propio Marat, se hizo evidente la noche en que el de Información y Turismo fue el único Ministro que desapareció de la oficina de El Señor, en Palacio, sin despedirse de sus colegas para no tener que recibir el *Aurora* de cada uno, acuñado ex-profeso, que El Ejecutivo entregó a cada uno de ellos "en recuerdo, amigos, señores, de la ardua etapa que nos ha tocado cumplir, y nos hace acreedores a la Historia".

Que estuviera solo, sin que hubiese pedido que lo hiciera, sin que él mismo hubiera tampoco necesitado volverse de palmos para acercarse a Gómez Ando (a quien por lo ser considerada como la artífice de la reconciliación) significaba que Marat olvidada la cólera y todo lo que los distanciaba volvía a él para que se aliviara su sed personal que no una sino varias veces fue cuenta como fue en tiempos mejores? Ser el primero de los ex-amantes que dejaba llevarse una poca de compañía él, que no acudió temprano a Los Arcos con el abrazo de la despedida, y que apenas respondió a su saludo cuando se encontraron en la Cámara) ¿no era la prueba, se preguntó emocionado, de que recuperaba, sin duda más firmes después de la crisis, la serenidad y el acendrado cariño que Marat Zabala había demostrado tantas veces por él?

Reapareció Zabala con una botella de champaña en una mano y varios vasos en la otra.

–¿Le sirvo, señor Presidente?

–Seguiré con el ron, Zabalita.

Quizá porque la champaña era ya muy vieja, o por-

que había estado un poco de más enfriándose, la explosión fue modesta y ninguna espuma salió de la botella.

–Por usted, señor, y por todo lo que se merece...

–Por ti, Marat –sonrió don Aurelio– aunque no se lo merezcas.

Bebieron. Un sorbo, Gómez-Anda. Un trago largo, Marat Zabala.

–Creo –propuso Marat– que debemos brindar por El Señor de Los Arcos.

–Por él, pues.

Luego de un silencio, los labios apoyados todavía en el filo del vaso, Zabala pensó en voz alta:

–¿Qué le hicimos, usted y yo, para que el Presidente nos engañara así?

Don Aurelio, con el vaso lleno de ron entre las dedos atendos, suspiró.

–El Presidente de la República nunca engaña, Marat. En apariencia, se contradice a veces...

–Usted no engañó a nadie... –dijo Zabala, impulsivo, con una sonrisa que a Gómez-Anda le pareció equívoca–. No a muchos, supongo.

–Sólo a los que fue necesario –respondió don Aurelio.

–Se llegó a decir, señor, que usted mentía con la verdad.

–¿Conoces una forma mejor, y más lícita, Zabala? Lo que importa es que uno sepa cuando están mintiéndole a base de verdades o diciéndole verdades a base de mentiras... El que no sabe escuchar atentamente al Jefe del Estado, se equivoca; se equivoca y las más de las veces queda resentido... Peor que fracasar, que duele mucho en nuestro oficio, es confundir el sentido de las palabras. Creer lo que no es; creerlo como nos gustaría que fuese... Grandes chascos se padecen, ¿eh?

–Se padecen, sí señor. –Otra vez humedecía de humo

paña, la sonrisa no abandonaba la boca de Zabala.

–¿Y por qué?, preguntarás. Porque uno, en su ansiedad, o en su apresuramiento; o en la ansiedad apresurada de quienes lo rodean, supone oír, entender, presumir, adivinar en lo que el Presidente dice, lo que no es, ¿eh? Surgen así los equívocos, y las amistades, Zabalita, se enfrían en ocasiones para siempre.

Marat ocupó el escabel del piano. Resistió la tentación de poner los dedos sobre el teclado. Gómez-Anda seguía paseándose, ahora muy despacio, escondida entre el saco y la camisa la mano derecha el vaso con ron a la altura del pecho.

–Ávila Puig nos tomó el pelo a todos. A usted, al país, a mí.

Se detuvo a mirarlo don Aurelio. "Primero a mí, ahora a él. Demasiado odia Zabala... No aprende todavía a olvidar o, al menos, a aparentar que ha olvidado."

–¿A mí?

–No respetó su compromiso con usted, señor... ¿Quedó alguno de los suyos en el Gabinete? ¿Ayudó a los amigos que deseaba usted hacer llegar al Senado o a las gubernaturas?

–El Señor Presidente Ávila Puig está aprendiendo a proceder políticamente, Marat. Esto es: a solo hacer lo que le sirve... Nos está resultando una sorpresa.

–Un mentiroso, diría yo.

–¿Por qué?

–¿Como llamaría usted a quien le promete algo, lo embauca con tal promesa... y no la cumple?

Lo miró a los ojos.

–El Señor ¿le hizo algún ofrecimiento concreto? Como todavía anoche se decía por ahí, ¿le invitó a colaborar con él?

–Casi.

–Eso, "casi", nada aclara, Zabalita. Entre ustedes, ¿se

mentarlo alguna vez en mi bondad de que te retendrá en el Gabinete.

Como usted me ha recibido, señor, hay cosas que se reciben sin sorpresas. Buenas tardes.

Cierro y hay cosas que la mandan al corrector de relaciones.

Doña Zabala se levanta y va al patio a buscar la botella Agua de esparto. Bebe dos vasos sobre una de las frazadas que cubren el piso de la sala.

Las que él me dio en persona, y que luego repitió ante la prensa, la tarde que lo visité en Puerto Cardenia durante su campaña electoral.

Acordada la decisión la ve ya Zabalita a saludarlo.

- Fueron cantidades. No somos en casa ricos para la duda, señor. Así lo entendí yo. Así lo entendieron todos.

¡TENSAS YA hasta el extremo de la enemistad personal sus relaciones con el doctor Ávila, el Ministro de Información y Turismo, –que de "seguro ganador" pasó a ser el "gran abandonado", por quienes dijeron ser sus amigos y ellos sus admiradores e incondicionales– decidió aproximarse al doctor Ávila Puig para darse cuenta, por sí mismo, qué tanto cabría esperar de él, su adversario en la batalla final por la Presidencia de la República, en caso asumiera el poder. De creerle a los rumores, cada uno más alarmante que el anterior, don Víctor, ¿lo hostigaría para obligarlo a marcharse del país?, ¿sería capaz de publicar para su descrédito la lista de las muchísimas propiedades que había ido acumulando en el extranjero, y los números de las cuentas bancarias secretas de su esposa, Bertha Samanego?, ¿lo llevaría a los tribunales para que explicara cómo había podido reunir su desmesurada fortuna?, ¿era con su aprobación que Horacio

Allende, vengativo personero y director de propaganda, moderaba en todas partes su reiterada amenaza de encarcelar a Marat Zabala, igual por ladrón que por haberlo hecho secuestrar y torturar pocas noches antes que el señor Gómez Ávila sorprendiera a todos y a Zabala más que a ninguno, anunciando que el candidato del Partido Unificador Revolucionario a Primer Magistrado sería un reconocido y muy popular –el socio más descomedido e inexperto– Ministro de Industrias y Desarrollo?

Amigos comunes la pasaron en cuidadosa cuenta a los delegados a Víctor Ávila Puig. Hacer los arreglos pertinentes demoró de la más secreta laya un semanario semanas meses. Cinco. Mantuvo las diligencias negociaciones puntuales, que a fin de la gira de propaganda, el encuentro de Marat Zabala con el candidato que iba reuniendo una personalidad sobre la marcha, se efectuó en cuerpo suite, la 0027, del vigésimo piso del Hotel del Rey don Alfonso, en Puerto Gardenia. Encontró enfermo de gripa a quien había sido su difuso compañero de Gabinete.

Se abrazaron, por insistencia de Zabala, a pesar de la gripa de Ávila.

–Te veo muy bien; más delgado, quizá.

Estoreado el doctor Ávila Puig:

–Tú, como siempre, espléndido de figura.

–Algo quemado por el sol... Acabo de volver de Taormina. Asistí, así, a un Congreso Intereuropeo de Prestadores de Servicios. ¿Conoces Taormina?

–Ajá... De estudiantes, hace ya mucho de eso, Miguel Rebul y yo pasamos unas semanas ahí.

–Lindos lugares eso. Casi tanto como los nuestros.

–Todo esto por hacerse aquí. Aunque ni, desde tu Ministerio, has hecho bastante.

–¿Te parece así?

–Hemos tenido oportunidad de comprobarlo du-

rante nuestras visitas a la República. Marat. Te lo ruego. Me he acordado mucho de ti.

–Ojalá que para bien.

¿De qué otro modo?

Discreto, Caro Maurnus se había apartado un poco. Avila le sonrió a Zabala antes de hacerse también al candidato:

Quisiera agradecer al señor Maurnus todo lo que hizo para que yo pudiera venir a verte aquí.

A su vez sonrió Avila:

Que manejó las cosas magistralmente.

Agradecía Caro Maurnus el cumplido. Concertar esa entrevista fue menos fácil de lo que parecía. En principio, Avila Puig se opuso. ¿Por qué admitir en privado, con la prensa, a quien había sido su más peligroso adversario? Después que sabotear el mitin de Valladolid fue fuerte del zabalismo pues Marat había nacido allí, estaba de gira cortesías con él. Luego de muchas palabras, de muchos días, Caro consiguió convencerlo: había oportunidad. Para acreditar el candidato ante sus propias medios es Marat Zabala se reunirá con él en Puerto Cardenas, sobre su acostumbrada estela de fotógrafos periodistas y guardaespaldas, y se marcharía en cuanto hablase y antes que se iniciara la Asamblea de Evaluación Turística. Dile –le había dicho– que no permitiré que se haga publicidad, personal o política, a mi sombra".

–¿Te servimos una copa? –preguntó desusadamente amable el doctor Avila.

–Me serví yo. ¿Vodka para ti?

Caro Maurnus consideró que su presencia allí no sería ya necesaria y se retiró a la habitación contigua.

¿Como va todo... por allá? –La voz del candidato se oía ronca y enferma. Su aliento olía a mentol.

–Nadie hace nada ya en el Gobierno. Estamos en la parálisis total, aguardando la renovación... Ha empe-

zado la desbandada, como sabrás. Los asesores oficiales o particulares, se marchan. Y los políticos como siempre, enfilacuervados a la cola del candidato para ver que pescan con él.

–Dímelo a mí.

Avila Puig lo vio sonreír, ¿con tristeza o con desdén?

–¿Recuerdas como había gente rondándome? Si te asomaras hoy por Información y Turismo... Pasan días sin que nadie solicite audiencia. Igual sucede con el Consejo, en Palacio y en Los Arcos. Estoy a dos dedos de dimitir.

–Me han dicho que esa mayoría es...

Lo interrumpió a Víctor Avila Puig para no tener que hablar más de Gómez-Avila.

Charlaron después, de ellos mismos. Descubrían que se desconocían casi por completo pese a haber sido miembros, Víctor durante cuatro años y Marat el mismo equipo de trabajo. Cosas que nunca antes se habían dicho porque no había razón o no se entendían, se dijeron entonces. Avila Puig descubrió Zabala era más inteligente, más sutil y estaba dispuesto a aprender de los asuntos políticos y administrativos de lo que decía, o de lo que se suponía. Al candidato le pareció que Marat Zabala, no obstante cierta ingenuidad, era un individuo valioso por su experiencia, por el conocimiento que tenía de los hombres. Uno de esos colaboradores que llegan a ser imprescindibles si se les llevan de la mano a la tensión justa".

Cuando ya se despedían, Avila Puig tuvo una inspiración. ¿Por qué no convertir en triunfo personal y político el hecho de que Marat Zabala hubiera ido a Puerto Cardenas a reiterarle su amistad y su lealtad?

–¿Te importaría, Marat, que se supiera que has venido?

Al contrario... Si gustas, pasa un boletín informativo.

–Con un boletín, los reporteros especularían, empezarían a preguntarse por qué vino Marat y por qué no se dejó ver... Echarían a rodar la gran bola. Yo sugiero, si estás de acuerdo, que llamemos a la prensa y a la televisión, que nos den cinco minutos, que digamos cualquier cosa.

Impulsivo, sorpresivamente, lo enlazó Zabala y lo estrechó. ¿Habría estado deseando entrevistarse a los mismos medios –tener oportunidad él mismo de sacar ventaja de ese ya largamente encontrado con Víctor Ávila Puig, quien el más asediado de todos los hombres del país?

Será como tú digas.

Algo más tarde, mientras llegaban reporteros y fotógrafos, el candidato Ávila Puig, como si ensayara lo que después, palabras más, palabras menos, repetiría ante grabadoras y cámaras de video, expresó:

Ha sido una vieja, una victoriosa pesadilla en la política de nuestro país, desterrar la experiencia, muchas veces invaluable, de quienes en alguna forma conspiraron contra nosotros... Como se ha dicho antes, reprocho lo absurdo. Un país como el nuestro, lo he dicho también, no puede permitirse ese repetido derroche de materia humana. Un buen funcionario no se improvisa. Su preparación demanda años; que adquiera experiencias en sus tareas de su servidor, cuesta ganar cuantiosas sumas... Si se le envía al cerco, si se le destina al ostracismo, si no se le aprovecha le perdemos lo que tanto le hemos apreciado.

–Bien dicho... –aprobó, expectante, Marat.

–Yo, Marat, no dejaré que se vaya nadie que quede ayudarme a gobernar mejor... Conmigo se quedarán los buenos... –y, a su vez, ciñó, y apretó por la cintura, al Ministro de Información y Turismo.)

Le parecía a don Aurelio que Marat Zabala estaba bebiendo demasiado aprisa, y no lo aprobó. "¿Cuándo acabará de aprender, cuándo?" El ex-Ministro reanudaba:

–Nos vimos otra vez, al fin de su gira.

–Supe, Zabalita, que formaste un equipo de trabajo y lo pusiste a su servicio.

–Como candidato de nuestro Partido creí de mi deber colaborar con él.

–No te lo reprocho. Sólo lo menciono. ¿Decías?

El que se paseaba ahora ante el señor Gómez Andrade era Marat. "¿Qué habría sido del país en sus manos? Sigo pensando que Zabalita no era el hombre adecuado para ese momento. Ignoro si Ávila Puig lo sea del todo; solamente estoy seguro de que Marat Zabala no podía serlo."

–Decía, señor, que el doctor Ávila me pidió colaborar con él. Viajé al extranjero por instrucciones suyas. Para mí no había arrestos, ni malas caras. Todo lo contrario, señor.

Lentamente, pues conocía ese juego por haberlo jugado muchas veces en su vida, asentía don Aurelio. Sonreía, también, como si compadeciera a Marat por su candidez –él, un político fogueado, endurecido, al parecer, en la experiencia.

–Y solo porque era amable, tú creíste que iba a conservarse con él, ¿eh?

–Era lógico que lo creyera... El Señor rompió toda relación con los demás miembros del Gabinete, excepto conmigo... Desconfiaba de ellos...

–Del único que desconfiaba, Zabalita, era de ti, y por eso se ocupó de tenerte cerca, entretenido, todo el tiempo que pudo. Así, se aseguraba de neutralizarte. ¿No te diste cuenta de sus intenciones? –y recordó: "Sean mansos contigo mientras esperen recibir algo de ti. Jamás les niegues las cosas demasiado pronto; tampoco

se las comedas demasiado tarde. Justo me fue, justo me dio."

A la botella le quedaba bastante apenas su cuarto para un vaso más. Después de servirse, Marat la abandonó sobre el mantón de Manila que cubría el piano.

Ayer por la mañana, señor, os visité por última vez en Maldonés. Toda la casa llena hasta la calle. Algunos de los que hoy forman su gabinete, incluido Adolfo Suárez, me trataron mientras él me recibía como si fuéramos a ser compañeros. Hoy Arregui, por ejemplo, me habló de la urgente necesidad de coordinar los trabajos que se proponía emprender en el Ministerio con los que yo hasta ese momento, siguiendo sus instrucciones, señor presidente Gómez Ávila, estaba realizando en Información y Turismo.

Asintió nuevamente don Adolfo, ahora apenas trazando la sonrisa. "Aprendo también Ávila Puig, quiere decirme que le mira maneras ambiguas, y no dejarse comprometer". Interrogó a Zabala:

–¿Fuiste a su casa por que te mandó llamar o...?

Respondió algo turbado, quizá avergonzado:

–Fui por mi cuenta... Aunque estaba seguro de quedar en el Gabinete, en Información o en algún otro Ministerio, aunque en todas las listas de eventuales colaboradores del presidente Ávila aparecía mi nombre aunque amigos suyos bien informados, y periodistas con acceso a él y a los suyos, repetían: "Marat Zabala seguirá", yo, señor, quise cerciorarme... Me recibió antes que a otros que llevaban horas aguardando. Me dio las gracias por lo mucho que lo había ayudado con mis trabajos... Mencionó que sólo un trato personal como el que tuvimos a partir de nuestro encuentro en Puerto Gardenia, permite conocer verdaderamente a los amigos... Me dio, por último, un abrazo que todos vieron porque estábamos en el porche de la casa...

–Muy político de su parte premiarse así, ¿no, pollo Zabala?

–Como habíamos conversado muchas veces, la hora parecía haber llegado oportunidad de programarse. "Voy a ser Ministro sin Administración", le planteé el asunto de esa manera. Le dije: "Dos nuevos ruegos, uno azul marino gris oscuro, el otro me entrego a vuestro sastre, y no se cual prefiere mamá que usemos su mandato". Y me dijo: "Y sabe que confecciona muy bien el de pesta".

¿Qué, Zabalita?

Comentó algo en voz baja y ellos prorrumpieron en risas los que avanzaron a escuchar. "Azul marino gris oscuro, no importa de qué color sea el traje por vas a estrenar mañana. Lo importante es que vas a lucir elegantísimo en la Cámara, Marat. Te veré allí y me haré un gusto. Luego si me sobra seguiré ya a adaptarte". Llamó después al general Alberto Damasco, el oficial que tenía a su cargo la Jefatura del Estado Mayor, y le ordenó que recogiera en una tarjeta los números de los teléfonos móviles que tenía la Guardia Civil para cualquier eventualidad, después de la reunión. Volvió a guiñarme y dijo para que todos lo oyeran: "Te hablaré, Marat".

Se quedó entre ellos un silencio. Ahora un poco más intenso y oblicuo, volvía la nieve a tocar los cristales, a dejarse oír. No suspendían su quehacer las cuadrillas enviadas por el Ayuntamiento para guardar dentro de un cerco de pinos el parque de San Tadeo. Una ambulancia, ¿o un carro de bomberos?, dejó atrás, remoto, el rumor de su sirena.

–Sigo sin ver, querido Marat, dónde estuvo el engaño. Según tú lo cuentas, nuestro amigo Ávila Puig te manejó, pero sin comprometerse a nada. Tú fuiste a su terreno y, como dicen los taurinos, él se limitó a lancearte...

Picado, argayo Zabala

Él, en cierta forma, me invitó a ir.

–No, Marat... Sólo te hizo creer que te invitaba. Un poco más serena que hubieras tenido la cabeza, habrías podido entender que jamás, ¡jamás!, le pasó por la sopa al doctor Ávila la intención de conferenciar con él a ninguno de los que aspiraron a la Presidencia...

Ya no había champoña en el fondo del vaso, pero Marat Zabala lo alzó para que alguna gota, tibia y dulzarrona, le humedeciera la lengua:

Dos ministros que fueron suyos, don Aurelio, siguen con él... Marco Tulio...

–Cimarrosa es, por costumbre, Inconstitucional. En su carácter, no importa quién sea El Hombre, él sirve al Señor Presidente de la República. Por eso resulta imprescindible en el Ministerio del Interior y, además, porque conviene tener cerca de uno a persona tan extraordinariamente bien informada como es él.

–Andrómaco Báus es el otro. Lo dejó en Construcciones Federales, no obstante que fue uno de los de la Esta, señor.

En los tobillos padecía el señor Gómez-Anda la molestia del frío. Se puso nuevamente en movimiento. Hablaba como si dictara:

–El amigo Andrómaco Báus no fue en estricto sentido un competidor de Ávila Puig, aunque como mi, como otros, buscara ser favorecido por la decisión de la Superioridad.

–Don Aurelio, ¡por favor! ¿No fue Báus el último que usted sacrificó para que sólo quedáramos Ávila y yo...?

Adusto, pontifica Gómez-Anda –su propio índice derecho marcando el compás a las palabras del discurso:

–No sacrifiqué a Báus, como tampoco sacrifique a ninguno de ustedes, por la sencilla razón de que nunca les vio El Partido aptitudes para merecer que se les pos-

tulara... Cada uno se entusiasmó, se ilusionó, por su cuenta, quede eso claro... En cuanto a Báus, no olvides que tuvo la visión, la astucia, la sensibilidad de aliarse a tiempo con Ávila Puig, esto es, comprometió irreversiblemente su propio futuro político, exponiéndose a tu venganza, Marat, si el Partido te prefería a ti, al inscribirse en la corriente, debilitada entonces, que ya apuntaba hacia el Ministro de Industrias y Desarrollo... Lógico fue que el doctor Ávila, tan urgido entonces de apoyo, de consejo, de la fuerza de un grupo más o menos organizado como era el que Andrómaco le aportaba, le diera el premio de permitirle seguir en el Gobierno. Que dure mucho o poco, que pronto o reemplace por Badillero Viderique o por alguien más, es harina de otro costal... En lo que a ti atañe, Zabalita, no veías chance alguno de quedarte, ni como barrendero, en el Gobierno Ávila...

¿Por qué no, señor, si puedo serle útil si se lo que sabe en mi especialidad...?

Chasqueó la lengua, rápida y autoritariamente, don Aurelio Gómez-Anda para que Marat Zabala detuviera las palabras que ya se le desbocaban:

–Para, Zabalita... Si digo que no temas, que nunca tuviste chance verdadero de quedarte con él, es porque considero, como El Señor lo habrá considerado también, que habías sido el único ministro con fuerza para enfrentarse al Presidente desde el primer minuto de su Administración... Ávila Puig quizá pensó que un Presidente no debe permitirse la debilidad de tener enemigos, o competidores peligrosos, dentro de su propia casa. Eliminarlos, eso ha hecho con buen tacto el Primer Mandatario... No departe en el Gabinete ni en ningún otro cargo, lo habría hecho, como él, yo mismo... ¿Sabes, Zabalita? Siempre temí que la impaciencia, tu guía de poder, terminaran por causarle daño a tu futuro...

SIEMPRE que tenía acuerdo con el Presidente en Los Abrigos, el gobernador Enrique Gavilán llegaba dos horas antes de la hora para hacer una visita social a La Dona, y entregarle "de viva voz", como decía, las cosas de la tierra, que le había traído y que a ella tanto le gustaba recibir: frutas de la estación y grandes cestas de mimbre dulces preparados por las mejores manos, verduras de sus buenos parcelares, dos quesos que ambos adoraban en su infancia, y algunas veces, como esa noche, pesadas cajas regionales de Santa Clara que la Comadre Rosario le enviaba a la Comadre Armandina.

A las nueve y media, pues era el último de los inscriptos en la lista de audiencias, el presidente Gómez Anda recibió a Gavilán. Luego de los abrazos, y previos a las peticiones que había ido a plantearle, el gobernador ofreció a don Aurelio, amigo suyo desde hacía lustros, los saludos de doña Chabelo Rosales, aunque sabía perfectamente que el Presidente

¿Cómo anda de salud el Viejo en estos días?

Inquiero, señor Presidente, porque no se olvida nunca el nombre del candidato...

–¿Tanto así le interesa conocerlo...? Los nombres andan de boca en boca, Enrique. ¿Qué más quiere don Chabelo?

Ruedan los nombres, señor, pero no llevan la estampa de boca de El Nombre –y sonrió hombrunamente, mientras se rascaba la sonabarba.

Nada dijo el viejo, el Presidente, y se dispuso a examinar, tal vez sin mayor atención, las tarjetas escritas a máquina que le había entregado al ocupar su silla del escritorio el gobernador Gavilán. ¿Se habría comprometido ya definitivamente con Marat el amigo Enrique? No sería el único rampaplán, en esos días, el ilustre. Para esas fechas, ¿cuántos militaban ya en el zabalismo? Además de sus cuarenta y siete senadores, y sus cientos y pico de diputados federales, tres de cada cuatro mandatarios de provincia son maratistas, incluida Marianela Pellener, que se acostaba con Marat cuando era soltera, y que siguió haciéndolo un tiempo después de casada. En plan de mal chiste, ¿no murmuran que todos los políticos están participando en la carrera de Marat-ón?" La víspera, cinco gobernadores. José Rogelio Alpayeca, Tancredo Peluffo Ibáñez Urruna, Sebastián Berrondo y el propio Enrique Gavilán, habían celebrado conclave en cierta casona de las afueras de la metrópoli y allí, entre ruegos y risas, aportando cada uno su considerable fuerza política, formaron un Bloque de Poder, cuya tarea principal sería apoyar la candidatura, por todos considerada "segura", del Ministro de Información y Turismo, al que llamaron a cierto teléfono secreto para comunicárselo. En su Cuarto de Radio, don Aurelio escuchó por primera vez las ominosas palabras que uno a uno fue dictándole a Marat, y lo que éste, a su vez, le dictó a todos.

–Me ha llegado el rumor –indicó, dejando las tarjetas a un lado y retirando de su nariz los quevedos– que algunos señores gobernadores, de los que andan de visita por aquí, han estado reuniéndose en el feudo de uno de ellos para ponerse de acuerdo y declararse, ya abiertamente, aun antes de que el Partido tome su decisión, rabalistas. ¿Sabes algo de eso, Enriquito?

¿Yo, señor Presidente? Gavilán se removió en su silla, como si estuviese sentado sobre un garbanzo.

–Supuse que lo sabías, porque algunos de tus amigos andan en ese ajo...

–Señor, yo... Usted sabe que...

–En cuanto a ti, Enriquito, en confianza, ¿quién te gusta para este año, eh?

Volvió a modificar la postura de su cuerpo alto y grueso el gobernador Gavilán, cuyo apellido, decían sus enemigos, iba muy de acuerdo a su afición a la rapiña.

Entre sus dedos índice y pulgar de la derecha, ostensiblemente empuñada, quedó una porción de su labio inferior.

–Soy desprendido, señor Presidente, y mi Honor será el suyo.

La mueca [illegible] que se mostraba, el azoro de Gavilán [illegible] que habrá sostenido ramos análogos con el Cardenal [illegible] de cualquier otro [illegible] volvieron al Presidente: "Cuando [illegible] ellos que se encuentran", "es la olvidado que ya se nota, pedal, incluso antes de que ocurra" La vida lleva Enrique Gavilán merodeando ésta política y todavía no aprende a poner una mentira convincente, a no permitir que su gesto y sus actitudes contradigan a sus palabras.

–Algunos de los que más se mencionan: Baus, Avellaneda, Vidagaray, Zabala, Esperanza Carrillo, Mireya López, alguno, supongo, te gustaría...

–Ninguno, señor.

–O sea, más amigos [illegible] de los otros.

–No, señor.

–Me han dicho que necesitas que haya diputados de Gobernadores [illegible] para [illegible] Partido para que propongan a Margarita Zabala como candidata a Presidenta. ¿Será verdad eso?

–Como usted ordene, señor Presidente.

Arqueó [illegible] una ceja. Buenos aprendices rompen [illegible] Han [illegible] con personajes comprometidos a favor de Maret.

–No siempre nos encontramos con ellos, señor Presidente. Como le dije antes, ya sólo tengo un candidato: el que usted señale, y una sola palabra: la que le empeñe cuando le exija que sea siempre leal con el suyo, y seguirá siendo [illegible] señor.

–Nada como ser leal, ¿verdad?

–Lo digo yo, señor.

Recogió don Aurelio Gómez-Anda los lentes y procedió a examinar, ahora sí con detenimiento, lo que se le pedía en las tarjetas. Luego de leer la segunda hizo una mueca. Miró los ojos azul claro del gobernador Gavilán. "Que cinco somos. Unos, por astucia. Otros, como él, por [illegible] lealtad [illegible]". Por qué no me lo [illegible] convencería, aperturidad, [illegible] no es la [illegible] necesidad. "Porque Gavilán cree que eso [illegible] la del Presidente [illegible] y ser [illegible]".

NO GUSTABAN esos que solía llamar "últimos momentos de soledad oficial" de cada día, bien diferentes a los de la "soledad personal" que empezaban para el después de abandonar, pasada la medianoche, su despacho en Los Arcos y retirarse, a través del laberinto de corredores y pasillos, a su privado en la Residencia, al Cuarto de Rafael a [illegible]. Allí [illegible], sin nadie más alrededor [illegible] en [illegible], y preparar con [illegible] y en calma [illegible] para [illegible] de las veinte, reanudar [illegible] al día [illegible] para resumirlos [illegible] en el curso de la jornada.

–¿Algo más, señor Presidente?

–Puede [illegible] retirarse, general.

Bebía a pequeños sorbos sucesivos [illegible] de los [illegible] de [illegible] la misma ración [illegible] porcelana entre las dos manos, asentados los codos sobre el cristal que cubría su mesa de trabajo. Pensaba o recordaba. Voy a [illegible] a recorrer las palabras, a reanimar las imágenes, a [illegible] promesas y mentiras, reformas y advertencias.

–Comienza mi guardia, señor Presidente.

–Enterado, mayor Esparza.

Había recibido [illegible] embajador de México [illegible] de gobernadores [illegible] una comisión de [illegible] y [illegible] de sus [illegible], a Plácido García [illegible] del Partido Unificador Revolucionario y a [illegible] grupos de [illegible]

recivos de la Cámara Nacional de Comercio. Estaba cansado. "Más, mucho más de lo que una tirada de trabajo como la de hoy me fatigaba hace diez, hace ocho, hace dos años. La máquina empieza a fallar". Aguardó a que volviera a hervir el agua y apagó la estufa de gas. En alguna parte, alguien puso a funcionar la aspiradora con la que de madrugada desempolvaban las alfombras. "Por donde le busqué, no importa como los combine, haga como haga la lista, que yo ponga, siempre han de quedarme como finalistas Alfonso Videgaray y María Zabala, o viceversa. ¡Joder!" Le dio al café, negro y fuerte, el sabor que le agradaba poniendo en la taza un grano de anís. "Con un ingobernable como Alfonso, o un ambicioso como Zabala dueño del poder, ¿cuánto duraría mi influencia...?

–Oh, señor Presidente. Perdón. Creíamos que se había ido.

–Dentro de un momento podrá pasar.

El encargado del aseo nocturno de esa parte de Los Arcos volvió a cerrar la puerta del despacho. Gumersindo Ávila organizó, por tamaños y colores, los lápices amarillos, rojos y azules, y los bolígrafos negros, que llenaban el tarro para beber cerveza que tenía siempre encima. Avellaneda Fajardo, Esperanza Arrillaga, Antonio Estévez, Hermenegildo Labrador, Miller-López... recordaba los nombres de los ministros que poco a poco había ido poniendo a circular, siempre de manera casual, entre políticos y comentaristas, para conocer sus reacciones, su aprobación o su rechazo, "son torpes, o viejos, o insensibles, y el cargo les quedaría grande. ¿Por qué resultan ser tan escasos los individuos verdaderamente dignos de que puede disponer el Primer Mandatario cuando ha de señalar al que debe sucederlo?"

–¿Llamó usted, señor?

No, mayor Esparza. Puede usted retirarse.

señor.

Alguna vez, al principio de su período, consideró la conveniencia de ampliar el "círculo interior", el grupo de funcionarios y políticos que componían lo que llamaba "la clase dominante del poder", pero no lo hizo, temeroso de que después muchos indeseables lograran colarse y, con el tiempo, llevar la discordia al seno de la Familia Revolucionaria. "Hemos de ser, al precio que sea, La Unidad entre nosotros. Los dirigentes han de salir de entre nosotros mismos, han de ser, siempre, nuestros". ¿Zabala, Videgaray? ¿Quién sería su elegido? Disponía aún de varios días para revelar El Nombre, para hallar a El Hombre.

Recordó el *Análisis de Opinión Pública*, que le había llevado Miguel Rebul. Buscó la copia, para releerlo en la cama. "¿Por qué no incluir, como Miguelito pide, al doctor Ávila en La Lista? Complacería así a un estimadísimo amigo y consuegro, lo que de ningún modo me parece impropio o negativo, una gran sorpresa y un buen desconcierto, entre quienes suponen que mis únicas, mis últimas alternativas son El Jefe Alfonso o Zabala... Si en estos momentos echo a circular a don Víctor, ellos dos se verían forzados a moderar el paso, a esperar su palabra, que es la única que cuenta. Sería fuerte por hombres darles con nuestro joven Ministro de Industrias y Desarrollo, ¿eh? Los que siguen a Zabalita, los que rondan a Videgaray, ¡qué confusos van a andar estos días!"

–No es necesario que me acompañe, Mayor...

Que descanse, señor Presidente.

Sacrosancho, los pies a rastras, fue apagando luces en las oficinas, las antesalas, los vacíos corredores. "Como no les cuesta, desperdician". En el primer rellano de la escalera se detuvo. "Tiempo, sólo un poco más de tiempo". ¿Para qué? Prefirió no responderse. Debía tomar, en nueve noches más, una decisión de la que el país

estaba aguardando, la que el Partido estaba exigiendo, la que estaban demandándole los hombres que por él podrían resultar favorecidos; la que El Libro le ordenaba anunciar a plazo fijo. "Incorporar al juego al doctor Arias no modificará el resultado final, pero me permitirá negociar, más ventajosamente, mis condiciones para el futuro, sea con Marat, sea con Alfonso". Ese futuro suyo que sentía seriamente amenazado por el inmenso poder que ellos poseían.

SE OCUPABA de llenar la copa en la que bebería su amargo whisky nocturno, cuando Armandina entró en la recámara. Rápidamente, porque nunca le había gustado que su mujer le viera desdentada la boca, sacó del vaso con los dedos, la prótesis que dejaba en remojo toda la noche. Discreta, ella fingió no haberse dado cuenta y prefirió, para sentarse, los pies de la cama. Su cuerpo se adivinaba suntuoso y desnudo dentro del camisón, copia en seda del lindo traje de labor que usan las indias en los escenarios de Costa Norte.

¿Cansado, mi señor?

–Preocupado, diría yo.

Seguía cepillando, lento el descenso del brazo, su pelo negro, largo y lustroso, con ya algunas vetas de canas. Cuando alzaba el codo dejaba al descubierto, por el hueco de la manga, sin intención, fugazmente, uno de sus firmes pechos. Hacía años que la amistad era el mejor recuerdo, el más perdurable, del comedido ardor que sus cuerpos conocieron. De todos modos, al Presidente seguía gustándole verla, y aun espiarla, desnuda. "No esta noche, caray."

–¿Por las noticias del pan, la leche y el gas?

–También por esto, pero más por otra cosa ...

–¿Se puede saber? –Armandina había aprendido a no preguntar de más; a no querer enterarse de cosas que su marido prefería guardar secretas en el silencio.

–Se nos ha venido el tiempo encima, y se espera que yo decida el nombre del candidato ...

De la botella le escogía en el compartimento exacto en que la guardaba siempre y la abría con su llave. Sólo cuatro personas (el doctor Monier, que lo animó a hacerlo después del infarto, el general Leal Garnica, Armandina y Fermín Palermo) sabían que bebía esos dos copas cada noche en el retiro de su recámara.

–¿Ya sabe, mi señor, a quién va a escoger?

–Ese "quién" es el que nos quita el sueño.

Armandina procedió a retirar de entre las cerdas del cepillo los cabellos que habían quedado enredados en ellos. Lo hacía al tacto, mecánicamente, sin dejar de mirar a don Aurelio.

–¿Le han vuelto los insomnios?

–Esas últimas noches, sí. Como hoy ...

Ella sonrió, como si no le creyera. "Igual que todos estos días. La Doña al mirarme sabe lo que le hace, con su desconfiada curiosidad, con su punzante intensidad, trata de encontrar en mi cara, en mi gesto, una clave, un indicio, algo que le permita adivinar ese nombre que yo aún no descorazo. Más que mi alma está escudriñando, desnudando me. Ha de creer que también a ella deseo confundirla, angustiarla. Se supone. ¿El hombre vuelto a esta boca para tratar de averiguarlo y hacérselo saber a la mujer de Zubara, que pasa aquí la tarde entera horneando los panecitos de ajonjolí que me mandó al despacho con el general Leal Garnica?"

–La decisión yo no la veo difícil, mi señor.

Don Aurelio se colocó los espejuelos. Mirándola un poco al soslayo, preguntó:

¿Por qué lo dice?

–Buenos elementos sobran en el Gabinete ...

Sonrió él, con malicia.

–Sobras, sí. ¿Cómo veras que me decidiera por nuestro querido... Jesus de Jesús

Muy seriamente, Armandina lo escrutó a medida que en su rostro iban apareciendo, sucediéndose, la sorpresa, la incredulidad y la colera, y él, impasible, soportó el examen.

–El marica de Jesús de Jesús, ¿candidato a la Presidencia?

–Es político experimentado. Hubo Buen administrador...

Dejó Armandina el cepillo en la comba del carrusel que se había formado entre sus rodillas. A la luz de la lámpara brillaba el aceite de oliva, mezclado con leche búlgara, con que de noche alimentaba la piel de su cuerpo. Permitió que una arruga interrumpiera la tersura de su frente.

–¿Lo dice de verdad, mi señor? ¿Dejar en su puesto a un tipo como él, con sus ridículas pelucas de colores, rodeado noche y día de muchachitos... y un *pájaro*...? –Muy serio, pero interiormente divertido por la indignación de su esposa, Gómez-Anda no replicó. Ella hablaba a borbotones –No se lo perdonaría nadie, don Aurelio... Piense en la Historia, en lo que usted significa ya... Si desgraciadamente a Jesús de Jesús, ¡a ese! le cediera usted razón a los que afirman que el nuestro es un país poco serio... Teniendo tan buenos políticos ¡Jesús de Jesús!

El Presidente se mostró menos adusto. Luego de un sorbo, parecía estar reflexionando. Armandina supuso que en eso se ocupaba, la mirada en las vigas del techo.

–Si no a De Jesus, ¿cómo veria al doctor Ávila Puig, eh? Es hombre joven, inteligente, recto. Nos la serviría bien... Es amigo del Grupo Olid y eso cuenta mucho para el país, y para nosotros...

Abruptamente, como si de pronto se hubiera enfurecido, o como si recelara que don Aurelio se burlaba de ella, se levantó Armandina. Con el cepillo golpeaba mesilla, la palma de su mano izquierda.

–Pero su mujer es insoportable, es un lagarto, don Aurelio... Una mujer rica, pedante, presentuosa, que mira a todos por encima del hombro... No la soporto, mi señor... Es insufrible, arrogante y...

Levantó su mano de huesos frágiles y piel muy suave, el Presidente:

–Lo discutimos a él, no a su señora esposa. ¿Isabelita Ventura se llama, verdad?

Resopló Armandina. En jarras, casi amenazadora, se encaró a don Aurelio, que seguía sentado en la cama entre las almohadas con fundas de franela.

–Si usted sabe, mi señor, que el mejor de todos sus amigos, el mas amigo, el que más nos quiere, y al que mas queremos... porque no hay quien no lo quiera... es Marat Zabala ¿por que no se decide por él, se quita de problemas y se gana, que bien lo merece, el derecho a dormir en paz?... Estoy segura, don Aurelio, que le darán una ovación cuando anuncie que el candidato va a ser Marat... Nadie va a enojarse, usted lo sabe, porque todos, todos estamos esperamos que él lo sea.

Don Aurelio Gomez-Anda cerró cuidadosamente en la página marcada el *Análisis de Opinión Pública*, señalado por el doctor Damián Cervalvo, director del Instituto de Estudios Sociales de la Fundacion Olid, IESFO y lo colocó sobre la alfombra, junto a sus pantuflas. Alborotadores, pues no encontró lugar en el buró, dejó sus anteojos.

–Si tuviéramos madura nuestra decisión, la habríamos anunciado ya, senora... No la tengo, ni por Marat, con todos sus muchos meritos, ni por nadie. Hay cosas que no debería resolverse sobre las rodillas... No le gus

[illegible] su valor al tiempo. Doña Respetemos!». Todas las [illegible] comes, trascendentes o no, emanan siempre de él.

Era noche cuando en los sábados, acostumbrando se que es[illegible] con sus opales los botones de su pijama y que el [illegible] sus llaves puestas en el bolsillo, escuchó los cascotes [illegible] por su esposa que usaba para tomar. –Nunca como ahora nos vale el refrán. El tiempo pasa de prisa.

Se acercó ella a darle un beso en la frente. Gómez Acebo le palmeó las [illegible] y recordó las de Teresa. Lo que [illegible] tenía igual de mal carácter pero esperaba de sobra que tanto le gustaba a él recoger al [illegible].

–Usted sabrá lo que hace, don Aureo, pero yo sigo creyendo que el mejor [illegible] el que más le conviene al país, es Mister Zabala.

[illegible] desperezando [illegible] para el se hallara apoyado [illegible] perdido el paso de corazón, [illegible] Gómez Acebo, y abiertos los ojos en la penumbra, el temor al [illegible] como una amenaza cuya pastilla [illegible] se negaba a atender, acordó a que [illegible] el dolor que ahora se acababa de matar a la vida. "Morir sin dejar [illegible]" Mucho tiempo después, ser un ver el cuerpo [illegible] inmovilizado apenas [illegible] sarpe, extendido el brazo derecho y a tientas busco sobre el buró la [illegible] negra con la que guardaba las pastillas azules, de tamaño de una lenteja que tomaba por órdenes del cardiólogo [illegible] Pedía tres [illegible] esa, desperadas e inconfundibles [illegible] veces, y siempre agotadoras. Con algo en [illegible] los [illegible] que fuera [illegible] frasco, botella [illegible] sobre la alfombra. Su mano encontró el apagador de la lámpara. La luz [illegible] se metió desnudándola ya no [illegible] peligro.

¡Uuuh! –gruñó fuerte, para [illegible], para saber

que [illegible].

De [illegible] en [illegible] tiempo [illegible] dar a su [illegible] postura. Cuidadosamente, como si temiese [illegible] se [illegible] sobre el [illegible]. Ningún dolor de [illegible].

¡Uuuh! –volvió a gruñir y con la derecha se buscó el lugar del corazón.

Los [illegible] apresurados, pero ya con [illegible] [illegible] sensación de estar [illegible] se [illegible] hacia el mal de la [illegible] pasó con [illegible]. Una vez [illegible] fue el [illegible], esta vez [illegible], lenta y [illegible] la [illegible] que [illegible] se [illegible] era [illegible].

También el Presidente pasa a solas estos [illegible]. Y por qué no? Se [illegible] la lengua una de las pastillas azules. La mano que acerca a su boca el [illegible] con agua temblaba como si el [illegible] el Mal de Parkinson. Al tragarla se sentía [illegible].

Después, muy despacio, se acercó a la ventana para abrirla. Gómez Acebo [illegible], aunque la brisa [illegible] del parque no [illegible] ser fría. Por la tarde, a eso de las cinco y [illegible] es [illegible] de [illegible] y [illegible] Soledad Acebo había entrado en su despacho por la [illegible] de sus [illegible] la cual sólo [illegible] usar [illegible] marcara la hora, ni la [illegible] de [illegible] de don Aureo. Lo [illegible] una [illegible] y otra.

–Tendrá [illegible] asuntos [illegible], señor.

–¿Algo [illegible], ingeniero?

–Importante [illegible] Dos [illegible], señor. De la Cámara, uno. Del Senado, el otro. Yo personalmente me [illegible].

–Vamos a verlos, pues.

Por esa puerta [illegible] sólo en dos ocasiones el Presidente había [illegible] no más de media hora en [illegible] antes

salieron del despacho. Por otra cámara el Jefe del Estado Mayor y Tenencia Acodado entraron a la muy secreta sala de control de imágenes, contigua al Cuarto de Radio, donde don Aurelio veía las que el Director del SIN consideraba merecedoras de su atención.

–Usted ordena, señor.

Ya ingeniero.

Por medio del SCC, Sistema de Circuito Cerrado que había hecho instalar secretamente en la Cámara de Diputados y en el recinto del Senado, también en cada una de las salas anexas a la de Plenos, de la Suprema Corte de Justicia, el señor Gómez Anda podía asistir al desarrollo de las sesiones, observar el ánimo de magistrados y legisladores, escuchar los debates y, sobre todo, enterarse de los dudosos que se recogían los cargos para ir a otros que no alcanzaban a pagar a las Mirnas. Si requería el Jefe del Control Político ordenaba que se le pasara la sesión. De esa sesión que apenas había concluido media hora antes, no existía más constancia que la cinta en la que Apodaca había registrado lo que más debía interesar a don Aurelio.

La cinta original, señor, registra los ochenta y siete minutos que duró la sesión. Esta que ahora verá usted conserva algunos aspectos generales y las temas de los doscientos quince, del total de los doscientos sesenta y cuatro señores diputados que acaban de comprobarse en el hall, que, si escucha usted llamaron Pacto de Solidaridad con Marat Zabala. ¿Empezamos, señor?

Por favor. Tendré que mirar más que oír.

Más diputados andan ya en el zabalismo.

Cuatro, cinco segundos, los suficientes para decir: "Yo, Bruno Bermúdez, con Zabala". "Yo, Rubén Palomar, con Información y Turismo" permanecía en la pantalla en el momento señalado frente al señor Gómez Anda el rostro del diputado federal que iba sumándose, en su

momento, a la candidatura presidencial, no decidida aún por el Presidente y por el Partido, del más "político" de los Ministros del Gabinete. A la sesión, que fue celebrada después de la semana santa, sólo tuvieron acceso los legisladores del PUR. Se llegó a sabor con toda seguridad que antes de la misma, en las oficinas, sospechando que un coloquio de consulta estaba efectuándose.

–Doscientos quince por Zabala y cincuenta abstenciones, ¿eh?

–Exactamente, señor... Le pasaré más tarde la lista con los nombres.

–Se lo agradeceré, ingeniero.

En el Senado de la República la votación, favorable a Marat, fue, en proporción, aún más abrumadora. De los sesenta y seis miembros de la Cámara Alta, todos del Partido en el Poder, cincuenta y siete, "diez más de los que estaban con él ayer", respondieron jubilosamente "Sí", cuando a uno por uno el Líder le fue preguntando si estaba dispuesto a "apretar filas en torno a Marat Zabala", según candidato a la Presidencia. Nueve no incurrieron en tal compromiso. Uno: el senador Fabián del Mar, que sugirió aplazar la palabra oratoria de senador Gómez Anda y de don Plácido Camposantos, que ofrecieron lealtad a don Alfonso Valdegaray, el Líder, cuyo zabalismo no requería ser consultado, y cinco prudentes que lograron escabullirse antes de que les llegara el turno de definirse.

¿Interesante sesión?

Mucho. Gracias por haberse tomado la molestia de grabarlo.

La brisa olorosa a puro le despejó de sueño la cabeza y le apaciguó el latir del corazón. Más allá de las altas bardas de piedra volcánica cubiertas por galvias y buganvilias, se adivinaba el resplandor boreal de la ciudad encendida aún a esa hora de la madrugada. Ya en descenso

hacia el Aeropuerto "Maiquetía Borges" un jet de línea sobrevoló Los Arcos... Esa mañana, como de costumbre, Gómez-Anda llevó al cuarto de baño, para leerlas rápidamente las carpetas con los recortes de todas las columnas políticas que publicaban los matutinos. En la de Angel Ferrara encontró un comentario, nefelibata por obvio. Para explicar "el fenómeno espectacular del zabalismo", lo comparaba "a una bola de nieve que crece a medida que avanza y que termina aplastando a cuanto se le pone entrente"

– Pudh!

Sobado o no, el lugar común de que se valía el comentarista representaba exactamente lo que había llegado a ser, en unos pocos meses, el zabalismo: una incontenible avalancha a cuya ciega fuerza arrolladora no escaparía nadie

–Si me descuido, no voy... –se escuchó decir

No sólo senadores y diputados, gobernadores y comandantes militares, funcionarios y políticos diversos adherían a la precandidatura del Ministro de Información y Turismo, próximo ya el día en que El Nombre debía ser anunciado por el Partido. También los líderes de los grandes gremios nacionales, por costumbre cautelosos para no equivocarse, y los dirigentes de los grupos que le hacían al gobierno el juego a la oposición. Había estado hablando con ellos y ellos habían preferido manifestarse por Zabala, sin esperar a que la identidad del heredero les fuera revelada por El Señor.

A nombre del Comité Ejecutivo del Partido Nacionalista Revolucionario, PNR, Vinicio Partés Jacobo expresó a Gómez-Anda, cuando conversaron dos tardes antes:

Habiendo conocido los nombres de los 'posibles', y analizado sus respectivas trayectorias, mis compañeros del Comité y yo resolvimos apoyar al amigo Marat Zabala, porque consideramos que nadie mejor que él, señor Presidente, para continuar la grandiosa obra social por usted iniciada, y realizada, a lo largo de estos diez años de estable prosperidad... Con Marat Zabala, lo creemos así, el proceso revolucionario está asegurado y entraría, además, en una nueva etapa: la del gran salto adelante... Nos complace, señor, que la nuestra en favor de Zabala vaya a ser la misma selección que de su candidatura a la Presidencia se dispone a hacer el Partido Unificador...

La noche de ese día, sin estar previamente citado, se presentó en la Secretaría Privada del Primer Mandatario, el caudillo vitalicio del Partido Democrático Socialista, Isidoro Domínguez Mendoza. Lo recibió Gómez-Anda y compartió con él un café. A la casual pregunta, "¿Qué lo trae por aquí, amigo Isidoro?", respondió entrando de lleno en el tema:

–Sabemos, señor Presidente, que está muy próximo el día en que usted, y su partido anunciarán el nombre de su candidato a la Presidencia... En el seno del Democrático Socialista hemos debatido largamente sobre si en esta ocasión debemos o no presentar a la consideración de nuestros correligionarios, y de la ciudadanía en general, un candidato propio... Tenemos, ¿cómo negarlo?, hombres magníficos, revolucionarios íntegros, verdaderos demócratas; mas, al cabo de reflexiones y análisis, hemos alcanzado un nivel de acuerdo: si nuestros amigos del PUR se inclinan en favor de Marat Zabala, el Democrático Socialista está dispuesto a no postular a uno de los suyos, y sumarse a la corriente del Ministro de Información... ¿Para qué buscar a otro, si Marat Zabala es el mejor para ustedes y, desde luego, para nosotros...?

En días y horas diferentes, uno ahí en la Casa Presidencial, otro, en Palacio, los dos líderes obreros de ma-

vor influencia y poder manifestaron su abierta simpatía por Marat Zabala ... en caso, señor, que a usted sea el que usted sepa.

–No vuelva a hacerme gustar Zabala –dijo el senador Saturnino Rosales Torres–. Sondeados los compañeros secretarios generales de los sindicatos que militan en nuestra central, se han pronunciado unánimemente por Marat. Esperamos solo la voz de arranque para lograr un millón de adhesiones al Partido.

–Nada es a gusto de usted, senador. Detenga a los manifestantes. Impídales la entrada unos días.

–Eso casi resulta imposible, señor. Tenemos todas las plazas que aparecerán en los periódicos, las nuestras, los carteles, la televisión y alertada a la gente. Por toda la República vendrán a la Convención.

–Tranquilo, senador. No se han debido de encontrar, y el Partido... En fin, dele tiempo al tiempo, ¿eh?

–Suelte ya al Hombre, don Aurelio, y quite de subir a tantísima gente.

–También senador de la República más poderosa, aunque su acompañante Rosales Torres es el señor Obregón, Heriberto Andonegui, amigo viejo de Gómez Anda, al menos veladamente.

–Hay mucho trabajo adelantado en favor de Zabala. Es le sabe usted mejor que yo, señor Presidente. La gente espera La Señal para lanzarse y ya lo sabe Aurelio, igual que siempre: aguarda su voz para hacerla llegar a sus compañeros.

–A su tiempo la tendrá, senador. La voz con El Nombre.

–¡Un nombre, les he dicho a los compañeros, que no podría ser otro, me parece, que el de Marat. Buen tipo, ¿verdad?

–De primera, senador.

A los dos líderes agraristas: Comte SanJuan, representante de la facción radical del Consejo Nacional Campesino, e Isaías Vargas, a cargo de la facción conservadora, los admitió juntos en Los Arcos. Podrían ser adversarios, pero no enemigos, y jamás iban en contra de sus personales intereses.

–Hemos venido, señor Presidente,

–para que nos dé línea.

–¿Sobre qué requerirá usted orientación, señores?

–Sobre la persona a la que debemos apoyar, para –usted sabe, señor, la importancia que en ¡ahora nos ha de los sectores.

–Y el sector campesino, que representamos, ha quedado al último, y

–no desearíamos ser los que se nos vaya a pasar ahora que hay tantos presuntos picando piedra para lograr la Presidencia.

–De esos caballeros a los que mucho se menciona en cafés y mentideros, ¿hay alguno que les guste más que los otros?

–Marat.

–Zabala, señor Presidente.

–¿Por qué él?

–Porque es el más amigo y

–comprende a fondo la problemática del campo, ya

–nos ha concedido sus más buenos proyectos,

–y nos gustaría que él fuera, para ayudarlo a realizarlos.

–Podemos, señor Presidente, ir a ponernos a las órdenes de don Marat?

Medio entre los dos, que le ganaban considerablemente en estatura, que lo ceñían por la cintura con los brazos, los Aurelio los llevó a la puerta por la que salían sus visitantes luego de la audiencia y les recomendó:

–Pueden, si tal es su deseo, aunque sengo la impre

sano de que Nuestro Partido prefería que todos conserváramos la calma y fresca la cabeza.

Aun olía el despacho del Presidente al tributo de chorizos y quesos, jamones y carne salada, que le habían llevado Vargas y SanJuan, cuando el capitán Evangelina hizo pasar al diputado Crisóstomo Gorráez.

-¡Querido Jefe Aurelio! -y se le echó encima, puesta amistad lo autorizaba a ser efusivo.

-¿Cómo va todo por allá afuera, diputado?

Crisóstomo Gorráez, en cuatro ocasiones miembro del Senado, en tres (esa, la última), de la Cámara y Diputado vitalicio de la H.N.G. Federación Nacional de Empleados del Gobierno, ocupó la silla, sin aguardar a que el Presidente tomara asiento. Grueso, de indio la cara, canoso el pelo pardo, solferino el traje de seda que parecía forrarlo, un rubí enorme en el anillo del anular, resopló y, confianzudo siempre, se apoderó de uno de los caramelitos de menta y miel con los que don Aurelio, si estaba cansado, se vigorizaba.

-Revuelto, señor, con tantos ansiosos buscando la misma cosa.

-¿Muchos?

-Cuatro o cinco de sobra, señor.

-¿Qué quiere decir, amigo Gorráez, con "cuatro o cinco de sobra", eh?

Gorráez, la hebilla de oro y piedras preciosas molestándole el más pronunciado de los pliegues de su vientre, dejó de jugar con la bolita de papel celofán y la soltó sobre el cristal de la mesa. Miró al Presidente:

-Fuera de Zabala, ¿hay quien tenga con qué llegar a sentarse aquí, señor Presidente?

Fue entonces cuando Gómez-Anda ocupó su silla. Con otra, como era frecuente que lo hiciera, respondió a la pregunta del diputado Gorráez:

-¿No los hay, don Crisóstomo? Varios, diría yo ...

Según los veo, todos igualmente buenos... Cada uno con sus cualidades, y con parecidos merecimientos para ser elegido...

-Zabala les saca ya mucha ventaja a todos.

En apariencia, sí... Eso no significa nada, Gorráez. El Partido aún no unifica criterios, sigue estudiándolos.

-¿Ya para qué, don Aurelio?

-Para seleccionar al mejor...

En todos estos años, ¿no ha tenido tiempo de saber cuál de sus Ministros es el que usted en verdad prefiere?

-No me he ocupado de eso, Gorráez.

-El Partido, ¡como si usted no lo supiera ya! -le sonrió, malicioso- terminará señalando a Marat, pues practicamente ha sido ya señalado...

-De una cosa sí estoy seguro, amigo Crisóstomo. La selección que se haga será la adecuada, y el Hombre que el Partido ha habrá de ser exactamente el que el país necesita para que lo gobierne.

Crisóstomo Gorráez se marchó de Los Arcos convencido de que con sus reticencias, don Aurelio Gómez Anda estaba ya preparando para ir a gastarle una broma pesada, a su debido tiempo, a su discípulo, a su Ministro favorito, a Marat Zabala, seguro candidato del PUR próximo Presidente de la República.

lo recibía siempre con afabilidad y lo despedía invariablemente con sonrisas y palmaditas, pero al señor Gómez Anda le resultaba antipático. "Tal vez porque fue amigo de los nuestros y no hay modo de engañarlo", el embajador Simon R. Brave. "Por haber nacido aquí, por representar los intereses de Washington entre nosotros, por haberse hecho amigo de ricos, pobres, curros, golfas, magnates, políticos, funcionarios, banqueros, perio-

listas estrellas y lejanores, el *pasante* se considera con derecho a meterse a nariz donde no debe y a opinar sobre lo que se le y reporte, de lo que no sabe.

A informar extraoficialmente a Gómez-Ando acerca del progreso que habían alcanzado ciertas gestiones suyas realizadas en el mercado del capital norteamericano llegó a Los Arcos en el momento en que, sobrando pasajero de su impecable limusina negra, partían Maximiliano Cárdenas Castro y Antuñano, y el Arzobispo Primado de la metrópoli don Emilio Olivier. Don Aurelio lo aguardaba en la sala donde había estado departiendo frente al aparato de televisión ante que a sus ocupantes los pretados. La corrida de toros carecía de interés y prisa ninguna. Bravo era amable conversador. El acaudalado que hablaba el castellano apenas perceptible. Sus negocios eran optimistas. No obstante sus crecidas deudas en el exterior, que algunos consideraban excesivas, el país seguía siendo buen sujeto de crédito. Conseguir un nuevo préstamo no resultaría más difícil que los anteriores.

Sin embargo, señor Presidente... —dejó en el aire el resto de la frase para que Gómez-Ando inquiriera:

—Sin embargo... ¿qué?

Pues sí, tiene usted temores... y esos temores tienen estrecha relación con el proceso político que pronto va a ocurrir en el país.

¿Temores...? ¿A una revaluación, a una devaluación, a lo que temen sus paisanos, señor embajador?

Las manos oscuras enlazadas sobre el vientre, que empezaba a redondearse bajo el cardigan de cashmere gris, Simón Rodríguez Bravo se quitó de los labios la sonrisa para que los detectara un fruncimiento.

Por *allá* existen dudas respecto a la capacidad administrativa y moral, a la honestidad oficial, si me permite expresarlo así, de algunas de las personas cuyos nombres

se mencionan como posibles candidatos a suceder a los rectores del Gobierno... A las denuncias a la marcha por un subcomité del Senado en Washington, a la investigación encaminada a descubrir qué funcionarios de bancos con los que el país se trata en mercados de capital han recibido alguna vez sobornos de cualquier tipo a cambio de favores a las empresas que están siendo investigadas. Se me ha dicho que entre ellos —los que a este país respecta— figura repetidamente el de quien cada vez parece estar más cerca de obtener la nominación del Partido Un leader. Revolucionario... Siendo el más popular aquí es el que de nuevos buena reputación goza *allá*. Es posible que la popularidad a que el pudiera ser exigido no dure mucho, pero si se ocupa a los círculos del dinero, señor...

—Hmmm.

Lo mencionado, señor Presidente, a sabiendas de que no es usted de los inversionistas, a quien le importe hablar de política interna... Como amigo creo lo que me manda aquí y que de aquí sigue entendido que es lo digo. Usted sigue siendo la fuente de semana, tomará la determinación que más convenga.

Esa noche derivó luego hacia temas menos comprometedores y se hizo mundana cuando aparecieron Arminda Gómez Ando, Bertha Summers de Cabaza y las esposas de Plutarco Cano y Nico Medina Albert, para anunciar que estaba lista y servida en el jardín la cena típica con la que cerraban todos los domingos las acreditables sociales de Presidente y su mujer.

Ya noche, terminada la última ronda de whisky, servida a cada cual la de su whisky que ellos bebían, y el vaso con limonada que pidió el progresista Gómez Ando casualmente:

—De todos los prospectos de los que tanto se habla ahora ¿cuál según ustedes, sería el mejor para el país...?

La respuesta de Plutarco Canto, director del PUR, coincidió con la de Otoniel Douglas, el experimentadísimo secretario de Acción Política del Partido (que había llegado a las ocho y cuarto para completar el cuarto de dominó) y fue la misma que produjo Noé Medina-Albert, compañero de juego de don Aurelio, y Coordinador General en el Ministerio de Industrias y Desarrollo:

-El mejor será, don Aurelio, el que usted decida ...

No lo comentaron entre sí al marcharse, pero cada uno supuso que la decisión iba a ser tomada por el Presidente en pocos días más ("¿para qué preguntarnos lo que sabe que le responderemos como él quiere?") y que favorecería a Matar Zabala.

SENTADO en el borde de su cama, Fermín Palermo aguardaba a que don Aurelio, que lo había llamado a las tres y media de la madrugada para invitarlo a desayunar con él a las seis, terminara de mudarse la corbata negra. "A medida que se hace viejo se le acorta la estatura", pensó viéndolo en camisa y calzoncillos, descalzo, sin los zapatos especiales a que Armandina lo acostumbró veinte años atrás para que luciera unos centímetros más alto.

¿Qué pasaría si para acabarle de redondear a La Lista agregáramos a ella el nombre del doctor Víctor Ávila Puig, eh?

Pasar, no pasaría nada... A menos que enrolar al Ministro de Industrias y Desarrollo, tan golpeado por las huelgas en estos días, tuviera una intención política que no conozco.

Esa intención, ¿no podría ser la de halagar, dándole una poca de cuba, al Sector Empresarial, tan hostil al Gobierno de un tiempo acá...?

-Siendo así, mételo..., aunque nadie se tragará el cuento de que Ávila tiene la más remota posibilidad de... Ávila Puig es un técnico, un economista. La gente desconfía de ellos... Pensarán que se trata de una broma cara...

Don Aurelio metió la pierna izquierda en el tubo del pantalón. Habló en equilibrio:

-Crean lo que crean, ¿qué importa? Convirtámoslo a nuestro joven amigo en el Factor Sorpresa por unos días... Llevemos un poquito de inquietud a los que se creen firmes y seguros... Hagámosles sentir que todo puede suceder, y que sucede, si el Señor Presidente así lo decide, ¿no?

ZABALA VOLVIA descorchando la segunda botella de champaña. En alto la ceja de la crítica (ésa que tanto temieron sus colaboradores, que tanto acercó a los políticos durante los diez años del pasado) Gómez Anda aceptó que era cierta la fama de bebedor considerable que construía una de las más apreciadas virtudes sociales de quien había sido Ministro de Información y Turismo en su gabinete.

-Muchas veces, señor, me he preguntado dónde estuvo la falla, mi falla, por lo que sus decisiones no me favorecían.

Que yo sepa, Zabalita, falla no hubo ninguna. Llegado el momento se escogió al hombre, que según creíamos, estábamos necesitando.

Llenó un vaso y la espuma resbaló entre sus dedos, se convirtió en gotas del tamaño de un antiguo peso de plata que cayeron en silencio sobre la manta color naranja. Colocó la botella en el suelo, junto a sus pies.

Alentado por usted, señor, reanudé trabajos políticos. Hice mi juego a la vista de todos.

-Así fue.

Jamás me reprendió usted, señor, ni me desanimó tampoco.

–¿Por qué habría de hacerlo? Muy pronto nos pareció que un político aspira a ser Presidente de su país como hemos soñado en el principio de su carrera.

Siguiendo su ejemplo, señor, siempre amigos, dulces voluntades, constreñí esa que usted me ha enseñado a considerar la peor estructura del poder. En una palabra, hice lo que usted habría hecho, y sin embargo –bebió un trago largo, pausado, que le dejó un cosquilleo en los labios.

–¿Sí?

–... prefirió usted al doctor Ávila Puig... ¿Por qué él y no yo...?

Por los imponderables, Zabalza; esos que lo joderán uno cuando menos se espera...

Todos, más temprano aun que Marat Zabala, habían relegado "trabajos políticos" con la pretensión de alcanzar la Presidencia de la República cuando Gómez-Anda la dejara. El más sabio de ellos, Alfonso Videgaray, se estaba resentido porque don Tito Lívio Gómez de Lara había revelado que su heredero fuera Aurelio Gómez-Anda, sin haberlo demostrado. Se disciplinó a la Superior Decisión del Señor Presidente y aceptó servir también al sobrino. Pero esta era la batalla por la candidatura, Videgaray no fue sentenciado, como todos suponían, al ostracismo, al revés. Gómez-Anda lo conservó en el Ayuntamiento. "Fue otro error de mi parte dejarlo ahí, Fermín, dueño de toda su fuerza, en el centro del poder y con la caja del dinero abierta y á su alcance", habría de comentar, tiempo adelante, don Aurelio... La ceremonia de los besamanos había concluido poco después de las cuatro de la tarde y, luego de posar con los miembros del

gabinete para que el fotógrafo de Palacio tomara el recuerdo del grupo, el nuevo Jefe del Ejecutivo Federal procedió a despedirse de quienes, a partir de ese momento, le ayudarían a gobernar al país.

–Quisiera, señor Presidente, que me concedieras dos palabras a solas.

–Las que gustes, Alfonso.

Los cuatro, del brazo, caminaron lo suficiente, por el centro de Salón de los Embajadores y luego, a través del de los Virreyes y de los Héroes Revolucionarios, hacia su oficina privada.

Gómez-Anda pidió a Videgaray que lo esperara un minuto en la antesala contigua al despacho. Deseaba entrar solo, por primera vez, ya como Supremo Mandatario de la Nación, en esa enorme oficina cuya suntuosa severidad lo había intimidado siempre. Más intenso que nunca le pareció el olor de las maderas, recién barnizadas, que cubrían los muros, de la cera que lustraba los pisos de parquet, de las palmas japonesas que en pequeños pebeteros de bronce perfumaban su aire secreto.

–¡Señor Presidente don Aurelio Gómez-Anda! –dijo con voz abarrotada, como si se anunciara a sí mismo, y le pareció que se oía bien.

A la derecha, en su asta reluciente, colgaba la seda incolora de la bandera nacional. Acarició sus pliegues, disfrutando de su textura. Ocupó después La Silla, con asiento y respaldo de cuero verde. Sus manos asieron los cabezas de león, fundidas en Milán, que remataban los descansabrazos. Repitió:

–Don Aurelio Gómez-Anda, Presidente Constitucional de la República... –y luego, sin cólera, sólo con autoridad, descargó un puñetazo sobre el escritorio.

Dejó La Silla y caminó lentamente, reconociéndolo, como si nunca antes hubiera estado por el despacho de El Señor –el lugar de trabajo del Primero y más Pode-

roso, el más Temible y Magnánimo, Sabio y Justo de los ciudadanos de su República. ¿Qué cambios podría hacer ahora que no hubiera hecho sus colores y... menos aún se hubiera dado? ¿Qué podía cambiar si lo que había hecho le gustaba? El cuadro con la escena de la recepción al Virrey y el de Pedro ante el generalísimo Valencia en el Valle de Cortés; el óleo con la venerada imagen de César Díaz, primer Presidente de la Segunda República; las tres sillas de Carlos Magno; las tres mesas que en París compró el escultor imperialista a unos del Directorio; los candiles y las altombras persas; el sofá y sus anchas butacas de cuero borgoña, todo ello fue un paso en ese mundo de cadáveres de la memoria.

Avanzó por los balcones del mezzanine. En la Plaza Mayor seguía el sereno con su farolito y Daniel calculó la cantidad de personas que se habían reunido para el funeral cuando de vuelta del Congreso se mostraran a ella, en el simbólico Palacio de la Ciudad, por Armandares amparando el pecho lo que había costado llevar a toda esa gente, se preguntó, para el último arreglo de cuentas. Cuánto se debía el pequeño grupo que llegaba?

Sobre el escritorio de caoba tamaulipeca que sirvió a dictadores y semidioses, caudillos y presidentes, encontró el rumor de las órdenes. "El seno de Santa Eulalia", pensó al oprimir su botón. En la puerta, sólo la cabeza de un ayudante, apareció el capitán Zuloaga.

–Haga pasar al señor Videgaray.

Lo recibió así, de pie, los nudillos de la mano izquierda sobre la cubierta del escritorio. Más con el gesto que con la voz, le ordenó ocupar la silla del acusado. Cruzó los brazos. Alcanzaba a mirar, bien alta en la cabeza del alcalde, una frente transparente de calvicie.

–He querido hablar contigo a solas para dejarte en claro, desde el principio, por qué estamos aquí, para

fui tu enemigo, te competí contra él por obtener la Presidencia.

Asintió Gómez-Anda, firme la mandíbula. No sonreía. Un rostro ajeno, duro, de rasgos fuertes, ocupaba el lugar del suyo. También lo notó Videgaray.

–Por la Presidencia de nuestro país, lo sabemos, no se compite, Alfonso... Lo que aspiramos a obtenerla, merezcas o no, somos miembros de una misma unidad familiar. Como en todas las familias, hay un padre, hay un jefe, que nos mira, nos observa, nos valora todos los días... Uno de nosotros, uno de los hermanos, recibirá de él en su momento la responsabilidad de tomar su sitio, de preservar y continuar su obra... Es lógico que todos, ministros o no, secretamente o a la vista de los demás, nos esforcemos por hacernos merecedores de tan señalada distinción... Pero sólo uno de nosotros puede ser elegido... Ocupar el lugar del Padre no es una victoria personal, sino el resultado de una selección, de una decisión, a la que somos siempre ajenos... Los hermanos que se quedaron al borde de la mesa, no fueron, no son en estricto sensu, competidores o, como dices, enemigos del que ocupará la cabecera, y éste, si es justo y además inteligente, conservará junto a sí a los valiosos...

Alfonso Videgaray se levantó. Su estatura era bastante mayor que la de Gómez-Anda. Se apartó unos pasos para que la diferencia fuera menos notable. "Con un hombre bajito como es él, nunca sabe uno a qué atenerse"

–Agradezco, Aurelio, la generosidad que me has demostrado al conservarme junto a ti.

Somos viejos amigos, don Alfonso. Respeto su experiencia y aprecio su probada capacidad... Es pesada, muy pesada en ocasiones, la carga que recibimos. Sólo con mucho esfuerzo, con pasión en la entrega, nos será

posible a cavar nuestro destino. Del alcalde Videgaray espero total ayuda...

–Hasta el límite de mi resistencia la tendrá, señor Presidente. Más que colaborador suyo, me considero el más comprometido, en gratitud, de sus hermanos.

...lo que le informaba el Ministro del Interior servía para corroborar lo que otros reportes, igual de fidedignos, le habían hecho saber a propósito de las tareas a las que se empeñaba, además de las inherentes a su empleo, con entusiasmo y ya poca discreción, el alcalde Alfonso Videgaray.

El Jefe Alfonso se almeado, como ya sabemos, a los líderes estudiantiles, sean universitarios, normalistas o politécnicos –abundo Cuauhtémoc– y también lo que puede ser un día para empezar a preocuparnos, a quienes en la capital y en las ciudades de la provincia, dirigen a las colonias de las villamiserias de las favelas, de los arrabales de pobreza. Esas multitudes de individuos, estimulados por las promesas de sus jefes, que a su vez las recibieron de nuestro alcalde, se han comprometido a participar en, a secundar cualquier aventura que Alfonso se proponga emprender, no importa qué tan absurda nos parezca.

–¿Por ejemplo? –Gómez-Anda, los ojos en la claridad de la Plaza Mayor abrillantada por la luz de las ocho de la mañana, no se volvió.

Desde su silla de acuerdo, con los ojos a su vez fijos en la del Presidente, vacía y verde, contestó Marco Tulio Cuarroso.

–Por ejemplo, una insurrección... La chusma en oleadas ocupando capitales, volcándose sobre nosotros. Arrasando todo...

–¿Es ello probable?

Imposible, ahora, no es, señor.

Gómez-Anda permaneció junto al balcón, deslumbrado entre la blancura de los visillos. Al otro lado de la plaza, en el Palacio del Ayuntamiento, réplica del suyo, Alfonso Videgaray, su amigo y colaborador, el popularísimo alcalde, seguía acumulando poder, comprando todo lo que tenía un precio o estaba dispuesto a venderlo. Miembros de su equipo han ramificado, recordó, ocupaban cargos importantes o no, vistosos unos, oscuros otros, en todos los ministerios, en las empresas de participación estatal, aun en las oficinas privadas del Presidente. Oconiel Douglas le había dicho: "En todos los niveles del gobierno hay gente suya, Aurelio. Alzas una piedra y debajo de ella encuentras un alfonsista", y Noé Medina-Albert: "Es increíble, señor, el número de personas que Videgaray ha conseguido incrustar. Increíble..." Ordenó que se levantara un censo de ellas (quiénes eran, dónde trabajaban o cobraban, cuál la misión que cumplían en favor de, o por órdenes del Jefe Alfonso, y sobre cuántos otros influían) y cuando recibir el reporte se dio cuenta de con qué habilidad había logrado Videgaray convertirse en una fuerza política de extraordinaria magnitud.

–¿Por qué no es imposible, Marco Tulio?

–Recuerde, señor Presidente, los tumultos que en el último par de años han ocurrido, a partir de las que llamamos colonias proletarias en Victoria, Salvatierra, Santa Clara, Valladolid, y demás capitales de provincia... Los líderes que Videgaray ha ido formando para que le manejen, aquí, La Verbena, han preparado, a su vez, a quienes se ensayaron en esos motines... El esquema ha sido invariablemente el mismo... La multitud sale de sus barracas en son de guerra. Se derrama sobre las calles. Ocupa los edificios públicos. Inicia el vandalismo: saquea comercios, rompe vidrieras, pinta grafiti pa

reles. Crea el caos. ¿Por qué? A veces, porque no le gusta el candidato a gobernador. Otras, porque rechaza un aumento a las tarifas de la luz eléctrica (que entre paréntesis se roba, o no paga) ... Otras más, en fin ... El motivo es lo de menos, señor ...

–En efecto ... –cabeceó, desalentado, el Presidente.

Detrás de todo ello, como detrás de las turbulencias estudiantiles del año pasado, aparece la mano del Jefe Alfonso ... La mano, y el dinero que tan abundantemente distribuye. Nada personal en lo que digo, señor. Sólo la exposición de lo que está ocurriendo ...

EL GENERAL TEODORO Gómez hizo un comentario que preocupó al Presidente.

En estos tres o cuatro cortos años, don Alfonso ha logrado crear un magnífico cuerpo de policía, espléndidamente equipado y rigurosamente entrenado, señor.

¿Por instructores de las Fuerzas Armadas, general?

No, señor Presidente ... Don Alfonso prefiere entrenadores extranjeros ... A los nuestros los destina a [illegible] de los conscriptos.

Hmmm.

–Ha adquirido, además, una enorme cantidad de tanques anfibios, de carros de combate y de blindados. Todo modernísimo, todo muy caro ... Más que una fuerza preventiva, señor nuestra policía ha ido convirtiéndose en una fuerza potencialmente agresiva ...

Arguyó sin énfasis don Aurelio.

–Los escándalos callejeros de los últimos meses. Los ataques de supuestos guerrilleros a nuestros policías. Los secuestros de personas. Las incursiones de los terroristas urbanos en bancos, almacenes y cabinas. Todo eso, general, ¿no justifican que el señor Videgaray se haya preocupado por reforzar a la policía en la forma que me dice?

Aun a riesgo de molestar al Presidente, tan amigo del Jefe Alfonso, o de comprometerse con una acusación que no estaría en condiciones de sostener con argumentos de prueba, el Vice-Ministro de Guerra y Defensa, expresó:

–Si usted lo quiere ver así, así es ... Pero la realidad, señor Presidente, es bien otra. Desde mi personal punto de vista, el Ayuntamiento ha acumulado más equipo del que necesita, y no sólo para que alguien se gane un poco de dinero ... A la ciudad no le hace falta lo que ha comprado Videgaray ... Más parece material de guerra, señor, que de apoyo a la gendarmería ...

¿De guerra, general?

Sí, señor ... El que hemos visto, el que Videgaray nos permite que veamos, es distinto al que guarda, muy celosamente, en los campos donde entrena al personal que lo maneja. Equipo este de que le hablo, señor Presidente, que nada envidia al de ciertas secciones del Ejército.

EN DICIEMBRE, el presidente inauguró otra de las muy vistosas obras de ingeniería realizadas en los últimos años por el Alcalde Alfonso Videgaray –el Trébol Gómez Anda-Este, tan grande y hermoso, que en él coincidían y de él partían los doce anchos viaductos del nuevo sistema vial. En los alrededores de esa urdiembre de caminos, el Ayuntamiento agrupó, tal vez, a doscientas mil personas que vitorearon a don Aurelio cuando descorrió la cortinilla de terciopelo que cubría la placa de bronce en la que se fijaban, para la historia, el día, el año y la circunstancia del evento.

Correspondió al señor Gómez-Anda, en compañía del alcalde, hacer el primer recorrido oficial por las espiras del Trébol Este.

–¿Te gusta, don Aurelio?

Maravilloso, sí. Un poco demasiado caro, se me hace.

–La ciudad se merecía algo así, y también tú.

A una y otra orillas de la Autopista Inter-Urbana habían sido alineados para admiración de las multitudes docenas de tanquetas antimotines, carros de asalto, patrullas de transporte, ambulancias y motocicletas de gran tamaño. Rígidos dentro de sus uniformes azul marino, los responsables de ese equipo presentaron armas o saludaron a la manera militar cuando el Presidente, a bordo de un vehículo descubierto, les pasó revista.

–Me parece, Alfonso, que has gastado mucho en la compra de tantas máquinas...

–Las necesitamos, señor Presidente...

–¿No te bastan, como siempre habían bastado, los gendarmes y nuestros grupos de *civiles*?

–Ya no, señor... Una ciudad como la nuestra, con nuestra metrópoli tan amplia y con la nueva, debe ser adecuadamente vigilada. El gendarme con su garrote de goma, y aun el *civil* han dejado de ser ellos mismos rebasados. Recuerda las pedradas a los estudiantes, los saqueos que ocurrieron en La Merced y en otras zonas de precaristas. El modo que se presentaron al Gobierno, con su impudencia y sus pretensiones, los petroleros, los conductores de autobuses, los médicos... ¿Sirvieron de algo las cachiporras, las varas largas, los guanteletes de hierro? De nada, señor Presidente... Cambia la conducta de las ciudades, deben cambiar sus métodos de seguridad... Ese equipo, que costó menos de lo que podría uno suponer, es el que requiere nuestro tiempo.

Gómez-Anda prefería que Videgaray lo considerara tacaño a que lo sospechara desconfiado:

–Hay que ahorrar, Alfonso, hay que ahorrar... Este

material que me has mostrado, ¿es todo el que tienes?

–Lo es, señor... Por un momento estuve tentado en llevarlo en caravana a Los Arcos.

Sereno fingió reírse don Aurelio.

–La gente hubiera pensado que estabas asaltando la casa del Presidente...

No festejó Videgaray el comentario de Gómez Anda:

–La gente no sabe lo que piensa.

Escoltado por dos sedanes de seguridad, por la ambulancia que lo seguía siempre (para brindar instantánea atención médica en caso de necesidad), y rodeado por una docena de motociclistas, el automóvil del Presidente se acercaba ya a la Reseda. A los lados, de cartón-piedra de rosa, centenarios aunque lucieran como recién hechos, los arcos del viejo acueducto que en el siglo XVII llevaba agua a la metrópoli, señalaba el término del recorrido.

–Sigo pensando, Alfonso, que ese dinero distraído en armamento habrías podido emplearlo en algo más útil, y necesario...

–¿Puede haber algo más útil y necesario, señor Presidente, que la seguridad de nuestra capital, que la paz en que vivimos?

EL CORONEL RODRIGO de la Peña, recto del izquierdo, podía ser romo, o por lo menos no muy apto en el manejo de las palabras y de las ideas, pero, le constaba, era leal, discreto. El último año Gómez Anda le había confiado secretos y, después de haber enviado preso a ensacarlos. De la Peña había sabido guardar los confidencias y, al hacerlo, se había asegurado la confianza de El Señor. Fue por ello que lo designó vice-alcalde de la metrópoli.

–Otros reportes, además de los suyos, coronel, me indican que nuestro muy querido amigo, el señor Videgaray, está rodeándose con gente ambiciosa. Con malos consejeros, que lo malaconsejan. Que tratan de convencerlo de que él, y nadie más que él, tiene derecho a venir a vivir a esta casa...

Quizá el coronel De la Peña no entendiera la connotación de esas palabras, pero, de todos modos, como lo hacía siempre que Gómez Ávila detenía sus palabras para hacer una pausa, asintió y dijo:

–Sí, señor.

Aunque ya sabemos que don Alfonso es persona prudente, debemos cuidar, coronel, que no le llenen la cabeza de ideas absurdas, ¿eh?

Sí, señor...

Como sucedíamos a la sobremesa estaría pronto los días del fastidioso ritual de las decisiones, y el señor Videgaray, como que ahora demasiado inquieto. ¿Que le dirán sus amigos, que ellos lo están cambiando, eh? ¡Si lo supiéramos!

Sí, señor.

Se me ocurre, como viejos camaradas de Alfonso que usted y yo somos...

Sí, señor.

...que en su beneficio estamos obligados a protegerlo, a impedir que esos que lo rodean acaben por echarlo a perder, coronel. Habrá que controlarlo, ¿eh?, y también a los de su grupo. No creo, coronel De la Peña, recomendarle absoluta discreción.

–No, señor.

–Ahora bien, se preguntará usted, ¿cómo piensa el señor Presidente que controlemos a alguien tan voluntarioso como es el Jefe Videgaray, eh?

–Sí, señor.

–Pues se me ocurre, estimado coronel...

Empezó a moverse por el despacho y a hablar lentamente, claramente, como si De la Peña fuera un niño en uniforme al que debía darle órdenes breves y directas que pudiera ejecutar sin riesgo de error cuando así le conviniera a él.

CASABLANCA había visto Plutarco Canto a don Aurelio más contrariado con el juego o más preocupado que esa tarde. La verdad había sido esa, pues, porque El Señor no había producido ni una sola frase importante. Hasta el final, cuando anunció con desgano sus pases. Fuerte resultó de sus cartas la jugada sola que había estado aguardando.

–Creo, Plutarco, que nos hemos ganado un trago... y la merienda. Hagamos durar, asumiendo los pases fallidos, la horchata y el agua mineral, beberemos cerveza.

También el Presidente se apartó de la mesa y, con Videgaray a su lado, se dirigió hacia un

–Estoy preocupado, Alfonso.

–¿Por qué, Aurelio?

–Por ciertos rumores que me llegan. Rumores de probable violencia. Amenazas de desorden. Se me ha dicho que hay tensión en la ciudad, como si algo grande, y grave, fuera a ocurrir.

–El país. Aunque yo no sabría decirle qué, ya para saberlo, estoy viviendo momentos difíciles.

–En la ciudad, no el país, Alfonso. Hay llegado a inquietarme el rumor de que existe la posibilidad de un levantamiento.

¿Una sublevación, dirás?

–Peor que eso... Una, digamos, insurrección en los barrios populares... y no sé, créeme, a qué atribuirlo...

Se habían detenido para que don Aurelio regalara cubos de azúcar a la pareja de ciervos de complicada

cornamenta que les cerraba el camino, cerca del estanque de las carpas.

La gente está inquieta por la huelga de los distribuidores de pan, de leche y de gas. Fuera de eso, no veo por qué.

Confidencial y lento, Gómez-Anda reanudó su paseo por el parque de Los Arcos. Silenciosa y sobrada de luz, maduraba la tarde. El relámpago. Hacia el norte seguían reuniéndose esos nubarrones color pizarra. De relampago encendió su chispazo, remoto.

He llegado a pensar, Alfonso, que la presente situación política, esa espera en que nos encontramos, tiene algo que ver con... Que creo leer que se agita a la muchedumbre, a los grupos más desasosegados de sus habitantes, para presionar al Gobierno, para presionarme a mí, empujarme en la dirección que ellos quieren tomar. Pensó. Parado.

–Son días de intrigas, estos. Tengo esta ciudad bajo mi control, Aurelio...

Me tranquilizas, Alfonso. Se me había dicho que La Verbena de tus amigos era el principal foco de desasosiego.

–La Verbena está en paz. Mis amigos son los míos, como siempre. Pasé por allí esta mañana. Hablé con sus líderes, también. Puedo asegurarte que no hay motivos ni de preocupación, ni de duda...

–¡Qué bueno, Alfonso! –dijo el Presidente, sin convicción. Pensó después: "Habrá que hacer, ya, esas llamadas".

Recordó: "Situada al este del valle, La Verbena constituía de hecho, una república aparte de las más populosas de las villas-miseria de la zona que la rodeaba por doquier. Un grafiti recién cantado había revelado, entre otras cosas, que en La Verbena existían, por mayoría, más prostíbulos de lo exigible en una población de esas características, retrasos en vacunación, enfermedades venéreas, estafas y robos de gas, homicidios, balaceras y secuestros. Todo lo cual en una superficie igual a la de una manzana porteña, había permitido saber que el 40% de las casas era de madera, cartón y chapa, una sola alcantarilla y que sobre los 30 mil habitantes pagaban el importe de alguna conexión a la red de agua potable. Los funcionarios encargados de hacer cumplir las leyes y las boletas de tapiz fallecían en el intento, y en cada ocasión se registraba un homicidio cada seiscientas horas y la tasa de crecimiento demográfico superaba a las más altas del país. La Verbena se había desarrollado casi por generación espontánea hacia los años ochenta, cuando los grupos de campesinos y obreros desplazados por el colapso urbano empezaron a levantar chozas de hojalata, cartón y madera. En esos remotos años sus habitantes no habían hecho inversiones en las arcas del Ayuntamiento ni un centavo por concepto de impuestos. Rejuntos y chorros, los vecinos de La Verbena tenían en Villegaray su más demoledor prejuicio. Ellos, a cambio, eran sus más resueltos partidarios –una especie de amor con la que contaba para lo que fuese necesario".

–La gente de Zabalo anda con la lengua muy brava –apuntó el alcalde. Los cuentos, los bisbiseos, los rumores que se oyen en cafés y antesalas vienen de ahí. ¿No ha llegado a esparcir el infundio de que el Presidente Gómez Anda prepara un golpe militar para perpetuarse en el poder...?

Otra vez tristemente sonrió don Aurelio –y Villegaray no supo si lo hacía porque entendía el poder contar con la colaboración de las Fuerzas Armadas o porque le parecía del todo absurdo que se le creyera capaz de conspirar contra sus propios intereses.

–Los murmuradores no se detienen ante nada, Alfonso. Ya sabes lo que dicen de mí...

–Por fortuna, Aurelio, los viejos como tú y como yo, hemos aprendido a saber dónde se esconde la verdad.

TAMBIEN LENTAMENTE se paseaban en el exterior de la casa Fermín Palermo y Plutarco Canto. El señor Gomez-Anda y el Jefe Alfonso, ¿qué harían en secreto? ¿Estaría don Aurelio comunicándole a su tan cercano amigo, al haber funcionario y popularísimo personaje, que a él le correspondería ser el candidato a la Presidencia, esto es, como merecida culminación de una dilatada carrera política, sucesor suyo?

¿Estará Alfonso considerando la decisión de El Señor?

–Quizá sí. Aunque es probable que todavía no.

Siempre supuse que los finalistas serían Zalata y Videgaray. ¿Tú, no?

Lealmente serán, Plutarco, los que diga Aurelio Iglea.

DE PRONTO, el Presidente avivó un poco el paso:

No hagamos esperar a nuestros amigos. Ve tú a saber en qué cavilaciones los habremos metido, ¿no?

Plutarco anda nervioso estos días.

Elegir al adecuado candidato a la Presidencia de la República no es tarea fácil para el Partido.

–Tampoco lo será para el, supongo.

Parsimonioso, un pavocreal paso delante de ellos. En cuclillas, al pie de la Victoria de Samotracia, un guardia de seguridad los veía avanzar.

A propósito, Alfonso, ¿te importaría que tú y yo nos fuéramos juntos al Consejo, en mi coche?

Como ordenes, Aurelio.

–Lamento estropearle el descanso del domingo a nuestros amigos Ministros, pero la situación exige que nos reunamos.

El Presidente pidió que lo excusaran unos minutos. Su automóvil, el de Videgaray y los de sus escoltas, la ambulancia y las motocicletas, fueron colocados en la puerta sur. Un helicóptero de apoyo, que sobrevolaría la ruta a Palacio, fue puesto a funcionar. Plutarco Canto escuchó a su Jefe Alfonso. Se arriesgó a hacerle una pregunta en voz baja.

–¿Ya?

No.

Ninguna emoción alegraba el rostro del alcalde. Ninguna decepción lo entristecía. "O no le dijo nada o Videgaray sabe disimular mejor que nadie." En ese momento empezó a lloviznar finamente.

DESDE SU RECAMARA Gomez-Anda hizo dos llamadas. Sentía una especie de vaga decepción. "Tantos años de amigos y mentirme de ese modo... Videgaray está dispuesto a manchar de sangre al país con tal de... No me queda ya duda... Alfonso, Alfonso, ¿por qué han de ser las cosas de este modo?" Al Presidente de la Suprema Corte y al coronel Rodrigo de la Peña les dijo, neutro el tono:

Se procederá conforme a lo acordado...

Ya para salir se miró en el espejo. De sus hombros retiró lo blanco de la caspa. Volvió a recordar: "No se puede gobernar si se padecen remordimientos." Salió sin detenerse en el costurero, donde Armandina le tejía una bufanda.

ESA NOCHE, en el noticiero de TV-Ohd 9, se presentó al telespectadorio de la República, ilustrada con somas impresionantes, la crónica de la matanza ocurrida, poco después de las ocho, en la comunidad de La Verbena. En dos o tres ocasiones apareció, muy clara entre el tumulto, la imagen del alcalde Alfonso Videgaray. Se escuchó decir a Jacinto Olmedo:

–Aunque no ha habido comunicado oficial, se habla de que hay varios colonos muertos y un número, que quizá pase del centenar, de bajas de cierta gravedad. Ha sido imposible, hasta el momento, hacer contacto personal con el alcalde Alfonso Videgaray que se hallaba en el lugar de los hechos. Según el personal menos escéptico de los *cenáculos* al enterarse la escuadra Videgaray ha desaparecido. Por lo demás, todas las fuerzas del orden, incluido el Ejército, han sido movilizadas en previsión de que se inicie mañana, al salir de La Verbena como se ha programado inicialmente desde esta tarde o temprano mañana, una marcha sobre la ciudad, cuya propuesta inicial era tomar la Plaza Mayor. En círculos políticos se ha comentado que el señor Videgaray, de reconocida rudeza de procedimientos, se entrevistaba en sus momentos de ocuparse, si que viniera al caso, a la acción directa. La pregunta que está sobre la mesa en el seno de la República es: ¿Puede la masa, por sí misma, mantenerse en su ímpetu el vesánico implacable nacionario, Videgaray?

EL PRESIDENTE se presentó con los dedos tamborileando. Llamó a un hombre largo y delgado, cuyo nombre no se recuerdan. Conversaron, cambiaron sus opiniones y dos murmullos: Bosteza. Discreto. Marca Tuborg. Cumbres agonizaba nuevas instrucciones.

–¿Algo más, señor?

–Que descanse. Saludos a su esposa.

Permaneció en el despacho, porque don Aurelio no le había ordenado que se marchara todavía. Arrimengol. El Presidente volvió a bostezar, desperezándose. Luego, se rascó el nudo de la corbata. Después, como si apenas en ese momento advirtiera la compañía de su secretario, dijo:

–¿Que parecer ha sido Alfonso? Ahora tendrá que

dejar la alcaldía y renunciar a su pretensión de querer la Presidencia, ¿eh?

–Sí, señor.

–Será bueno, Josetxu, visitar a nuestros amigos, los directores de los diarios, ¿eh?

–Sí, señor.

–Mucho servirá que en los comentarios editoriales pusieran de manifiesto que la desbordada ambición de un hombre, cegado por el poder, estuvo a punto de romper el orden institucional del país lo que sabría agradecido un reconocimiento de, por lo menos, mediocridad, ¿eh?

–Sí, señor.

Sin que él se lo pidiera, Zabala llenó con ron el vaso de Gómez Ávila. Lo ofreció en el suyo para el brindis y se probó el sabor del contacto. Bebieron. Zabala un trago largo. Don Aurelio, uno, como casi siempre en el comedido.

–Los imponderables, dice usted.

–Fibs, Marat. Dispones una cosa y otra ocurre.

–¿Llegó usted a prever que hacia eso se iba a derivar?

Un hombre estaba a la cabeza de la lista de un periódico, Marat.

–¿Por qué sería ella, señor?

–Nos vimos en la necesidad, se lo he dicho, de proponer al hombre adecuado.

–¿Lo era Ávila Puig?

–Esperemos a saberlo.

–Algo debió haber influido mucho en usted, señor, para no señalarme.

–¿Cómo decirle? Tuve miedo de ti, Zabala, porque ya tu poder era comparable al mío? ¿Como decirle? Preferí a Víctor Ávila Puig, no sólo porque era el candidato que las circunstancias demandaban, sino porque estaba

señor, exclamó. Ni en su realidad, porque lo sabía como [illegible] a esa altura del partido.

EL GOBERNADOR MARGARITO Wilson se puso más tranquilo que nunca cuando el despacho pudo comenzar por la forma en que lo había tratado el emisario de Zabala la noche anterior, como no se informó, cuando el Presidente, molesto, mandó llamar a Margarito Wilson mientras se encontraba en Nueva Antequera de acompañante exigente por esa hija que estaba dando [illegible] un poco más mayor.

—Y sin saber muchas cosas, el viejo Sotero Camarena que los buenos de los rábulas y los que estaban muertos en la cárcel por lado mío, de donde la lista de candidatos a senadores y diputados que había yo hecho para presentársela a usted, señor Presidente, debía ser esa noche antes, antes que Marat Zabala. ¿Por qué por el, y no, como le costumbre, por el señor Gómez Anda? le pregunté yo. Porque así son las cosas ahora, don Margarito. Cuando se compromete Marat la decisión, quiere usted llevarse a don Aurelio Andrómaco, y yo, señor, creo no estoy de acuerdo con que Zabala meta su cuchara en la raza que todavía no es suya. A no ser que usted lo autorice, señor.

Gómez-Anda calculó la intención del comentario. Margarito Wilson, como Margarito, era uno de los pocos gobernadores que no había hecho compromiso con Zabala. Para nadie era secreto que Wilson, veterano en el negocio de las obras públicas y con dos hijos ocupando cargos importantes en el Ministerio de Comunicaciones Federales, era heredero particular de su compadre Andrómaco Bass. ¿Buscaba averiguar si el Presidente aprobaba los alardes de autoridad que hacían en Nueva Antequera y, por lo que sabía, también en casi todas las

demás provincias, los delegados personales que Marat tenía vía amplio para que presionaran en su favor a los mandatarios indecisos? Si no los reprobaba, ¿sería ello prueba como se decía, que Gómez-Anda había empezado ya a rendir frente a Marat Zabala su poder? Wilson que era astuto, ¿pretendía confirmar que tan *firme* estaba Zabala en el ánimo de El Señor, para proceder conforme a su conveniencia?

—Como antes comprenderá, don Margarito, el Presidente de la República lo sigue siendo hasta el último momento de su administración ¡hasta el último! Algunos, al parecer, lo olvidan [illegible]. En el caso, no digo que Marat Zabala personalmente, pero sí los ansiosos segundones.

Wilson conoció ante Gómez-Anda un pliego doblado a lo ancho, en tres porciones. El Presidente lo tomó.

—Esta es, señor, la lista de los candidatos que no quise entregarle a Sotero Camarena.

—La estudiaremos con atención, señor gobernador.

Se levantó don Aurelio Margarito Wilson también. Estaba tranquilo, esperanzado. "Por lo menos, nada hay todavía decidido por Zabala. Andrómaco sigue en la pelea. Si ya tuviera hecha su decisión por Marat, el Presidente me lo habría dicho. Le di oportunidad y nada."

—Algo más, señor. Necesito su consejo personal.

—Diga usted.

—Algunos compañeros gobernadores se ocupan de recabar firmas de quienes no estamos en la corriente zabalista. Cuando consigan las de todos, y parece que faltan ya menos de diez, publicarán desplegados en los periódicos del país solicitando de usted, y del Partido, que no retrase más la decisión en favor de Marat. El consejo que le ruego es ¿debo esperar [illegible] o firmar?

—Espere, don Margarito, tanto como considere sea necesario.

DE PRONTO, LA vida oficial en Los Arcos quedó en suspenso. De malhumor, Gómez-Anda ordenó cancelar las audiencias que faltaban y despedir a quienes desde temprano, aguardaban en las diversas antesalas ser recibidos por él.

–¿Se siente mal, señor? ¿Desea que le avisemos a la señora, o al doctor Moncer?

–No, general. Gracias.

Se preparó una taza de café. La probó apenas y la olvidó sobre la mesa. La información que llevó Margarita Ortiz no sólo había trastornado. «¿Hacerme eso a mí, Zabala? No muerto todavía y el muy cabrón me está ya enterrando. ¿Por qué, carajo, nadie me dijo antes que agentes suyos andan por la República espantando gobernadores, haciendo les saber que las listas de candidatos al Congreso deben ser aprobadas, no por el Presidente Gómez-Anda sino por Masar; por uno que todavía no es elegido; que tal vez, tal vez, no llegue a serlo?» Marcó dos números en el teléfono gris. Una voz

Camarosa –respondió, cautelosamente.

–Algunos gobernadores se disponen a publicar una exigencia al Presidente para que acelere el proceso de selección del candidato a la [illegible] cerciórese de que desistan de hacerlo y envíeme por la mañana una relación con sus nombres...

–La tendrá, señor Presidente.

El café se había enfriado y se preparó otro. "¿No decía don Adolfo Marmorell que la política, si no se respetan sus reglas, trastorna a los hombres al hacerles perder el sentido de la proporción, al desquiciarlos interiormente? Eso me parece, le está pasando, le ha pasado ya a Zabala... Ha olvidado que las decisiones que se toman en este país de ingratos seguramente serán [illegible] ¿Qué le pasa a ese pendejo? Por lo visto, no recuerda que el Poder solo se alcanza con paciencia y obediencia.

¿Quemas etapas, para qué? ¿molestar al dueño de la mano que nos ayuda y nos sostiene? Con amenazas, como Videgaray, o con jugaretas como Zabala, ¿suponen que el Jefe del Ejecutivo va a modificar sus decisiones, si ya las tomó, o a tomarlas en favor de ellos, si no? Viendo cómo proceden, me pregunto: ¿por qué cañón se le fue la experiencia que Alfonso y Mario han acumulado, eh? Lo que ha de decir será en su día, en su hora. ¿Por qué no te quedas quieto, muchacho? ¿por qué no entiendes lo que te he mandado decir?

Ya muy tarde, sosegado aunque con una poca de acidez en el estómago, Gómez Anda ordenó, por el teléfono interior, al Secretario Particular:

–Hágame el favor, abogado, de convocar para las diez de esta noche a los representantes de los industriales del gas, el pan y la leche, que han estado solicitando ser recibidos...

LOS CONCENTRARON en el Salón Perla, el pequeño recinto, contiguo al despacho presidencial, al que (ahora) le daba carácter una silla de montar suspendida del techo y una mesa circular con cubierta de vaqueta, que parecía un tambor. Eran seis y no entendían la urgencia de Gómez Anda por dialogar con ellos, luego de que tantas veces se rehusó a hacerlo, tampoco, que casi los hubieran secuestrado, a esas horas, para llevarlos a Los Arcos con escolta de agentes secretos.

Jetón, como si hubiera interrumpido un quehacer para él muy importante, apareció don Aurelio. Las manos a la espalda, no quiso perder tiempo:

–¿Solicitaron hablar conmigo? Está bien: hablemos...

Quien los representaba legalmente, un abogado Camargo, altanero y desagradable por amanerado, manifestó

Deseamos, señor Gómez-Anda...

Energico el índice de la derecha, lo deruvo el Presidente

Antes que entremos en detalles, he de decirles que permaneceremos reunidos aquí tanto tiempo como sea necesario hasta alcanzar la fórmula de arreglo que problema tan artificial demanda

Se miraron entre sí los seis, y cada cual dejó en el abogado Camargo la responsabilidad de empezar la disputa con el señor Gómez-Anda:

—Señor Presidente... —inició Camargo, luego de carraspear, pero [illegible] no no deje de sorprendernos

Para que vayamos entendiéndonos, he de decirles que el Gobierno se da cuenta que el súbito movimiento de huelga, paro, suspensión de actividades y suministros que [illegible] tenemos [illegible] pan y leche, tiene [illegible] en estos días de relativa inquietud pre-electoral, favorecer quizá a algún determinado presunto precandidato y en perjudicar, de paso, a otro, a otros... No vamos a permitir —no estamos dispuestos a permitirlo, señores, que los alimentos del pueblo y sus artículos [illegible] sean usados como armas de chantaje, así los políticos se beneficien... Prefiero ser franco ahora para no perdernos en palabrerías... —Colocó nuevamente su mirada en Camargo. Siempre serio, dijo: —Prosiga usted, abogado.

ENCONTRÓ UNA POCA de claridad bajo la puerta de la recámara de Armandina. Como todas las noches, estaría aguardándolo para recibir de él, sobre la frente, el beso con el que se despedía y las palabras, siempre las mismas con [illegible] que le deseaba buenos [illegible] pasaba de las dos y media de la madrugada y se sintió [illegible] la presencia de su dolor en los hombros. Se asomó. La

que iluminaba la habitación no era, como supuso, la luz de una lámpara, sino el resplandor que emitía el televisor. Las manos en reposo, entre los dedos la hebra de estambre gris con el que le tejía una bufanda, La Doña dormía con la boca entreabierta. Caminó hasta la orilla de la cama. "Linda, así ha llegado a su edad". Experimentó una suave ternura y después una conmovida compasión. "¿Qué hará la pobre con su tiempo ahora que no tendrá más en qué usarlo?" Encima del buró moro, dentro de un marco de plata cincelada, el que a ella más le gustaba de todos los retratos que a él le habían tomado en los diez años de su mandato, ése por casi nadie conocido, en el que aparecía con el uniforme de general de cinco estrellas (una más que las del Ministro de Guerra y Defensa, Radamés del Valle) que lo acreditaba como jefe-Nato-de-las-Fuerzas-Armadas-Nacionales. Para esa fotografía posó una semana antes de la visita que hizo al país de su vecino, la Presidenta Mandragora Benitez, y no permitió que se diera a la estampa a causa de un estrépito: con tantos oros y colorines en el pecho y en la gorra, parecía un divisionario sudamericano. "Cuando con el mío se acabe su poder, ¿a qué destinará Armandina su energía?, ¿cómo convertirá en acción en órdenes y contraórdenes, las cosas que se le ocurran?"

El sueño de Armandina debía ser muy profundo, pues no advirtió, siendo tan sensible, que su marido la acompañaba en la habitación. Gigantesca, capaz de contener a un adulto, la cuna de larón y encajes de Holanda, llena de muñecas y juguetes, ocultaba la puertecita del entorno. La abrió para cerciorarse que su mujer no hubiera olvidado apagar los cirios que iluminaban sus oraciones nocturnas. En el centro de su ancho recipiente de cristal lleno de aceite, algo así como una ensaladera enorme, flotaba la estrella de una luz votiva.

Como siempre, con un poquito de vanidad,

Gómez-Ancla recono[illegible] la figura de sus rasgos en los ras-
gos del rostro de [illegible] Señor de los Estudios. El original de
ese valle era reverenciado en la catedral de [illegible] provincia
te. Almas. Mary destruida por un [illegible] en la Guerra
del 36, la figura [illegible] en una [illegible] el templo
[illegible] el séptimo año de don Aurelio en la Presidencia. El [illegible] Monroya acudía a su diario paseo para La
Primera Dama [illegible] su ayuda para que la réplica
[illegible] una verdadera obra de arte del siglo veinte que merece
[illegible] en el Museo Nacional de [illegible] fuera re-
[illegible] a España. Cuando [illegible] la restauración en Sevilla
[illegible] a [illegible] de varias promociones pú-
blicas organizadas por Mariano Zabala y su Ministerio
[illegible] la Madre Patria, [illegible] de Ac-
ciones Católicas, aportado sin costo por don Miguel Rebul,
y del que fueron pasajeros el obispo Monroya, un repre-
sentante personal del Cardenal [illegible] y los
personajes más distinguidos de la Alta Sociedad arma-
dense: el alcalde Cravioto, los Caballeros de Colón y el
Santo Sepulcro, las Hijas de Jesús, María y José, los di-
rectivos de las Cámaras Agropecuaria, de Comercio e
Industrial, y socios de los Clubes de servicio. La sesión
de [illegible] se destinó a la prensa y a los [illegible] gráfi-
cos. Armandina hubiera querido [illegible] a De [illegible]
de Acción Anticatólica Española, pero su esposo le rogó que
no lo obligara a [illegible] su permiso. "Que sus servidores
religiosos se queden de la puerta para dentro. Ya
Nada de andar exhibiéndose en público." A manera de
compensación le permitió que asistiera [illegible] a la misa
a la ceremonia organizada por Monroya para [illegible]
Señor de Los Esfuerzos en el sitio de honor de su [illegible]
Cuando el prelado retiró los [illegible] que velaban la
figura, muchos se [illegible] [illegible] era [illegible] debía [illegible]
[illegible] en que El Milagroso y don Aurelio se asemejan
mucho. Discreto, Monroya pidió a sus beatas no feni-

quier el asunto. Después de todo, ¿no apenas devuelto a su
hogar, el venerado santo empezó a derramar sus dones,
en forma de subsidios, carreteras, aeropuertos, sistemas de
riego y demás variadas obras públicas, sobre la pro-
vincia que el Alarmo colocaba bajo su protección? Sin
contar que el Alarmo colocaba bajo su protección? Sin
contar del oratorio al Sagrado Corazón y a la Virgen de
Guadalupe, a La Macarena y a San Martín de Porres,
Armandina instaló en el centro del altar, y a sus pies co-
locó la llama perpetua, una réplica del Señor –esa que
Gómez-Ancla miraba con los ojos llenos ya del ardor del
sueño. "Los homenajes de admiración más finos, delica-
dos y discretos que se me hayan hecho, se los debo a mi
Dueña. ¿No se merecía que yo, con parecida delicadeza,
le consagrara también una estatua, la más bonita, y ya
también la mas famosa, de cuantas adornan los paseos de
nuestro país?"

Apagó el televisor y le pareció escuchar que Armandina despertaba. En la penumbra de pronto color plata, oyó su voz somnolienta

–Mi señor, ¿qué hora es?

–Más de dos y media

–Lo esperaba, don Aurelio, repende

Cuando sus rodillas hicieron contacto con la cama, el Presidente se inclinó:

–Buenas noches, lindos sueños

Gimió ella, complacida. El no necesitó mirarla para saber que la dejaba sonriendo.

CLARAMENTE ESCUCHÓ, golpeadas en los interiores mis-
teriosos del reloj de pesas que había en el extremo
opuesto del corredor, las tres campanadas. Inquieto, se
revolvió en la cama. La parte de la cama sobre la que se
hallaba tendido le pareció insoportable, por lo caliente.
Se desplazó hacia el centro de la cama y su contacto con

la tela le desagradó, por frío. Fue al baño. Su micción resultó lenta y penosa. Había tenido problemas con la próstata cuatro años antes, y no olvidaba los meses malísimos que los padeció. "Tan cansado que no puedo dormir. Tan nervioso que a chorros la saliva me llena la boca sin poder evitarlo. Joder..." Encendió la luz. Sacó del vaso la dentadura y se la puso. Dejó reposar su mano sobre la bocina de La Red. Como cediendo a un impulso que no deseaba moderar, marcó un número.

–Espero que no sea demasiado temprano, doctor Ávila... Habla Gómez-Anda... –dijo cuando un ruido, que podía ser también una voz ininteligible, reverberó en su oído.

Charló un poco con el doctor Víctor Ávila Puig, Ministro de Industrias y Desarrollo, cuyo nombre había, al fin, asomado en La Lista de los posibles candidatos del Partido Unificador Revolucionario a la Presidencia de la República. "No sé si borracho o sólo dormido lo tenemos a esta hora." Eran las tres con quince minutos.

–Ya estaba casi listo para levantarme, señor Presidente.

Don Aurelio le refirió luego, sin prisa en la palabra, abundando en los detalles que era necesario hacerle conocer, la conversación larguísima, agitada a veces, que a fin de cuentas, él había tenido con los representantes de los productores o distribuidores de gas, leche y pan que se habían erguido en rebeldía contra su Ministerio, y los términos de los acuerdos a que se habían llegado. Le avisó que iban a verlo a eso del mediodía, "en la mejor disposición", y le ordenó que los recibiera.

–El público deberá saber, doctor Ávila, que ha logrado usted detener lo que parecía irremediable: el proceso de encarecimiento del gas, la leche y el pan...

–Sí, señor Presidente.

Encárguese, doctor, de darle difusión pubicitaria,

pagando espacio en la prensa y tiempo en radio y televisión, a la entrevista que nuestros amigos tendrán con usted... –añadió alguna otra cosa que hizo reír al Ministro de Industrias y Desarrollo, y concluyó: No lo distraigo más, doctor Ávila. Siga usted durmiendo. ¡Ah, y lo felicito por el venturoso arreglo...!

–Gracias, señor Presidente.

Después de colgar, Gómez Anda permaneció sentado, sin saber qué hacer, ni qué pensar, en la cama. Se rascó la cara.

–Ojalá este pendejo doctorado Ávila Puig apreciara la trascendencia política del favor que le he hecho. Ojalá...!

con una cierta insolencia, como si hubiera dejado de existir la distancia de respeto que los separa siempre. Mara Zabala, a horcajadas en el respaldo del sofá, lo encaró sonriendo:

–Una cosa sí quiero decirle ahora, don Aurelio.

–¿Cuál?

–Si usted me hubiera preferido a mí, nuestra relación personal y política no habría variado. Habría seguido siendo tan atenta como siempre, o tal vez mejor. No lo habría golpeado nunca como acaba de hacerlo Ávila Puig. Habría reconocido, para siempre, mi gratitud hacia usted... y lo habría tenido muy cerca de mí, como amigo, como consejero...

–¿De verdad, Zabalita?

–Se lo habría firmado, señor...

Sonrió Gómez-Anda, ¿abatido, convencido –o sólo divertido?

–Las cosas, sin embargo, nos pasaron de otro modo. Ávila Puig se está portando con usted como un perfecto hijo-de-perra.

Serio de pronto y viéndole directamente a la cara por cuya luz, don Aurelio dijo:

–El presidente Ávila Puig hace y dice lo que supone que debe decir y hacer. Dejemos eso.

Yo, señor, no habría negado a mi padre político siquiera habría mordido su mano. Yo

Gómez-Anda dejó de escuchar los ofrecimientos de lealtad, a veces ásperos como reproches, en que Mario Zabala envolvía sus palabras. "Me habrías golpeado igual o peor, Zabalita. Estoy seguro que tú no me habrías permitido usar, hasta lo último, como Ávila Puig, todo mi poder.... Eras fuerte. Soberbio y ambicioso. Vanidoso y voluble. Incontrolable también, con quien uno se descuide. ¿Me habrías respetado, escuchado, obedecido, sabiéndote más firme que yo con gobernadores, comandantes generales, influyentes diputados, senadores y periodistas a tu servicio? Ávila Puig sólo fue rebelde a gritos, pero en la práctica se dejó manejar, hasta ayer, como yo quise... ¿No lo manipulé a mi antojo, llevándolo de aquí para allá durante meses, exhibiéndolo como si fuera de mi propiedad; obligándolo a hacer, y decir, cosas que nunca antes en nuestra historia había hecho o dicho un Presidente Electo –todo para que el país, los políticos y cuantos tuvieran ojos vieran que era yo el que mandaba, que continuaba siendo mío, íntegro, el Poder y más de mismo las decisiones y las órdenes?"

–Somos amigos, Macar. De tu apego existen pruebas...

Descontiado como soy yo, receloso hasta de su sombra como le enseñé a ser, ¿habría permitido Zabala que en sus Grupos de Estudio se colaran espías como los que le mandé al doctor Ávila para conocer sus más ocultos planes, sus futuras iniciativas, el pormenor de su programas de reformas, con el propósito de, adelantán-

dome a él, presentarlos como propios, como decisiones de su Administración? ¿Me hizo sentir su enojo cuando hace tres semanas, decreté la amnistía general de los que llaman presos políticos', amnistía que él iba a anunciar en el Mensaje que hoy leyó en el Congreso para conquistar las simpatías, o neutralizar, si no, la hostilidad de los inconformes de izquierda, centro y derecha? Con la consigna de que fueran aprobados con dispensa de trámite, ¿no remitió a la Cámara varios importantísimos anteproyectos de Ley que en todo coincidían con los que El Señor tenía listos para enviarlos a partir de mañana a la misma Cámara?... Al hacer todo esto en las semanas finales de mi mandato buscaba yo, y creo que lo he conseguido, presentar a nuestro Nuevo Presidente como apenas un dócil continuador de la política económica y social trazada por quien lo antecedió en el cargo y que él se limitara a poner en práctica... Quiero suponer que por prudencia, más que por ignorancia, don Víctor me permitió tales pequeñeces, y me pregunto si el buen Macar no me hubiera pegado dos buenas patadas para ponerme quieto. Si él sabe que yo sé lo que hubiera hecho sin tentarse el corazón, ¿para qué me trae ahora, a todo pasado, sus juramentos de amistad, de gratitud, de lealtad, en los que ninguno de los dos creemos, carajo?"

Zabala volvió a servirse champaña, pero apenas la probó. Quizá por efecto del gas le brillaban los ojos como si tuviera lagrimas en ellos

–¿Cuáles son sus planes ahora, don Aurelio?

–Descansar un poco. Poner en orden mis ideas. No sé...

–¿No proyecta viajar con la señora?

–Soy un viejo cuento, ¿no me decían ustedes, sus ministros, verdad?, y poco me gusta moverme... Además, recuerda que cuando un Presidente se va al extranjero apenas deja el Poder, da la impresión de que se

lleva a esconder el botín.

–Eso, los que dejan fama de bandidos, señor.

Asintió el señor Gómez Anda. "¿Qué dirá que entre los del oficio hablamos invariablemente dos idiomas y que a las palabras, también invariablemente, les damos el sentido que nos conviene? El cinismo con que decimos lo que decimos sin avergonzarnos, como ahora Marat y yo, ¿por qué llega a ser tan natural entre nosotros?"

–Y tú, Zabalita?

–Pienso y supongo pasar mis vacaciones. A mi regreso, abriré una oficina, sólo para no aburrirme en casa... En fin, señor...

Marat Zabala conoció el repentino apremio de ese. Sobre el piano, junto a la botella vacía de vino con champaña, Don Antolín se acomodaba en la puerta. Luego, cuando apenas Gómez Anda y Marat se perdían el rumor de la faena en que seguían ocupados los peones del Ayuntamiento.

El automóvil del ex-Ministro de Información y Turismo, una noble limusina y bandada color miel, aguardaba frente a la puerta de la casa. Otros dos autos, con peones para el aburrimiento personal de la escolta, precedían su seguridad. Cuando Gómez Anda vistiendo, sombrero y cigarro con corbata de franjas amarillas, llegaba a la banqueta, Zabala y la retaguardia de convoy –Isaac, el chofer de Marat– reverenciaron al señor Gómez Anda.

–Bien, Zabalita: buena suerte.

–Nos veremos pronto, señor.

Se dieron un discreto abrazo. A ambos les sorprendió su propia frialdad y el movimiento sus estremecedoras máquinas. Suavemente, los coches rodearon los edificios. Unos cien metros más tarde, el templo de San Telmo, vacío, reservado para ser visto por el carril opuesto, aunque hacerlo supusiera una violación al reglamento de tránsito.

Ya a toda marcha, los coches pasaron rumbo al centro de la ciudad. Marat había bajado el cristal de su ventanilla y la mano en alto, se despedía de Gómez Anda y cuando *todo aquello* volvía una vez al espejo de su memoria, como si apenas estuviese ocurriendo. Marat a bordo de sus amigos. Marat premiado con esquema de changuera a sus jubilosos paramilitares. Marat Zabala y la seguridad, como seguros de unidad, por el Salón de Banquetes del Casino Militar, entre los aplausos, porras, vivas y redobles de cubiertos sobre platos, vasos y jarras con aguas de colores y jugos de fruta que se desgranaron en cuanto don Tomás Vallado Fuier, el patético Ministro de Minas y Petróleo que había aceptado prestarse a jugar el último juego político urdido por el Presidente, anunció con voz insegura que declinaba, por ser viejo y sentirse enfermo, el honor de su posible postulación como candidato del PUR a la Presidencia de la República.

Ah, en ese instante al recuerdo le daba la Comida de la Libertad de Expresión, a causa principalmente de tu indiscreto comportamiento, que confirmaba los temores de la impertinencia que hacías de mí a la vista de todos y de lo poco que parecía yo importarte, mi amor, mi felicidad, ahí, Zabalita, me di cuenta de que no eras tú el Hombre Adecuado, el Administrador Necesario que pedía el futuro, y me dije que no merecías que esa noche te nombrara mi Heredero y Sucesor, El Continuador de mi Obra..."

(CASI ESTABA seguro que la intempestiva llamada de Los Arcos era consecuencia de lo que ocurrió al principio de la velada en el Casino Militar. El dedo que por diversos sostenían Aviat Puig y Zabala le necesitaba menos que al Presidente atento a su pestañeo, a lo que unos y otro respondían a las preguntas que les formulaba Jacinto Olmedo y que hacían comentaristas de TV-Out 9. Jacinto Olmedo y que ha-

...ser solo preparadas por Miguel Rafael y aprobadas, a mediodía, por Gómez Anda. A partir de ese momento ...mas la decisión. El plazo concedido final vence mañana. Los zebalistas se han desatado. Algunos ... de ya corriendo por las calles. Primero por el nombre de Marcos, todo cosas de falta por hacer. También arreglarán sus cosas, que el ayuntamiento hará todos los que su sala electoral si quisiera.

Don Aurelio apagó el televisor y empezó a pasearse. Algo raro, algo oyó Camio que le mantenía ...

–Dejeme, Aurelio.

De ...do de moverse el Presidente. Se acercó a él y lo ...ró con su sombrero. Le ...go saber:

–Avila Puig. ¿Será el ...? –Y de pronto se nubló como si le ...aguara una ...reparable ...consolación. Fue causa de un mareo que al ...ando estaba en el ...ormo de los muebles y volvía ...ueve ...tostó esombrado de Plutarco Camio gozaba de una inexplicable ...oposición que ya ...apaba ...un suave ...o también ...ese momento, el presidente Gómez Anda supo que al pronunciar el nombre del que sería El Candidato había alcanzado, al fin, el máximo de su poder.

Plutarco Camio salió. Algunos de los papeles que ...ntaba portaba abiertos sobre sus ...dillas se deslizaron hacia el suelo.

–¿Avila Puig...? ¿El será ...?

–Las corrientes del Partido se han unificado esta noche en favor del Señor Ministro de Industrias y Desarrollo doctor Víctor Ávila Puig...

Mucho tiempo pasó antes que Plutarco Camio, sentado otra vez, porque sus piernas ...aban ...o valían para sostenerlo en pie, comentara:

–Esperemos, señor Presidente, que sea una buena selección de nuestro Partido.

–Lo será, Plutarco. Puedes estar seguro de ello. Se

equivoca el Partido cuando señala candidato a la Presidencia de la República. La verdad que nos ...Se selecciones siempre la correcta. La Historia demuestra sus aciertos. No ha fallado ...unca antes. Tampoco ...ara ahora.

De ...s estamos seguros, señor.

Suspiró ...reverente ...como alivio de Gómez Anda Sonrió.

–Es un presupuesto que ...de ...anular por nuestros, el Doctor Avila Puig será ...gran Presidente. Me agrada ...mo habla por televisión. ...Con ...te decisión, ...sión y dis...ción, con pleno ...miento ...e las ...da des...nables. Sus ...ideas ...despejadas, ¿eh? Será cuestión ahora de llamarlo por teléfono.

–Sí, señor ...asintió Camio ...desaparecido. Debería cancelar la cena que ...amos con ...tado Zabala y ...en ...casa. La cena en la que ...íbamos a ...ejar ...cisión ...relativa a la ...mpaña. Mi ...ejor ahora, ...esto ...sito a Doctor Avila Puig. Mande ...a ...entendido.

Había ...endido, al ...ecuerdo del ...mbarazo al ...asajero privado ...dijeron. Jusafat Armengol. El Presidente ...la dijo:

–Llame a casa del doctor Ávila Puig. Ponlo en la línea.

–Inmediatamente, señor.

Gómez Anda ...ó a Plutarco Camio:

–Como sabemos, está en agonía la señora madre del doctor Avila Puig. En previsión de que muera esta noche, ocúpate de todo lo ...relativo, ...ores especiales en ...cementerio al que la lleven, ofrendas florales, difusión publicitaria. Todo en grande, como debe de hacerse y como nuestro candidato lo merece.

Jusafat Armengol ...ena ya al doctor Ávila. Tartamudeaba, sin duda muy alegre, al hablar con él y rogarle un segundo de espera, en ...to que el señor presidente Gómez-Anda ...ensaba la ...ena.

–¿Doctor Ávila –preguntó el Primer Mandatario, r
traspasando. Luego de una pausa, que Gomez-Anda il
tro con una expresión que parecía de ternura, manifestó
–Vi el programa de televisión que acaba usted de ha
cer. . . Me gustó mucho lo que dijo, y cómo lo dijo...
Con valor y también inteligencia, ¿eh? Muy bien, doctor
¿eh?... Me gustaría que usted y yo habláramos mañana
¿Podría venir a verme a Los Arcos a primera hora, ¿eh?... Esta noche, junto con los Señores de Nuestro Partido, he llegado a una decisión doctor Ávila... El Partido y yo consideramos.)

EL MAYOR PELO Fraga, con el guardacasa y Julio Ortiz mirándolos, no había conseguido borrar las letras exactas en la piedra

AGA
LADRÓN ASESINO

había logrado solamente, y eso le pareció ridículo a don Aurelio, atenuar un poco la intensidad de la pintura color sangre

–¿No pueden acabar rodavía, mayor?

–Estamos en eso, señor Presidente...

–Déjense de huevonadas, y pónganse a trabajar en serio.

Cuando Gómez-Anda entró en la casa, Fraga y el chofer Ortiz se miraron. Tal vez pensaran lo misma mierda

10

CON UNOS RÁPIDOS golpecitos de nudillos se anunció Manuel Mechaca, y sin esperar a que se le invitara, pues era amigo de la casa y compartía por igual secretos de negocios con El Señor y con La Doña, entró en la cocina justo cuando don Aurelio (de pie, un plato en la izquierda, en la otra una cuchara llena de camarones la boca y en la barba una escurridura de escabeche) se volvía hacia la puerta.

¿Se puede señor Presidente?

Gomez-Anda apresuró el bocado. A señas, aunque ya Mechaca estaba dentro, lo invitaba a pasar

Adelante, ingeniero –dijo al fin, deglutiendo. Le ofreció el plato con los camarones ¿Le gustaría probar? Deliciosos...

–Por ahora no, señor. Gracias...

Don Aurelio volvió a dejar dentro del vinagreto los camarones que aun quedaban en el plato. Con su pañuelo, pues no encontró las servilletas o un trapo de cocina, se limpió los labios y la barba. Tomó a Mechaca por el brazo y volvieron a la sala.

¿Ha tenido muchas visitas, señor?

–Bastantes, ingeniero bastantes Éste ha sido el primer momento que me han dejado libre...

–Y llego yo a importunarlo, señor.

Oh, ingeniero Bienvenido siempre, a cualquier hora

Gracias, señor

El ubente Gómez Anda olía a especias y a cebada. Así apestaría yo de haberle acechado sus caricias. ¿Conversar con Cuno Maurutus, a las seis, llevando la boca sucia?"

- Murat Zabala acaba de irse.

Pues debe ser duro para él.

Zabala conoce el valor de la paciencia, ingeniero. Hay que aprender a saber esperar... Es un buen consejo que a mí me dieron de muchacho.

–Sé que lo es, señor...

A contraluz, Gómez-Anda miró la botella que Murat había dejado sobre el piano, junto a la suya. Contenía aún algo de champaña.

–¿Una copa, ingeniero?

¿Bebería usted, señor Presidente?

–Para acompañarlo, un traguito.

Entonces, encantado, señor.

No permitió Gómez-Anda que Menchaca se molestara en servirlo. Algo insólito en él, por razones de investidura acostumbrado a recibir cortesías de otros y muy tacañamente a conceder las suyas ni siquiera a sus amigos, don Aurelio tomó uno de los vasos y lo llenó. Para sí uso el mismo en que había bebido Zabala. El piano entre los dos, brindaron:

–Por usted, amigo Menchaca.

–Por usted y los suyos, señor.

Bebió precavidamente Gómez-Anda. Desconfiaba del champaña. "Malo para el estómago; peor para la cabeza". Hubiera preferido ron. Pues no deseaba oler a alcohol, Menchaca mojó apenas su bebida. "Dulzona, al gusto de Armandina, y casi tibia". Don Aurelio lo miraba con esa mirada suya que en los días de su poder los hacía sentirse, siempre, culpables de algo, responsables de errores que no recordaban haber cometido. Ahora por primera vez creyó que le conocía, no sin un miedo

¿Cómo le parece que anda el asunto Murat?

Menchaca se encogió levemente de hombros.

No muy bien, por lo que se ve. Pero no hay que perder

- Mal andan las cosas y no van a mejorar. Tendremos que [illegible] nos, tener cabeza fría.

Lo dijo, con expresión severa en el rostro que parecía de lava en ese momento de luz plomiza. Menchaca: "El no deberá apretarse mucho; no, con lo que le he ido guardando. Lo que él, hay que decirlo así, ha permitido que yo le guarde, le administre y le haga prosperar, en todos estos años en que me ha ayudado, en que nos hemos dado la mano mutuamente... Una suma que El Señor no ha tenido necesidad, curiosidad, urgencia de conocer. Entre nosotros, ningún papel. El deber moral, la ética del trato, la honradez de dos amigos: uno, en condición de dar; otro, de recibir, para, en su turno, devolver algo de todo al generoso". Bebió otro sorbo.

Eso se dice, señor –aceptó, cavilosa él también. "Con los otros ha de manejarse igual de discreto como se maneja conmigo. Comparte, me consta, con Bladimiro Valerique y no está fuera de los negocios de Andromaca Báris, como tampoco lo estará de los de Murat Zabala y el Grupo Olid".

–La gente va a enfadarse, ingeniero... Todo lo que le cueste dinero, impuestos, alza de precios, elevación de alquileres, todo eso: la ruina, la convierte en resuelta enemiga del Gobierno.

–Por la que hoy escuchamos, el doctor Ávila Puig llega dando la pelea.

Otra vez, con tristeza o ironía, no lo entendió claramente el comedor Menchaca, soñó a medias Gómez-Anda.

–Dos palabras importantes, ingeniero: [illegible] mirada, sobriedad, [illegible] sabor a [illegible], claridad. Esas las

repitió tanto o más que las otras: corrupción, oligarquía, despilfarro, negligencia.

Aportó Mario Menchaca las que él recordaba: Demagogia, des-administración, represión.

Don Aurelio le pidió suspender la innecesaria enumeración. Las otras, las más terribles de esas palabras, seguían quemándole los oídos, doliéndole muy adentro, en el lugar de la gratitud; en los recovecos del sentimiento.

Y sin embargo –su voz se hizo tensa y dura, y en sus ojos la luz del ventanal parecía ser una luz de cólera– el que llega gritando todo eso ha empezado a hacer lo suyo, y a permitir que los que lo rodean lo hagan también... ¿Por qué procedemos con tal torpeza, Menchaca? ¿Por qué, en cuanto llegamos a cierto nivel del Poder, se nos olvida que la Naturaleza nos ha dado dos orejas para oír; dos ojos para ver, y una boca, ¡solo una!, para callar-nos...?

Se detuvo como si se hubiera dado cuenta de que también, al dejar ir sus palabras, estaba quebrantando la norma del silencio –la más escrupulosamente acatada por él. A causa del arrebato, la respiración se le había sobresaltado. Por hacer algo, bebió. Menchaca fingió que no veía el temblor de su mano.

–Tal vez el doctor ignore lo que otros, de más abajo, han empezado a... Eso sucede, señor Presidente...

Como si entendiera que Menchaca le ofrecía, con esas palabras, la oportunidad de dar a las suyas otro sentido, don Aurelio asintió vivamente.

–Claro que sucede, ingeniero. Sucede. Lo sabemos. Usted y yo hemos sido víctimas de murmuraciones, de calumnias atroces... ¿No se nos hace aparecer como socios?, ¿no se dice que mi esposa, guiada por usted, maneja con pautas constructoras y explota financiamientos? A la señora López, a Tercera, ¿no se le atribuyen

fabulosas ganancias traficando con los contratos que usted, los profesionales del ramo, ganan en concursos legalmente celebrados, eh?

En efecto, señor Presidente. Eso se dice...

–Y seguirá diciéndose... El doctor Ávila Puig asumió la investidura hace menos de cuatro horas y su honradez anda ya en duda. Espere que transcurra más tiempo. ¡Lo que no se dirá de él, de su mujer, de su negro, de los que están cerca de su casa!

–La gente murmura sin base, señor, sólo para causar daño a las personas y desconfianza en el país.

Ya más serenas las manos, el ardor del champaña en el fondo del estómago, don Aurelio sonrió.

–Oh, las lenguas viperinas... ¿No la primera ladronera que se me atribuyó, siendo aún Presidente Electo, fue la de haber ganado millonadas comprando dólares –a saber, por confidencia de mi no, el presidente Tito Livio, que nuestro peso nacional iba a ser devaluado? ¿No se dijo que dos semanas antes de cederme el mando, él y yo sigilamos toda la divisa norteamericana disponible en los bancos oficiales y privados de la República y en algunos de los países vecinos...?" –Pensó Menchaca: "Los que estaban en el secreto, Fermín Palermo, Noé Medina-Albert, Plutarco Cano, Otoniel Douglas entre los más cercanos a él, ¿no se hincharon tanto como Armandos y sus parientes? ¿Acaso no sabía él cuántos se aprovechaban del supuesto secreto?" Gómez-Anda prosiguió: –Y más tarde, cuando se dudaba de mi reelección, ¿no fuimos los Gómez-Anda blanco de aquella execrable campaña de insidias y rumores que nos presentaba como dueños o socios, directos o indirectos, de cuanto negocio existía?, ¿que qué infinito número de casas y palacios en el extranjero no se nos hizo aparecer como sumos propietarios?

Menchaca, paciente, de codos sobre el piano, con tres

en las panorrillas, seguía escuchando las lamentaciones de don Aurelio. ¿Qué caso tiene que me cuente esas cosas a mí, ja mí!, que sé cuanto debo saber de él, de su mujer y de su querida, y de los que éstas amparan? No se atrevía a mirar su reloj. "A las seis, en Miraflores, hablaremos Ciro Mauritius y yo. Se me ha dicho que si uno le presenta adecuadamente, las cosas, Mauritius sabe escuchar y es accesible. Debe serlo pues son muchísimos los que lo rodean, entre ellos Fermín Palermo, los que lo halagan y obsequian ... Los hombres del Gobierno que están en condiciones de conceder, viven en Los Arcos y en Miraflores, no ya en Becerra 82... Fermín Palermo conoce con cuánta exactitud, con qué habilidad, maneja la parte que a Gómez-Anda de lo mío le pertenece... Para seguir viviendo, miles de personas dependen de mis compañías, para que mis compañías obtengan contratos del Estado, el principal, más solvente de los clientes, es indispensable que yo me relacione con quienes los otorgarán a partir de hoy... Termina don Aurelio. Ojalá pronto, a través de Ciro, empiece don Víctor.

–Cuando la murmuración se echa a rodar, señor Presidente, nada la detiene...

Con lo que Aurelio Gómez-Anda estuvo totalmente de acuerdo.

AUNQUE ERA SÓLO vice-Ministro, o quizá por ser el más joven elemento del Gabinete, Teófilo Herrasti se contaba entre los poquísimos que tenían acceso directo al Presidente de la República. Le bastaba llamarlo por la Red para que el señor Gómez-Anda lo autorizara a visitarlo la tarde del sábado, o la mañana del domingo, en Los Arcos.

–¿Podría verlo antes, señor? ¿hoy mismo?

–Para algo ¿oficial?

–En cierto modo, sí.

–¿Urgente?

–Considero que mucho, señor...

–Entonces, venga a las siete... Entre dos visitas, le daré cinco minutos.

Estrenaba a Herrasti. Durante la campaña se había distinguido como impetuoso tribuno y efectivo redactor de discursos. Más que esas habilidades, le agradaban su talento, su modestia y su seriedad. "Un cachorro que vale oro, Aurelio, créeme", le había dicho Otoniel Douglas al recomendarle, para que lo incorporara a su unidad de trabajo, al que consideraba más brillante del grupo de muchachos aficionados al oficio de político que lo reconocían a él como Maestro y lo tenían, igual que tantos otros lo tuvieran antes, como protector. En el curso de las jornadas electorales que compartieron, el candidato Gómez-Anda confirmó que en Teófilo Herrasti existía la materia prima adecuada para convertirlo, así que midió su experiencia, en figura pública muy atractiva. Saber que era hijo único, y póstumo, del último de los Herrasti de Buganvilia lo hizo sentirse en deuda con él. ¿Encontraría un modo mejor de saldarla que otorgarle su apoyo, que resguardarlo, como el padre lo hubiera hecho, por el camino que lleva al Poder que distinguirlo siempre, amigo y paisano?

Algunos se sorprendieron y otros, como Plutarco Canto y aún el ex Presidente Tito Livio, se alarmaron, cuando designó vice-Ministro de la Propiedad Nacional a un hombre tan tierno que aún no concluía su carrera de abogado. Sólo Otoniel Douglas aprobó que lo hubiera hecho. "Los jóvenes, que ya tan escasamente creen en nosotros porque los hemos engañado tanto, van a sentir que la prometida apertura, las más amplias oportunidades para ellos de que hablaste en la campaña, han sido

puestas en marcha con la inclusión de Teófilo en el Gobierno. Una cara nueva, unas manos limpias, adornan cualquier gobierno, Aurelio. Estoy seguro de que Herrásti va a transformarse en un ejemplo y a servir de estímulo a las generaciones de las que saldrán los nuevos cuadros dirigentes del país. Habrá que ayudarlo, señor Presidente" "Le ayudaremos de la mejor forma. Esto es: a no equivocarse" "He hablado con él. Teófilo está consciente de que si falla, si fracasa en el cargo que le has dado, fallará, fracasará, la juventud política que él en cierta manera representa Nos encargaremos de cuidarlo"

Para poder cuidarlo como era su propósito debía, antes, probarlo Con ayuda de Miguel Rebul, del gobernador Óscar Campaneria, del contratista Mario Manchaca, y de amigos, socios y subordinados de Fermín Palermo, durante los primeros siete meses de la Administración le expuso a las atractivas tentaciones del rápido enriquecimiento, pero Teófilo Herrásti, que parecía no conocer la coima, resistió el acoso de los sobornadores y, lo que conmovía a don Aurelio y lo obligaba a sentirse avergonzado de su escasa fe en la honradez de los demás, lo mantuvo siempre informado de los ofrecimientos, invariablemente cuantiosos, que le hacían. "Pasó bien su examen nuestro Robespierre, querido Oronel". "Creo que sí. Te dije que era incorruptible, Aurelio, tipo de una sola pieza". "¿Sabes, Oronel? Me hubiera dolido que, siendo tan muchacho como es, nos hubiese resultado ladrón" Seguro ya de la conducta del vice-Ministro, Gómez-Anda empezó a concederle más y mayores facultades, y a permitirle manejar asuntos, que en manos de otro no habrían sido objeto de negocio.

¿Le hago un café, joven amigo Teófilo?

–Sí, señor Presidente. Gracias.

Sólo a los que en verdad quería, los invitaba

Gómez-Anda a beber ahí, en su despacho, la espesa tintura que preparaba. Con muy pocos compartía su gusto de beberla como a él le gustaba, ya perfumada por el grano de arena.

–¿Qué es lo que con tanta urgencia lo trae por acá?

Teófilo Herrásti había conservado sobre las rodillas el portafolios de piel color azul marino en el que guardaba sus más importantes papeles. Aceptó la taza que don Aurelio le ofrecía. La alzó como si brindara con él. De ella bebió un cálido sorbo, y la puso en el plato

Algo que debe usted conocer antes que nadie, señor

Cuando lo vio sacar del portafolios una carpeta con estampas del Ministerio de la Propiedad en la portada, el señor Gómez Anda arrugó la frente y tres profundos surcos de disgusto permanecieron en ella.

¿Papeles de acuerdo, nuevo abogado?

Admitió Herrásti la expresión de contrariedad que se había fijado en el rostro de don Aurelio. No desconocía que llevarle "papeles de acuerdo", o tratarle asuntos oficiales sin solicitar antes su venia, era un abuso que a nadie, ni a sus más íntimos amigos o veteranos colaboradores, les toleraba.

–No, señor Presidente . . .

Desconfiado, el Presidente miró a Herrásti extender sobre el cristal de la mesa la amplia hoja que parecía contener un plano. El vice-Ministro consideró necesario elaborar algunas explicaciones para justificar por qué estaba allí, qué contenía el pliego, y la razón por la cual había emprendido el prolijo rastreo que en él se resumía Hosco siempre, inmóvil a veces, caminando otras, lo escuchaba Gómez Anda. Algún ocasional:

¿Y . . ? –interrumpía la exposición que Teófilo estaba haciéndole. Con un gesto impaciente lo obligaba a proseguir.

y de ese modo, señor, alentados por sus palabras estimulados por su promesa de que en su gobierno no tendrían cabida los ladrones que roen nuestro tesoro y exhibe usted luciente su campana y seguros de que con usted pasará a la Historia, al fin la practica común de saquear a España pues se inicia la etapa de la Pureza Administrativa y de la Más Estricta Honradez Personal, nos impusimos una tarea difícil, ingrata.

¿Cuál? –gruñe Teófilo encogiéndose de hombros.

Ubicar a los rufianes que le heredaron a usted, pues es cierto, si saberlo usted o poder evitarlo, han robado tremendo el Gobierno Federal en el tiempo que lleva usted a cargo de él.

Lo creería el Presidente Quien sospechara lo que Herrasti iba a decir después porque pronunció, mucho secreto el tono

–¿Rufianes, dice usted?

–De qué otro modo llamar, señor, a los que aprovechando la circunstancia de que usted o personas cercanas a usted les otorgaron

Son palabras graves esas, abogado

Pruebas son los hechos que calificamos señor. Esos creen y quienes hemos trabajado en este proyecto

¿Los conozco?

–Amigos del Partido compañeros del Centro de Estudios Políticos y Sociales, personal del Ministerio. Algunos contadores de Finanzas, almas a nosotros todos, jóvenes. Todos, amigos

¿Y...?

–Los resultados son deprimentes. Mañana mismo usted podrá examinar y valorar en conjunto la primera fase de nuestra investigación. Ahora, ruegue usted, señor Presidente

Retirando las manos con que lo cubría, el vice-

Ministro Teófilo Herrasti mostró a don Aurelio Gómez Anda lo que parecía ser dibujado sin duda por un profesional un árbol genealógico o un organigrama, con muchas ramificaciones e innumerables recuadros

–Hemos... –volvió a gruñir don Aurelio al percatarse algunos nombres

Aquí, señor, hay doscientos ochenta y siete fichas brevísimamente resumidas. Cada espacio fue destinado a una sola persona. Lo que quiere decir que tiene ante usted la primera semana de los que están haciendo negocios en detrimento del erario nacional a consecuencia con la influencia que suponen los concede ser amigos suyos o parientes de algunos miembros de la familia Gómez Anda. Doscientos ochenta y siete vampiros que desangran a la Administración y que cada mes, solo en lo que a sueldos se refiere, se llevan ¿quiere saber cuánto, señor Presidente?

La voz ahora, un alemán servicial en la mano como si lo molestara algún hecho gratuito, se hizo más impersonal y realmente colorado, supongo que Herrasti dijo don Aurelio dijo.

No es necesario

–Doscientos de millones, señor

¿Y...?

Amigos suyos y amigos de amigos y compadres suyos, amigos y protegidos y protegidos de los amigos de Armando compadres de los amigos de parientes de Teresa López. Ubicados de Fermín Palermo estaban allí cada uno en la pequeña celda de un cuadrito, con el puesto que ocupaba en el Gobierno en las empresas de parte nacional estatal, en los departamentos donde, y los salarios sobre todo correspondientes a los que devengaban ¿por hacer qué?

–Creí de mi deber, señor, realizar esta investigación preliminar y mostrarle los primeros resultados

Pensativamente asintió el Jefe de las Instituciones. Fue a él a quien se acostumbraba dejar sus tacha de portalum cinco después de haber bebido el café. Desde de expreso su entusiasmo.

-Agradezco, joven abogado, el mucho trabajo que usted y sus amigos se están tomando.

Por supuesto, todo es poco, señor.

Se volvió a mirarlo. Ya no adusto, tampoco sonriente. Serio, nada mas.

Esa información que me ha traído nos será de mucha utilidad.

Seguro estoy que así será, señor. No es usted el que por la acumulación de cargos, se compromete gravemente a un hombre probo, un mandatario honesto, como usted.

Con un movimiento de su derecha, y palabra enfática, le ordenó que se moderara:

-Olvídese de mí. Pensemos en nosotros. Para abogado. Los gobernantes somos pasajeros en tránsito. Filia, permanece...

-Así es, señor.

El país de la cual pronto debe ser expulsado a la vida le, mucho para que sirva y cumpla y de ejemplo. ¿Cuántas de nuestras malas acciones no son encubiertas por acciones que parecen buenas, bien intencionadas, eh?

-En efecto, señor.

Antes de irse, prepárese la relación de quienes colaboraron con usted en este trabajo... Los tendremos presentes.

Ningún interés que no fuera el de servir, los movió a participar...

-Sus nombres, abogado, y sus cargos.

Mientras el vice-Ministro Herrutí los iba anotando en una de las tarjetas que le puso enfrente el señor Gómez-Arola, este decía que sus viejos se ocuparan en leer

un poco a sabios, inquieto y temeroso de encontrar las escritas, algunas de las doscientas ochenta y siete identidades que Teófilo y sus investigadores incluyeron en el riesgo. Procedió después a dudarlo. Muy listo nuestro amigo Robespierre. No encontrará en ninguna forma escrita relaciones a La Dona, a Teresina, a Fermín Pa tampoco con esta caída de vivanderos.

MARÍA PREFERIDO convocarlo a Palacio, porque le parecía más apropiada que la de su despacho en Los Arcos, familiar y algo casera, la atmósfera que los cuadros y el caudal maderos de los muros y la alfombra persa; el magno escritorio y la bandera patria plegada en su asta de bronce, le conferían al recinto de alto techo artesonado en el que por la mañanas gobernaba. Muy rígido, como si un arnés ortopédico le impidiera moverse, pequeño en la silla de respaldo verde que habían ocupado robustos y enormes dictadores y generalísimos; hablando casi sin mover los labios con discreción de ventrílocuo el Presidente exponía al Procurador General de la República, doctor en Derecho, Atahualpe Vigueras, algunas de sus muchas preocupaciones.

-Desoyendo consejos de hombres mas prudentes, o mejor informados, o más inocentes que yo, incorporo a mi equipo de trabajo, para concederle una oportunidad extraordinaria, de esas que sólo una vez en la vida nos son ofrecidas, a un joven dotado de inteligencia, sensibilidad, simpatía, y gran capacidad para aprender... Demasiada capacidad, diría yo. A ese joven lo cuido, lo tengo cerca de mí, lo distingo como a un hijo; le empiezo a enseñar algo de lo poco que yo sé.

-Sí, señor...

Echó la cabeza un poco hacia la izquierda. Intensa era la mirada con la que estaba abarcando, al otro lado del

escritorio, al Procurador Vigueras, inquirió:

–Supongo, doctor, que ya sabe usted de quién estoy hablándole.

–Para no equivocarme o prejuzgar, señor...

–Estoy hablando del vice-Ministro de la Propiedad Nacional.

–¿Ernesto Herrasti?

–De él.

–¿Algún tropiezo? ¿Problemas?

Suspiró Gómez Anda. Un suspiro, así lo escuchó, algo rudoso, neutral, para expresar su desaliento, por que Vigueras advirtiera que la cosa no sería fácil.

–Peor, abogado.

–¿Peor?

–La deslealtad hacia el protector, hacia el amigo, ¿no es lo peor en que puede incurrir el hombre?

–El joven Herrasti, ¿ha hecho algo contrario a la amistad?

La respuesta del Presidente fue un lento, triste cabeceo.

–Bastante más, Arabalpa... Ha montado una conspiración contra el Gobierno que represento, contra personas cercanas a mí por razones de afecto y parentesco...

Atento, el Procurador se inclinó más hacia adelante.

–¿Qué clase de conspiración, señor Presidente?, ¿y con qué propósito?

Volvió a suspirar don Aurelio. Dejó que su mirada discurriera un momento por el despacho. Al retomar el recorrido, la centró en el rostro del Procurador, quemado por el sol de sus vacaciones recientes:

–Le ame, con un bien definido objetivo, sembrar la desconfianza entre la gente que, por crédula, resulta fácil de manejar... Con habilidosas sutilezas crueles y de todo irrespetuosas, deteriorar la reputación, la dignidad de mi señora, de mis amigos, de mis colaboradores... En suma, Anbualpa: desestabilizar al Gobierno y minar, irreparablemente, la imagen de honradez que con tal dedicación nos estamos creando...

–Oh.

–¿Y qué hace este joven al que creíamos amigo nuestro, al que considerábamos como si fuera de nuestra familia? Se deja deslumbrar vaya usted a saber por qué irresistibles espejismos: dinero, mujeres, vicios, ¡qué sé yo!... Permite que se apoderen de él, de su voluntad, de su innegable talento, y que lo manipulen, Los-tupos-de-Presidente...

–Ah...

–Los Oligarcas...

–¿Eh?

–Los Grandes y Encubiertos, y Todavía Poderosos, Enemigos de Nuestra Revolución...

–Que tanto han estorbado su marcha...

–Todo eso, ¿para qué? Para que el pueblo se asquee... Para que descrea de la sinceridad de Nuestra palabra y de las trasparentes intenciones de nuestros actos... Para debilitarnos y así preparar el terreno a Las Más Oscuras Fuerzas del Exterior que siempre Nos han amenazado...

–¿Sería capaz Herrasti de presurse a...?

–Si lo fue de sorprendernos, ¿no lo será también de...?

Lo interrumpió el Procurador General.

–Hay que impedir que cause más daño.

–La posición que el joven vice-Ministro ocupa en el Gabinete le permite vender secretos, entregar nuestros recursos tan codiciados...

–Eso, ¡nunca!

–He sabido, doctor Vigueras, que el joven Herrasti se ha complicado en negocios que afectan directamente la propiedad nacional que él, en parte no pequeña, esta

«comprometido a preservar...»

Bruscamente, como buscando en efecto, Gómez Arcila pegó un puñetazo sobre el escritorio y se levantó. Armado y desarmado, Atahualpa Vigueras permaneció en la silla. Dijo, irritado:

—¿Ordena algo, señor Presidente?

Pareció haberse tranquilizado un poco solo un poco, dos. Acercó el rostro al señor Vigueras y dijo en voz baja:

—Que pueda yo ordenarle, señor Procurador, algo como usted comprenderá mejor que nadie, le toca en especial hacerlo en casos como este... Se pregunta, querido Procurador, debe entregar las andanzas privadas del señor Marcos Herrasti y de sus empleados, para luego proceder conforme a la Ley... Pero con pruebas, Atahualpa, ¡buenas pruebas!, pues no queremos llevar sobre nuestra conciencia el peso de una injusticia...

Entonces se irguió en su estatura total, el penalista Vigueras:

—Se hará así, señor Presidente.

No estaría por demás, abogado, que se conduzca con Marco Tulio Cimarrosa, que sabe bastante de asuntos así.

«COMPRENDE USTED, MADRE... Hasta ese punto llegaba Fermín para las siete de la tarde por concluida la audiencia y procedía a tomarse la media hora de descanso de todas las tardes, esos treinta minutos en que iba al cuarto de baño, oía los periódicos vespertinos, revolvía sus gramos y se estallaba frente al ropero para enterarse de las últimas noticias. Acompañaba a su vestuario hasta la puerta de madera labrada por artistas de Carmenes que Armandina había hecho colocar la víspera, y pasaba al Salón Perla donde el peluquín se ocupaba de encender el primer puro.

—Puede usted retirarse, Cayetano.

—¿Con su permiso, señor?

Deseaba hallarse a solas, sin nadie presente que fiscalizara sus reacciones, en el momento en que se presentara al público con paso lo que sería por sus personajes que en ella habitaban, La Señora Presidenta de Dios el Señor Patriarca del Amor. La reunión mantenía inquietas sus manos. Entrelazó una en la otra y logró así inmovilizarlas. Como derecho sin embargo el golpeteo de su corazón amenazaba verse nosotros de pronto estaba cacareando se paso. Sin no que se abogados y al ragar a re a bocanadas. el dolor de una suave punzadura sobre la teta izquierda. Por no morir de lamento haber hecho dejar las cosas a Heriberto. ¿Merecía Teófilo Herrasti el castigo que la señora de Gómez Arcila le decretaba? Por el tiempo mientras esto pasa, se le acabará la vida. El castigo por supe. Mas que perverso por ingenuo... ¿Acaso sabe le hace no pudo por sí mismo descubrirlo, que unas son las Palabras y otras las Hechos, que el hombre de Poder tiene una conducta pública y tantas privadas como le sean necesarias? Atacar a los amigos de Armandina, de Teresa, no a ellas las hará dejar de ser amantes serias, no es atacarme a mí. Hubiera creído mas en su sinceridad; habría tenido otro valor su denuncia, si con huevos, como las cosas han de hacerse cuando se quiere llegar al fondo pone a su mujer, a su amiga y a Fermín Palermo en su lista. De haberlo hecho tal vez lo habría considerado mejor. Procurar a parecer con cálculos no pasó ofenderme, pincharme como me duele. Ese fue su error: se la pega uno o se la calla. Nada de medias tintas. Nada de apuñalar con mano ajena. De no haberle dado ya esa lección, porque es más una lección que un castigo, ¿quién podría impedir que este mucha-cho me entrampara también a mí? De no detenerlo a tiempo, ¿en qué otros lugares no habría metido las narices? ¿Descubrirá que lo que llaman *corrupción* es el arma

de la que puede valerse, si las circunstancias lo exigen, el Presidente que la sufre y aun la estimula".

Condena a sus restauradores. Llevadas por Juan Armengol a los jefes de las tropelías de la televisión, a pedanía y comentarios que la disgustaban, fueron breves. Arafeza en acercamiento para que la República cobre su rostro. Que hasta la víspera había sido vocero Ministro de la Propiedad Nacional, Teotilo Herrasti Sedeñar, Judas, ante tan grande traición de Aquel a quien interrogaremos hacia encontrado y fiel compañía nuestra reconocido don Aurelio, que a los enemigos les depara cara la vergüenza. Temprano se le llevó a Los Arcos un resumen con las respuestas aturdidas de Herrasti. Ya necesito verlo. Había escuchado ya, en el Cuarto de Ho- dio parte de ellas y por lo que después comentó con el Arabualpa Vigueras, el joven Herrasti de todo con su buen nombre. Que pobre argumento para probar la inocencia resulta ser la verdad, abogado. Así es, señor Presidente. El crabajo de Veracruz había sido [illegible] de estar habiendo conversado con el Ministro del Interior cuyos agentes investigaban desde hacía meses a personas de Teotilo Herrasti, a varios funcionarios menores de la Propiedad Nacional que aparecían comprometidos en un negocio de compra-venta de terrenos federales. Se capturó a seis de ellos y se les fusiló tras breves si le algún modo relacionaban a su jefe. Dos de los jefes de mayor rango, los que más tiempo habían ganado, aceptaron. En base a tal cargo de complicidad, la Policía Judicial aprehendió a Teotilo Herrasti Gómez Anda se negó a tomar la llamada urgente de Gloria Herrasti Tampoco quiso recibirla en Los Arcos. Armando Ortiz del Douglas abogó por el vice-Ministro. La sabía ajena al caso. Estaba dispuesto a mover las manos por él. Los cargos contra un joven amigo son débiles. Ormel Señor, el re- pronto arrepentimiento. El juez declaró que no

hay delito que perseguir y [illegible] Ha sido una trampa. Así eso". Le parece. Vuestra. Dile que no lo hemos de- ado solo. Que nos preocupamos mucho por el

No más de [illegible] estuvieron Herrasti y los ros sus ante las cámaras. El más que en ningún mo- sentó raro le escondió el rostro el más que siempre mo al frente. Ives el vic- Ministro. A ésa, sigue una de- hablaron que no interesaba a los Aurelio. Aunque el televisor. Lo único que puede reconocerse, si se atiende es que no intervino abiertamente en su favor que jamás su arresto y encierro de su hogar en los pri- meses. Su ubicua entrada en su ayuda ¿no habría sido ción el pueblo que no sabe leer y amaba estaba enun biéndolo? Ahora nadie duda ya que en este país la ley se aplica por igual a todos. Teotito probó ser uno cente. Por eso recupera la libertad... Las de Caín que él ha sufrido influirá, ¡ojalá!, para que otros descarriados se moderen..."

No padecía remordimientos. Trataba de convencerse que no estaba padeciéndolos, pero el café que luego se preparó le supo mal. Abandonó la taza y de pronto agi- tado, marcó el número del Canciller.

–¿Don Anselmo?

–A la orden, señor Presidente.

–¿Ha visto la televisión hace un momento?

–Sí, señor.

–Lamentable asunto... pero más lamentable es que un amigo como lo es el vice-Ministro Herrasti, haya sido presentado al público por error de quien controla los medios de información como un delincuente. Lamen- table y doloroso, además.

–En efecto, señor... dijo el Ministro de Relaciones Exteriores. ¿Que se proponía Gómez Anda tratando de engañarlo?, ¿acaso sus propios informadores no le habían hecho saber a Espinosa Carrillo que había sido El Primer

Mandatario quien urdió esa maniobra para desacreditar, deliberadamente, al joven y talentoso funcionario?

Carraspeó el Presidente y con el meñique de la derecha se urgó un oído.

–Después de lo ocurrido, no sería bueno ni para el amigo Herrásti, ni para la imagen del Gobierno reinstalarlo. –Perdurarían las dudas, Anselmo. Es por ello que he pensado...

–¿Sí, señor?

Después de colgar, supo don Aurelio que ya nada lo afligiría. "Viajar unos años por el mundo, desempeñando tan grata e importante comisión, ayudará a nuestro joven abogado a ganar experiencia. Le dará firmeza a su carácter. Lo enseñará a ser más reflexivo. Con el tiempo nos llega la necesidad de ser prudentes. Saberse técnicamente en el destierro, pues no podrá volver al país si yo no lo apruebo, servirá para que Teofilo recuerde lo que alguna vez, en la campaña, le dije: 'Nunca hagas lo que no se te pida hacer. No cumplas turno de guardia que no te corresponda. Habla menos de los que puedas, y no digas más de lo que sepas'. Ahora deberá aprender todo eso". Pensó en Teresa López Automomo, su dedo hacía juego con el [illegible] de La Reja.

–¿La señora?

Salió a pedirse [illegible] con el senador Fabián, a las seis, sería:

–Hmmm...

Después de colgar, tomó el timbre para llamar al ayudante. Otro recuerdo lo alegró: pues le llegaron rumores de que Teresa López admitía jóvenes hombres en su casa a deshoras, la había hecho vigilar. Puso agentes a espiar a los que la espiaban para estar seguro de la veracidad de los informes. Nada, en meses, la acusaba. Me es fiel. Lo que demuestra que también es inteligente".

¿Señor?

–Haga pasar al que sigue, capitán.

De pie tras la mesa, como si posara ante el retratista oficial, don Aurelio Gómez-Anda aguardaba a la persona que había accedido recibir, en Los Arcos, a las diecinueve horas con treinta minutos.

COMO SI PADRE, que lo dejó huérfano antes de nacer él, Teófilo Herrasti, inspector de consumos, muerto cuando no era temprano en su vida. Su padre, alcanzado por las balas que en cierta forma autorizó Gómez-Anda. Él, en un accidente. ¿Hay algo más estúpido que estrellarse dormido sobre el volante de un auto sport que desciende por un camino de montaña, en Bavaria, a más de cien kilómetros por hora? Su mujer, Gloria, encinta por segunda vez, le sobrevivió una noche. Su único hijo, falleció en la ambulancia.

Cuando se le informó de la muerte de Teofilo Herrasti, de su esposa y del pequeño Arquímedes (al que bautizaron en la capilla de Los Arcos), el señor Gómez-Anda sintió un mucho de pena, pero también alivio. Ese reproche que para él secretamente seguía siendo Herrasti, ya no existía. Pronto sería recuerdo de unos pocos. Después, olvido de todos.

EL PADRE Monroy proponía a cinco, la partida, cuando llegó a casa del alcalde Aquiles Veragua el entonces jefe de la policía municipal de Buganvilia, Abundio Esquer, un buen hombre aunque ya debiera cuenta y un muertes. Vestido con su clara ropa de verano, al cinto el revólver AA que le daba aspecto de temible, esperó a que Fermín Palermo, jugador de intuición aunque no de talento, colocara un inusitado 6-5 que dejaba sin oportunidad a su compañero.

–Con la novedad, don Aquiles, que se acaban de matar a balazos Mariano Santoyo y Pepe Herrasti.

–¿Donde, Abundio?

–En el rongal de Marianita.

Corre.

Antigua era la enemistad que enfrentaba a los Herrasti y a los Santoyo. Decían los viejos, y quizá fuera cierto, que todo empezó cuando un Santoyo Becerra mató de un tiro a Pepe Herrasti que se paseaba tan campante por la vereda de los que trabajaban en el Peñascal y se casó con ella en Salvatierra. Niño Monroy participó como testigo en la discreta ceremonia, recién llegado, casi cuarenta años antes. Los ofendidos hermanos Herrasti buscaron al culpable. Le siguieron la sombra una noche, en un cañón perdido de sus tierras de Nieva Holanda, se encontraron en celada con sus deudos más cercanos y vengadores. Desde entonces se envenenaron, uno a uno, con el rigor de la venganza. De vez en cuando un Herrasti mataba a un Santoyo o un Santoyo cazaba a un Herrasti. La rencorosa cuenta pasó a formar parte de la tradición de Bugarvela.

Llegó una época en que la paz, precaria pero sagrada, quedó establecida entre las familias y, con el tiempo, los que llevaba Aquiles Verástegui en la alcaldía. Pero unas tarde, el accidente que lo dejó muerto en la silla de inválido, Santoyos y Herrasti se despertaron. Hasta esa noche.

Se pelearon por el derecho a la misma puta, con perdón de usted, padre Monroy.

–Quien primero a quien.

¿Cómo saberlo, oyen Aurelio? Las pupilas que lo vieron, no hablan. Lo que sabemos es lo que Mariano dice.

–¡Yo!

Con el pulgar se empujó hacia atrás el ala de la cabeza el

gante, con humo el cafe Abundio Esquer.

–Van a enterrarlos mañana, a la tarde-noche, en el camposanto. Ya por ahí andan durmiendo los muertos y empezaron a llegar Santoyos y Herrastis de toda la región.

Carajo.

–Lo más seguro, don Aquiles, es que vengan a seguir matándose. Si no es eso, ¿para qué emprenden el viaje? Usted dirá, señor, que hacemos.

Aquiles Verástegui se frotó las rodillas. Se las frotaba siempre que se ponía a pensar, y eso era lo que estaba haciendo. Después de un rato miró al joven Cornejo-Abdala y dijo, que aguardaba la orden recostado en el

–Ensíllate, Aurelio. Ya está bien de sangre en el pueblo. Haz lo que haya que hacer.

–¿Como que, don Aquiles?

–¡Carajo! Lo que se te ocurra.

El teniente Olivares encontró razonable lo que el joven Aurelio proponía. La Patrulla Montada contaba hombres y caballos, así llamado a los guardianes del Ayuntamiento. Unos y otros podían ser necesarios en el momento para apoyar si esos eran sus propósitos que los varones de las dos familias se fulminaran entre las tumbas. Aprobó también la sugestión de que se patrullaran las calles de Bugarvela y le ordenó que hiciera guardia armada frente y fuera de cantinas, pulquerías, cafés, tiendas y prostíbulos.

–Ley seca cuarenta y ocho horas, teniente Olivares. Nada de grupos en las esquinas... Calabozo y palo a los que anden bola.

Dos días con sus noches vivió en tensión, como en los tiempos revolucionarios, la comunidad de Bugarvela. Cerraron los comercios, "por las dudas", don Adolfo Mariscal viajó a la capital a que le hicieran unos análisis de orina, y los agentes viajeros no pudieron conocer las novedades que para ellos tenían esa semana. La Negra

Sólo mujeres de su apellido acompañaron los cadáveres de Macario Santoyo y de Luis Herrasti, a quienes por sus diferencias tuvieron los velatorios. El padre Monroy ofició en las exequias. Pidió que hubiera paz entre las familias de bien, y amenazó que el Señor daría cuenta a los infames y castigaría a los que calentaban rencores.

–Estas cosas pasan –dijo– cuando Lucifer mete la cola entre nosotros...

Las dos viudas (se lo dijeron) competían en secreto el mismo dolor: sus maridos se habían matado en el lugar de putas. Eso, en cierta forma, las igualaba.

El orden, impuesto por los centinelas del teniente Olivares, y protegido por los gendarmes de Almada, Esperanza apenas duraría cuatro meses después del sepelio, porque Herrasti, amigos de Herrauranas, mataron a primos Santoyo, vecinos de Las Cruces. La única ambulancia (¡cuidado! Ayuntamiento) recogió dos cuerpos. Uno de ellos el de Chato Herrasti, todavía con una poca de vida.

Aquiles Verganza, alertado por el mucho brandy que había estado bebiendo desde antes de comer, dijo que no podía seguir. Dispuso:

–Ve que luches, Aurelio, pero me los pones en paz. A todos!

Llegaban informes alarmantes. De la capital de la provincia, donde trabajaba a sueldo del Ministerio de Aguas y Suelos, arribaría esa noche Teófilo Hermán Herrasti, ingeniero agrónomo y hermano mayor de Chito. De Bracamontes hasta el valle de Bugambilias, cosechero y en armas como aquel, Francisco de Asís Santoyo hombre, la desgracia de tal modo, de pocas pulgas y menos entendederas.

Gómez-Anda.

Ni Francisco de Asís Santoyo, ni Teófilo Hermán Herrasti, llegarían solos. Las voces del viento hacían saber que los acompañaban otros Santoyo, otros Herrasti todos dispuestos al exterminio.

Tranquilízalos, Aurelio. Dales que se vayan...

–Procuraré, don Aquiles...

–Acompáñelo usted, padre...

–Con gusto...

–Usted los conoce. A usted lo respetan... Hágales entender que es una pendejada seguir matándose; y una cerrajada venir hacerlo aquí.

Se vistió Aurelio Gómez-Anda como para ir a una fiesta, o a un sepelio. "Cuídate", le dijo suavemente su prometida ya avanzada, y también que la cojera veía muy poco, Isaura, su mujer. "Volveré temprano". "¡No lleves armas!". Cargar la pistola que un día de su santo le regalara Abundio Esquer le parecía una precaución innecesaria. ¿Sabía acaso cómo se manejaba? ¿Había disparado alguna vez un tiro? Aunque hacía calor, el padre Monroy eligió una sotana negra, la mejor de las dos que poseía.

Hoscos y resentidos, primero los Herrasti, luego, los Santoyo, uno y otros se copiaron las palabras.

–Mientras uno de esos cabrones quede vivo, uno de nosotros habrá de acabar con él.

–¿Qué caso tiene desperdiciar más sangre?

¿Perdonarías usted, padre, o tú Aurelio, perdonarías al que le asesinó al abuelo, a, papá, al hermano?

Esa noche, atendidos por Isaura, tomaban café el cura Monroy, Fermín Palermo y Aurelio. El padre Monroy y Gómez-Anda estaban seguros de que la violencia era ya inevitable, por más que los hombres del teniente Oliva-

res patrullaran las calles, vigilaran a los Herrasti y los Sampayo y avisaran a los gendarmes del Ayuntamiento a hacer respetar el descanso nocturno que se queda decretado por Aquiles Veragua.

Tontos y ciegos insensatos.

–Nada se gana con lamentaciones, padre.

Cuando Monroy volvió a su iglesia, Fermín Palermo se hizo acompañar al bailar por Aurelio Gómez-Anda. Había hablado poco. Había pretendido escucharlos, tal vez divertirse leyendo en los pensamientos, saber cómo salía de precipicios en que la cólera de Sampayo y Herrasti los había metido. De Aquiles había dicho: "Es un quiero mas pero duros, Aurelio. Que eso se acabe para bien de todos."

Hay un modo.

– Cual, Fermín?

Mata al perro y acaba con la rabia. Tengo gentes que lo harán. Los mandé llamar temprano.

Eran cuatro. Buenos tiradores de pistola, avezados en el cumplimiento de misiones ilícitas. Esa para la que el Negro Fermín los había hecho venir desde Los Laureles, no era diferente a las que habían cumplido en otros días para el Amo Fermín Palermo, su padre que en paz descanse y en el Señor se goce. No preguntaron la cuantía de su paga. La tarifa que acostumbraban cobrar los Palermo era conocida, generosa y superior invariablemente a la que estuviera en uso. Bebían *mezcal* y jugaban al tute, en el cuarto que Fermín llamaba la oficina. Dos eran hermanos. Primo, el segundo y uno de los tres, el más viejo. Hablaban apenas. Los escuchaban, atentos.

Habrá que informarle a don Aquiles.

Para que se deje matar? Mejor rendirle una parte de los pesos cuando todo acabe.

No muy seguro de que hacía lo que debía hacer, impulsó de se llegara en el tiempo olvidar esa primera sangre que aprobaba derramar, Gómez Anda concedió.

–Que lo hagan pues. Pero que conste, Fermín, yo no meto la mano en esto...

–Vuelvo con Isaura. Estará preocupada por mi. Te alcanzaré más tarde.

Los cuatro Otomíes que Fermín Palermo hizo venir de Los Laureles, donde sembraban sorgo y destilaban aguardiente, se marcharon de Buganvilia ese amanecer con las escasas tribus todavía y con los bolsillos los tres mil pesos que les entregó a cuenta de pagos el hijo del Amo Fermín, que en El Señor se goce. Tomaron su viejo Ford y se fueron por los caminos del polvo rumbo a Salamanca y los lejanos cerros de donde habían llegado.

Por la tarde, mientras don Aquiles Veragua revolvía lentamente las fichas de dominó, dijo el padre Monroy:

–Ocurrió lo que nos temíamos. Que pasó, Sampayo y Herrasti, y uno quedó vivo para contarlo. Seis viudas y huérfanos después de la remendada balacera. Tres de cada bando, como en la otra. Una cosa cierta.

Aquiles Veragua aportó una blanca. Ignacio hizo la muy fuerte con la que Palermo había abierto el juego.

Que imprudencia, si los pistoleros se acabaron, dónde encontraremos a Gómez Anda como muy instante.

–Se nos ocurre su gente buena.

Mucha suspicacia Veragua. Pensó Hermán era amigo.

Persona leal, resuelta.

Y que decir de Paco de Asís de Aquiles?

Una fiera.

–Pero la pasión ya los ciegan a todos. Los convierten en fieras. Los vuelven bárbaros.

Así es, padre Monroy.

Dicen por ahí gente de fuera viene a matarlos.

Capitanes unidas Gómez-Anda y Palermo. En la de

aquel había alarma. Cierta inquina en la de Fermín. El alcalde Veragua por todos "quince" –que era la cifra– a un cavalo.

–Bah. Siempre se inventan esas patrañas. ¡Gente de lucro! ...No te extrañe, padre Montoy, que mañana nos cuelguen el milagro de habernos mandado matar nosotros.

Hacia el fin de la partida, cuando don Aquiles daba ya muestra de sentirse fatigado (la cabeza llena de puntos negros y blancos, el estómago, de gases, y de plomo las piernas), el padre Montoy comentó:

–Ya no quedan aquí, ni en ninguna otra parte, Heráclitos de Sanlúcar.

–Por fortuna...

–Pero...

–¿Sí? –Aurelio Gómez-Ancla la miró ansiosamente.

–... según se, una viuda Sánchez, y otra viuda Heráclito, han quedado embarazadas. ¿Se dan cuenta de lo que pasará si Dios les concede varoncitos...?

El alcalde bostezó:

–¿De qué se preocupa, padre? Para cuando esos niños, si niños nacen, aprendan a matarse, ni usted ni yo seguiremos en esta vida.

Rieron los cuatro. Aurelio acomodaba las fichas dentro del estuche de madera y lo volvía a su lugar, en uno de los cajones del escritorio de costura de Veragua. Pensó: "Yo, por lo menos, me habré ido para entonces...", seguro de que su propia vida no iba a consumirse en un pueblo como Buganvilla, lindo y florido, sí, pero demasiado aldeano para él.

EL MAYOR PELO Fraga debía hallarse cerca, quizá espiando lo que hacían o hablaban, porque repentinamente irrumpió en la sala en cuanto el teléfono empezó a sonar. Algo

parecido a la zozobra ensombreció a Gómez-Ancla. El hombre, se dijo, no había cascabeleado como de costumbre. "Ya vuelven a joderme. ¿Qué se propone el que los manda hacerlo?" Mario Menchaca pensó que ese era el momento de marcharse. Para que resultara significativo su primer encuentro con Caro Mauritius, ¿qué mejor que llevarle un obsequio de su gusto? Por medio de...cinco Ganímedes Ortiz conoció de la afición a coleccionar panas que distinguía al amigo del nuevo Presidente. Ortiz consiguió "a precio de ganga, ingeniero", una pequeña tela cubierta de figuras grotescas y manchas de colores, "como las que un niño o un loco podía pintar" que debía ser muy buena a vistas los miles de dólares que pagó por ella. "Con Caro Mauritius, dicen, es fácil entenderse. Gana y deja ganar, lo que había mucho en su favor. Había que cultivarlo". Abandonó el vaso con el champaña empalagoso. Oyó, en segundo plano, las palabras del mayor Fraga:

–Lo informaré al señor Presidente. Para servirla, señora...

Colgó.

–¿Quién llamaba, mayor?

–La esposa de don Tomás Vallado Fajer. Avisa que vendrá un poco más tarde...

Se retiraba el ayudante cuando don Aurelio se ordenó:

–Siga buscándome al señor Palermo, ahora.

Se ocupó de hacerlo el mayor Fraga. Mario Menchaca consideró que era oportuno, ahora que se hallaban los dos a solas en el despacho privado y que él se disponía a despedirse, preguntarle a El Señor cuándo quería que hablaran de los asuntos, "nuestros asuntos", que él le mencionaba.

De perfil a él, como en las monedas, mirando hacia la pared humedad del exterior, sin demostrar interés, co-

dusa vagamente, como si ignorara a qué con tal ante cior se refería Mendoza don Aurelio seguro

—Nuestros asuntos [illegible] cierto temblor que no sonreír al oído

Los suyos, señor, que son bastantes

Fruncido el ceño, como si hablar le no [illegible] molestara [illegible]—y me molesta verdaderamente, por cuanto me hace sentir incómodo y culpable— Gómez Anda tosió un poquito

—¿Qué prisa corre [illegible] para una fecha para que usted y yo conversemos, como usted dice, de nuestros asuntos Cuando haya que hacerlo, lo haremos.

Dijo Menchaca.

—Esperaré sus indicaciones, señor Presidente

Se asumió discreto como siempre el mayor Fraga. El señor don Fermín Palermo no se encontraba en ninguna parte La última vez que se le vio fue en el Aeropuerto Machoxtli Borges [illegible] abandonado en su automóvil [illegible] Hangar Presidencial después de haber despedido a la Primera Dama Tampoco su escolta respondía a la llamada urgente de la cámara del radioteléfono ¿Debía seguir sosteniendo?

—Hasta encontrarlo, mayor

—¿Sabe usted, señor, de algún otro lugar donde don Fermín...?

—No, [illegible] mayor [illegible] molestar don Aurelio, y pensó Por qué no lo busca, pendejo donde de seguro lo hallará en este momento en Los Arcos Se avergonzó de haberlo pensado Fermín, su amigo no es como este oportunista Menchaca, de los que van a hincarle el codo nuevo Presidente, el mismo día que los mandan a su casa [illegible] Pero no es así Quiero creer que no lo es

Al volverse sorprendido a Mario Menchaca mirando, con algo de preocupación, con apenas disimulada impa-

ciencia, pues era más tarde ya de lo que suponía, su reloj, un cartelón de brillantes y platino alrededor de la muñeca Le indicó con una seña que ocupara la otra silla. Gómez Anda sabía que al retenerlo allí lo ponía nervioso. Que sabía que se angustia Sin que viniera al caso, sólo por hablar, procedió a recordar días y hombres de otro tiempo Para no parecer descortés, Menchaca se limitaba a asentir y a no contradecirlo

Sí, señor: así fue... En efecto Exactamente, ese día ocurrió [illegible] entre ellos no surgiera ningún desacuerdo sobre una fecha, un nombre o un año, que El Señor aprovechara como pretexto para prolongar sus inútiles divagaciones

Oh, esa memoria mía, Menchaca

¿Cómo imaginar que el viejo perspicaz de don Aurelio no estableciera la inevitable comparación de su prisa de ahora y el entusiasmo con que todavía un mes antes cuando no era El quería mejor pedir ayuda [illegible] a ser más rico procuraba permanecer a su lado, su tasa paciente rendida hasta el último segundo de los minutos que le permitía hablarle, y no cesaba de buscar como ésta para prolongar la entrevista, referirle los chismes sobre Ávila Puig que divertían a la ciudad, o mostrarle a que le repitiera algunas de las muchas anécdotas que le daban color a su biografía, y que él, por más que las hubiese oído decenas de veces, festejaba invariablemente celebrando con desproporcionadas risas?

Después de esa [illegible] porque ya se veía venir sabía, pero sobre todo debido a que luego de maniobrar a Menchaca reteniéndolo había terminado por cansarlo, el señor Gómez Anda anunció abruptamente

—Bien, don Mario no lo retraso más —La oración sonó dura y fría Mucho tendrá que hacer hoy, supongo, y no quiero que por mi culpa llegue tarde Espero tener el gusto de volver a verlo

Aliviado porque don Aurelio había puesto fin a la chachara de viejo al que solo le quedan vivos los recuerdos, se levantó también casi atropelladamente el contador público Mario Menchaca:

–Pronto me tendrá por aquí, señor Presidente.

Don Aurelio no lo acompañó más allá del umbral. Si en el despacho hacía frío, en la sala, tan grande, la temperatura era ingrata. Fraga lo llevaría a la salida.

–Mi puerta nunca está cerrada para los amigos...

–Gracias, señor... Mis saludos a doña Armandina...

–De su parte.

–Y a la señora Teresita, también.

–Gracias.

Mario Menchaca, para no prolongar más la despedida, hizo una leve reverencia a don Aurelio y cruzó, con Fraga, la cochera.

II

Cada dos peldaños una pausa para recuperar el aliento en la planta de los pies el cosquilleo del frío y en la rodilla izquierda las punzaduras de vieja reuma don Aurelio Gómez Ávila descansando en cada descanso la escalera de mármol artificial. Ese que estaba viviendo lo desde que regresó de la Cámara le parecía un tiempo muy distinto al de otros días.

Tal de los últimos meses, al de las semanas finales de su Poder. Las horas, entonces, ardían de prisa. Las buscaba en los relojes y, poco después, ya no estaban; se habían ido... Tiempo inútil ese que no le bastaba para hacer nada... Y hoy el tiempo no se mueve, no sale de la carátula del *Longines* que miro y remiro para ver si crece un poco, y que encuentro en el mismo lugar, o acaso solo algo adelante de donde lo dejé la última vez que oprimí la corona para ver la tapa en cuyo reverso leo una fecha y mis iniciales... Lo cierto es que mi tiempo, mi tiempo, es el que ha variado. Para el Presidente Ávila Puig el tiempo sigue vivo y avanza. Para el señor Presidente Gómez-Arda, el tiempo ya no marcha o marcha apenas... Sin embargo, tengo la impresión de que sigo moviéndome, así sea en el mismo sitio, o a contrapelo del tiempo...

"a este creer que te mueves sin moverte, aludía don Tito Livio Gómez de Lara aquella noche, una semana después de abandonar la presidencia, cuando, a mi pregunta, ¿Cómo se ha sentido, señor Presidente?, él res-

pondío entre ensueño y amargo "Como si me hubiera quedado la bicicleta debajo de las nalgas para de amor pedaleando en el aire. Así me siento, Aurelio, en el aire colgado del sillín, mirando cómo los otros se alejan, me abandonan y empiezan a olvidarme".

Había llegado al primer rellano. Desde allí abarcó la sala, amplia y fea, ocupada por los charros muebles y los muchos bultos y maletas que estorbaban los pasillos y las otras áreas de circulación. Tuvo, y el ejercicio le sentó bien, y le supo como el aliento de los pulmones de la noche que en ringansos cavaban mar presas y canones. La puerta había reventado en la pared, rumbo al verdinal, y el polvo del salitre, aquel polvo que podía ser sal de sabores, blanqueaba tres o cuatro escalones del segundo tramo. Se exigió la voluntad de seguir.

Te olvidan incluso antes de que te vayas, antes de que dejes de ser. Don Tito Livio no había dicho de eso tal vez para no asustar frente a mí lo mucho que estaba ya sabiendo o le estaba doliendo. Lo que le había contado la desercion de sus amigos, de los que por los años cuarenta seguían siendo suyos se le iban, discretos al principio, de uno en uno, y desaforadamente después, en manadas presurosas, porque estaba dejando de ser porque no volvería a seguir siendo por un tiempo muy largo mas. El Gran Comendador de Grandezas y Favores, El Generoso Dador de la Vida y la Alegría, El Inmortal y Magnánimo Señor Presidente de la República. Para el entonces para la hace poco y su porvenir que también para los que llevaban pasando mas años que nosotros, las horas de tristeza, las semanas vacías los días desiertos empezaron cuando por el hecho de señalarlo trasferimos la total magnitud de nuestro poder a quien escogimos para recibirlo. Sobrada siempre de visitas, su casa se despobló como si fresca mente per saludara, como si conturbar a ella, los domingos que permanecía abierta para todos, resultara negativo de mal

fario, poco recomendable... Otras casas, en cambio la de Miraflores donde el candidato vivía, la de Avenida Libertadores, donde despachaba, la de su querida, no sé donde, rebosaban a toda hora, llovera, o quemara el sol. Incluso en el verano de Cerro Borrego. De dónde habían salido las pacientes multitudes que ocupaban sus jardines y galerías, sus salas de espera y las calles de los alrededores? Eran las mismas que me habían buscado a mí. Las mismas que a su tiempo habrán de abandonar al señor Presidente Avila Puig...

DISCRETAMENTE TAMBIEN, iban olvidándolo en esos meses de poder ya en mengua, los que en el curso de una década, la de la Grandeza Aurelista que mereció un volumen de ensayos de Narciso Charles (y él, a cambio, un Premio Nacional de Literatura y su quinta embajada) habían aplaudido sus disparates, justificado los despilfarros de su Gobierno, silenciado los gritos de la sangre que le pareció necesario o conveniente derramar, ocultado sus ineptitudes y fabricado, para consumo, la leyenda del Sabio Estadista, del Visionario que Marcha a la Vanguardia de su Tiempo –los dueños de la prensa y de las televisoras que ya le negaban el espacio que en sus *medios* le habían prodigado siempre sin regateo.

Así fuera importante para el país, lo que decía no encontraba asilo en los rituales principales de los diarios, ni su imagen, o la de Armandina, imprescindibles años, ilustraban los noticieros. Porque las reclamaban otras actualidades, las unidades móviles de Canal 6 y de TV-Oriol 9, hacía retiradas, sin más, de Los Arcos, interrumpiendo así una devota guardia que duraba dos lustros. Dejaron de ser motivo de extensas reseñas las Juntas de Tejido de Armandina y no volvió a hablarse de la Temporada de Opera que merecía el patrocinio de La

Primero Dama, y se dice en casa de que la noche de *Adiós Cobarde*, tres cuartas partes de las butacas del Palacio de las Bellas Artes quedaron sin ocupar, pese a que los boletos, como de costumbre, fueron remitidos por la Señora Presidenta a sindicatos obreros, centrales campesinas y federaciones de burócratas.

Esa mañana, ella resopló colérica y luego, rudamente, arrugó el periódico que leía. Estaban desayunando, a solas los dos, en el pequeño refractario bexagonal de paredes blancas pretendido del señor Gómez-Anda para estar aparte.

–Pasa algo? –inquirió él hablando detrás de periódico desplegado.

–Pasa todo, don Aurelio... Se portan con usted como lo descastados que son.

Lentamente, Gómez-Anda bajó el diario, lo dobló por el centro, luego por la mitad y lo colocó después a la izquierda, sobre los que llevaba ya leídos.

–Hmmm.

Tomó el ejemplar de *Verdad*. No encontró su nombre en la primera página, ni tampoco en la tercera, en la cuarta o en la quinta, donde inexorablemente se publicaban las noticias nacionales, políticas o no, de mayor importancia. "¿Qué les pasa a esos canallas de *Verdad*, eh? Me deben docenas de millones de pesos en impuestos y papel y de unos meses acá han levantado una campañita contra mí, porque callar lo que digo, no contar lo que hago, o contarlo sin espuelas, es una campaña de hostilidades mi siquiera disimuladas". Halló lo que buscaba en el interior: una gacetilla, del tamaño de un gerbo a una sola columna, en la que se daba cuenta de un acto público y se aludía al discurso que durante él improviso. "Esa inauguración, esas palabras mías, ¿no habría merecido, hace todavía un año, cabeza mayor y laudatorio comentario editorial? Pues"

Como si el señor Presidente Gómez-Anda ya no estuviera.

–Hmmm...

También pequeñito era el espacio que en *Universo* se concedía a su intervención. Entre los *artículos de fondo* tampoco encontró halagos a su trabajo o referencias a la "acción revolucionaria" del Gobierno. En el que suscribía Arnoldo Barragán, le molestó una frase: "Y ahora que el fin de la Administración está a la vista, se impone, a fuer de hombres preocupados por Las Grandes Cuestiones Nacionales, iniciar una revisión a fondo, honrada sin rubicundeces ni hipocresías, de lo que ha hecho el Régimen. Pronto estaremos en aptitud de ser críticos, de juzgar sin apasionamientos, ni bastardos intereses, sólo con justicia y rigor, a quienes nos han gobernado..."

–Hmmm...

Se le ponía por delante, retándolo con sus sonrisas; molestándolo con su simpatía; pudriéndole el humor con su juventud y la sencilla humildad que todos encontraban irresistible, el retrato de Ávila Puig. "¿No tendrá algo mejor que hacer que andar bailando delante de los fotógrafos?" La noche anterior había visto todos los noticieros de la televisión a partir del de las siete y llevado cuenta de las notas, reportajes o entrevistas, en las que aparecía el candidato del PUR y en las que se hablaba de él. "De un total de ochenta y nueve que echaron al aire, cincuenta y ocho se refirieron al doctorcito. Demasiado..."

La señora Gómez-Anda agotó los matutinos, y hojeó las revistas "para la mujer" aparecidas ese día. Ocupaba la portada de *Muchachas*, un mensual de Publicaciones Olid que circulaba más de dos millones de ejemplares, un close-up de Isabel Véraz de Ávila Puig. Con rencor aceptó que era bella, aunque –y lo comentó en voz alta para que doña Aurelio la escuchara:

Dicen que hace tiempo se arreglaron en Europa la paz. "No opina, mi señor, que la tez es demasiado pálida para que sea natural? Y los dientes tan blancos y parejos, ¿no le parece que han de ser postizos o fundas?"

Hmmm

Con desdén dejó *Mañana* y tomó *Carteo* y *Tejido de la Cadena Mayor* del Club. Las páginas centrales, donde se le había parecido que en tres locuras de veces, se dejinaban a *La Pareja de Moda* –y su *Modo de Vivir*. Consideró un momento desordenado de apoyo por parte del semanario y un abierto derroche de tiempo de su parte exponer y narrar las innumerables substancias tomadas en su mansión a los Ávila Puig. "Como si se llevaran bien. Como si él no tuviera una querida y una amiga, y ella, no fuera una pedante de lo peor..."

Dejó de leer Gómez-Anda. Eran casi las nueve de la mañana y permanecía aún en la Residencia, como todos los domingos, en aquel hacinamiento ciudadano, secuestrado de la distinción, el honor o el favor, de una entrevista privada, de una audiencia oficial. ¿Por qué le ocurría? ¿Qué podía querer hablar con el señor Presidente, un querido Fermín? Porque todos, Aurelio prefirieron hacerlo con el señor Candidato, y los dos, mirándose, sonrieron –y quizá recordaron los días en que El Candidato era Gómez Anda y aquel el Presidente. Eso había sucedido una semana antes. En los días transcurridos ya desde esa sola entrevista, muchas personas habían gestionado ser recibidas. Acerca de todas, para tener con qué hablar

–Tratándose, mi señor, es por la petición de ese hombre. Debe tener ya comprada a la prensa y a la televisión. De este modo no le darían tanta importancia a lo que hace, ni a las barradas que dice. Y cuando hablan de Nuestro Gobierno, mi señor, ¿en qué términos se expresan los que escriben? Diciendo que En el Próximo

todo va a cambiar para bien... Que en El Próximo sí va a hacerse lo que en éste no supimos. Que *ese* individuo va a tener que poner orden, como si viviéramos en el desorden... Que urge una poca de honradez, como si estuviéramos rodeados de ladrones... ¿Sabe qué estoy creyendo, don Aurelio...?

Cansadamente, porque ella hablaba como él pensaba, y oír su pensamiento en boca de ella le producía cólera, Gómez-Anda le entregó los ojos.

¿Qué?

Perlitas de transpiración en la frente despejada, Armandina le ofreció mano ancha, y morena.

–Estoy creyendo, don Aurelio, que nos equivocamos al escoger a *ese* señor. Ahora más que nunca estoy convencida de que cualquier otro, no digamos Marat Zabala, nos hubiera convenido *más* que él... Al doctor Ávila, ¿no es tiempo ya de empezar a frenarlo un poquito...?

A medias la mañana, don Aurelio le envió, con el teniente Greco de la Vega, una tarjeta al columnista Roberto Saldaña. "Tal vez por su falta de experiencia en el arte superior de la política, el candidato del PUR Víctor Ávila Puig, está dejándose ver demasiado; quemándose innecesariamente. Sería bueno, opinan muy personal, que alguien le aconsejara limitar sus apariciones públicas y reducir su actividad verbal. Lo haría bien él y todos lo agradeceríamos."

A Josafat Armengol le ordenó:

–Llame personalmente a todos los directores de periódicos y revistas, a los corresponsales extranjeros, a los responsables de las agencias de noticias, y dígales que el señor Presidente Gómez-Anda los invita a que vengan esta tarde, a las seis, a saludarlo aquí, y que mucho les agradecería que ninguno de ellos falte... Pensó: "Van a oírme, cabrones. Mientras yo sea el Presidente la alca-

...con de la prensa lia de recaer sobre mí antes que sobre nadie, por muy candidato a la Presidencia que Ávila sea"

A [illegible]

A esa chela, a nivel de directores de cadenas, para las ocho de la noche... Yo hablaré directamente con Jon Miguel Rebul.

–Sí, señor.

Como si recordara algo Gómez-Anda entrecerró los ojos mientras decía

Quienes le estén manejando su prensa, sus relaciones públicas a nuestro amigo el doctor Ávila Puig, aparentemente no tienen experiencia. Carecen del sentido de la proporción. Abusan de la hospitalidad de los periódicos y las televisoras. Eso, a la larga, le hará daño porque distorsionará su imagen, que es todavía buena y atractiva. He pensado, Josafat, que debemos ayudarlos un poquitín, colocando cerca de ellos a personas nuestras... Quiero decir que en las editoriales, en las estaciones, pongamos censores de confianza que tracen la información que va a publicarse, a fin de que sólo dejen pasar la estrictamente necesaria para no aburrir al público... El doctor Ávila Puig está en el amanecer de su campaña en el principio... Si se gasta ahora, ¿qué le quedará para después? Desde luego, la figura del señor Presidente es la que debe prevalecer, digamos, en una proporción de Setenta a Treinta...

Sí, señor.

–No olvidemos, Josafat, que el Jefe del Ejecutivo tiene una dimensión, y el candidato a sucederlo, otra. Hay que pensar en eso, y hacer que *ellos* lo tengan siempre en cuenta, ¿eh?

ENTRE VEINTE llenados con tiras de plástico, cajas de madera y cartón aseguradas con cuerdas, grandes bolsas de

lona del Servicio Postal Federal paquetes innumerables y los dispersos envoltorios de ropa que ocupaban al azar el corredor del segundo piso, encontró un camino en zig-zag hacia el baño –el baño espacioso, de azulejos verdes, quizá algo oscuro, ese medio día muy frío, desde cuya ventana de vidrios de colores alcanzaba a abarcar el barrio y el más evidente de sus símbolos: la torre de San Tadeo. Como hacía once años, la descarga del WC seguía siendo escasa y lenta, bien distinta a la torrencial y potentísima de su cuarto en Los Arcos.

¡Puah!

Su aliento manchaba a las especies del escabeche y, un poco, a alcohol. Armandina no había olvidado llevar la escobilla con la que cepillaba su dentadura postiza, ni el polvo blanco que le permitía a don Aurelio mantenerla adherida al paladar. Morosamente (cuatro partes de agua, una de *Amerzol*) preparó un gargarismo solferino. "Al joven Ávila Puig le he entregado este día el Gobierno, pero de ninguna manera El Poder. Mucho tiempo pasará antes de que llegue a ser suyo... El Poder no se rinde. El Poder se gana. Lo hace uno a su medida. El Poder es de quien lo ejerce, del que lo usa para generar más Poder. Aunque no sea ya el Supremo Mandatario de esta República mugrosa, el Poder sigue siendo mío, porque no lo he cedido; porque míos son, de la primera a la última, las piezas que lo componen y las herramientas que lo reparan". Sentía ya fresca y limpia la boca de encías endurecidas. Colocó la placa dental bajo el chorro del grifo. Procedió a frotarla con el haz de firmes cerdas naturales. Pensaba, frente a la calavera que estaba mirándolo desde el fondo de la luna del botiquín. La blanca luz de la barra fluorescente subrayaba la topografía de pómulos, sienes, nariz y mandíbula. "Míos son y en el puño los tengo, los instrumentos del Poder, de mi Poder... El Doctorcito habrá nombrado a sus ministros. ¡Como si los

Ministros significaran algo en un país como éste, en el que todo lo decide el Presidente! ¿De qué van a servirle si casi todos son tan teóricos y alejados de lo que es el verdadero trabajo político y administrativo, como el que los empleó? Que unos cuantos pelagatos le daban a él su cargo, ha de hacerle suponer al Presidente Ávila que es poderoso, que tiene en la mano el hilo del mundo. Si eso piensa, ¡jodido está el Señor". Cerró ésa y abrió la otra canilla del lavabo. La del agua caliente, ¿a la derecha o a la izquierda? "Gobernadores, caciques, diputados, senadores, gerentes de paraestatales, vocales ejecutivos, alcaldes, directores, coordinadores, en los ministerios, hombres y mujeres miembros de consejos agrarios, burócratas, líderes de los gremios de influencia nacional, esos, que suman miles, componen la estructura del Poder. Quien los maneja, maneja al país. Ávila Puig no dispone de casi ninguno y los que a él se alzaron fueron los que no encontraban acomodo, oportunidad de maniobra, libertad de negocio, en otros niveles. Son míos, siguen siendo míos, porque me ocupé de formarlos, si no lo estaban, de darles más fuerza, si ya tenían alguna; de mantenerlos arriba, fuertes y vivos, si les pegaban demasiado duro o empezaban a debilitarse. A través de ellos proseguiría el aureliamo. Vastagos, ¿no los dejé plantados en absolutamente todos los estancos de la Administración? ¡Y Ávila Puig no quiso arriesgarse a que anoche conocieras yo los nombres de los chicos de su Gabinete! ¡Push! Sorpresa grande la que va a llevarse cuando se dé cuenta de que la obediencia me la deben a mí, no a él, esos hombres, esas mujeres, esos grupos de hombres y mujeres tan estratégicamente ubicados. Con ellos a mi servicio, don Víctor lo estará también . . . " Empezó a fluir apenas tibia el agua que esperaba la palma de su mano. Se desalentó, de pronto. Una tristeza grande manchó su piel en el espejo. "¿Dónde carajos están los que

no han venido a verme?, ¿a quiénes darles las órdenes que empezando mañana deben obedecer?"

¡Push!

Detuvo el hilo de agua que no alcanzó a ser caliente. No quería pensar en ellos. No quería recordar y mortificarse más. "Es preferible no ser tan memorioso. Conviene olvidar que las cosas son como son y no siempre como uno quisiera que fuesen". Abrió la ventana y el aire húmedo le produjo un estremecimiento. Los peones de la Alcaldía continuaban entre la llovizna ahincando postes en el lado norte del jardín. Otros manejaban la maquina de la que salía el alambre de púas con el que cercaban el sur y el oriente. Más que verla adivinaba, entre lo gris, la torre de cantera del templo. 'No vendrán. No pueden quebrantar la regla de fidelidad al señor Presidente. Me pregunto donde están, como si no lo supiera . . Están con él, parándole obediencia y amor, del mismo modo que conmigo estuvieron, el propio día que para él empezaba la soledad, esta soledad, los gobernadores, [illegible] generales, alcaldes, [illegible] pues, coordinadores, diputados, senadores, líderes y vocales que para manejarme nombró, sugirió, recomendó o impuso, mi antecesor, don Tata Livio Gomez de Lara . . . El Presidente era yo, no él, por mucho que a el le debían lo que eran . . . Pero estaban conmigo porque yo era El Futuro, su futuro, el que podía permitirles quedarse o el que, así fuera débil, podría echarlos, arrojarlos, anularlos . Algunos de ellos serán tontos pero ninguno es pendejo, por eso permanecen, sobreviven. A ser leales al Jefe del Ejecutivo nadie les gana, nunca . Aquéllos, los que el Señor don Tata Livio me heredó, ¿fueron a su casa a rendirle a el, o acudieron a la mía a rendirme a mí? He de decirte que son sinceros cuando juran, besándose la uña del pulgar y poniendo por testigos a su primera madre y a Dios, que su único compromiso es Con El-

Señor Presidente, ¿Puede haber seres más ajenos al Gran de la Nación que ellos los Extraordinarios? Fantasiaba el tío Tito Livio, hasta le contesaremelo, se quedó esperando la respuesta esa tarde, esa noche y las semanas y los meses que siguieron. Ha tu vez que el tío Tito los que eran buenos unos sueños. Algunos de los otros. Los de esa tarde, volvieron, sí, pero buscar una pequeña mas [illegible] a solicitar recomendaciones y servicios. Creo que le hice un enorme favor a con Tito [illegible] a Diplomacia. Con el tiempo de paz [illegible] años, todos quedaron reducidos [illegible] compromiso que se gestaba seguir [illegible] cuando [illegible] y sus explicaciones [illegible] Sin tener que comparar [illegible] con nadie, sin remordimientos [illegible] pudieron entregarme completa su [illegible] esa [illegible] alterable lealtad que [illegible] momento [illegible] Avila Camp, puesto [illegible] El Presidente [illegible] en Los Arcos. Miraflores. Palacio Nacional [illegible] donde quiera que se encuentre. Cuando [illegible] Tito Livio regrese a la República para seguir siendo su [illegible] amigo [illegible] algo [illegible] de él?

Cerró la ventana y apagó la luz del bosquejo. Al volver a [illegible] estaba allí también, el traído que [illegible] sus pies. Que viejo se [illegible] pensó, los Aureos.

Contigua a la de Armandina, la muerta de la que [illegible] había [illegible] la recamara de los huéspedes. [illegible] nor más que [illegible] pero la [illegible] pronto como una [illegible] a sus cursos [illegible] y a sus recuerdos. La [illegible] rozan [illegible] apenas el pomo de la cerradura, la abre a medias [illegible] como si no quisiera importunar a [illegible] dentro [illegible] sabe que antes pasará al Pretorio no entrar. Quiere [illegible] cuenta [illegible] cosa que ha envejecido y ha sido [illegible] Olvidar. [illegible] En esos muebles viejos y feos, molestos, que ahora [illegible] en la recámara, está parte de su pasado, [illegible] poca [illegible]

vida que compartió con Isaura, el primero de los verdaderos que [illegible] suyo. ¿Olvidar eso? Sí no para recordar a esas criaturas, ¿para qué hace reproducir en esta alcoba, [illegible] a los pasos de su memoria a la que [illegible] Isaura y [illegible] tanto en Bucaramanga? ¿Qué [illegible] había para entrar? ¿Que [illegible] encender con apretar el [illegible] en la noche el apagador, la cortina para que pendía, como una [illegible] de seda y cordones de chaqueta del alambre [illegible] de blanco? Hasta de [illegible] aquí. Mañana, a otra hora, con el humor a tono, entraré [illegible] la cama que en [illegible] días le había parecido ancha y casi [illegible] con su cabecera de chapa taqueada, esa [illegible] recámara [illegible] una humanidad [illegible] en esa cama [illegible] a Isaura [illegible] ella, Isaura depositada [illegible] muerte que ahora [illegible] a en sus entrañas. Sobre esa cabecera de horas quedaría inmóvil, consumida por la fiebre del cáncer. De allí la alzaría [illegible] para colocarla dentro del ataúd. A ella volvería, terminado el sepelio, para quedar [illegible] con [illegible] misma [illegible] a que la noche le [illegible] a [illegible] en que se [illegible] su [illegible] Si no [illegible] las mismas, las cortinas eran [illegible] a las [illegible] de tela con flores rojas y azules que Isaura [illegible] y cosió para [illegible] sus ventanas, [illegible] era, en cambio, la manta verde oliva de lana muy ligera que le regaló [illegible] para cuando [illegible] el viento norte, joven Aureo, aquel sargento que llegaría a ser el [illegible] coronel Panchín Sandoval [illegible] de las grandes cargas de caballería federal en la Guerra del 54.

Puah! hizo, al volver a cerrar. No debía permitirle libertades a la emoción de recordar a Isaura, y más que a Isaura a [illegible] que fuera parte de ellos, a esos días de cuando su vida era muy nueva y el tenía ansias de vivirla.

Continuó, ahora hacia su alcoba, arrastrando los pasos. Buena mujer, comprensiva como pocas. Armandina. Cuando él ya Presidente de la República, quiso

trasplantar a Los Arcos [illegible] el armario, [illegible] el aguamanil, y esa lámpara que [illegible] bautizar la [illegible] maestra [illegible] lo recamara de los huéspedes, su mujer se negó. Casi disputaron por primera vez en su vida. "Si no entra aquí", le salió, duro, Aurelio. Seguía

No veía la razón [illegible] para que se empeñara en [illegible] de esa manera. "Ya me oyó, señor. De sus antiguas de muerto en Becerra [illegible] de encontrarse." En Becerra [illegible] que fatigosa el servicio de ellas sin [illegible] completa, los once años que duró su asistencia [illegible] de La Dunar. De ser así, ¿por qué [illegible] todos los sombríos en la fecha en que murió Isaura? ¿Por qué [illegible] dos retratos [illegible] de difuntos?

Sofía [illegible] en su recámara las [illegible] como si [illegible] muerta interrumpir [illegible] perder la sorpresa de una embajada. No encendió la luz eléctrica ni descorrió [illegible] más cercana de las cortinas. Cuando sus ojos se acostumbraron a esa leve [illegible] oscuridad, miró en ella, apilados donde hubiera [illegible] bultos, las cajas, los paquetes, las maletas, las bolsas portátiles, para las que Asunción no encontró acomodo en el armario. Era [illegible] ser. Imposible vivir en un [illegible] estrecho como este, sin un [illegible] libre donde asentar el pie. "En cuanto llegue Fermín, lo pondré a buscarme otra casa..."

—¡Puáh! —rezongó, sofocado por el olor a polvo, de [illegible] sofocante y encierro.

Sin darse cuenta, poco quedaba oculto en un pliegue de la sombra, avanzó al separarse la pequeña cortina de [illegible] replicó cautelosa de las que usan los guardianes, que le [illegible] los ferrocarileros de Atenco. Robusto, [illegible] llegaron a sumarse a su candidatura. "¿Por qué no la colocaron, carajo, donde yo pudiera verla?" Lamentó que esa pieza [illegible] de los hombros del rival. Los primeros [illegible] los primeros auxilios [illegible] se hubiese averiado. Recordó las palabras del líder Robinson al ofrecer

gela. "Que su luz, señor Gómez-Anda, alumbre siempre el luminoso camino de su Presidencia", y también recordó el estrépito de los vivas y el rudo aturdidor de las matracas. "No se rompió mucho. Puede ser arreglada con unos puntos de soldadura que le aplique un joyero."

Todo el [illegible] de la vela [illegible] y se produjo la claridad que en las noches de otros años le permitía leer hasta muy tarde. Ámbar más que blanca, esa luz le reveló sobre el buró los pequeños objetos, los mementos, los fetiches, que le eran gratos: un busto de Bonaparte, en bronce, que sobó amorosamente. El combolov de veinte o [illegible] agatas que a pesar [illegible] de sus cubos le [illegible] la [illegible] siones. La cornarina toledana que le servía para abrir los libros. En su marco [illegible] retrato de Felipe II, que pintó Juan Pantoja de la Cruz. "Se que dicen que me parezco a él y que en ciertos gestos, en determinadas actitudes, en la melancolía que me atribuyen, lo imito. ¿Acaso no llegaron a murmurar, para molestarme, que convertí Los Arcos en mi Escorial?" —y el más querido de todos, el que no faltaba nunca cerca de él, [illegible] este bloque de cristal de roca que rodeaba el hueco, en forma de lágrima. Desde [illegible] decía que le proporcionaba su apariencia de reloj de arena) de un polvo gris, muy fino, que podía ser marmaja, limadura de plomo, tierra de Los Santos Lugares, pero sal del Mar Pacífico, porque era ceniza. La ceniza en que [illegible] luego de [illegible] crematorio convirtió los huesos de Isaura cuando el, establecido ya en la capital de la República porque iba en auge su carrera política y porque estaba seguro de que allí viviría [illegible] siempre, decidió [illegible] enterrarla en Bugambilia. "¿Vas a llevarte a Isaura contigo, Aurelio?" "Me la llevo, padre Monroy." "¿Por qué no la dejas en la tierra que el Señor señaló para su reposo?" "Porque quiero, padre Monroy, tenerla cerca, saberla siempre a mi lado". Si

te la leyas, Aurelio, ya no tendrás a qué volver a Buganvilia". "¿Tengo ya a que volver padre?" En una caja de madera, menor que una de zapatos, Gómez-Ancla guardó lo que después de la hombre había quedado de la mujer que lo dejó viudo.

Laura... –se oyó decir, y fue su voz, era la del hombre que la nombraba en ese día de muertos, igual a del que la había nombrado todas las noches, desde la primera de su ausencia.

Tomó el bloque de cristal y lo retuvo entre las manos, emocionadamente. El recuerdo fue, por un segundo, cólera, y después, como siempre, a pesar suyo –sonrisa.

CUANDO el coronel Cesar Dario llegó a vivir a Los Arcos trajo consigo un puñado de sus hazañas revolucionarias, inauguró una tradición que muchos gobiernos después se desperdiciaría conocer al Presidente Gómez Ancla. Si era hombre de mando, de horario fijo y dura disciplina. El Fundador-de-la-Patria-Nueva prefería que en su casa sirvieran varones, que no fueran soldados, que no civiles. Elementos de tropa eran cocineros y galopines camareros y mayordomos, afanadores y aseos.

–El personal, señor Presidente, puede asegurarse, es de primerísima... –le informó a Gómez Ancla el mismo día que se mudó a vivir en la Residencia, el Intendente General, don Laureano Urrutia –Ha sido elegido especialmente para servir al Jefe del Ejecutivo. Hombres... sobrios, de fiar. Discretos. Seguros. Leales.

Arrancó una aprobación que los sirvientes puestos a sus órdenes ostentaran grado y vistan uniforme militar. El arreglo de las recámaras de la Primera Pareja se confió al cabo Pascualito Natera, a quien, para acortar, todos amos, jefes y compañeros, llamaban Lito.

–Al señor Presidente se le respetan sus cosas, cabo Natera, y jamás se le cambian de lugar...

–Entendido, señora...

Lustraba como nadie los botines de don Aurelio y con admirable habilidad, sin maltratar el casimir, cepillaba sus trajes. ¿Hubo antes que Lito Natera quien planchara mejor los pantalones de El Señor? ¿quién lavara con mayor delicadeza la ropa interior, aun la mas cercana a su cuerpo, de doña Armandina? ¿Había tenido un mudo más silencioso, rápido, diestro, dócil y afable que él? Un sólo defecto, sólo uno, podría reprochársele.

–Mi señor, el cabo Natera se pega desde temprano a la botella... No es que se emborrache, eso no, pero

A partir de las diez de cada mañana, Pascual Natera empezaba a frecuentar, con discreción y conocimiento, la plaza bohemia de una punta de capacidad en la que almacenaba el *mez-gwi* tan de su gusto. Si realizaba bien su trabajo, si a nadie le faltaba al respeto, ¿le importaban algunos tragos instantes? ¿acaso no le dejaban el cuarto, lo hacían cantar, le amenizaban la monótona jornada matutina –recoger la ropa de el señor y la señora; catalogarla y controlarla antes de llevarla al lavadero, levantar del suelo, donde don Aurelio los abandonaba después de haberlos leído, los diarios de la noche y algunos del día, retirar las sábanas, las frazadas y las fundas de las almohadas y dejarlas un largo rato al sol en la terraza; lavar el cuarto de baño y sacudir los muebles después de haber vuelto a tender la cama? En la bolsa trasera del pantalón el nido de transistores, Lito Natera tarareaba y era feliz. Hacia las once había concluido su quehacer en las recámaras, iba a la cocina en procura de una taza de café, y reanudaba su labor en otras secciones de la planta alta.

Una de esas mañanas, Natera decidió averiguar qué contenía la caja que el señor Presidente guardaba en el

segundo entrepaño de su vestidor entre sus camisas deportivas y sus calcetines negros, de lado. ¿Que de veinte contenía para que con tal cuidado la conservara? Encontró en ella una sustancia parduzca, grumosa. Olió. Olía a sal. Se humedeció la yema del índice derecho y recogió polvo. Lo probó, precavido, con la punta de la lengua. Un poco ácida tal vez, de gusto y sabor indefinible. Hecha de subrepticia va la boca, el cabo bebió un trago de *mezcal*. Eso, lo que fuera, combinaba bien por sabido con el licor.

A partir de esa, muchas mañanas (quizá las de un trimestre completo) disfrutó Pascualito Natera del sabor del polvo que podía ser de camarones secos, de algún verde laurel pulverizado y descolorida de chile piquín o de una clase de sal que él desconocía.

Pero un día, el cabo Natera fue sorprendido por don Aurelio Gómez Anda, que volvía del cuarto de baño en el momento de recoger con la lengua parte de las cenizas de Isaura que conservaba en la palma abuecada de su mano izquierda. El Presidente fingió no haberlo visto. Natera salió de la alcoba para que el señor pudiera vestirse a solas.

¡Puah, puah! –bufó Gómez Anda al ver lo poco que de las veneradas cenizas quedaba ya en la caja.

Una hora después, el Intendente General recibió órdenes de retirar al personal masculino al servicio de La Casa y de reemplazarlo por mujeres. Don Laureano Urrutia invocó la tradición danesa, la costumbre acuñada tantas décadas ha, el simbolismo político de Gómez Anda sirviente sus indicaciones. No quería hombres rondando su cama, la alcoba de la señora, el Cuarto de Radio, la sala de la música, el costurero.

–Se hará como ordena, señor Presidente, así se hará... Mañana tendremos enaguas por aquí... A primera hora serán

Se fueron, pero su inexplicada, inesperada expulsión dio origen a un rumor que habría de rodar varios años, un rumor sin duda dispersado por ese misógino recalcitrante, empedernido danzante, que era Laureano Urrutia: "Los echó de Los Arcos porque la mujer le ponía los cuernos con todos".

Por la noche, en privado, el Presidente recibió a quien Fermín Palermo le presentó como extraordinario joyero. En un portafolios de gamuza, el señor Acosta llevaba algunas piezas notables y una colección de relojes de altísimo precio. ¿Para qué, si no para que El Señor comprara algo, lo habían llevado allí?

–Estoy a sus órdenes, señor Presidente... –dijo, el portafolios sobre el pecho, la sonrisa abierta.

Gómez-Anda colocó ante él, y la dejó allí sobre la mesa, la caja con las cenizas de Isaura. Con un gesto le ordenó que alzara la tapa. Lo hizo Acosta y miró después al Presidente.

–Son para mí cenizas muy apreciadas. Las cenizas de mi primera esposa... Quiero, señor Acosta, que haga una pequeña urna para guardarlas en ella... Algo que de algún modo, sin necesidad de abrirlo o destaparlo, me permita verlas... Que el precio no lo detenga.

Pensativo, asintió Acosta. Opinó con cierto nubeos:

–Se me ocurre, señor Presidente, que tal vez el cristal de roca podría...

Acosta cobró espléndidamente por su trabajo, y a Gómez-Anda lo emocionó recibir el lindo estuche forrado de terciopelo negro que contenía la urna cristalina. Desde esa noche las cenizas de Isaura reposaron en su buró, junto a sus sueños, dondequiera que él se hallara.

ANTES DE tenderse, levantó la bocina del aparato de La Red que había permanecido sobre el buró del lado iz

quierdo desde sus días de candidato del PUR a la Presidencia. Como el de la planta baja, ése también estaba fuera de servicio.

–Doctorcito, doctorcito Ávila...–murmuró, como si se apresurara a reprenderlo.

Para no manchar la colcha se quitó los zapatos de charol, pero conservó puesto el saco de ceremonia. Tampoco aflojó, aunque le molestaba el cuello, el nudo de la corbata. Pensó sin que viniera al caso: "De joven no se da uno cuenta de lo mucho que llegará a recordar cuando llegue a viejo". Irritados por la naftalina y el secreto, seguían ardiéndole los ojos. Otro ardor, el de la acidez, le molestaba el estómago. "Mala mezcla: ron y champaña". Empezaban a indigestársele, supuso, los camarones. Se escuchó bostezar. Las manos enlazadas sobre el pecho, rígidas las piernas, apuntando en sentido opuesto el dedo gordo de cada pie, se encontró parecido a un muerto. Supersticioso, modificó su postura.

Indefenso. Así estoy frente a él, ahora... ¿De qué campañas difamatorias serán víctimas mi nombre y mi gobierno? Tal vez fui demasiado duro, excesivamente autoritario con Ávila Puig los últimos meses... Él, soportó. Él, calló. Esa mansedumbre me exasperaba, y me equivocaba, pues contribuía a que lo creyera entregado a mí, metido en mi puño. Pero no era así. No lo era. Abrió los ojos y los dejó en el techo. El doctor Ávila se dio cuenta de que yo le tenía miedo cuando, por medio de Horacio Allende, su personero, preparé el terreno para que él y yo, los dos solos, nos encontráramos a comer en casa de Noé Medina Aubert... Debió intuir que era mía la urgencia de aclarar ciertas cosas y de recibir, de su parte, algunas seguridades. ¡Un Presidente Constitucional en Ejercicio solicitando de un Presidente Electo el favor de una charla privada!... Lo encontré amable, maduro, aunque reservado y algo distante, como si se

diera cuenta de que estaba efectuándose ya la verdadera transmisión del Poder –la que a manera de representación teatral formal, se consumó hoy.

¿Había sonado el timbre de un teléfono en la planta baja o sólo le pareció haberlo oído sonar? Permaneció en tensión. Había silencio en la casa y en la ventana la lluvia caía como arena levantada por el viento.

"Nada dijo, nada hizo, nada me enseñó su cara que me obligara a sospechar que ya no era el de antes, sino en descomedido que tempranamente empezara a mostrar ingratitud hacia mí. Ha aprendido pronto el doctor Ávila pudo engañarme. Sus palabras y sus sonrisas construyeron a tranquilizarme, a que saliera de casa de Noé seguro de no sufrir persecución, reproche o injusticia. ¡Con qué calor habló de lealtad, de afecto!, ¡con qué vehemencia reputó varias veces que siempre estaría en deuda conmigo!, ¿Cómo se emocionó cuando mencioné que ahora que había llegado al Poder debía demostrar, y demostrarse, que lo merecía! Le di consejos, que él agradeció. Le ofrecí la ayuda de mi experiencia y la aceptó con alegría... Buen simulador que es. ¿Quién lo habrá envenenado así, me pregunto?

Al bostezar nuevamente, la gota de una lagrima le escurrió del ojo derecho.

Porque esa enemiga no es gratuita ni tampoco casual. Más malquerientes resentidos, los que no ayude, o los que ayude y de todos modos me detestan, esos que ahora lo rodean a él, son los que estimulan su ira; los que le meten malas ideas en la cabeza; los que han de picarle el orgullo con sólo preguntarle cuánto tiempo va a tolerar que El Otro, El-Mono-Que-Trae-a-la-Espalda, mande más que él, o lo mande a él, o lo maneje a su conveniencia... Porque manejable es, para bien o para mal, nuestro joven Presidente... Ha empezado ya a enseñarnos algo de su juego. ¿Sobre qué ma-

chaco ante en su Mensaje de este mediodía. La Corrupción Administrativa. Los Contratistas del Estado. Los Traficantes del Poder y de la Influencia. Tarnado como está aprendiendo a ser Ávila Puig, ¿cómo pero a nadie nombra a fin de que todos me sean.

La modesta luz de la vendedora empezaba a resultarle intolerable, y la apagó.

Hablo de adecentar a La Política, de hacer de ella como si no la fuera una actividad respetable, digo, y quienes a ella se dedican convertidos en seres más respetables aún. ¿Qué idea tendrá ese pendejo de lo que es la respetabilidad, eh? Para hacer política, él lo sabe, necesita uno tener dinero y contar con amigos que lo tengan. Es un dicho costoso, más y más a medida que uno más sube. Y si el dinero hace falta cuando se está en activo, de mucho más debe disponerse cuando se encuentra uno mirando los toros desde la barrera, o en una mala racha. Se es los tiempos buenos no se guardaba para los tiempos malos, que son los más, ¿cómo iba el profesional a sobrevivir, a aguantar? El dinero, el Gran Dinero, tampoco ignora eso Ávila Puig pues así ha hecho suyo, no se pide, no se exige, no se busca. Llega por sí solo la la mayoría de las veces y la otra otra de esas veces también quien lo recibe ignora de dónde viene o quién lo aporta. Viene. Se recibe. Se usa y ya es necesario supongo agradecerlo, o sentirse comprometido por haberlo aceptado..."

EN SUS PRIMEROS doce meses a cargo del Gobierno, el Presidente Isaac Carragena, médico veterinario zoofetrista, había padecido ya una huelga general, cuatro algaradas estudiantiles, un atentado del que salió con una mordedura de bala en un tobillo y una devaluación de la mo-

neda –todo lo cual terminó. Jugaba mucho a los empresarios del país y en particular, pues sentía ser responsable de su encumbramiento, a don Eugenio Obid, un viejo adicto de oro, un tahúr excelente, que en esa época aún se ocupaba de manejar personalmente los asuntos de Grupo Obid cuya influencia resentían al parejo, la política y la economía nacionales. Por teléfono le pidió volar a Nueva Castilla, la ciudad engrandecida por él y en la que vivía desde medio siglo antes, o más, dijo, y eso a Carragena le sonó a amenaza, de "cumplir sus presiones". El Presidente se limitó a escuchar, a lo largo de tres horas sin pausa, las críticas del más rico de los magnates de la República y amigo del Hemisferio. ¿Qué excusa oponerle para justificar el desorden, la desocupación, la inseguridad pública, los rumores, el diablo andar a cuernos, la carestía de la vida? Si el señor Obid le debía hallarse en Palacio, a él podía deberle salir de allí. Sintió que el suelo se movía bajo sus zapatos cuando don Eugenio, con su ruda franqueza de siempre, comentó:

–Lo que pasa, médico, es que le han talado a usted bueyes para manejar la situación. Demasiada blandura. Demasiadas indecisiones. En una palabra: demasiadas pendejadas. Así no pueden seguir las cosas. Hay que tapar los agujeros, apretar tuercas, eliminar a los que le estorban en el Gabinete y reemplazarlos por otros. Si yo fuera usted me quitaría de encima, al primero, al Ministro del Interior, al teniente Heracles Cabaña.

–Usted, don Eugenio, me pidió que lo nombrara.

–Ahora le pido que lo corra... A sus estupideces se debe, médico, que el Gobierno dé la impresión de ser débil. Secuestros, bombazos, guerrilla, la puta madre, y Carabana papando moscas. Mándelo a su casa antes de que a usted terminen mandando ahí al carajo.

Rechinó los dientes Carragena y apretó los puños. Al

Presidente de la República, don Eugenio Ordaz, pensó en blasfemias, pero sólo rumiaba sus insolencias. Incierta la voz por la cólera reprimida, lo que lo ahogaba, preguntó:

—¿Con quién los reemplazaremos, don Eugenio?

—Señor Ministro, Tito Livio Gómez de Lara. Ese es quien va a responder, porque tiene en su lugar, y el único adecuado, lo que nos está haciendo falta.

Esa tarde, a las cinco y media, el Presidente salió de Cartagena rumbo a la capital de la República. A las seis con cinco minutos envió a Hércules Carabarín a emplazar al ministro de quien había escrito aceptar la renuncia irrevocable que, por razones de salud, aún no le presentaba. A las siete con cinco de la noche se alojaba en Palacio a un atribulado Tito Livio Gómez de Lara que no acertaba a explicarse por qué se buscaba con tal urgencia el alivio del Ejecutivo. A las siete y cuarto, Tito Livio recibía la primera gran sorpresa de su carrera.

—Como Ministro de Interior, señor Gómez de Lara, esperamos de usted —y fue enumerando tan adustamente como a sí se las había enumerado don Eugenio Ordaz lo que se contaba que hubiera—

—lo de la medida de más posibilidades, señor Presidente, yo—

—Más allá de ellas, don Tito Livio, así espero que usted se desempeñe siempre... Hay caos. Hay desconfianza. Hay... todo lo que no debemos tolerar que haya. Mano firme, señor mío... Orden, cueste lo que cueste... Vigor, y decisión, en la acción.

Ya Ministro del Interior con Facultades Extraordinarias concedidas por el Presidente, don Tito Livio encargó a su sobrino Aurelio Gómez-Anda, al que había conseguido empleo en la Dirección General del Inventario Nacional, reorganizar la DIF.

—¿Qué es la DIF, don Tito?

—El corazón del Ministerio... La Dirección de Investigaciones Especiales... La Dirección... se la quieres llamar... de Espionaje Político... Cada uno de los que en ella trabaja... es un hombre, un extorsionador... Todos ellos presionan extranjeros, chantajean espías, amenazan internacionales, trafican con pasaportes y documentos migratorios... Robarán cosas... Tu primera responsabilidad, Aurelio, será ahuyentarlos, es decir, cortarles las uñas para que no arañen... A qué hacerte, si tuvimos la misma escuela... Siempre mano firme...

Por la mañana, luego de haber pasado la noche en vela, discutiendo con Armandares el sorpresivo cambio que acaba de conocer su suerte, Gómez-Anda se entrevistó a los veinte Jefes de Grupo de los que dependían las casi mil investigadores de la DIF. Le temblaban las piernas cuando entró en el despacho y, de pie, a una, dijeron:

—Buenos días, señor...

Les mostró el mismo rictus de los gestos que hacía cuando nerviosa se acababa. Respondió con un gruñido. Ocupó la silla giratoria y, como si estuviera a solas, procedió a revisar la carpeta del Parte de Novedades que un mozalbete le había llevado a su departamento en Sur Veinte a las cinco de la mañana. En silencio, los veinte comandantes esperaban. De pronto, cinco minutos después, Gómez-Anda golpeó sobre los papeles.

—Y bien, señores... —Se levantó. Seguía sintiendo que las piernas le flaqueaban dentro de los tubos del pantalón, pero los encaraba altanero, mirándolos rudamente. Dejó sus ojos que hacían daño en los de un sujeto al que le faltaba el izquierdo, un hombre bajito, inquieto.— Desde hoy la Dirección tiene nuevo jefe, yo, pero no habrá viejos colaboradores, ustedes... A nuevo jefe, nuevo estilo... Nueva moral, sobre todo. ¡Nueva moral! ¿Entienden de qué estoy hablándoles, eh?

Los veinte se removieron. Algunos mantenían recta la mirada y alta la frente. Otros, tal vez temerosos, incli-

naron la cabeza. Solo una voz, mujeril de tan tunda, se escuchó

Sí, señor Gómez Anda

Usted nombrese

–Capitán segundo Rodrigo de la Peña

Volvió a examinarlos, tembloroso aún pero ya más seguro de sí mismo, más orgullo también. Esos hombres temibles de aspecto, crueles y abusadores, exhibían ante él su temor. ¿Sería cierto, como desde la noche anterior se rumoraba, que el Ministro Tito Livio Gómez de Lara venía dispuesto a emprender una purga entre el personal y que la mitad de éste, o quizá más, terminaría en la calle o en la cárcel?

–Ustedes, señores, no me conocen, pero yo a ustedes, sí... Y mejor que yo los conoce el señor Manrique... Copia del expediente de cada uno, obra ya en mi poder. Será cui-da-do-sa-men-te revisado... Los que merezcan quedarse, se quedarán. Sólo éste... Conmigo las cosas serán distintas a como fueron con otros jefes. Todo limpio, claro, a la luz del día... Yo no voy a tolerar ladrones aquí... Ningún sacrificio que yo no sea capaz de hacer, les pediré... Mi primera orden, que cada uno de ustedes, exactamente como lo haré yo, cumpla con su deber... Nada más que eso; pero menos que eso tampoco... Pueden retirarse...

Quedó entre él y ellos (él, asustado por haber dicho lo que acababa de decir; ellos, por el tono en que lo dijo) un seco silencio. Gómez-Anda no sabía qué esperaba para irse. Los veinte comandantes no se atrevían a iniciar esa, en esa tensión, la desbandada. Algunos miraron al capitán segundo Rodrigo de la Peña, y el capitán, que había perdido el ojo izquierdo en sus días de cadete entendió que le pedían responder en nombre del grupo:

–Nos place saber, señor Gómez Anda, que llega usted a este delicado cargo alentado por tan nobles

ideas... A nombre de mis compañeros comandantes y del mío propio, quiero manifestarle que cumplir con Nuestro Deber es la norma a la que siempre nos ajustamos.

El Director de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior había dejado entre el grupo y el la barrera protectora del escritorio. Enlazadas a la espalda las manos para no tener que ofrecerlas a los que ya se despedían, se limitó a decir:

–Buenos días, señores. A trabajar, ahora.

Fueron las primeras medidas que había tomado el abogado Patrimonio Pérez al hacerse cargo de la alcaldía de la capital de la República por nombramiento de su compañero de escuela, el señor Presidente Cartagena. Una: contratar a las doce *starlets* más guapas del cine nacional para que formaran su Cuerpo de Edecanes Cívicas, y otra (porque su padre había muerto a causa de la cirrosis hepática) decretar por tiempo indefinido una parcial Ley Seca. Aún en centros nocturnos y restoranes, la venta de licores más fuertes que la cerveza se suspendía a las diez de la noche. Con multas considerables, que Pamés personalmente calificaba y que ninguna influencia era capaz de cancelar o siquiera de atenuar, se castigaba a los infractores.

Cuando se dieron cuenta que la prohibición iba en serio, incluso para *los de adentro* (la cantina *Royalty*, de la que eran clientes desde hacía años fue cerrada aparatosamente con patrullas y notarios, fotógrafos y periodistas) los Jefes de Grupo y los agentes de la DIE se preocuparon. ¿Dónde beber un trago, en paz y en calma, después de la jornada?, ¿dónde reunirse para jugar al dominó, al cubilete y al póker, o a repartir los ingresos del día, la semana o el mes?, ¿en qué lugar, seguro y

cercano al Ministerio, charlar con los soplones? El capitán Rodrigo de la Peña sugirió que la Funeraria Oviedo sería el sitio ideal. Los diecinueve se rieron de él.

–¿Acaso no es costumbre que en las funerarias los dolientes beban café y licor para soportar la espera? –les recordó con su vocesita– ¿Por qué no hacerlo nosotros en la Oviedo? Convenzo a los dueños de cooperar con la DIE. Entendieron la idea y desde hoy habilitarán, para que lo usemos, un velatorio de la planta alta, al fondo, donde nadie nos vea o moleste... Nos permitirán guardar nuestras botellas... A cambio yo les garantizo discreción y que no tendrán problemas con la alcaldía...

La nueva fama de la Funeraria Oviedo alcanzó pronto a los miembros de otras corporaciones policíacas y, después, a mujeres elegantes de la vida, a senadores y diputados, a gobernadores y guardaespaldas, a estrellas de la televisión, toreros y periodistas. Llegaron también y fueron bienvenidos, aunque eran los que más licor ajeno consumían, los inspectores del Ayuntamiento.

Esa noche, los veinte comandantes celebraron a instancias del coronel Pancho Carranza, el mas viejo de los del grupo y al que mayor autoridad moral le reconocían sus compañeros, una asamblea de mesa redonda. Respetuosos, sabiendo que trataban asuntos serios, los otros asiduos al velatorio no los importunaron. En persona, el señor Oviedo impidió que Humberto Lynch, el mismo negro del cabaret "T-m-o-Teo", hiciera, como a veces lo hacía, una poca de música.

El coronel Carranza expuso sus preocupaciones –que eran las de todos.

–Para que lo entiendan, la cosa se ha puesto de-la-puta-madre, y peor se pondrá mientras más tiempo pase... Hay que hacer algo... Estamos obligados a hacerlo. De modo que ustedes dirán...

Nadie aprovechaba el silencio que Pancho Carranza

les ponía enfrente. Nadie decía nada, sugería una fórmula o translaba un plan. Ese día se habían cumplido veintinueve desde que Gómez-Anda, "el flaco comemierda que nos mostraron en el pescuezo", se hizo cargo de la Dirección de Investigaciones Especiales. Veintinueve días de incertidumbre para ellos. "Un negocio tan bueno, tan bien organizado a lo largo de los años, ¿acabarlo así como así, sólo porque un burócrata como él nos llega con la escoba moralizadora en la mano? ¿Perder contactos y clientes, dejar escapar oportunidades y correr el peligro de que el pozo no produzca más, por culpa del idiota sobrino del Ministro?" En esas ya casi cuatro semanas habían seguido separando, tomada de dinero-de-arriba, la parte del Jefe –la que por derecho y tradición le correspondía de los ingresos globales al titular de la DIE. El comandante Espejel, que en otra época de su vida había sido soldador en la planta armadora de automóviles Olcd, se desempeñaba, porque era bueno para los números, como administrador y cajero de la comunidad de comandantes.

Al día de hoy, la Parte del Jefe suma ya... –detuvo sus palabras para darse tiempo a revisar la cuenta –exactamente un millón, doscientos once mil pesos.

Aclaró el coronel Carranza:

–Hemos tenido un buen mes...

–El problema –continuó Espejel– radica en esto: ¿qué vamos a hacer con ese dinero que es sagrado y del que no podemos, ni debemos, disponer...?

Preocupado en verdad, suspiró Carranza:

–Nada más molesto, y peligroso, que trabajar a ciegas como lo estamos haciendo... Ganar mucha para así, es claro... Enferma... Se vive en la inseguridad, expuesto a que lo denuncien, a que alguien lo acuse a uno y no tenga Jefe que lo ampare... Todo porque ese santo señor no se define...

Una voz ronca, atabacada, la del comandante Isaac Pruneda, saltó sobre la mesa:

-No se detenga... Ya le dimos bastante tiempo.

Carranza, otra vez con la palabra contenida:

-Hay que decidir una acción. La que sea, pero decidirla.

Intervino Espejel:

-Es mucha responsabilidad para nosotros, para mí, reservar el mando que pertenece a Jefe... Más de un millón este mes y por lo menos lo mismo el que viene... Mucha responsabilidad.

Quedaron los veinte en silencio, serios de pesadumbre. Uno del Servicio Secreto, pasado de copas, llegó a embromarlos y bastó el reclamo de una mirada helada de Pancho Carranza para que se marchara. Después de mucho interpretar los asientos de su copa de coñac, el coronel propuso:

-Hablando con él, todo se arreglaría.

¿Hablarle a lo derecho al señor Gómez-Anda, me refiero a él?

¿A quién si no?

El comandante Ruelas quiso saber:

¿Y quién va a hablarle, coronel?, ¿usted...?

-Cualquiera de nosotros podría.

¿Quién? -dempo cuando has de llover.

Carranza vació sobre la mesa el contenido de una caja de cerillas. Faltaban seis para que fueran veinte. Ha aporto el comandante Robledo. Completo el número de las que necesitaba, propuso:

-Que la suerte lo diga...

A ninguno le pareció injusto que el azar señalara al que debía entrevistarse a Gómez-Anda para entregarle el millón doscientos once mil pesos que le correspondían como ingreso indebido, no cargado por el 8 % del gran total obtenido por los comandantes en el curso de

ocas que terminaba, y no les parecía raro o porque, como opinó Espejel.

Al que le hable, El Viejo la cosa y la conspiración tiene que tener en cuenta ese coronel.

Una idea había crecido en la cabeza de Pancho Carranza. La más sencilla y la mejor. Como de viento sentían, ellos sonrieron también:

-Ya se cómo hacerlo. Ninguno va a salir perjudicado porque ninguno va a dar la cara. A lo más, se perderá el dinero. ¿Y ese qué importa, si ya no es nuestro? Resuelto lo otro, lo otro, ya sabremos dónde aplicarlos. ¿Les parece?

Aunque no habían entendido lo que ya se les había dicho estuvieron de acuerdo. Los planes del coronel eran siempre igual de rendidores que de brillantes. Si daba que nadie saldría perjudicado en sus personas o en sus intereses, así debía ser. Desapareció la tristeza que los abrumaba a todos. Pancho Carranza había vuelto a sonreír. Buena señal, esa. No llegaba a la medianoche. El comandante Ruelas propuso abrir otra botella. Dijeron que sí. Había que festejar. Ruelas bajó a buscarla en su auto.

CONSTANTE en su costumbre de ser el último en abandonarlas y el primero en volver a ellas, el señor Gómez-Anda aparecía en las heladas oficinas generales de la DIL a las cinco horas con cuarenta y seis exactos minutos cada amanecer.

«Buenos días.

-Buenos días, señor -respondía el coro de los seis miembros del Cuarto Turno que se ocupaban de seleccionar, recortar, fotocopiar y pegar en hojas especiales las noticias de mayor importancia que publicaban los periódicos de la ciudad, y que después, aprobadas por El

Director, integrantes de los gruesos álbumes que veíamos cada día. Estas llevaban a Las Arcas y a las casas del Ministro Tito Livio y del alcalde Parramón Parres.

Estuviesen o no estas cerradas las ventanas, llenas de gente o vacías las oficinas de la Dirección apestaban a humedad y a ranchos humanos trabajados a polvo de arroz y pies sudorosos, a tinta de mimeógrafo y a los restos de la cena abandonados sobre los escritorios. Olían también al agua sucia, que no se cansaba de ser cafe, que estaban bebiendo.

–Augusta necesidad, señor Samurjo –llama las reparticiones– formes urgentes desde que me fui.

–Ninguna, señor Director.

Peligroso y pensativo con las cejas ya blancas, Esteban Samurjo había sido recortado del servicio activo en la DIE veinte años antes, debido a los problemas que le ocasionaba la diabetes y a la inseguridad de su vista. Mientras hubiera tenido esa dependencia –el Ministerio del Interior recibía después una comisión sin riesgos detrás de un escritorio. Cuando se enteró que los del Cuarto Turno, tan aburridos, recibían veinticinco soles menos de sueldo, solicitó pertenecer a él. Porque era discreto y diligente, sucesivos Directores lo convirtieron en Secretario Particular –en responsable extraoficial de los quehaceres que empezaban a la media noche, al concluir los de Tercer Turno.

–¿Está listo el agua para el café?

–Hirviendo, señor.

Gómez Arana sospechó que Samurjo abriera la puerta para que él pudiera entrar en el despacho –amplio, pero muy frío, de techos altísimos y paredes cubiertas por el tiempo y el polvo de color de hígado, por la humedad.

Como no se le ocurriera a nadie, Samurjo volvió a su escritorio detrás de la barandilla de la Secretaría Particular. Procedió a recoger sus últimos papeles, a secarle

pasa a los lapiceros y a poner en orden el contenido de los cajones. En diez minutos más terminaría su jornada y se iría a descansar. Esa mañana, sin embargo, no tenía prisa. Los comandantes, sus compañeros de una larga década de servicios, le habían encomendado una misión difícil y delicada, no entendido, un poco sanguinaria. La había cumplido y ahora debía aguardar.

El Director colgó el gabán en el perchero y se preparó una taza de café. Del compartimiento central del escritorio panzón de verde sacó las sobremangas de alpaca negra, cerradas y cosidas por Armanduna que protegían de suciedad y desgaste las de su chaqueta y los puños de su camisa blanca. Amparó sus ojos con la visera de celuloide color naranja que se ponía para leer, si estaba a solas.

Entonces, lo vio.

Era un grueso paquete rectangular forrado de papel marrón. Anchas tiras de esparadrapo lo aseguraban. Sus dimensiones, la posibilidad de una bomba remitida a él por anónimos terroristas. Le pareció excesivo su temor. Todo lo que llegaba a la DIE merecía alguna suspicacia en el Departamento de Explosivos. Nadie que no fuera uno de adentro –alguien con acceso a las oficinas generales y a la suya particular, podía haber puesto allí, sobre el escritorio, junto a los libretes de recortes que aguardaban su Visto Bueno, los examinó enmarcándolos de un lado a otro, siempre desconfiadamente, con la goma de un lápiz amarillo. Gruesas letras de imprenta anunciaban

C. AURELIO GÓMEZ-ANDA
Personal y urgente

Se arriesgó, precavido y cuidadoso, a despegar una de las tiras blancas. Nada pasó y se atrevió a más. Arrancar

la que había sido colocada a lo largo del borde longitudinal del papel, quedó frente a él lo que el grueso fajo ocultaba.

—¡Pa'su madre...! —escuchó su asombro.

Los contó, desplegándolos ante sí como si fueran billetes. Eran doce fajos. Quizá para evitarle la molestia de contar tantos billetes el anónimo remitente había anotado en la tapilla de cada manojo la cifra. 100,000 bebió un poco de café y padeció su quemadura en los labios.

La mano cuyo pulgar repasó los doce fajos, temblaba al terminar. "Coño: tantísimo dinero, ¿quién lo manda? ¿quién me estará armando una celada?" Reconoció que estaba asustado, muy asustado, casi tanto de lo que llegó a estar la tarde aquella en que el mayor José Dolores Beltrán pudo decidir entre mantenerle la vida o dejarla. No era la primera vez en sus años de servidor público que se le tentaba con obsequios o se pretendía su ayuda a cambio de unos pocos billetes puestos en la bolsa de la chaquera o de la camisa. "Dinero pequeño: cincuenta, cien, doscientos y en una ocasión, por sellar cierta carta enferma en el Ministerio Municipal, tres mil. Pero como hoy, nunca... Un millón doscientos mil y pico. ¡Pa su puta madre..." ¿Quién estaría vigilando sus gestos, su pasmo y sus indecisiones? En alguna parte golpearon dos veces el tiempo en el reloj de pared de las oficinas y recordó que a esa hora estarían partiendo los motociclistas encargados del reparto.

Tocó un timbre. El cristal esmerilado de la puerta, con la leyenda "Protección D. C.", recibió la sombra obesa de Esteban Sanjurjo y se oscureció. Rápidamente Gómez-Anda cubrió los billetes.

¿Señor?

—Ya puede llevarse esto... —y por primera vez en los cuarenta días que llevaba a cargo de la Dirección de Investigaciones Especiales, el Coronel Aurelio Gómez Anda permitió que el resumen de novedades fuera enviado sin que él lo hubiera leído antes, al Presidente, al Ministro y al Alcalde.

¿Algo más...?

Lleve esto y vuelva acá.

El cabo le pareció más pálido, sabía perfectamente a su buen saber se llamaba y la vez el había sido, al menos momentáneamente, la capacidad para pagar se estaba o no en su puesto. Cuando Sanjurjo se plantó ante el disciplinado y cortés, Gómez Anda había vuelto a usar el Colt del cinto.

—A sus órdenes, señor.

—Esto —señaló el paquete— ¿quién lo trajo?

—Que señor? Era evidente que Sanjurjo pese a sus muchos años con la policía podía no saber mentir. Pálido, pero no. Se encendió, después.

Esto, Sanjurjo, esto —y lo picó con la punta del lápiz.

Sanjurjo pretendió hacerle creer con su expresión y luego con sus palabras, que era la primera vez que veía el sobre. Sonó ofendido, no cesó de convencer.

No podría decirse lo señor, porque no lo sé.

Estaría usted dormido y no se dio cuenta?

Nuevamente rígido, la barbilla en alto, en la pared opuesta la mirada, el Secretario protestó.

Nunca fuimos con faltas de servicio, señor.

—Explíqueme entonces cómo pudo llegar esto aquí? ¿A quién dejó pasar?

A nadie, señor. De eso estoy seguro. Sanjurjo debía proteger a los comandantes y protegerse a sí mismo, pues se beneficiaba, aunque en mínima parte, cuestión de compensación, ventajas de antigüedad en el Cuerpo, de los ingresos extraoficiales que se distribuían jefes y agentes de la DII-

-Seguramente lo trajo el Espíritu Santo, ¿eh?

Carolico, un golpe de sangre enrojeció la piel color zanahoria de su cara. Halló una mentira que ofrecerle:

-Solo un momento, cuando fui al baño, dejé sola la puerta, señor Director... Tal vez fue entonces que...

Algo que no llegó a ser sonrisa pues se quedó en mueca, vio Esteban Sanjurjo aparecer en los labios babosos del C. Director.

-O sea, que cualquier hijodelagranputa puede entrar en mi oficina, plantarme una bomba bajo las nalgas mientras usted, responsable de la seguridad de mi despacho, pierde el tiempo en el excusado...

-Señor Director...

-No una palabra más, Sanjurjo. Puede retirarse.

CIERTOS ASUNTOS, y en especial los relativos a sus convenios privados o a las investigaciones confidenciales, prefería don Tito Livio tratarlos en un lugar absolutamente seguro, donde sus palabras no pudieran ser registradas por micrófonos ocultos. Ese lugar era el balcón de su despacho que abría, no a la populosa avenida del Virrey Medinabeitia sino a la tranquila callecita perpendicular de La Victoria.

¿Cuánto dices que te llevaron?

No lo conté, don Tito... Bastante, de todos modos.

-¿Sabes quién lo hizo?

Aún no, señor... He venido a informárselo y a recoger sus instrucciones...

Movió la cabeza Tito Livio Gómez de Lara y su sobrino, Aurelio Gómez-Ando, no acertó a interpretar qué deseaba expresarle. El Ministro dejó que sus ojos vagaran un momento por Victoria, apenas transitada a las nueve con cinco minutos de la mañana. El Director de

Investigaciones Especiales aguardaba, serio, casi hurano.

-¿Qué instrucciones puedo darte yo, Aurelio?

-Las que me permitan saber qué debo hacer, señor. ¿Iniciar una investigación para descubrir y castigar a los que intentaron sobornarme...?

Se inquietó Gómez de Lara.

-Este juego de las dádivas, gratificaciones, participaciones, o como quieras llamarlo, tiene sus reglas, Aurelio. Reglas estrictas y bien claras que uno, recuérdalo siempre, debe obedecer... Así que en este caso, olvídate de castigos y de represalias...

Arguyó Gómez-Ando:

-La campaña moralizadora iniciada por usted y su Tío...

Abiertos los cinco dedos, la mano derecha del Ministro buscó el corazón del Director.

-Dejemos a un lado la moral... Veamos el aspecto práctico de este asunto... En tu escritorio encuentras, dirigido a ti, un paquete que contiene dinero; supongo que mucho dinero... Ignoras cantidad... Te pasmas un poco y vienes a reportar el hecho a tu superior porque eres honrado y, además, leal hacia quien es tu amigo...

Así creo ser, señor...

-Tu Ministro agradece tal muestra de amistad y confianza.

-Que se merece usted, don Tito.

...y se atrevé, porque su experiencia es mayor que la tuya en casos así, a exponerte sus puntos de vista. ¿De acuerdo?

Sí, señor.

-Bien, aceptemos, Aurelio, que tú y yo estamos aquí porque las circunstancias nos han sido favorables, y recordemos, así mismo, que pronto o tarde, no lo sabemos, algo o alguien nos volverá a separar, tú en el Ministerio y yo en la Dirección... de igual modo que hemos salido antes, ¿verdad?,

de otros trabajos del Gobierno. ¿Correcto?

–Sí, don Tito.

–Digo eso, Aurelio, para hacerte consciente de que la política, el servicio público en el que participamos, no vocación y afición, suele ser crueles con quienes en ella se inician. Crueles, y además ingratos. ¿Puede haber algo más lamentable que la pérdida de la honradez, o una funcionario sin empleo? Es así, Aurelio, donde el dinero, el dinero que uno gana o de algún modo recibe, y recibirlo es una forma también de ganarlo, adquiere su importancia. El dinero es, hasta hoy, la herramienta principal de que dispone el hombre del Poder. Jamás olvides que Dinero es Poder y, a la inversa, que el Poder, cuando lo hay, lo hace, se convierte en Dinero.

–Señor, me parece que...

No dejó Tito Livio Gómez de Lara que interrumpiera sus reflexiones.

–El dinero que hoy pretendes rechazar por comprensible escrúpulo, alguien se lo llevará por todos medios, y quien esté por encima de ti. ¿Te lo ofrecen? Tómalo. Tómalo pensando que será un instrumento de valioso objeto en tus manos, algo que ayudará a que tu trabajo, ahora o en el futuro, sea más llevadero, y menos duras las malas rachas que a veces tenemos. Adelante con la que decidamos devolverlo, o a quien se lo entregarías, Aurelio.

–Será cuestión, señor, de averiguar.

Una sonrisa, que era de cierta compasión, jugó en los labios de don Tito Livio:

–No digas tonterías, Aurelio, para luego no verte obligado a hacerlas. Investigar, ¿qué? ¿Pararte en el centro de la plaza y preguntar quién te dejó esa pluma? Por favor, Aurelio, usa la cabeza. Ese dinero no es de nadie, porque viene suyo.

–Podía ingresarlo a la caja del Ministerio.

Volvió a mover la cabeza el Ministro del Interior. Le empezaba su sobrino. Pues tenía talento, pero le faltaba sensibilidad, le faltaba a ser un buen político. Una duraba más como él. Le ofrecían nuevos obsequios, ¿cómo esos remordimientos de conciencia que han dado por primera vez el capotazo de las lágrimas? A la calle abierta la sirena, cruzó. Medinaceli la rueda al sol, un carro de bomberos.

Le dijo que consiguiera, Aurelio, sería cumplir las cosas. Actas, dietas, testigos, barullos, y más trabajo para nuestro Director de Abastecimientos que ya bastante tiene. O vedarle de esas frugalezas un chascho. Guarda ese dinero pensando en el mañana.

En los ojos del Ministro había una luz extraña de sorna, un algo especial como si estuviese muy divertido. En los del responsable de la DIP, apenas un resplandor. Por ser no, como si en ese momento los velara la oportunidad de una cerrata. Se disponía don Tito Livio a volver al despacho cuando Gómez-Ardid, casi sofocándose, preguntó:

–Me guardo los billetes, como usted aconseja, don Tito, pero ¿a mi conciencia, que voy a decirle...?

Lo tomó por el brazo Gómez de Lara. Sonreía, paternal.

–Nada tiene que reprocharte tu conciencia... Al informarme, has procedido rectamente, Aurelio. Puedes, pues, sin avergonzarte de nada, conservar ese regalo.

–Mi conciencia, señor... insistió.

–Tu conciencia ha quedado limpia, purgada de reproches; hablando conmigo le has quitado todo derecho a molestar después. Ese es lo que debes pagar en cuenta. Te has puesto a mano con esto. El dinero que se te entrega no es el de un soborno, Aurelio.

–¿Qué es entonces, don Tito?

A espaldas cuenta una aportación que amigos hacen

[illegible] [illegible] [illegible] [

Quiero decirles, en pocas palabras, que estoy satisfecho porque nuestra relación encontró pronto, y sin demasiados tropiezos, el camino de la concordia . . . Espero que continúe así y que comentarios semejantes a éste pueda expresar ante ustedes el día de cada mes que fijemos para conversar, unificar criterios y estrechar nuestro mutuo conocimiento . . . Antes de que se marchen, señores comandantes, deseo instarlos, en nombre del señor Presidente, del señor Ministro y del mío propio, a que sigan cumpliendo tan empeñosa, eficaz y discretamente con su deber, como hasta ahora . . .

Abrió uno de los cajones del escritorio y depositó dentro de él, como si fuera un valioso trofeo, el precioso estuche con los billetes de cresos, ya guardados y a salvo, y felicitó los ve nte comandantes y dos tenientes coroneles que, sonrientes, se despidieron del Director Gómez Ancla con efusivos sacudones de mano.)

SEGURAMENTE el señor Gómez-Ancla vencedor de don Aurelio Paz no logró recordar qué día de cuál año. Los Vencedores de La Dirección de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior (entre los que había amigos leales como el coronel Rodrigo de la Peña, al que convertirían en alcalde de la metrópoli le obsequiaron un bello juego de ajedrez del que eran de plata puras las piezas blancas y de macizo oro de ley las negras, tan valioso y lujoso que nunca se atrevió a usarlo o siquiera a mostrarlo

12

ESTABA CONSCIENTE de haber despertado, pero no abrió los ojos. Prefería seguir así, quieto en la cama, las manos en las axilas para que no se le escaparan los recibidos restos de la pesadilla que no acababa de irse. Sería bueno que el doctor Montes me examinara un día de estos. Como si una sobrenatural era el sueño, la palabra doctor no seguía encendida en su memoria. Había sido arrojada de su vida y a ella ajustaba todos sus actos, incluso los que sus enemigos calificaban de crímenes. Sin embargo no había logrado que lo mirara también de ese modo su alegada alma gemela. Si acaso, Fermín Palermo . .

EL PRESIDENTE Gómez-Anda dejó de remover el café con la cucharita de plata:

—¿Armandina quiere ahora otro rancho?

—Se llama Las Casuelas. Le encanta.

—Oh, no. Si tiene apenas un año comprado.

—Está encaprichada con esa finca, Aurelio, y ya sabes como se pone cuando algo le gusta.

¡Puah! "La caprichosa de costumbre." Sería encaprichada. Te hará mala cara durante semanas y la contrariedades. Dále lo que quiere y evítate disgustos en casa. Es preferible decirle que sí a tener que discutir las razones para el no. Empezaba a pasársele la rabia a Don Diosa. Hasta ahora sus negocios, en que se había permitido hacer

desde su epoca en la Propiedad. Nadie mejor sabe sus secretos, esos negocios que nadie ve, de los que quizá nadie sabe que existen pero que pueden ser poderosos contratos de pavimentación, permisos para exportar chatarra o importar mercaderías que no se producen en el país o que producidas localmente son más baratas fuera, exclusivas para recolectar el papel, todo el papel, que se desperdicia en las dependencias gubernamentales: concesión para pintar, un dromedario y otro también, los postres del almuerzo popular, la cerveza, los servilletas, los puentes y las vallas de los viaductos, y para asear los excusados no hace falta, las escobillas de los ministerios, convenios para proveer de piezas de repuesto a los vehículos del Gobierno, de medicinas a sus hospitales y de víveres a sus internados y reclusorios. Todo eso, pase. Es tolerable, es lucrativo pero esa obsesión de querer comprarse hasta a los jueces!

La sociedad está en peligro.

Por que la ven así.

Se sabe que se vale cuando le acomoda. Son viejos. Ya no les interesa. Han tenido problemas con los vecinos.

–¿Que demonios piensa hacer Armandina con esas tierras?

–El gobernador Beltrán estará encantado de cuidárselas.

¿Anda metido en esto?

–Fue él quien la puso sobre la huella, Aureliano... El le avisó que las Cortes iban a salir a la venta.

–¿Cuanto pide...?

Diecinueve millones.

¿Diecisiete millones de pesos...?

–Vale, por lo menos, el doble.

Gómez-Anda sacudió la cabeza.

¿De dónde va a sacar La Doña diecisiete millones?

–De la lumbre...

–¿Eh? –Divirtió a Palermo la extrañeza que había aparecido en la cara de don Aureliano. Añadió.

–De la lumbre, sí... O si lo prefieres, de la ceniza, del humo...

A medida que Palermo se iba explicando, el Presidente confirmaba que su ingenio seguía siendo fresco y que sus planes resultaban, de tan audaces, increíbles. Nadie como él para aprovechar cualquier oportunidad que le permitiera ganar más dinero del mucho que ya necesitaba. "¿Para qué cojones quiere tanto, si no tiene hijos, mujer ni perro que le ladre?" Nadie como él mejor dotado para idear nuevas formas de obtenerlo sin riesgo y, como a don Aureliano le placía, dentro de las más absolutas discreciones.

–Hermann, aquí en verdad asombra lo de que algo así no se le hubiese ocurrido antes a él.

El plan que le exponía Palermo para conseguir esos inconcebibles millones de pesos "y todos los que mañana y pasado vayan haciendo falta, don Aureliano", resultaba ser de una simplicidad encantadora y como Hermann sabía, totalmente seguro. "Negocio de pocos socios es siempre bueno"

–Sólo necesitaríamos contar con la colaboración del Gobernador del Banco Central... El amigo Chavarría O'Dwyer, que todo te lo debe a ti, no podrá negarse.

No esperes que yo le ordene...

–Alguna vez, ¿te he pedido que intervengas, señor Presidente? Es mi deber cuidarte. Jamás comprometerte... Como siempre, deja que yo maneje las cosas a mi manera.

Reflexionó el señor Gómez-Anda. Palermo era hombre de fiar. Servicial, por encima de todo, discreto. Levantó el índice:

Haz lo que quieras, pero, entiende bien esto, no de

seo saber, nunca más, de ese modo de conseguir dinero para bien, ni para mal ...

Nada sabrás que te moleste, o que te recuerde a Aurelio... Como decía de los billetes que el Banco separa porque están viejos o maltratados, y que posteriormente destina al horno crematorio, tomaremos los que nos hagan falta para el pago... ¿Dirías, que separar para nosotros ese efectivo es incurrir en el delito de robo?

–¿Qué dices tú, Fermín? –Gómez Anda le mostró una sonrisa maligna.

–Digo que no, señor... Ese dinero, ¿recuerdas?, ha sido retirado del circulante. Esto es dado de baja. Técnicamente hablando, ya no existe; es papel de desperdicio. Si coge un poco y lo usa, ¿está uno robando al Gobierno, al Banco...? ¿Perjudicando a la Nación? Yo opino que no, y Chavarría O'Dwyer, con quien he estudiado el caso, considera que es factible...

–Hmmm

Procederemos siempre como el damente, Aurelio, sin abusar ... Ventaja principal de pagar todo en efectivo, Las Cazuelas o lo que se necesite, es que no quedan cheques, pagarés, papeles de ninguna clase... Aun del dinero que manejas a través de la Lotería Nacional queda constancia. De éste, ¡nada! ¿Quién puede seguirle la pista al humo...? Además, ¿afecta en algo que vuelvan a pasar de una mano a otra unos pocos millones si unos miles de ellos están haciéndolo siempre...?

No quiso Gómez Anda seguir escuchando más. Caminó hacia el ventanal de su despacho, en Los Arrotea despacho que aún olía a nuevo; a muebles de cuero blanco que empiezan apenas a ser usados; a alfombras rústicas que conservan el seco aroma de las islas de las con que fueron repelas a mano; a pintura que no se hace vieja todavía en armarios y canceles. Sin mirarlo, grave la voz, recomendó

–Moderación, Fermín... Discreción también ... Eso es lo único que les recomiendo.

–Las tendremos como siempre, señor

–Que La Doña, tan ambiciosa ahora, no se engolosine, Fermín

–La controlaremos, Aurelio...

Se volvió entonces, siempre con el índice recto apuntándole a la cara.

Que Chavarría O'Dwyer no vaya a creer que estoy enterado, o que de algún modo participo en esto, ¿eh?

Sabe ya que así es... Él, también, lleva su parte ...

–Hmmm

Cuando se marchó Fermín Palermo, luminosa de sonrisas la cara juvenil, el Presidente reconoció que le había expuesto un buen plan que no representaba riesgo para quien, debido a sus influencias y a su poder, estaba en condiciones de ejecutarlo. "Es verdad: a nadie se roba volviendo a usar un poco de ese papel moneda, viejo y gastado, que debe desaparecer... Si se tratara de sacarlo de las arcas públicas, aún de las de la Lotería, me opondría ... Pero siendo lo que es, desperdicio, foco de infección, nido de microbios –lo apruebo")

AUNQUE LA puerta no había producido ningún ruido al ser empujada lentamente por el mayor, Gómez-Anda sintió que alguien vigilaba su reposo.

–¿Quién es?

–Fraga, señor

–¿Qué se le ofrece?

Podemos hacer contacto con don Fermín

–¿Dónde está?

–Hablamos con él al coche, señor Viene para acá.

A pesar de la escarcha, el tío del piso se le metió en los pies. Con cierta dificultad volvió a ponerse los zapa-

ros. "La jodida inmigración..." Eructó. Le ardían los ojos y sentía sucio el aliento. El mayor Pilo Fraga continuaba junto a la puerta.

–¿Sí, mayor?

–También lo espera una persona, señor.

–¿Quién?

Más que pronunciarlo, el mayor Fraga prefirió enmendar a don Aurelio la carpeta de visita en la que estaba impreso, con el escudo nacional, el nombre prohibido

LUIS FELIPE RUIZ
Gobernador Constitucional
de Lérida

Era ahora señor

–¿Solo?

Sí, señor.

¡Puah! Gómez Anda recordó lo que unos años atrás era una revista de oposición secretamente subvencionada por el Gobierno había escrito sobre el Narciso Charles. Odiaba porque acababa de perder una cuenta corriente abierta en su banco a nombre de la señorita Aurelio era una sola sin relieve pero a fe de un hombre que sería recordado, acaso, solo por su sabiduría de almacenaje sus anécdotas y asechanzas y dardos de sus rencores. Oyó decir que se le diera una paliza, pero como de costumbre Charles había atacado al Mayor de los Palacios de la República, el sádico extranjero.

Salió al corredor y se dirigió al cuarto de baño. Pilo Fraga seguía aguardando órdenes.

–¿Pasa...?

No... Dígale que estoy dormido... Y sépalo de una vez: no quiero volver a ver a ese cabrón. ¿Está claro, mayor?

–Afirmativo, señor...

Consideró que haberse muncado como *Gobernador Constitucional de Lérida* era tanto un reto como una majadería de Luis Felipe Ruiz. "¿Acaso olvidó ese mequetrefe que hace media docena de años que dejó de ser porque no lo ordene, la Autoridad Suprema de su provincia? ¿A qué viene ahora? ¿En plan de camorra, a exigirme cuentas? ¡Puáh!" Trémulo, partió por la mitad la carpeta. En el silencio escuchaba el lento goteo penoso de su orina.

"Mucha prisa se dio por volver del extranjero, el ingrato... Habría llegado hoy, temprano. Ninguna autoridad federal le hubiera permitido hacerlo ayer, cuando todavía la obediencia a mis acuerdos era indiscutible... Y ya está de vuelta en el país, en la ciudad, sería porque El-Señor-Presidente-Ávila-Puig lo aprobó... para incorporarme."

Con Teodoro Herrasti, que era algo menor que él y más tierno en experiencia política, Luis Felipe Ruiz formaba la pareja de jóvenes favoritos, desde los días de la campaña electoral, del señor Gómez-Anda. Le fue recomendado por el gobernador Adelo Marines Santaolalla a quien servía como secretario particular y a cuya sombra se fogueaba. De estudiante había sido líder en la Escuela Preparatoria y organizó una huelga contra el Gobernador. Don Adelo Marines le dio un consejo: "Si lo que te gusta es la política, métete al Partido. Hazla desde dentro del Gobierno porque hacerla desde afuera, y *contra* el Gobierno, es una burrada, muchacho". Luis Felipe Ruiz recuperó esa noche la libertad y por la mañana se incorporó al servicio público. Tres meses después, porque así le convenía al ejecutivo sevillense, Ruiz fue electo para dirigir el capítulo local del Sector Juvenil del Unificador Revolucionario. Su buena presencia, su cordialidad, el interés con que lo escuchaba hablar, la admiración que parecía sentir por su persona, la fidelidad con que repetía

sus palabras, agradaron al candidato Gómez-Anda, adscribió al cuerpo de oradores. Duró poco en él porque El Señor prefirió tenerlo más cerca, en el equipo que colaboraba en los últimos detalles de redactar sus discursos y, luego de intervenir en las discusiones en torno al ante-proyecto de Plan de Gobierno.

Si a los hombres les resultaba sumamente fácil ganarse la confianza de Gómez-Anda, las mujeres lo conseguían aun más fácilmente que ellos. Hortensia Armendáriz llegó a quererlo igual que a él, y que en broma o en serio, le diputa siempre "mamita" y sabe bien cuánto cerca, le besaba a veces la mano al saludarla y al despedirse la entretenía tanto que a pasaba más con que le tejiera una bufanda o unos calcetines de chuleo.

Así a todos agradaba así Luis Felipe Ruz. Algunos celosos como Josafat Armengol, arrugaron el ceño desde que apareció en la casa de Bucareli 82. Los paseos lo beneficiaron sumamente. Personalmente cordial y de sonrisa fácil, admirador de don Aureo, su esposa Plutarco Elías, Orozco Douglas, Mario Tello Cuarrosa, el coronel Leal Gómez y de todos los que pudieran ayudarlo a progresar. Teófilo Herrasti y Ruz simpatizaron y se llegaron a tutearse, visto lo mucho que influyeron Gómez-Anda, ellos gobernarían la República y manejarían a su conveniencia a los miembros del Gabinete.

Para sorpresa de muchos, para alegría de los que le eran hostiles, cuando Gómez Anda asumió la Presidencia, Luis Felipe Ruz no recibió ningún cargo en el Gabinete como Teófilo Herrástiri fuera de él. Permaneció cerca de El Señor desempeñando misiones de sus pequeñas algunas, secretas las más. Tenía acceso directo a toda hora al despacho del Jefe del Ejecutivo y a sus habitaciones privadas en Los Arcos. Don Aureo le permitía acompañarlo, en ocasiones, a escuchar conferencias en el Cuarto de Radio. Ostentó la representación personal del

Primer Mandatario en media docena de importantes ceremonias y una vez viajó a Dusseldorf para inaugurar el stand de La Industria Nacional en una Feria de Muestras.

Cuando la situación política se cerraba en Tlaxcala al aproximarse la fecha en que el Partido debía sobreponer candidato a la gobernatura, Don Aureo le aconsejó a Luis Felipe Ruz Martínez Sánchez, hijo de Adelo Martínes Sánchez, que el primero se postulara porque de resultar Luis Felipe elegido por Gómez Anda, indiscutiblemente ocuparía la senaduría en turno, para lo cual el estaría comprometido en gratitud, lo que sería un arma irresponsable de retención en su poder político en Tlaxcala. "Pretenden al joven ahora Ruz no es un cualquiera, Plutarco. No lo creas y lo sabes".

No lo era. Pero no pudo candidatearse ni siquiera por cualquier otra parte desde siempre la influencia de cuatro o cinco grupos de poder político y económico considerables. Si en ese momento histórico el Gobierno del Centro estaba en el Partido Dominador Revolucionario Mexicano, el Presidente Gómez Anda lo apoyaba al candidato que le proponía el gobernador, y ninguno de los tercios que le disputaban el poder, se atrevía a enfrentarse y peligrarla la tranquilidad entre los clanes tan necesaria pues, saber a alguien en que su estrategia a ninguna de las facciones fuera bien recibido por todas.

Reunido en Los Arcos con don Adelo Martínes y con los que más influían en la vida de Tlaxcala les habló de la necesidad de preservar a cualquier precio el orden, el progreso y la armonía en la provincia y les hizo saber que, en su muy personal opinión de miembro del Partido y por candidatura de consenso hacer para esta etapa de transición en que nos encontramos", sería Luis Felipe Ruz.

Un gobernador, señores, está sujeto por igual que respetar [illegible] que [illegible] cortes, donde [illegible] al que el Gobernador Federal [illegible] ya a [illegible] nuevamente.

El [illegible] pronunciado con [illegible] las palabras "El gobernador es [illegible] nuestro. Pero [illegible] como el Presidente [illegible] el Presidente [illegible] se [illegible] que [illegible] gobernador ejemplar. El recuerdo de [illegible] por Roosevelt [illegible] personal [illegible] que [illegible] algo [illegible] [illegible] había resuelto [illegible] todo con [illegible] que [illegible] [illegible] provincia [illegible] más [illegible] del Congreso. Lo que pedía Roosevelt [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] Aureles. Quien lo protege, lo vende [illegible] [illegible] los [illegible] [illegible] [illegible] [illegible].

[illegible] una vez a la semana, el gobernador [illegible] de Pendania [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

querido, señor". "¿Mucho trabajo, supongo?" "Demasiado, señor, y allá en la capital el tiempo para nada alcanza". "Bien joven gobernador: espero volver a verte pronto". "Tres, señor Presidente: se lo prometo". "Te esperaremos". "Saludos a su señora". "Le dará gusto saber que todavía la recuerdas".

Ahogada de presiones su prostata, Gómez Anda rompió ahora en cuatro partes la tarjeta con la que se anunciaba en solicitud de audiencia, Luis Felipe Ruz Gobernador Constitucional de Lérida

Puah...!

Corrieron las semanas y sólo una vez, de prisa y preocupado, apareció Luis Felipe Ruz en Los Arcos. Se supo que vería al Presidente, pero no en la Residencia, como casi siempre, sino en el ala de oficinas. El señor Gómez-Anda, le explicó el Secretario Particular, Sepúlveda, se hallaba con una comisión de empresarios y no podría recibirlo. ¿Quisiera el señor Gobernador esperar o volver a las siete? Ruz dijo que no podría ni lo uno ni lo otro, pues debía retornar a Lérida. Solicitó que se mandara a don Aurelio de su visita. Se marchó de prisa y parecer contento de no haber tenido que demorarse conversando con El Viejo. "¿Sabes que vino Luis Felipe y no quiso esperarme?" "¿Es posible?" "Lo es. ¿Te hizo algo?" "No, mi señor". "Andará muy a la carrera". "Antes nunca le faltaba tiempo para venir a verlo, don Aurelio... No se lo he dicho, mi señor, pero hace años que nada nos manda de allá ni dulces, ni carne, ni quesos, nada". "Hmmm

Los líderes de los sindicatos nacionales, con Heriberto Andonegui, el más poderoso de todos, al frente de ellos, dieron en frecuentar Palacio o Los Arcos, llevando al Primer Mandatario quejas contra Luis Felipe Ruz. "El poder se le ha subido a la cabeza, don Aurelio. Ya no escucha a nadie, no atiende razones". "Por su juventud-

es señor Presidente, el gobernador Ruz ha provocado enfrentamientos entre los obreros". "Está volviendo a la lucha revolucionaria en Lérida, señor". "Ruz se ha echado ya descaradamente en brazos de los oligarcas de allá". "No es intriga, ni chisme, señor Gómez Anda, pero al gobernadorcito ese lo único que le interesa es ensoberbecerse... De los Arcos o de Palacio salían rumbo a la capital de Lérida las llamadas del Presidente, pero no alcanzaban casi nunca al señor Gobernador y cuando lo hacían El Señor Gobernador (quizá por exceso de trabajo) hablaba como si estuviese en sesión, ebrio, o molesto porque El Señor lo importunara a tales horas de la noche o de la madrugada para preguntarle como iban las cosas y si había algo, lo que fuese, que él pudiera hacer para servirle. "Todo bajo control, señor. Hay que oír los 'amiguitos' que insisten en su campaña de rumores".

Agentes de Cimarrosa, por un lado, del Partido, por otro, y personas, como Noé Medina-Aibert, que merecían confianza de Gómez-Anda, realizaron secretas encuestas en Lérida. Los grupos locales apreciaban la buena administración que estaba haciendo el gobernador Luis Felipe Ruz". Es hombre serio, que no gasta el tiempo bailando, sino haciendo". "Reflejo de su entrega personal es lo que ha podido realizar en la provincia en este corto tiempo". "¿Luis Felipe Ruz? El mejor hombre que hemos tenido en muchísimos años". "Hay confianza en él, Noé puedo asegurarlo. Dile eso a don Aurelio: tenemos la paz interna. Atento la producción. ¿Que más podemos pedir? ¿La huelga del cobre, dices? Es un problema artificial, política y malvadamente mantenido. El sector obrero se niega a dialogar, pese a que Ruz se ha ofrecido muchas veces como mediador".

Al iniciarse el cuarto año de gobierno del señor Gómez-Anda algunos columnistas, propalaron que mandatarios de provincia empezaban a "tomar posiciones" y

a "formar bloques" ahora que se acercaba el término de la administración de don Aurelio. "Desean, al parecer, oponerse a la eventual reelección de AGA. Les gustaría que un político nuevo, un hombre joven, despachara en Palacio Nacional durante el próximo lustro. . . Se dice que la idea de interrumpir la tradición de que un Presidente cumpla dos períodos consecutivos, partió de Lerdo . . . Otros aseguran que fue resultado de coloquios que han venido celebrando miembros del grupo Lerdo-Antoñana-Valladolid-Salvatierra", escribió Ángel Ferrera, en *Verdad*.

Contra lo que Gómez-Anda esperaba, el gobernador Luis Felipe Ruz no se apresuró a sincerarse con él, ni mostró interés en desmentir ese y otros rumores similares que eran abundantes en más periódicos de la capital y en numerosos de la provincia. Dos veces que hablaron, una por teléfono, y otra, personalmente, en Palacio, Ruz evitó el tema político; discutió con El Señor los asuntos concretos que le interesaban y al marcharse olvidó decirle saludos, y recuerdos, a doña Armuntina.

Un informe que le rindió el Ministro del Interior convenció a Gómez-Anda que era cierto lo que La Doña había estado murmurándole durante semanas: con el apoyo de los muy ricos de Lerdo, Antoñana, Salvatierra y Valladolid (que formaban parte de una región sobrada de valiosos recursos naturales) había sido creado un Partido, un equipo, una sociedad, cuyo propósito sería llevar a la Presidencia, as dice don Aurelio y el Partido se opusieran, al gobernador de una de esas cuatro provincias. ¿Y quién mejor que Luis Felipe, no obstante su juventud . . . ? Ve usted, mi señor, que los que usted consideraba chismes eran sólo no lo eran? El muchachito le ha mordido la mano, don Aurelio, y va a darnos la gran puñalada" "No lo creo, no puedo creerlo". "Pues vaya creyéndolo, mi señor . . Le doy usted demasiadas alas y

dosa el muy cínico quiere quitarnos la Presidencia. ¿Por qué no habla con él y lo mete al orden . . .?"

Esa noche, ya tarde, el senador Heriberto Andonegui recibido en audiencia privada por el Presidente de la República. Salió de Los Arcos casi al amanecer. Desde su despacho en el Edificio de los Gremios distribuyó las órdenes necesarias. A las nueve de la mañana, grupos de obreros del Complejo Siderúrgico de La Mi se reunían ruidosamente en las calles de Lerdo exigiendo la destitución del gobernador [illegible] de la "burguesía internacional" "atropellador de los derechos del trabajador" y "agente del neofascismo". Luis Felipe hizo llamar a los promotores de la turbamulta, pero ellos se rehusaron a conversar con él. Seguro de poder convencerla de que era inocente de aquello de que lo acusaban Ruz intentó arengar a la muchedumbre desde un balcón del Palacio de Gobierno. Lo rechazaron con silbidos y pedradas. El general Pompeyo Reverte, comandante de la zona militar, aconsejó usar la tropa en labores de patrullaje, pero Luis Felipe Ruz se opuso porque dijo, eso sería interpretado como desafío.

Al mediar la tarde llegó al Palacio de Gobierno en Lerdo una llamada de Los Arcos. El señor Presidente quería hablar con el señor Gobernador. La voz de Gómez-Anda se oía dura, perentoria, inamistosa.

–Se me informa que la situación allí está empeorando porque no se han todavía medidas adecuadas.

La situación, señor, es ahora menos tensa que al medio día . . . Los grupos se están dispersando . . Puedo asegurarle que todo esto forma parte de una escalada de violencia que . . .

–Dejemos en paz a las palabras y a las excusas, señor Gobernador Gobernador . . . La ciudadanía de Lerdo, me consta, vive momentos de zozobra . . . Ha permitido usted que su provincia se convierta en un foco de có-

lera. Ahora es su obligación restaurar la confianza en el Gobierno y devolverle la tranquilidad a las personas...

–No ha habido incidentes, señor.

–Tampoco los habría si actúa usted con la rapidez, la astucia y la energía necesarias. No podemos permitir que unos cuantos revoltosos pongan en estado de sitio una ciudad central como Lérida o una región industriosa como Misericordia. Menos aún que en la República prendan, por lamentable imitación y discutible solidaridad gremial, desórdenes parecidos... Ya estamos hartos de ser víctimas pasivas del chantaje de los obreros del cobre. Convoque al general Pompeyo Reverte y comuníque a los agitadores a deponer su actitud.

Involucrar en esto al Ejército me parece riesgoso, señor...

–Espero hechos... y su informe, señor Gobernador.

Los informes que esperaba el Presidente llegaron a Ministerio de Guerra y Defensa, al del Interior, al despacho del senador Andonegui y por último a Los Arces, a las 19:40 de la noche. Cuando la tropa se apresuraba a rodear la planta de Misericordia, aledaña a Lérida, sucesivas descargas de fusiles y metralletas abanicaron a cuatro soldados y a seis apristas. El general Reverte resolvió desalojar a los atrincherados "a como diera lugar". Luis Felipe Ruz propuso parlamentar con ellos. Pompeyo Reverte no estaba dispuesto a dar sin venganza la sangre de sus hombres. Al momento de redactarse el informe *Parte de Novedades* se habían contado ya treinta y nueve obreros muertos. Gómez Ayala remitió de leer en voz alta el texto que le había llevado Marco Tulio Camarena Mata, inquisitorial ayudante de Mario, del mastín ayudante a Pluto. Canto que acababa el asiento contagió. Ambos lo escucharon leer:

–Pobre tonto, Luis Felipe Ruz, que no supo aprovechar la oportunidad de ser un gran gobernador que le ofrecimos.

–Lástima, señor...

Para evitar males mayores se dispone ahora que se le retire la confianza y que se inicie una investigación para esclarecer los hechos.

–En efecto, señor. Se dispone la medida.

–Habrá que mandar a Lerma.

–Hecha la anotación, señor.

–Tan pronto se reciba el oficio de la Legislatura de Lérida y dale lo que hay que hacer para que lo haga inmediatamente.

Después que Camarena y Canto se marcharon, el Presidente mandó llamar a Jesús Arriaga.

–A sus órdenes, señor.

–Visto lo sucedido esta tarde en Lérida, será conveniente sugerir a los directores de periódicos y noticieros que manejen sus amarillismos u sensiblerías, la información relativa... Le ocuparás de hacerlo saber que el gobernador Luis Felipe Ruz ha presentado su renuncia ante el Congreso Local de Lérida, y que le ha sido aceptada.

–Sí, señor Presidente.

En favor de Luis Felipe Ruz intercedieron por igual, el arzobispo de Lérida y los Presidentes de las Cámaras Minera, Industrial y de Transformación y los Comercios. La gerencias de los bancos nacionales con agencias en Cuesta Alta y el ex gobernador Adolfo Moreno Sánchez. No tuvieron acceso, ni por teléfono a don Aurelio Polanco. Consiguió llamar con el Mago Rebolledo que había aportado vastos elementos para hacer con un programa de obras públicas que beneficiarían tierras agrícolas propiedad del Grupo Oval.

Se tiene la impresión, señor, de que se ha hecho justicia en una ciudad a gobernador Luis Felipe Ruz.

Pero se ... Juan Miguel?

Y también ... señor Presidente ... a ... es ... amigo en su ... víctima de alguna venganza personal.

La gente habla por hablar, casi siempre de lo que ignora. Nosotros ... Luis Felipe Ruiz ... resultado ... una, la ... una, de una inexplicable ... pieza. ... problema laboral ... el de Masero ... se resuelve con sabios, sino ... palabras ... y talento. ... Ruiz ... renunciar a la gobernatura. ... podemos ... que ... mucho ... nos ... no ... nuestros ... se le ... algún tipo de ... penal ... supongo ... abusó de ... privilegiada.

—¿Cuándo ... su ... La ... se ...?

Como ... que ... de él, ... que ... le ... sugiere ... saber Luis Felipe ... haga un viaje ... al extranjero ... algunos ... de ...?

Rebull ... se ... en ... a salir del país. Consideraba que hacerlo ... era ... admitir su ... y ... reducir su ... personal y ... esa ... zafiamente ... Israel ... dispuesto a ... permanecer ... aceptarse ... públicamente ... hablar.

A ... señor Rebull que ... el Ejército ... la calle ... órdenes del Presidente ... Ávila. ... Adiego que ... órdenes ... hablaban ... directamente ... Ramírez ... a ... general ... Reverte. ... cumplía ... órdenes ... quedó ... de ...

Siempre ... Adiego, el Director ... de Comunidad ... estaba tratando de ... de que ... mitigara ... gravedad ... Ruiz ... aprovechando ... oportunidad ... aprobarse ... por su ... director ... Presidente.

Volvamos ... Luis ... Cuando ... momento, ... prometió ... encuentro ... explicaciones.

El ... se ... explicaciones ... Nunca ... exactamente ... las ... pero ... sentencias ... apenas ... para ... nacional a Luis Felipe ... bursátil y de ... que ... la prensa de la República, había ... el ... para ... a los ... de ... públicos ... masa ... su ... Federal. ¿Se ... Presidente? ... oscuro ... Unión ... de Luis Felipe ... las ... Estaba ... necesario ... para ... que ... todos. Todos ... pero ...

Algún ... el Presidente ... Ávila ... que ... Gómez ... entrado en ... Luis Felipe ... preguntó a Miguel Rebull ... se ... Gómez Ávila. ... la ... a Adiego ... Ramírez ... por ... y la ... que se produjo ... Ruiz.

Que ... y el ... mañanamente. ... Cuando ... creyó que ... por sí mismo ... de ... Acuerdo ... cuando ... demostrar ... trabajo, ... dependencia ... general ... para ... propios ... por ayuda de ... el ... afectivo que ... El Señor ... La Señora, el ... le ... desenado ... que ... Ya ... importantes, ... amistad, de la ... el ... personales. ... ayuda ... se ... verdaderamente ... amenazado ... cuando ... por ... Ramírez, ... ha logrado ... averiguarse, ... la ...

que Luis Felipe Ruz se aprestaba a disputarle la Presidencia a quien había sido su protector... Todo podía tolerar, justificar, perdonar y olvidar Gómez-Anda menos eso... Lo que le explica la saña con la que lo ha hostigado y la razón por la cual, mientras él sea el que manda, no permitirá que Ruz regrese...

–¿Qué clase de persona es, en verdad, Luis Felipe?

Excelente. Formado. Con imaginación y sensibilidad. A quien no atrevería a decirle, que merece una oportunidad cerca de ti...

EL SEÑOR Gómez-Anda rompió otra vez por la mitad los mismos trozos en que ya había convertido la carpeta del *Gobernador Comisionado de Lacanda* y permaneció sentado en la taza del WC mientras el agua los arrastraba. Se preguntó: "¿Habría podido verlo cara a cara desnudos de ese mismo tiempo?"

Al pie de la escalera aguardaba el mayor Praga.

–¿Han terminado de borrar eso?

–Seguimos en ello, señor.

–Vea de acabar pronto...

–Sí, señor...

Se dirigía, menudo el paso, hacia la espalda recta del despacho. Sin detenerse, preguntó:

–¿Alejó de aquí a ese individuo... Ruz?

Se ha ido ya, señor.

Seguía ardiéndole el estómago. "¿Habrá traído Armandina el bicarbonato?" Aún le quedaba sueño en la cabeza y un hormigueo bajo los párpados. "¿Qué carajo vendrá a hacer aquí?" Entreabrió la puerta. No se veía el cielo de la lluvia, sólo su brillo en la hierba, sobre la grama y las hojas oscuras de la hiedra. Volvió a cerrar y los ruidos del mundo, las cuadrillas y el rumor que al pasar por la avenida de altos yerbales crecían como

si hubieran caído en un agujero de silencio. En los muslos sintió la frialdad del asiento. Marcó un número.

–Casa de la señora Gómez... –le informó una voz que conocía.

–¿Regresó ya?

–Todavía no, señor... ¿Le doy el teléfono de donde está?

–Sólo dígale que he llamado...

–Sí, señor.

Luis Felipe Ruz. ¿Insistiría en hablar con él?, ¿cómo reponerse a recibirlo, a escucharlo, si gestionaba por medio de Miguel Rebul, o de Coronel Douglas y Plutarco Canto, ahora poderosos e influyentes, una entrevista? Creería que ya somos iguales porque él y yo hemos quedado, para siempre, fuera del Gobierno... Fuera yo, no él. Quizá se permita repetirse que no es capaz de ayudarlo a recomenzar... ¿Lo usará Avila Puga para causarme daño? Alguna vez le diré a don Víctor que son los resentidos quienes mejor sirven como instrumentos de venganza... Según parece, no lo olvidó.

Fuertes, escuchó voces en la sala. Retumbantes, rodaron hasta él varias carcajadas. Sonoro, identificó el toc, toc de unos tacones pisando las baldosas. Reconoció la voz. Identificó la risa. Por el sonido de las botas supo, sin necesidad de preguntarlo o de que Pilo Praga fuera a decírselo, que era el mayor (retirado) José Dolores Beltrán, cinco veces ya gobernador de Jacaranda, quien llegaba a su casa. Salió a recibirlo.

–Bienvenido, mi mayor Beltrán.

–Señor Presidente...

Se enredaron en un abrazo silencioso. ¿Qué podían decirse que no se hubieran dicho ya en los casi cuarenta años de su amistad?, ¿qué podían expresar en ese momento las palabras? Silencioso y largo, su abrazo. Paternal, como de condolencia, le pareció a don Aurelio

Cuando se apearon, el mayor Beltrán retiró de su cabeza el sombrero tejano moteado por las gotitas de la lluvia.

Le pidió, con un gesto, que ocupara el sofá. Tiesamente lo hizo José Dolores Beltrán, el sombrero sobre las rodillas. Vestía el mismo traje, mitad de cowboy, mitad de jinete andaluz, que lució esa mañana en la Cámara. Se asombraban sin encontrar todavía esas palabras. Quizá por eso, siempre, sonreían.

¿Una copita para el frío, mayor?

-Lo que usted ordene, señor.

¿Qué puedo ofrecerle?

-Lo de siempre, señor Presidente.

Lo de siempre, recordó Gómez-Arda, era coñac y cerveza, cuyos sorbos acostumbraba alternar don José Dolores. A palmadas llamó a Pilo Fraga. Más de un minuto transcurrió en silencio.

Ya no le hacen caso a uno, mayor... Les habla y finge que no oyen.

-Así, sucede, señor.

Por fin, apareció Fraga, justificando su demora a causa de la lluvia, del estrépito de los autos... ordenó Gómez Arda.

Para el señor gobernador, cerveza y coñac.

Volvió el silencio a interrumpirlos. La luz del ventanal, ya muy tenue, alumbraba a Beltrán, degradando hasta hacerlo parecer gris el tono granate de su traje campero; el beige de sus botas camperas de alto rancho; el verde esmeralda del pañuelo de seda que le protegía el cuello flaco, de puntiaguda nuez.

¿Cansado, señor Presidente?

Acabo de sestear un rato, mayor... Mucha gente todo el día...

José Dolores Beltrán [illegible] Con el sombrero cubre su mano inútil. Era alto, muy alto. Ro-

busto, ojos azul, carnosos; hueso del brazo derecho a consecuencia de un disparo de máuser, sordo desde entonces. La mano de don José Dolores se había ido empequeñeciendo y parecía ahora un hueso forrado de piel endurecida como un guante muy gastado de tanto frotarlo. Tenía más de setenta y se contaban de él hazañas sorprendentes. Peón de hacienda, terriblemente después fue compadre del dictador Iturralde. Disgustado a causa de un juego de gallos con el último Generalísimo-Presidente, secundó a Cesar Durán y mas tarde lo ayudó a expulsar de la Presidencia, del país y de la Historia, a aquel nefasto Héctor Gama, El Paco de la Juventud. No ambicionaba grado superior. ¿Para qué buscar el ascenso en su carrera militar si una mujer leyó en las cartas que a José Dolores llegaba a coronel quedaría paralítico, y que moriría en el término de un mes contado a partir de la fecha en que recibiera el águila del generalato? Mayor de las Fuerzas Revolucionarias reivindicadoras había llegado a ser gracias a su bravura en las batallas de Campomanes y en las astutas emboscadas de Corralitos y Las Cruces, mayor siempre siendo orgullosamente en su retiro.

Reapareció Pilo Fraga. Nada traía en las manos, botellas o copas. Solo una disculpa:

No hay coñac ni cerveza, señor...

-Pues vaya a comprarlos, mayor. No se quede ahí parado

-ordenó José Dolores Beltrán.

-No se moleste más, señor Presidente -miró en escorzo a un Pilo Fraga enrojecido de furia disciplinada-. Tomaré de lo que haya. Gracias...

-Tenemos champaña y ron [illegible]do Gómez-Arda.

-Está bien.

Servirán, mayor Fraga.

Don José Dolores, Don Lolo como lo llamaban en su

provincia de Jacaranda, alternaba un sorbo de champán con uno de ron paisanamente. Para ceder de un poco de su exceso calor Gómez Ávila quitóse a cuello sus tantas la copa con sorbos. También sin prisa y avidez, bebía de vez de tiempo en tiempo.

¿La señora...?

Descansando en Puente Cardenal, con los amigos Servín...

La vi muy pálida en la Cámara esta mañana.

Pero muy entera, mayor. Muy entera... Él casi bien, desde la ventana, la había visto aumentar su palidez desolación y con los labios apretados, en el Palco de Honor del Congreso. Detrás de ella, sentada, la protestona, gruesa y de pelo Fermín Palermo.

Señoras tan señoras como ella quedan pocas, señor Presidente.

Así es, mayor... sus ojos antes de beber.

Entre los dos creció el nuevo vacío de una mancha, el silencio. La inconveniencia de los abrazos de Beltrán, reservados casi todos siempre. También lo era de don Aurelio.

Nos daría mucho gusto, señor Presidente, que usted y la señora Doña pasar una temporadita a Jacaranda. No tenemos mar, pero sí mucho verano y, sobre todo, lealtad amistad.

–Con gusto, mayor.

A doña Armandina le vendría bien descansar, reponerse unas semanas. Regresa a su casa. Cuando le hemos de dado otra vez. Las Cazuelas todos estos años. Linda finca, señor. Ya la conocerá. Linda y productiva señor.

Hummm... Le constaba que José de Dolores Beltrán estuviese hablando de Las Cazuelas. El segundo rancho que Armandina compró apenas asumió el de la Presidencia. Y que sólo la colección con que los norteamericanos le sobornaban. Pues no me he atrevido a preguntárselo, si se necesita [illegible] Dicen que por él se consiguen cada [illegible]

–Y se podrá dar gusto de recorrer Jacaranda viajando en su coche, por esas carreteras tan buenas que nos ha hecho usted, señor Presidente...

–Hummm...

–El coche de la Doña se pone a andar todos los días, señor. Tenemos un mecánico que se ocupa especialmente de ello. Gran coche ese... y, orgulloso, recordó el suyo adquirido al de Armandina Gómez Ávila. Ocasión única de calidad incomparable, construidas por encargo, al precio que pusieron, en la fábrica Rolls Royce la maravilla color marfil perlado, por órdenes de don Adolfo recortada, escuchó el deseo de un gobernante que el gobernador Beltrán dispuso consistiese en Las Cazuelas, la gran hacienda, que por modestia llamaba rancho, que con legítimo orgullo era con propiedad como las de grupos que eran, también innumerables en la provincia.

Bebieron, mirándose, como si se vigilaran. José Dolores Beltrán pensó que don Aurelio se había hecho de más viejo en unas horas. En la Cámara la había visto abrumado y aturdido escuchando las ráfagas lanzadas del primer mandatario, ya como Presidente del doctor Ávila Puig. La había visto hojear apuntes, desplegar cuartillas y escribirse ebrio, desde la curul que ocupaba del estrado, agradecimientos que adelantaba discursos de su mano detestada, los rebozos ajustados con broches de los que asistían a la ceremonia. Muy temprano se ha hecho Póder. Ya no es el mismo; no lo es.

–¿Se quedará un tiempo por acá, mayor?

–Poco, señor... Regreso mañana a Cárdenas. Como siempre, en Jacaranda no se acaba nunca el trabajo.

–Se me ha dicho que el Doctor Ávila va pronto a visitarle allá.

Bien quisiera que no, señor.

¿Por qué, mayor? Siempre es grato recibir al señor Presidente...

Depende, señor, de quién es el Presidente. Si es amigo, como usted...

—El Presidente de la República es amigo de todos, mayor.

No este, señor. Al menos, no parece serlo. No tiene tiempo... Tampoco hay modo de entender qué va a hacer...

—El doctor es todavía algo novato, mayor... Deje que se encuentre a sí mismo. Entonces será fácil...

Para no responder, don José Dolores se levantó a tomar la botella de champaña. No preguntó a Gómez Ávila si deseaba que le sirviera más ron, pues su rostro ya era buena respuesta. Los suyos merecían ser reabastecidos. De pie, después de beber, dijo:

—El señor ha empezado mal echándole a usted toda la culpa de la situación...

Don Aurelio levantó una ceja. Bebió un sorbo. Lamiéndose se enjuagó su gruesa bigotera.

—El Presidente Ávila Puig dijo lo que la gente estaba esperando que dijera... Eso es natural. Hacer una política de feria agrada a los descontentos, a los inconformes...

Volvió a incorporarse en el sofá José Dolores Beltrán. Recuperó el resuello y cubrió con él su mano impedida.

—Después de lo de hoy, pienso, señor, que fue una verdadera lástima que hubiera fallado el loco aquel que lo balaceó en la plaza de toros... Tal vez las cosas hubieran venido mejor para todos...

—Eso, ¿cómo saberlo, mayor...?

Con otro que no fuera usted nombrado, no habría podido irnos peor, señor Presidente.

—Aventurado es decirlo, mayor... Quizá también estaríamos quemándonos, ¿eh?

Minutos antes de que en la Cámara se iniciara la ceremonia de transmisión del Poder Presidencial, el gobernador de Jacarada abandonó su palco y abordó abajo, en la primera fila de escaños, a Otoniel Douglas, que esa mañana recibía una nueva etapa de su carrera política como Director del Comité Ejecutivo Nacional del Partido Unificador Revolucionario.

—Quiero que hablemos pronto, Otoniel, sobre la situación allá... Traigo mi lista y...

Los ahogó el estruendo que producían las doce bandas de guerra aportadas por las Fuerzas Armadas y los sindicatos, y las notas del Himno Nacional con que recibían al Jefe del Ejecutivo y al Presidente Electo los músicos de la orquesta de Guardias de Asalto instalados en el foso del edificio neoclásico que servía de sede al Poder Legislativo.

—Búsqueme en Palacio más tarde, mayor. Allí hablaremos...

Volvieron a encontrarse en el Salón de Embajadores, del Palacio Nacional. Miles de personas (políticos o no, funcionarios, magnates, diplomáticos, curiosos que habían conseguido ser invitados o que de algún modo habían logrado colarse a través de los puestos de control y de las vallas de seguridad) formaban la ancha columna de hombres y mujeres que desfilaban ante Víctor Ávila Puig para ofrecerle sonrisas y felicitaciones y, sobre todo, para ser vistos. Luego de saludar al Primer Mandatario, y de ser abrazado por él (uno de los pequeños que recibieron tal distinción) el mayor José Dolores Beltrán buscó a Otoniel Douglas. Lo halló en confidencia con Plutarco Canto en uno de los balcones que vigilaban la Plaza Mayor —escenario en ese momento de la fiesta popular que costeaba el Partido—.

Cuando estuvieron a solas, Beltrán entregó al director del PUR, como se ordenara, la lista hecha a

unos Directores en el curso de los últimos cuatro lustros. La Lista con los nombres de las personas que proponía el Partido para que éste las postulara en aquellos comicios en que debía cumplirse el requisito de renovar candidaturas a gobernadores, el Senado, la Cámara Federal, las alcaldías, los ayuntamientos y el Congreso Local de Jacarandá.

Me parece que son muchos Beltranes, mi mayor —dijo Douglas, después del vistazo. De los cuarenta nombres escritos, en por lo menos veinte figuraba el apellido de don José Dolores.

No somos sino un hombre, Jefe Otomel... En Jacarandá lo que sobran son Beltranes.

Ante esa palabra, GOBERNADOR, que Otomel Douglas rubricaba con esta otra, GENERAL, el DIVINO ARISTARCO BELTRÁN. Como si ignorara de quién se trataba, inquirió:

—Parente, ¿mi mayor?

—Hermano, Jefe Otomel.

En el centro de la Plaza, formando un círculo en torno a esa bandera, los mil hombres componentes de la Escuela Normal de Estadistas, más de Sector Popular empuñaban sus ametralladoras y fusiles, y el aletear de miles de cabezas y de negras colas de paño, en poporos de los Jefes Seccionales del maestro Jolopato Prado Pena.

¿Qué edad tiene ya el general mayor?

Setenta y cuatro en noviembre.

No le parece que esta ya un poco pasado para quiere ser gobernador?

—Todo depende, Otomel. Su edad no importa. Le daríamos un gusto. Mi hermano Aristarco ha sido todo en Jacarandá, menos gobernador. Ni quiere oírnos siquiera hablar de serlo, ya lo prometí que lo sería, ahora que le corresponde pasar cinco años en el Senado. Trabajará bien, se lo garantizo. Me encargaría que lo hiciera.

La respuesta del Director del PUR se demoró largo rato. En el lado oriente de la Plaza Mayor un heterogéneo grupo de indios semidesnudos, con la cara pintarrajeada con carmelitas y tamborites, con sus cabezas con aguas mas y su vistosas vestiduras típicas de la región, de la montaña, hombres, mujeres, Agenda Yeloz Gobernador de las Nuevas Aguas, en que se iraba a ser erigido Estado federal.

Son el alcalde, Don... recogió sus papeles para entregarlos en el puesto de hombre que ... del mayor Beltrán.

—Quiere señor Gobernador que el Presidente Avila Puig estampe que ha llegado ya La Hora del Cambio, y que esa Hora ha empezado a correr esta mañana... Ello quiere decir que con el Doctor Avila se inicia, y es natural que suceda, un nuevo estilo de Gobernar. El estilo Avila de gobernar.

—Y ... la cara de Beltrán, trabajada por el tiempo, se contrajo a pausas.

—Habiendo empezado La Hora del Cambio habrá cambios en Jacarandá y en todas las provincias. Ya no está por mucho tiempo el retrato de los cuadros... Cambios serán gobernador Beltrán, que el Presidente considera saludables y maestro Parrado, necesarios... Gente nueva, mayor... Caras jóvenes en el Gobierno, en los Congresos, en los Ayuntamientos... Apertura, don José Dolores...

—Demasiado riesgo es llevar niños al Gobierno...

—Todo lo que es nuevo es riesgoso, mi querido amigo. Sangre fresca. Voces limpias. Honradez, mayor honradez. Eso desea el Presidente que haya ahora. De renovación a fondo será la tarea de su gobierno. Y en Jacarandá empezaremos a renovarlo todo.

—Por que Jacarandá... su gesto era ajeno de su voz.

-Porque de acuerdo con el calendario electoral, Jacaranda es la primera provincia en la que, por decirlo así, se abre el fuego político... Por eso, mayor. Nada personal.

Le devolvió, doblado por la mitad, el pliego en el que su mayor había anotado los nombres de sus ciento cuarenta y nueve candidatos. Beltrán se resistió a tomarlo. Hacerlo, pensó, equivalía a admitir que cancelaba la oportunidad de todos de esos de cada uno de los hermanos, sobrinos, yernos, consuegros, nueras, nietos, compadres, cuñados y protegidos, se apellidaran Beltrán o no, seleccionados por él y por él, según costumbre, por puestos a la aprobación más simbólica que real, del Presidente de la República y de la alta jerarquía del Partido.

-Guárdela usted, Jefe Otoniel, por si se ofrece. Hay gente muy buena allí.

-No será necesario, mayor. Conforme las instrucciones del Presidente Ávila Puig, el Partido escogerá en Jacaranda, y en todas partes, candidatos sin nexos de ningún género con el pasado, con las autoridades en turno, con los grupos del poder local.

-¿Y con quién cree el señor que va a gobernar las provincias, Jefe Otoniel?

-Nada personal, mayor. Cambio de estilo, de procedimiento, solamente.

Casi blanco el rostro rojizo, helados los ojos azules, invisibles los labios, José Dolores Beltrán guardó el papel en el bolsillo interior de ese traje suyo que desentonaba por su color y su informalidad, en un lugar como Palacio donde prosperaba la lenta, macabable, fastidiosa ceremonia de sumisión al nuevo Presidente.

¿Habrá chance para el general Beltrán? Con el muñón de hueso pulido que era su mano derecha, el gobernador de Jacaranda empezó a golpear molestamente,

sin darse cuenta, la balaustrada de bronce sobre la que habían sido apoyados los codos.

-Temo que no, mayor... Es más: la semana próxima el general Beltrán pasará a situación de retiro por haber rebasado, hace muchísimo, la edad límite...

Tímidamente ahora, como si la avergonzara preguntó murmuró don José Dolores:

-Usted, mi mayor, ¿volverá al Senado cuando deje la gubernatura?

-Eso, mi mayor, no ha sido aún decidido por el señor Presidente. A su tiempo lo será.

¿Cree usted que si yo hablara con él...?

-El doctor Ávila Puig lo estima, mayor, y usted lo sabe. Aprecia su mucha experiencia y el control que sobre Jacaranda y sus gentes ejerce usted... Mucho pesará en pro a su favor, mayor... Si desea usted platicar con él estoy seguro que el señor lo recibirá con gusto, uno de estos días.

-¿Cuándo, Jefe Otoniel?

-Pronto, mayor... Me ocuparé de arreglarle la cita, y de avisarle fecha, hora y lugar...

Sobre la izquierda mentó Gómez-Anda la pierna derecha. Sentía entumecida la parte del muslo en contacto con el cuero helado del asiento. El ron le sabía mejor así, menos fuerte, sólo de cuidar conservar el vaso entre las manos.

-Cada Presidente llega con sus ideas... Los cambios son inevitables... Yo mismo, ¿no los hice? En los primeros meses, ¿no se prestaron también a murmuraciones?

-Usted no puede compararse con este, señor Presidente... Usted llegó como la gente decente, sin echar pata a empellones a nadie... ¿A quién amenazó usted?

¿a quién llamó usted ladrón, corrupto, derrochador sinsentido? Hizo cambios sí, pero respetó lo que es lo siempre ha sido respetable: las costumbres, los derechos adquiridos, las categorías. Ávila Puig aparece la merienda pero parejo golpeando a todos, igualitariamente a usted primero que a nadie.

Asintió don Aurelio, pero su palabra expresó otra cosa:

–El señor Presidente Ávila Puig llegará a tiempo para el premio... Démosle tiempo. Acaso para que emprenda lo que se haga, se vuelva conveniente hacer lo que se dice. Estos cambios pueden ser las que le han vuelto a existir porque se ha dado cuenta que es absurdo mal dados o que no funcionaban. La amnistía pasará con muchos con gran parte de la prensa y por el resto también. Los Planes de Gobierno han de ser realistas y las palabras discretas.

–Las del Doctor no lo son.

–Como alguien dijo el otro día, mayor indio Gómez-Ayala, que sabía atribuir a efectos económicos los ses de su invención, datos, precios, fechas y cifras que le vinieron en esos momentos necesarios a sus dichos que eran mayores de entendimiento que aquellos que vernados por el en otros tiempos. Las tres dentes amenazaban a uno con sus pistolas. Este nos amena a sus auditores.

–En efecto, señor –Beltrán sufrió la sacudida del Tres Perros de la Contaduría Mayor del Ministerio de Finanzas llegaron ayer noche, y son tiempo para ir a ver si a Cardenas y a otras ciudades grandes de Jalisco para revisar los libros e todas las agencias federales, en especial las que manejan dinero e promesas. El gobernador Enrique Canalán nos ha esta mañana, que a él también le cayó la plaga de los inspectores. Y el gobernador Ayala-Serrano no sabe que hacer con los que

quiere en Salvatierra. ¿Por que pretende perjudicar-me ese señor...?

De un rápido sorbo, Beltrán apuró el ron que contenía en el vaso y fue a servirse más. Oía a don Aurelio expresar:

–No creo que el doctor Ávila Puig quiera perjudicar deliberadamente a nadie. Hace lo que hace, supongo para estar informado...

La ruina del discurso que nos echó hoy, fue un desastre real que la burguesía para acá y la burocracia allá. Y que es lo primero que el ha hecho, señor. Crear con Blackmore Valenzuela y cualquiera lo sea, una superconstructora, una supercontratista, para acaparar con gran parte de obras públicas. Es como que en la ciudad de Cardenas ese compañía abre compras, con pesos de dinero inmensas, en el edificio nuevo de un comercio nuevo...?

–Que un conocido, un amigo del Presidente, esté bien en negocios, construcción y empresa, lo amerita dudas y especulaciones, no significa necesariamente, señor, que el Presidente sea socio o que reciba algo. Eso puede ser el caso.

–Lo dudo, señor... Construcciones Federales ha suspendido todos sus trabajos, sin justificación alguna. Valenzuela puede escoger, para él, los mejores contratos. Eso mismo opinan muchos gobernadores amigos con los que hablé en la Comarca. La verdad, la grande, la que deje más utilidad, por Blackmore y la pasada la que sobre, para el que lo quiera.

Sonrió don Aurelio opacamente. Quizá recordara informes de reproches parecidos:

–Tranquilo mayor. Para todos seguirá habiendo como siempre. La Constructora Beltrán no quebrará, se lo aseguro. Tampoco la de Enrique Canalán o las del gobernador Ayala-Serrano. Cuestión de acomodo. De

mucha nuevas amistades. De conocer y ser conocido.

–¿Podría usted, señor Ávila, ser amigo de alguien menor?

–Muchos lo estiman mayor.

–... si ha empezado por negarlo, por descomponerlo a usted, que lo puso donde está?

Repitió algo que ya había dicho, pero que siempre tendría vigencia. Algo que solía pensar, y de ser necesario decir, aun a riesgo de que se le creyera soso o repetitivo.

–En la Policía a Nuestra Manera, mayor, la amistad dura lo que un período de gobierno, dos a los más; pero el rencor, toda la vida... No obstante algunos párrafos de su mensaje de hoy, considero que es cuerda, y que será duradera, nuestra amistad personal y oficial con el Presidente Ávila Puig.

–Si usted lo dice.

–Lo creo así, lo siento así, mayor...

José Dolores Bottom hijo entonces, muy solemnemente:

–Amistad, señor Presidente, la nuestra...

–La nuestra, mayor...

–Muy fuerte porque ya la probó el tiempo, porque el tiempo la ha ido menorando... A eso le llamo yo amistad...

CHALCHINES. Ido el verano, después de una desastrosa temporada sin victorias, el Segundo Ejército de Guerreros de Cristo Rey inició su paciente retirada hacia sus cuarteles de invierno, en el norte. No huía, pero tampoco buscaba contacto con el enemigo federal. Se replegaba midiendo en orden, presentando combate sólo si era inevitable. "Buen soldado, el Doble Zeta", debía reconocer el encargado de hostigarlo, Marcelino Ku, compañero de armas en otros años del coronel Rolando Zozaya Zara-

goza. "Soldado bueno que sabe cuándo escurrirse y cuándo aguantar". Los obispos que habían atado la rebelión contra el Supremo Gobierno, y que la habían mantenido viva y poderosa ya un lustro, detuvieron negociar políticamente la paz. Zozaya se inconformó. "Después de medio millón de muertos no podemos doblar las manos, entregarnos. ¿Para qué, entonces, todo ese morisero?" Los obispos lo escucharon en Ciudad Cuerbola y esa misma noche despacharon emisarios secretos a las provincias donde seguían dándose respuesta al grito de: "Viva Jesucristo y mueran los ateos". Dos mensajes llevaban. Uno: Se discuten los términos del armisticio. Ni vencedores ni vencidos. Todos hermanos en El Señor". Otro: "Se desautoriza la actividad militar que insista en prolongar innecesariamente el C. Coronel Rolando Zozaya Zaragoza. Para no comprometer las pláticas de armonía, se recomienda no secundar más sus acciones". El Doble Zeta vio mermados sus efectivos y sus recursos. De milagro escapó en Corralitos y, gracias a su instinto, salvó la vida y la de casi todos sus hombres, en los Barros de Cornito. Vegetaba, racionados su parque y sus tropas. Difícil le resultaba conseguir dinero para pagar, así fuera simbólicamente, a sus seguidores. Hizo un par de viajes a la capital de la República y los obispos, que celebraban cónclave de incógnito, le quitaron el mando de su fuerza. Los desafió. "Me debo a los míos y no voy a engañarlos. Traicionen ustedes. Yo no lo haré. Pelearemos hasta el fin. Dios o Muerte. No queda otra".

Los negociadores del Gobierno demandaban, para firmar una paz que prometían 'larga y estable' la rendición del coronel. A convencerlo de que depusiera ya las armas y se entregara al general Marcelino Ku, salieron en su busca el obispo Hilario Manarrez y el padre Velázquez, sobrino suyo. Le llevaban una carta. "El C. Presidente de la República se ha comprometido por escrito,

[illegible] nos esperan y respetar su vida, sus bienes y sus derechos, en cuanto usted [illegible] Zozaya Zamora suspendió la lectura. Arregle usted Dios o Morán. Se quedó viendo [illegible] Ramírez sepa usted Bunsel, consejo ahora [illegible] es tiempo. Llegar a un acuerdo negociado. Sí, pero [illegible], como ustedes recuerdan, preparar una trampa. Para cumplirla [illegible] señalado el [illegible] Bunsel Tuerda Fuentes, seguido en el mando. Acepta las condiciones a cambio de cadáver de su jefe recibirán una sobre sustancial en [illegible] armas sede a [illegible], del Teplón de adamantera [illegible] a la [illegible] empresa.

Llamada consulta a la capital, el rubio de las fuerzas que perseguían a lo que aún quedaba de la desbandada Segundo Estrada de Guerrero de Cesar Rey que cada [illegible] estaba siempre [illegible] cada noche desertaban [illegible], cohetes por el director de mayor Tudela Fuentes recibió [illegible] orden inapelable.

Cuando general Ku [illegible] es de que Rubén [illegible] llegara a [illegible] de Portezuelo.

—Llegaremos, señor Presidente.

—Si no le tenemos a [illegible] después, será imposible [illegible] más allá. Mi nuse como es [illegible] de Portezuelo a [illegible] hasta el [illegible] que crea. Los obispos y el Gobierno [illegible] acabar [illegible] esta [illegible] de la [illegible].

Las Fuerzas Armadas también son [illegible] Presidente.

Se [illegible] dadores rayados [illegible] a [illegible] años [illegible] Doblé Zeta, [illegible] si les [illegible] la estrategia [illegible] la suya y [illegible] el entendimiento. Escasearon las escaramuzas. Unos y otros se [illegible] que perseguía y el que era perseguido [illegible] de [illegible] de avestruz [illegible] y aun semanas. Algunos hacendados [illegible] los más [illegible] para [illegible] de la [illegible] pero que eran los que más [illegible] que rescatar del Gobierno Federal, colaboraban pese a la prohibición [illegible] los pretextos aportando dinero, armas y [illegible] al Segundo Ejército. Renato Gallarza [illegible] consejero político del coronel Zozaya Zamora [illegible] a los Estados Unidos a comprar material bélico, pero [illegible] equivocó [illegible] a contrabandistas del dólar. Nunca [illegible]. Se supo que había sostenido así política con México [illegible] agotó la [illegible] de [illegible] En esas [illegible] fracasó, [illegible] el [illegible] respetable hombre de empresa y de [illegible] para [illegible] de su [illegible].

En su [illegible] noche, el Segundo Ejército se [illegible] estableció nuevamente a la frontera [illegible] Nuevo León, [illegible] respetó la [illegible] de [illegible] Ejército de los Amantes. Con todo y sus [illegible], el [illegible] Ejército logró [illegible] salvar con [illegible] [illegible] unidad la [illegible] que [illegible] recuperar [illegible], y a [illegible] efectiva [illegible] el [illegible] que Renato Gallarza [illegible] de la [illegible].

Un [illegible] [illegible] [illegible] fuentes remitió al agente de [illegible] [illegible] sobre [illegible] y por medio de [illegible] general Ku, que el [illegible] Zozaya [illegible] llegando a [illegible] de [illegible] al valle de La Garza, [illegible] la ruta del [illegible], a [illegible] de [illegible], [illegible] de la Sierra Verde [illegible] desde [illegible] del [illegible]. Una [illegible] [illegible] que sus [illegible] [illegible] sorprendería cambio, podría ser el camino de Puente Ancho. Marcelino Ku estudió sus mapas y dispuso [illegible] [illegible] batidores. A [illegible] Dolores Bolaños le [illegible] vigilar la [illegible] de La Garza. Puede [illegible] compañeros Rolando [illegible], [illegible] El Tigre de las Barrancas y [illegible] [illegible] [illegible] los [illegible]. [illegible] [illegible] sus planes [illegible] una [illegible] y que en las [illegible] [illegible] [illegible] posibilidad de [illegible] una [illegible] defensa. Pegado [illegible] Marcelino Ku eligió el [illegible]. Siempre [illegible] [illegible] El Doblé Zeta [illegible] por donde [illegible] se le [illegible]. ¿Y quién [illegible] temerlo? [illegible] [illegible] [illegible] [illegible] en el [illegible] de la Sierra Verde? Cuando [illegible] [illegible] [illegible] [illegible]

Tres combates, en el término de quince horas, sostuvieron sobre los peruanos de Lorenzana las Fuerzas Armadas al mando del Mayor José Dolores Beltrán y la tropa andrajosa, muy mermada ya, del coronel Rolando Zozaya Zarazua. El primero ocurrió al oscurecer. Poco después de amanecer, el segundo. A eso de las doce del día se trenzó el tercero, que habría de ser el último, el más sangriento y el más breve. Planeamos la pelea y El Doble Zeta no le sacó el bulto. Con los pocos que ya para entonces le quedaban, lo fuimos empujando a la cañada de Lorenzana. Cuando vi que recalaba derechito a ella, ¿y qué más podía hacer el pobre, si todos los otros caminos se los teníamos ya tapados?, me dije: "Ya te pasaste, coronel. De ésta no sales". Me dije eso diciéndoselo a él porque yo tenía mis órdenes y mis órdenes eran no tomar prisioneros. ¿Entiende usted lo que eso: "no tomar prisioneros", quiere verdaderamente decir cuando anda uno en esas trabazones? . Fuerte pelea Zozaya Zarazua porque era soldado-soldado y [illegible] hasta el final. .. Cuando acabó todo [illegible] de la tarde, supe que habíamos dejado vivos, para mi contrariedad, a treinta y cinco soldados, un capitán, un subteniente, un pagador civil, y de tropa los otros. Buscamos el cuerpo del Doble Zeta y jamás dimos con él... ¿Como se nos fue, y en que momento? no lo supe entonces. Años después, cuando las cosas eran de otro modo, mi coronel, ya general de división, me lo contó, y los dos nos reímos mucho... Pero eso es harina de otro costal. El caso es que llevé a toda esa gente a La Gavia, donde tenía mi cuartel de operaciones. Pedí instrucciones a mi superioridad, sobre el trato que debía dar a esas personas. "Fusílalos, Beltrán. ¿Qué esperas". Fue la orden que oyó la voz famosa de don Marcelino R... "¿También al pagador civil". Contesté: "También a ese".

Beltrán estaba cansado, hambriento y tenía ganas de unos tragos. El rumor de que iban a ser pasados por las armas llegó a los presos, que eran segundos en un picadero de la Hacienda Los Robuleo. Exigieron respeto a su vida. "Mis huevos", dijo el lacónico oficial que los custodiaba. "Queremos siquiera confesarnos. Arreglarnos con Dios". José Dolores Beltrán, católico él mismo, accedió concederles esa gracia. En el auto *Diciembre* de los dueños de la finca mandó a recoger al capellán del regimiento, que en el pueblo se ocupaba de bautizar y confirmar mentiras. Cuando lo tuvo enfrente dijo: "Como soldado que es usted, padre, sabe que debo ejecutarlos porque así lo dispuso la Superioridad... Le agradecería que los ayude a morir cristianamente". Mientras el sacerdote cumplía, el mayor Beltrán procedió a comer el queso y la carne seca, y a beber el vino tinto que había encontrado en alguna parte el sargento Almendra. Repartió el sacerdote: "¿Te [illegible] ¿Quiere quedarse?" Pr[illegible]ía, y agregó lo que estaba haciendo". Sargento" [illegible] que alguien lleve al padre al pueblo".

Con Almendra a su lado, José Dolores Beltrán apareció en el picadero, los pulgares colgando del cinturón. Caminó entre los prisioneros. "Un soldado no se abate así, aunque esté a punto de irse al carajo. Estos son cuitecos, mercenarios, no militares". Casi todos lloriqueando; abrazándose a sus botas sucias de barro y masada; hablándole de la salvación de su alma y del amor de su Santa-Madrecita, demandaban la gracia de su perdón.

Nos engañaron, señor. Nos hicieron pelear a fuerza. Nos obligaron a matar federales. A colgarlos de los postes del telégrafo. A crucificarlos, también. A dinamitar trenes y a quemar cosechas... Pero nosotros no queríamos hacerlo, señor... La culpa es del coronel Zozaya, no nuestra... No nos mate, por favorcito".

Como si quisiera librarse de los reproches que quizá

alguna vez en el balcón de María su enamorada, y se Dolores Beltrán se levantaba gritar. Yo no le s ma Sole cumplir órdenes, sea las de v colerar ar juramentos. Sea mucho «abron». No se mece así. Aguántese. ¿Qué dirá la gente. ¿No los enseñaron los curas a saber nora? Para alguna demasiadas que lo aprendió bien..."

Aparte de grupos, de pie cerca del muro ocupado en l man de poder las solapas de su chaqueta para ajus la corbata a dos pasos y levemente aburrido, vio al pagador civil —a ese hombre flaco y cetrino que a todas ras tres horas un billetes de banco y sus libros de cuentas, el mismo, un poco alumeno, que exigía recibo por unas y otros. Entre el brazo y el costillar conservaba su sempiterno cartapacio, un sombrero, también negro, de se bajo Beltrán, mascando un pañito, se le par enfrente Con cierta insolencia le saludó así, al pagador, un poco burlón. No era viejo, sólo parecía serlo. Sus edades no serían muy desiguales.

—Usted, oficial, a pedirme perdón, eh.

—¿Por qué he de pedírselo?

—El capitán y el subteniente y toda la oficialidad de la columna ya.

—Cosa de ellos... No veo por qué solicitar de usted algo que no está en condiciones de poder concederme. Tiene usted sus órdenes, nos ha dicho, y va a cumplirlas.

—Si no quiere...

—Sería mejor que no hable tanto y haga lo que debe hacer. Fusílenos de una vez. Ya es hora de acabar. y empieza a clarear el día.

No sabía si creerse o solo aturdido, y un algún modo ofendido por la inesperada arrogancia de ese hombrecillo cetrino, de demasiado buen vestido y cuya sorpresa debía haber tomado parte en el combate en el que resultaron de las pérdidas, nueve muertos y dos cadáveres sin identificar

gresivo de voz, que lo ponía nervioso de tanto llevar su mano al nudo de la corbata para mantenerlo en su lugar, dijo el pagador de Lorenzana con

—¿Nombre?

—Gómez-Arda, Aurelio.

—¿Ocupación?

—Pagador civil Segundo. Ejército del centro del Reino de Zaragoza.

Abogó las cinco palabras de su respuesta a primera descarga. Los hombres caían sobre los pocos vivos, dos, por escombros de sus moradores. La pared del cementerio empezaba a propagarse de sangre. A los cuerpos se vacías —abría la, se vaciaba el alma de la guerra.

—Así, pues, ¿usted no tiene ninguna prueba escrita, un pago autorizado para salvar la vida?

Usted, señor, fue quien le dijo: Cumpla órdenes no las cree', contestó sus palabras exactas.

—Yo, aquí, hablando, bajo el cielo del barrio de

—Se escucharon nuevos disparos, y el grito de José Dolores Beltrán: ¡Sargento Almendra!

Instantánea, pues se hallaba detrás de él, se materializó el asistente.

—A la orden, mayor...

Mientras rezaba nuevamente sus culpas Beltrán rogó al sargento sus instrucciones finales.

El pagador Gómez Arda, más que no sentía haber comprometido sus convicciones políticas o filosóficas al aceptar el empleo de Pagador Civil del Segundo Ejército de Operaciones le Cruz Roja que le extendió su nombramiento Andrés Vergara, parado en el centro de la plaza Zaragoza, preguntó a Beltrán si sería capaz, ahora, que había cesado de hacerle un servicio personal

—Diga nomás. ¿De qué se trata?

De rematar, a quien corresponda, el recibo que am-

para los dineros que me fueron confiscados y mis libros de cuentas.

Se hará como usted quiere, pagador... y creció en la boca de José Dolores Beltrán una sonrisa.

Cada cinco minutos, siempre sin testigos, o sin otros que los que aguardaban turno para morir o para reemplazar a los que morían, dos hombres más eran sacudidos por el viento de las balas. No iba a dárseles sepultura. "Tierra, nada más a los nuestros, no a esos cabrones". El mayor Beltrán había dispuesto que los cuerpos fueran apilados y que luego se les rociara con algo, petróleo o gasolina, que ardiera. La humareda duraría toda la noche allí, en el picadero de la hacienda Los Robledos Gómez-Anda, si alguno pudiera, disimulaba con indiferencia su miedo. "Duro tipo, este flaco". No se arruga aunque solo falten seis para que le toque a él.

Alguna orden dio el mayor, pues el capitán que dirigía los pelotones empezó a tomarse más tiempo entre una ejecución y la siguiente. Lo que no había hecho en toda la tarde, repartió cigarros y fumó con los soldados. Los que no tenían curiosidad por asistir a la matanza, los que se habían acostumbrado a verlas o a participar en ellas, pululaban por los alrededores de la Casa Grande en busca de algo que comer, de algo con qué refrescarse –tal vez, de alguna amiga que sorprender.

Reapareció el sargento Almendra. Junto a él, rumbeó a paso vivo, marchaba un hombre más viejo, pero igual de magro y enjutado, que el pagador Gómez-Anda.

–¿Le parece buen este señor, mi mayor?

[illegible] sargento.

El hombre que Almendra había ido a buscar a La Gavia, o a donde pudiera encontrarlo, se enfrentó a Beltrán. En la tercerilla se le prendían unas lentecuelas como las de prisionero, pero transparentes.

–¿Quiere usted decirme por qué me han traído aquí?

–demandó mirando a lo lejos, con asco, inmóviles como bultos de grano, los cuerpos de los ejecutados.

–Para que nos haga usted un favor, señor... Beltrán mió el pañilo de viernes que había estado mascando... –¿Cuál me dijo que es su nombre...?

–Luciano Avila.

–¿Y a que se dedica?

–Soy tipógrafo.

–Gusto en conocerlo, señor.

–¿Que favor quiere de mí...?

José Dolores Beltrán, que dos tardes después, a causa de un estupido accidente perdería para siempre la movilidad de su mano derecha, sonrió primero y luego, serio ya, como si lo apenara lo que iba a decir, señaló al individuo del sombrero de petate que aguardaba unos metros más allá, cerca de la puerta tranquera.

–El de morirse en lugar de ese señor...

Había que cuidar los detalles. Con un pañuelo rojo amordazaron y con cuerdas inmovilizaron al tipógrafo Avila. Personalmente el mayor Beltrán instruyó al pelotón: las seis armas directas a la cabeza, para desfigurarlo. No fue necesario desperdiciar el tiro de gracia. Almearon el cadáver junto a los otros.

–Empiecen a quemarlos –fue su orden.

Se reunió después con Gómez-Anda, al que había mandado sacar del picadero. Sus libros de cuentas sobre los muslos, vigilado por el sargento Almendra, el pagador aguardaba en el asiento posterior del *Dürremberg*. De vuelta en el cuartel de La Gavia, José Dolores Beltrán dictó una *parte* y en él hizo constar que habían sido ejecutados, "en cumplimiento de las órdenes emanadas de Esa-Superioridad-a-su-Digno-Cargo", los elementos de tropa y el civil que se le tomaron al coronel Zacarías Zamora, "cuyo fallecimiento se da por seguro, aunque hasta el momento, por lo avanzado de la noche, no haya sido

posible encontrar sus restos. No considero necesario sin embargo, mencionarlos besos con dientes incluidos. Las conservo para mí. Con el tiempo, pues resulto que el mayor enfocaba [illegible]. Aquí es Venegas de Begoña a Atencio Gómez-Anda se hicieron amigos. Seguían siendo lo suficientemente [illegible]

DESDE LA PUERTA, el hombre que el [illegible] Fraga no consideró necesario ayudar hasta la sala, pues era amigo de casa y conocía el camino, quiso saber con su voz de bajo tono:

—¿Se puede, señor Presidente?

Cuando se volvía Gómez-Anda a mirarlo, y antes de decirle:

—Adelante, padre. Pase —ya avanzaba hacia el Francisco Beltrán Cabanillas con el revoloteo de su sotana de seda. Era un hombre en sus cuarenta años sobrado de [illegible] y de [illegible] y sonrisa amplia.

El mayor Beltrán le ofreció la izquierda y el obispo de jacaranda, su hijo, se inclinó a besarla.

A la orden, mi mayor...

¿Cómo va todo, Paquito?

—Eso dígamelo usted, señor Presidente.

Siéntese... ¿Algo de beber?

—Gracias. —Miró a su padre—. ¿Qué toma usted, mi mayor?

—Ron y champaña...

—Entonces una champaña, señor Presidente.

Gómez-Anda escuchaba al obispo Beltrán. Había oído de cuando en cuando este eco de [illegible] Tuc Law. Gómez de Lara, había tenido oportunidad de ayudarlo en sus estudios no que la necesitara, pues el mayor era riquísimo, el Gobierno Federal le otorgó una beca para que estudiase en Roma. A ser elegido prelado

ese acuerdo. Se graduó en la Pío La [illegible] de [illegible]

—¿También con [illegible] mayor?

—Solo [illegible] a ser [illegible]

El obispo Beltrán [illegible] a su padre [illegible] ahora beber éste, un poco obligadamente.

—¿Dónde anduvo todo el día mi tío que a esta hora llega?

A Gómez-Anda, mas que a don José Dolores, fue a quien le respondió Francisco Beltrán, luego del sorbito de champaña.

—Desayuné con Su Paternidad, el Cardenal Castro Cabor... Le envía sus saludos.

—Que se agradecen, Paquito.

—Por televisión vemos casi toda la ceremonia, señor. Somos maldosos mientras volvía a beber.

—¿Qué le pareció a don Manuelito? —preguntó el mayor.

El obispo Beltrán dio a los pliegues de su sotana, levemente sucia de barro en la falda, una mejor colocación en la izquierda gordita y de uñas barnizadas, mantuvo el vaso.

—Creo que como todos, su Reverencia quedó atemorizado por [illegible] lo que oía.

—¿Que conversamos hace...

—Diversos, señor Presidente... Frases aisladas... Palabras sueltas... Expresiones que usted que la conoce lo sabe, uno debe interpretar... Sin embargo...

—¿Sí?

—[illegible] cuando [illegible] Ave [illegible] ceremonia [illegible] del papa. El Cardenal apagó el televisor y expresó que estaba muy perplejo... Esa exactamente dijo, muy perplejo por lo que El Señor había dicho y por la poca, poquísima delicadeza que demostró al [illegible] a usted.

—Hmmm.

—Eso no fue falta de delicadeza, señor Presidente,

sino falta de madre . –enfatizó el mayor

Ni su hijo ni Gómez-Anda festejaron el comentario. A Francisco Beltrán Caballitas le desagradaban por igual los modales de su padre y, por inoportunos que siempre sus observaciones.

En su ignorancia [illegible] de hoy es sólo el aviso, el anuncio de lo que llegará después ... Tiempos malos, de pasiones y de venganzas y mucha demagogia teme. Si [illegible] sabe que serán los que nos aguardan ... Cuando supe que venía me hizo un encargo, señor Presidente.

¿Cuál, Paquito?

Pregunta si sabe por [illegible] se puso tan mal con usted estos diez años que usted lo castigó dejándole como [illegible] Ávila Puig.

Picado, repuso Gómez-Anda:

–Hace menos de un año, cuando se lo mandé a que lo conociera en Nueva Castilla, el Cardenal Castro me dijo por teléfono que el Doctor Ávila era una persona encantadora. Encantadora y muy centrada... Así le parecía entonces. Hoy, por lo que me indicas, parece que ha cambiado de opinión. Bueno, pues conocer a los hombres como verdaderamente son resulta difícil...

Siempre el vaso entre las manos como un cáliz, los antebrazos reposando sobre el vientre generoso que en parte cubría la ancha faja carmesí, bonachona la sonrisa, pequeños y brillantes los ojos entre los párpados gruesos, el obispo de Jacaranda, enjuició:

–Y usted, señor Presidente, ¿sigue pensando de él lo que pensaba ayer...?

–Ayer no lo conocía, Paquito. Apenas hoy, todos, empezamos...

[AL INICIAR] su segundo período como Presidente Constitucional de la República, Gómez-Anda consideró que era

necesario remover de su gabinete a los más torpes de sus ministros. "Cinco años de estupideces son muchos, aun en un país como éste en el que el Primer Mandatario permite que sus colaboradores las cometan para él tolerarlas después enmendándolas". Por la noche, en una hoja de papel, anotó los nombres de quienes debían ser cesados. Por la mañana los releyó. De los siete, cuatro merecían que les concediera unos meses más para corregir sus errores. Otro quedaría en "observación" y dos se marcharían. Para reemplazar a Plinio Salamanca, en Aguas y Suelos, disponía de dos candidatos, y ninguno sin embargo, para que cubriera el cargo de Ministro de Industrias y Desarrollo, confiado desde el primer lustro de su gobierno al economista Nicéforo Carrillo.

Oh, Miguel, ¡qué crisis de valores padecemos...!

–Si me permite, señor Presidente, podría sugerirle a un elemento con gran capacidad de servicio...

–¿Quién es él?

–El Doctor Víctor Ávila Puig...

–¿Médico, Miguel?

Sonrió Rebul. Como tantos, el Presidente confundía a un Doctor en Economía con uno igual que el por la Universidad de Londres] con un doctor en Medicina.

–Economista, señor Presidente. Fuimos compañeros en Europa.

–¿Dónde trabaja?

–Con nosotros, señor... Es desde hace varios años Director de Estudios Económicos del Grupo Olid... Profesionalmente capacitado, señor.

–Ah... –Debía ser bueno Ávila Puig para que Rebul, parco siempre, lo elogiara con tal vehemencia.

–Ya que proyecta deshacerse de Carrillo, quizá resultara interesante que hablara usted con Ávila Puig, señor...

–Sí, sería interesante... dijo el Presidente, repleto

ganiero al señor que Rebul le presentaba.

Esa noche dispuso que el Ministerio del Interior solicitara a Ávila Puga... La antes posible quería saber qué hacía, qué hacía, qué decía en el lugar donde residía. Todo lo bueno o lo malo... Marco Tulio Quintana se limitó a responder: —Lo supondrá, señor... Luego de encuestar las guarniciones de Mazatlán, el Cuartel de Rafael Buelna, el de la Brigada al mando del general Teniente Apolonio Ortiz, que vigilan sus residencias. De cada una de las fincas de donde sea... Se irán sabiendo, señor.

Los informes que por esos días llegaron presentaban a través de esos días positivos. La figura de Víctor Ávila Puga se perdía en brumas de excelente joven en la madurez, cuando aún no era excesivo, pero sus acreedores empezaban a alguna inquietos rebeldías con las empresas. Olaf Vesmond, el gobernador de Chihuahua, el ganadero Arnaldo Vera, que alcanzó el grado de coronel del Ejército, el Doctor Ávila Puga era la certeza, y vivía como maíre la profesora Elena Puga, viuda de Ávila. "De buen hijo es siempre un hombre bueno". Profesionalmente parecía ser más apto para ponderarlo Rebul. Ca extranjero, un veracruzano, su clase matutina sobre Teoría del Desarrollo, atraía multitudes igual que sus conferencias en el Colegio Nacional de Economistas. De quien hubo ser vado un tiempo al Gobierno Federal por el Ministerio de Hacienda y Desarrollo.

—Así que lo estamos ya esperando con el señor público doctor Ávila —había ovacionado a su regreso, por ejemplo, Miguel Rebul.

Muy honrada, señor Presidente...

Le simpatizo desde el instante en que Ávila Puga, vestido de gris, con una carpeta de hule negro debajo de sus brazos, entró muy modernamente en el refectorio de muros blancos, en que desayunaba cada mañana cuando deseaba conversar en privado con alguien. Y así de la misma

edad que Rebul, cuando la verdad Alejandro se sabía, pero llevaba de noviembre y ahí no... quería hacer la sorpresa de esa noche en Los Pinos. El Director General Adjunto del Grupo Civil.

—Es industrias y Desarrollo, ¿verdad?

—Ah, señor.

—¿Ha leído que... Lo sabía exactamente, pero deseaba que Ávila Puga lo fijara a su modo.

—Primero, unos meses, como miembro del grupo de asesores del señor Ministro de Hacienda... Después, como subjefe de Personal del Departamento de Estudios Económicos... Más tarde, invitado por el señor Rebul para el Sector Privado.

Le agradó la modestia con que lo dijo. "Nada de pretensiones, como otros. Claro y humilde". Le sirvió un poco más de vino, del "cafe para las visitas", que reservaba siempre, no todavía del que él preparaba y que nunca consiguió que... Cuando... que le hubiera permitido en las cenas de sus...

Complicado Ministerio el de Industrias y Desarrollo, ¿verdad?

—Mucho, señor... Quizá solo Finanzas lo sea un poco más.

A medida que... Ávila Puga... la personalidad de... Ávila Puga... Nunca... de esa... Había cenado con un Presidente de la República. "Es... bueno... señor Gómez Ávila", le había dicho Rebul la víspera. Le... parecía serlo. La... de... conocer a los... amigos y le sirvió un plato de fruta. Le... ofrezca cópula. A él no le puede uno decir que no. Que sospechas que pueda ser". Rebul, que lo suponía, se encogió de hombros. "No lo sé". "Y si es algo que no me guste, que no me convenga o para lo que no me sienta capacitado...?" "Lo que sea, de que sí... Ya veremos

después como sacarle.

–Me parece, Doctor Ávila, que en ese Ministerio ha fallado a últimas fechas idea clara de las cosas, y organización... Usted, que ha trabajado en él, sabe que no exagero.

–Es cierto, señor Presidente.

Don Aurelio hizo una pausa y una inflexión en los extremos de sus labios. Los recuerdos de Tlatelolco Arcadia, los comentarios de Miguel Rebul y, principalmente, el factor personal, "ese instinto para conocer a los hombres", que se había formado sobre Víctor Ávila Puig, le aconsejaban a proferirlo antes que a alguna otra.

–Quiero hacerle una pregunta, Doctor Ávila, y espero que su respuesta corresponda a la verdad de sus sentimientos. ¿Sí?

–Sí, señor... –El Doctor Ávila se movió en la silla al fondo.

–Le voy a hacer la pregunta, Gómez Anda. Había mucho por los cuales usted luchó y peleó... Los grandes sobre sus años.

–¿Se siente usted capaz de manejar, a nivel de Ministro, una dependencia como [illegible] necesitas y Desarrollo?

–Si usted lo pide, señor Presidente, sí...

–Necesito una palabra, doctor.

–Perdón, señor, yo...

–No me [illegible] las fuerzas y Desarrollo... Mi [illegible] pasado... presente y futuro... Desde que me ayudó [illegible] pondré en sus manos al frente de ese Ministerio.

–Será un honor, señor, poder servirlo... Y al de [illegible] de nuevo a Víctor Ávila Puig.

Se levantó el Presidente y también lo hizo Víctor Ávila. Luego la rodear la mesa, se dieron dos besos. El contacto fue breve. Duró lo que las palabras.

–Considéreme, doctor Ávila, su amigo...

–Gracias, señor... No se en verdad que [illegible] más [illegible]

–Mejor así, Doctor, señor Ministro. –Le mostró su [illegible] de dientes postizos. –Ahorre palabras pero no esfuerzo... La persona a la que usted reemplaza [illegible] de manera hablaba mucho y hacía poco.

–Agradezco... Ávila Puig empezó a decir por primera vez la [illegible] de Asesinato.

a paseo de Jacarandá seguía hablando, pero Gómez Anda ya no lo escuchaba. "Mi error, el que ahora lamentamos todos, no fue haber incluido al Doctor Ávila Puig en la Lista de presuntos candidatos a la Presidencia, no. Mi error fue haberlo sacado de donde lo tenía Miguel Rebul, para colocarlo en el ambiente público de una manera normal en sólo cuatro años y meses. Debí dejarlo para siempre en su cueva."

–...y todos, señor Presidente, coincidimos al opinar que durante su Administración usted siempre gobernó con el derecho.

El señor Gómez Anda regresó inesperadamente, volviendo del cercano lugar de los recuerdos.

–...y con el izquierdo, también.

La [illegible] señor, lo [illegible] con [illegible] su padre, desenvainó al obispo [illegible] la [illegible] cuando se [illegible] los labios carnosos. Empezó a reír después, cuando [illegible] José Dolores Bernal [illegible].

–Pero... Pero, señor Presidente, con el [illegible] y el izquierdo en sus [illegible], para manejar a la República...

Enfrente, el obispo que se [illegible].

–Mayor, modérese...

–La vanidad.

Correspondió al gobernador Beltrán apresurar el fin de la entrevista. Mercedes la hizo en el momento preciso, pues sabía que era ya tarde. Otros compromisos debía cumplir aún. Se dijo también su hijo. Los tres, don Aurelio con ellos, caminaron morosamente hacia la puerta.

–¿Otra pregunta, señor Presidente?

–Dila, Paco.

–De entre todos los que nos propuso usted en La Lista, ¿por qué escogió usted precisamente al Doctor Ávila...?

Cepunno tal vez molesto, solemne, lo ilustró don Aurelio.

Porque de todos era el que más convenía en aquel momento.

Todavía no sabe usted pensar, señor Presidente, que es el que ahora nos conviene...?

Fue su padre, no Gómez-Anda, quien respondió a Francisco Beltrán Castañeda.

Calló el muchacho y dejó de insistir al señor Obispo.

Pregunta su Reverencia si cuando esté usted menos ocupado, y el un poco mejor de su ciática, lo invita a tomar café y a conversar...

–Cuando él venga será bien recibido...

En la cochera, junto al *Mercedes*, se detuvieron un momento. De prisa, por si algo necesitaba don Aurelio, se apresuró el mayor Braga. Le entregó a Gómez-Anda una tarjeta. Leyó el nombre, pero no hizo comentario, pues el gobernador Beltrán seguía dirigiéndole

–... a la lista de candidatos que ya ha sido impresa y depurada como a usted le gusta, señor, se la entregue a Douglas... Ahora, ¿me permite pedirle a usted un favor...? A usted sí le hace caso Otoniel?

Muy atento recibió el mayor Beltrán la palabra de don Aurelio.

–¿Cree usted, señor gobernador, que todavía vale algo mi palabra hoy para Otoniel Douglas... para *ellos*?

–Porque sé que vale, lo molesto, señor Presidente. El favor que le ruego es importante para mí, para nosotros... Se trata de que le dé una ayudadita a mi hermano Ansarco, pues me gustaría dejarlo en la gubernatura, y otra a mí, que estoy en mi turno de volver al Senado.

Pediré a Otoniel que me informe, mayor... Veremos qué se puede hacer por usted y por el general Beltrán... Apenas sepa algo, lo llamaré.

Gracias, señor Presidente, mas por Jacaranda que por nosotros... Si todo lo tenemos allá marchando como reloj no, ¿para qué arriesgarnos a que el Partido nos mande gente que sólo nos venga a perjudicar las cosas...?

Los Beltrán se despidieron de abrazo y volvieron a la calle, el gobernador por delante. Gómez-Anda alcanzó a oírlo cuando abordaban el sedán negro apareado entre la doble fila de motociclistas de la Policía de Caminos de Jacaranda y los tres automóviles, también de la provincia, con guardaespaldas. Conocía los motivos de su prisa. "Si el *loco* Ávila no ha cambiado también esa costumbre a las seis de la tarde El Mayor y todos los mandatarios del interior se retratarán con el en Los Arcos... Foto del Recuerdo, iniciación de una Nueva Era Presidencial. Y después de la pose, los abrazos, los brindis, el pilgrim que la prensa llamará mañana ¡Pesh!".

Pilo Froga volvió a la cochera cuando se retiraba la comitiva de autos y motociclistas de los Beltrán.

–¿Siguen borrando eso, mayor?

–Afirmativo, señor... Al ingeniero Gayoso, ¿lo hago pasar?

Sin respuesta quedó la pregunta. Del interior llegaba a ellos, debilitado por la distancia, el timbre del teléfono.

–Corra a contestar, mayor...

13

Dante Gayosso era de las pocas personas cuya presencia irritaba inevitablemente. "Es un buen muchacho, Aurelio. Trátalo y te convencerás". "Está robando con descaro, señor Presidente". "Digamos que el joven Gayosso hace negocios, que no es lo mismo" El Sindicato me pide su consignación, señor Presidente. ¿Qué hacemos?" "Quítale sin ruido de donde está y búscale algo lejos, lejos. Mándame a los líderes: yo les daré unos consejos". "Lo que usted disponga, señor Presidente"

He venido, don Aurelio, a informarle que no trabajaré para el Gobierno...

¿Tan pronto lo cesaron, ingeniero?

–Prefiero renunciar, señor...

–¿Qué va a hacer ahora...?

–Descansar, señor. Abriré oficina. Tal vez, wape...

Su padre, el general Petronio Gayosso, había prestado servicios apreciables a dos revoluciones sucesivas y su nombre, escrito en letras de oro, adornaba los muros de la Cámara de Diputados. En 1918 lo comisionaron para dominar al sur, entonces sobre las armas. Tanto le gustó la provincia de Nueva Cataluña que se convirtió en propietario de dos tercios de sus tierras de tagales y anchos ríos. De ese padre, frugal y cruel del que sería hijo poco, recibió Dante Gayosso una abundante herencia.

–Se me ha dicho, ingeniero –no era cierto, pero quería alarmarlo– que figura usted en una relación de fun-

[illegible] de su administración a los que van a serle fu[illegible] cadas responsabilidades penales por manejo irregular de [illegible] fondos públicos.

[illegible] vaya sosegar tranquilo y cuídese [illegible] molestias inútiles. Eso es lo que me dijo cuando le pedí su intervención [illegible] con que acepta pedir la cara dura con que niega, [illegible] cuenta, las calumnias que se le imputan. Pensó [illegible] le abrazara a usted llamando a quienes somos sus amigos... Puede sentirse tranquilo señor [illegible] mis manos están limpias igual que mi conciencia [illegible] que los tegucianos [illegible] ganado, le cuesta a usted [illegible] vida a don Tito Livio, honradamente...

Mal [illegible] gos y avidos mareles pero [illegible] solo a alborear juvenil a los [illegible] dejos de azur [illegible] llevarlo para que empuñara [illegible] quiera Dante Guyass [illegible] apuros económicos. Dr. pudo también [illegible] aunque ella pudiera [illegible] el resentimiento de su madre. El Presidente Tito Livio, que debía favorecer al general, amparó a la viuda, y al hijo le propuso [illegible] medios para que concluyera su carrera de agrónomo y [illegible] mas tarde oportunidad de trabajar su hacienda trabajando para el Gobierno.

-Ese, ¿no lo comprometerá, ingeniero?

-Con el Doctor Ávila Puig [illegible] saber viene mejor a protegerse.

Cuando don Tito Livio [illegible] la Presidencia le encontró [illegible] seguir protegiendo al hijo [illegible] Pedro Gayosso. Paso cuatro años al frente de una empacadora y la llevó a la quiebra, aunque sus bienes personales [illegible] en forma asombrosa. Luego que Gómez Ancla arrojara su segundo período constitucional, Dante Gayosso [illegible] a lograr por amistad y [illegible] al Ministro de Industria y Turismo. Pegate a él, es caballo ganador", fue el consejo que le dio, una tarde en Nueva Castilla, a su regreso de [illegible] el señor Gómez de Lara. Y a Marat Zabala se salió. De Marat Zabala se hizo compadre. Por

Marat Zabala, cuya influencia iba en alza cada día, obtuvo la gerencia del mayor de los centrales azucareros que el Gobierno poseía, no solo en la provincia de Palestina, sino en el país. En el "Revolucion Reivindicadora", "Erre-Erre" ("barril sin fondo", resumuleco de miles de millones de pesos", lo llamaban los militantes del partido "Honor Republicano"), el ingeniero Gayosso continuó enriqueciéndose y permitiendo lo que su cuñado, Tacito Restaque, los hermanos y los amigos de este, lo hicieran con parecido descaro.

-¿No ha pensado pedir amparo contra actos de la autoridad federal, ingeniero?

-¿Considera que es necesario, señor? Había descubierto en su expresión [illegible] dudas en su voz.

-En su caso, yo diría que es conveniente.

Según algunos, el ingeniero Gayosso era uno de los políticos-administradores de mejor futuro. Íntimo ya de Marat Zabala, [illegible] de pesos del "Erre-Erre" para comprar la buena voluntad de quienes, con el tiempo, habrían de serles útiles al Ministro de Información. Según otros, Zabala ya Presidente de la República, Dante Gayosso obtendría la carrera de Aguas y Suelos, de Minas y Petróleos, o la poderosísima y rica Comisión Nacional de la Reforma Agraria. Según el embajador Simón R. Bravo, Los-Hombres-de-Washington incluían a Gayosso entre los Quinientos-Primeros-Millonarios-Políticos del país.

-Me pregunto, señor, si Ávila Puig se atreverá a violar las reglas del juego.

-¿No las violó, o se olvidó de ellas, que viene a ser lo mismo, desde que se puso en campaña...?

Pero una noche llegó a Palestina, como a todas las provincias, una nueva desconcertante. "Gómez-Ancla sacrifica a Marat Zabala y señala como heredero de su poder a Víctor Ávila Puig". Gayosso bebió incrédulo, y su

[illegible] Rodríguez [illegible] que [illegible] hacerse con tal cobro. Gómez Arana no quiere [illegible] derecho a intervenir en la Mesa [illegible] [illegible] [illegible]

Ocurre Eugenio, que no creo necesario los sacrificios de esas personas porque no tengo que convencer

Doña Graciosa lo miró enarcadas, quizá sorprendida. ¿A mí también, don Aurelio, con ese cuento de la bondad?" Apretó confidencial.

–Le hablo de esto, señor porque pienso que si en nosotros no procuramos ayudarnos ¿quién lo hará

Gómez Anda se limitó a sonreír. Le ofreció la despedida de su mano fría.

El hombre había ido a enamorarse de sombras, lo comprendía también. ¿Qué habría sido del café caliente del que algún día dispuso? Seguía molestando dentro del estómago. ¡Puah! ¿Por qué tardaba tanto Palermo? Tomás Vallado hacía rato estaba? Armendáriz, ¿por qué no la había llamado desde Puerto Gardenia para calmarse con esa voz ¿Sería capaz Teresa Lopez de sorprenderlo a esa hora? La puerta estaba que los vidrios empañaban era su escasa gran fuerza, prosiguió el goteo de la lluvia

–Muy amable de tu parte, Eugenio.

–Mi papá se ha sentido algo indispuesto, dice Aurelio, y me pide que lo disculpe por no ir hoy a saludarlo personalmente.

–Mis respetos para él, y que se alivie pronto

Don Rafael Balda, que está aquí como amigo, quiere saludarle

Frente dos tipos Gómez-Anda recibió las palabras de Rafael Balda. Director Ejecutivo (Administrador) del Grupo Oisl, consuegro de Miguel Rebul padre de Miguel Angel Rebul –hombre que vivía alegremente la vida mujeriego, juerguista y manirroto, al que pocos se inclinaban en serio a que muchos, el mismo estimaban porque era abierto, generoso y fiel

–El más humilde de sus amigos reportándose, señor Presidente

–¿Como va todo, Rafaelito?

–Ni bien, ni mal. Como siempre, señor ¿Usted ...?

–¿Que te puedo decir?

Balda bromeó un poco; lo comprometió a pasar "un día de estos" una vacación en Isla de Oisl, en Gardenia, y le ofreció ir a visitarlo a Becerra 82 en el curso de la semana Se despidió de él sin regatearle el tratamiento de señor Presidente, y le preguntó

–¿Puedo servirle en algo, señor? –antes de cortar la comunicación

Gómez Anda retuvo entre las manos pensativo, el auricular del teléfono y recordó sin orden prioridades que salía de lo ordinario ¿Servirle algo? Pues Colgó y pensó. Sus dedos corrigieron la colocación del nudo de la corbata. Deseó un café. "Lo que sea, agua inclusive, pero caliente" Hizo saltar la tapa del reloj de bolsillo y leyó la hora en la carátula de esmalte blanco y números romanos. Aun no eran las siete "¿Así de lento correrá mi tiempo? ¿Con qué llenarlo si nada me queda por hacer? ¿Leer, dormir, comer, escribir, viajar, esperar, –el resto de la vida? Esperar, ¿qué, a quien? Cada vez serán menos los que vengan con sus quejas y sus amarguras menos los que de mi soliciten la ayuda de un favor, una poca de mi influencia, una palabra de apoyo... Cada vez menos... ¡no, cada vez menos, no! ¿He rendido mi Poder? Sigue siendo mío y podré seguir usándolo aunque otro, él, mande en Palacio y viva en Los Arcos. Ávila Fuog supone que se gobierna con los ministros. Le tomará años, si es que llega a aprenderlo, entender que se gobierna verdaderamente con otros, con los *invisibles* que le fui dando, imponiendo, colando en bancos y departamentos, en agencias y empresas, en provincias y zonas federales, y en los niveles más modestos de los

ministerios. —Ésos son mi fuerza y serán los ejecutores de mi voluntad. Mi casa, solo hoy, empezará a robar mañana cuando *ella* vengan en busca de mis órdenes a discutir conmigo si obedecen o no, y en qué medida, lo que *Él* les ha dado, a cuestionar la validez de sus acuerdos y la sensatez de sus decisiones. *Ellos*, y esto lo ignora don Víctor, soy yo. ¿Para qué iba a querer gente mía en el Gabinete? Que los Ministros sean del Presidente. A mí lo llenan los otros: los que detienen, si lo desean, o hacen marchar, si conviene, el mecanismo del Estado".

Empezó a sentirse mejor, reconfortado, fortalecido. ¿Cuántos gobernadores estarían siendo adictos a él? De los miembros del Gabinete, ¿acaso en más de media docena se había formado, como hermanarios y políticos, en la Administración Gómez-Anda? "Son parte de la familia. Ramas del mismo tronco. ¿De dónde si no de sí mismos, de la misma intimidad, salen quienes han de gobernarnos?, [illegible] ¿no hemos ya antes de ser?, ¿Podemos inventarnos o es necesario hacerlos? El doctorcito Ávila Puig no ha tenido tiempo de crear, como yo, como don Tito Livio y los que nos precedieron, una estirpe propia, una línea de hombres y mujeres que lo reconozcan como jefe. Está empezando a partir de cero. A partir de nada. ¿Quién de los que componen su equipo es suyo, verdaderamente suyo?, ¿a quién ha inventado, modelado, formado? ... Tres cuartas partes de sus Cuadros maduraron [illegible] Alcalina. A bert, Bam, para nombrar a los importantes, ¿son o no producto del autoritarismo?" La estornuda interrumpió la reflexión. No hay pasado todavía en Ávila Puig. Tal vez no dure tanto en el Poder para llegar a tenerlo... Lo exterior del privilegio del Poder, lo superficial y aparente, es suyo a partir de hoy por mandato constitucional, por una decisión de mi voluntad, por un cálculo de mi conveniencia... Lo

en el Poder-Poder, ese no le pertenece porque no se lo ha ganado. Muy pronto siendo pues lo conseguí a pulso porque, así haya sido [illegible] me preparé para ello. A él le cayó del cielo como un premio". Volvió a sentir un cosquilleo en la nariz.

Sonó

En la puerta del despacho se recortó, entre la penumbra que venía de la sala y del pasillo, la silueta enmarcada del mayor Pilo Fraga. Con esa palabra: "Señor" que algo tenía de sumisa y disculpa, frustró el estornudo del estornudo.

-Diga, mayor...

Dos pasos, solo dos, avanzó Pilo Fraga hacia él interior del despacho. A tientas buscó el apagador en la pared, pero don Aurelio le ordenó que no encendiera la luz.

-La mujer del guardacasa está haciendo café... ¿Quiere una taza, señor?

Asintió con la cabeza. Gómez Anda rechazó el que había ido a ofrecerle el ayudante:

-Gracias, no. Pero encárgese de comprar mañana temprano el que tomaré en el desayuno, ¿eh?

-Afirmativo, señor

Un paso corto y silencioso acercó más a Pilo Fraga al contorno. Estar en penumbra contribuía a que se sintiera más seguro.

Sí, mayor?

-Quisiera pedirle un favor... Algo personal, señor Presidente

-Hmmm-

-Deseo que me permita usted separarme de su servicio

-Después de tanto tiempo, ¿no está ya a gusto conmigo mayor Fraga?

Fraga explicó

–A punto siempre, y agradecido de servirle más, señor Presidente.

–¿Por qué quiere irse, entonces?

Me acaba de mandar llamar mi general Tiberio Dávalos.

Ah... Otro ingrato, ese Dávalos y estos... Lo hablé de cerca desde sus días de capitán. Coronel ya, lo envié a servir y a espiar, al comandante Ávila Puga, jefe de Estado Mayor Presidencial y ya general de brigada ahí se le encabezaba a sus caballerangos.

–Me ofrece cabalgar en el Cuerpo de Reserva que va a ser fundado en Concepción, señor... La oportunidad es muy buena para mí, señor... Soy hombre de a caballo y él podría seguir sirviendo.

Luego de limpiarse la nariz con el pañuelo, y antes de guardarlo, aprobó secamente Gómez-Anda.

Váyase desde ahora, si quiere.

Luego entendió que Gómez-Anda se había enfurecido: esa tensión en la voz, esa irritación en el tono, casi no oír a la izquierda... apenas perceptible de no estar ahí. Se apresuró a explicar:

–No tengo ni un señor... Tampoco es seguro... La persona que acaba de atacarme el recado señor... que mi General Dannsee quería que la viera bailar del asunto de Concepción... Así que pueden pasar meses...

–Usted decide cuándo se va, mayor.

Desde la puerta, de pronto cohibido porque sentía que don Aurelio estaba expulsándolo de su amistad, el mayor insistió:

–De verdad, señor, ¿no quiere una taza de café?

–No, mayor...

– Encendió la radio, ¿sí o no, señor? Ya es casi la hora del noticiero de las siete.

Lentamente, contrariado ya su ira y su resentimiento, dijo Gómez-Anda:

–Lo que quiero, mayor, es que hoy mismo, "hoy", pase borrada esa pared.

Sí, señor.

Qué más... ¿Qué cree que sigue?... De los que alcanzaron a quedarse, ¿cuántos pueden ser? Cien, ciento cincuenta, ¿trescientos? Por obligarlos a hacer... Porque le convenía... ¿Peronio Palomares? Ah, ese cobarde. Quería ellos serán los... los hombres y mujeres de mis sobrevivientes, los que pensaban... para mi... para mis descendientes. Los que estén... los que sean... los que sufran... el cerco de mis palabras y le darán razón a quien desencadenó los... Los culpables que le dieron... aquí y... a Aurelio Ávila Puga, quien... ser uno de sus... de sus amigos... Mejor... de los más y de ellos, ¿cuántos siguen vivos allá afuera, aquí?

Se asustó... La impresión de ser vigilado, observado, calculado en la distancia... La oficina estaba bañada de sol y, más allá, el resplandor de las fuentes de chorros públicos... De pronto vio de nuevo el gesto de ese momento: se llevaba a Ramón Puentes, a empujones, de San Isidro, convencido de que iba a morir, a sus dos años de edad... Hacía dos días, semanas, los más largos, pasó frente a la pared blanca, separados los párpados abiertos, los ojos... muy abiertos, recogió la bayoneta, les pasó dándolos a los que castigaban en la disciplina del *plantón* la Policía Personal de Mario Tello Camarosa. Solo hasta estos días se dio cuenta de su error. Abrió su cerebro a la luz y al mundo. Después todo es fácil. Recuperar a la Ballet. Realizan sorprendentes evoluciones. De ahí lo que sea quiere intimidar a que no lo haga. No hay para que hacerlos, causarles daño... Así él. A solas, sin verse, de cara al muro que ya casi no distinguía, el mural marcado, por el revés de sus pesadillas, con la mujer que lo obsesionaba.

AGA
ASESINO LADRÓN

que se resistía a ser desvestida. Entreabrió, para recoger con la mano una poca de lluvia. "Porque la soledad, el desfondarse cada día contra lo mismo, no ha engendrado hoy Señor Presidente Gómez Avila. Empezaba a perder batallas más agudos contrariando sus planes que hubieran podido aguantarse a seguir un poco más en el Poder, se resultaba imposible posponer más La Decisión

[illegible] el cepillo para el pelo y con la misma mano en el espejo rayado con maquillaje para labrarse el Licenciado Armando Gómez Avila entró en la recámara de doña Aurelia

—Señora

De cuando estaba desvestida, rápida de vestirse, le llegó la voz del Presidente

—Aquí...

—encontró descalza para medio vestirse. Conservaba una falda de paño y unos calzones. Parecía estar muy a gusto entre los más frágiles que tuvo, como lucía con la Lolita Dolarum, Teresita Gálvez. Acercó su cepillo de cerda y brillantes de peines y cremas a la cara de doña Aurelia

—¿Se siente bien, mi señora?

Cansada. Se cansaba a [illegible] paso de cuarenta de bata y vestidos. Recogió los cascarrones y los guardó bien cubiertos en la gaveta con la ropa sucia

No le interesaba hablar con su mujer, no esa noche. Sonaba estar de mal humor irremediable y era Víctor Ávila Puig la causa de su ceguera, de su confusión. Ya se había preguntado: "¿Hice bien, escogiéndolo?"; ya había con-

tra la primera duda: "¿No hubiera sido mejor, después de todo, Mario Zavala?" y ya empezaba a lamentar su nombramiento. "¿Qué me dirá mañana, con la cabeza fría?" Armando interrumpió el pausado trabajo de la mujer

—Es verdad, mi señor, lo que por radio y televisión están diciendo? ¿Que ha nombrado usted al doctor Ávila Puig para que el Partido [illegible]

Lo era, sí, respondió gravemente

Luego de unos segundos de total desconcierto, ella exclamó

—Qué vamos a decirle, ahora, a Mario y a Berta?

Gómez Anda dejó pasar la pregunta. Se había sentado en la cama y se frotaba el pie izquierdo por encima del calcetín. De un par de años a la fecha, "cosas de la edad, doctor Mendoza-Zaque, señor", padecía hormigueos en las plantas, punzadas en los tobillos y a veces horribles calambres en las corvas. Dijo

—Vaya usted preparando un vestido negro de luto, Aurelia... La madre del doctor Ávila Puig está ya en coma y en cualquier momento se nos avisará que ha muerto. Como amigo personal nuestro que es el Doctor, como miembro prominente del Gabinete y, sobre todo, solidario de nuestro Partido y de la Suprema Magistratura, estoy obligado a ir a verle en su casa y llevarle las expresiones de nuestro sentido pesar. He de agradecerle que conmigo vaya a ofrecer el pésame, mañana temprano. Al doctor y a su esposa les acompañaremos en el sentimiento. Por favor, ¿eh?

—Así se hará, mi señor. Buenas noches. Y, de pronto, sintiéndose en deuda con Mario Zavala y su esposa, que había estado con ella por la tarde haciendo panecillos de cacahuate, le dio un beso en la frente

Gómez-Anda se sintió sin ánimo de seguir trabajando esa noche, ni curiosidad de leer papeles y revistas. Cerró los ojos un momento. Cuando llegara los problemas, la hora de las pruebas, el doctor Ávila Puga estaría allí. Me tendrá cerca para ayudarlo... De ninguna manera voy a permitir que él se convierta en... Lo que yo me supusiera... En mas días, que no habría más cambios. Pero contar con el apoyo que nos estaba prometiendo el chief

CUANDO el señor Gómez Anda cumplía su tercer mes al frente del Gobierno, los universitarios por la Patria Nueva en Universidades, Escuelas Normales y Politécnicos del país y los agentes contrarios que integraban la extensa red de soplones pusieron al tanto al Ministerio del Interior que La Cara y Lora con el paso de los días y las nuevas horas se apresuraba a desatar al recuerdo, convocando a un desfile para recordar a todos los ciudadanos, en varias ciudades del país, a las víctimas de aquellos Días de Octubre y de un Diez de Junio hechos de lucha que no querían, no podían olvidar.

–Haga saber a los líderes de esos muchachos, que no la permitiremos... Tal vez deseen más que les demos más dinero... Ofrézcaselo –Marco Tulio perdió la cabeza.

–Hablaré con ellos, señor... –prometió Cimarrosa.

Cuarenta y ocho horas aguardó el Presidente la respuesta. La que el Ministro le llevó era desalentadora. Los líderes con los que el Presidente Gómez de Lara se entendía habían sido perdidos en la refriega. Otros, parecían honrados o más radicales, eran los que mandaban. Otras eran las exigencias que imponían.

¿Cuáles?

Proceso a don Tito Lobo, por las matanzas de

–¡Pues

Libertad a los presos políticos

–¡Pero!

Diálogo abierto, en la Plaza Mayor, con usted para discutir

¡Pero, pero!

–Pero, antes, para verdaderamente creer en la apertura anunciada por usted, demandan autorización del Ayuntamiento para realizar su marcha.

–Al carajo... –Molesto, Gómez-Anda partió en dos el lápiz bicolor con que entretenía sus manos.

–Prometen, a cambio, en lo que a este punto se refiere: manifestar en silencio, sin pancartas ni discursos, sobre un itinerario corto, que discutiríamos...

–Aceptar es ceder, Marco Tulio. ¡Nada...!

Cimarrosa, que prefería ser conciliador antes que ejecutor de violencias, así les ordenara el Jefe del Estado, y fueran políticamente necesarias, sugirió.

–Cediendo un poco ahora estaríamos en condiciones de establecer nuevas bases para futuros arreglos.

–Ni un paso atrás, Cimarrosa. Nada de componendas.

Esa noche Germán Palermo le concedió, como casi siempre, la razón. Sus comentarios fueron muy parecidos a los que por la tarde, luego de su acuerdo, le había hecho Marat Zabala, Ministro de Información y Turismo.

–Cámbiales antes de que ellos te peguen, Aurelio. Porque eso es lo que verdaderamente buscan: apalearte, averiguar que tal andas de temple...

–Cimarrosa prefiere negociar.

–Como siempre, Cimarrosa busca que sus problemas le carguen a otro; por eso trata de echarte encima éste... La gente, Aurelio, empieza a preguntarse cuando, y cómo, vas a definir el estilo de tu gobierno... Llevas noventa y tantos días al frente de él y nada se sabe de ti... Es tiempo ya, me parece, de darles la respuesta...

Crece la alarma. Aurelio ante la amenaza de los estudiantes. ¿Desata Gómez-Anda con sus nubarrones y su aparente tabla de salvación la tormenta que se repita en estas tierras estudiantiles semejantes a los del pasado? Para muchos es así. Para Luis Lavín, la gran ocasión está aquí con el propósito de exhibir su nombre débil y su poder político. Comentan que ha soltado millones.

¡Pobh!

Los comerciantes de la República exigirán públicamente del Gobierno federal una política capaz de garantizar la tranquilidad de la ciudadanía y de proteger los intereses de sectores económicos.

Mano militar, ¿eso es lo que no quieren? ¿Que saque al Ejército a las calles?

No cantes, cenzontle. Solo firmeza, Aurelio. A ellos también les urge conocer qué tan recio carácter tiene el Presidente.

-¡Pobh!

Gómez-Anda idea un plan. Camarosa lo encuentra ofensivo. Los enfrentará y se adueñará de la provincia de Villahermosa, cuyo gobernador, Hermelindo Maccuspana, compadre de ex-Presidente Luis Lavín, no terminaba por reconocer, y a ella someterá la autoridad personal y política de don Aurelio. Era torpe la paz armada y aun patética, y en esas andaba en esos días, de improvisados mentores, con los muchachos de la Escuela Veracruzana. Los estudiantes aparecerían en Villahermosa con los bolsillos gruesos de billetes. Pretenderán de la solidaridad nacional de la base estudiantil de la República, demandarán que se tome acción contra Maccuspana, "el déspota enriquecido de las libertades" y acérrimo enemigo de la cultura". Organizarán mítines relámpago, desplegarán el transporte en las calles, romperán vidrierías y detonarán petardos. Hermelindo Maccuspana solo cuenta con su policía antimotines. En ese enfrenta-

miento ganarán todos los jóvenes y más de setenta resultarán heridos.

Dos semanas más tarde, el Congreso local acatando instrucciones de Los Arcos y del Marqués Camarosa, declarará a Maccuspana [illegible].

En el curso de la semana, el [illegible] de Villahermosa [illegible] en cuatro provincias más. La prensa nacional, en artículos y editoriales, se refirió a los "emboscados que [illegible] las sombras, maniobraban para causarle zozobra al pueblo y graves problemas al Gobierno federal". También con la misma rapidez, bandas de provocadores y pandillas que [illegible] fueron infiltrados y se adueñaron [illegible] apedrearon [illegible] allanaron bancos y cines, saquearon [illegible] y untaron consignas en las paredes. Abajo la tiranía. Libertad para los presos políticos. Democracia ya. Pasividad [illegible] indiferente la policía no las detuvo de hacer.

Gómez-Anda llamó a comer con él en Los Arcos a los directores de los medios nacionales de información. Uno frente a otro, a derecha e izquierda de El Señor, que ocupaba la cabecera, quedaron los dos más poderosos de todos. Miguel Rebull, de Publicaciones Olid, y Augusto Mayo del Cid, de la Cadena de noventa y cuatro diarios. Mayo del Cid, de la Cadena de noventa y cuatro diarios que llevaba su nombre. Rebull y Del Cid se habían encontrado [illegible] con Aurelio, a solas, en horas diferentes, la víspera. El Señor deseaba que fueran ellos los primeros en aprobar lo que iba a siguientes para [illegible] su ayuda, asegurarse la complicidad del resto.

Antes del café, el Presidente expresó lo mucho que lo preocupaban los brotes de agitación que estaban ocurriendo en el país, y de los que habían tenido ya una muestra esa tarde en la metrópoli.

Es de suponer que continuarán -suspiró, cavilosa.

-Señora, que se [illegible] lo interrumpió vehemente Mayo del Cid, un joven de modales toscos y de san francis-

manipular. Rebelde por convencimiento, se rebelaba contra [illegible] que [illegible] sus varios negocios, en especial [illegible] de La Nacional. De [illegible] estos señores, andan los [illegible] andan los chanchullos [illegible] La [illegible] y [illegible] para!

Gómez-Anda permitió que [illegible] todos los lugares comunes que [illegible] y cuando terminó, [illegible] sonrió con una sonrisa.

–En efecto, como don Augusto ha dicho, el país está siendo preparado, desde afuera pero con la complicidad de algunos de adentro, para padecer una escalada cuyo propósito es interrumpir la estabilidad social y económica que hemos alcanzado. Respetamos todas las libertades convencionales, pero no estamos dispuestos a abusar de la libertad, dando entre permitir que se relaje el sentido de autoridad o impedir que esa autoridad se deteriore. [illegible]

Poco se habló después de lo que había dicho Gómez-Anda. Miguel Rebul, el [illegible] de los presentes tal vez porque era de todos el que mejor conocía a don Aurelio y sus intenciones, fue [illegible], como eran los suyos, breve y directo:

Si por razones de Estado, y para tranquilidad de país, han sido siempre prohibidas las manifestaciones que pueden degenerar en tumultos callejeros [illegible] ser, por qué ha de quebrantar la regla permanente esa que es a todas luces inoportuna y peligrosa. Tantos años después de aquellos sucesos, ¿tiene caso recordarlos? En lo que a Publicaciones Oiid se refiere, señor Presidente puede usted contar con nuestro incondicional apoyo a las medidas que tome usted [illegible]

Y con el nuestro... –dijeron todos.

Indico, pensado, el Presidente:

–Gracias, señores. Nuestra tarea común, la que entre todos nos corresponde ahora cumplir, es la de advertir al pueblo de los serios peligros que [illegible] se deje

engañar por la palabrería de los demagogos, por los rumores de los ociosos de café, por la falta de patriotismo de quienes, sólo atentos a su conveniencia, pretenden estorbar nuestro ascenso... Ésa sería la gran ayuda que La Prensa Nacional, al servicio siempre a Las Mejores Causas del País, podría prestarnos.

Don Aurelio estaba satisfecho. Tan disciplinada y obediente como de costumbre La Prensa Nacional cooperaba. Los otros medios, también. En los televisoras, de la capital y de las provincias, se efectuaban mesas redondas. Intelectuales y catedráticos, editorialistas, funcionarios y politólogos, participaban en ellas y respondían como se esperaba que lo hicieran. No importaba qué ideas fueran barajadas, todos los expositores, sin faltar ninguno, concluían recomendando, explícita o tácitamente, rogando, sugiriendo, al Gobierno, que se prohibieran los desfiles de estudiantes "tomando en cuenta el supremo interés, la tranquilidad de las mayorías".

Desde Estocolmo, donde lo alcanzó la orden de colaborar en esa campaña publicitaria, el Inspector Especial de Embajadas, Narciso Charles, remitió a los periódicos de París y a la Presidencia de la República, para que lo difundiera localmente, un mensaje, el que en ese momento leía, en su despacho de Los Arcos, el señor Gómez-Anda, y del que retendría por unos segundos las frases, con las que Charles reprobaba "la actitud absolutamente irresponsable", de esa "juventud ostensiblemente malaconsejada", a la que "otros, al servicio del fascismo, manejan en la acción y el pensamiento". Dejó el telex a un lado. Sólo entonces, al verlo sonreír, se atrevió a hablar Bermo Palermo.

–¿Vas a prohibir el desfile?

–No.

En la silla de acuerdo, Palermo parecía estar sorprendido.

¿Permitiras que esos miles de muchachos se tomen la calle ...?

-Lo permití, Fermín ... Siguiendo el consejo de Cimarrosa hemos conversado con los organizadores, con los líderes estudiantiles y con algunos de los maestros que los asesoran ... Aceptan nuestros consejos ...

Palermo preguntó:

-¿Y la campaña de prensa ... y lo que se está diciendo en radio y televisión de la mañana a la noche, qué? Ceder, ahora, es demostrar debilidad, Aurelio ...

-Si los estudiantes están probándome, yo los estoy probando también ... De ellos, hasta ahora, solo conozco las palabras. Quiero saber, anonadándoles su desafío, qué respeto les tienen ... Ellos de mí solo conocen mis buenas intenciones ... Nada quiero hacer que hostigue mi conciencia de hombre y de gobernante, pero tampoco quiero dejar de hacer lo que como gobernante y como hombre es mi deber ...

-La ciudad vive en la intranquilidad, temerosa ...

Lo sé, Fermín ... Un solo día de intranquilidad, mañana a cambio de miles más de confianza en el Gobierno ...

ERA COMO ASISTIR a la proyección de un viejo film desprovisto de sonido. El espeso torrente caminaba en orden y silencioso. Había agotado ya según reseñaban con sus imágenes precisas las cámaras de televisión instaladas a lo largo de la ruta, la avenida Hombres Ilustres y viraba hacia O'Higgins, que era angosta. La vanguardia recuperó la luz de las tres de la tarde en la Plaza de Copala, pocas cuadras antes de llegar a la anchurosa Libertadores. Avanzaría por ella hasta encontrar la Elipse y, siguiendo siempre a la derecha, retornaría al sitio, el campus politécnico, del que apenas estaría partiendo el último

cuerpo de la columna. Con sus sweaters amarillo y gamba, las muchachas se identificaban entre sí.

Algo ocurrió cuando la descubierta de jóvenes y maestros que marchaban tomados de los brazos llegó a la Avenida Libertadores –el largo eje de doce carriles que divide la capital de norte a sur. Una confusión. Unos empellones. Algún puñetazo. El principio de una gresca [illegible] la barricada. Los maestros empezaron a correr, a dispersarse, a caer, a levantarse, a buscar amparo [illegible]. Otros se exasperaban ya. La columna de la marcha había sido quebrantada. ¿Quién llenaba el aire de la tarde con nubecitas blancas como las que dejan los disparos de pistolín?, ¿de dónde llegaba ese viento que venía como cana, y los tiraba al suelo, a los que huían? Si las había en cada bocacalle ¿por qué no intervenían los ocupantes de los patrulleros policíacos para detener el zafarrancho?

Gómez-Ayala, Palermo, Cimarrosa, Matar Zabala y Josefa Armengol, agrupados en el despacho de Los Arcos, miraban el aparato de televisión sin sorpresa, y en silencio.

-Lo que nos temíamos está sucediendo ... Dieron su palabra de no interrumpir la paz pública, y hemos visto que no la han respetado ... -dijo el Presidente, con la voz grave y el ceño fruncido. Antes de levantarse apagó el aparato. Indicó sin dirigirse a ninguno en particular:

-Ahora a esperar el reporte de las bajas. ¡Puñal ...!

RETIRO SU MANO y conservó en ella, sin secarla con el pañuelo o las solapas de la chaqueta, la humedad de la lluvia. Cerró la puerta. Un poco a tientas volvió al escritorio.

"Aquello, después de todo, fue positivo. Cierto que resultaron muertos cuarenta y nueve estudiantes y

heridos muchos más, pero, gracias a eso ¿pudo o no garantizarles a la metrópoli y al país, dos lustros de orden y absoluta tranquilidad . . .?

14

Por la forma en que la vena frotarse uno contra otro los pulgares, don Aurelio Gomez-Anda advirtió que Crisóstomo Gutiérez estaba nervioso o muy urgido de marcharse, aunque solo llevaba cinco minutos con el. Que recordara, nunca antes, en los muchos años que llevaba de conocerlo había visto así de enquistado al líder de los bancarios federales.

–¿Va todo bien, diputado?

Bien señor. Gracias a Dios.

–Su gente, ¿tranquila?

–Como siempre, disciplinada.

Había engordado y, de tan ceñido, su traje verde que brillaba como si fuera de papel lustre, podía apenas contenerlo. Sobre sus muslos reposaba la bola enorme de su abdomen.

–Le agradezco, amigo Crisóstomo, que haya venido a verme este día.

–Una promesa es una promesa, señor. ¿Hablarle ya?

Sobre el hombre que ocupaba la butaca con duro asiento de cuero se había dicho alguna vez "... aunque recogedor de basura, que se encumbre acumulando cadáveres bajo sus botas, era una fuerza política nacional, quisiera que no, representaba la voluntad, el voto de quizá dos millones de personas que trabajaban en, o para, el Gobierno Federal . . No podía inventarse ninguna chapucería, ningún pacto ni tomarse ninguna deci-

sona política sin contar con su aprobación o, por lo menos, con su neutralidad". Ahora diputado por cuarta ocasión, tres veces ya Senador de la República y, siempre, miembro del Secretariado Ejecutivo de la FENEG, Federación Nacional de Empleados del Gobierno, Crisóstomo Gorráez se crió en los traidores de Tierra Baja. Maduró entre los demonios. Aprendió a sobrevivir, según variaban los tiempos, a punta de cuchillo, de pistola, de metralleta. Venció protectores y luego influencias. En cierto momento sacó de apuros a un alcalde pusilánime, el sedoso Prometeo Walker Gayán y este logró que le cancelaran a Gorráez un pasado carcelario que podría pesarle en el futuro. Lo hizo líder de una facción separatista de recolectores de chatarra y desperdicios de papel. Echaron a Prometeo Walker, pero Crisóstomo permaneció. Se le atribuye desde entonces una frase famosa. "En política la lealtad dura solo mientras conviene". Con mordaz humor, Renato Alvarado escribió: "La política nacional, la pequeña de la política nacional, sólo se comprende cuando uno conoce a Crisóstomo Gorráez."

De entre los pliegues de su sotabarba parecía salir el silbido constante que acompañaba su respiración, más agudo a medida que más engordaba.

—Hubiera querido venir más temprano, señor, pero hubo que ir a Palacio...

Para recibir a los amigos, diputado, cualquier hora es buena...

Lo bueno pienso, señor.

Don Aurelio le pidió que no se levantara cuando él lo hizo para dirigirse a la cocina. Gorráez miró su reloj de buceador. Disponía de cuarenta y cinco minutos para llegar a la entrevista que El Señor Presidente Ávila Puig había concedido, en Los Arcos, a los miembros del Ejecutivo Nacional de la FENEG. "Y este viejo que no me deja irme. Fue una burrada de mi parte venir a perder el

tiempo con él, hoy, que es día tan importante para... para nosotros... Si no llego a tiempo, los compañeros [illegible] Comité son capaces de ver al Doctor Ávila sin mí, y no será una pulidez". Quince segundos más tarde, en la misma puerta por la que había salido, reapareció el señor Gómez Anda.

Ahora, la champaña prometida.

—No debió haberse molestado, señor...

Impaciente, Gorráez aguardó a que don Aurelio, con lentos movimientos y quizá deliberada parsimonia, descorchara la botella.

—Lo prometido era deuda, diputado...

—Eso sí... No sólo he venido a saludarlo con el gusto de siempre, señor, y a tomar la copa con usted, sino también, sobre todo, a hablarle del asunto aquel que me encargó hace tiempo.

Estalló el champaña y Gómez-Anda procedió a llenar el vaso que le tendía Gorráez.

—Ah, sí, el asunto aquel... —repitió, como si no recordara. Pero no lo había olvidado.

DE TARDE EN TARDE por teléfono el Presidente ordenó a Crisóstomo Gorráez que lo visitara en Los Arcos a las nueve de la noche. Faltaban cuarenta y tres días para que concluyera la Administración Gómez-Anda. Nervioso, porque creyó percibir en la voz de El Señor una cierta cólera o algo que lo parecía, el Secretario General de la FENEG llegó a la Residencia del Ejecutivo a las ocho y media. Su tarjeta le fue llevada a don Aurelio, pero éste, que resolvía el crucigrama de uno de los periódicos de la tarde, lo hizo esperar en la antesala. Sesenta segundos después de la hora exacta de la cita, ordenó que se le hiciera pasar.

—¿Un café, amigo Gorráez?

Se agradece señor Presidente

Cuando Gómez Gorráez se tranquilizó, Su Señoría le ofreció un cigarro y un café, todo lo hacía mucho más fácil. No le reprendía por su desplante, no le reprochaba su ausencia en esas semanas en que la tormenta y el miedo se habían adueñado de Palacio y las Aguas, a las oficinas de Víctor Ávila Burgos y a su casa del suburbio de Matallores.

De espaldas a él, como si preparar el café en la cocina fuera lo más importante del mundo, Gómez Anda, siempre en su media voz que demandaba atención, dijo:

—Lo he mandado a llamar, amigo Gorráez, para informarle personalmente de los pasos tomados en el asunto por medio del cual se cancela el adeudo que los sindicatos que componen su Federación mantienen con el Gobierno Federal por concepto de las Unidades Habitacionales que en esta ciudad, y en otras del interior, adquirieron en años anteriores para sus miembros, ¿eh?

Se volvió sonriente y colocó frente a Gorráez sobre la mesa la taza de porcelana. Brillaba la piel oscura del diputado Gorráez. Su mano gruesa pasó y repasó el cepillo de su pelo recio y gris.

—¿Toda la deuda, señor Presidente?

—Íntegra, señor diputado. Los servicios a los amigos, a los leales colaboradores que ha tenido a lo largo de la vida, se hacen bien o no se hacen. —Obligó Gómez Anda su asiento al otro lado de la mesa y empujó después hacia el diputado una hoja de papel con su rúbrica verde al calce—. El Decreto se publicará dentro de cuarenta y ocho horas en La Gaceta Oficial.

—Oh, señor...

—Como lectura para el final, anularemos también la parte de deuda que cada sindicato tiene con el Gobierno por el Centro Vacacional de Ixtapa.

—Le aseguro, honorable —Estoy seguro que sus compañeros dirigentes y la base sindical habrán de quedarle agradecidos a usted por esta concesión generosa que recibirán ustedes.

Consideró Gorráez que debía tocar y por eso levantó apenas sonriente los hombros y dobló los labios.

—Como yo lo estoy con usted, señor Presidente.

Con un suave ademán Gómez Anda le indicó que volviera a sentarse. Por un instante sus dedos jugaron con el cristal que cubría la mesa, brilló la enorme hebilla de oro, diamantes, rubíes y esmeraldas, que Gorráez lucía en el ancho cinturón.

—Algo más, diputado... —Le acercó un segundo documento, impresionante de sellos y firmas. Como la letra con que estaba escrito era muy grande, Gorráez pudo leerlo sin necesidad de anteojos. El Decreto instruye al Ministerio de Finanzas para que condone los créditos especiales que los sindicatos de la FPNEG aún no han cubierto, del mismo modo que consideramos saldadas las cuentas que usted, y nuestros demás amigos, dirigentes deben al Gobierno por concepto de préstamos personales.

—¿Debe entender, señor...?

Debe entender diputado, que ni la FPNEG, ni los sindicatos en particular, ni usted, ni los líderes le deben ya un peso al Gobierno... Borrón y cuenta nueva. Pequeña demostración de afecto a quienes tan desinteresadamente colaboraron con nosotros.

—Oh, señor Presidente, ¿qué debemos hacer para que sienta usted la gratitud de nuestro eterno agradecimiento...?

Sonreía cazurro Gómez Anda. Siempre le había resultado más fácil entenderse con individuos como Gorráez, que con los que presumían de ser incorruptibles. Si tenía su importancia, desde el punto de vista político, que hubiera librado a la FPNEG de la deuda que había contraído por los bloques de viviendas que en todo el

pues le construyó el Gobierno en los últimos seis años (y cuyas rentas, seguros de que jamás les serían exigidas, se olvidaron de pagar los burócratas), mayor la tenía, desde el punto de vista personal, de don Aurelio, que Crisóstomo Gómez y los líderes menores le agradecerían a él, a él que ya se iba, el haberlos librado del compromiso de tener que devolver los muchos millones que en conjunto habían recibido con la venida de E. Señor.

–Favor que se hace en espera de agradecimiento, es mal favor por incierto, señor diputado . . . –produjo, solemne y distante, don Aurelio.

De todos modos, señor Presidente, algo haremos . . . así no lo quiera usted . .

Con deliberada calma el Presidente bebió el sorbo final. Usó el dedo meñique de su derecha para remover la humedad de café que permanecía en su labio inferior. Seguía sonriendo, bonachón, ¿o sólo malicioso?

Ya que insiste, Gómez, voy a decirles qué deseo de ustedes, los guías de la burocracia nacional.

Digalo usted, señor.

–Deseo que me inviten a desayunar.

–¿Solo a desayunar?

–Sí. Desayunar con ustedes. Con todos ustedes.

–Desayunaremos todos con usted, señor Presidente. ¡No faltaba más! ¡Claro que sí! . . . ¿Cuándo?

Don Aurelio se reclinó enteramente, luego de haberse demorado estudiando el calendario de la Lotería Nacional coloreado bajo el cristal, junto a la fotografía de Armendáriz.

–Ese es el problema, diputado. La fecha. El cuándo . . En estos días todos andamos a las carreras sobrados de trabajo y compromisos, ¿eh? Y yo quiero desayunar con ustedes, mis amigos trabajadores al servicio del Estado, como debe hacerse, en calma, reposadamente.

–Sí, señor. Ahora no queda tiempo para nada.

¿Qué le parece, amigo Crisóstomo, si dejamos el asunto para más adelante?

–Para cuando usted lo ordene.

Volvió a inclinarse, ahora ya con los espejuelos en la mano, sobre el calendario. Su dedo iba de una casilla a otra, pero del mes que seguía a ese. En la de un viernes se detuvo.

–¿Podría ser . . . una semana después de que termine mi Presidencia, diputado?

–Perfecto, señor . .

Para entonces todos estaremos ya más sosegados.

–Así es, señor . . . ¿Le parece que lleve a todos los compañeros secretarios generales de los sindicatos de la FENEG?

–Gómez-Arcos le buscó los ojillos que eran sus ojos entre los párpados espesos.

–Yo diría que sería bueno invitar a alguien más que a los secretarios generales . . .

–¿A quienes quisiera usted ver, señor?

–Pienso que tantos empleados federales van a resultar beneficiados con estos decretos, ¿por qué no hacer algo en grande, eh?

¿Que tan en grande, señor Presidente?

–Digamos: un desayuno en el que estén presentes delegaciones de toda la república . .

–Sí, eso sería bueno . . . –Rápidamente, Gómez calculó cuanto costaría traer a la capital unos cien, o doscientos, delegados de las provincias. "Dinero que habré que sacar de alguna parte" –¿A cuántos sería bueno invitar, señor?

Como si pensara su respuesta, Gómez-Arcos apoyó el dedo índice en el centro de sus labios.

¿Cuatro . . . cinco mil, diputado?

–Mejor, cinco mil.

Propongo esa cifra pensando en los que podemos acomodar en la Sala de Armas César Dario . Si quere que vengan todavía más, entonces haremos nuestro fe sarcum d la Leal Amistad en e Palacio de la Juventud Re comar

Las manos de Gorráez empezaron a resumar La que depositó brevemente sobre el cristal dejó en él su huella húmeda. Gotas de transpuración le brillaban bajo la nariz.

–¡Cuatro o cinco mil! Sería cuestion de hacer un presupuesto de pregunear precios ¿le parece, señor Presidente, que le dé uns estudiadita al asunto?

Se alzó en cuotes Gomez Anda Junto a la corpulenta de Gorráez su delgadez se hacía, por comparación, más evidente.

–Lo hemos estudiado ya, diputado ... Sabemos, casi exactamente, lo que una concentración de cinco mil personas puede costar, incluidos gastos de transporte, alojamiento y viáticos para unos días, aquí ... –Rodeó la mesa y lo tomó por el brazo, un brazo que la mano de Gómez Anda no alcanzaba a abarcar. Lo dio docenas, caramo al "Salon Perla". –Lo que cuesta, no importa. En cambio, lo que sí hay que decidir es el sitio a fin de arrendarlo desde ahora que la Federación pueda usarlo en la fecha

Sí, señor –expresó Gorráez no muy seguro de lo que comprometía al decirlo

Contiguo al "Salón Perla" existía otro, apenas mayor que un armario grande. Lo amueblaban una butaca forrada de cuero negro, una mesa con cubierta de mármol blanco, y una lámpara de piel con pantalla de plástico ámbar manchada pergamino. Sobre la mesa había una maleta. Gómez-Anda procedió a abrirla.

Espero que con esto alcance, diputado ... Haga sus propios cálculos y, si algo falta, me lo pide ..

Hacía muchos meses, desde la campaña electoral de Adela Puig, cuando "el dinero corría como agua", porque el Partido Unificador Revolucionario no lo escaseaba a aleres como él y a organizaciones políticas tan poderosas como la suya, que el diputado Gorráez no veía tantos billetes: billetes de mil pesos, todos usados: dulzones de olor blandos de ir de mano en mano sin fajillas, sobre todo atados con ligas los mazos de cien unidades.

–Sí, señor

–Debemos procurar, diputado, que resulte un fiesta inolvidable Confraternizando con los amigos y amigas asistentes

Resultará así, señor Presidente Gorráez se asintió porque lo veían bien los ojos de la cabeza La levantó después.

–Este habrá de ser, querido Crisóstomo, la última misión que por ahora me permito encargarle ...

–Siempre a sus órdenes, para lo que guste ..

Muchos años llevaba Gorráez en la política como para no entender el sentido *el otro* sentido, de las palabras que acababa de decir alguien como don Aurelio que sabía usar las metículosamente "Ese *por ahora* que acaba de soltarme de pasadita tiene lo suyo, como ... El Viejo no piensa dejar el hueso. ¿Como no, si me lo está avisando ...? Si no estuviera seguro de que el poder seguirá siendo suyo, ¿organizar a el desayuno para *después* de que deje de la Presidencia? Se le agradece la muestra de confianza que nos da, encargándome este trabajo organizativo ..."

Abrió el Presidente la puerta que comunicaba con la Particular Hubo en la oficina del secretario Septien y en el ante-despacho una rápida agitación de ujieres y militares del Estado Mayor

–Volveremos a vernos después de la Transmisión de los Poderes, señor diputado ... De todos modos, re

cuerdo lo espera a tomar una copita de champana, en [illegible], a la que entregue la Presidencia.

Al [illegible], señor Presidente.

Se [illegible] el [illegible] de prisa, sin volver a ver a nadie, hacia la [illegible] privada presidencial. La copita de [illegible] lo esperaba. En [illegible] ya, desde comienzos, llevaba Gómez la [illegible] de los billetes que Palermo había salvado del horno crematorio del Banco Central. Un dinero que no es de nadie, y que al ser gastado, no beneficiará a [illegible].

[illegible] a Gómez-Acebo. Contempló el vaso con champaña abierto del suyo para brindar.

Y [illegible], ¿cuándo va nuestro «ensayo», digo, rapto?

Bebieron entonces.

Hay algunos problemillas, señor.

¿Prefieren [illegible] cambiarnos la fecha?

No es eso, señor.

–¿Ha trascendido algo a algún [illegible]?

A fe, señor. Unas [illegible] emisarios de los rebeldes han estado recientemente en Repúblicas para reclutar nuevos compañeros.

–¿Qué asistencia calcula que tendremos? ¿Contra, digamos, [illegible] hablamos de [illegible] más?

Habíamos apartado hoteles para todos. Reservado helicópteros de avión para la mayoría. Aprovisionamiento y contratado el autocar que nos trasladaría, y de [illegible] pasajes [illegible].

Gómez-Acebo escondió rápidamente los ojos bajo [illegible]. Gómez-Acebo se [illegible] en su papel de temblor [illegible] parecer incontrolable. El [illegible] de su resguardo se hizo más rápido y [illegible].

–¿Dificultad?

–Sí, señor.

Pedro Gómez-Acebo [illegible] para quebrantar su [illegible].

–[illegible] Palacio, [illegible] el Estado Mayor [illegible].

Entonces, [illegible] podía echarse más [illegible] Gómez-Acebo. Gómez-Acebo [illegible].

–Dígame, señor. [illegible] se había complicado.

–¿A causa de...?

Esto [illegible] Jefe [illegible] Douglas me [illegible] para decirme que *allá arriba* no ven bien que el PENEG [illegible], y de paso se compromete al hacerlo, de organizar un [illegible].

–Pues no es un [illegible] pequeño. Es [illegible] de amigos.

–Eso mismo le dije, señor, a Oronel. Pero él repuso que a los de arriba [illegible] que [illegible] los que [illegible] no [illegible] por [illegible] nos acercaría a los de la PENEG. Que no siguiéramos adelante...

Muy sabe [illegible] el escamoteo, pareció Gómez-Acebo [illegible].

¿Eso [illegible] Oronel? De cabo?

–Exactamente eso, señor.

¿Nada más?

–Nada más, señor. Para que [illegible] de [illegible] la [illegible] que era en sus [illegible]. Por lo bien [illegible] [illegible] de cosas no. Sería [illegible] problemas [illegible] rebelde reciente. Entiendo que [illegible] desagrado por [illegible] señor Gómez-Acebo. Sin embargo, [illegible] hagamos esas bromas que parecen [illegible]. Tampoco, [illegible] esta clase para [illegible] prisionero el agravio que sería [illegible] diputado Gómez. [illegible] usted con [illegible] [illegible] sabe que [illegible] de la suspensión no es nada personal [illegible].

abierto mas en su ser tra [illegible] comprendero Recuer dele que cuando *de verdad* se oponen a algo se pueden

Siendo así, bueno sería

–El desayuno va a hacerse de todos modos, señor

El rostro de Gómez Anda había empalidecido [illegible] Lo que usted lo disponga nos reuniremos en mi casa, que es la suya, señor, un grupo de amigos verdaderos y usted nos hará el honor de acompañarnos... Ese desayuno es algo sagrado para nosotros, señor, después de todo lo que nos dio y de los muchísimos favores que nos hizo y que todavía le debemos

–Habrá que dejar pasar un tiempo, diputado. Después decidiremos, ¿le parece?

Sí, señor [illegible] tiempo

Ahora pues usted debe irse, diputado, ¿verdad?

Por desgracia sí, señor. Compromisos, usted sabe

–...brindemos por los amigos leales, ¿eh?

A SU ESPALDA, apenas audible como si no quisiera ser oído, se produjo un carraspeo. Supuso que era la mujer del guardacasa que llegaba, ¡al fin!, con el café que media hora antes ordenó preparar. Dejó a un lado uno de los gruesos álbumes de recortes de periódico que estaba curioseando: correspondían al sexto año de su administración y Armandina había tenido la paciencia de coleccionarlos. Abierto quedó en la página que ocupaba, con otras noticias entonces importantes, la esquela funeraria de [illegible] de caballero Rosalío Penza Rosales, sobrino de *El Caballo* [illegible]do José Isabel Rosales y por un tiempo miembro del cuerpo de ayudantes del señor Gómez-Anda. Según se llegó a decir, Rosalío Penza Rosales, tan buen jinete como era, cayó de su caballo en una vereda solitaria de Santa Clara y se fracturó el cri-

[illegible] Lo encontraron casi [illegible] le [illegible] José [illegible] con [illegible] general [illegible] de [illegible] años de *El Caballo* [illegible] hoy [illegible] los Ferrer Palermo, [illegible]. Al [illegible] se [illegible], el gobernador Rosales suspiró: "Al que habla de más se le pudre la boca, y al que le vanta calumnias con [illegible] a las personas decentes, a veces tiene que morir joven".

–Déjelo ahí –dijo, sin volverse a mirar, a quien [illegible] el escritorio.

No era la mujer, sino el mayor Fraga, quien se hallaba en la puerta del despacho.

–Señor...

Lo miró entonces Gómez Anda.

–¿Qué, mayor...?

Fue [illegible] el señor Luis Felipe Ruiz Pérez [illegible] le dijese:

–Malhumorado [illegible] en Arcelia.

–Que se largue. Dígale que no [illegible] mi tiempo. Dígale.

–Es muy importante, dice, lo que debe tratarle... Está dispuesto a esperar, señor...

–Échelo de mi casa... Échelo de mi calle... No quiero saber nada de él.

VARIAS VECES durante la última media hora habían intentado comunicarse con la con la residencia del gobernador Sixto Epaminondas Serrato, en Puerto Gardenia.

–¿Qué pasa ahora, mayor?

–No lo sé, señor.

–[illegible] averiguado [illegible].

–Pero [illegible] agarrado. [illegible] las [illegible]. Serán los últimos [illegible] que [illegible] señor Presidente. Los [illegible].

Volvió a marcar los once dígitos y el resultado fue el mismo. La comunicación por línea directa no se establecía. Decidió solicitarla a través de la operadora. Siempre

con las manos a la espalda, algo encorvados los hombros, rígido y basco, Gomez-Anda era un pájaro al acecho.

–¿A dónde desea hablar? –demandó una voz pastosa.

A Puerto Gardenia.

–Tendrá que esperar... Hay exceso de tráfico en las líneas.

–¿Cuánto tiempo, señorita?

Una hora. Tal vez más.

Entendido la hora que sea y por cuanto tiempo haga falta.

–¿Por qué no usa Larga Distancia Automática?

–No hay modo de comunicarse a Gardenia, señorita. Dirijase a su Operadora Nacional...

–Ella nos remite con usted.

¿No puede esperar a que sea más tarde para...?

–Al señor Presidente Gómez-Anda le urge hablar a casa del gobernador Servín, en Puerto Gardenia. Por eso, señorita, estamos usando Prioridad Uno, Doble A. Clave 00127...

En ese momento, un hombre alto, vestido de gris marengo, entraba en la sala, pasos atrás del chofer Ortiz. Con una sonrisa, don Aurelio le señaló el sofá. Caminando ahora casi en puntas de pie para no molestar, el abogado Eduardo Berlanga obedeció.

Viendo ya cólera su impaciencia, Gomez-Anda apremió al ayudante.

–¿Qué pasa ahora, mayor?

–Hablo con la Operadora Jefe, señor...

–Joder con el servicio...

La voz de la Operadora Jefe volvió al oído del mayor.

¿A nombre de quién dice usted que está la Prioridad Uno Doble A. Clave 00127?

–Del señor Aurelio Gomez-Anda, señorita, por si no lo sabe. Presidente de la República.

Ella no le permitió completar la frase:

–Debe haber un error, señor... De acuerdo a mi lista, fecha de hoy, la Prioridad Uno Doble A. Clave 00127 pertenece al Doctor Víctor Ávila Puig y no a la persona que usted menciona... Lo siento...–y al cortar secamente dejó al mayor Pilo Fraga con la boca llena de palabras.

Gomez-Anda lo vio colgar, desconcertado, la bocina.

–¿Y...?

–La Prioridad Uno, señor, es ahora del Doctor Ávila

Puig. Por eso la Operadora no pudo darnos paso...

Levantó los hombros don Aurelio, "Primero La Red. Ahora esto. ¿Después, qué?"

–Siga asistiendo, mayor. La Señora ha de estar preocupada.

Sí, señor.

Acudió entonces hacia donde aguardaba Eduardo Berlanga. ¿Cuántos años habían de verse? Cierto recordar que, puesto aquí por él, Berlanga trabajaba en el Servicio Exterior y que había estado ausente del país muchísimo tiempo. Le agradaba encontrarlo nuevamente. "Nunca me acosigó con peticiones como otros. Nunca tampoco quiso aprovecharse y abusar de su amistad. Buen tipo, Lalo Berlanga. Amigos amigos desde que colaborábamos en Censos."

Le ofrecía los brazos:

–Lalo querido...

Tal vez sorprendido por la efusión del recibimiento que le concedía Gómez-Anda, fue a ellos.

–Gracias por recibirme, Aurelio...

–Oh. Gracias a ti por recordar a los viejos amigos. Siéntate, haz el favor... ¿Una copa?

–Gracias, Aurelio. Hace años que ya no bebo más que agua, como tú.

Te veo muy bien.

Se miraron, examinándose, sonrieron. Berlanga quizá tuviera poco más de sesenta años, pero podía creerse que le faltaban aún varios para alcanzar esa edad. Se había visto gris. Un figurón, igual que de joven.

–Conseguí un pase y estuve en la Cámara, Aurelio. Buena ceremonia, ¿verdad?

–Hacia el final te noté algo agotado.

–Lo estaba... Estos meses últimos fueron de afanes...

–Y para no ser menos, supongo que éste ha sido un

día muy duro también... Duro y triste, ¿eh?

–Más que triste o duro, fatigante fue, Lalo.

Ahora, las vacaciones merecidas, Aurelio...

–Digamos que sí... Diez años sin gozar de verdad, ¿no es así, Lalo?

–Eso es...

Volvieron a sonreírse. Ellos, que en otros años podían pasarse tardes enteras conversando en la cantina *La Roseta*, o caminando por las calles de la ciudad después de sus ocho horas de trabajo en la Dirección de Censos Nacionales, se encontraban sin más palabras que proponer, sin recuerdos con qué avivar el diálogo. Sin nada ya en común.

–Estoy matando de comunicarme a Puerto Gardenia con mi señora, pero no hay modo...

–El servicio es pésimo, Aurelio... Los amigos, ¿han venido?

Todos, Lalo... Un desfile constante.

–Debe ser grato tener tantos...

Lo es, lo es... ¿Cuándo volviste al país, Lalo?

Una arruga apreció en la frente de Eduardo Berlanga, abogado.

–Hará año y medio... Un viajecito de vacaciones a España.

Quien lo miró entonces con cierta extrañeza fue don Aurelio.

–¿No estabas en nuestra diplomacia?

–Me hubiera gustado, pero no.

¿Dónde trabajaste todos estos años...?

–En el Jurídico de la Financiera Nacional, donde me colocaste tú...

Movió la cabeza, incrédulo y ya reservado, el señor Gómez-Anda.

–¿Así que no te hace cónsul, embajador o consejero nuestro?

-No, Aurelio . Seguí siendo lo que siempre he sido: abogado... En diez años, los de tu gobierno, seguí a ser Jefe del Departamento Jurídico, y ahí estoy a tus órdenes...

Nervioso, don Aurelio aplicó la lengua en su paladar y la retiró. Ahora ya no se atrevía a mirar, tan francamente como el primero, al abogado Berlanga.

-¿Por qué no me buscaste para que te diera algo mejor, algo más a tu gusto, Eduardo?

-Lo hice muchas veces, Aurelio. Pero nunca tuve oportunidad de...

-¿En diez años, Lalo... tú, mi amigo, uno de mis amigos de toda la vida no pudiste verme... hablarme... pedirme cita?

Carraspeó el abogado Berlanga, sin que la sonrisa se le fuera de los labios ni de los ojos pardos ese brillo alegre y maloso que siempre habían tenido.

-Te mandé docenas de telegramas, Aurelio, y sólo uno, uno solo, me fue contestado... Prometías recibirme tal día a tal hora en Los Arcos... Y fui, y te esperé la tarde entera, y a fin de cuentas un ayudante salió para avisarnos, a mí y a los otros que llenábamos la antesala, que El Señor nos ofrecía una disculpa por tener que cancelar su audiencia. Se nos llamaría pronto y... Claro que a mí, Aurelio, nunca se me llamó.

-Créeme que no lo supe, Lalo...

En otra ocasión, dos años después, casi hablé contigo en Palacio la noche de la Fiesta de la Independencia... Estuviste saludando a unos invitados, pero sin mirarlos siquiera, dándoles la mano y la espalda... Me dabas la espalda y la decías: "Muchas gracias por haberme venido a ver". Y faltando cuarto para que yo pudiera llegar a ti vino un tipo [illegible] a decirte algo y tú contestaste, siempre sin mirar a nadie a la cara... Y en su momento, cuando y subiste a mi vera y hablaste tan cual con [illegible]

-Hay siempre tanta gente alrededor de uno, Lalo, que no ves a quien quisieras... Dicen que uno se cree, pero no es así... Lo que no sé es por qué me vino a la cabeza de que te habría ubicado en la diplomacia...

Se atrevió Eduardo Berlanga a darle una palmada en la rodilla, como tantas veces antes; a presionarle, con cariño, el muslo.

-No quiero que te mortifiques por eso, Aurelio... Yo entiendo que el Presidente de la República llegue a estar solo, y no por gusto, de quienes no ve... Me conoces y sabes que no me gusta comprometer a los amigos. Pero si Aurelio me dijo: "Quédate en el empleo que tienes en la financiera mientras encuentro para ti algo que sí valga la pena", debo quedarme hasta que él mande por mí. Allí estuve, esperándote, y le comenté a mi mujer: "El Presidente no me ha llamado porque sigue buscando un cargo que me convenga más que el que me dio" y así, Aurelio, unas semanas, unos meses, unos años, hasta el día de ayer.

Uno y otro volvieron al silencio. A las miradas francas, abiertas, Eduardo Berlanga. A las rodadas huidizas, tranquilas, Gómez-Ayala.

-Cosas así, pasan... Quiere uno ayudar a los amigos, a la gente de uno y no puede... Creeme, Lalo, no siempre está en manos del Presidente hacer lo que deseas o quisiera... -Tu caso, por ejemplo... Te dejé de ver, no supe más de ti. No tuve cerca nadie que me hablara de ti... Por alguna razón que no me explico pensé que [illegible] Muchas veces [illegible] saludarme, es [illegible] sonido [illegible] gusta [illegible] me [illegible] habría [illegible]

No [illegible] Aurelio [illegible]

Financiera. Ahora tengo amigos influyentes en el nuevo Gobierno. Por ese lado veo el porvenir con tranquilidad. Mi mujer y los niños en cinco horas. No, no, no. No parientes. Ningún compromiso con nadie, y mi querido dinero en el Banco para lo que pueda ocurrirme.

–De haber pedido la pedorrera ahora Lolo, ¿qué le habría gustado recibir?

El Jefe del Departamento Jurídico de la Financiera Nacional fruncía fugazmente el ceño.

–Del señor Presidente siempre se recibe con gusto lo que el quiera dar...

Silenciosamente se aproximó el mayor Polo Fraga. La señora Armandina estaba en la línea, aguardando. Eduardo Gómez-Acebo se levantó al tiempo que lo hacía Gómez-Acebo. Había tenido mucho gusto en saludar a su amigo y debía marcharse. Don Aurelio volvió a abrazarlo.

–¿Vendrás pronto a verme? –La estrechaba más que cordial. Ruego. Deseaba tal verdad, que lo asustaba.

–Cuando tú lo digas, Aurelio.

–Te espero cualquier día, a cualquier hora. ¿Sigues jugando bien al dominó?

Mejor.

–Que llame a algunos más y vengas a pasarnos un rato.

Mis números de teléfono están en la tarjeta...

–Te llamaré. –Ordenó al mayor Fraga: Acompañe a don Eduardo.

Sí, señor.

Rápidamente, Gómez-Acebo cruzó la terraza.

–Diego... Hola, hola... Diego... Mas oyó un paciente hablar cerca apresuradamente con su mujer, como si no fuera posible recibir noticias de catástrofes, palabras tristes o desagradables. Respiraba lo normal cuando preguntaba a

Lepano, le respondió una mujer que no era Armandina.

–Un momento, por favor.

¿Cuánto hacía que no lo dejaban esperando al teléfono, escuchando sin poder siquiera replicar a esa música explicaciones? ¿Por qué este calvario, mayor Fraga, aguardando a que La Diosa se pusiera en el hilo? Percibía, mezclados con otras voces, ruidos diversos, pulsaciones en clave Morse. Algunas risas. Retazos de diálogos. Moscas y el pregón de un heladero. Milagro: el ambiente biológico sin igual. Para su asombro, una

–El la hora.

Un momento.

¡Paulo!

–Ay, que no vuelva Fraga a ocuparse de esta gilipollez de teléfono, ¡por Paulo!" Sentía helados los cojones y humedad la lengua. Después, si hubiera algún testigo, los sudores de sus espaldas. Dueño de sí mismo, es el que cambia. Aurelio, a ellos: "Esta hostia vieja y sabe por qué".

En la línea, al fin, algo sonaba soñoliento, como si acabara de haberla llevado a tomar el teléfono", la voz de Armandina.

Mi señor, qué alegría.

–Querida, espero que estés bien. –Gómez-Acebo.

–Dormía, estaba, señor, ¿cómo le has llamado de la luna?

Mujer que, al oír la voz de Armandina, se cree dulce y sabia.

–Ya sabes que siempre, señor, desde el anochecer a

Me tenía preocupado, sin noticias tuyas.

–No fue mi culpa, don Aurelio. Imposible comunicarse para allá. Apenas llegue la comadre Evelvina

ordenó a la central que me dieran línea, y nada . Todo el mundo, nos dijeron, está llamando al mismo tiempo a Los Arcos o a Medallones

El gobernador ... ?

-Volvió inmediatamente a su asiento en el avión de la Presidencia que nos traía. ¿No ha tenido la suerte de verla, mi señor?

Todavía no

Tal vez llegue más tarde . –Le parece a don Aurelio que su mujer baraba la voz, que la convierte en un susurro, para alarmarlo. Se le salió a Evelvina que su marido tiene prometida una mañana, con ese Señor ¿De veras? Por carretera va viajando hacia Los Arcos para darle serenata esta noche a *La Azotea*, la ranchalla de Gardenia. ¿Qué le parece el amigo Santo Espantoso?

De Aurelio para sí Pobre

Cómo le pasa esto

Me aburro, señor Presidente

Aguarde un

Agarre un

Me siento como si estuviera presa. Mañana o pasado mañana llegará en algún descanso de los vuelos . Dicen que

gobernador

-Hizo una pausa, antes de plantear la pregunta cautelosa- ¿Y si le habláramos, mi señor, a Miguelito Rebul para que nos preste uno de sus aviones?

Será mejor que no molestemos, ahora, al señor Rebul ... Procure conseguir, por usted misma, el vuelo

Pero señor

Un momento

De acuerdo

Me han dicho que

Un momento

-Cuídese de un resfriamiento, don Aurelio. Abrigue bien ... En la parte de abajo del closet de la recamara, hay dos cobijas extra ... No se me vaya a enfermar, mi señor ... ¡Oh, no debí dejarlo solo !

-Una cosa se le olvidó, señores ... Mi café

-¿El café- ? ¿No le llevé su café?

Traje todo para hacer café, menos el café ...

-Perdón, perdón, mi señor ... Mañana todo será diferente Mañana estaré con usted ...

-Antes de salir de Gardenia llámeme a la residencia

¿Se le ofrece algo usted nada es igual Me hace falta

Bueno Ahora, hasta mañana . Lindos sueños esta noche

poco después de las siete con cuarenta minutos apareció el general Radamés del Valle. La llovizna se había convertido en aguacero y el viento silbaba, a veces, en las ventanas. Valladolid Fajer había vuelto a prometer su visita, y Fermín Palermo no llegaba.

Buenas noches, señor Presidente.

Buenas noches general

Gómez-Anda abandonó el álbum de recortes que leía. Se levantó para recibirlo. El de Radamés del Valle era un ostentoso uniforme, oscurecido por la humedad en los hombros del chaqueta y en parte de la espalda, bien diferente al muy sobrio de Ministro de Guerra y Defensa con que se presentó por la mañana en la Cámara

He venido a saludarlo, señor Presidente, ya no como Jefe Supremo, pues que ha sido usted estos últimos seis años, sino como hombre amigo sabio que quiere le vaya bien por le seguir siendolo

Gracias, general -y aceptó el abrazo que Del Valle,

una sonrisa en el rostro moreno y cuadrado, le ofreció

Ahora que ya acabó todo, quiero que sepa cuán verdaderamente lo aprecio señor Presidente ...

El epíteto debía ser nuevo. Consideraba el odio a sus personas. Este cabrón, ¿ha sido alguna vez mi amigo, o le ha sido fácil para que mi compadre Ramón Emilio Jiménez le siguiera el juego? De Valle fue mi subordinado. Herencia de don Tito Livio. Cómplice, acaso ..."

–Correspondido está general.

SOMETIDA POR la dura mano de Gómez Ancla la nueva formidad estudiantil, la Administración Ibáñez cercano ya el fin de su primer año, una prueba aún más peligrosa.

¿Insubordinación general Gómez.

–Exactamente, señor.

Asunto grave, entonces. Muy serio.

Estuvo de acuerdo el general Teodoro Gómez vice-Ministro de Guerra y Defensa con la opinión de Presidente. El Asunto era Grave, Serio, y la situación podría empeorar.

–Lo es ... Demasiados están metiendo su cuchara en esa olla señor si me perdona la expresión. Todos presionan por tres partes, políticos, por otra ... Gente de fuera, también ...

Teodoro Gómez, [illegible] esperar políticos reales, o a inventarlos, parecía estar en verdad preocupado por eso tarde.

–¿Deja usted fuera de sus sospechas a quienes, en las Fuerzas Armadas fueron amigos y colaboradores el señor Gómez de Lara ...?

Pues había estado en espera de la pregunta, el vice-Ministro afirmó.

–Desde luego que no, señor Presidente. Como si a

propósito lo hicieran, *ellos* se dejan ver en cada intriga. Algunos de los que más quebrantados resultaron por el cambio político, son los que tratan de equivocar, malaconsejando al general Salud Trujillo, los que están usando para que intente esa locura.

Según los informes que Teodoro Gómez había pedido a llevarle, y que coincidían con los obtenidos por él en otras fuentes (el Ministerio del Interior, la censura telefónica del agente Trinidad Apodaca, por ejemplo), el general Salud Trujillo, molesto porque don Aurelio le prometió, como candidato, y le negó, como Presidente, la gobernatura de Barlovento, se disponía a desafiar la autoridad del Partido y la del Gobierno y a impedir que el mandatario electo prefendo por Gómez-Ancla ocupara el cargo.

–¿Cómo o con qué lo hará ...?

Salud Trujillo es, en cierta forma, dueño de Barlovento. –La era, ciertamente, en esa provincia radicaban su poder y su riqueza, de ella había sido ya, dos veces, gobernador constitucional y una, interino.

¿Y ...?

–En sus planes figuran la suspensión del pago de impuestos a la nueva administración de Barlovento. Huelgas en las fábricas, muchas de las cuales son suyas, de sus amigos, o de amigos de sus amigos ... Marchas de campesinos para protestar ... Barricadas en las carreteras, ¡qué sé yo ...!

Planeó cuidadosamente la pregunta– y escrutó el rostro del Ministro de Interior.

–¿Se arriesgaría Trujillo a tomar las armas contra el Centro ...?

–No lo creo tan loco, ni tan tonto, como para rebasar la línea de la prudencia. Ha sido siempre uno *de adentro* y sabe que más allá de esa línea claramente marcada, empieza el peligro ... Recordemos, señor, que Salud Truji-

[illegible] también sabe de [illegible] que debe separarse para [illegible]

[illegible]

—No la mas [illegible] Presidente [illegible] Salud Trujillo esta mañana mas. Busca negociar. Obtener de [illegible] alguna ventaja. Hacerle [illegible] a [illegible] Balaguer [illegible] [illegible] [illegible]

–¿Dónde está ahora el general Trujillo?

–Se ha concentrado en su Hacienda de Conuy, en las montañas... Con él están sus hijos, sus yernos y sus guardias... Conuy se nos reporta, es una fortaleza... Elementos del Quinto y del Undécimo regimientos se ocupan, ahora, de ampliar la pista de aterrizaje, en la llanura, y en abrir claros en la selva para que puedan usarlos, a discreción, los helicópteros de transporte *Alouette*, que son los más grandes de que dispone el Ejército... Trujillo tiene catorce de ellos a su servicio... Y por último, señor Presidente, están los asesores...

Eso, ¿ha sido comprobado?

–A satisfacción, señor... Tenemos localizados a doce...

–Cuarenta calcula que son treinta y cinco...

Respondo de mis datos, señor... El número no importa mayormente. Lo que sí es darnos cuenta de su peligrosidad... Inteligencia Militar considera que todos, o casi todos, son extranjeros y no de una sola nacionalidad. Llevan aquí unos cinco meses... Ellos han organizado los campos de entrenamiento que tiene don Salud en Conuy y están entrenando a oficiales nuestros en técnicas especiales de combate...

–¿Cuántos se estima a que acompañan, en Conuy, al general Trujillo?

–Ahora, unos dos o tres mil...

¿Qué tanto supone usted que sabe el general Del Valle de lo que verdaderamente se trama en Barahona, general Gómez?

El vice-Ministro prefirió ser ambiguo: "Con un civil, por Presidente de la República que sea, nunca se sabe". Para sus propios fines, más conveniente parecer evasivo.

–Según hemos averiguado, nada... O es más discreto de lo que creemos...

Un rato medió Gómez-Ancla. Decisiones como la

que debía tomar demandaban serenidad, reflexión, mucho valor.

Manténgase, general Gómez, en permanente contacto con usted...

–Afirmativo, señor Presidente...

COMO TODOS los martes, el general Radamés del Valle abordó al anochecer el jet destinado a su servicio en el Ministerio de Guerra y Defensa y voló mil ochocientos kilómetros hacia el norte. En la base aérea de El Encierro, el Comandante de la región militar, que lo esperaba, le hizo saber que el Secretario de Acuerdos del Presidente le pedía comunicarse con él, a Los Arcos, apenas llegara...

–Es urgente, dijo el general...

–Si vuelven a llamar, dile que al oficial de guardia se le olvidó darme el recado, y que no me encuentras...

–Sí, señor...

Protegida por un blindado en vanguardia; por otro, a retaguardia, y por seis motociclistas a derecha e izquierda, la lujosa limusina del general Del Valle salió de la base y a cierto trecho tomó hacia el norte por la única vía que los separaba de Ciudad Constitución, capital de Nueva Hedvig, antes de pasar a la noche con la más reciente de sus queridas –una hembrita de burlesque a la que había retirado del oficio hacía cinco meses.

Al llegar el convoy a la residencia, que era mayor y más lujosa aun que la del señor Gobernador, el teniente coronel de artillería que se encargaba de protegerla, y de vigilar a La Señora, entregó al general Del Valle un nuevo recado:

Urge de toda urgencia, mi general, que llame usted ahora mismo a Los Arcos.

¿Lo sentirá...?

–Bañándose, general.

Bien. Comuníquese.

La línea quedó abierta, esperándolo, general.

Lo estaba. Un teniente, que chocó los tacones al verle entrar, tendió el teléfono. Le ofreció la bocina. El Ministro de Guerra y Defensa gruñó algo contra la sinrazón de alguien y la tomó. El Secretario de Audiencias del Presidente de la República notificaba al General Del Valle que El Señor Deseaba recibirlo, "en acuerdo extraordinario, por la mañana".

He venido con gran deseo de saludarlo, abogado. Acepto verle ahora mismo. ¿No me podría cambiar la cita para la tarde, o mejor, para otro día...?

–Me temo que no, general... A las seis treinta a este lo espera el Señor Presidente, en Los Arcos. Buenas noches...

Lo preocupó lo perentorio de la orden, la sequedad con que le fue negada la gracia, el favor, de la prórroga. "Si El Viejo necesita verme, ¿por qué hablesupuestamente no me lo dijo al mediodía, cuando le hablé para avisarle que venía?" También él inapetente, hizo varias llamadas a su Ministerio. ¿Estaba ocurriendo, en la capital o en alguna otra parte del país, algo que él no sospecha? El general Teodoro Gómez, que volvía de su entrevista con el Presidente, lo tranquilizó: todo en orden y paz. Lo mismo le informaron el coronel De la Hoz, secretario particular suyo, y el Jefe del Estado Mayor. Del Valle pasó una mala noche, y a las tres de la madrugada regresó a la base aérea. Aunque empezaba el temporal de un ciclón en la zona sur de Nueva Huelva, el vuelo del general despegó siete minutos después de las cuatro.

MUY CONFUSO parecía estar el Ministro de Guerra y De-

fensa cuando las luces de la sala de proyección de Los Arcos fueron encendidas nuevamente. Sintió sobre sí la mirada del señor Gómez-Anda y, mientras reprimía un bostezo, tomó su pregunta:

–¿Qué le parece lo que hemos visto, general?

–Muy extraño, señor Presidente.

–De no creerse, ¿verdad?

En efecto, señor...

–Sin embargo, las imágenes no mienten... Hemos visto los preparativos que el general Trujillo llevaba a cabo para desafiar al Gobierno...

Radamés del Valle argüyó:

–El general Trujillo no haría tal cosa. Siempre ha sido leal a las instituciones...

–No estamos muy seguros ahora.

Conozco bien a Salud, señor Presidente.

–Mal orientado seguramente, el general Trujillo nos ha puesto en pie de guerra... Si no, ¿para qué los arsenales en Contoy, los campos de adiestramiento, la ampliación de su aeropuerto particular, el desmesurado acopio de pertrechos?, ¿cómo, general Del Valle, explicar la campaña de insidias contra el Gobierno, contra mi persona, que fomenta entre algunos sectores de la juventud [illegible]", ¿cómo, por último, justificar la presencia e incremento de todos esos 'asesores', mejor digamos, mercenarios extranjeros, cuyo ingreso en el país no aparece registrado por ninguna oficina de Migración, eh?

Crecida la barba en la mandíbula, descompuesto el cuerpo, cargados de sueño los ojos y de fatiga los riñones, Radamés del Valle se resistía a aceptar que su amigo, su hermano, su socio, su compadre Salud Trujillo hubiera llegado a extremos como los que enumeraba la desordenada y larga sucesión de escenas que había visto en compañía del Presidente. "¿Por qué Salud no me ha hablado nunca de sus planes?, ¿quién vino a intrigar en su

contra?" El, que no dominaba con facilidad las palabras, organizó unas en favor de su colega.

–Debe haber un malentendido, señor Presidente. Si usted me diera oportunidad, yo podría aclarar esa chusma... Estoy seguro, señor, que el general Trujillo tiene modo de explicarse... Si lo permite usted, señor Presidente, llamaré a Salvador Estrella Sadhalá, para averiguar qué es lo que está sucediendo y qué es lo que se propone hacer... Salvador Trujillo ha sido siempre un soldado patriota, señor, y merece que se le oiga...

En el pasillo volvieron a detenerse. A lo lejos, en una tabla sobre caballetes, un mesero con chaqueta a rayas empezaba a servir el café que beberían los ayudantes del primer turno y los funcionarios citados por El Señor a las siete. Casi invisible en el contraluz, Gómez Ancla d...

–Hemos tomado una decisión, general. Hemos pensado mucho antes de tomarla. Duele un poco dolorosa, se quiere, pero necesaria... –y lo miro.

A Del Valle se le oscurecieron los ojos al advertir a que "decisión dolorosa" aludía el Presidente. Gómez Ancla advirtió cómo se le perdían en la penumbra de las anchas cejas.

–Entiendo, señor.

–Hay que detener al general Trujillo. Detenerlo sin que capture como... La reacción debe ser certera. Preferible unas horas le sanee en Barlovento o cerca que alborote al país, mañana. Cuento por lo tanto, señor Ministro...

Yo quisiera, señor Presidente...

Lo callo ahora, asustado y loco, con un seco gesto de autoridad en la cara de yesca.

¿Considera que es una desproporcionada decisión la que ha tomado el Ejecutivo...?

–Desde luego que no, señor Presidente.

–Su amistad, sus compromisos personales con el general Salvador Trujillo, ¿pesan más en usted que su lealtad al Supremo Gobierno?

Proestó Del Valle, ngido:

–No, señor. Como soldado de la República que soy...

–Entonces, general, acabe con el problema... Bonne y Barcoven no deben seguir siendo nucleos de agitación... El país exige tranquilidad para gobernar y justicia social, y es nuestro deber garantizarlas... Hay hombres de una honradez a toda prueba que no saben esperar o retirarse a tiempo de un mando y que no saben esperar o retirarse a tiempo de un mando y que no saben esperar o retirarse a tiempo de un mando y

nódicos. ¿Sería capaz Del Valle de llamar a Trujillo y ensayarle? "Teodoro Gómez está allá para impedirlo. Consideramos anoche tal eventualidad. De producirse, sabe cómo proceder. Entonces perderíamos no uno, sino dos amenazados divisionarios. Hasta ahora, en tanto que el mismo de Guerra y Defensa, Radamés ha encargado solamente su obediencia al Gobierno Federal que yo presido. Hace falta que contemos también con su complicidad. Para resolver el problema que nos plantea Salud Trujillo en Barlovento, bastaría instruir al Comandante de la Zona Militar o a los policías de Caracas. Aplicarle la ley de fuga, matarlo, en una emboscada y acreditársela a la guerrilla, sería fácil, pero no útil. No quiero un asesinato, sino un escarmiento, una radical acción ejemplificadora: dejar constancia de que no estoy dispuesto a tolerar que se me desafíe. Cuando Del Valle me entregue la cabeza de su amigo Trujillo, empezaremos a creer que nos es leal"

LA FINCA de Contoy fue borrada del mapa de Barlovento. Entre el fuego de los incendios desapareció prácticamente el pueblo del que tomaba nombre. En el *Parte* que el general Teodoro Gómez rendía a través del Ministro Del Valle a don Aurelio, se consignaba un dato que jamás sería confirmado: incluidos mujeres y niños, el número de muertos pasó de tres mil. Inteligencia Militar documentó, filmándola de principio a fin, la operación que se unificó al anochecer del miércoles y concluyó al clarear el jueves.

—Trujillo, ¿cómo se portó, general?

Sin emoción en la cara plana, informó Del Valle:

—Como un soldado...

—¡Un buen soldado de la República, don Saúl!

Sí, señor.

Debemos, pues, rendirle los honores que merece un distinguido jefe militar... ¿Su cadáver...?

—En el Hospital Militar de Barlovento, con los de cuatro de sus hijos y dos de sus yernos...

—La viuda del general, ¿ha sido localizada?

—Llegará mañana. Está en Nueva York.

—En mi nombre, general, recíbala en el Aeropuerto y haga traigala acá para que mi esposa y yo le presentemos nuestras condolencias.

Sí, señor... —Ya para irse, el Ministro del Valle preguntó: —¿Nos hará el favor, señor Presidente, de ver la película que hicimos en Contoy?

—Esta noche, general. Con gusto.

Verá usted el grado de adelanto técnico que ha alcanzado ya nuestro Glorioso Instituto Armado... Con orgullo, viéndolo en acción, podemos decir que está a la altura del mejor del mundo.

—General del Valle...

—¿Señor?

—Cuide que no se festeje lo sucedido. Gratifique a los oficiales que intervinieron en la Operación y dispérselos por la República... Igual a los elementos de tropa... La Prensa Nacional nos ayudará con su discreción. El general Saúl Trujillo, sus hijos y sus yernos perdieron la vida al resistirse a ser secuestrados por una siniestra banda de delincuentes comunes, a lo que ya se atribuye, ¿eh?... No tiene caso alarmar al país propalando aquí los infundios que en el extranjero nos hacen parecer como una nación desordenada, con guerrillas en la montaña y comandos en cada esquina...

—Me retiro ya, señor Presidente...

Por la noche recibió, juntos, al Ministro del Interior, Camacaro, y al vice-Ministro Teodoro Gómez, que vestían de uniforme de faena. Camacaro informó:

—He hablado, personalmente, con los directores de

los medios, señor Presidente. Se hablará apenas lo necesario de lo que, por desgracia, sucedió en Convoy... En cuanto a los asesores...

¿Cuántos quedaron vivos...?

Intervino Teodoro Gómez:

–Nueve, señor Presidente: tres, están heridos... Se les interroga en el Campo Militar.

–¿Cayeron todos, general...?

Imposible asegurarlo, señor, porque desconocíamos cuántos eran exactamente... Si algunos escaparon, no llegaron lejos...

Marco Tulio Cimarrosa pidió al Presidente que lo relevara del compromiso de quedarse a ver la película que del Ministerio de Guerra acababan de enviar. Debía volver a su oficina y... Teodoro Gómez permaneció en la Sala de Proyección. La Primera Dama se reunió con su esposo. Cuando en la pantalla aparecían los hombres que maniobraban las lanzallamas con uniformes militares y animales para que los creyera tales, esas piezas judiciales debían ser abatidos sin piedad. Armando [illegible] para [illegible] camino al cuarto de baño.

Muy tarde, pelota endiablada, apareció en La Hacienda de don Aurelio. Sentado a los pies de la cama, se sacó las botas, los pantalones, esas medias, esos interminables ligueros que usaban los militares para que no le subieran las balas de la rodilla. ¡Qué sangre, cuánta sangre!

–Oh, mi señor, ¿cuánta sangre, cuánto dolor...?

¿Por qué, por qué?

Empezó a llorar, a sacudirse. Don Aurelio trató de apaciguarlo, rodeándole con los brazos los hombros, diciéndole cosas por la piel y el amor de las que por muchas que hubiera no podían cubrirlo:

–Hemos salvado a la República, querido, eso existe sobre todo. Nos hemos librado de un gravísimo peligro. Esta vez nos hemos librado de una revolución que tenía por base, para empezar, el general Salud Trujillo... Tarde o temprano, usted lo sabía, nos

iba a tocar, o Trujillo o el país... O ellos, los que murieron, incluidos los niños, las mujeres y los viejos, o nosotros, y con nosotros, quizá, cientos de miles más.

–Una cosa: mañana vendrá a vernos la viuda de Salud Trujillo para recibir nuestro pésame... Le ruego que esté conmigo.

Armandito fue dejando de sollozar. Como siempre, las palabras de don Aurelio, que esa madrugada olían mucho a whisky, lo habían tranquilizado. Empezaba a tener sueño. Era tan tierno su señor...

TOMARON ASIENTO: tenso, el general Del Valle. Indiferente, en espera de que empezara a hablar, el señor Ramón Ávila.

Además de saludarlo, señor Presidente, he venido a pedirle un favor.

Diga usted, general.

Sucede, señor Presidente, que a partir de esta mañana se ha iniciado en el Ministerio una investigación que, sin querer nada a perjudicar su buen nombre, ha sembrado de dudas [illegible] de [illegible] que [illegible] Sucede, señor...

Hablaba en un bronco susurro, con la voz baja, abochornada. Cruzada la pierna y sobre las rodillas las manos que no conseguían evitar su temblor, Gómez Ávila se limitaba a escuchar a Ramón del Valle que insistía en repetir que salió por la puerta de su empleado y que nunca podía notarse, por sus gestos, que había aprovechado del cargo de Ministro de Guerra y Defensa para ganar un peso. Negaría, claro, negaría que Del Valle, revendía a los gobiernos de los países vecinos, y a los grupos guerrilleros que a los gobiernos hostigaban, armas, municiones y ediciones enteras de uniformes que, supuestamente, robaban a los cuarteles del Ejército. Pero ¿no? ¿Cómo no sospechar

que entregaba las jefaturas de las aduanas militares solo a quienes podían pagar por ellas, y no a quien tenía derecho, a ocuparlas por antigüedad en el servicio o capacidad técnica? ¿Podía negar don Radamés que coroneles y mayores de su confianza, concedían interesada protección a los extranjeros que en las cordilleras del norte, en las ocultas hondonadas del Occidente, cultivaban amapola de opio y marihuana? ¿Autorizaba o no Del Valle que sus hijos, sobrinos, cuñados y favoritos, usaran aviones militares para traer al país sus contrabandos, y las bodegas de [illegible] sus amigos y socios guardaban?" Si sabía lo que sé de él, si por cálculo, para tenerlo leal y manso, le permitía cometer tantas raterías, ¿por qué viene Radamés a hablarme ahora de manos limpias y conciencia tranquila, a pesar de que tiene una y otra llenas de sangre, de mierda y de millones, eh? Si robó tanto, y tanto, autorizó que robaran, ¿por qué no aguanta el ventarrón sin flaquear?"

Hmmm

Lo grave del caso, señor Presidente, es que en el fondo es a usted a quien buscan dañar. A usted más que a mí.

Sintió Gómez Ávila, con un súbito arqueamiento de cejas, que las palabras del general Del Valle lo sorprendían.

"¿A mí, por qué ...? Estoy tranquilo, general. Pueden decir lo que quieran. Que alcen la puntería si gustan."

Del Valle parecía estar confuso por la actitud de don Aurelio. Había creído que iba a alarmarse, que le iba a preocupar saber que empezaban a ser investigados ciertos manejos en el Ministerio de Guerra y Defensa. Está tranquilo porque con él, con su querida, con su mujer y con sus protegidos, no se meterá el doctor Ávila Puig. Yo, en cambio, estoy al descubierto"

–Señor, yo tengo una familia que proteger, y una carrera intachable . Algo queda cuando lo cuestionan a uno, señor...

¿Cómo puedo ayudarlo, general?

–Haciéndole ver al señor Presidente que por diferencias personales que vienen de nuestros días de cadetes, su Ministro de Guerra y Defensa, El Bizco Correa se quiere cargar la mano... Descubriéndole también que el muchacho que tiene ahora de Jefe del Estado Mayor Presidencial, el alumno Tiberio Damasco, tiene cerrados arreglos de dinero con el general Correa... Una palabra de usted a don Víctor, y la investigación se acaba .

¿No ha considerado, general Del Valle, la posibilidad de que El Señor Presidente, no el general Correa, haya ordenado esa investigación de que me habla usted...?

–¿El Señor Presidente? ¿Por qué él? ¿Qué le he hecho yo? Nos hemos tratado apenas, como a usted le consta.

–Tal vez el doctor Ávila no le haya perdonado lo que le hizo usted cuando él era candidato a la Presidencia.

–¿Eso? Lo he visto varias veces y siempre me trató muy de buenas... ¿No me felicitó delante de todos, y me dio un abrazo, después de mi discurso en el banquete que le ofrecimos los Veteranos de la Revolución para agasajarlo?

Que le haya felicitado, o abrazado, no significa que lo haya perdonado por aquello, general... O que le haya olvidado, siquiera ..

–Él es político y entenderá, señor...

Cuando lo dejó usted desamparado, no lo era todavía, general Del Valle.. Después del incidente con los estudiantes en Ciudad Aldama, el Doctor Ávila Puig quedó desprotegido, y en serio peligro ..

¡EL COLÉRICO manotazo del general Radamés del Valle hizo saltar la taza y unas gotas de café se desparramaron sobre la cubierta de cristal de la mesa del Presidente Dr. Aurelio interrumpió la acción de beber y miró por encima de sus pequeños lentes oscuros al Ministro de Guerra y Defensa. Lo escuchó preguntar:

¿...? por qué el hijo-de-la-gran-puta no pidió también un minuto de silencio por los hombres de mar, por esos cadáveres que los estudiantes nos han matado, humanos?

Don Aurelio Gómez-Anda dejó la taza en el centro del plato. Colocó éste, suavemente, junto al viejo tarro de cerveza que le servía para guardar sus lápices y los lápices amarillos de su preferencia.

A mi parecer, Ávila Puig procedió correctamente, aunque ello no significa que su actitud deba agradarnos a todos... Al pedir un homenaje de respeto a la memoria de los estudiantes que han muerto en circunstancias algradas, no estaba, de ningún modo, así lo veo yo, reprobando la acción del Ejército... Estaba, acaso, tratando de conversar la renuente animadversión de la juventud estudiosa en un momento muy difícil y con el mejor logrado con lo que dijo... Al menos eso se deduce de lo que los periódicos han publicado al respecto... En mi opinión, procediendo con tal tacto político, el doctor Ávila cerró una brecha comenzó la ardua labor de [illegible] Que les haya dado una poca de coba, ¿importa ya, general Del Valle...?

–Para las Fuerzas Armadas, mucho.

–Te [illegible] salió bien, sobrará el Presidente [illegible] había necesidad de dispersar siquiera un tiro.

Secamente, el Ministro miró a Gómez-Anda y luego a Plutarco Canto, director del PUR. Los podían decir lo que quisieran, pues para eso eran políticos, pero él tenía sus propias convicciones y no iba a permitir que lo enredaran con su palabrería, con sus cuentos de embaucadores.

Con un seco enérgico movimiento, Radamés del Valle dejó la silla.

Señor Presidente: las Fuerzas Armadas han resuelto retirar todos los efectivos que habían facilitado al Partido para proteger al candidato y a su comitiva... También el equipo de vigilancia, apoyo y transporte aéreo... Las órdenes han sido ya despachadas, que ahora cuiden al doctor Ávila sus amigos los estudiantes... Nosotros, nos vamos... El retiro de los elementos militares se iniciará a las cero horas de mañana, señor... –dijo el Ministro".)

LE MOLESTABA la insistencia de Radamés del Valle en hacerle sentir, con sus palabras y también por la forma en que las decía, que ahora lo consideraba protector suyo. "Una cosa es que le haya permitido enriquecerse para asegurarme su lealtad, de igual modo que me asegure la de otros generales por la misma vía, y otra es comprometerme a abogar por él ante quien, como Ávila Puig, sólo busca pruebas para seguir exhibiéndose como promotor de esa supuesta desaforada corrupción que denuncio demagógicamente en su discurso... ¿Que tiene ya el general Del Valle, si la mayoría de sus millones los puso a salvo en el extranjero, invertidos en bonos y haciendas, o reposando en secretas cuentas bancarias? ¡Si al menos, con cierto sentido del patriotismo, los hubiera dejado en el país que se los dio...!

–Como dicen los pasarus, señor Presidente: usted y yo vamos en el mismo caballo y para que no vaya a lastimarnos debemos agarrarnos hasta con las uñas...

Con un un leve cabeceo, Gómez-Anda le hizo saber que en efectos ambos eran iguales en peligro. Seriamente, como si le sobraran temores, dijo.

Investigación de tal naturaleza, solo el Presidente puede detenerla ...

Ansioso, lo apremió Del Valle:

–Háblele pronto, señor. Correa nos tiene ojeriza ... Ha alzado un chisme contra mí y el Presidente, es capaz de tomarme ojeriza y arruinar mi vida de soldado ...

Veremos, general, qué puede hacerse.

Como don Aurelio, también se levantó Radamés del Valle:

Me pongo en sus manos, señor.

–Algo se nos ocurrirá ...

Impulsivo, Radamés Del Valle abrazó a Gómez-Arana. "Jodase ahora, mi general ... No es justo que quien sabe tanto como usted se marche a disfrutarlo tranquilamente.

Luego, el general de las cuatro estrellas le sacudió la mano:

–Estuve seguro, señor, de poder contar con usted, para lo que fuera, hasta el final.

Así es, general: hasta el final...

15

A los diez minutos, Tomás Vallado Fájer no tuvo más palabras qué decir y, luego de mirarlo como disculpándose por su total incapacidad para mantener vivo un diálogo duradero, procedió a beber despacio, casi sin ganas, el champaña que al llegar le sirvió el mayor Fraga. "No es que Tomás se aburra pronto; sucede simplemente que es aburrido", había dicho de él Gómez-Arana y Armandina, primero, y luego todos los que se enteraron, convinieron que El Señor animaba al defunto, el modo de ser de su Ministro de Minas y Petróleo.

–¿Quieres que apague esa lámpara, Tomás?

–No es necesario, Aurelio.

La luz está molestándole.

El resplandor le hacía llorar el ojo izquierdo y Tomás Vallado Fájer se lo protegía discretamente. Cuatro años antes había padecido una severa operación de cataratas y desde entonces, por orden del médico y por comodidad propia, prefería no exponerse, o exponerse lo menos posible, a la luz directa para evitar el fluir constante de las lágrimas y el dolor que por horas se le quedaba en las sienes. En su despacho del Ministerio trabajaba en penumbra. Los ventanales habían sido pintados de negro y cubiertos por cortinas de tela metálica. Secretarios y subordinados conocían mejor la silueta que el rostro de El Supremo. Se le presentó en una caricatura memorable como "El Hombre Oscuro" –una sombra en la neblina;

un funcionario sin relieve; alguien de quien se hablaba apenas y al que pocos, muy pocos, conocían.

Es verdad, no...

Esa amable pasividad de Vallado Fajer impacientaba a don Aurelio. "En todo ha sido así: sangre de atole. Aguantador hasta la indignación. Alma de Dios de un bueno... Si agrime de ese modo, carajo, ¿por qué no se cambia de lugar o permite que...?" Gritó:

–Mayor Fraga...

–Señor.

–Haga el favor de apagar esa lámpara.

Intercambió con Vallado:

–Aurelio, no es necesario...

Se sintió mejor cuando Fraga apagó la lámpara. Con los dedos fríos que habían sostenido el vaso, retiró del lado izquierdo de su cara las lágrimas constantes. Entre sus rodillas colocó un pañuelo de papel. Sabía que iba a conocer ese agrio malestar en el estómago cuando aceptó beber con quien había sido su jefe diez años y, desde muy jóvenes ambos, su amigo toda la vida. "¿Cómo decirle no a Aurelio, hoy que está solo y, me doy cuenta, triste?". Gómez Anda lo vio sacar de una bolsa del chaleco la cajita de oro con las iniciales TVF en la tapa, abrirla y, como si fuera rapé, tomar una pulgarada de polvo blanco.

–¿Tú gastritis...?

–Peor que nunca, hoy...

Por la tensión, Tomás...

–Eso creo...–Vallado Fájer depó sobre su lengua el polvo que le hacía tolerable la molestia.

–Ya pasó todo, Tomás... Ahora sí, a vivir en calma.

–Te lo has ganado, Aurelio.

Después de mucho tiempo de no hacerlo, Gómez-Anda bebió un trago moderado de la Crema de Ron Tiba, reconfortaba. Vallado Fajer lo escuchó ajustar,

chac, chac, la dentadura falsa. La luz de la otra lámpara, situada atrás y un poco a la derecha de don Aurelio, hacía resaltar el relieve de los huesos bajo la piel delgadísima de las mejillas. "Se le ha ido haciendo como de cuero el pellejo... ¡Cuánto lo consumió la Presidencia! No, la Presidencia, no. En ella lucía enero, lleno de vida, ardoroso. Se lo han comido estos meses olvidos. Más que yo, él es quien necesita descansar, reponerse, no pensar ya en lo que hubo antes. ¿Podrá?" Volvió a mirarlo con certa curiosidad. "Llegó a contarle alguna vez?" No tener la certeza lo mortificaba. "Con Aurelio, ¿quién estuvo seguro de algo? Por amigo que fuera suyo, ¿quién llegó a saberle los secretos a su juego?"

Descansar, sí, lo he pensado; tal vez dentro de un tiempo.

Dormir ocho horas. Vivir un poco para ti.

Le entregó a unos semejantes a los suyos, sus ojos oscuros, algo apagados, ojos de quien recordaba mucho por mucho haber visto con ellos.

–¡Vivir un poco para uno...! Cuando estás viviendo para los otros, ¿no lo haces también plenamente para ti, Tomás? ¿Y qué es, después de todo, vivir para uno...?

Después de la comida, el Presidente Gómez-Anda propuso al vice-Ministro de Guerra y Defensa que lo acompañara a caminar por el jardín de la Casa del Poder.

–Es magnífico para la digestión, general.

–Lo es, señor Presidente –dijo Teodoro Gómez, abandonando sobre la mesa la servilleta.

Al verlos aparecer, acudieron rápidamente y rechazados por un gesto de Gómez-Anda se retiraron después. Los guardias que cuidaban la seguridad de ese fresco sector del parque. Meras presencias alertas recortadas tras las estatuas, copias de obras famosas, que se blanqueaban

sobre los prados o verdeían entre los follajes, algunos vigilaban sus pasos. A no pocos de los más antiguos en el servicio de Los Arcos, les parecía increíble que El Señor saliera a pasear bajo el sol de la tarde sin su sombrero de ala ancha o su blanco casquete. Uno y otro en silencio, don Aurelio y el general Gómez caminaban entre el olor a hierba y los rumores del bosque.

–Triste cosa... –dijo de pronto don Aurelio, suspirando como si recordara, entre una placidez, alguna razón de pesadumbre. –Triste y preocupante cosa, ¿no le parece, general?

Para no arriesgarse a contradecirlo, el vice-Ministro replicó:

–Triste cosa, en efecto, señor.

–Y, según yo la miro, irremediable... ¿O le ve usted algún arreglo, general?

–Usted, señor Presidente, ¿se lo ve?

–Me pregunto a veces, cuando pienso en ello, si la culpa no será mía... ¿Lo es, general?

–No lo diría yo, señor.

–Debe, entonces, ser de las circunstancias.

–Obra de las circunstancias, señor Presidente.

Una de las ciervas se acercó a Gómez-Anda y golosa le buscó las manos. En la palma de una su lengua halló el cubo de azúcar que el Presidente nunca olvidaba llevarle. La acarició don Aurelio y con un golpecito en la grupa la obligó a despejar el sendero.

Sin embargo, general, esta crisis de valores me preocupa... Pensando cómo resolverla, he pasado, si usted supiera, cientos de noches en blanco... ¿Dónde está la falla, dónde me he equivocado y por qué?, eso me pregunto.

–Ah... –Como Teodoro Gómez no tenía idea de qué le estaba hablando el Presidente, prefería ofrecerle la más atenta de sus expresiones.

Cariñoso, don Aurelio se apoyó en el brazo del general y así, caminando lentamente, continuaron hasta más allá de la pilera de las truchas.

Los hombres realmente preparados de que disponemos, se cuentan con los dedos de una mano... Quiero decir: hombres capaces de gobernar este país con la firmeza, la sensibilidad y el talento que demandan nuestros numerosos y complejos problemas, ¿no es así?

Totalmente de acuerdo, señor.

Iniciaron el retorno. Al caminar, don Aurelio se veía las puntas relucientes de sus botines de charol. Tocados por un rayo fugaz de sol, centelleaban a veces los botones de la guerrera del general Gómez.

En tiempos normales, consideraríamos seria tal carencia, aunque no demasiado... En estos ya cercanos a la renovación de los mandos, cuando nos falta poco menos de un año para que nos vayamos, alguien proporciones alarmantes, ¿eh?

–Sí, señor.

–Catastróficas, diría yo... ¿Por qué escasea a tal grado el buen material humano?, ¿por qué... si, en estos nueve años el Presidente Gómez-Anda ha abierto caminos a los talentos, ha creado condiciones para que esos talentos se desarrollen, se multipliquen y se perfeccionen, y ha ofrecido oportunidades para que los más capaces de nuestros políticos y funcionarios puedan mostrar lo que realmente son, lo que auténticamente valen...? A tales enigmas no tengo respuestas, querido general. Una cosa es, sin embargo, indiscutible: el país, demanda seguir marchando; ne-ce-si-ta continuar avanzando. No estancarse; menos aun, re-tro-ce-der...

Se detuvieron. Agudamente Gómez-Anda miró a la cara del vice-Ministro.

–Retroceder, no. Nunca, señor Presidente.

–No avanzar es una forma de retroceso, quizá la mas

lamentable y peligrosa... La desconfianza cunde. La fe en nuestros hombres mengua. No, estamos debilitando, general.

–Así es, señor.

Reanudaron su despaciosa marcha por los senderos divagantes de Los Arcos. En una banca de cemento pintada de color verde musgo, varias ardillas comían bellotas. Entre las ramas de un laurel, hubo un aleteo y, luego, el graznido de un pavorreal.

–Estas últimas noches me he preguntado cuál de mis ministros, quién de entre los hombres disponibles, poseía los méritos, las calidades, la capacidad para, en su momento, ocupar la Presidencia de la República después que llegue el día en que deberé marcharme.

–Para ese día falta todavía mucho, señor...

–¿Cómo dormir tranquilo, general, aunque aún falte tiempo para que amanezca el día de la toma de las decisiones, si el futuro, si el panorama humano, se nos ofrecen tan desconsoladores...? Bajo nombres y, si, son buenos, ¡parecen buenos!, sin embargo.

–Ah... –Teodoro Gómez pensó: "¿Esperan que por mi conducto las Fuerzas Armadas sugieran a la persona que les gustaría ver favorecida por la decisión del Presidente y del Partido Unificador Revolucionario? O por el contrario, ¿querrá que yo, como vice-Ministro del ramo, lleve a los Jefes y Oficiales la consigna de a quién deben proponerle?"

Siempre a paso medido, tomaron una de las veredas descendentes que convergían en esa especie de plaza pueblerina cuyo centro ocupaba la capilla de muros de piedra en la que los domingos por la mañana oía misa La Primera Dama. En el rebalde húmedo de la fuente zureaban gordas palomas colipavo junto a negros cuervos criollos y en medio de sus graznidos, Gómez-Anda estaba seguro de haber aprehendido la curiosidad de Teodoro

Gómez. Dudaba, sin embargo, un poco todavía. ¿De qué modo, con qué palabras lo suficientemente ambiguas para que después no le fueran reprochadas, exponerle su plan? Luego de los ajustes y cambios que en los días del general César Darío le fueron hechos al Texto Constitucional, ningún ciudadano Presidente podía cumplir un tercer período consecutivo. Para presentarse una vez más como candidato a la Suprema Magistratura, debían transcurrir diez años, durante los cuales le estaba prohibido desempeñar cargos públicos, por modestos que fueran, o realizar actividades legislativas. "¿Con qué vida esperar tanto tiempo? Mi influencia de hoy, ¿seguirá siendo considerable dentro de dos lustros?" En la duermevela de la víspera encontró la idea. Muchas horas estuvo revolcándola en su elusivo sueño. Al despertar de madrugada la encontró aún viva, fija, en su cabeza. "Buen síntoma". Más que buena, era magnífica; una de las mejores que se le hubieran ocurrido. Nada tenía que perder. Para convertirla en actos, necesitaba un colaborador; alguien que fuera por igual fiel a él y ambicioso. Invitó a comer al general Teodoro Gómez.

–Me pregunto, general, ¿es justo para el país que el Presidente, por no disponer de elementos adecuados y sólo porque así la dispone la Carta Magna, señale como sucesor a un hombre que carece, en la medida que el cargo demanda, de madurez y experiencia, a un hombre que quizá diga que es patriota pero que no ha tenido oportunidad de demostrarlo...?

El vice-Ministro trató de entender esas palabras, un tanto oscuras, que el Presidente Gómez-Anda acababa de pronunciar. ¿Iría a producirse, tan temprana mente, la revelación? De ser así, ¿a qué lealtades futuras pretendería comprometerlo Gómez-Anda haciéndolo depositario de El Nombre? Alerta, aguardó. Cauto, dijo:

–No es justo, señor.

Eso opino yo, general... ¿Por qué ha de irse, luego de dos términos constitucionales, el Presidente que ha probado ser bueno...? El político experimentado, el que ha servido a su país en Palacio Nacional o en esta casa, es el titular de la gran experiencia: la memoria de su especie. El que recuerda, el que no permite que el olvido nos obligue a tropezar con nuevos, que son los mismos antiguos errores... Que la reelección tenga un límite es perfecto. Nos libramos así de malos gobernantes; pero ese límite, por otra parte, no se impide por un mero reconocimiento conservar a los que son aptos.

–Esa experiencia, señor, no debe desperdiciarse.

Sin mirarlo ahora, ofreciéndole el perfil, añadió el Presidente:

–Concedo con usted, general Gómez. Es demasiado valiosa para mandarla al asilo. Mas, ¿como aprovecharla, si quien la ha atesorado, como es mi caso, debe retirarse... como también es mi caso?

Teodoro Gómez conoció en ese momento la vanidad de estar convirtiendo se en personaje de la Historia de la modesta Historia Nacional, al proponer:

Modifique la Constitución, señor Presidente.

Fue de fingida sorpresa la expresión que le encendió el rostro al Presidente. Para mortificar a Teodoro Gómez habló, golpeando un poco las palabras:

–General: nuestra Carta Magna debe ser respetada en ése, y en todos sus puntos fundamentales... Modificarla para que yo o cualquier otro pueda seguir en la Presidencia de la República un tercer, un cuarto períodos, equivaldría a negar una de las más sabias, si no la mas sabia, decisiones de índole política tomadas por Cesar Dario... No, general Gómez. Yo no me atrevería a enmendarle la plana al Constituyente ni a perpetuarme tampoco... Habría que buscar, en todo caso, otro camino; hallar una alternativa menor...

¿Ha pensado ya, señor, cuál podría ser?

Don Aurelio pareció buscar en su cabeza, las palabras que ya tenía listas. Dijo después que avanzaron en otro silencio, un medio centenar mas de pasos:

–Se me ocurre que el Jefe del Ejecutivo podría prolongar su administración de modo por demas necesario y legítimo solamente en caso que se presentaran insoslayables situaciones de fuerza mayor, general... ¿Qué estaríamos obligados a hacer, si una situación de esa naturaleza se planteara ante nosotros...?

–Pues, señor Presidente...

–De producirse, es lógico que tal situación modificara el orden de las cosas. Pondría en peligro las instituciones. Amenazaría la paz social, tan sólida, de que disfrutamos. Desquiciaría los mandos... y por todo ello nos forzaría a la toma de ciertas decisiones radicales, pero urgentes y justas...

Más curioso ahora, el vice-Ministro demandó:

–Para usted, señor Presidente, ¿cuál sería una situación de fuerza mayor que podría originar tales contratiempos...?

–No una guerra, ciertamente, general, si en eso está pensando. Nada de eso. Tampoco una revolución armada...

–¿Entonces?

–Digamos una alteración temporal del orden interno... Nos hallaríamos así, muy a nuestro pesar, en lo que podríamos definir como Estado de Emergencia...

–Ah...

–Mejor que yo, lo sabe usted, general, de un año a la fecha ido enrareciéndose la atmósfera en el país... Padecemos violencia en el interior... No solo en las áreas rurales, también en las urbanas, la actividad guerrillera se ha recrudecido... Los campesinos sin tierras, fácilmente manejables por los demagogos, invaden predios y al ha-

cello ponen en alarma a los responsables de la producción agrícola, los propietarios, sean mayores o modestos... En las metrópolis se hacen correr embustes, se auguran desastres, se vaticinan devaluaciones y otras calamidades, infundios que, para desgracia nuestra, encuentran eco más allá de las fronteras... El dinero, lentamente todavía, ha empezado a huir al extranjero... El ciudadano ahorrador, desconfiando del Gobierno a causa de tantas patrañas como se le dicen en cafés y mentideros, retira su plata de los bancos y debido a ello la actividad se deprime o se paraliza del todo en muchos sectores... Cuentan por ahí, general, para explicar tales resquemores, que el pueblo, el hombre-de-la-calle, no cree ya en nada... Se equivoca, cree en todo y por eso se comporta de modo tan censurable... Nos amenaza una vez más, general, ahora sí muy seriamente, el fenómeno de la desestabilización. Hay intereses muy poderosos, de fuera y de dentro, confabulados en contra nuestra... Potencias que codician lo que poseemos, petróleo, minerales, materias primas variadísimas; pero, sobre todo, petróleo, petróleo...

Mucho petróleo, señor.

Añadía el Presidente:

–A los ojos del mundo damos la impresión, estúpidamente, de que damos la impresión, de ser incapaces de manejar nuestro país... La impresión de haber sido desbordados por ciertos problemas que para los que carecemos de adecuadas soluciones. La impresión, por último, de andar a ciegas... Eso es muy peligroso, general Gómez... Guerrillas, violencias, encuentros, fuga de capitales, desconfianza popular, artificial carestía, especulación organizada por los malos comerciantes, incertidumbre, falta de inversiones en la industria y el campo, todo ello, general, es indicio de que algo muy grave podría ocurrirnos más pronto de lo que suponemos... Yo

me pregunto: a la vista de nuestras irregularidades, reales unas, abultadas las otras, ¿cuánto tiempo duraría la paciencia de las Fuerzas Armadas...?

–Las Fuerzas Armadas son institucionalmente leales al Gobierno, señor.

Se interrumpió, asintió Gómez-Anda.

–Lo han sido, en verdad... Sin embargo, se puede advertir un fermento de inconformidad entre los señores oficiales a los que no los dejan progresar los viejos del Ejército, los incompetentes incrustados, al parecer vitalicamente, en los mejores o más productivos cargos. Esos descontentos están siendo contenidos desde el exterior y por elementos de lo más negativos del interior. Según mis informes, no pocos de tales jefes escucharían con gusto, como si dijéramos, el canto de las sirenas... De no ser cierto lo que le digo, general Gómez, nunca me hubiera ocupado de comentarlo con usted... El peligro existe.

Un cuartelazo a estas alturas, señor, es imposible.

–No debemos confiarnos, general. Hay que estar prevenidos.

–El Ejército lo está siempre, señor.

–...prevenidos no para repeler un ataque, sino para iniciarlo nosotros. Para hacer abortar cualquier intentona revolucionaria con una acción, esa sí parcialmente revolucionaria, y convenida debidamente. ¿Me entiende, general?

Cabeceó lentamente el vicesecretario. Luego dijo:

–¿Propone usted...?

–Propongo, general Gómez, organizar desde adentro y desde arriba, un movimiento cuya finalidad sería hacer ciertos ajustes; librarnos de cierto lastre como arrastramos; modificar las estructuras caducas y reencontrar el orden... Haciéndolo, convertiríamos en algo positivo lo que ya no lo es... El Ejército, de eso estoy plenamente

seguro, sería El Gran Arquitecto de esa victoria civil.

—Oh.

Luego del escudo, sería creada una Junta Reorganizadora de las Tareas Gubernamentales... El Presidente formaría parte de ella, asistido por dos prestigiados hombres de uniforme: usted, mi amigo, uno de ellos (con los tres colaboraría el Ministro del Interior... Esto, claro está, no es más que una mera especulación de sobremesa. Quisiera que lo entendiera usted así.

—Lo entiendo, señor. La idea podría funcionar.

—¿Le parece? Siendo así, nada perderíamos si usted, con la discreción que no es necesario recomendarle, sondeara el ánimo de sus compañeros de armas para averiguar con cuántos señores oficiales se podría contar, de cargarse las circunstancias.

Atardecía, porque había terminado por entender lo que el Jefe del Ejecutivo estaba insinuando, o intentando insinuar, el general Gómez ofreció hacerlo. Don Aurelio le pidió que no demorara mucho. El tiempo era el primer enemigo a vencer. Disponían apenas del justo para organizar Las Cumbres.

—¿Un mes, señor?

—Si pudiéramos vernos antes, mejor... —Lo tomó por los brazos. En su mirada había afecto, y en su palabra, vehemencia—. Todo será para bien. Esté seguro de ello, general...

—Lo estoy, señor.

TRES SEMANAS más tarde, el vice-Ministro de Guerra y Defensa lo visitó en Los Arcos.

—He hablado con la oficialidad. La mayoría, está de acuerdo en que ya va siendo hora de que alguien haga algo y corrija tantos errores... Hice una lista, señor.

El general colocó frente a Gómez-Anda una carpeta de cartoncillo azul sin marcas, escudos o leyendas, que contenía tal vez unos quince pagmas escritas a máquina. Don Aurelio miró los apretados renglones con aprensión, y luego al vice-Ministro con desconfianza.

—¿Cuántos son...?

—Sesenta y ocho, señor. De subteniente a brigadier.

Como si temiera que los nombres fueran a huir de las páginas en que personalmente los escribió el general, don Aurelio cerró la carpeta y, a manera de pisapapel, colocó sobre ella el tarro para beber cerveza que contenía lápices y bolígrafos.

—¿En qué disposición de ánimo os encontró?

—Favorable.

—¿Ayudarían, en caso que se les pidiera hacerlo?

—Como un solo hombre. Respondo personalmente de todos ellos.

—¿Qué tan abiertamente les habló...?

—Lo indispensable, en algunos casos muy especiales, nada más. En este tiempo que me pasé de un lado a otro hablando con ellos, detecté, en todos, impaciencia, ganas de progresar, inquietud social... Mayor serenidad entre los más viejos, como es lógico... Unos y otros, novatos y veteranos, reconocen que los cambios urgen... Alguno me llegó a decir, como si su intención fuera que yo le trasmitiese a usted su recado, que bien haría el Presidente si se apoyara más en el Ejército para devolverle al pueblo la confianza...

—A soldados, marineros, oficinistas, ¿tuvo ocasión de tratarlos...?

—El Ejército son sus oficiales, señor Presidente... Ellos son los que cuentan. La tropa obedece: tal es su deber... Créame o no, señor, fue entre los de la rama de la Aviación donde más impaciencia hallé.

—Bien...

–Señor, si me permite quisiera exponerle algunas ideas que se me han ocurrido, y en las que he estado pensando, desde que me habló usted de su conveniencia en servir a la República y encontrar el modo de [illegible] relativo a un plan de [illegible] de las Fuerzas Armadas. Y por último servir...

[illegible] ADAMSON por las noches, ya a solas o sentado a la mesa Gómez Ávila relería la carta que el vice Ministro de Guerra y Defensa le había llevado. "Si un hombre de sus calidades como [illegible] que mal anda el mundo con tantos decididos a sucumbir una aventura revolucionaria. ¿Que nuestro Instituto Armado carezca ahora de caudillos [illegible] peligrosa? El sagaz dice que ha terminado por convencerse una burocracia en conjunto es temible por el número de individuos que la componen y por las cargas que desempeñan." La sorprendía al encontrarse en cada página una, dos, a veces más, nombres de generales coroneles, mayores, capitanes, de cuya lealtad ya más dudoso tenía motivos para dudar. La amplitud de poder parece haber progresado tanto entre esa oficialidad como la ambición de riqueza. O, ¿no será como creía una [illegible] de la vejez?

También le enamoraba darse cuenta que tan alto nivel de Teodoro Gómez y sus amigos quedaba en el caso de que llevara a cabo ese proyecto que empezaba a parecerle disparatado. "Con ellos dominando todo las Fuerzas Armadas de aire, mar y tierra, ministerios y buros, vías de comunicación y empresas paraestatales como la [illegible] Gómez con el personal que ha entrenado para que se ocupe de esos menesteres, ¿cuánto tiempo me [illegible] creerían? ¿Cuándo se verían obligados a cumplir el [illegible] con [illegible] de obedecer mi autoridad? Siendo tantos, y

haber [illegible] tan estratégicamente [illegible] del Prestigio que a la Junta Reorganizadora de las Fuerzas Gubernamentales aportaría mi presencia en ella. [illegible] organismo consejo", terminaría exhortándome de pasillo [illegible] que encontraría [illegible] por [illegible] dudas".

Padecía angustia en el sueño. "Error, el que cometí al hablar con Gómez sobre este asunto y, de hecho, autorizarle a organizar los preparativos [illegible] Ha tomado las cosas absolutamente por [illegible] Basta oír cómo habla el ramillete de generales, ver cómo me trata siempre respetuoso [illegible] Me habla y me trata como si fuera [illegible] por ser sujeto en esta conservación puramente académica, teórica como si dijera eso, se hubiese [illegible] y dispuestas y armadas, como si fueran [illegible] Las ideas de esos generales llegan a decirse que es [illegible] excesivo el paso se corre si se [illegible] a quien conoce [illegible] os comprometedores.

Se le antojaba preocupado [illegible] distante esas cosas. ¿Con quién hablar de esos problemas [illegible] demanda el consejo? ¿Por qué temía cuentas cosas con nadie puede comentar el Presidente? ¿por qué teme que no lo comprendan, o que lo comprendan mal? De un crimen puedo tal vez discutir con Fermín Palermo. De esto, no". Encargo al Ministro Camarossa que prepare cuentas averiguaciones sobre algunos de los hombres de la [illegible] comandantes [illegible] cuyas órdenes acataban [illegible] de [illegible] de tropa. Tengo la impresión, Manuel [illegible] que esos oficiales [illegible] manipulados por los grupos de [illegible] sino que se ocupan de [illegible] y preparar la [illegible] Me [illegible] averiguar quiénes son sus amigos, cuáles sus deseos [illegible] los traidores de siempre, y cuáles sus compromisos".

Ninguno de los seiscientos ochenta y dos nombres que don Aurelio terminó por entregarle al Ministro Camarosa dejó de padecer el análisis de las computadoras. Los datos obtenidos fueron trasladados a los Bancos de Memoria del Ministerio del Interior y de allí a los expedientes confidenciales. "Todo sirve: si no hoy, mañana. Pero todo sirve". El minucioso quehacer secreto exigió semanas. Echarle agua a la lumbre. Apagar las llamas. Luego, remover las cenizas para que ninguna brasa siga ardiendo entre ellas". El Presidente evitó las visitas personales de Teodoro Gómez y redujo al mínimo, para que no resultara, los contactos por teléfono. Alguna vez el general quiso saber noticias sobre "nuestro asunto", y por respuesta recibió palabras: "Seamos en la paciencia de la espera", que no aclararon nada, pero que le parecieron prometedoras... Otros pasos debían ser dados, calculó Gómez-Anda, para corregir su error. "¿Error? No lo fue tanto, pues nos ha permitido averiguar calladamente, sin escándalo público, cuántos entre nuestros oficiales están dispuestos a la traición. Lo sabemos ya y conocemos sus identidades..."

Un día de acuerdo ordinario en Palacio, Gómez-Anda avisó al general Radamés del Valle que había resuelto implantar un sistema de rotación entre los jefes del Instituto. El ministro no pudo evitar un gesto de enojo. "¿Qué sabe de estas cosas el Viejo idiota?" Si en nueve años no había metido la nariz en los asuntos internos del Ejército ¿por qué ahora, y sobre todo: inspirado por quién, pretendía hacerlo? "¿Rotación, señor Presidente? Un poco de movimiento, general, para romper intereses creados y dar oportunidad a otros", y le entregó una página con los nombres de los primeros que debían ser removidos. Del Valle no se inconformó, pues ninguno de sus amigos figuraba en esa relación.

En un par de meses, los seiscientos ochenta y dos

habían sido desarrapados. Ninguna influencia interna para estorbar los cambios. Del Valle se ocupó de que las órdenes de El Señor fueran cumplidas rigurosamente. Cada general que cesaba de una provincia, era un punto de apoyo que se le quitaba a Teodoro Gómez, que, prefería pensarlo así Radamés del Valle, había perdido, o estaba perdiendo, por alguna razón que a él no le importaba averiguar, la simpatía, el largo afecto personal y oficial de don Aurelio. Cada coronel separado de su regimiento dejaba abierta una plaza para que la ocupara un colaborador del Ministro. De remotas guarniciones en páramos, selvas y montañas, el general hizo volver a los suyos y a ellas desterró tenientes, capitanes, mayores, del vice-Ministro.

De los más peligrosos (comandantes con fuerza política, generales de la aviación, funcionarios administrativos sin uniforme) se encargó Gómez-Anda. A unos, los envió al Servicio Exterior con sueldos tentadores. A otros, al retiro aunque no tuvieran edad de merecerlo. A los más jóvenes, empezó a corromperlos. Radamés del Valle preguntó: "¿No le parece raro, señor Presidente, que todos ellos sean gente de Teodoro"? Conociendo cuanto rencor existía entre Del Valle y Gómez, don Aurelio dijo: "El general Teodoro Gómez es un muy apreciado amigo personal mío, del mismo modo que lo es el señor general Radamés del Valle... Que los primeros oficiales a los que hemos cambiado de adscripción gocen de la amistad de don Teodoro, resulta ser una mera coincidencia. Nada extraño veamos en eso, general".

El vice-Ministro Gómez, luego de buscarla muchas semanas, logró al fin una charla en privado con el Señor Presidente. Le alarmaba, expresó en voz baja, que "nuestros amigos" hubieran sido separados por Del Valle, del lugar, o del empleo, de su poder. "Algo se habrá filtrado, señor, y Radamés está vengándose, arrumándolos... Pa-

sara de poco antes de que "estamos reagrupando, desarrollando su fuerza". Gravemente aceptó Gómez-Anda que así sería. "Tiempo pasará en efecto y pienso, general, que fue mejor. Los días están verdes y los problemas de nuestro hacer esperan soluciones políticas no soluciones militares." "Como usted diga, señor Presidente."

Un consejo general Gómez retiró de su cabeza ideas como las que habían estado merodeando en el terreno de la sedición. Mucho ha que la República debe considerar la censura la mejor panacea. Ávila Pug, orfebre de prosa, [illegible] Gómez acabó de murmurar: "Sí, señor Presidente". De vuelta en casa, el vice-Ministro pensaba: "Por qué este viejo le hace a uno sentirse culpable de las pendejadas que a él se le ocurren. ¿Cuánto pasará antes de que también a mí me cargue la mano y me arruine viajando a carretas? Sin consultarlo con su esposa, esa noche decidió: Hay que mantenerse quieto y mientras se viene el futuro. Hay que poner fuera de apuro los centavos que hemos podido guardar".)

EL MAYOR HACA había acudido a contestar el teléfono se había acercado después a interrumpir el silencio que mantenían unidos como su vieja amistad a don Aurelio y a don Tomás.

–Luis Felipe Ruiz, señor.

–¡Joder ... Dígale que no quiero hablar con él. Pero ¡dígaselo!

Venció Pajer su rechazo que Gómez Anda le supiera mas champaña. Mientras la hacía, amparó su estómago con un poco de pollo blanco que le neutralizaba la acidez. En su turno para no seguir bebiendo solo, abasteció de ron al ex-Presidente.

–¿Por qué Ávila Pug, Aurelio ...?

–Al final no tenía otra opción.

¡VOLUBLE, IMPREVISIBLE, de pronto perdido en delirios de redentor del pueblo, Ávila Pug se había convertido en un problema. Desoía los consejos de don Aurelio y, durante su campaña como candidato a la Presidencia, se rehusaba a recibir sus llamadas por teléfono. En pueblos y ciudades, campamentos y bohíos, Ávila Pug censuraba todo lo que había hecho el Gobierno Gómez-Anda y prometía enmendar los desaciertos. "Nada le parece bien a ese cabrón", resoplaba el Presidente al oír las grabaciones de sus discursos, al leer los titulares que provocaban en los diarios; al encontrar sus críticas, ya no veladas, en los informes que todos los amaneceres le hacían llegar a Los Arcos el Ministro del Interior. "Yo, Gómez-Anda, según dice él, soy quien propicia la corrupción, quien ampara a los prevaricadores, quien permite la que él califica de indignante desigualdad social".

El viaje electoral del ex-Ministro de Industrias y Desarrollo se había convertido, como Fermín Palermo lo calificaba, en una juerga de palabras, en un torrente de discursos demagógicos, en un prometer lo imposible y en un propósito de rectificaciones a la obra de quien lo había señalado sucesor. Una noche, Gómez-Anda decidió asustarlo en serio para que detuviera la lengua. Era necesario darle a conocer los peligros que lo esperaban si insistía en desoír los consejos del Presidente y en hacer las cosas a su muy personal manera.

Al doctor Víctor Ávila Pug, ya no podía hablarle directamente. Ensoberbecido, no quería admitir que con los arrebatos de su oratoria estaba causando daño al país, "un país, ¡puáh!, que todavía, aunque le pese, he de manejar yo un tiempo más". Para llegar a él, debía Gómez-Anda encontrar atajos, iniciar rodeos y valerse de recaderos oficiales, de personas que sin alterarlas por gusto, temor o conveniencia, entregaran al candidato las palabras exactas que le convenía.

Graves frases gritadas sin previa reflexion en un mitin del gremio petrolero (*"Si la Revolución tiene enemigos dentro, también los tiene fuera y muy poderosos... Las Petroleras no han dejado de codiciar nuestro petróleo: buscan recuperar lo que en el pasado creyeron que les pertenecía... Alguna pretende que yo le devuelva, cuando llegue a Presidente, el que tuvieron debajo de la tierra o en el fondo de nuestros mares... No sólo no expropiaremos nuestro petróleo, sino que, de alcanzar la Presidencia, propondré la total, la inmediata nacionalización de la Petroquímica"*) provocaron escándalo. Se encolerizaron los embajadores. Washington demandaba aclaraciones del Gobierno Federal. Los nuevos créditos que el Ministerio de Finanzas negociaba en los mercados de capital conocían inexplicables tropiezos y ni la promesa de mayores sobornos activaba su entrega. "Todo porque este imbecil de don Victor no sabe callarse a tiempo". ¿Podía hallar Gomez-Anda un mensajero, con mayor autoridad sobre Ávila Puig, que Miguel Rebul?, ¿sería capaz de rehusarse a discutir con éste el más decidido de sus protectores, el recado de don Aurelio que le llevara?

–El problema planteado por Ávila Puig con su discurso de hoy ha dejado de ser un problema de política local para convertirse en uno de política internacional. ¿De acuerdo?

–De acuerdo... –Continuaba Gómez-Anda.

Me permito invocarle, Miguel, para que a ese título como amigo y como Presidente [illegible] de este Gobierno, los servicios que me prestó a ayudar al doctor Ávila Puig para que tome la senda correcta, la que va paralela a los intereses Supremos de la Nación.

Si puedo servirlo, señor... –expresó el Director General Ejecutivo del Grupo Olid, Miguel Rebul.

–Se preguntará usted por qué don Aurelio, que todavía es el Presidente de la República, no trae su candidato para leerle la cartilla... Podría hacerlo, sí... Bastaría que tocara un timbre para que Ávila Puig estuviera pasado allí, dentro de un par de horas... No quiero que las cosas sean de ese modo. Me conozco y creo que empezamos a conocerlo a él... Ya sé que el doctor no admitirá que le llamara la atención. Terminaríamos irreconciliablemente enemigos y el país no merece que le hagamos eso...

–¿Qué desea que haga, don Aurelio?

–Ir a buscarlo. Aconsejarle prudencia. Tranquilizarle el entusiasmo. Pedirle que no insista más en lo que está insinuando y, sobre todo, Miguel, hacerle saber que si no se modera me obligará a tomar medidas, éstas sí verdaderamente drásticas y directamente personales.

Como en los grandes momentos, el rostro de Gómez Anda era en ese [illegible] de la mentira, vieja y sabia, que todos temían.

–¿Drásticas..., directamente personales?

Don Aurelio dejó de caminar. Rebul lo vio ocupar lentamente el sillón. La distancia a que se encontraban uno del otro hacía difícil el diálogo. Se acercó a Gómez-Anda. Permaneció frente a él como si estuviera recibiendo órdenes.

–He recordado cierto precepto constitucional que también aparece como ordenamiento estatutario del Partido... Según lo prevee El Libro, todo candidato a un cargo de elección popular puede ser desconocido por razones de fuerza mayor; incapacidad manifiesta o enfermedad grave... Se prevee también un plazo para hacerlo y sustituirlo sin necesidad de cumplir nuevamente con el tramite de selección... Estamos todavía dentro de ese plazo, Miguel... Dudo de otro modo que vaya a cambiar el Doctor Ávila Puig su actitud y a pesar de sus discursos, el Partido podría retirarle su apoyo desconocerlo... Sería muy lamentable que nos obligara a llegar

al extremo de cancelar su candidatura... Un candidato con infarto, un hombre con trastornos vasculares, no le conviene al país, obviamente... Ahora que lo vea, explíquele *a ese* señor que de tanto como se esfuerza corre el peligro de enfermarse... Dígale que los cardiólogos de la capital lo ven en trance de padecer un colapso del que no se recuperará. Dígale que la inminencia del mismo es tal, que ya está redactado el *Parte Médico* y que sólo falta escribir en él la fecha. –Por primera vez sonrió el Presidente de la República–. En una palabra: dígale a su amigo que no sea pendejo y que se calle, que se discipline y que espere la llegada de Su Tiempo... Aconséjele, por último, que desde ahora vaya preparándose para la ingratitud: precaución que uno debe tomar si se dedica a la política en este país de hijos de puta...

–Hablaré con el Doctor Ávila, señor Presidente.

La entrevista ocurrió a bordo del Tren Azul que el candidato llevaba meses usando para transportarse. Rebul lo abordó discretamente en Villa Ángeles y lo abandonó, seis horas más tarde, en Finisterre, donde lo aguardaba su jet particular. Esa misma noche rindió su informe a Gómez-Anda, en Los Arcos: Ávila Puig comprendía el verdadero sentido del mensaje. Aceptaba estar hablando temerariamente en algunos casos. Prometía la disciplina que a nombre del Ejecutivo había ido Miguel a exigirle. Agradecía, por último, la oportunidad de recomendarse que su amigo don Aurelio le reiteraba.

–¿Entendió que no se trata de cada persona?

–Claramente, don Aurelio, y puedo garantizarle que de hoy en adelante el doctor Ávila Puig cuidará muy bien, y pensará mejor, lo que diga...

EL FRÍO VOLVIÓ a molestar a Vallado Fáyer. Pasaría una noche malísima con el estómago ardiéndole a causa del

champaña. "Dentro de un rato me voy. Tengo las malgas entumidas. Por este día, ya cumplí con Aurelio". Dijo:

El Hombre se guardó la lengua, como si le ordenase, sólo para ganar tiempo... Para engañarte.

Así fue.

¿Por qué entonces no le pusiste un verdadero hasta aquí?

Profundamente respiró Gómez Anda. Desa cuenta extendió los brazos y dejó después que bajaran despacio como alas plegándose.

–Ciertas cosas pueden pensarse, incluso, decirse, pero no hacerse, Tomás... Siempre falla alguien, o algo, en su momento...

(PODEROSAMENTE, el *Albatros* removió el aire humedo le buyó con sus rotores negros y despegó de la pista de hormigón. Dibujó un círculo de ruido sobre la casa, la marina, el campito de golf, las canchas de tenis, hasta alcanzar la altura que le permitiría posarse en el helipuerto del Hotel Rey don Alfonso. El gran aparato con las siglas GO del Grupo Olid en los flancos penetró en el nubarrón que empezaba a hacerse casi translúcido.

Quizá un minuto después estallaron las luces, una se puso primero, blanca, luego roja y casi inmediatamente, negra. Todos vieron la claridad antes de escuchar el sordo eco de la explosión.

–No quedó nadie, señor...

Correspondió al gobernador Siano Epaminondas Servín informar por teléfono al Presidente Gómez-Anda que en Puerto Gardenia el balneario que era el mayor de los orgullos de su provincia, había ocurrido una catástrofe inexplicable que enlutaba, dijo, la campaña electoral del Doctor Ávila Puig.

–¿Nadie?

–Algo espantoso, señor Presidente. Ni un sobrevi viente.

A Servín le pareció escuchar algo así como el rumor de una respiración difícil. ¿O sería que Gómez-Anda, en su despacho de Los Arcos, desgarraba de flemas su garganta?

¿El Doctor Ávila?

No sabemos todavía, señor.

¿Ese está confirmado positivamente?

–Acabo de hablar con él, señor... Se encuentra todavía en la Casa Olid, de la Isla. Yo lo llamo a usted, señor, desde el Centro de Convenciones a donde el candidato debía venir para ver la final del concurso Miss Gardenia.

Oh. ¿Cuántos murieron...?

No lo sabemos todavía, señor. Tampoco quieren estar todos. Solo ha sido identificado, positivamente Josafat Armengol... –y la voz se le quebró en un sollozo a Sixto Epaminondas Servín, amigo, socio, compadre del Consejero Privado Adjunto don Aurelio.

Hubo un silencio largo, antes que Gómez-Anda, colérico el tono, preguntara:

–¿Josafat?

Sí, señor.

–¿Qué andaba haciendo él allí?

–Había ido a la Isla a saludar al candidato, señor Presidente. Volvía al Hotel en el helicóptero cuando...

–¡Puta...!

–Otra identificación positiva, se me acaba de informar, señor, es la del general Teodoro Gómez...

El general, ¿qué...?

–Teodoro Gómez, señor. El vice-Ministro... Acaban de sacarlo de la bahía, señor... El general había desayunado, en la Isla, con el Doctor Ávila...

¿Quiénes eran los demás...?

–Periodistas, camarógrafos, gente de relaciones públicas, ayudantes, señor. Dicen que la explosión sacudió a la Isla... La oímos todos en Gardenia... Parecía como si hubieran tronado una atómica.

–Hay accidentes inexplicables, señor gobernador...

–Por fortuna, señor Presidente, se salvaron además del candidato, que no tomó el helicóptero porque le llegó una llamada de larga distancia, Rafaelito Balda, don Plácido Canto, El Jefe Otoniel, Noé Medina Albert. En fin, los amigos. Volvieron a nacer, como quien dice.

Carraspeó Gómez-Anda, en Los Arcos. Comentó, le pareció así al gobernador Servín, con filosofía:

–No les tocaba, señor gobernador. Hoy no era su día. Le ruego que me mantenga informado... El general Radamés del Valle se hará cargo...

–Seguiré en contacto, señor...

Esa noche, antes incluso que se hubieran conocido los resultados de las primeras investigaciones, que se iniciaron a las cinco de la tarde, y en las que participaban dos técnicos de Aeronáutica Civil, y otros dos de la Fábrica Olid, el Ministerio de Guerra y Defensa envió a los directores de los periódicos un boletín. Según Del Valle, que lo firmaba, el desastre no había sido consecuencia de un acto de sabotaje, como en una apresurada *Extra* se especuló, sino un mero "accidente normal en este tipo de aparatos."

Mucho lloró Armandina al saber que Josafat Armengol, "tan leal a la casa, tan querido como si fuera hijo nuestro", había muerto al desintegrarse el *Albatros*. Vistió un traje de luto de las indígenas atuais y fue a llevarle a la viuda del Consejero Privado Adjunto el consuelo de su compañía.

Don Aurelio aprobó el texto que Radamés del Valle le había leído por teléfono, aclaró, en borrador, supirio

que le agregara un par de líneas:

Mediante ese Ministro el gran pesar que embarga mi espíritu, además de como Jefe del Gobierno me ha cabido saber de la trágica muerte de mi leal colaborador y querido amigo, el señor general de división don Teodoro Gómez. Organicemos para el general Del Valle un sepelio digno de tan esclarecido caballero.

Durmió poco pero bien esa noche el Señor Presidente. Cercana la luz del alba, descubrió que llevaba muchas horas despierto en la tiniebla. Se preguntó a quién habría designado sucesor suyo si el Doctor Avila Puga hubiera muerto en la bahía de Gandarela. No supo qué responderse. Marat Zabala, Andrómaco Baus, Jorge Avellaneda Jauregui, de los unos de los que podía disponer, ¿habrían sido tales y dóciles con el poder que habían visto de qué modo un 'débil candidato manejable que careciera de grupo y de fuerza política', de pronto se erguía la medida?)

AUSTERO PARGAMENTE. Lo mismo hizo Tomás Valladolid, a quien el frío empezaba a envararle las piernas.

–Eso es cierto, Tomás. Siempre algo o alguien falla.

Y a veces, Aurelio, somos nosotros los que también fallamos...

16

A UNA ORDEN del sombrero tejano de José Rogelio Alpuyeca, los "Trovadores de Aldama", que silenciosamente habían ocupado la sala, el vestíbulo y parte de la cochera, emprendieron una estruendosa *diana* en el momento en que don Aurelio aparecía, bostezando, en la puerta del baño.

–¡Viva el Presidente Gómez-Anda! –y al grito de gobernador de la provincia de Victoria respondieron abajo, con idéntico vigor, su hijo, el diputado Eusebio; los siete guardaespaldas que lo custodiaban, y los hombres y mujeres del conjunto.

–¡Viva!

–¡Viva el Gran Jefe Aurelio!

–¡Vivaaaa...!

Sorprendido por tanta música y por tantas voces, Gómez-Anda continuaba inmóvil en el vano –sus dedos buscando todavía el último botón de la bragueta.

Ágil no obstante su peso excesivo, Alpuyeca remontó, de dos en dos, a la carrera, sin recurrir al apoyo del pasamos, los resbaladizos peldaños de terrazo sobre los que resonaba el picoteo de los tacones de sus botas puntiagudas. A zancadas, como si temiera que don Aurelio fuese a huir, agotó el pasillo. Resuelto, grande la sonrisa en la cara carnosa y sanguínea, se le plantó enfrente.

José Rogelio Alpuyeca, su seguro servidor, reportándose, como siempre, con El Mejor-de-los-Amigos...

Gomez-Anda recibió en la cara el aliento, oloroso a licor, del gobernador de Victoria.

Bienvenido, Jose Rogelio.

Después, Alpuyeca abrumó a don Aurelio con efusivos abrazos y palmadas, le estrujó varias veces, mientras hacían los Trovadores de Aldama", que estaban un poquito con las canciones tradicionales de Victoria que más le agradaba a El Señor.

[illegible] para verlo y saludarlo, don Aurelio.

Gracias, señor gobernador.

Se saludó con abrazos en el que se perdía su flacura. Se [illegible] también del hedor a tabaco y a vaqueta humedecida que despedía el [illegible]. Alpuyeca lo enlazara por la cintura cuando se pusieron a caminar.

–Los amigos de verdad, los amigos-de-a-madre, ¿para cuándo son, señor Presidente?

Se agradecen las atenciones, Jose Rogelio.

Antes de cruzar el desembarcadero, Alpuyeca se detuvo para que desde los balcones pudieran mirar los embarcaderos el nutrido grupo de miembros del Partido de la Revolución, curiosos y todos los artistas que venían, como El Señor Gobernador, su hijo y sus guardias, pantalones de paño color [illegible] y vistosas chaquetas de raso blanco, de cuyos bolsillos superiores y manga se habían, a la manera tradicional de los pajes, [illegible] flecos de gamuza negra.

Temí que quisiera llevarse serenata a doña Armandina, pero no me pareció prudente desmantelarla. Prefirieron [illegible] las [illegible] y no molestar de más.

Muy [illegible] de su parte, dijo Gomez-Anda y [illegible] asomarse [illegible], mudo y desamparado en el [illegible] entre [illegible] argas, gusanera y requesones, a don Tomás Vallado Farer.

Acreditó haber oído las palabras del gobernador.

Me daba a entender que su [illegible] era día sin verse a platicar un rato con El Señor Presidente.

–Con tanto ruido, eso va a ser difícil... –murmuró desemparadamente Gomez-Anda.

En alto el sombrero, para que todos supieran que iba a hablar, el gobernador volvió a romper el [illegible] hielo y más humedecido para que no pudieran cerrar la puerta de la sala. Sobre sus asesinos y cantantes clavó el grito:

–¡Pa, pa, pa...! ¡Todos salgansé a oscar afuera. ¡Vamos!

Tan [illegible] azul y corpulento como su padre, a los veintidós años ya propensos a la gordura por su [illegible] hacia las frituangas, a las grandes hogazas de pan con aceite de oliva y polvo de [illegible], y a la cerveza de barril que tanta plata daba a la provincia que a gun día también le correspondería gobernar, el diputado Eusebio Alpuyeca se acercó a recibirlos al pie de la escalera. Como tantas veces la había hecho desde que era niño, le [illegible] la mano a don Aurelio.

Buenas noches, [illegible] y un beso, desplazando un poco la rodilla derecha del mismo modo que la [illegible] al poner los labios en la amarilla [illegible] de su padre el [illegible] Primero Vallado.

–¿Cómo estás, ahijado?

–Bien, padrino, ¿y usted?

Pasando la [illegible] mas.

Los Trovadores de Aldama se apretujaban, cuidándose de la lluvia en los espacios que no llenaba en la [illegible] el *Hornedo* de don Aurelio. Algunos preferían correr en busca del autobús en el que habían llegado la víspera, ya tarde, luego de doce horas de viaje desde Ciudad Aldama, capital de Victoria. Otros, seguros de que allá no habría mas ruidos por esa noche, bebían sus tragos de [illegible] que hacían circular la botella tomaban [illegible] en voz baja y protegían sus instrumentos de la lluvia y la humedad. Poco a poco, para que no se creyera que [illegible] se descontrolaban en masa, los mas fatigados se-

guían a los que se habían ido primero. Sigilosamente partían, sin dejarse advertir.

Confusos, las manos en las agudas puntas de las botas amarillas de elevado tacón, los miembros de la escolta de seguridad de los Alpuyeca, recibieron el:

Buenas noches, señores... –que al pasar frente a ellos les entregaba El Jefe Aurelio al que rato quería El Jefe José–

–Buenas... –respondieron, cortenos, y obedientes a una indicación del diputado Eusebio Alpuyeca, salieron también de la sala y de la casa por la puerta que el mayor Fraga, en espera de que lo hicieran, mantenía a medio cerrar.

Tomás Vallado Fajer, que no era amigo suyo, entregó su mano flojamente al gobernador, y la recogió para no tener que darla también a Eusebio que le era antipático "por cortés y seboso, por su cara de marica con papada y nalgas como jamones". Don Aurelio les ordenó sentarse.

–Mayor Fraga, sirva champaña a los señores... Luego, reclinándose en el respaldo de su butaca –¿Cómo van las cosas por Victoria, señor gobernador...?

–Mal, señor Presidente... –Alpuyeca tomó el vaso que le ofrecía Fraga– Muy mal, de verdad...

–¿Por qué...?

–Apenas dejó usted el Gobierno, se acabó el dinero... El nuevo Ministro de Finanzas me dijo hoy, en Palacio, que de momento suspenda mi programa de obras y que me olvide de las que teníamos en proyecto... Dice que hay que aguantar un tiempo hasta averiguar cuanto dejó usted en el fondo del cajón.

–Hmmm... –Gómez-Anda, para no añadir más, se llevó a la boca el vaso de ron que había vuelto a calentar entre sus manos.

–Dígale, papá, lo de los auditores.

–Ah, sí... De un trago apresurado, José Rogelio Alpuyeca bebió lo que aún había en el vaso y lo ofreció después para que su hijo volviera a llenarlo. –De Aldama me habló hace rato mi Tesorero General para avisarme que junto con los de Finanzas hoy mismo nos ha caído por allá una nube de Auditores Especiales de la Presidencia de la República, que llegaron poniendo sellos en todas partes y dando órdenes de no abrir ninguna caja fuerte hasta nuevo aviso... ¡Habráse visto, señor don Aurelio! Desconfiar así de uno...

El Señor Presidente Ávila Puig está iniciando ya, en Victoria, la moralización que prometió en su discurso...

Alpuyeca se removió en el asiento y consiguió quedar sentado en su borde.

–Lo que ese hombre está haciendo es ofenderlo a usted, señor. Esos mismos perros intervinieron también hoy mismo las Tesorerías de Tasuredo, Peluyo, Ayala, Santana, de Piedrasanta, y de Enrique Gavilán, y mañana seguirán con la de Sixto Epaminondas, ¡todos, amigos suyos, todos, auténticos probados!... Habrá que hacer algo, señor Presidente. Usted diga qué, y en eso estamos...

Ni cólera ni temor podía aparentar don Aurelio. "Ávila Puig pasa ya de las palabras a las acciones. Ahora busca las pruebas para desacreditar mi obra de gobernante... Intervenir las Tesorerías de los mandatarios de provincia amigos de Gómez-Anda, ¿no es el paso con el que pone a caminar su venganza?" La vieron sonreír, les pareció así, sobrado de confianza.

¿Hacer qué, José Rogelio...?

–Usted ordene, señor.

–Lo único que nos corresponde ahora: esperar. Aguardemos a que los triunfalistas que rodean al Presidente Ávila Puig se aplaquen... A que el propio Doctor

Avila empezó a [illegible] con varios amigos a los hombres ... ¿Rezar? ¿Qué es rezar en la penitenciaría? Aunque [illegible] nunca solo he dicho hombres algunos rezar pueden. Sí, pero para rezar pueden, ¿de qué sirve el [illegible] ...

—Avila Puga habla bien. Escuchemos mañana.

—Como todavía no hace, habla... Habla para darse el valor que demanda ser Presidente de un país como este... De todos, señor gobernador, yo soy el menos [illegible] y nunca [illegible] ante [illegible] pero [illegible] en una tinieblo, y se debía hacerlo: hablaba en voz muy alta y gritaba también, y mientras más recio hablaba o gritaba, más [illegible] más [illegible] se [illegible] por semejante... El Doctor Avila acaba de meterse con un cuarto negro y enorme, y anda a tientas... Armará mucho argüende hasta que encuentre su propia confianza... Hay que esperarlo y no caer en la provocación de los de abajo, que vienen a cobrarse todas...

Convencido, y tranquilo, comentó el gobernador José Rogelio Alpuyeca:

—Cuando no tiene uno cola que le pisen, hay que ponerse alerta frente al sol, ¿verdad, señor Presidente?

A GÓMEZ ANDA le pareció una extravagancia de Jorge Avellaneda Iturbide presentarse embozado en una capa española y cubierta la cabeza, escaso calva, con una gran bonita vasca. Al separar los brazos para envolver en ellos a quien había sido su jefe el ex Ministro de Comunicaciones dio por un momento la impresión de que iba a llevarse con un aletazo de vampiro.

—He venido a felicitarlo, señor Presidente, que no crea usted que soy de esa hueste de la ingratitud... Ya me han llamado que ingrato de los que deberían haber venido a hacerle todos los honores...

—Gracias, ingeniero...

Sobre el pecho de cada uno Avellaneda Iturbide agregó su rapaz y quitó de en el bolsillo trasero del pantalón su bonita vasca. Pues los Alpuyeca y Vallarta habían echado chamba para el obsequio también. A una seña suya, el mesero que [illegible] en el vestíbulo se acercó y le entregó los periódicos.

—¿Ha visto estas planchas, señor Presidente? Don [illegible] sobre la mesa, con los [illegible] las cinco páginas especiales de *Para Centavos La Noche*:

MÁS DE MIL MILLONES PROMETE
EL PRÓXIMO GRADUADO GENERAL
(La Hora)

LOS LADRONES
A LA
CÁRCEL
(Crítica)

HUMILLANTES VIOLACIONES
SERÁN INVESTIGADOS
(La Noche)

El Presidente Alpuyeca el único comentario una piedra en el silencio.

Pasa [illegible] *El Loco* viene echando [illegible] amores.

La mirada de [illegible] recorrió la sala después de haber oído los [illegible] halagos, Gómez Anda se esforzó en rechazar los [illegible]. La revancha de los ingratos. El [illegible] de los castrados. El ajuste de las cuentas. Era [illegible] por el [illegible]. ¿Por qué, Doctor Avila Puga, esta falta de [illegible]? ¿Por qué se hace en una sola espera siquiera a mañana los perros de su revancha? ¿Revancha? ¿Cómo que se la toma usted, señor Presidente?"

–*La Noche*, ¿no es un periodico de don Miguel Rebul señor Presidente? –Preguntó como si no lo supiera.

–De mi amigo Miguel Rebul ... Lo es sí.

Se dispuso el ex Ministro de Comunicaciones a leer los pasajes que el señalado en *La Noche* que tanto les plugue había dado a las declaraciones violentísimas de Fiscal Federal, Numa Pompilio Bueno, cuando los rumores de lo que parecía ser una pelea, o una ruda discusión que estuviese produciéndose cerca de la puerta, en la oficina o en el jardín los alarmaron. Como si volviera de un sueño, o sólo de una ausencia momentánea Gomez Anda

–¿Qué pasa ...? ¿Donde esta el mayor Fraga?

Jose Rogelio Alpuveca, más ligero que su hijo Eusebio, corrió al vestíbulo para averiguar que sucedía. Pasados un instantes pasaron los siempre rejegos "Invadores de Atlanta" metidos en una gresca con el mayor Fraga.

–¿Quien esta peleándose, mayor?

Nadie, señor. Son los periodistas.

Se acercó a Gomez Anda, que lo recibió agriamente.

–¿Donde anda usted, mayor?

Respetuoso, dijo Fraga:

Afuera señor Han llegado periodistas fotografos gente de la televisión Querían entrar, meterse a fuerzas para hablar con ustes Me ordenaba de correrlos, señor

Echelos, mayor ... Sáquelos de mi casa

–Señor también está Jacinto Olmedo ..

–Que se vayan ! Los Nada ... digo que declararles ¡Nada.

Jorge Avellaneda Jáuregui se ofreció a intervenir

–Si me permite, señor Presidente yo les explicare ..

–Largo, todos ... A la calle.

El ex Ministro de Comunicaciones marchó hacia la puerta. Siguiendolo iban Fraga y José Rogelio Alpuveca.

Pensaba Avellaneda: "Mi foto estará en los periodicos de mañana y mi voz en los noticieros de esta noche" Las luces de los reflectores cayeron sobre los tres en el momento en que el mayor abrió la puerta. Quizá los reporteros esperaban ver aparecer a don Aurelio ...

–Señores, amigos ... Soy portador de un afectuoso saludo del señor Gomez-Anda, que me encarga decirles ..

Sobre las palabras de Avellaneda Jauregui, que percibían muy irregularmente, sonó un par de veces el teléfono blanco. Eusebio Alpuyeca se levantó a responder Con cierto aire de misterio se acercó despues a Gomez Anda

–Padrino: el cardenal Castro quiere hablar con usted. Digo, quedo como si no quisiera que Valla lo hacer se enterara

Mas que dialogar con él don Aurelio se limitó a escuchar el monólogo del cardenal Castro y Antuñano Ocasionalmente aportaba un sí o un hmmm, pero no conseguía detener la indignación del más ilustre religioso del país. Su Reverencia, como multitudes de personas más, acababa de ver un programa *Especial* transmitido en red nacional por TV-Oted-9 y por el Canal 6 de Mayo del Cid

–Abominable, señor Presidente, abominable .. Estoy furioso y, además, avergonzado por tantas majaderas como dijeron, por tanta ingratitud como enseñaron, por tamaña cobardía que enseñaron y dejaron esos gusanos

Pudo al fin decir algo Gomez-Anda

–Tengamos presente, ilustrísima, que éste es el primer día ... un primer día que algunos aprovechan para significarse ante el Doctor Ávila, tratando de hacer leña del arbol que suponen caído.

–Así me gusta oirlo, señor Presidente Fotero el

mismo, alzado el auricular. . Tendremos que reunirnos a conversar, y pronto . Ahora no lo distraigo más . Que le pase bien.. Saludos a su señora esposa .

–Buenas noches, señor cardenal

Pensativo y preocupado, con la bocina del teléfono zumbándole aún entre las manos, permaneció Cornelio Avila de codos sobre la tapa del piano. "Por donde me pegan, duele". Colocó la bocina en la base del teléfono. "Hay ciertas cosas, Doctor Avila Puig, que uno obligado a callarse, por prudencia, no digamos que por gratitud. Las que usted me está guardando, las que acabo de enumerarle, por ejemplo . Pronto, muy pronto, conocerá lo mucho que abruma al Presidente de la República saber tanto o próximo de los demás. Obtiene usted la información, señor, pero pierde usted la fe en todo el mundo." Con la lengua devolvió a su sitio la floja dentadura postiza. "Será necesario, y bueno para ambos, que usted y yo hablemos . Solo así, uno y otro sabrán a qué atenerse."

Hizo un esfuerzo para retirar de su rostro todo signo que a los otros, que lo aguardaban charlando en murmullos, pudiera parecerles de preocupación, o miedo. Fue para él un alivio ver que se levantaban para despedirse. Los llevó a la puerta. El coronel Rodrigo de la Peña llegaba en ese momento.

17

Al TIEMPO QUE lo estremecía un calosfrío, dos estornudos sacudieron por sorpresa a don Aurelio. El tercero no llegó a producirse porque el inoportuno:

Salud, señor Presidente . . .–del coronel Rodrigo de la Peña, lo frustró.

–Gracias ..

–Hay que cuidarse, señor... Un enfriamiento no conviene en esta época...

Amurmado de pronto, don Aurelio deseó poder beber un té negro con medio vaso de coñac, o una infusión de canela, clavo, miel de abeja y ron, que lo haría sudar toda la noche y evitaría que lo atacara el catarro o, lo que sería aún peor, la gripe. ¿Cuándo había dejado de lo dejaban solo de ese modo, que no lo abandonaban sus edecanes, el doctor Monter, Fermín Palermo, su propia esposa?, ¿por qué no estaban allí, como en los tiempos de su poder y de su fama, cuidándolo, arropándolo, medicinándolo, rogándole solícitos ("Deje todo, señor Presidente, y acuéstese. No se exponga a mal mayor. Su salud es el más preciado de los bienes nacionales. Debe usted cuidarla, señor, con tanto celo como cuida la soberanía del país"), que se tomara, entre sábanas limpias y tibias, el descanso que su organismo demandaba? Quedaba todavía media botella de Crema de Ron.

Sirvió para el coronel De la Peña y le colocó enfrente el vaso, sin preguntarle si apetecía ron o champaña, o un

poco de agua. Se abasteció a sí mismo, pero no bebió. Rodrigo de la Peña, hueco del izquierdo [illegible] hombre de pelabra confusa, dijo algo que Gómez Anda no alcanzó entender

—Sí, coronel...»

—Decía, señor, que hubiera llegado antes, pero me retrasó una llamada urgente, muy urgente. Le miraba los ojos, como si quisiera asomarse al interior de ese hombre pensoroso que era, en ciertas circunstancias y contra ciertas personas, don Aurelio Gómez Anda. «Una llamada desde Caracas del ingeniero Larraín Bravo.

Después del silencio en el que todo se escuchaba el rumor de las sandalias y carraspeos que recorrían la avenida y el de la brisa llegando mansamente al amplio marco de la escalera. De la Peña recogió lo que parecía ser un grupo de don Aurelio:

¿Que quiere ahora?

Bueno, generales. Como los de un ciego, los ojos de Gómez Anda buscaron algo: el origen de la luz que penetraba en el interior de la lancha para Alcanzó a decirse el buen marino y pensó: Ilusión. Volvió a agitar el abanico con energía cuando descubrió el origen: un pedazo del hielo del tinaco.

Acercarse a usted, señor Presidente

—¿Con más mentiras?

Con la verdad, señor. Quiero que el señor Presidente Gómez-Anda conozca la verdad, no lo que le han contado. En quince minutos que me conceda creo poder aclarar todo, sinceramente. Eso me dijo el ciego que habló conmigo. Para conducirlo, señor, he pedido autorización de volar desde Caracas a verlo.

Así como se largó, tan de volada se fue sin necesidad de mi permiso. Y me pregunto por qué se escapó de esa manera, sin tener la decencia de hablar conmigo, de explicarse, después de aquella

Rodrigo de la Peña respondió débilmente, la cabeza un poco gacha, una chispa de luz en el hueco de su ojo ciego.

Me habló de eso, también. Me dijo que se fue del país porque sentía estar muy presionado, porque estaba siendo víctima de una conspiración... Usted, entonces, quería perjudicarlo, castigarlo sin darle la oportunidad de...

¡Pues sí!

El ingeniero Larraín, me lo dijo también, podría escribirle una carta, señor, pero prefiere, pues se siente inocente, hablar con usted cara a cara.

¡Ándale!

¡HABÍAN LLEGADO A el cuentos comentarios atribuidos a Miguel Bebul, que le desagradaron. Si era su amigo de tantos años, ¿por qué se burlaba de ésa que sería, al cabo de treinta y seis meses, la obra mayor de la Administración Gómez-Anda y una de las más notables del mundo en su género? Había hablado de ello con su Ministro de la Producción, Ícaro Larraín, y éste dijo: "Envidia, señor Presidente, por eso trata de minimizar el proyecto. Temor a que, abierta sí, el Gobierno Federal, produciendo su propio acero, rompa el tradicional monopolio del Grupo Old". Desconfiado, consultó con el Ministro de Industrias y Desarrollo y el Doctor Víctor Ávila Puig consideró: "Los números que el ingeniero Larraín propone son muy atractivos, señor... La Balanza Comercial podría mejorar sensiblemente cuando nuestras manufacturas de hierro y acero alcancen los mercados internacionales y puedan competir con las de otros países. De paso contribuiríamos a que nuestra Marina Mercante..." Para Hermenegildo Labrador, de Finanzas, el Plan era viable y fácil de financiar. "Es necesario realizarlo". Fermín Pa-

lerman, que conocía las indecisiones de don Aurelio propuso: "Que expertos de fuera, gente imparcial y conocedora, dé un dictamen, así sabrás qué terreno pisas".

De Japón y México, de los Estados Unidos y de Alemania, llegaron los especialistas. En equipos separados trabajaron analizando costos, estimaciones de producción, perspectivas de comercialización. Sus opiniones coincidieron. "La obra será útil". Muy asediada en esos meses por Antonia, esposa de Larrauri, Armandina influía también a su manera: "Ícaro es de lo más inteligente y simpático, señor. Ayúdelo usted. Le responderá. Cuente con eso..." Seguro de no equivocarse, Gómez-Anda colocó su firma al pie del Decreto, y al día siguiente, acompañado por diplomáticos y funcionarios, personajes del Sector Empresarial, contratistas y una cuadrilla de cineastas cuyo trabajo sería documentar, hasta en sus detalles más mínimos, los avances de obra tan formidable, el mandatario y su señora esposa volaron a la zona de Caracoles y bajaron, juntos, el simbólico primer golpe de pico.

NERVIOSO, COMO SE PONÍA siempre que estaba obligado a tratar algo con Gómez-Anda, el coronel De la Peña carraspeó varias veces y, desviando la mirada de su ojo único, manifestó en voz muy baja:

–Tiene pruebas, dice, de que se urdían complots en su contra, y también de que había muchas personas empeñadas en que usted se envenenara contra él... Venir a decirle sus nombres, eso quiere...

¡Cuál!

¡NO ESTABA consignado en el *Programa* que el señor Presidente hablaría después de la develación. Sin embargo,

como obedeciendo a un impulso del entusiasmo, lo hizo. Sus palabras fueron pocas, claras y directas. Era una "magna obra de unidad nacional". Una obra con la que el Gobierno a su cargo respondía, procuro no mirar a Miguel Rebul ni a Rafael Balda, "a los murmuradores y a los incrédulos, a los envidiosos y a los negativos" y que le permitía sentirse satisfecho "por haber creído" en los hombres, con Ícaro Larrauri al frente, que hicieron realidad "tan extraordinario proyecto". El grito de Armandina propuso "Viva Gómez-Anda", y la voz macera de la tribuna respondió: "Vivaaaa", al tiempo que abajo, en Puerto Aurelio, y en la acería que la comitiva terminaba de recorrer, sirenas y altavoces aportaban su propio estrépito.

Diplomáticos y funcionarios, periodistas e invitados especiales formaron grupo compacto y sudoroso tras Gómez-Anda, Larrauri, las esposas de ambos, y los Ministros. Iba a cumplirse el acto final de la jornada. Después, la caravana abordaría helicópteros y jets para continuar la gira con el Mandatario. El convoy, "compuesto por sesenta góndolas, señor Presidente", aguardaba en la estación a que El Primer Mayanista de la República, como lo llamaba el líder Antonio Robinson, ordenara: "Vaaaamos", para ponerse a rodar hacia el remoto altiplano.

Un ancho listón cruzaba, de un lado a otro, la vía flamante. La mujer de Larrauri, Antonia, presentó a don Aurelio, sobre un cojín de seda roja, las tijeras para que consumara el corte simbólico. Una vez más, el Conglomerado Industrial Presidente Gómez-Anda y Puerto Aurelio abajo, se abismaron con aplausos, vivas y golpes de sirenas, cuando Armandina, por deferencia de su marido, partió en dos la barrera tricolor. Las cámaras de cine y de la televisión registraron el momento, "de conmovedora pureza", según consignó uno de los narradores, en que el

señor besaba la mejilla húmeda de La Doña. Fue entonces cuando Gómez-Anda dijo:

Ingeniero Larraun.

–A sus órdenes, señor Presidente.

–Con los buenos amigos que nos acompañan, hagamos de este señalado instante otro evento histórico, ¿eh?

–Sí, señor...

–Subamos todos a este tren y acompañemos a sus tripulantes en su primer viaje.

Por un segundo se alteró el rostro, enrojecido por el calor, de Ícaro Larraun, incomodado:

–Señor... resultará difícil... y además muy molesto, señor Presidente... para las damas sobre todo... El tren no lleva carros de pasajeros... Solo la locomotora y... Yo diría, si me permite, señor...

Sonriente siempre, sin que la transpiración abrillantara la piel de su cara o manchara la espalda o las axilas de su chaqueta de lino negro, Gómez-Anda dio dos palmaditas en el hombro de Larraun:

–A las molestias acostumbrados estamos ingeniero... Subirán los que quieran, y se acomodarán donde puedan... Por incomodidades no se preocupe. Iremos solo hasta la primera estación.

–Señor Presidente... –ya no pudo decir más el Ministro de la Producción, porque don Aurelio no lo escuchaba, ocupado como estaba en ayudar a La Doña, espectacular con su vestido de indiana de Caracoles, a subir a la locomotora.

Inmediatamente después de Gómez-Anda, cosa que a muchos asombró, fue Miguel Rebul, atisco por costumbre, el primero en insalarse. Lo acompañaban, más rápidos que él, su hijo Eugenio, y su consuegro, Rafael Balda, ya tan popular entre las chicas edecanes del Ministerio. El general Leal Garnica y el mayor Herrera, se colgaron del marco de la ventanilla del maquinista.

Adelante, al camino, compañero operador... –dispuso, con aire solemne y voz de barítono, el Presidente.

El Compañero Operador no se movió, la mano sobre la palanca de mando y los ojos en el rostro, palidísimo ya, del ingeniero Larraun. Algo inaudible dijo [illegible] Miguel Rebul y Rafael Balda, primero, y Eugenio Rebul después, sobre el [illegible].

–Señor... –murmuró el maquinista. A esa palabra no siguió otra. Su mirada buscó la ayuda de Larraun.

–Salgamos ya, ingeniero. Nuestros amigos esperan, ¿no?

No tuvo voz Ícaro Larraun para dar la orden de partir. Se limitó a mover afirmativamente la cabeza. Con un saltón se puso en movimiento el convoy. Lentamente la locomotora empezó a tirar de las setenta góndolas cargadas hasta el borde con redes, perfiles, lingotes planchas, pollos, la bajalaca, varillas para construcción, alambre y los otros artículos de fierro y acero que don Aurelio y quienes lo acompañaban habían visto fabricar, o ya almacenados en las bodegas que visitaron durante cuatro horas que les tomó recorrer las instalaciones de la planta.

En tierra atronaron las bandas de música y los coros cantos de instrumentistas del rumbo. Los que no alcanzaron lugar en el tren despedían con aplausos a los que se iban. A moderada velocidad, el convoy tomó la curva de la salida nordeste y, unos minutos después, penetró en el húmedo verdor de la selva. La sonrisa se había cuchillado ancha en la boca de Miguel Rebul. ¿Que le estaría diciendo don Aurelio, al oído, a Ícaro Larraun?, ¿qué, Armandina a la esposa del creador de eso que Gómez-Anda había calificado [illegible] mente a los escépticos para quienes es malo, detestable, todo cuanto hace el Gobierno"?, ¿por qué parecía Ícaro Larraun estar así de preocupado, pálido y tembloroso?, ¿a qué atribuir esa secreción como parafina que le brotaba de la piel?

Once minutos más tarde (eso habría de serle informado al Presidente), el convoy empezó a perder velocidad, como si se le hubiera acabado el brío, como si le faltara combustible; como si alguien hubiera ordenado al maquinista detenerse.

–¿Sucede algo, compañero operador? –demandó Gómez-Anda.

–Hasta aquí llegamos, señor Presidente.

Don Aurelio se inclinó levemente para mirar a través de la ventanilla. Sus ojos solo encontraron la espesura de esa jungla en la que se hallaban, ahora, inmóviles, esa jungla, y recordó las sumas enormes gastadas para lograrlo, supuestamente vencida al abrir la ruta que comunicara Ciudad Gómez-Anda, Puerto Aurelio y el Conglomerado Industrial, con el resto de la República. Demandó de Larraur:

–¿De qué se trata, ingeniero?

–Si usted me lo permite, señor, yo quisiera explicarle.

Gómez-Anda miró entonces, apremiándolo, al que conducía:

–¿Por qué nos hemos detenido...?

Como si él fuera responsable de eso, repuso el maquinista:

–Porque aquí se acaba la vía, señor Presidente... Ya no hay más rieles, señor; sólo se tendieron nueve kilómetros para que usted lo viera...

Miguel Rebul, que lo conocía bien; Armandina, que sabía leer sus gestos y mejor que nadie interpretar la razón de sus silencios, y los que estaban cerca, advirtieron que el rostro del Presidente se había convertido en un trozo de piedra gris, y que sus labios, replegados por la cólera, habían desaparecido dentro de su boca.

–¿Así que todo termina aquí, en la nada, señor Ingeniero Larraur? –le escucharon preguntar suavemente

mucho después, cuando ya la tensión afectaba a todos por igual.

–Señor, todo ha sido simbólico, muestra de lo que vendrá después... La vía será continuada... Esto es solo el principio, la etapa inicial...

Abatida la mirada, Gómez-Anda escuchó la explicación de Ícaro Larraur, pero no la aceptó. Hubiera querido abofetearlo allí, castigarlo en presencia de todos, cobrarse la ofensa, pero el desánimo era mayor que su furia.

¿Por qué me trajo a hacer el ridículo, Larraur? ¿Por qué no me habló claramente...? ¿Por qué, por qué, me ha hecho quedar como un pendejo, eh?

–Si me diera la oportunidad de hablar a solas con usted, señor Presidente, yo podría...

No soportó Larraur la mirada de Gómez-Anda. Tampoco pudo seguir hablando. Bajó la cabeza. A un tiempo sentía heladas y ardiendo las orejas.

Hablaremos, ingeniero. Claro que hablaremos...

–Sí, señor.

El Presidente instruyó al maquinista.

–Volvamos... haga el favor.

SIN SONRISAS con qué responder a las ajenas, ni palabras amables que entregar a los que le deseaban buen vuelo, el Presidente subió a su helicóptero de veinte plazas. Solo quiso que lo acompañara, abandonado el propio, Miguel Rebul. No deseaba testigos que escucharan su diálogo. Rebul comentó que lo verdaderamente grave no era tanto que nada más se hubieran tendido nueve kilómetros de vía férrea: con tiempo y dinero los rieles podrían llegar hasta donde se quisiese; lo grave era que a su parecer, y estaba en condiciones de probarlo con papeles, que todo el Proyecto Larraur era un desastre.

–Desde los primeros pasos, señor Presidente, la idea de establecer en Caracoles una acería, me pareció desde luego, recordará, una absurdez...

Volaban sus ojos sobre la espesa masa vegetal de la selva. A veces la roja placenda de un río, o la gota [illegible] de una laguna centellaban fugazmente y [illegible] recuerdo. Una cadena de montañas a la derecha [illegible] eco del [illegible] Mayor escoltaba al doctor Aureliano.

–Pocas oportunidades tuve [illegible] de oírle a usted [illegible] Mosconi [illegible] Labraden, el Arsenal Naval, me engañaba [illegible] que [illegible] [illegible] [illegible]

–Considera usted, en cierta forma, perdido lo que el Gobierno gastó ya en Caracoles ... Considere que la obra fue una especie de bolsa de trabajo que durante varios años ha dado de comer a muchos, y de ganar a algunos... Considere que no debe invertirse un peso más ni en maquinaria ni en construcciones, porque nunca ha sido inteligente, así sea con el pretexto de procurar a otros lo que ustedes los políticos llaman 'el bienestar social', seguir echando dinero bueno al dinero malo... Todo dólar que no se gaste en Caracoles son muchos pesos que el Gobierno se ahorra... Ahora bien: al Grupo *podría* interesarle lo que hay en Caracoles... No para operar la acería donde está, quede eso claro...

¿Dónde, entonces...?

–En un sitio donde sí pueda funcionar rentablemente. Por ejemplo, en Nueva Casilda... O en Campuzano. Como usted sabe pensamos allí instalar otras plantas. Una de ellas, la mayor de todas, sería el Conglomerado Industrial Presidente Gómez-Anda...

–¿Haría el Grupo Olid, en caso de acceder a esta sugestión, Miguel, una oferta razonable al Gobierno Federal?

Como una sombra pasó una sonrisa por Rebul.

Le consta, señor Presidente, que las ofertas que hace el Grupo Olid son siempre razonables... Sería cuestión, ahora, que ustedes y nosotros nos reuniéramos a hacer números para no equivocarnos otra vez...

–¿De qué modo justificaríamos el tener que desmantelar dentro de poco tiempo obra tan hermosa e importante como la que apenas hoy hemos inaugurado, eh?

Nuestros amigos de los medios de comunicación se encargarían de eso, señor.

Bien, don Miguel. Haremos números.

Era innecesario seguir conversando. Gómez-Anda cerró los ojos para descansar unos minutos, los que aún le

quedaban de viaje. "El dinero perdido es lo de menos; lo que me arde es el ridículo". Miguel Rebul, la mirada vagamente en el paisaje, empezó a hacer cálculos. Conocía las cifras del Proyecto Larrauri tan al detalle como su autor y, desde luego, mejor que don Aurelio y los ministros que de algún modo algo tenían que ver en él. Retomaría esa misma noche, en su propio jet, a la capital. El Grupo Olid haría otro buen negocio, y ayudaría una vez más a salir del agujero al Presidente.)

POSEÍZÓ OSTENTOSAMENTE para que De la Peña entendiera que seguir hablando de Ícaro Larrauri le aburría tanto como lo irritaba.

–Ahora que el ingeniero vuelva a llamarme para conocer su razón, ¿qué debo decirle, señor Presidente?

–Lo que se le antoje a usted, coronel, pero no vuelva a pedirme que reciba a ese tramposo.

Cohibido, se levantó Rodrigo de la Peña. Se daba cuenta ahora que don Aurelio, a pesar de los años, seguía muy cargado de rencor contra quien fue, en su momento, el favorito entre sus Ministros.

–Yo intervine, señor Presidente, sólo porque...

–Entiendo, coronel, y despreocúpese... Ahora es tiempo de que nos retiremos a descansar. ¿Le parece?

Sí, señor Presidente...

Llovía apenas sobre el barrio de San Tadeo cuando Gómez-Anda despedía en la puerta a Rodrigo De la Peña. Esperó a que volviera a la cochera el mayor Fraga, que había ido acompañar hasta su automóvil al coronel.

–¿Acabaron de limpiar la pared...?

–Prácticamente sí, señor.

Bien... Puede decirle a Ortiz que se vaya; no lo necesitaré más por hoy... Usted puede retirarse también.

Acaso durante las últimas veinte horas Fraga sentía en los hombros lo abrumador de [illegible] confuso malestar en la espalda y en los riñones. De un hinchado caban apenas sus pies dentro de los zapatos. Quería ser u il [illegible] el [illegible] sujetó [illegible] Aunque al día siguiente como habían convenido, dejara de estar a su servicio, le parecía correcto abandonarlo antes.

–Podría necesitar algo, señor Presidente. Si le parece me quedaré hasta que llegue don Fermín...

–No es necesario, mayor. Lo recibiré yo... Mañana cuando venga a despedirse hablaremos usted y yo.

Pero Fraga creyó advertir en esas palabras de Gómez-Ancla, cuando venga a despedirse, un reproche a lo que pudo parecer su abandono, su traición, al hombre al que aplicadamente sirvió en los años de su poder y a que abandonaba para incorporarse el primero de los que ahora empezaban a mandar. ¿Que decirles...? Sólo se le ocurrió un

–Gracias, señor Presidente... Si algo le hace falta, señor, ahí se queda el velador...

EN CUANTO SALIÓ la luz que estaba desvaneciéndose en la sala y procedió a apagar las lámparas que el solícito Alpuyeca había encendido. Volvió a sentarse en su butaca. Miró los pescaditos abandonados sobre la mesa, el vidados encima del puro, junto a vasos y botellas. ¡Puah!" se dijo: "Es como flotar metido en un agujero del vacío" y recordó otra noche de los años viejos en que poder y esa misma sensación de abandono. "Ido como estar huérfano: un como no ser tú, o saber que eres tú, pero sin poder reconocerte". Entonces no había ruido, como ahora, en la cocina el ruido de, quizá la muchacha guardaespaldas preparando la cena de su hombre. Lo aplas-

taba, entonces, el silencio: un silencio que estaba compartiendo con Isaura, muerta por la tarde en la recámara, tendida, después, frente a él y a oscuras, en el ataúd de madera pintado de gris que Fermín Palermo y el padre Monroy habían colocado sobre la mesa del comedor. No había querido que cubrieran con su tapa la caja sin fondo. De vez en cuando, en la penumbra, se levantaba y miraba el rostro de la que había sido su mujer y una se atrevió a tocarlo con dedos inseguros. Empezó a sentirse mejor luego de beber el cuarto o quinto vaso del coñac que Palermo había mandado traer del bulín.

–Isaura... –La nombró en voz baja, como si la hiciera

¿Desde cuándo no alcanzaba a hacerse palabra en su boca el nombre que su memoria repetía por las mañanas? "Como en un hueco, como en una nada, totalmente indefenso". Se puso de pronto en tensión. "Cualquiera puede entrar y matarme". Había sido un error, una imprudencia, haber permitido, ordenado, que se fueran el chofer Ortiz y el mayor Fraga. Era ésa la primera vez en muchísimos años que no disponía de un equipo de especialistas en seguridad; la primera en que su vida quedaba sin guardias que la protegieran. A solas, no le importó reconocer que estaba asustado. "Poco vale una vida que otros necesitan cuidar". Dejó el asiento y, con fingido aplomo, como si alguien lo estuviera vigilando, se fue al vestíbulo. "Control sobre uno mismo. Nunca dar la impresión, ante los extraños, de que se tiene temor o desconfianza. Todo, calmado. Tranquilo". Rápido, como ordenada por sorpresa, cerró la puerta que había dejado entornada para no tener que ir a abrirla cuando llegara Fermín Palermo. Conoció un poco de alivio y, como la noche aquella en que empezó su viudez, también el apremio de beber para aturdirse. "¿Para olvidar? No ¿cómo podría? Sólo para recordar mejor".

Dejó que la Crema de Ron chorreara sin pausa hasta el borde y bebió después, también sin pausa, un trago muy largo. Sintió por un momento que se ahogaba. Inmóvil, aguardó a que la sensación de asfixia cesara. Nuevamente estornudó un par de veces. Estoy enfermándome, es lo que sucede. Era preferible moverse, caminar, para que el frío no terminara de meterse en los huesos. "Las rodillas, cómo me duelen con la humedad". Empezó a pasear a lentos pasos cortos. "Estar así a solas es, me parece, la peor forma de ser prisionero". El ron estaba ya proporcionándole calor y una cierta placidez. Se encontró en el despacho. Olía a moho, a pintura, al polvo seco de los álbumes de recortes. No alcanzaba a ver mucho a través de los cristales de la puerta: la barda de piedra, las matas enredaderas, el brillo del agua. Por encima del reborde, el resplandor de la metrópoli. "Para ellos el de mañana será un día de esperanza porque hay otro Presidente en Palacio", pensó y mientras bebía: "Un hombre que viene dispuesto a enmendar mis errores para empezar a cometer los suyos".

Se apartó porque el frío lo había vuelto a molestar. "Para Ávila Puig será mañana el primero de los días de su nueva experiencia: para mí, el segundo de ésta soledad desconocida". ¿Cuánto tiempo le tomaría acostumbrarse a su condición de ciudadano común para el que no habría más ninguno de los privilegios que el Poder concede? Estaba seguro: "cuestión de carácter y de colones", que el soportaría la crisis que iba a precipitarle inevitablemente la nostalgia de no disponer más de aquello que fue suyo, sin límites, los últimos años. Temía, sin embargo, por Armandina, que en el uso del Poder de su marido encontró siempre el mejor, el mayor, quizá el más gratificante de los goces. "Para ella sí que va a ser duro el cambio. Deberá aprender también a contenerse... ¿Podrá? Oyó..."

Unos segundos después de acordarse sobre el escritorio escuchó, cercano y claro, en la calle, quizá ante la puerta de la casa, el frenazo de un automóvil y, luego expresada con cinco definitivos toques del claxon, la mayor de las injurias nacionales: la que ofende a la madre. ¿Quién se atrevía a acercarse tanto para insultarlo de ese modo? ¿Quiénes agregaban ahora la estridencia de sus silbidos? ¿Quiénes, en fin, huían velozmente dejando como un eco el chirrido de las llantas?

—¡Puah!... —dijo entre dientes, devolviendo con el pensamiento las palabrotas que figuradas por los bocinazos habían ido a estrellarse por ese lado de la barda a los que escapaban.

Volvía a sentirse intranquilo e indefenso. ¿A quién llamar para que fuera a hacerle compañía? ¿Recordaba acaso el número telefónico del doctor Monter? Por un instante consideró la idea de comunicarse con Teresa López. "Si le digo que estoy solo, que me siento solo y amedrentado de estarlo, es capaz de venir aquí a pasar la noche conmigo... ¿Ella, en Becerra 82? ¡Nunca! Cada mujer donde le corresponde estar. Teresita, allá... En esta casa, solo La Doña". ¿Y si le pidiera a algunos hombres de su escolta? "Tendría que explicarle por qué los necesito, y terminaría preocupándola de todos modos..."

Nuevamente lo alarmó el ruido de autos que llegaban a detenerse a su puerta. "Otra vez, los cabrones". Recordó ciertas prácticas de intimidación que él mismo llegó a utilizar. Éstos, ¿serían también elementos de la Policía Política subordinados a Marco Tulio Camarena? A las injurias, ¿seguiría el rociado de las balas sobre ventanas y fachadas —no para matarlo, sólo para asustarlo? ¿O una bomba incendiaria o un explosivo de plástico? Deseó disponer de un arma. ¿Para qué? Sonó el timbre. De la cocina se alzó un apresurado rumor de sillas removidas,

al que siguió el de una carrera por el patio y la cocina. Escuchó voces. Reconoció una. Se levantó entonces, alegre casi tranquilo ya, y fue a abrir. Entre cuatro guardaespaldas caminaba hacia él, Fermín Palermo.

–Creí que no vendrías ya...

Palermo lo tomó por los brazos. Seguramente había estado bebiendo, pensó Gómez Anda, al recibir con las palabras, su aliento:

–¡Qué día, Aurelio! ... Hubiera querido llegar antes, pero [illegible] ¿Qué hace tanta gente aquí? ¿Qué van de beber?

Habían llegado junto al piano y Gómez Anda echó un vistazo a lo que había sobre él.

–Solo esto.

–Espera, traeré algo del coche... –Alzó la voz– Mayor Fraga...

–Se han ido; también el chofer. Estoy solo...

–Iré yo...

El timbre del teléfono empezó a sonar cuando Fermín Palermo salía a la calle. Gómez Anda, con cierta aprehensión, alzó la bocina.

¿Diga...?

–¿El señor Gómez Anda?

¿Quién lo busca?

–Luis Felipe Ruiz. Es urgente.

El señor Gómez-Anda no está... –y colgó.

Con una botella en la mano volvía del exterior Fermín Palermo, que había ido a buscarla a su automóvil. Había engordado algo en los últimos años, pero seguía conservando esbelto y fresco, de hombre que lo cuida con masajes y afeites, el rostro de pronunciados, casi rotos rasgos que de joven lo hizo popular con las mujeres y que en la madurez de su elegante soltería resultaba inolvidable al menos tantas veces junto al de las estrellas del cine, las páginas de *Sociales* de los diarios. Buscó en-

tre los vasos dos que estuvieran limpios y los llenó a medias con licor. Le entregó uno a Gómez-Anda y, luego de sentarse frente a él, propuso:

–A tu salud, señor Presidente...

–Hmmm.

¿Mucha gente?

–Bastante. Los amigos de siempre... Don Aurelio bebió un sorbito. Luego: ¿Qué dice el mundo, allá afuera, este primer día...?

–Que ha habido demasiadas sorpresas. Para empezar, el Gabinete. Luego, el discurso... Se *siente* que este es un Gabinete provisional y que de él van a salir los que de alguna manera [illegible] con el aurelismo.

¿Y quién no la tiene, después de diez años? ¿Con quién va a reemplazar Ávila Puig a los que eche fuera? ¿Pensará que se puede producir por decreto a los colaboradores de cierta calidad, de cierta experiencia, que el Presidente necesita para mantener funcionando la maquinaria del Gobierno? Si resulta problemático a veces hallar a veinte de ellos para integrar un buen Gabinete, y a cien o doscientos para que ayuden a éstos, ¿supondrá don Víctor que será fácil para él encontrar los quince o veinte mil que componen la estructura de la Administración?... Y según le oímos decir esta mañana, los quiere nuevos, inmaculados, sin ligas con el pasado ni mandoble con los corruptos. ¡Puúh! Algo más, Fermín: cometería una enorme pifia el Doctor Ávila si al error de haber seleccionado a esos hombres y a esas mujeres, *provisionales* como dices que se les considera, agrega el de quitarlos después... Si lo hace demostrará: uno, que no supo elegirlos, lo que lo convierte en un pendejo, y, dos, que escogió a muchos pendejos, razón por la cual debe cesarlos; lo que lo convertiría en el mayor de ellos...

Consumido su primer coñac, ¿cuántos ya, desde el mediodía?, Fermín Palermo se sirvió otro.

–En términos generales, el discurso le ha gustado a la gente.

Con la lengua volvió don Aurelio a producir el pacto de su desprecio.

–Siempre acuda que alguien injurie a otro, sobre todo si el injuriado no esta en condiciones de poder defenderse.

–Se espera que Ávila Puig, para cumplir lo que prometió tantas veces en su campaña y lo que hoy repitió en la Cámara, castigue a unos cuantos de los funcionarios que, el llama corruptos y corruptores...

–¡Moralización! Pamplinas, Fermín. Lo que hará Ávila Puig para ejemplificar, para demostrar que llega dispuesto a ir mas allá de las palabras, será, ya lo veremos, echarle unos cuantos carteros a los leones. Eso hará. Eso, que es lo unico que uno puede hacer cuando ocupa la Presidencia.

En franco desacuerdo estuvo Palermo.

–No son carteros a los leones, Aurelio; yo diría, gobernadores como los Torcuato Peluffo, los Enrique Gavotín, los Alpuyrras, los Beltrán... Esos irán cayendo.

–No se atreverán, Fermín. ¿En quien se apoya el Presidente para intentarlo? Si no cuenta con un grupo político, ¿con qué fuerza va a enfrentarse a ellos y, por extensión, a mí...?

–Muchas veces le he oído decir que sólo se hace de fuerza, esto es, de grupo, el que tiene los huevos bien colgados de su lugar... Los políticos, ¿no se unen siempre al que manda, no importa como se llame? Tu mismo, ¿no consolidaste tu poder como Presidente, y te hiciste de la gran fuerza que desde entonces ha sido tuya, el día que echándole cojones al asunto mandaste a viajar a don Teodoro Lynch? Los laristas mas furibundos, esos a los que el había hecho ricos y poderosos, los que lo admiraban como si fuera Dios y que solo se obedecían después de

consultar con él si debían hacerlo, ¿no se le tiraron a los pies, olvidándose del viejo y, excepto unos pocos, negándolo? Cuando tu tío se largó, ¿quién, dime, se atrevió a desobedecer nuevamente a su sobrino?

Gómez-Anda miró críticamente a Palermo y se llevó el vaso a los labios.

–Por lo que dices, ¿debo entender que Ávila Puig se dispone a echarme?

Tras la aparente alcurnia de don Aurelio, Fermín Palermo percibía su inquietud; su inseguridad, un turbio temor a las represalias.

–Alguien que está igual de cerca de Ávila Puig de lo que yo estoy de ti, me aseguró esta tarde que el Presidente nada hará contra su amigo, el señor don Aurelio Gómez-Anda... Tengo la impresión que el Doctor Ávila se ha valido de esa persona, y ésta de mí, para hacerte llegar tales seguridades. Ávila Puig golpeará a otros, porque necesita golpearlos, aunque no le alcanzaran sus golpes. Si no le pega a unos cuantos, ¿quién va a creer en su palabra? Ofreció moralización, y un poco de ese atole tendrá que dárselo a la gente... Esta tarde integró en el que podremos considerar su primer acto de gobierno, una Comisión Investigadora de los Excesos Administrativos.

Sonrió, algo amargo, don Aurelio:

–El, que atribuyó hoy los desaciertos de mi administración al exceso de organismos burocráticos, fideicomisos y vocalías, se estrena empezando a formar los suyos.

–Al frente de esa Comisión Investigadora ha puesto, como Procurador General Extraordinario, y con mano libre para manejar el hacha que cortara las cabezas, a Luis Felipe Ruiz, el muchachito aquel que...

–Sé quién es.–Dijo Gómez-Anda, acabando bruscamente.

Palermo no supo encontrarle los ojos. Don Aurelio se había puesto de perfil y miraba algo en alguna parte.

–Aunque Luis Felipe Ruiz tenga motivos de resentimiento contra ti, no creo que Ávila Puig permitirá que te moleste. Todavía hay niveles en este mundo, Aurelio. Créeme: a ti nadie, ni él, se atrevería a tocarte.

Volvió a estremecer inesperadamente Gómez Anda y se le arrasaron los ojos. Luego de sonarse, indicó:

–No se atreverían a tocarme, dices... Sin embargo, el Doctor Ávila no perdió tiempo para disponer que se me pinchara... La ciudad pintada con letreros injuriosos... me quita la red... ¿A qué ir más lejos, Fermín? Media hora después de haber llegado aquí, la avenida allí abierta fue abierta a la circulación y el prado cercado con alambre de púas... Óyelos, Fermín, todavía están allí, trabajando... ¿Qué decir de la orden cancelando la guardia militar a que tengo derecho como ex-Presidente de la República que soy...? ¿Sabes que al mayor Polo Fraga lo sobornaron para que también me dejara? ¿Y me sales con que nadie desea molestarme...?

Palermo pensó: "...Tal vez Ávila Puig no se atreva a golpearlo directamente. Igual lo lastimará, lo debilitará, exhibiéndolo como protector de ladrones, persiguiendo a sus amigos, a los que fueron cercanos colaboradores suyos y que no encontraron acomodo en el nuevo Gobierno... Irá minándolo, forzando a los que algo le deben, a negar su amistad y su lealtad a don Aurelio... En Los Arcos solo de eso se habla hoy... Lo he oído esta tarde, porque lo decían para que yo lo escuchara. Van a matar el cuerpo del aurelismo. Se demoró unos segundos bebiendo: "Curiosamente, hay menos rencor contra Gómez-Anda que contra Armandina, sus parientes y sus protegidos. A ellos, que son ciertos, y a Teresa López y a los suyos, los culpan de haber fomentado la corrupción que Ávila Puig ha prometido corregir... A don Aurelio

nadie le atribuye haberse enriquecido en los diez años que pasó en la Presidencia. En cambio, no le perdonan la debilidad que siempre demostró tener ante su esposa a sabiendas de lo mucho que abusaba, ni haber tolerado cuanto hizo la cínica prostituta de *La Polla*... En cuanto a mí... Mucho, poco, lo mío y lo que he guardado para Aurelio, no podrá ser jamás rastreado. Mi negocio de herraterías, prosperó desde hace un cuarto de siglo, justifica el lujo en que vivo y las propiedades que poseo.

Si te ausentaras un tiempo, tal vez ayudarías al Doctor Ávila a liberarse de la presión de quienes quieren usarlo para golpearte... Considera esa posibilidad.

Mi presencia, ahora y aquí, la de un hombre dispuesto a enfrentarse a lo que vengo, es necesaria, Fermín.

Tampoco en esto estaba de acuerdo Fermín Palermo. "Todo lo malo que ocurra en estos meses iniciales del régimen le será atribuido a don Aurelio. Lo acusarán de sus errores y de todos y de cada uno de sus delitos. Lo relacionarán con quienes planeen inconformidades de cualquier género. Si estallan huelgas en los grandes sindicatos para presionar al Gobierno, ¿quién es el culpable? Aurelio. ¿Quién, si los estudiantes se echan a las calles y arman escándalos en las ciudades del país? Aurelio, que los usa como fuerza de choque contra su sucesor. ¿Quién estimula a la guerrilla urbana si hay bombazos y más secuestros? Aurelio. ¿Quién si se especula con los víveres para encarecerlos? Aurelio. ¿Quién, si los ganaderos suspenden el abasto de carne en toda la República para forzar a don Víctor a concederles mayores cuotas de exportación? Aurelio, siempre Aurelio, que será mientras siga aquí el que reciba las descargas, el que aguante la calumnia, el que no pueda alzar la voz y defenderse porque en la prensa, en la radio, en la televisión no habrá lugar para sus palabras...". Dijo.

Quedándote, ¿qué pretendes demostrar?

Por un instante le pareció a Palermo que vacilaba la lengua de don Aurelio, un trabeo muy ligero, una imperceptible lentitud en el ordenamiento de las sílabas.

-Tengo un compromiso con el Doctor Ávila Puig. El día que él y yo hablamos a solas en casa de Madma-Albert, le hice una promesa. Ausentarme en estos momentos de su despegue, sería incumplirla.

¿Supones que el Presidente va a llamarte para que lo ayudes con tus consejos...?

Con la altivez de los viejos tiempos, Gomez-Anda miró duramente a Palermo, y Palermo entendió que el concentrarse lo había molestado.

El teléfono volvió a sonar y un gesto de preocupación se le marcó en la cara a Gomez-Anda. No permitió que Palermo se levantara a responder. Si era nuevamente [illegible] Ruiz, el señor [illegible] su voz. Quien llamaba se había [illegible].

En veinte minutos más serían las diez y Fermín Palermo debía estar en Miraflores con Caro Maurtua a las once. "Tipo importante ahora, Caro". Había trabajado para él, en su carácter de corredor de inmuebles. "Uno de los más cercanos en amistad al Presidente. El que todo lo sabe antes que nadie y el que puede más que todos". ¿Quién mejor que él mismo, tan próximo a Gomez-Anda, para calcular lo provechoso que resulta haber sido patrón, luego socio, y siempre amigo de ese hombre amable y sensual, agudo y simpático, que se ligó a su vecino el Doctor Ávila Puig cuando nadie, y menos que nadie el propio Víctor, soñaba con que don Aurelio lo señalara heredero de su cargo? ¿No era legítimo que esperara de Mauritius (a quien mantuvo siempre informado confidencialmente de las alzas y las bajas que sufrían las probabilidades de Ávila Puig a lo largo de los siete u ocho angustiosos días previos a aquél en que en Los Altos

pronunció Gomez-Anda las palabras mayores por todos tan esperadas) la duradera recompensa de su gratitud? Esa tarde, en la Casa Presidencial invadida por miles de personas, Caro lo buscó para rogarle que le concediera el "gran honor" de acompañarlo a beber por la noche una copa en su residencia de Miraflores. "Sólo estarán, don Fermín, además de usted si acepta, cuatro o cinco amigos que ambos estimamos. Rafael Baida y Eugenio Rebul, del Grupo Ohdi; Bladimiro Viderique; don Amadeo Vertiz, suegro de El Señor. ¿Vendrá?" "Con mucho gusto, Caro. A las once". No deseaba retrasarse.

Gomez-Anda, sin expresión el rostro, colgaba el teléfono. "Veo mal, ya fuera de la realidad, a don Aurelio ¿Creerá verdaderamente que Ávila Puig se ocupará de consultarlo? ¿Supone que va a permitirle seguir usando, a través de esos gobernadores amigos suyos, el poder que todavía le queda? Muy duro para quienes lo queremos, será hacerle entender que su tiempo ya pasó. Que estas son otras épocas, y que también, porque ya sirven a un jefe diferente, son otros los hombres. Ojalá él logre darse cuenta. Decírselo será muy penoso... ¿Comprenderá Aurelio que nada tiene que temer de Ávila Puig si se queda quieto, si se olvida de lo que fue, si se resigna a no querer serlo más? Eso espera el doctor que haga Gomez-Anda, así me lo insinuó Mauritius".

Mientras Gomez-Anda estaba al teléfono, Fermín Palermo había vuelto a servirle coñac en el vaso y, puesto ya de pie, lo esperaba para ofrecérselo.

Es hora de volver a decir salud, señor Presidente.

-Salud pues. -Después de beber indicó don Aurelio-. Siéntate y sigue contándome lo que por ahí se murmura.

-Me permitirás que me vaya, Aurelio.

¿Tan pronto?

-Tengo una cita muy importante.

–¿Más importante que ésta, conmigo?

Con la efusión a que lo autorizaba una vida de amistad Palermo lo tomó por un hombro:

Nada hay [illegible] que acompañarte, señor Presidente. Hoy, sin embargo, debo [illegible] por ahí.

Quizá no fuera fingido lo de pesaroso que había en la sonrisa de don Aurelio al comentar

–También tú, Fermín.

Palermo, de un solo sorbo, bebió todo su coñac, y luego dejó ir la risa. Ocupó después el sofá, frente a Gómez-Ancla. Sus todavías casi se rozaban.

–Te dejo para seguir sirviéndote, Aurelio. Una inversión para este presente y, sobre todo, para el futuro, es no fallar a la cita con Ciro Maurinus...

Ah, ¿con ese...?

–Debemos pensar en el más adelante. Tener amigos en el otro bando... Ciro Maurinus ha probado serlo nuestro desde hace mucho... Cerca como está ahora de Ávila Puig, tarde o temprano podrá servirnos a [illegible] se [illegible] creían tratando, uno, de creer; el otro, de ser creído. Añadió –Claro que si tú ordenas, no voy.

Fue Gómez-Ancla quien palideció ante [illegible] la redonda y fuerte de Palermo.

No te detengo, Fermín. Ve. Quiero que vayas, siempre hay que sumar. Más ahora, en estos días que parecen ser los de la desbandada...

–Vendré mañana a desayunar contigo, y a [illegible]

–Aunque no me gustan esos lugares, tendríamos que ir al restorán de un hotel, o a una cafetería, porque has de saber que a nadie se le ocurrió dejarle algo de comer al Señor Presidente de la República.

Por eso no te preocupes. Traeré lo necesario y a qué hora nos lo prepare...

Con un paraguas ya abierto esperaba a Fermín Palermo, junto al Mercedes en la cochera, uno de sus guardianes. ¿Por qué ocultas a esa hora, tras tus lentes ahumados, los ojos vigilantes?

–Buena suerte, Fermín.

–La tendremos. ¿Quieres que te deje a un ayudante por esta noche...?

–No es necesario. Dentro de un rato me iré a la cama. Estoy cansado...

SOLO APAGANDO LAS pocas luces que encontraba al paso. De todos, de su esposa y de su amante cabía esperar, y aún justificar, que lo abandonaran; pero no de Fermín Palermo al que aguardó, amorosamente, toda el día. ¿Para cuándo, si no para esas horas de difícil soledad, es la compañía de los amigos? "Te dejo para seguir sirviendo, Aurelio". Pobre excusa le parecía. "Como todos, también él ha corrido a acomodarse, a servirle de payaso a los que desde hoy mandan". Estaba furioso, y no tenía por qué negarlo. "¿No ha sido siempre Fermín el bufón que me divierte, mi divertido?" Fermín que sólo una velador, la colocada a la derecha del piano y un tanto a su espalda, siguiera alumbrando la sala. Aunque faltaba casi un cuarto de hora para que se iniciara el noticiero de Jacinto Olmedo, encendió el receptor, pues no quería perderselo, ni arriesgarse, a causa de un descuido suyo, a verlo ya comenzado. "Buen abandonado está uno cuando no tiene más consuelo que el de ver televisión".

Suspiró lúgubremente al sentarse. El coñac lo entonaba y había dejado de sentir tanto el frío y la humedad. Cómo el su primera noche en la Presidencia, luego del discurso de la Cámara, el tumulto del besamanos en Palacio y los bandos en Los Arcos, ¿estarán Ávila Puig meditando con un poco miedo sobre la responsabilidad ya

toda suya que es tener que gobernar?, ¿se ocuparía de cavilar, igual que él lo hizo entonces, en las venganzas que podría tomarse contra aquellos que le hicieron algún daño en la vida? ¿se habría preguntado ya si los hombres elegidos para ayudarlo en su difícil oficio de Presidente serían tan capaces como él suponía? Movió su mano alcanzar la botella, inclinar esta sobre el vaso, y llenarlo "Llamar al Doctor Avila. Concertar una cita para que hablando como debe hablarse, deshagamos las intrigas que en mi contra han empezado a tejerse, y sobre todo, para que sepamos él y yo donde pisamos... Si Miguel Rebol se niega a ser el que arregle la entrevista, nos valdremos del amigo ese al que Fermín Palermo ha ido a adular esta noche . Sí, hablar con El Señor, hablar pronto con él, antes de que lo que haga, deje hacer o decir contra mí, sea tan ofensivo que por cuestión de dignidad me resulte imposible solicitarle que nos veamos". Bebió, con labios inseguros, ya algo temblorosos sin que le importara el desordenado goteo del licor sobre su barba, las solapas de su chaqueta negra, el pecho de la camisa, o su corbata de hilo negra. "¿Son ingratos los que no han venido a verme hoy, estando por amistad obligados a hacerlo? Tal vez no se han atrevido a venir porque saben que se les vigila, porque temen el enojo del señor Presidente. Hombre tan celoso, el que vive en Los Arcos y recibe en Palacio ... En mi día, ¿no me llenaba de rabia enterarme que iban a conversar con mi tío Tito Livio los que habían sido sus colaboradores, los que eran sus amigos? ¿no les ganaba un secreta ese lealtad que seguían demostrándole, a la vista del mundo, al Jefe, al compañero?" Bostezo En la pantalla del televisor se ponderaban las cualidades de las telas producidas por Textiles Ohl. Bostezó más largamente

Buenas noches, señor Gómez-Anda –dijo una voz en el vestíbulo, y él se sobresaltó

Al volverse los vio ya mas cerca de él, confusos en la oscuridad, con sus trajes negros, sus gruesos portafolios y sus caras de enterradores. ¿Quien les había permitido cursar su consultorio? ¿Por qué no habían llamado a la puerta de cristales para anunciarse? El más joven de los cinco (joven, aunque su pelo fuera gris y algunos tajos de arrugas quebraran su rostro) le pareció conocido

–¿Qué desean...?

El que iba al frente se acercó un poco mas, y Gomez-Anda lo reconoció cuando se detuvo junto a la lampara. El resplandor de la pantalla iluminaba a pausas variables su figura.

Buenas noches, señor Gómez-Anda. . –repitió y tampoco la voz, como la cara para la que no encontraba nombre, le resultaba desconocida

–Buenas ... –produjo, blandamente

Don Aurelio, con el vaso en la mano, intento levantarse de la butaca, pero el otro se lo impidió, colocándole con suave energía el índice en un hombro

–Será mejor que siga usted sentado, señor .

–¿En qué puedo servirlos...?

Los otros cuatro la parte superior de sus cuerpos entre la sombra, no se movieron; no demostraron siquiera haberlo escuchado El joven de la cara vieja se ofreció, en la punta de los dedos, una tarjeta. Gómez-Anda leyó sin dificultad el nombre porque la letra era grande negra y en relieve.

Oh, sí. . Luis Felipe Ruiz. *Comisión Investigadora de Excesos Administrativos*

Distante y respetuoso, asintió Luis Felipe Ruiz

Desde temprano he estado tratando de establecer contacto con usted, sin conseguirlo. Vine, inclusive

–Dormía cuando llegaste la primera vez. La tarjeta que mi ayudante me entrego al despertar, lo recuerdo, era otra... Decía

Decía, señor, Luis Felipe Ruz, *Gobernador Constitucional de Lerda*

–Sí. Una vieja carpeta...

–La de hoy, señor Gómez-Anda; véala, es otra, es nueva, y tan legítima como aquella... Luis Felipe Ruz se volvió ligeramente para no impedir que don Aurelio supiera a quienes se refería–. Los señores colaboran conmigo en la Comisión. Con su ayuda, y la de otros igual de capacitados, espero cumplir a satisfacción de Señor Presidente Ávila Puig que me ha entregado su total confianza, mis difíciles y, se lo aseguro, muy ingratos deberes.

–¿Gustan sentarse? ¿una copa...?

El responsable de la Comisión, el que disfrutaba de poderes de Procurador Federal, rehusó a nombre de todos:

–Hemos venido a trabajar aquí, señor...

–Si en algo puedo ayudarlos...

Luis Felipe Ruz empezó a moverse frente a él, pasando y repasando a través del haz luminoso del aparato de televisión, a medida que hablaba con voz segura, sin color, sin inflexiones:

–Mi labor empieza a ser penosa, pero es necesaria... Me hará impopular, lo sé, pero no me importa... Comprometido en gratitud con el Señor Presidente Ávila Puig, he debido aceptar la responsabilidad de empezar a librar al país de los rufianes que lo saquean y de quienes lo protegen con su poder... Por obvias razones, el primero de esos rufianes es precisamente usted... El Doctor Ávila Puig me ha pedido que la acción moralizadora de la Comisión se inaugure iniciando un juicio contra el más ladrón de cuantos padecemos. El Honorable don Aurelio Gómez Anda.

Bruscamente, tanto, que más de la mitad de lo que contenía se derramó y chorreó al suelo, asentó Gómez-

Anda el vaso sobre la mesa y pretendió levantarse. Otra vez el índice enérgico, la voz helada y autoritaria de Luis Felipe Ruz, se lo impidieron.

–Exijo que se me respete. Demando una satisfacción...

–Quédese donde está...–fue la orden.

–¿Con qué derecho me hablan de ese modo...?

–Cállese ya... Hemos venido a trabajar, no a discutir... Como Teófilo Herrasti, ¿se acuerda usted de él, señor Gómez Anda? ¿Ve también tengo la manía de investigar y anotar, acumular informes y averiguar, cuentas más secretas más atractivas para mí, las relaciones que existen entre las personas... –A una seña suya, uno de los cuatro hombres que se mantenían a su espalda colocó sobre la mesa, sin ocuparse de limpiar antes los goteos de agua, champaña y coñac, el más grueso de los portafolios que llevaban. Lo toma, ya abierto, Luis Felipe Ruz– Aquí se resume parte del resultado de nuestro trabajo preliminar; el recuento, señor Gómez-Anda, de sus infames rapiñas... ¿Supone que no hemos hablado con personas que lo conocieron en Buganvilia y a las que exigía dádivas a cambios de servicios que debían ser gratuitos? ¿Iba a escapársele a nuestras pesquisas que también en la Dirección de Censos y en la oficina sanitaria del matadero municipal aceptaba los ridículos sobornos que usted mismo provocaba que se le ofrecieran?, ¿y qué me dice, señor, del mucho dinero que no se negó a recibir, cada mes, de los comandantes a sus órdenes, cuando dirigía usted, protegido por ese otro bandolero que es su tío Tito Livio, la siniestra Dirección de Investigaciones Especiales del Ministerio del Interior, en la que ganó usted los primeros de los incontables millones que ahora le pertenecen?, ¿suponía que jamás llegaríamos a conocer sus vínculos de negocios, sus complicidades, con don Miguel Rebul, o con el más asqueroso de los bandidos de

su corte, Fermín Palermo?, ¿nos considera tan ciegos como para no haber hallado, y seguido, el rastro de las diversas fortunas que Palermo ha ido acumulando para usted, al amparo de nombres ajenos, en bancos extranjeros, en variadas empresas?... No sólo sus raterías hemos exhumado, señor Gomez-Anda .. También las pruebas de sus crímenes. Permítame continuar. Todo está catalogado, señor: la sangre que ordenó que se derramara, sus rencores, sus venganzas, su crueldad . Sus muertos lo acusan. ¿Como no oirlos, señor? ¿Como no escuchar al general Galvanno Montes, al que obligó usted a suicidarse porque fue amante de la ahora su esposa en los días en que usted, el probo Gómez-Anda, era el infranso correvedile de ambos?, ¿cómo no llamar a cuentas a quien dispuso el homicidio de Mundaca, el asesinato de Salud Trujillo y la atroz matanza de Conoy?, ¿olvidó para el hombre que contra los estudiantes disponía garrote y bala, y carcel, infamia y exilio a quienes, con razón o sin ella, caían de su gracia o de la de su mujer? ¿qué trato conceder a quien ordenó al coronel Rodrigo de la Peña matar a unas docenas de colonos de La Verbena a fin de poder zafarse de encima ese peligro, esa molestia política en que se le había convertido el alcalde Alfonso Videgaray?, ¿con qué sin para tratar al victamario de Claudio Cruz, cuyo sacrificio insinuó para poder entregarle su cadaver como obsequio a esa criminal con enaguas que fue la Presidenta Atenea Covarrubias?, ¿qué castigo imponer a quien maquinó la desaparición física del Doctor Víctor Ávila Puig, disponiendo que fuera saboteado el helicoptero que usaría en Puerto Cardenas, hacia finales de su campaña electoral?, ¿o a quién le interesaba liquidar, porque sabía de sus delirantes planes de organizar un 'golpe de estado-desde-adentro', era al general Teodoro Gomez, vice-Ministro de Guerra y Defensa. .? De crímenes y despojos, de

dinero mal habido y de irritantes tolerancias, hablaremos usted y yo, señor Gomez-Anda . Hablaremos, es inevitable tambien, de su señora esposa y de la señora que es su amante

–A ellas déjelas fuera... No las embarre.

–Imposible, señor. Cómplices suyas, deberán responder igualmente

Soy el unico responsable de mis actos, en lo politico y en lo personal, como Presidente de la Republica

–Las dos se beneficiaron cínicamente de su lealtad a usted. Sin pudor le pusieron precio a su influencia y de ella abusaron en su propio beneficio... ¿Pretenderá usted alegar que desconocía sus desmanes, sus atracos, su voracidad para obtener millones y acumular propiedades? ¿Juracia que alguna vez hizo algo, cualquier cosa para evitar que La Primera Dama, doña Armandina Gómez Anda, se apropiara de lo que le gustaba, fuese un hotel o un rancho, un edificio o un fraccionamiento?

–Así sea el Presidente de la Republica, ¿que hombre se atreve a contrariar a su señora esposa, a negarle algo? ¿No es más cómodo, para que él pueda colocar su atención en asuntos nacionales de mayor importancia, permitirle que haga negocios que, bien visto, a nadie perjudican y si dan empleo a muchas personas?

–Tantas excusas, pobres y tontas, si me permite usted decirlo, señor Gómez-Anda, son esas... Su famoso y temido don de autoridad, ¿dónde quedaba? ¿contra quién lo ejercía? ¿el gobernador constucional de Lerida, por ejemplo? ¿contra Teofilo Herrásti, el primero que lo amenazo con destapar el zambullo? ¿Por qué no contra las mujeres de su casa, de su cama? En cuanto a Teresa López, ¿por orden de quién, con el Visto Bueno de quién, se le concedían mucho de los mejores contratos del Gobierno, el último hace apenas setenta y dos horas? ¿Tuvé usted idea, señor, de cuantos millones re-

cibió *La Pela* desde el día en que usted, más por "presagio" que por deseo, la convirtió en su amante? ¿Se ha puesto a calcular lo que a la Nación, esto es, al pueblo, esto es, al hombre y a la mujer que trabajan, le han costado los ataques cometidos en estos diez años por Armandina, por Teresa y por los cientos, los miles de hampones que constituyen su parentela, o que ocupan un lugar en la lista de sus socios y amigos? . De todo eso, y de otros temas que irán saliendo a medida que desbrocemos los que he enunciado, empezaremos a hablar usted y nosotros, señor don Aurelio.

–No de eso, ni de nada, hablaré contigo, con ustedes... Ahora, ¡largo de aquí! Si el los ha mandado a hostilizarme, el Doctor Ávila Puig me oirá también. No consentiré que se me injurie, que se invada mi casa para vejarme con embustes. No voy a permitir que . Así que... ¡fuerrraaa...!

Su propio grito lo aturdió, y terminó de confundirlo darse cuenta que estaba solo, de pie y jadeante, pero solo, porque Luis Felipe Ruiz y los cuatro hombres de negro que habían llegado con él, habían sido una mera invención entre dos cabeceadas. Real y humana, próxima, fue en cambio la voz que escuchó.

–¿Me hablaba, señor?

Era la mujer del guardacasa, que lo miraba desde la puerta de la cocina, las manos húmedas sobre el pecho, encogida. Una especie de sofocación trastornó un poco a don Aurelio.

–No. Puede irse.

A solas nuevamente miró el vaso. ¿En qué momento que no recordaba lo había puesto allí? ¿por qué había derramado el coñac? Sacudió la cabeza, que empezaba a sentir grande, como llena de humo. "Susto, un gran susto, el que acabo de padecer. Por las dudas ..." Sus movimientos, lo notó al recoger la botella, eran inseguros. "Demasiada revoltura, champaña, ron, coñac. Volvió a servirse. "Podré descansar toda la noche. Necesito dormir hasta tarde en la mañana. ¿A quién carajos le hace falta ahora que me levante temprano? ¿Quién espera mis órdenes para empezar a dar las suyas? ¿Estaré embo-rrachándome?". En la pantalla del televisor aparecía ya la cara de Jacinto Olmedo. "Habrá que hablar lo antes posible con Ávila Puig. Neutralizar a tiempo las acciones que en mi contra se disponga a emprender". Hizo girar la perilla que controlaba el volumen y la casa, y como ella millones de casas en todo el país, fue ocupada por la voz que iba descendo:

El de hoy ha sido un día histórico para la República y para quienes en ella vivimos [illegible] que el país al cabo de los años había terminado por aprenderse de memoria, se desvaneció suavemente y su voz, tan popular, fue aportando pausada, clara, concisa información a lo que las imágenes mostraban. don Aurelio empezó a sufrir el apremio de su vejiga. La idea de levantarse para buscar el cuarto de baño lo deprimió. Podía resistir un poco más. Bebió un sorbo. Nada le interesaba ver al Doctor Ávila Puig en el pórtico de su casa, cuyos jardines habían sido invadidos por miles de ansiosos. Quizá debió dormitar, porque lo último que recordaba haber visto no tenía relación con lo que ahora estaba presentándose en el televisor.

–Solemnísima resultó la llegada del Presidente Gómez Anda a la Cámara...

En pie, los legisladores, los diplomáticos, los representantes de otros mandatarios del universo, aplaudían a don Aurelio así que recorría, rápido y seguro, el pasillo alfombrado y subía a la tribuna.

–El entusiasmo se convirtió en delirio cuando arribó al recinto parlamentario, seguido todavía por el ruidoso júbilo de una ciudad que lo aclamaba, el Presidente

Electo Ávila Puig... En ese momento se abrió un compás de espera, previo al instante de mayor interés de la ceremonia.

El momento de la transmisión simbólica del Poder Presidencial había llegado. Ese momento marcaba el fin de una Era y el inicio de otra...

En silencio la palabra se expresaba la imagen. Lentamente, Aurelio Gómez-Anda dejó su asiento. En el extremo opuesto lo hizo también Ávila Puig. El que llegaba, acudía al encuentro del que se iba. Coincidieron en el centro de la escena: allí donde Gómez-Anda retiraría de su pecho la banda y, según la tradición, la colocaría después en el de Ávila Puig. Uno frente al otro, se miraron. "Pálido y asustado, tembloroso, así estabas el cabrón", pensó. Como lo había ensayado varias veces ante el espejo del baño, Gómez-Anda tiró de la seda y la seda se desprendió sin dificultad. Ocurrió entonces algo que confundió a todos, al Presidente Electo, ya casi Presidente Constitucional, más que a nadie. Lo explicaba Jacinto Olmedo:

–El señor Gómez-Anda terminó hoy con una costumbre que ya duraba siglo y medio, y no colocó sobre el pecho del Presidente Electo la Banda del Poder... Se limitó a dejársela en las manos...

El abrazo que los unió fue breve, como si uno quemara al otro. "Un abrazo de compromiso, como sólo pueden darse dos que no volverán a ser amigos... El, mío, porque ya era el Señor Presidente de la República. Yo, suyo, porque empezaba a ser historia: el ex..."

No quería ver lo que siguió después; padecerlo nuevamente. Quiso, pero no pudo levantarse y apagar el televisor. Detenido, congelado, quedó en su asiento, los ojos en las imágenes, escuchando las primeras palabras de Ávila Puig; ésas que sobre él caían como golpes:

–Hemos sido mucho tiempo país gobernado por la-

drones... País-botín de los políticos... País-vergüenza... Es mi propósito cambiar las cosas; hacer digno nuestro nombre...

Tanto como volver a escuchar esas palabras, que seguía considerando injustas y cobardes, lo encolerizaba ver que el camarógrafo lo elegía a él para singularizarlo, para señalarlo, como merecedor del castigo que a gritos prometía el Presidente Ávila Puig por ser el responsable de lo que estaba lamentándose. "Ese dedo, ese dedo pinchándome sin razón..."

Se encontró bebiendo lentamente, sin retirar de su boca el vaso ya casi vacío. Empezaba a sentirse mareado. Juntos, como si posaran para un borroso retrato de grupo, aparecieron los miembros del Gabinete de Ávila Puig. Sólo a dos acertó a reconocer desde esa distancia: Marco Tulio Cimarrosa, Ministro del Interior, y Andrómaco Bátis, de Construcciones Federales.

Tuvo un hipo. "Como yo en mi primer día al mirarlos como los miraba, ¿estaría el Doctor Ávila preguntándose a cuál de ellos estará obligado a entregarle dentro de cinco, dentro de diez años, *su* Poder? Desde esta noche, ¿empezará a desconfiar de los tres o cuatro Ministros que ya habrá anotado en su lista de eventuales sucesores? ¿Quién empezará mañana a buscar para sí la Presidencia que apenas su jefe ha recibido hoy?".

Dejó el vaso a un lado, pero el vaso rodó y al caer de la mesa se estrelló. "¡Puáh!". Nuevamente quiso ponerse en pie y tampoco pudo. "Voy a acabar meándome". Bostezó una vez. "Luego de tanto trajín estoy cansadísimo". Bostezó otra. Jacinto Olmedo prometía nuevos avisos comerciales. "Lo antes posible, sea por medio de Rebul o del amigo de Fermín, necesito conseguir que Ávila Puig me reciba. Debemos hablar él y yo... Me hará esperar. No importa. Lo que ahora me sobra es tiempo". El ruido de un jet pasó sobre la casa. "¡Puáh! Gómez-Anda volvió

a bostezar". "Estoy cayéndome de sueño". Cerró los ojos. "Hora de irse a la cama". Apoyó la barbilla en el centro del pecho. Alcanzó a pensar: "Antes, hay que apagar eso . . .". No pudo ya darse cuenta que roncaba.

Cuernavaca, en México
Noviembre 1975; mayo 1977

Se imprimió el día 15 de Mayo de 1979 en los talleres de Ediciones Sol, Sánchez Colín 20, México 46, D. F., y encuadernado en los talleres de ENCUADERNACIONES SAGITARIO, S. A., Benito Juárez 92-A, México 13, D. F.

Se imprimieron 5,000 ejemplares

[viene de la primera solapa]

de un hombre que después de ser Presidente se convierte en el ser más vulnerable e indefenso, objeto del canibalismo político que un día lo encumbró y ahora lo hace víctima de las maniobras del nuevo Mandatario que intenta borrar todo rastro de su período.

Esta última obra de Luis Spota es la que hace culminar la serie *La costumbre del Poder* dándole unidad al complementarlas y explicarlas. Describe el misterio del Poder y de los hombres que lo ejercen.

Luis Spota, nacido en México, D. F. en 1925, se ha convertido, sin lugar a dudas, en el novelista mexicano más leído. Esta obra que ahora publica Grijalbo reafirma la capacidad de Spota como observador nato del fenómeno político social y aún va más allá: le da un sentido.

El primer día culmina la tetralogía La costumbre del poder integrada por Retrato hablado, Palabras mayores y Sobre la marcha (leída ya por más de un millón y medio de personas).

Portada: ENRIQUE PALOS